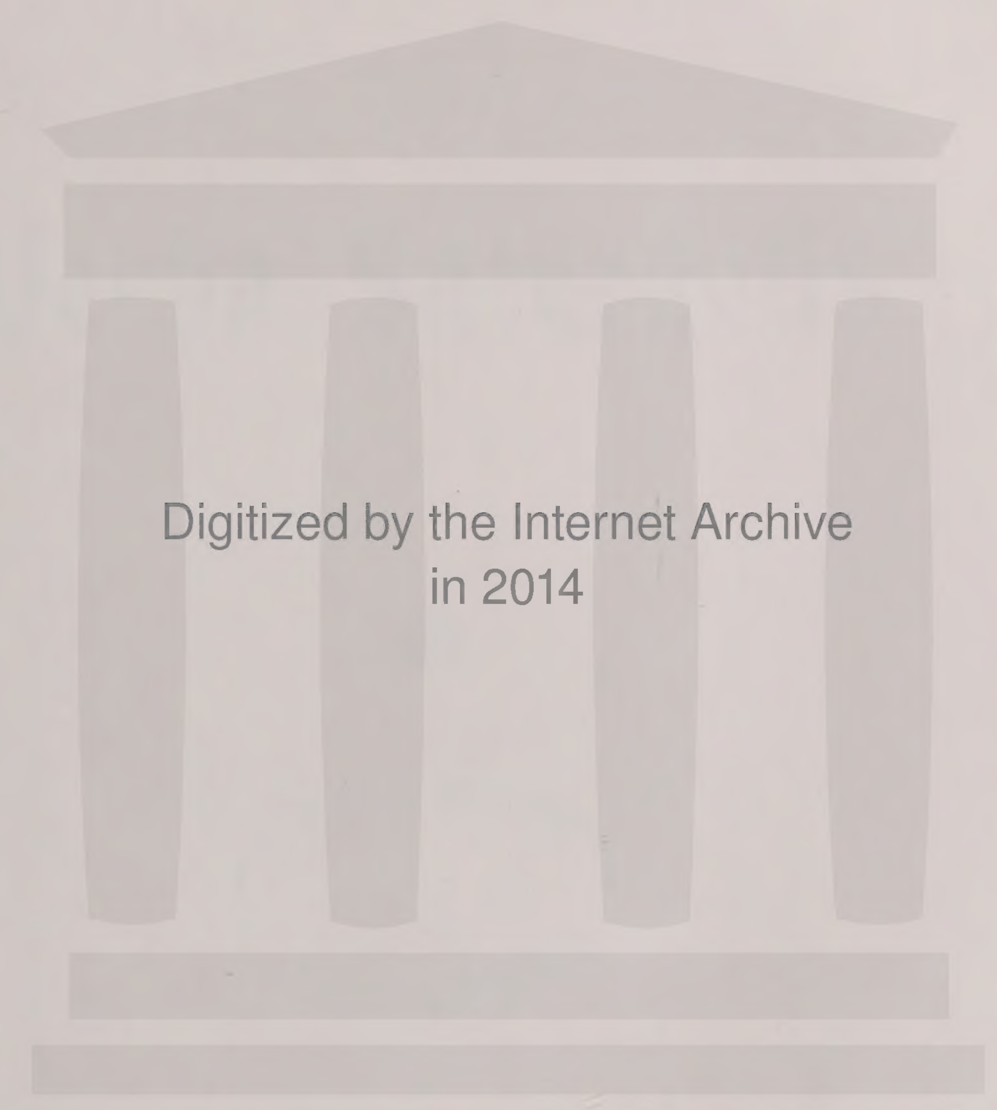




Monseñor doctor José
Antonio Roca y Boloña

Verba Sacerdotis



LIMA
MDCCCCXXIV

Casa Editora
La Opinión Nacional
Mantas 152
Lima - : - Perú

Iltmo. Monseñor doctor José Antonio Roca y Boloña: Su vida y sus obras.

Prelado doméstico de Su Santidad; Canónigo, Dignidad de Maestro Escuela del Venerable Cabildo Metropolino; Protonotario Apostólico; Doctor y Catedrático de Derecho Eclesiástico en la Universidad Mayor de San Marcos; ex-Regente de estudios en el Seminario Conciliar de Santo Toribio; Miembro honorario del Ilustre Colegio de Abogados de Lima; Miembro correspondiente de la Real Academia Española; Socio del Ateneo de Lima; Socio de honor de la Sociedad de la Cruz Roja peruana, etc. etc. - : - :

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: datos biográficos ::

Artículos necrológicos publicados en los diarios de Lima en ocasión de su muerte. ::

tancia de que la amistosa y cortés polémica no llegó jamás hasta la oposición de nuestras respectivas creencias católicas.

Y si aigo quedara de ese recuerdo ingrato, lo borramos con nuestras lágrimas, vertidas en esa tumba veneranda.

(De "La Opinión Nacional")

Monseñor José Antonio Roca y Boloña :: :: ::

Ha querido la amabilidad del Director de "La Crónica", facilitarme las columnas de su reputado diario, para que en ellas escriba la biografía del genial eclesiástico que acaba de descender a la tumba entristeciendo los días consagrados a la patria.

Amigo y admirador constante del orador insigne, sacerdote modelo y patriota esclarecido, quiero ser de los primeros en tender sobre el papel la pluma que, empapada en lágrimas, lamente enternecida la irreparable pérdida que acaba de sufrir la iglesia de Toribio y la patria de los héroes que inmortalizara en la cátedra sagrada quien no fue más que piedad sincera y ardoroso patriotismo.

No es biografía propiamente lo que me propongo laborar. Ella requiere volumen especial. De otro lado, necesitaría particular consagración y no he de exponerme a que la rapidez de la vida periodística—reñida por lo general con esta clase de trabajos—dé márgen a que me vuelva a llamar *miope* sin nombrarme, aristócrata escritor de aquellos que todo lo encuentran hecho—hasta reputación y sabiduría—con sólo llegar a este mundo que para otros es de lágrimas y males.

De proponerme historiar la vida del grande y digno ministro del Altísimo, me bastaría sintetizarla con sólo las palabras de Lamartine cuando se refiere a Bossuet, diciendo que Mons. Roca y Boloña simplemente: fue el sacerdote. Y siguiendo la parodia al inmortal escritor francés, para explicar lo que es o debe ser el sacerdote, diríamos: Roca y Boloña.

Vayan, pues, por hoy sólo estos ligeros rasgos a refrescar la memoria de los mayores, a formar el concepto de los contemporáneos, a conservar una reminiscencia para los que nos sucedan, a recordar glorias pasadas, a contemplar brevemente lo que fue el hombre, y a aumentar,—si lo logra—el respeto al sacerdote y al ciudadano.

Del ejemplar matrimonio de don Bernardo Roca y de doña Teresa Boloña, de las más distinguidas familias de Guayaquil y nacidos cuan-

do hasta el Guayas llegaba la autoridad de los virreyes del Perú, vino al mundo en la aristocrática ciudad virreynal, tierra clásica de la piedad y fecunda para la inteligencia, el que más tarde fuera Mons. José Antonio Roca y Boloña, en noviembre de 1.832.

Sus padres se habían establecido en el Perú desde muchos años antes y poseían aquí cuantiosa fortuna y vastísimas vinculaciones sociales, dignamente conquistadas por especialsimas virtudes.

De tan respetable hogar salieron numerosos hijos a ocupar merecidos puesto en nuestra más escogida sociedad, y, entre ellos, el erudito literato y apreciable caballero Dn. José Ignacio Roca y Boloña, que muy poco tiempo hace descendió al sepulcro.

Muy niño Dn. José Antonio reveló, aparte de otras virtudes domésticas,—singularmente ese amor filial que le señalara por toda su vida,—su vastísimo talento y su marcada vocación al sacerdocio y a las letras.

Al seminario de Sto. Toribio, primer centro intelectual de la república por entonces, pasó Dn. José Antonio después de haber iniciado su instrucción media en N. S. de Guadalupe, en tiempo de los célebres Gálvez pero salvando siempre su conservadorismo y ortodoxia. Bajo el rectorado de Dn. Pedro Pablo Rodríguez y el vicerrectorado del inmortal Dn. Juan Ambrosio Huerta, gran formador de eminencias y sacerdotes, hizo sus estudios de humanidades y después los facultativos de Teología, descollando en todos ellos y señalándose entre colegas ilustres como Piérola, los Herrera, Tobar, los Cayos y Tagle, Lamas, Perla, Chacaltana, Rossel, González Prada, Obín y Charún, Rodríguez, García y otros que sucesivamente fueron desfilando por los claustros toribianos.

Suficientemente preparado en la virtud y en la ciencia, probada su vocación hasta lo indecible, se ordenaba de sacerdote Dn. José Antonio cuando todo le sonreía. Fortuna, posición social, nombre ilustre, reputación literaria y varonil hermosura, todo le llamaba a triunfar en el mundo; pero él, abnegado y generoso, resolvió sacrificarlo todo ante vocación más nobles y elevada y prefirió triunfar en la casa del Señor y gastar sus particulares dones en servicio del Altísimo y en el bien de la Humanidad.

Y a fe que lo consiguió en cerca de 60 años de inmaculada vida sacerdotal. Que seguramente son muy pocos los que a la liquidación de su vida eclesiástica, puedan exhibir tantas glorias y tantos triunfos obtenidos, no en provecho de si mismo sino de ese Dios de Abrahán a quien vivieron consagrados.

De alumno pasó a catedrático de Lugares teológicos en la facultad

respectiva, de ordenado a formador de sacerdotes, de admirador de las letras a ser orador de los primeros. En el Seminario y ya desde los años de 1860, fué regente de estudios; en el servicio administrativo de la Iglesia desempeñaba comisiones cada vez más importantes; y en la cátedra sagrada, teatro especial de su vocación y de su genio, su fama crecía cada vez más, hasta conquistarse muy pronto la merecida reputación de primer orador sagrado del Perú.

Empezó por sus atrayentes pláticas en el Seminario, siguió en las iglesias de Lima y, a los pocos años de ordenado, era designado para las oraciones sagradas de más alta nota, para explicar la palabra divina en las más grandes solemnidades de la Iglesia y del Estado.

Muchos de los sermones que aparecen publicados en "El Católico" —célebre órgano defensor del credo conservador, que se editó en Lima por los años de 1855 al 1861—pronunciados por "un sacerdote seminarista", fueron de Mons. Roca.

Ya después publicaba sus trabajos con su nombre, vencida esa timidez de los primeros años, y en setiembre de 1862 pronunciaba, en la casa de ejercicios de S. Pedro, la famosa oración fúnebre del gran orador sagrado y eminente sacerdote, insigne por sus virtudes, Dn. José Mateo Aguilar. Es ésta una de las más antiguas piezas de ese género que existen publicadas de Mons. Roca, así como de sus panegíricos, es de los más antiguos y acabados, el de San Francisco de Asís, pronunciado más o menos por aquellos tiempos.

Esto no impedía al celoso y joven sacerdote, cultivar sus demás ministerios sacerdotales. Siempre recojido en el Seminario, donde pasó gran parte de su vida, fue el magisterio su principal atención, al propio tiempo que atendía al confesionario, en que bastante crédito gozó si bien abandonó varias veces la dirección de señoras, en guarda de su buen nombre y por las no pocas dificultades que circunstancias especialísimas le suscitaron. En la predicación no sólo se dedicó a la de alta nota: fue un misionero constante. Predicaba semanas enteras de ejercicios en las casas de este género, lleno de la más santa unción.

Mons. Roca no sólo era cultísimo en la forma. Como Bossuet, que parece haber sido su modelo favorito, sus piezas estaban saturadas de piedad, piedad sincera, ingenuamente expresada, que arrebataba al oyente y cautivara siempre al lector. Hasta en sus discursos profanos, pronunciados en las academias y diversas instituciones, se oyó siempre al sacerdote mientras se saboreaba al gran retórico.

Es muy particular en el estilo oratorio de Mons. Roca, su especial talento para construir la introducción. En este sentido, especialmente, sus obras son acabados modelos, desde el panegírico de San

Francisco de Asis, hasta la oración fúnebre de los mártires de la guerra del 79, al trasladarse sus restos de Chile al Perú, en 1890. En la primera la introducción es de cultísima forma y de májico efectismo; en la última, la introducción es tan genial, tan sublime, tan avasalladora, que parece oírse al mismo Bossuet.

No es esta la única vez en que en Mons. Roca, se notan rasgos bosuéticos. Con mucha frecuencia, oyendo su palabra, parecía asistirse a la resurrección del príncipe de la oratoria sagrada moderna. Y en cuanto al discurso que pronunció Mons, en la inauguración del congreso católico de 1896, en San Francisco de Lima, tal vez la semejanza de circunstancias, hace que la introducción sea idéntica a la de Bossuet en los funerales de Mma. La Valiere.

Aunque los términos sean diversos, la idea principal es la misma; pero leyéndose ambas oraciones, se explica el lector el porqué de tan completa coincidencia, pero tan feliz para Mons. Roca, que lejos de desmerecer por la falta de originalidad en la idea, parece como corregido y embellecido el modelo.

La declamación de Mons. Roca era también, como la de Bossuet, bastante original. No era si se quiere, todo lo artística que pudiera haber sido; pero era particular. Cierta nerviosidad tan natural en él y que se atribuyó al parentesco consanguíneo tan cercano de sus padres (eran primos hermanos); cierto entusiasmo, como repentino que se apoderaba de él; cierto agitamiento fonético que empleaba en las partes solemnes del discurso; cierta magestad en su aspecto y un tino especial para dar a cada palabra la entonación correspondiente; unción sobre todo y grave recogimiento sacerdotal, que precedidos de la buena reputación de Mons, hacían ratificar la máxima retórica: "el orador es el hombre de bien dotado del don de la palabra".

Son muchas las piezas oratorias de Mons. Roca que, impresas en folletos, han circulado con singular profusión. Difícil nos sería dar una idea completa de su labor literaria. Si pudieran recopilarse todas sus obras, varios voluminosos tomos se darían a la estampa. Labor pía haría el gobierno si ordenara esta recopilación. Y no solo tendríamos un monumento literario, sino también una valiosa fuente de información histórica.

Espíritu luchador, temperamento de *leader,* se dedicó bastante a la polémica y obsequió al periodismo las mejores energías de su vida.

Colaboró en "El Católico" y en "El Progreso Católico". Fué fundador y redactor, con Mons. Tobar, bastante joven entonces y con don Manuel Trinidad González La Rosa, de "El Perú Católico",

y desde 1871, con el citado Mons. Tobar, redactor por muchos años de "La Sociedad", que fundara don Pedro José Calderón, en 1870.

Con la guerra con Chile terminó su vida periodística, pero no dejó, mientras tuvo energías, de escribir en ningún periódico, sobre todo cuando el dogma católico era atacado o los derechos de la Iglesia sufrían amenaza.

Notables polémicas sostuvo desde su juventud y fueron señaladas entre ellas la ocasionada, en 1865, por la discusión en el Congreso del proyecto relativo a dar a la Beneficencia la administración de los bienes de las cofradías de Lima.

En 1866 y cuando el gobierno dictatorial del señor Prado prohibió el uso de las campanillas en las procesiones, la actitud de Mons. Roca fué levantadísima, habiendo merecido que, junto con el joven diácono don Manuel Tobar se le apresara y se le condujera a bordo de un buque de guerra. Iban a ser desterrados, cuando la intervención de las señoras de Lima indujo al gobierno a suspender la orden.

Aprovechó la oportunidad para dirigirse a Roma, llevando de su peculio al joven Tobar, no provisto de bienes de fortuna. En Roma merecieron ambos señaladas distinciones de S. S. Pío IX y, después de recorrer la Europa, pasaron a los Santos lugares de Jerusalén y, en la cima del Tabor, de donde ascendió al cielo el Redentor del mundo, celebraron devota misa, de lo que en toda su vida guardó cariñoso recuerdo Mons. Roca.

De regreso al Perú, continuó su misión evangélica. Fallecido su señor padre, empleó su cuantioso patrimonio en acrescentar su excelente biblioteca y en proveerse de un magnífico oratorio y de una ornamentera selecta.

Al ser nombrado Mons. García y Sans vicario general de Lima, en 1870 y a las postrimerías del gobierno eclesiástico de Mons. Goyeneche, se le confió la provisoría de la curia eclesiástica, puesto que desempeñó con la dignidad y desprendiminto qu usó en todos los cargos de su vida.

El gobierno de don Manuel Pardo le nombró miembro de la comisión encargada de hacer el reglamento general de instrucción. Luchó en ella con la tenacidad que acostumbraba, por defender los derechos de la Facultad de Teología y evitar que los bienes del Seminario pasaran a la caja general de la Universidad, lo que consiguió. Colaboró en toda esa obra, pero no habiendo obtenido se dotara a la Facultad de Teología de rentas propias, pues la del Seminario no le pertenenecen, y por otras desavenencias con el gobierno y sus compañeros de comisión, se retiró de ella.

Al pronunciar el doctor don Ramón Ribeiro, por uno de esos

años, el discurso inaugural de la Universidad de Lima, Mons. Roca, encontrando atacadas sus ideas, invitó al catedrático a una polémica, la cual se mantuvo levantadísima en los principales diarios de Lima. Al terminar mereció ser incorporada en los "Anales universitarios".

Durante la guerra con Chile la actuación de Mons. Roca fué brillantísima y, tal vez, sea ésta la época más señalada de su historia. Fué presidente de las Ambulancias de la Cruz Roja. Actuó con la actividad que el caso requería y, cuando los chilenos atacaron los hospitales de sangre en la batalla de San Francisco, Mons. Roca dirigió un oficio al comité internacional de la Cruz Roja en Suiza, denunciando el atentado de las tropas invasoras y pidiendo se descalificara a Chile y se le excomulgara de la civilización.

No solo tuvo esta actuación propia de su estado, sino también la de un ciudadano. En la adquisición de fondos y acopio de elementos, sirvió con su palabra y con su acción. Su pluma, en prosa y en verso, y su palabra en el templo y en las asambleas patrióticas, estimularon el fuego patrio y para todo rasgo de heroísmo tuvo elocuentes frases de estímulo, mientras fustigaba a Chile en la arena periodística. Al ocupar los chilenos a Lima. Mons. fué uno de los primeros en verse precisado a huír de la furia del enemigo y radicarse en nuestras sierras. Hasta allá fué perseguido y tuvo que eludir la persecución invasora, pasando cerca de 3 años en las cuevas, chozas y cavernas de nuestras solitarias punas.

Al firmarse la paz de Ancón pudo volver a su amada capital y lo primero que hizo fué escribir la famosa elegía a los mártires de la guerra y con ocasión de trasladarse al Cementerio general los restos de los caídos en San Juan y Miraflores, en enero del 84. Esta elegía corrió impresa en los libros de lectura y por muchos años retempló el espíritu patrio de los niños en la escuela.

Al convocarse al congreso constituyente para aprobar la paz, Mons. Roca fué elegido diputado por Lima y en la sesión secreta del 8 de marzo de 1884, su palabra inspirada y patética, determinó se resignaran los ánimos a la cesión de territorio por ser ya indispensable ese sacrificio para evitar continuara la patria desangrándose. Creyó patriótico apoyar al Gobierno de Iglesias, al que secundó en el congreso con la independencia por él acostumbrada. A la caída de ese régimen, no volvió a tomar parte en la vida política, si bien fué siempre un constante admirador y amigo del gran patricio D. Nicolás de Piérola.

Nombrado presidente de la comisión encargada de celebrar el centenario de Santa Rosa de Lima, de cuyo santuario había sido cape-

llán algunos años, contribuyó con todo su fuego a la celebración de ese gran acontecimiento y en la fiesta solemne del 30 de abril del 86, pronunció el panegírico de la inmortal virgen limeña. Este panegírico, tal vez si por exceso de trabajo del orador por ese tiempo, no está a la altura de otros que de la misma santa ha pronunciado y especialmente del de 1878 en el Buen Pastor.

Al fundarse el colegio de Santo Tomás de Aquino, fué su primer rector y pronunció, en 1892, al inaugurarse ese plantel, su monumental discurso apologético sobre Santo Tomás de Aquino y su doctrina, discurso que es seguramente de los más notables que haya pronunciado Mons. y que aunque pedido de diversos países, no ha llegado a publicarse hasta la fecha.

En 1893, ya anciano Mons. Roca y sin recursos, él que jamás había buscado los beneficios eclesiásticos y que jamás explotó en su provecho el sacerdocio, se vió precisado a su pesar a presentarse a concurso para obtener la canongia teologal de Lima, que consiguió por unanimidad. Fué éste el único cargo que buscó, pues en diversas ocasiones renunció capellanías y otros beneficios, apenas chocó con alguna dificultad o no se hacía lo que él creía que debía hacerse, o notaba que se cruzaba alguna ambición.

Y su desinterés e independencia llegaron hasta renunciar el obispado de Guayaquil para el que le propusiera el gobierno de García Moreno, estando don José Antonio en plena juventud, en 1866 y con ocasión de haberle perseguido el gobierno de Prado.

Nunca ambicionó y por eso no fué más que simple dignatario del cabildo de Lima, cargo al que le promovió Piérola en 1898. En él le jubiló monseñor Tobar poco después y cuando la edad, la ceguera y los achaques le inhabilitaron para toda labor en la vida. Pero sin buscar los honores, éstos le visitaron. La Santa Sede le hizo prelado doméstico de S. S., y la Real Academia de la Lengua le hizo su correspondiente en el Perú. Al incorporarse en ella pronunció su hermoso discurso sobre "La Palabra".

En verso, su labor no ha sido menos fecunda que en prosa. Son notables su elegía a los mártires de la guerra ya citada y sus sonetos a Santo Tomás de Aquino y en la tumba de la M. Hermazia Paget, por no citar muchas otras poesías que corren impresas en periódicos y folletos. En la oratoria no se diga: casi no ha habido en los últimos años personaje notable que al morir no haya sido motivo de una oración fúnebre de Mons., ni acontecimiento grandioso en que su canto no se haya escuchado. Don Mateo Aguilar, don José Gálvez, don José Balta, don Manuel Pardo, el contralmirante Grau, el incendio del templo de la Compañía en Santiago, en que perecieron 2,000 personas; la traslación

de los restos de los héroes de la guerra el 90; todos estos personajes y acontecimientos han arrancado tantas oraciones fúnebres a Mons. Roca. Su último sermón fué el 8 de diciembre del 98, en la imposición del palio arzobispal a su antiguo amigo Mons. Tobar, que le fué consecuente hasta su muerte.

La conversación de Mons. Roca era interesantísima. Su erudición literaria, su ciencia teológica, su ilustración general, su memoria privilegiada, su sencillez y su virtud cautivaban fácilmente. Su fisonomía era agradable: Alto, robusto, con un sello imborrable de juventud en el semblante y de suavidad en la expresión, sólo mortificaba a veces con los arrebatos de sus nervios, que en sus últimos años se convirtieron en cruel enfermedad.

Qué tristes han sido los postreros días del genio y del atleta! Viejo, pobre y son poder pisar la calle; esa fortuna que en otros tiempos amable le sonrió, le había vuelto por completo las espaldas. Abandonado casi de todos, a excepción de poquísimos amigos, saboreó las crueldades de esta sociedad y de esta patria para con sus grandes hombres.

Como la lámpara del santuario, iba lentamente extinguiéndose. Y qué obscuridad tan grande queda después de haberse apagado. La gran lumbrera de la iglesia ha desaparecido, ha muerto el orador más completo y el alma de artista más exquisita que quedaba en la tribu de Leví.

Se ha derrumbado la columna más fuerte que sostenía la iglesia del Señor!! Y a su alrededor no quedan más que escombros.

Pero no sólo la iglesia está de duelo. La patria también gime ante la pérdida del literato insigne, del cantor de héroes, del patriota más completo, del corazón mejor formado. ¿Quién cantará desde hoy las glorias del Perú, quién estimulará a lo noble y a lo grande? Por todas partes no se divisan sino ruinas.

Como patriota que fué, le tocó morir en los días de la patria. Vió el 93 aniversario de la independencia! Recordó tal vez cuando su voz lozana en el templo metropolitano cantó varias veces el nacimiento del Perú a la vida libre. Contempló el cuadro triste de miserias que lacera a los hombres de recto patriotismo. No pudo vivir ya más. Y apartando la mirada de esa tétrica visión, el día 29, a las 3 de la tarde, a la misma hora en que su Divino Maestro abandonaba este mundo, dejó la vida para remontarse al cielo.

En su semblante quedó ese sello de eterna juventud que le acompañó en toda su vida. Tal vez sea símbolo de alguna esperanza que se asoma.

Gonzalo Herrera.

("La Crónica" del 31 de julio).

Muerte del padre Roca y Boloña ::

Cargado de merecimientos ante Dios y la patria, a la avanzada edad de 80 años, ha muerto monseñor José Antonio Roca y Boloña, gloria del clero nacional y honra de la patria.

Su recuerdo vivirá en la memoria de todos los peruanos y su nombre ocupará una página gloriosa en nuestra historia patria.

("La Unión".)

Los funerales de monseñor José Antonio Roca y Boloña:: :: :: ::

El Gobierno tributa honores especiales en los funerales de Mons. Roca y Boloña

RESOLUCION SUPREMA

Lima, 30 de julio de 1914.

Habiendo fallecido monseñor doctor don José Antonio Roca y Boloña, Protonotario Apostólico y miembro prominente del Coro Metropolitano; y

Considerando:

Que el ilustre extinto es acreedor a la gratitud nacional por los muy importantes servicios que prestara a la patria y a la iglesia;

Se resuelve:

Tributar a sus restos, solemnes honras fúnebres en la iglesia catedral, corriendo por cuenta del supremo gobierno todos los gastos correspondientes al funeral.

Queda encargado del cumplimiento de esta resolución el auxiliar de la dirección de justicia, señor Juan Ríos.

Regístrese, comuníquese y publíquese.

Rúbrica de S. E.

MENENDEZ.

Honras fúnebres á monseñor José Antonio Roca y Boloña :: :: :: .: ::

En la mañana de hoy se celebraron en la iglesia Catedral las honras fúnebres en sufragio del alma del que fué señor doctor don José Antonio Roca y Boloña, canónigo de la iglesia metropolitana que se distinguió por su talento y acrisolada virtud. Su muerte ha sido sentida en nuestra sociedad, pues fué para muchos el mejor consejero y amigo, como también el padre tierno y caritativo. Su palabra luminosa y llena de verdad atraía siempre donde quiera que estuviera, numeroso público. Como orador sagrado tuvo pocos competidores. Prestó importantes servicios a nuestra patria, destacándose como una figura culminante de incontrastable energía. Su firmeza de carácter, su elegante y más que todo su sentida poesía a la cual se dedicaba con bastante empeño le hicieron brillar siempre en primera fila. Como sacerdote virtuoso y santo, su vida inmaculada no ha dado cabida a la calumnia, siendo así que durante su destierro en Roma, Su Santidad el Papa Pío IX le honró con la dignidad de su prelado doméstico. Sirvió a su patria con amor y ejemplar abnegación, consagrándose en diversas ocasiones a prestarle sus servicios. Su digna memoria perdurará entre nosotros y su nombre ocupará en nuestra historia un lugar preferente.

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: académico :: :: :: ::

Discursos leídos en el

:: Ateneo de Lima ::

Discurso del Académico Monseñor José Antonio Roca y Boloña :: :: ::

*(Dedicado a su amigo de infancia,
Don José A. de Lavalle)*

Señor Excmo.—Señoras: Señores:

Designado por esta Academia, de la que tengo a honra ser individuo, con muy escaso merecimiento mío, para decir algunas razones que sean ofrenda en la clásica fiesta de su inauguración, me sobrecoge el justo recelo de dar una nota discordante entre las bien concertadas voces que acabais de oír y las que os prometen aun grata, dulcísima sorpresa. Mas, porque no es en mí eludir el suave precepto—que eso equivaldria a rehusar la tosca piedra demandada para el edificio, obra del concurso de todos;—puesto en caso tan difícil, he buscado la solución en proponeros un asunto, grande y por extremo interesnte, que cubra con su grandeza la insuficiencia mía, y merezca, por el interés que inspira, la atención de este auditorio escogido, cuya benevolencia solo puede igualarse a su autoridad.

Y he aquí, señores, un nuevo conflicto en que me hallo, por el hecho mismo de la elección del tema: que, habiendo puesto los ojos de mi alma en la *Palabra,* preciocísimo don otorgado al hombre por el Criador, y debiendo declarar su nobleza y excelencia, asáltame fundado temor de frustrar vuestras esperanzas y mi sincero propósito de complaceros. Pues si una palabra, ruda y lánguida como la mía, ha de hacer el elogio de la palabra humana, cierto que valdría más confiar esa misión al Silencio, que, con su callada sombra, hiciera admirable

(1) *El discurso que va a continuación, fué leído en la sesión inaugural de la Academia correspondiente de la Real Academia Española en el Perú.*

contraste con la vivida luz que esparce esa centella encendida por Dios en el hogar del pensamiento, desde donde irradia, poderosa, a comunicar vida y acción a las mentes de los hombres...

Y, vacilante entre el deber austero, que me ordena sacrificar en sus aras el temor, y el celo por el cumplimiento del gravísimo, honroso encargo, que anonada mis débiles facultades, lanzo, aturdido, mi esquife, por entre los escollos del pensamiento, como el nauta obligado a recorrer, huyendo, el temeroso estrecho del Scylla y Caribdis, que busca en las orillas miradas de simpatía, aliento de su esfuerzo, quizás de su temeridad!

Fuerza es, señores, que yo acometa la árdua empresa, puesto que el retroceder no es lícito ante el ineludible empeño. Y así os diré que la palabra, celeste don otorgado al hombre cuando el Criador infundió en la estatua inerte de Adán el soplo de vida de que nos habla el Génesis; la palabra, repito, complemento indispensable del pensamiento y su expresión más acabada, es el signo distintivo de la grandeza humana, no solamente porque pone límite de luz y de fuego entre el Rey de la creación y todos los seres que pueblan el Universo, sino también porque hace resplandecer el sello divino de su origen y destino altísimo, como que ella es una comunicación de la Palabra eterna, del increado Verbo, resplandor de la luz del Padre, e inmaculado espejo en donde retrátase su hermosura soberana.

Semejante, por su rapidez y eficacia, al rayo, que se forma allá en las altas nubes y solo desciende para imponer su majestad a la tierra, la palabra no brota sino del cielo de la inteligencia humana, nunca de regiones inferiores; y sale de los humanos labios para decorar el pensamiento o el querer del hombre; y, en momentos solemnes, cual suele tenerlos el cielo, brillan sus ojos con fulgor que deslumbra, su voz aterra, y su palabra hiere de súbito, como el rayo poderoso, ora el árbol robusto, ora la cumbre de soberbia montaña—Temístocles desarmando a Euribiades, Mirabeauu anonadadando a Barnabo, son muestras del poder conferido al rayo de la palabra.

Mas, por lo común, suave y flexible, ella es el medio más adecuado, y aun diré, único para establecer las relaciones entre los hombres, a quienes la sociabilidad estrecha y la palabra declara los pensamientos, los afectos, las ideas, los hechos, que constituyen el noble patrimonio de esta gran familia; al paso que, poderoso estímulo del espíritu, es rica semilla esparcida en el campo de las inteligencias, y dá, en sazón oportuna, abundosa cosecha, a beneficio de las exquisitas labores del espíritu.

Concebid, señores, si fuere posible, el hecho trascendental de la educación del hombre por el hombre, sin el misterio de la palabra... ¡Aun puede más!

A imitación del Verbo divino, que es fecundo; cuya vibración dió ser a los orbes, y extendió el tul de los cielos, recogido por gala con broches que desprende la Aurora con sus dedos de rosa, al huír ante la majestad del Monarca, que cruza por la azulada bóveda en carro de fuego, y baja a desceñir su corona en la inmensidad de los mares—a imitación, repito, de aquella Palabra eterna, y de la que es eco augusto, aunque débil, la palabra humana crea, señores, sirviendo de expresión a la fecundidad del pensamiento. Y ora hace levantar enormes moles, centinelas del desierto, que guardan polvo de reyes, para inmortalizar así grandezas caídas y decir su nombre a generaciones remotas; ora resuena en el fragor de las batallas, y obliga a la Victoria a cederle su fulgente palma, y sujeta a su albedrío el rápido carro de la Gloria.

Sutil como la luz y suave como ello, penetra en lo más recóndito de las inteligencias; disipa las tinieblas de la ignorancia, o las sombras de la duda; dá proporciones justas a los hombres y a las cosas; deslinda jurisdicciones y señala términos; derrama claridad en las mentes, y difunde calor de vida en desfallecidos corazones.

Veloz como el pensamiento, viaja en alas del rayo; las nubes le demandan su secreto, y ella lo esconde a esas peregrinas incansables; si el mar se le interpusiere, burlará sus cóleras; se sumergirá en sus abismos y no se anegará; que ántes le servirán de reparo contra la persecución, y, nuevo Moisés, flotará en salvadora cuna, quizás para derribar a Faraón, quizás para libertar a un pueblo!

Admirable irradiación del rostro del alma, nos dá a conocer lo que pasa en sus entrañas; y, al sentirla vibrar en el aire, valorizamos la fuerza que la produce, descubriendo en ella las lucubraciones del ingenio, la luz del talento, la energía de la voluntad, la generosidad de los sentimientos, la firmeza del propósito, la elevación del pensamiento, la vastedad de la ciencia, el poder del genio.

La palabra, señores, que hace tan fáciles nuestras relaciones,—desde la comunicación íntima al amor de la lumbre hasta la más solemne, como ésta, en la que vuestra cortés atención y mi habla respetuosa conversan misteriosamente en vuestra inteligencia, quizás en vuestro corazón, si tengo la dicha de pulsar alguna de sus fibras—también ata las almas con los invisibles lazos de la amistad, del respeto, de la gratitud, de la obediencia, de la admiración, de la confianza, del amor y con los exteriores lazos de la ley, del galardón y de la pena.

Música del alma, la palabra, cuando escrita, apenas la conmueve; empero, si es viva, articulada, y el que la hace vibrar es artista: decid, señores ¿qué instrumento músico puede compararse a la voz humana expresando grandes pensamientos, estremeciéndose y haciendo estremecer las almas a impulsos de afectos tiernos, o de arrebatada pasión?

Ah! no me déis concertada orquesta, que traduce música armoniosa, y que, aun conmoviendo al auditorio, no dice a todos lo mismo: que cada oyente entiende de esos sones lo que piensa, o lo que quiere. Ni me déis tampoco la natural, sencilla orquesta de la mañana, con el canto de sus pájaros, el susurro de sus insectos, el murmullo del riachuelo manso, y el ruido atronador del torrente, y los ecos del valle y de la montaña y el balar de las greyes, y el mugir de la vacada....

Todo esto es grata, deliciosa música, que lleva a Dios nuestras almas, pero que no unifica los pensamientos y los afectos de los hombres. En cambio, la palabra elocuente apodérase de las inteligencias y de las voluntades, y las lleva, con suavidad y energía, a contemplar la verdad que les propone, a enamorarse de su hermosura incomparable, a sentir su inefable dulcedumbre, a despasarse con ella en espiritual, íntimo consorcio, a quedar cautivos de sus gracias, a tornarse pregoneros de sus encantos, tal vez mártires de sus derechos.

¿Qué música, si no es la de la palabra, realizar puede estas maravillas, reducir así la pluralidad a la unidad, acaso en menos tiempo que el necesario para declararlo? ¡Unificar las mentes, diversas, porque son las facultades, sus ideas, y las voluntades, aún más diversas, si cabe, por las pasiones que las señorean; y esto, a virtud de la convicción y del sentimiento que engendra la palabra!

Y si la poesía, calzando el áureo coturno, se digna descender de las cumbres que huella a conversar con los mortales; y ceñida la frente de amapolas, canta al son de dulce laud la sencilla belleza de los cambos; o vistiendo blanca túnica sembrada de rosas, arranca a la ebúrnea lira el secreto de las dichas y de los tormentos del corazón; o cubierta con el morrión cristado, llevando palmas y laureles en la diestra, presa de entusiasmo, emboca la sonora trompa y canta las hazañas de los héroes; y siempre al compás de seductora rima: ¿quién podrá serle rival en la grandeza de los conceptos, en la hermosura de las imágenes, en la elevación de los sentimientos, en el fuego de la pasión que la inspira, en la visión profética de lo porvenir? Oh! señores: la poesía, acabada expresión del lenguaje, es mú-

sica aprendida de los ángeles; es el resonar de sus alas, cuando se alzan de la tierra para posternarse ante el trono del Señor!

Mas, volviendo a nuestro punto de partida, os diré, señores, que la palabra es tan poderosa, que arranca lágrimas de dolor, o seca las que hacen verter los pesares; apacigua el ánimo irritado, o enciende, enardece el que poco ha era indiferente, helado, yerto; abate la insolencia, o esfuerza al pusilánime; calma el odio, o le encona y lleva hasta la venganza; disipa la melancolía, despierta al perezoso, aquieta al vehemente.—Es, para decirlo en breves razones, "espada de dos filos", que penetra en lo íntimo del espíritu".

Dios le ha otorgado tan irresistible virtud, y tal facilidad para transformarse, que ora gime como la brisa cuando ésta acaricia las hojas de los árboles e inclina dulcemente los tallos de las flores, ya murmura y refresca cual la cristalina fuente, ora ruge como el mar irritado, o asorda como la tempestad. Y es una sola, que se hace eco de todas las voces del Universo, que se apodera de sus notas, y las afina al diapasón del pensamiento, y las concierta por la razón, y las hace vibrar por la sensibilidad, y les dá el colorido de la fantasía, y las dulcifica, o acentúa, por las inflexiones de la voz humana;—de ese órgano vivo, que obedece fielmente a las pulsaciones del espíritu, y llena con sus armonías el ámbito de los templos, o el recinto de los legisladores, o se derrama por las plazas y por los campos, para conmover a las gentes, vencer su rudeza, y sujetarlas al yugo ennoblecedor de la ley.

Grandes, divinas artes, señores, las que, apoderándose de la belleza criada e idealizándola a influjos de la inspiración, la reproducen de maravillosa manera, en el lienzo o en el mármol; y, al aprisionarla de esta suerte, le confieren un linaje de inmortalidad que la hace inmune de las injurias del Tiempo y de la jurisdicción ruinosa de la Muerte.

La flor bella y delicada, que hoy brilla esplendorosa meciéndose sobre su tallo flexible, marchita en la tarde, no abrirá su corola al sol de mañana; la hermosura gentil, que se compara a la flor, vivirá algunas horas más que ésta; empero, de marchitarse ha en la vejez, y desaparecer en una triste noche;—dejará tan solo un recuerdo, que los días irán deshojando; no quedará, al fin, más que sombra confusa de lo que fué encanto de los ojos, admiración de la mente, alegría del corazón.—El bello cielo, que el sol decora, mudando a cada paso sus tintas y sus sombras, y que la Noche llena de encantos, arrojando en él con arte soberana puñados de diamantes, que compiten con arroyos de luciente plata; "esos cielos, que cuentan la gloria de Dios",

pasan rápidamente, como las hojas de un libro, y no dejan que contemplemos otra vez la página que leímos ayer.

Y el artista dijo al sentir que azotaba su frente la llama de la inspiración: "Cielos! no pasaréis; cautivos ha de haceros el pincel mío en esa tela vulgar, que reflejará de hoy en más vuestra belleza, y guardará, fiel, vuestros encantos. La flor vivirá, embalsamada por mi génio, en la hoja frágil en que copiaré sus galas; y, al contemplarla los profanos ojos, la advertirán oscilando y trémula, esmaltada por una gota de rocío; quizás el que la admire sentirá su perfume. La mujer bella, el macilento anacoreta, el niño de rostro fresco y sonrosado, el anciano encorvado y rugoso, vivirán por mí en estrecho espacio; y su fisonomía y actitud se conservarán inalterables, cual si les sorprendiera éxtasis poderoso entre los brazos del Arte, que los mostrará, triunfante, de siglo en siglo, a la admiración de los hombres. Y si fuere menester que obre igual prodigio para colocar sobre alto, merecido pedestal al guerrero, al patricio, al estadista, o para representar tipos sublimes de grandeza y de santidad que no tienen la tierra, yo heriré con mi cincel el mármol, yo vaciaré el bronce ciñéndole a un inspirado modelo, mi alma les dará vida, y veréis alzarse, grandiosa, una estátua, a quien saludarán las brisas con música suave, y las tempestades, con la ronca voz del trueno...."

Verdaderos prodigios, señores, que obra el poder otorgado al hombre; y que, despertando un sentimiento de noble orgullo, le hacen olvidar la ficción, y le trastornan de tal forma, que, como Buonarroti, delante de su Moisés, interpelan a la hechura de sus manos, y lanzan a su faz resplandeciente este apóstrofe de fuego: "¿Por qué no hablas?...."

Sí; ¿por qué no hablas? repito.

¡Te falta la palabra! ¡Todo te falta!

Belleza sin palabra, belleza sin vida. Grandes, divinas artes aquellas, que la hicieron brotar del pensamiento, y la aprisionaron en la tela, o en el mármol.

Mas.¡..no pudieron comunicarle el excelso don de la palabra.

Cascada de perlas, irizada de los más bellos colores, y a quien suceden ríos caudalosos de plata y de oro, que solo dejan de correr cuando llegan a un mar inmenso de dilatados horizontes, ora inmóvil y terso como gigantesco espejo del alma, ya altanero, estruendoso y amenazador como las pasiones irritadas que interpreta: tal es la palabra, señores, que comienza a vibrar suavemente y a conmover las inteligencias por sus dulces atractivos, y termina encadenándolas a las

corrientes de la elocuencia y llevándolas con ímpetu a contemplar la Verdad en toda su grandeza imponente y avasalladora.

Mas ¿qué digo, ni porqué me esfuerzo en declararos el poder y los maravillosos efectos de la palabra, si es vano intento el d[illegible]cer su nobleza y eficacia ante el imponente espectáculo de sus triunfos?

¡Inmortales victorias alcanzadas en la serie de los siglos, y que registra la severa Clio en láminas de bronce! Allí, las que r[illegible]n Demóstenes y Cicerón, orillas del Eurotas y del Tiber, si no [illegible]biar de la pléyade que les precedió y de los que siguieron su[illegible]s huellas. Allí, los cantos de Homero y de Virgilio, del Dante y de todos los que sintieron agitarse sus almas al soplo del estro d[illegible] que hoy mismo conmueve las nuestras al leer las páginas en donde dejaron caer sus manos trémulas las centellas de su inspiración.

Y, por remate del modesto monumento, que acabo de alzar en honra del divino don de la palabra, recordaré señores, que, si caímos del alto pedestal de nuestra pristina grandeza, fué una palabra la que hizo vacilar a nuestros padres; la que arrebató de sus fuentes la diadema, de sus manos el cetro, de sus órganos la inmortalidad; porque arrebató, en hora funesta, de sus almas la inocencia y la gracia original. Y que una palabra, la hermosa *Palabra* de Dios, que vistióse de nuestra carne mortal en el seno de la más pura entre las vírgenes, es la que ha restaurado al hombre caído, hasta el punto en que le contemplamos, enaltecido por la Redención, iluminado por la fé cristiana, consolado por la esperanza, divinizado por la caridad...

Y que la irradiación de esa palabra—la predicación de los Apóstoles y de sus continuadores,—abatió los inmundos ídolos, levantó altares a la pureza, suavizó [illegible]s costumbres, redujo las hordas salvajes a la vida civil, aseguró la vi[illegible] del niño sustrayéndola a los caprichos de una paternidad despiadada, co[illegible] en su trono de flores a la mujer, desdepazó las cadenas del esclavo, esparció los principios de la sana moral como semilla fecunda de virtud y de bien, casi apagó la tea de la Discordia, extendió los dominios de la fraternidad, después de bendecir el hogar doméstico y de establecer en él la familia modelo, arca santa, que atesora, a despecho de diluvios, los elementos de la sociedad futura.

Y, como el último grito de mi admiración por la Palabra eterna, a quien debemos el don insigne de la humana palabra, consentid, señores, que os diga que la unidad del lenguaje, perdida en la confusión de las lenguas en la torre de Babel, no se ha perdido para siempre;

por más que yo no espere el que alcancen los esfuerzos de la inteligencia y del arte a inventar un idioma universal, cuya aurora se nos anuncia. No, señores: esa aurora no es de la tierra! Tras del firmamento nos aguarda...

En presencia del Verbo increado, de la Palabra sustancial de Dios, que crió todas las cosas y dió palabra a los humanos; ante esa Elocuencia eterna, toda lengua enmudecerá, porque toda palabra remontará a su origen. Y El, grandioso intérprete de nuestros pensamientos y de nuestros afectos, será el habla divina de nuestras almas, y unificará en un lenguaje sublime, inarticulado, todas las hablas de los hombres.

Discurso sobre Santo Tomás de Aquino y su Filosofía, pronunciado en la inauguración del Colegio de su nombre.

Excmos. Señores:
Señores Ilustrisimos y Reverendísimos:
Venerable Comunidad de Predicadores:
Señores:

No hay duda en que asistimos en este momento a una solemne reparación de clamorosa injusticia, consumada un siglo tras de otro siglo; no solamente en mengua de uno de los genios que Dios suscitó en el siglo XIII. porque fuese luz y guía de las generaciones científicas; sino en daño también de esas mismas generaciones, condenadas hasta hace poco tiempo a mendigar luz artificial y escasa en las abatidas esferas de inteligencias más o menos iluminadas y a cerrar obstinadamente los ojos a los fulgentes rayos del Astro, que encendió la Omnipotencia divina en el Cielo de la Orden fundada por Domingo de Guzmán, y que saliendo de él para recorrer su órbita ha bañado con sus esplendores el Universo entero.

No necesito declarar, señores, que hablo de Santo Tomás de Aquino, Doctor de la Iglesia Católica, apellidado "El ángel de las escuelas".

Desde el siglo XIII en que apareció esta colosal inteligencia hasta el siglo XVI en que un apóstata y propagandista de trascedentales errores declaró cruda, sanguinosa, mortal guerra a la Iglesia de Cristo, nadie puso en duda el genio, la ciencia, la doctrina de Tomás de Aquino. Fué el Maestro Universal y la más augusta Asamblea, reu-

nida en Trento para combatir los errores de Lutero y de sus secuaces, dió alto testimonio del precio que ponia a su enseñanza, al colocar la SUMA TEOLOGICA de este Doctor incomparable frente a frente del divino libro de los Evangelios; declarándole por ende su mejor intérprete y baluarte, aún más firme que todos los otros Doctores de la Iglesia. Puesto que Tomás de Aquino es en concepto de la más pura gloria de la Iglesia Griega en el Concilio de Florencia del ilustre Cardenal Bessarion, EL MAS SANTO ENTRE TODOS LOS SABIOS Y EL MAS SABIO ENTRE TODOS LOS SANTOS. Y al decir del Cardenal Toledo: EL SOLO BASTA (Pace Aliorun dixcriom: Unus divus Thomas est nihi instar omnium. (Tournon in Vita).

Después de tan valiosos y tan claros testimonios, no será exceso en mí en arrojar a los piés de Santo Tomás este elogio, que parte del campo enemigo; TOLLE THOMAM E ECCLESIUM DISSI, PABO; "Suprimid a Tomás y destruiré la Iglesia".

Los católicos aceptamos el involuntario elogio, arrancado a la conciencia del apóstata, sin que temamos la amenaza que en él se contiene, porque es insensata. La obra de Dios no descansa sobre frágil cimiento humano. Cierto que reposa sobre Pedro, más Pedro se apoya en Jesucristo, su brazo la sostiene sobre las aguas porque no se hunda; Su palabra es la que efectúa la pesca milagrosa; Ella la que sosiega los vientos y los mares; Ella la que ha prometido a los Apóstoles y a los sucesores de éstos que Jesucristo estará con ellos hasta la consumación de los siglos (x); Vana y esteril, pues, toda lucha contra esa palabra, que fecundó la nada, crió la tierra y el mar, el cielo y los astros, hizo al hombre, le increpó su delito, le dió esperanza al verle penitente, le redimió, asumiendo para siempre la naturaleza humana, pasible y mortal para tornarla impasible y gloriosa; que fundó la Iglesia en la tierra como un perpetuo almásigo, para cultivar en él con el rocio de su gracia y el riego de los Sacramentos un día y otro dia flores espirituales y trasladarlas, abiertas y perfumadas a los cármenes del Cielo; . . . .

Pero. . . . . me extraviaba. Señores: No se puede dar una ojeada a la obra divina, sin sentirse hondamente conmovido en presencia de tanta grandeza y de Misericordia tan suave. La admiración, el pasmo, el arrobamiento del alma son escollos inevitables para el que surca estos mares. He de evitarlos, no obstante cuanto esté en mí; y vosotros sed indulgenes con el distraido navegante.

Dije, al comenzar, que asistíamos a la reparación de una injusticia, cometida hace tres siglos; cuyo ORIGEN he señalado en

el XVI y cuya causa no es otra que el funesto error que separó de la familia cristiana a una noble porción, condenada desde entonces a vivir entre las incertidumbres del criterio individual; consecuencia ineludible del principio disolvente de la LIBERTAD DE EXAMEN, que intenta REFORMAR la obra inmortal de Jesucristo, Señor y bien nuestro; quien estableció en su Iglesia una autoridad doctrinal INFALIBLE, "porque no fuésemos como párvulos indecisos, ni envueltos por todo viento de doctrina según la maldad de los hombres, dirigido astutamente para aprisionarnos en error" (San Pablo ad Efes. 4. 14).

Como hay un vínculo necesario y estrecho entre la Teología y la Filosofía, como lo hay entre esta última y las demás ciencias, siempre que se contradice sistemáticamente el DOGMA se hace necesario crear una filosofía que acepte la complicidad en el atentado. Cuando no se puede convencer a la razón humana, que se resiste a inclinarse ante el error, hay que alucinarla porque no advierta la repugnante fealdad de él, que hiere los ojos del entendimiento por lo ilógico del raciocino. Se necesita vestirle, disfrazarle, embellecerle con mentidos colores; y este es el triste papel que se hace desempeñar a una filosofía de circunstancias.

Al combatir la divina enseñanza en nombre del criterio privado, hay que derrocar la autoridad infalible que propaga esa enseñanza divina: para lograrlo, es menester conferir la infalibilidad a la razón humana, divinizándola, suponiéndola suprema y perfecta, y no viendo en ella, por que no se quiere las sombras y los desfallecimientos que la turban desde el pecado de nuestros primeros padres.

De ahí la necesidad de crear una filosofía racionalista, que es la muerte de la razón, porque la priva de su punto de apoyo en el cielo y solamente se lo deja en la tierra. Arquímides pedía un punto de apoyo para su palanca fuera del Globo, y prometía levantarlo: esta filosofía pretende más; se apoya en el hombre para levantar al hombre.

Por eso, Señores, no bien se propagó la doctrina contraria a la enseñada por la Iglesia durante diez y seis siglos, cuando todas las fuerzas del entendimiento humano, extraviado, seducido por aquella doctrina que abría profunda herida a la moral y las sanas costumbres, todas las fuerzas repito del entendimiento, rebelde a la fé y a la autoridad, se congregaron para alzar un edificio filosófico que, partiendo del yó, a la manera que lo hace Renato Descartes, llegase hasta el cielo y allí colocase ese yó en magnífico soberbio trono, sin parar mientes en que el argumento "Yo pienso luego existo" maguer su

aparato de severo entitema, no es sino una ficción de convenio. puesto que el sentimiento de nuestra existencia precede psicológicamente a todo raciocinio. Este argumento tiene estrecho parentesco con el sistema de Rousseau, apellidado pomposamente "Pacto Social" cuyo esencial defecto es otra ficción, desde que los hombres se asocian a virtud de la inclinación llamada sociabilidad, y no de pacto alguno. Si Rousseau dijese "Pacto Político" no habría dicho un dislate, cuya falsedad hiere al más novel estudiante de filosofía. Ya lo véis Señores, los filósofos reformistas no han tenido mejor suerte que los constructores de la Torre de Babel; al encumbrar el edificio, se han confundido sus lenguas.

No es, por tanto, de extrañar a cruda guerra que se han hecho dentro y fuera de las escuelas a la sólida y luminosa doctrina de Santo Tomás de Aquino. Se ha llegado hasta negar su indispensable competencia científica: y, por darle aires de imparciabilidad y aún de benevolencia, no ha faltado quien afirme que su autoridad filosófica no se halla a la altura de su autoridad como teólogo.

Veamos si esto es verdad:

"La obra en donde el genio filosófico de Santo Tomás aparece "en toda su brillantez, dice un eminente filósofo moderno, es la Su-"ma de la Teología, el libro más sublime, más sorprendente, más ú-"til, más completo y más perfecto que ha producido el espíritu hu-"mano puesto que la Biblia es obra del espíritu de Dios."

"En ese libro inmortal, que no ha dejado nunca de ser admi-"rado y venerado universalmente en la Iglesia de Dios, Santo To-"más ha resumido es cierto, toda la Escritura Santa, todos los Padres, "todos los escritores eclesiásticos; empero, ha resumido también to-"dos los filósofos antiguos, para tornárselos auxiliares contra la fi-"losofía de su tiempo, ora para corregirlos, ora para combatirlos. "Ha puesto en ella todas las doctrinas de la verdadera Filosofía al "servicio de la verdadera Teología, y ha hecho de su libro único un "curso completo de ambas ciencias, y la Enciclopedia más perfecta "del saber verdadero."

"Aún en la exposición del dogma cristiano, toma ahí las pala-"bras en su acepción común, y no emplea sino expresiones claras y ne-"tamente definidas; sienta en ella principios ciertos, y por medio de "los raciocinios más exactos y más sólidos, deduce de aquellos las "consecuencias más evidentes, con rigor matemático. Evita toda dis-"gresión inútil, toda idea vaga, todo término equívoco, toda pala-"brería, tanto como toda frase vacía de sentido y toda expresión pre-"tenciosa. Es un ejército formado en batalla, que se encamina hacia

"el enemigo y que no se cuida de entorpecer sus movimientos con "inútil bagaje; las ideas son tan claras, el estilo tan natural, que se le "puede traducir fielmente, palabra por palabra, a las lenguas moder- "nas; hace reinar un órden admirable en el conjunto, órden a virtud del "cual esclarece unas cuestiones por medio de otras comprendiendo "en ese trabajo el Suplemento que se ha extraído de sus **Comenta- "rios** sobre el IV Libro de las Sentencias.

"La Suma de Santo Tomás encierra en 612 cuestiones y en "4000 **artículos** la solución de más de 10 mil dificultades. Y no obs- tante en ese prolongado curso de discusiones y de enseñanzas, tanto "el método como el estilo permanecen invariables.

Siempre la misma claridad, la misma limpieza, la misma pre- "cisión y la misma fuerza. Este buen Homero de la ciencia no dormita "ni una sola vez. Este astro del mundo intelectual no palidece nun- "ca. Este vigoroso atleta de Dios jamás siente la flaqueza, ni los des- "fallecimientos del espíritu humano. No hay teólogo que se halla re- "montado nunca tan alto, empero tampoco nunca filósofo alguno "ha estado más constantemente en la verdad, ni ha sido más gran- "de, más luminoso, ni más inamovible: de suerte que no se sabe a "quien admirar más en el autor de este libro prodigioso, si el teó- "logo ilustrado con los esplendores más brillantes de la fé, o al filó- "sofo, acorazado con la sólida cota del raciocinio". (Phil Chrét. par "Raulica Vol. 1.119|121).

Y, en otro lugar, dice el mismo escritor: "Ninguno de los pa- "dres, ninguno de los Teólogos ha probado mejor que Santo To- "más el dogma de la creación del mundo de la nada. En sus manos, este "primer dogma fundamental de toda ciencia y de toda religión, es una "verdad matemática, es una verdad elevada hasta el último grado de la "evidencia, a quien la Razón no podría rechazar su consentimiento sin re- "negar de sí misma. Pues bien. Este inmenso resultado lo ha obtenido "por medio de cinco invencibles argumentos filosóficos, fundados en la "naturaleza de lo absoluto, de lo infiniti, de lo finito, del ser existente "por Sí y del ser existente por otro y del Orden".

Perdonadme Señores, estas citas que quizá hallaréis prolijas, pero que he conceptuado oportunas traer aquí, porque caracterizan la filosofía de Santo Tomás y explican el odio que le ha profesado la escuela anti-católica, y, al rededor de ella, esa turba de sectarios que abundan en los centros científicos siendo muy contados los hombres que tienen criterio propio, porque es más cómodo y repo- sado descansar en la opinión ajena, por más que aún los imberbes

de la ciencia defienden como propias, opiniones que no aciertan a ponderar. Todo ello se explica por la obligada herencia de la culpa original, que abrió en nuestro corazón tres profundas heridas, siendo la del orgullo la más ancha y la que fomenta y exacerba las demás.

Con efecto: ¿que puede alegar la razón humana contra la filosofía del genio cristiano, que, bebiendo la doctrina en las fuentes más puras de la Iglesia, le ha dado forma científica y rodeádola de un baluarte inexpugnable?

Oid, Señores, una palabra inspirada, la del príncipe de los oradores modernos, gloria de Francia y de la Venerable Orden Dominicana. Al explicar la genial misión de Santo Tomás de Aquino, el P. Lacordaire que había estudiado su doctrina con toda la conciencia de un hombre de bien, con la profundidad de su talento y la elevación propia de su estirpe, dice lo que voy a repetir:

"Después de doce siglos de preparación, llegó por fin la hora "natural, en la que el hombre, de concierto con Dios, podía cons- "truir y acabar. El Oriente había ilustrado la doctrina por medio "de sus herejías; el Occidente, libre ya de los restos del Viejo "Mundo, jóven, fuerte, libre, había crecido entre las robustas ini- "ciativas de la guerra y de la fé, y su inteligencia atrevida hallá- "base en posesión de la doble herencia de los siglos antiguos y de "los siglos nuevos. Muchos concibieron a un tiempo el pensamien- "to de alzar el sagrado edificio: porque cuando las cosas han llega- "do a su término, engendran por sí mismas a los hombres que han "de servirles. Más entre esos concurrentes a una gloria y a un ser- "vicio inapreciables, sólo un hombre había recibido todos los dones ne- "cesarios: bien sabéis de quien hablo....

"Sin duda que la ciencia de la naturaleza y de la humani- "dad no había llegado, en el siglo XIII, al inaudito desarrollo que "alcanza en nuestros días. Empero, los trabajos de Aristóteles, re- "sucitados entonces y fecundados por la sutileza penetrante de "la Edad Media, no dejaba al genio desprovisto de todos los se- "cretos del Universo. Santo Tomás de Aquino había bebido de "ambas fuentes; y lo que aún le faltaba por parte de la ciencia, "hallábalo dentro de sí por la soberanía de la razón más subli- "me que ha existido en la tierra. No hay expresión que pueda "pintar esa mirada que se sumerge en lo infinito, ese dominio "del pensamiento, que se apodera de las leyes y sus causas, y las "reduce a una trama palpable, que el ojo más vulgar ve y entiende. "Sencillo como el águila, y vasto como ella, jamás se le pierde de

"vista en su vuelo, por elevado que sea, y apartando todas las nubes "con sus garras poderosas permanece inmóvil en la luz y como trans-"formándose en sustancia". (Discurs por la traslatión du Cho de St. Thomas de Aquino).

Habéis escuchado al talento bosquejando el genio. Oid ahora Señores, benévolos a la insuficiencia esforzándose por describiros su alto vuelo.

Como acontece a todo genio, Tomás de Aquino sentía la necesidad de abarcarlo todo en una mirada. Su razón vigorosa inquiría desde la más tierna infancia la causa de las causas, e interrogaba frecuentemente a sus maestros: QUE COSA ES DIOS? Pregunta sublime, a la que él ha respondido, magistralmente, en la Suma Teológica, penetrando con su razón, levantado en alas de la fé, en esa atmósfera de luz inaccesible que Dios habita, y estudiando, a favor de la revelación divina, la vida íntima del ser de los seres. En ese estudio ha demostrado victoriosamente la pluralidad de las personas en la unidad de la esencia. Lo propio ha hecho en las áridas regiones de la Metafísica, hiriendo de muerte al Maniqueismo por la demostración racional de su absurdidad. Dos supuestos le bastan, en su lógica abrumadora, para reducir a polvo el pomposo edificio, que San Agustín expugnó con tanto brillo en el siglo IV de la Era Cristiana.

Más si examinamos ahora el punto de partida de la filosofía de Santo Tomás, que es la grave ofensa contra el racionalismo antiguo y moderno, hemos de convencernos de que el Santo Doctor no podía elegir otro que el suyo, sin comprometer los fueros de la Razón, y por ende, los de la verdad, Oidme si no:

El filósofo anhela estudiar el hombre, su cuerpo, su espíritu las relaciones, misteriosas de estas dos sustancias incompletas, que forman el compuesto sustancial más bello y misterioso entre todos los seres creados. Su primer paso, ¿quien lo duda? ha de encaminarse, pues, a investigar si este prodigio tiene en sí la razón de su existencia, las imitaciones que advierte en él le revelan imperfección gerárquica; las contradicciones que le desorientan al estudiarlo, le hacen concebir la fecunda sospecha de una perturbación profunda en todo su ser, criado para alcanzar, por su esfuerzo, la verdad y el bien, el error y el mal se apoderan fácilmente de su espíritu, que, no obstante siente ansias de verdad y vivos anhelos de justicia. Busca el filósofo naturalmente, el origen el destino de este de ser el más misterioso del universo, y se halla rodeado de luces y de sombra, que martirizan su inteligencia: halla fenómenos inex-

plicables como el de la comunicación del espíritu y la materia, esfinge perpétua del naturalista: como el del sueño; sus intuiciones y su visión; a veces proféticas; como el de los presentimientos, su realización y su desvario; como el de la analogía física con los brutos y de ciertos actos, superiores a la materia, tales como los de memoria, imaginación y volición, entre estos, el amor, el odio, la simpatía. Y sobre todo esto, aquella lucha interminable de la voluntad humana, aspirando al bien y prefiriendo a cada paso el mal, que hizo exclamar a un filósofo pagano: "VIDEO MECLIORA, PROBOQUE DETERIORA SEQUOR: Veo lo mejor, le apruebo, y me inclino a lo peor

¿Como desatar señores este complicadísimo nudo? ¿Como entrar y salir de este enmarañado laberinto? Ni tenemos la espada de Alejandro, ni poseemos el hilo de Ariadna.

Y no obstante, ha de cortarse o desatarse el nudo; hay que penetrar en el labrinto y salir de él.

Pues bien; Santo Tomás, llevado por su genial inteligencia y guiado como los reyes del Oriente, por el astro luminoso de la fe, halló la verdad reclinada en un establo: no martirizó inocentes como Herodes; y ofreció humildemente los dones que recibiera del cielo, en homenaje a esa verdad, desconocida por los soberbios filósofos de quienes dijo, con profunda filosofía el inspirado Pablo: "que cuanto es cognoscible de Dios se advierte por sus hechuras y que ellos habiéndole así conocido, no le adoraron como a Dios, ni le tributaron gracias; así es que, llamándose sabios se hicieron necios, y el Señor los abandonó, en castigo de su grave delito, al sentido réprobo y a las ignominias de la materia brutal.

Demostró que la existencia de Dios, la espiritualidad é inmortalidad del alma humana, los premios y penas de la vida futura son preámbulos de la fé, es decir, fundamento científico de la Revelación divina, base inconmovible de la teología sobre la cual se asientan las verdades sobrenaturales, sin cuyo conocimiento el hombre nada puede en el órden natural, por cuanto este ser previlegiado no se comprende sin conocer su doble destino, temporal y eterno. Hirió así mortalmente al racionalismo, que pretende explicar al hombre, sin Dios y al tradicionalista exagerado, que intenta engrandecer miserablemente a Dios, anodadando al hombre, su grandiosa hechura, estableciendo un divorcio, que no existe, ni puede existir, entre la razón y la fé, dones de Dios, sabio con sabiduría infinita, que no puede contradecirce jamás.

Este sistema filosófico, contra el que la razón no puede ar-

guir y que satisface al creyente sincero, este, señores, es el gran atentado de Santo Tomás de Aquino contra la Diosa Razón, exaltada en París el año de 1793, en traje de paraíso, en la persona de una Magdalena impenitente. La razón humana, divorciada de la fé, padece vértigos y apetece orgías.

Vino después, en lugar de la vergüenza que abofeteaba a las almas flacas pero honradas, el sistema forjado por el crímen para justificar el delito y encallecer la conciencia; vinieron también los cómplices de los grandes criminales: tras de Rousseau; D'Alembert, Voltaire y otros culpables, aparecieron Cousín, St.Simón, Prodhom, Jouffrey, y otros filósofos, que aún honra nuestro siglo, porque, dígase lo que se quiera de sus adelantos, no es un siglo de pensadores, sino de sectarios. Es siglo de transformación histórica, consentido por la Providencia divina, como consintió élla el momento de triunfo de Luzbel sobre la inocencia, la justicia y la gracia original de Adan y Eva en el paraíso. Para este pecado, no lo dudéis, señores, habría una rendención, y, os lo declaro, ya no tarda!

Contra todas esas flaquezas del hombre caído, hubo de proceder el Evangélico Doctor. En él no se advierten cobardes condescendencias, ni viles lisonjas. Escribía, bajo las santas miradas de Dios, que nos ha de juzgar a todos, y no tenía recelos del juicio de la posteridad. Insensible a la alabanza como al vituperio, su honrada conciencia de sabio era el único Norte al que se inclinaba la aguja magnética de su genio. Su Filosofía, es la verdadera Filosofía, porque tiene por punto de partida dos realidades: el conocimiento del Hombre y del Universo, que le sirve de pedestal, y el conocimiento racional de la Revelación divina que explica el orígen y fin providencial del Hombre y del Universo. No exalta, no diviniza al hombre, ni prescinde del medio en que el hombre se mueve y realiza su destino. No podía seguir otra senda! Los genios son sencillos y sinceros: ven lo que existe, no mudan su visión interior por respetos humanos, por cobardías científicas, por miserables codicias de riquezas y de honores que turbarían su paz angélica y no compensarían jamás la pérdida de la luminosa aureola, con la que plugo a Dios ceñir sus nobles frentes. Dicen, como el Profeta-Rey: "he creído, y, por ende, he hablado; más, yo me he humillado sobremanera". Convencidos, humildes, valerosos, anuncian lo que ven, como anuncia el Astrónomo la existencia de una estrella, escondida a los ojos vulgares y solo visible a los claros ojos de la ciencia, quien avigora su mirada con el instrumento de observación cuyo empleo no es conoci-

do a todos. El telescopio de Santo Tomás de Aquino no ha sido inventado por Galileo; más le ha servido para merecer este elogio supremo del que creó la luz y dió leyes inflexibles a la visión: *Bene scripsis ti de me Thoma, quan mercedem accipies?*

Al par de esa visión clara, Tomás había sido enriquecido con el tesoro de un alma buena, respondió al elogio y a la promesa de premio con esta frase sublime, que nos pone en descubierto su grande corazón: *"Non aliam, Domine nisi te!* Yo no quiero Señor otra recompensa que poseerte,'

Después de cuanto llevo dicho, holgadamente, comprenderéis, Señores, el por qué de esa despiadada guerra de tres siglos contra la filosofía de Santo Tomás de Aquino. El error, guiado por instinto de conservación, se dijo: No puedo luchar contra un gigante como Tomás: empero he de procurar vencerlo con astucia, que así supliré la fuerza de que carezco. Librar simultáneo combate a su Teología y a su Filosofía empresa superior a mis alcances; él ha previsto la lucha y se ha revestido de impenetrable armadura. De la Filosofía de Aristóteles, antiguo genio, a quien ha regenerado con bautismo de luz, salvando la distancia de los siglos, porque ha comentado en obra y correjido sus defectos, ha hecho el ilustre doctor una bien templada cota y un yelmo inquebrantable. Armado de la espada de la fé y con el hacha formidable del raciocinio, hiere con la una a los que hurtan el cuerpo a los asaltantes de la otra. Para vencerlo, pues, para hacer vano su potente esfuerzo, arrebatémosle a traición el arma del raciocinio, negando su competencia como filósofo, y dejémosle por piedad el título de teólogo ¿que daño puede hacernos la teología, hoy, que los sabios ignoran que en toda cuestión filosófica, en todo problema social o político se entraña una cuestión teológica? ¿Hoy, en que fácilmente olvidan los maestros que poca filosofía conduce a la incredulidad y una buena filosofía a la religión? Apoderémonos pues, de las avanzadas del ejército de Dios, y haremos así fácil presa de ese ejército numeroso. Adueñándonos de la filosofía adularemos a la razón humana, la reconoceremos aún la infalibilidad doctrinal conferida por Dios a su Vicario en la tierra en beneficio del linaje humano sin que nos atormente el escrúpulo de otorgar a la razón individual, en beneficio propio, lo que negamos a la autoridad divina de la Iglesia en provecho de todos. Tomando así por sorpresa, a las inteligencias irreflexivas las alturas que domina el pensamiento, y seduciendo a los corazones enfermos con el halago de una grandeza que fué, no haya temor de que se renueven las briosas luchas cuerpo a cuerpo, que fueron de otra edad, y en las que el

esfuerzo del pensamiento dió siempre la victoria a la buena causa. Ya no habremos temor a la fortaleza levantada por Tomás de Aquino; minada por su base natural; el cimiento filosófico; presto la veremos convertida en ruina, y entonces . . . .el triufo será nuestro.

Sí, Señores, han triunfado: El alta filosofía de Santo Tomás de Aquino, apenas se conoce en las escuelas, es más bien un recuerdo histórico, venerado por los buenos, objeto de sangrientas inventivas y de afectado desprecio para la mayoría de los que, en este siglo se, apellidan hombres de ciencia, y caminan a tientas, palpando tinieblas, en las regiones del pensamiento. Hubo entre los paganos un filósofo, a quien llamaré Profeta en el órden natural, que hastiado de las contradicciones, que advertía entre los llamados sabios de su época, lanzó esta enérgica protesta "no hay desatino, dijo, que no haya sostenido algún filósofo".

He ahí la verdadera situación, Señores: el ejército enemigo de la Verdad y del Bien, ha establecido sus reales, minando el campo del ejército de Jesucristo. De una parte, San Pablo, San Agustín, Santo Tomás; de la otra, Descartes, Mallebranche, Cousin. Todas las demás personalidades se desvanecen y eclipsan ante estos adalidos. El tiempo ha dado razón de los unos y de los otros: "Chi Aura rinci". Mientras Descartes ha sido suplantado por Mallebranche, y, este, a su vez por Cousin, en el campamento cristiano no hay contradición ni exclusión posible. Su divisa es la unidad de la variedad Cada uno de estos genios explica y completa al otro. "así, pues, dice un filósofo contemporáneo, "mientras que la gloria de los docto-"res que precedieron a Santo Tomás estriva en haber probado el "cristianismo es creíble, la gloria del Doctor Angélico consiste en "haberle presentado, además de eso, razonable. Así como lo que tie-"ne de especial San Agustín es el ser filósofo-teólogo, lo peculiar en "Santo Tomás es ser Teólogo-Filósofo del cristianismo. Ya lo he-"mos dicho . . .y lo repetimos aquí: San Pablo ha precisado el dogma; "San Agustín lo ha desarrollado; y Santo Tomás es quien lo ha demos-"trado rigurosamente, tanto cuanto se le puede demostrar. Divinamente "inspirado, San Pablo nos ha dado la revelación, San Agustín la teología, "empero Santo Tomás es el que ha creado la filosofía de la Religión "Cristiana; si San Pablo ha sido el apóstol por excelencia, y San Agus-"tín el teólogo por excelencia, Santo Tomás el filósofo por excelencia "de esta religión. De arte que es a la filosofía de Santo Tomás a quien "se debe su teología, su carácter especial, su solidez y su inmenso brillo".

De industria, Señores y por no abusar de vuestra atención be-

névola, me abstengo de examinar, siquiera de ligero, los primeros de la Suma de Santo Tomás contra los Gentiles, obra eminentemente filosófica en que la razón humana se siente estrechada a la fé, por la fuerza irresistible del argumento meramente racional, no hablaré tampoco de esa colección monumental de Opúsculos sobre diversas materias, en donde el filósofo hace gala de su fuerza, estableciendo, ora los principios a que ha de ajustarse el gobierno y la obediencia de los pueblos, ora su profunda inteligencia de las leyes naturales, hasta donde la ciencia humana alcanzara en aquella época, no tan oscura cual se le contempla hoy; pues en ella floreció el fraile franciscano Rogeris Bacon (no el hinchado Bacon de Verulamio Canciller de Inglaterra); y ese humilde Bacon fué el verdadero inventor del método experimental; el que descubrió la atracción de los cuerpos, la pesadez del aire (que he leído en el libro de Job), el secreto del telescopio, la combinación química de la pólvora, y predijo la aplicación de una fuerza desconocida a los bajeles y a los vehículos terrestres. ¡Preveía el modesto religioso el descubrimiento que consiste en la aplicación de la fuerza expansiva del vapor del agua, para impulsar los barcos y los carros¡. Su ilustre hermano Santo Tomás, no era extraño a ese movimiento científico: no dijo, ni escribió nada que pueda reprocharle la ciencia moderna, acusándole de error o inconsecuencia. Vió cuanto se podía ver en aquella época, en la que hallábanse detenidas en su marcha las ciencias de observación, por dos obstáculos; las distancias invencibles y la escasez de instrumentos que suplieran la debilidad de los sentidos.

Os, pido ahora, benévolo permiso para terminar esta breve reseña, haciendo memoria de dos opúsculos notables entre todos los que nos ha legado aquella docta pluma. Hago caso omiso de su Catena aurea, admirable enlace de conceptos de los Padres de la Iglesia, exponiendo los Santos Evangelios y me contraigo a decir dos palabras sobre el Tratado de la Eucaristía y la Exposición del Cantar de los Cantares de Salomon. En el primero de ellos, encarece cuanto es dable, los velos del misterio de amor por excelencia, y lleva el alma cristiana, convencida por el argumento extrínsico, a reconocer la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo bajo de las especies sacramentales; presencia que negaron, a su manera, Lutero, Guinglio Melanchten y otros sectarios de la pretendida Reforma protestante. Para coronar este obra excelente, recibe del Sumo Pontífice el grato encargo de componer la Liturgía de tan alto misterio, y nos enriquece con su magnífico oficio del Smo. Sacramento, un himno admirable y una Prosa latina que se lee en la misa des-

pués de la Epístola, en donde, en forma rítmica, expone la doctrina católica sobre este misterio de fé, con una precisión, una gracia y una unción tales, que se duda con razón si habrá inteligencia humana que pueda aventajarla.

En el segundo, escrito a instancias de los religiosos de Fossa Nova, en donde murió, su alma pura y elevada comienza a ensayar el vuelo hacia los espacios de la eternidad. Yace el cuerpo abatido en el lecho del dolor, de donde no bajará más para ascender a la cátedra insigne del teólogo y del filósofo, sus manos desfallecidas no volverán a cojer la pluma del sabio; empero, su espíritu sublime ensancha la mirada como el Sol agranda su disco al trasponer nuestro horizonte, y vé y canta las eternas nupcias del Verbo increado con la Naturaleza humana, elevada a una condición superior a la de los ángeles, por su unión hipostática con la naturaleza divina. Es el cisne, cuyo más dulce canto se oye antes de expirar.

Y antes de que le perdamos de vista, dignaos prestar, Señores, el oído al coro de alabanzas, que la tierra envía, por la boca de sus representantes más ilustres, a ese genio católico, a ese filósofo-teólogo, el más santo entre todos los sabios, y el más sabio entre todos los santos, como le apellidaba el Cardenal Bessarion. No preguntéis por sus milagros, porque os responderá el Sumo Pontífice Juan XXII: Fray Tomás ha operado tantos prodigios como artículos ha escrito en la Suma. Hay en ella bastantes milagros para su canonización.

"Cuando Tomás apareció en la escena del mundo científico, di-"ce un autor contemporáneo en el gran teatro de la Universidad de "París entonces maestro del Universo, el Santo halló en ella al maes-"tro de las sentencias, Pedro Lombardo en posesión del título de "Maestro de la Teología y a Aristóteles en posesión del título de Fi-"lósofo, o de Maestro de la Filosofía. Más desde el instante en que "aparecieron a los azorados ojos del mundo de los sabios y los ma-"ravillosos comentarios de Santo Tomás sobre el maestro de las "sentencias y sobre Aristóteles y las dos Sumas, la admiración u-"niversal de cuanto el mundo poseía de grande, en punto a saber, "arrebató entusiasta a Pedro Lombardo y a Aristóteles sus títulos y "reunió ambos en la persona del humilde hijo de Sto. Domingo. "Desde ese momento fué Santo Tomás el Maestro por excelencia "tanto en filosofía como en teología, el oráculo de todos los sa-"bios, de todas las escuelas, de todas las academias, de todas las u-"niversidades y de todas las comunidades religiosas" (p.127).

La universidad de París, la renombrada Sorbona, que tuvo por adversario formidable a Santo Tomás, porque ella luchó contra el establecimiento de los religiosos mendicantes, al saber la prematura muerte del grande hombre, dirigió esta carta de duelo, por manos de su rector y en nombre de todos los maestros, al capítulo general de la órden del Santo Domingo, reunido entonces en la ciudad de Lion:
"Consternados por la inmensa pérdida que acaba de padecer la I-
"glesia y que sumerge a la escuela de París en la aflicción más
"cruel, hemos querido unir en este día nuestros gemidos y nuestro
"justísimo llanto ¿Quien nos dará la voz y las lamentaciones de Je-
"remías para pintar el increíble estupor que desde luego apoderóse
"de todos los espiritus y el dolor que ha penetrado hasta lo más pro-
"fundo de nuestros corazones? Apenas podemos hablar del golpe que
"nos hiere; la adhesión y el amor ahogarían nuestras palabras, si
"nuestra angustia dolorosa no nos urgiera a decir que, según la voz
"pública y relaciones demasiado ciertas, el Venerable doctor Fray Tomás
"de Aquino ha dejado la tierra. ¿Cómo penetrar por qué mira secreta
"ha permitido la Divina Providencia que esta estrella de la mañana que
"despedía tantos resplandores en el mundo o por decir mejor, que este
"Sol luminoso que prendía el día haya retirado tan temprano sus rayos?
"Sería sin razón el pensar que se ha extinguido su esplendor o que ha
"padecido eclipse porque ha cesado de alumbrar la Iglesia.

"No ignoramos que el criador no había dado al mundo este gran
"Doctor por un efecto particular de su bondad, sino por señalado tiem-
"po; y no obstante, si es lícito apoyarse en la autoridad de los filósofos
"antiguos, parecía que la Sabiduría Divina le hubiera colocado acá en la
"tierra para explicar los prodigios más obscuros de la naturaleza".
(Jourdain-Philosophie de St. Thomas, tomo II, pág. 7).

Y no contenta esta ilustre corporación con este elogio, se reunió algunos días después con los canónigos de la Iglesia de París, bajo la presidencia del Obispo de esta Ciudad, su decano, y del Obispo de Viena, a fin de declarar de una manera solemne y oficial su opinión sobre la doctrina de Santo Tomás y lo hizo en estos términos: "Que Santo Tomás debe ser apellidado la luz más pura y más espléndida de la Iglesia, el Doctor por excelencia, la fuente más clara, el espejo sin mancha de la misma Sorbona: el candelabro misterioso, la grande antorcha encendida en el mundo a fin de que los que caminan por la senda de la Teología puedan ser alumbrados por sus rayos, y contemplar sin dueño al Sol de su ciencia, de su vida y de su renombre; el astro más espléndido y el único maestro que

nunca ha dicho, ni escrito cosa alguna contraria a la fé y a las buenas costumbres.

El Papa Inocencio VI en su panegírico de Santo Tomás, ha dicho: "la doctrina de este Doctor es entre todas las doctrinas, con palabras, la más metódica en la elocución, la más exacta en las palabras la más metódica en la elocución, la más verdadera en la sentencia, y de tal naturaleza que todo el que la ha seguido no ha salido nunca de la senda de lo verdadero y todo el que la ha combatido ha sido siempre sospechoso".

Urbano V ordena seguir la doctrina de Santo Tomás y permanecer fieles a ella, "porque es una doctrina Verdadera y Católica".

Juan XXII, el mismo Pontífice que ha visto tantos milagros como artículos en la Suma de Santo Tomás, ha dicho también: "No dudamos un punto que Santo Tomás goce de grande gloria en el cielo, puesto que su vida ha sido muy santa, y que él solo ha ilustrado a la Iglesia más que todos los otros doctores juntos. Mas se aprovecha con un año de estudios de sus libros que estudiando a todos los otros doctores durante la vida entera".

No me admira, pues, el empeño de los últimos Sumos Pontífices por restablecer el Magisterio de Santo Tomás en las Escuelas Católicas y de Teología, ni el ahinco por depurar sus obras de los errores de los malos copistas y dar a luz una edición correcta de esos trabajos inmortales. Pío IX de venerada memoria y su ilustre sucesor Leon XIII que actualmente gobierna la Iglesia, derramando en ella insólitos esplendores de sabiduría y de ciencia, han visto ya, el primero, una edición hermosa de las obras de Santo Tomás, y el segundo, las primeras páginas de la última que ha preceptuado. El magnífico tratado sobre la propiedad y el trabajo, que nos ha dado, bajo la forma de encíclica, el actual Vicario de Jesucristo aparte de los primores de su ingenio, no es otra cosa que hermosa exposición de la doctrina de Santo Tomás. Gloria a Dios, al discípulo y al maestro. El racionalismo se ha declarado tácitamente inepto para contener el torrente del socialismo, que ha desbordado sus doctrinas disociadas, las que no tienden sino a la destrucción del orden social existente para reemplazarle . . . . . . .por el caos¡.

Os he fatigado, señores, y os presento por ello mis humildes excusas, he anhelado reparar cuanto esté en mí la injusticia cometida contra el Genio más grande que ha contemplado el mundo, y que haciendo mentir el común proverbio de que el discípulo no se sobrepone al Maestro, eclipsó la gloria de Alberto Magno, de ese

grande astro de la ciencia, de la religión dominicana, de la Iglesia Universal;

Una rama de esa Orden que ha reverdecido en Lima, en la antigua metrópoli de la religión en América, ha querido elevar un monumento reparador a tanta grandeza, desconocida por tres siglos de locura, de irreflexión y de indiferencia científica; y ha hecho surgir de entre las ruinas el edificio que véis, y congregado en él al ilustre cuerpo de Profesores, que advertís en torno mío, y a quien recomiendan los lauros ganados en buena lid, experiencia atesorada en el curso de la vida y la recta intención de secundar el noble propósito de la Orden Venerable, que nos confía hoy el porvenir de este foco de luz y de vida porque mantenemos siempre luciente la lámpara misteriosa de la ciencia al par que cultivamos la buena semilla en la vírgen tierra de esos jóvenes corazones.

Así lo haremos, señores, con el auxilio divino y con vuestra eficaz cooperación de todos los que nos infundáis aliento con vuestras benévolas simpatías, la de todos los que nos confiéis a los hijos de vuestro amor porque hagámos de ellos hombres, esto es, cristianos doctos laboriosos, de austeras costumbres, dóciles a la autoridad, vencedores de sí propios y amantes hijos de esta patria, entristecida hoy por el recuerdo de sus desgracias, asombrada por las oscuridades medrosas de lo porvenir, pero que ya sonríe a la esperanza de ver levantarse una generación fuerte y pensadora, que acallando las voces de la pasión y poniendo freno a los desórdenes de la fantasía, sea digna heredera de nuestros antepasados, de aquellos a quienes alumbró el sol de Junín y de Ayecucho, el sol de Mayo, de aquellos también que, en la noche de nuestro infortunio, supieron lucir como estrellas de primera magnitud en el cielo de la República.

DIOS*.-Conferencia pronunciada en la Academia de la Lengua correspondiente de la Real Española. : : : : : : : : : :

No extrañéis, Señores, que alentado yo por la benevolencia de mis compañeros, y por la vuestra, me atreva, una vez más, a trabar suave pláitca con vuestras almas nobilísimas, cuya atención me honra sobre lo que puedo encarecer, siendo vuestro cortez asentimiento a mis razones, y, si a tanto fuera osado ¡vuestro convencimiento!, preciada corona de rosas a mis encanecidos cabellos, que, no muy tarde esparcirá sin duelo la descarnada mano de la muerte.

Antes que se la consienta herir este organismo frágil y apagar la llama que arde en mi pecho, dadme vuestro favor, por que pueda yo hacer mi testamento literario, con el que intento apercibirme para el gran viaje, para el forzoso y dilatado viaje del que no se vuelve más.

La coyuntura es sobradamente propicia, puesto que, al par que

---

(*) **NOTA.** Muy lamentable, por cierto, q' esta profunda y bella producción sobre DIOS haya quedado trunca entre los manuscritos de Monseñor Roca. Pero las bellezas que contiene esta primera parte justifican su publicación aunque quede sin conocerse su desarrollo posterior y su seguro patético final.

así contribuiré a haceros el agasajo, de que sóis merecedores por la simpatía que demostráis a esta naciente Academia, me ofrece la ceremonia, que solemnizáis con vuestra presencia, un tema tan honroso, tan fecundo y tan grato, para toda alma bien nacida, que, no lo dudo, habéis de quedar satisfechos después de oírme; no, por el imperfecto desarrollo de las ideas, ni por la rudeza de la forma, sino apesar de ello, y de la bajeza del que ora: que han de cautivaros la importancia del asunto, su oportunidad indisputable; y, más que todo esto, a regaladísima dulzura que gustarán vuestros corazones, los horizontes luminosos que se abrirán a vuestro pensamiento, el celestial perfume que embalsamará vuestro espíritu.

Y, para no abusar de vuestra generosa espectativa, ni pecar contras las reglas más triviales del Arte, he de franquearos lo que fué mi secreto hasta el momento presente, diciéndoos resueltamente que me propongo hablar de **Dios**, fuente de infinita hermosura, de quien nacen todos los arroyos, en quien tienen ser todos los ríos, que precipitanse de tropel en el oceano de la naturaleza, siendo este mismo vastísimo piélago obra de su Poder, de su Sabiduría y de su Amor.

Las buenas letras y las nobles artes buscan anhelosas el ideal que han de traducir sus líneas de fuego, o en olas animadas por el contacto del Genio, o en trozos de madera o de piedra vivificados por su soplo inmortal, o en torrentes de armonía, que traducirán la vibrante cuerda, la caña frágil, el metal modelado por diestro artífice. Ellas pasean su mirada inquieta, interrogando a esa vasta y rica Naturaleza para arancarle el secreto de su Armonía sublime, de su variedad riquísima, de su unidad sorprendente, que apresando con estrecha, indisoluble lazada el gigante cosmos y el hombre, que es compendio misterioso de todas las maravillas de aquel, pregona a grandes voces la existencia de una causa inteligente, buena, suprema, la única que explica cuanto ven nuestros ojos, cuanto nuestras manos tocan, cuanto conmueve nuestro oído, desde el leve rumor de la hoja que roe el insecto hasta el bramido horroroso del mar irritado y "el ronco trueno que en fragor revienta y luego rebramando se dilata por la inflamada esfera, y a Dios anuncia que en el cielo impera". Y las buenas y las nobles artes si no han de ser condenadas a los tormentos de Sisyfo, tienen que alzar los ojos al firmamento, para interrogarle acerca de la gloria de Dios que cuentan los cielos, por que él es, la obra de sus manos, ellas han de prestar atento oído a todas las voces misteriosas, que combinan el himno de infinita extensión y de eterna belleza, con que la tierra, muda al

parecer, y grandilocuente en realidad, saluda, día por día, a su autor magnífico, Providencia Sapientísima y liberal, y que sigue y gobierna los mundos y estremece la tierra con una mirada, y hace arder los montes al posar en ellos su diestra.

Y ¿Cómo no, Señores? Si Dios, principio y fin de cuanto existe, es por tanto, principio y fin del Arte: porque éste nace de la impresión que hace en vuestra alma la belleza y termina en la más alta expresión de esa belleza. Y siendo él hermosura infinita, de quien procede cuanto engrandece el mundo de los sentidos, y el mundo, mucho más bello, de la conciencia, no hay, ni habrá jamás inspiración más alta, fecunda y soberana para el Arte, que aquella que él puede beber en ancho vaso al pié de esa fuente cristalina, e inagotable agua, que apaga la sed del alma, y le infunde vida, abundante vida, que seméjase a un surtidor poderoso, nacido en las entrañas del artista y que se lanza pujante a inconmensurable altura.

Así lo ha comprendido la Real Academia de la Lengua Española, al preceptuar que sus sesiones se abran siempre invocando el Santo nombre de Dios, a quien pido favor para alcanzar los ápices de la perfección en el cultivo del hermoso idioma que nos legaron nuestros padres, y la correspondiente en el Perú, siguiendo tan loable tradición, ha engrandecido su Reglamento con el propio precepto. Acabáis de ser testigos de su ejecución, y a esta circunstancia aludí, cuando dije que la presente ceremonia ofrecíame el tema, que me proponía desarrollar ante vosotros.

Y antes de hacerlo, consentid, Señores, en la evocación de un recuerdo de la antiguedad.

Hubo pueblos, que apesar de estar asentados en tinieblas y sombras de muerte, "merecieron de la piedad del cielo el vislumbrar un rayo, siquiera ténue de esa luz copiosa, que ha derramado a manojos sobre nuestra frente, el radiante Sol de la era cristiana; y, a favor de esa luz escasa, divisaron a Prometeo, encadenado a un peñasco, devoradas sus entrañas por un buitre insaciable, y renovadas incesantemente por una fuerza oculta que, con la vida, prolongaba su martirio.

¿Cual fué su crímen, Señores,? ¿Que hizo Prometeo?

¡Robó fuego del cielo!

Estaba en la conciencia humana que el fuego de la inspiración arde en el cielo...

Prometeo no fué culpable, al buscarlo; su crimen fué el robo, calificado de sacrílego. Era necesario pedirlo, no hurtarlo.

Entre el idealismo, que olvida la naturaleza, vive de la fantasía y del sentimiento, y llega, por exceso, a caer en el romanticismo, que solo se inspira en lo que ve, oye y palpa, desdeña el auxilio de las facultades creadoras, del espíritu humano y se precipita infelizmente en los abismos de un materialismo grosero, al que inmola sin piedad a las delicadezas del pudor; entre esos extremos, viciosos a no dudarlo, se halla, señores, la buena escuela, la escuela, que se llamó clásica hasta nuestros días, y que hoy se apellida realista, porque, partiendo de lo real, de lo verdadero, que no se atreve a desfigurar, lo idealiza por el concurso de las facultades morales y por el alta inspiración, que guía su pluma, mueve sus pinceles, o lleva el acero hasta grabar, en la fisonomía y en la actitud de sus creaciones, un sello luminoso, reflejo del espíritu que anima al artista, así como el alma, simple, espiritual ,inmortal, expresa, en el rostro y en los movimientos del hombre, su noble linaje, sus sentimientos elevados, su profundo pensar, su altísimo destino.

Tal es, Señores, en mi humilde concepto, la diferencia que hay entre las escuelas que se disputan el cetro del arte. No he menester deciros que doy mi preferencia a la última, no solamente por que acata la dignidad humana, que escarnece y huella la segunda, sino también porque está en la verdad, de la que se aleja la primera. Todo lo que se relaciona con el hombre ha de estar en perpétuo acuerdo con su naturaleza que es doble y antagónica—como que somos compuestos sustancial de espíritu y materia — y ha de tender a la unidad, en la que radica perfección, por el sometimiento de lo inferior a lo superior. Como la escuela naturalista sacrifíca el espíritu a la materia, nos aleja de la perfección, y nos rebaja, y envilece por extremo; y puesto que la idealista anonada a la materia, y por que sólo reine el espíritu, aunque no merezca la censura que su rival es, no obstante, digna de reproche, porque olvida la realidad, hace del hombre algo superior al hombre mismo, un ángel muy honroso, pero que, desgraciadamente no halla su original en este escenario. Ambas escuelas se extravían, porque prescinden por entero de la voluntad del Criador, olvidan sus designios, y lejos de servir al progreso del Arte lo inmolan a sus caprichos. No así la escuela realista, que estudia al hombre y todos los seres criados inspirándose en la realidad y sondando los misterios que nos rodean con la

poderosa luz de una antorcha inextinguible, que alumbra a todo el que viene a este mundo: la antorcha de la fé divina.

Convengamos, Señores, en que no hay, ni puede haber arte, en ninguna de su más nobles manifestaciones, sin elevación del pensamiento, sin que el sentimiento se eleve igualmente, a una región más alta que la común habitación de las mentes y de los corazones vulgares: pues, aunque el arte no haya de destruir la naturaleza, que eso sería ficción reprochable y estéril, es, no obstante, su misión excelsa perfeccionar la naturaleza misma, como lo expresa el conocido proverbio: *Ars naturam perficit.*

Y ¿Como perfeccionar la naturaleza, expresar un ideal, sin hacer traición a la verdad, sin desfigurar la naturaleza, que es el fundamento del arte? Paréceme que eso es hacedero, señores, y me lisonjeo de que una imágen oportuna va a declararos mi pensamiento y a conquistarle vuestra adhesión.

El humilde gusano se arrastra penosamente por el valle y recorre lentamente gran espacio, sin que acierte en su peregrinación, a contemplar el hermoso conjunto, cuyos elementos divisa, poco a poco, y de los que cada uno va produciendo una imájen excluyente en la diminuta pupila de sus ojos. No así el gusano, convertido en mariposa, cuyas ágiles y doradas alas le llevan de huerto en huerto y de flor en flor. Y mucho mejor el águila real, que se encumbra en el espacio, aparta las nubes con sus garras poderosas, y abarca, desde la altura, en su pupila, fuerte a los rayos solares, el bello panorama que ofrecen montes, valles, ríos, colinas, chozas de paja y campestres, blancos edificios, y la verde encañada y los musgos fragantes, y los ricos árboles frutales y el cielo vestido de azul encaje, que festonean rayos de plata y de oro.

El sencillo aldeano que cultiva, encorvado, sus campos y el pastor que vigila sus cabras, satisfechos en sus modestas aspiraciones, no recelan que el viajero fatigado, de cuya penosa ascensión a la cumbre del monte son testigos, goza desde esa altura, de un espectáculo para ellos desconocido, en el que contempla una inmensa variedad de objetos, que combinan una hermosa unidad, y en los que admira relaciones y vínculos, que se ocultan a los habitantes de la llanura.

El arte, señores, es, a veces, mariposa, en otras, águila real, y a veces, también, ilustre peregrino que contempla la naturaleza, no como quien ve del valle al monte, sino como quien mira del monte al valle (usurpo aquí en el elegante decir del Marqués de Valdoyamas).

Mas, como bien lo comprendéis, no basta que el artista, llámese

poeta, prosador, pintor, músico, escultor, ascienda ciertos escalones materiales para encumbrarse de esta suerte sobre el escenario, abarcarlo de una mirada, en sus detalles, y en su conjunto, y darnos después un reflejo de la impresión que ha producido en su alma la belleza: porque aunque esa impresión diste mucho de lo que sienten el común de los hombres, como dista de sus almas el alma del artista, a quien el sentimiento estético, levanta muchos codos del nivel vulgar no obstante esa ventaja, como al cabo, lo que tenemos derecho a exigir del arte no es solamente la fiel representación de la naturaleza, en lo físico o en lo moral, embellecida por su fantasía y vivificada por su sentimiento: como el artista, que ha recibido dotes, singulares del cielo recibió con ella una misión, un linaje de sacerdocio natural, ha de ejercer este noble ministerio elevando las almas a la contemplación de la belleza increada, a quien refleja imperfectamente, sobre la tierra y bajo de la capa del cielo, desde los astros que se columpian en el éter, sujetos por invisible atracción, hasta la piedra, que, obediente a la propia ley, allega a sus moléculas groseras las valiosas moléculas de plata o de oro; desde la humilde graminera, que ofrece verde-pajizo tapiz a los cansados piés del viajero, hasta el altanero cedro, que platica con las nubes, y le brinda benéfica sombra y madera incorruptible y fragante; desde el rocío que brilla en los vegetales hasta el gigante estruendoso mar, que tiene, al decir del Profeta Rey, admirables cóleras, y, mi pobre idioma, ejemplar obediencia, puesto que detiene su ímpetu ante un grano de inerte y menuda arena, a quien da fuerza una mano invisible, poderosa y sábia; desde el infusorio que vive por millares en una gota de agua hasta el boa constrictor que estrangula en sus anillos al embravecido, temeroso toro. El ser en infinitas escalas la fuerza en graduaciones infinitas, la belleza en innúmeros ejemplares tonos, y matices, son creaciones de una voluntad soberana, expresiones de una Sabiduría Augusta, que brilla en el mundo de los sentidos y resplandece, con fulgor que deslumbra, en el mundo más bello y misterioso de los espíritus.

¿Cómo es posible, Señores, ser artista, y no sentir la suave presencia de Aquél, que todo lo llena con su inmensidad, cuya infinita duzura regala al paladar del alma, cuya hermosura, cubierta con piadoso velo, se deja adivinar en el secreto de nuestra alma, de nuestra alma nobilísima, por que ha sido hecha a su imagen y semejanza: ¿Como es posible escuchar la voz de la razón, que pregona la existencia de una causa de las causas, y no caer de hinojos, adorarla en el éxtasis y dejarnos llevar de dulce arrobamiento, y volver

en sí, después, todo penetrado de luces, y bañado de consuelos, como los tres Galileos, que ascendieron a la cumbre del Thabor, y vieron al Maestro despidiendo del rostro insólita claridad, tornando en blanca nieve sus pobres vestidos, declarado, por voz santa y poderosa el Hijo del Altísimo . . . . . .? Ah. Señores,: yo afirmo sin vacilar, delante de Dios y delante de vosotros, que el que no haya sentido estas cosas, el que no se haya conmovido así, el que no haya gritado entonces, como Pedro, "Quedémonos aquí", ese hombre no es, ni será artista; y lleve una pluma en la diestra, o un manojo de pinceles, o un cincel resplandeciente, o una lira . . . . . .también los llevan otros seres de la creación, si no artistas, artífices.

El tiempo, con sus mudanzas, el espacio con sus dimensiones, la vida con sus vicisitudes, la luz con sus desmayos y sus eclipses, todos los elementos, en fin, que rodean el alma del artista, y en los que se mueve y agita, le ciñen y estrechan de tal manera que siente necesidad imprescindible, para saciar su deseo, para respirar con libertad, para moverse sin trabas, para elevarse a las alturas á que lo atrae su vocación, siente, repito, la necesidad de conocer, de amar, de adorar lo infinito, una belleza sin defectos, una luz sin sombras, un poder sin límites, una Sabiduría sin eclipses, una Bondad inmensa, una vida eterna. Tales son Señores, sus legítimas aspiraciones, tal es la exigencia de su índole preclara, y se ha dicho con razón que la nobleza impone deberes *¡noblesse oblige!* digo yo con no menor fundamento que la nobleza del alma la vocación del artista no halla ni aún en este mundo los elementos de su ministerio sublime, si no le es dado escalar el cielo, robar el fuego sagrado, y nuevo Prometeo, decir a las generaciones, que le contemplan absortos, *Sursum Corda!* Alzad el corazón! y sentiréis algo desconocido, superior a las miserias que os rodea; algo que responderá, como de una nota a otra nota, y os hará gustar las dulzuras de la armonía, que, envano buscáis en las líneas, en la luz, en los colores, en los tonos: porque esas armonías satisfacen solo a los sentidos, y no llegan a satisfacer el sentimiento, de tendencias infinitas y eternas. Un genio de la antiguedad cristiana arrancó un día de su pecho este hondo gemido: "Nos hiciste, Señor para tí, y nuestro corazón anda inquieto hasta que descanse en Tí".

El que pretenda empuñar vigorosamente el cetro del arte, sin alzar al cielo las miradas, carecerá, no lo dudéis, señores, de la inspiración, que es alma de las creaciones humanas, como el alma del hombre, que vivifica el barro, es un soplo, una inspiración divina

sobre la faz de la estatua a quien el Criador llamó Adán, e hizo padre universal de cuantos pensamos, queremos y sentimos en este Globo sub-lunar. Así como el alma vivifica el cuerpo y le da aquella expresión que atrae las miradas, aquella majestad que subyuga, aquella suave hermosura, que conquista las voluntades. Así la inspiración divina da vida a las creaciones del espíritu del hombre, y hace brillar en torno a la concepción del arte, a su colorido, a sus primores esa aureola invisible a los ojos carnales, que se impone a nuestra alma, porque es la irradiación de la soberana hermosura del Criador, que incide en el alma del artista, y que refleja de ella, como el rayo de luz, para herir el ojo del espíritu.

Ahora bien, Señores, si el entendimiento del artista contempla solamente........

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: Discursos sobre el matrimonio. :: :: :: :: ::

Hermosas alocuciones pronunciadas en la ceremonia de los que bendijo en el largo ejercicio de su santo ministerio :: :: ::

Discurso sobre el matrimonio.-Original de Monseñor Roca[*]

Señores:

Me habéis de perdonar el que, quizás, frustre vuestras legítimas esperanzas, en esta noche, solemne para vuestros corazones, atraídos por amistosos afectos, y que rodean, como guirnalda de gala, dos jóvenes corazones próximos a enlazar eternamente sus destinos.

Bien quisiera yo corresponder a vuestra benévola atención haciendo ahora el panegírico del matrimonio cristiano, que veis representado en la amable pareja, arrodillada delante del sacro altar, en demanda de las dulces bendiciones de la Iglesia, por el ministerio del último de los servidores de Cristo nuestro Bien.

Mas, hay una fuerza superior a mi voluntad, que me obliga y encadena, me subyuga y avasalla, me compele y me anonada, con energía, tanta, que no soy parte a complaceros, y me siento dulcemente arrastrado, como la hoja desprendida del árbol, a quien lleva impetuosa corriente, sin que ella, frágil, pueda detenerse orillas del sonoroso torrente que la arrebata.

Esta fuerza, señores, que se impone a la de mi querer, y me obliga a pediros indulgencia, al par que a prometeros en su nombre que

(*) Entre los originales de puño y letra de Monseñor Roca, se encontró el Discurso sobre el matrimonio conque se inicia esta segunda sección y que demuestra, como todos, la santa y sabia elocuencia de tan ilustre Prelado. No se sabe, sí, dónde y cuándo fué pronunciado porque el original no trae la nota del caso.

no seréis completamente defraudados, y acaso perdonaréis de grado la sorpresa que os ocasiono; esta fuerza, que hoy, tornándose voz simpática al oído de mi alma, le dice: "Ve y habla a mi pueblo de las maravillas de mi amor heróico y desconocido, constante y menospreciado, generoso y olvidado; es, Señores, la fuerza del recuerdo, que suscita en mí la feliz circunstancia de ser el día de hoy consagrado por la Iglesia mi madre al culto reparador del divino misterio de nuestros altares, instituído por Jesucristo nuestro dueño en la noche que precedió a su muerte, y que se reproduce todos los días en el Santo Sacrificio de la Misa, por la eficacia de la palabra eterna que pronuncian labios mortales, al conmemorar el sacrificio de la Cruz.

¿Cómo podré, yo, Señores, resistir al impulso de un corazón agradecido a tanto beneficio, ni sustraer mi mente al asombro en que la pone el contemplar la institución de un Sacramento que es el compendio de las maravillas de Dios, por que en él se ha dado en alimento a los que le temen? ¿Ni cómo olvidar que, si el Sacramento del matrimonio que va a celebrarse es Santo y grande, lo es mucho más el de la Eucaristía por que en él se encierra el autor de la Santidad, y empequeñece voluntariamente su grandeza, para no aterrarnos, y eclipsa su gloria, por no deslumbrarnos, y extrema su amor para consolarnos en esta mísera y larga peregrinación por el árido desierto de la vida?

¿Cómo no pensar en que, si el sacramento del matrimonio ha sido llamado grande por el Apóstol de las Naciones, el mismo Pablo nos declara que esa grandeza la tiene en la unión de Cristo con la Iglesia, siendo grande entre los cristianos solamente por la semejanza con aquella unión divina, perpétua, fecunda, que puebla la tierra de creyentes y el Cielo de dichosos triunfadores?

Y, si contemplado el matrimonio en su faz puramente natural,

es soberanamente poético con la poesía del amor a quien debe el ser ¿qué amor más puro, más acendrado, más generoso, más constante que el amor que agitaba el corazón del verbo humanado en la Cena eucarística y cuyo secreto nos ha divulgado San Juan, después de haberse reclinado en el pecho de su Maestro, con estas palabras, tan sencillas como elocuentes: "Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin"?

¡Ah, Señores! Cierto que es una hermosa institución el matrimonio cristiano, unión perpétua del varón y la mujer, para formar bajo de los castos velos del amor conyugal y ante las miradas de Dios,

que es el Padre de los padres, una familia bendecida, que sea base de la Sociedad Civil, en la que el Hacedor Supremo quiso que el hombre naciera a la vida del Cuerpo, de la inteligencia y de la voluntad, desarrollando en ella su organismo, las facultades de su entendimiento y los afectos del corazón, por que fuera así tres veces fuerte, con el vigor físico, el de la mente y del querer y ocuparse hasta el fin de los siglos el honroso puesto que le asignó la sabiduría increada, al constituirle sobre todas las obras de sus manos, haciéndole solo un poco menor que los ángeles, y eslabon central y misterioso de esa cadena inmensa de seres, que, partiendo del serafín inundado de luz y de amor solo termina en el inerte grano de arena, que sirve de muro, a los ímpetus del gigantesco océano.

Pero no es menos cierto que la unión del verbo divino con la naturaleza humana. en la persona adorable de Cristo—unión que se recuerda todos los días por esta mística encarnación de Cristo bajo de los accidentes de pan y de vino, que ocultan a los sentidos la percepción de su cuerpo y de su sangre—que la unión repito, del divino salvador con las almas de los que le reciben sacramentalmente y en las que obra prodigios de amor y de virtud es algo tan grande y excelso que el hombre no lo soñara, ni menos sería osado a pedirlo, si no le hubiera sido revelado por Dios como un hecho, posible a su omnipotencia, ejecutado por su sabiduría, e inspirado por el amor más tierno e incomprensible, por un amor infinito! . . .

Hasta las madres, dice un Doctor de la Iglesia, dan a criar sus hijos a pechos extraños. No lo ha consentido el materno amor de Jesucristo, quien alimenta los suyos a los pechos de su caridad, en el sacramento de su cuerpo y sangre". Mañana, Señores, la que hoy ciñe simbólica corona de azahares, la trocará por una de fragantes rosas; será madre! Y al apretar contra su casto seno al hijo de sus entrañas, al hijo de su amor, de sus dolores y de sus esperanzas, le dirá, en los extremos de su gozo, dándole repetidos y ardientes ósculos: "hijo de mi alma, tan lindo! *Te comiera!*.... Si esa es la última aspiración del amor que delira: Comerse el objeto amado, identificarse con él, asimilándolo al devorarlo. Y Dios, que ha hecho nacer en el corazón humano ese deseo, ese anhelo, divino, infinito, quiere satisfacerlo, y se convierte en un bocado porque le comamos, nos asimilemos a El y nos identificamos con El en la comunión.

Decidme, ahora señores, si el Sacramento de la Eucaristía no debió arrebatar mis afectos, y a riesgo de negaros lo que tenéis de-

recho a pedirme, al presenciar esta ceremonia, no he podido yo dejarme deslumbrar por la avasalladora luz, que mi alma ve brotar de ese humilde tabernáculo, en donde mora un Dios escondido, y a quien rodean invisibles espíritus, que cubren sus diamantinas frentes con sus vaporosas alas, en señal de adoración y de pasmo!

Bendigo, pues, la acertada elección de este día, que habéis hecho, o jóvenes esposos, para sellar en él un pacto de íntima alianza, que hará de vosotros uno solo, y os traerá, por la gracia santificante y la unitiva, peculiar del sacramento que váis a recibir, luces que os guíen en el accidentado sendero de la vida, que os fortalezcan para luchar con la Adversidad, que es la herencia material de los que fuimos desheredados del paraíso, que os dirijan en la educación de la prole, que el Señor os conceda, y en la que finca sus esperanzas esta Patria, tan infortunada hoy, tan dichosa ayer, y llamada a ser mañana tan grande como sus destinos.

Recordad siempre, sobre todo en las viscisitudes a que os veréis sujetos, puesto que vivís en el tiempo, recordad siempre que os habéis jurado un amor puro, fuerte y perpétuo, ante ese altar, en donde se inmola todos los días el que vino a traer fuego a la tierra y quiere que el fuego sacro de la caridad arda constantemente en nuestros pechos. Haced grata memoria de que habéis iniciado esta nueva vida, bajo de los auspicios del Dios-Amor, a quien hoy consagra la Iglesia tierno culto y que el templo en donde vais a pronunciar vuestro juramento de mutua fidelidad aún está todo perfumado con el incienso ofrecido en torno de ese altar, en cuyo centro arde siempre un volcán inextinguible de amor.

Cuando el hielo de la edad que anhelo para vosotros larga y venturosa, haya enfriado vuestro tálamo, y dado lugar a que nazca en él ese lirio fragante, de quien habla el príncipe de los oradores en el presente siglo, ruego a Dios que la dulce, inalterable amitad, el hábito de una mútua confianza, sean a vuestras emblanquecidas sienes corona de honor y de gloria, esmaltada con el brillo de una prole cristiana; que le dé realce, a vuestras conciencias el gozo del deber cumplido, y a este distinguido auditorio el contento de una esperanza realizada y de un generoso anhelo dichosamente satisfecho.

El Matrimonio Cristiano.--Discurso pronunciado en el templo de Nuestra Señora de la Caridad.

Filii quippe Sanctorum, sumus, et non possumus ita conjungi, sicut gentes quoe ignorant Deum.

Pues nosotros somos hijos de santos, no podemos juntarnos a manera de los gentiles, que no conocen a Dios.—Libro de Tobías, Cap. VIII, v. 5.

Amadísimos hermanos en Nuestro Señor.

Cierto que esta es una ceremonia santa, un rito augusto, un acto de grave trascendencia para la vida del individuo, de la sociedad, de la Iglesia; y que, salvando los límites del tiempo, decide, quizás de nuestra eternidad!

El mundo que al decir de un sacerdote, gloria de la Patria y de la Religión, (1) "es siempre niño bajo de las canas de setenta siglos, e ignora lo que Dios merece (2)", no ve aquí, sino un concrieto

(1)—El Dr. José Mateo Aguilar.

(2)—Panegírico de San Ignacio de Loyola.

de voluntades, intereses de familia, deberes sociales que cumplir, y ¡no lo permita Dios! una escena más en la comedia de la vida, que puede servir a distraer a muchos de los graves cuidados que les agobian, y a otros, de asunto de pueril murmuración, de vano entretenimiento, de curiosidad ociosa.

¡Lástima que el mundo, tan pagado de sus juicios como ignorante de lo que le conviene saber, se halle en este caso, como de costumbre, a mil leguas de la verdad y del bien!

Por dicha mía y también vuestra, no pensáis así, amados oyentes míos.—Si los vínculos sociales, de suyo buenos y necesarios, han sido los que, ciñendo suavemente vuestra libertad y limitando vuestra independencia, os ha traído a este lugar augusto, para cumplir, en primer término, los santos deberes de la amistad; como éstos no andan reñidos con vuestras creencias, venís, al propio tiempo, a la casa del Señor para ser testigos de un sagrado empeño, y elevar vuestros corazones a Dios, en el mismo instante en que su indigno ministro levanta la diestra para bendecir esta unión, y pedir al Dador de todo bien, bendiciones de dulzura, y de paz, y de felicidad sobre el nuevo hogar, que va a constituirse bajo de sus miradas santas, al pie de ese Tabernáculo adorable, en donde mora un Dios humillado entre accidentes, que nos consienten ver, al través de esos velos, el ojo escrutador que registra nuestras conciencias, y que ha de aterrarlas en el día tremendo de sus justicias, y también de sus misericordias.

Y veis, igualmente, dos barquillas frágiles, que parten a lejana expedición, entregándose confiadamente a los azares de un mar proceloso, sin más garantía de buen suceso que llevar enarbolado en el mástil el estandarte de la santa Cruz, por gobernalle, la Fe, por ancla, la Esperanza, por favorable viento, la Caridad, y por brújula, que mira al Norte, la santa noción del Deber, entronizada en la conciencia cristiana.

Sí, mis amados hermanos: estos viajeros repiten aquí las santas palabras de Tobías el joven: "Pues nosotros somos hijos de santos, no podemos juntarnos a manera de los Gentiles, que no conocen a Dios".

Esto es, celebramos el matrimonio cristiano, que es a un tiempo mismo un contrato y un sacramento, inidvisibles; pues el contrato sirve de materia al sacramento, y éste engrandece y dignifica el contrato.

Dios así lo ha dispuesto en su Sabiduría providente, enalteciendo

nuestra naturaleza caída, por la Gracia, que la socorre y eleva hasta la infinita altura de nuestro fin sobrenatural y eterno.

Para instituír los Sacramentos, que son canales permanentes de la gracia divina—de esa gracia que nos dá el sér de hijos de Dios y herederos de su gloria—ha elegido Nuestro adorable Salvador algunas sustancias naturales, a quienes su Diestra ha comunicado virtud sobrenatural, siempre que se llenan las condiciones impuestas por su voluntad soberana.—El agua es materia del sacramento de la regeneración, el óleo, de otro sacramento con que nos apercibimos al combate final y decisivo; el pan y el vino son la del sacramento por excelencia, en que se contiene al mismo Autor de esa maravilla incomparable de la Caridad; y el concierto de dos voluntades, la palpitación unánime del corazón de un hombre y de una mujer, expresada por un *sí*, que ha de ser eterno, es la materia del gran Sacramento que va a celebrarse dentro de pocos instantes, y que convertirá, a los que hasta ahora son dos, en uno solo—porque han de acompañar sus voluntades a un ritmo común, armonizando sus tendencias, sacrificando generosamente sus gustos, auxiliándose en todos los momentos de la vida, sufriéndose pacientemente, y renunciando desde ahora a buscar el uno la dicha en donde el otro no la halle, así en los afectos, como en la tierra que los sustente, así en la economía del hogar como en las expansiones de la amistad. Son dos almas libres que se esclavizan libre y mútuamente, y que solo dejan a salvo en este formidable contrato lo que no pueden enagenar, porque es la voz sagrada de Dios —la conciencia—único bien que se reservan, como el altar de los sacrificios en donde arderá el fuego sagrado y se quemará el perfume de la oración. Todo lo demás es mútuo: la unión, íntima, indisoluble.— Ni los vínculos estrechos que ligan a los hermanos entre sí, y a los hijos con sus padres, o a éstos con aquellos, son tan apretados, ni tan infrangibles. Sepáranse amistosamente los hermanos, porque así lo exigen las vicisitudes del tiempo y aún los hijos, en cierta edad, de sus padres, de quienes recibieron el sér natural, en cuyos brazos durmieron el sueño de la inocencia, y de cuya vida y trabajo vivieron tantos años.—¡Ahora mismo lo véis! Mas, el marido y la mujer forman una sociedad tan estrecha y tan necesaria, que no se concibe su separación sino por una violencia inferida a la naturaleza, con daño irreparable de la prole, y honda perturbación de los propios y de los extraños. Solamente la Muerte puede romper esta unión, instituída por Dios desde el principio del mundo, y santificada por el Reden-

tor al convertirla en Sacramento, esto es, "en signo sensible de la invisible gracia que santifica".

No acontece lo propio entre gentiles, quienes celebran el matrimonio como una unión puramente natural y disoluble a merced del querer de los cónyuges; ni se advierte esa santidad entre los disidentes del catolicismo, que desconocen la perpetuidad del matrimonio, y sacrifican de esta suerte la dignidad de la mujer y la educación de la prole infeliz.

Mas, vosotros, amados esposos, sois cristianos, verdaderamente cristianos, porque sois hijos de la Iglesia Católica, comparada por el Apóstol San Pablo (1) a una columna inamovible, porque la verdad, el dogma, jamás se muda en ella.—Y es verdad, es dogma de fe católica que vuestra unión representa la mística y adorable unión del Verbo increado con la naturaleza humana en la persona divina de Cristo.—Esa unión perpétua se simboliza por la perpetuidad de la vuestra; esa unión santa exige de vosotros santidad, esto es, que Dios sea el principio y el fin de vuestro consorcio; esa armonía de la voluntad humana y de la divina voluntad en Cristo ha de simbolizarse por la armonía, por el concierto de vuestros corazones.

Para el gentil de los antiguos tiempos, como para el pagano apóstata de los tiempos modernos, el matrimonio no pasa de la esfera de una institución social, y los móviles que determinan su adopción arrancan de la materia y van a parar a la materia. Si el espíritu tiene alguna parte en la determinación del libre albedrío, desgraciadamente no es la mayor: cuéntase en primer término la belleza perecedera, que ajan las dolencias, que macrhitan los años, que eclipsa el dolor; figuran en segundo término las conveniencias de familia, las exigencias de la sociedad, el acrecimiento de la fortuna, el logro de ambiciones más o menos bastardas. Mas, el santo propósito de seguir el llamamiento divino, hecho a los hombres en general, y luego, en particular, a las almas que sienten la necesidad de buscar apoyo en un consorte fiel, para practicar más fácilmente la ley del Señor, hallar dulce consuelo en los trabajos de la vida, y formar una familia temerosa de Dios, que perpetúe el nombre de los que van a consagrarle sus desvelos, que imite sus virtudes, les de protección en la ancianidad, y cierre piadosamente sus ojos al despedirse de este mundo.—Ese santo propósito lo hallaréis aquí, amados oyentes míos, mas no en-

---

(1)—1a. Epist. a Timoteo, Cap. III v. 15.

tre los que viven apartados de las enseñanzas de la Religión Cristiana, de esa hija del cielo, que bendijo nuestra cuna, bendice esta unión, y bendecirá algún día el sepulcro de los que hoy, en la plenitud de la vida, anhelan comunicarla, y decir, como el Eterno Padre, en el silencio de su eternidad, hablando a una persona, que no es El, y que, no obstante, es una sola cosa con él: "Tú eres mi hijo; yo te he engendrado hoy". Sí, amados esposos: esta es vuestra misión; reproducir en la tierra algo de lo que pasa en el cielo.—¡Cuánta pureza, pues, debe haber en vuestra intención y en vuestro proceder! ¡Cuánta dignidad! ¡Cuánta elevación de miras! ¡Cuántas virtudes que os sostengan, para no desmayar en vuestro santo propósito!

Y luego, pensad en esta Patria querida, que fija sus miradas en vuestro reciente hogar, y espera que le déis hijos, que sepan amarla, y servirla, y consolarla en sus tribulaciones.—De las familias cristianas nacen, y en ellas se forman los buenos ciudadanos, los esclarecidos patricios, y llegado el caso, los héroes.—Vosotros contáis uno en la vuestra. Me parece que le veo surgir entre las encrespadas ondas del océano, en una noche lóbrega, salpicada su cabellera con la salobre y fosforecente espuma de la mar; oigo su voz varonil, que intenta serenar los ánimos inquietos, sus voces de mando, que se encaminan a conjurar el tremendo naufragio; y veo su noble corazón que decide el sacrificio de su vida, y se resigna a perecer con todos, ya que no le es posible salvarlos a todos. ¡Es un héroe, es un mártir del deber, y sólo el océano es digna tumba de tanta grandeza!

Imitadle, pues, oh esposos: "la nobleza obliga". Como él, preferid siempre el cumplimiento del deber, por duro y amargo que sea, a los gustos de la sensibilidad, que halagan, es cierto, por breves instantes, más enturbian la limpieza de la conciencia, cuando no la manchan gravemente, y hacen huír de ese recinto sagrado a la divina Paz, prometida por Nuestro Señor a los que observan su santa ley.

¡Sed benditos de Dios! ¡Sedlo en el tiempo y en la eternidad!

A ti, dulce ahijada, tuve la dicha de regenerar con el agua del Santo Bautismo; hoy, que pides bendiciones a mi sagrado ministerio, levanto mi corazón al cielo para pedir que desciendan sobre tí las bendiciones que merecieron Sara, Rebeca, Raquel, y todas esas mujeres bíblicas, cuya vida inocente fué presagio de lo que sería más tarde la mujer redimida al pie de la Cruz, y enaltecida y divinizada en la dulcísima e inmaculada María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Y vos, varón, que sois el elegido de aquella a quien profeso paternal cariño, ved el tesoro que os confío. Descanso en vuestra lealtad! Cultivad esa tierna flor, que ornará con sus juveniles galas al robusto cedro que le preste su apoyo. Cual una vid frondosa va a embellecer vuestra morada, a daros sombra cuando el sol vibre sus rayos, y a embalsamar el aire que respiréis, después de las fatigas del trabajo.

Sed benditos, hijos míos, con la bendición que asegura paz en el tiempo, y dicha cumplida en la eternidad.

El Matrimonio Cristiano.--Discurso pronunciado en el templo de San Carlos.

Respondens (Jesus) ait eis: non legistis, quia qui fecit hominem ab initio, mas culum, et feminam fecit cos? Propter hoc dimittet homo patrem, et matrem, et adhaerebit uxori suae, et erunt duo in carne una. Itaque; jam non sunt duo, sed una caro. Quod ergo Deus conjunxit, homo non separet.

Respondiendo (Jesús) dijo a los Fariseos: ¿no habéis leído que Aquel que en el principio hizo al hombre, los hizo varón y hembra? y dijo: Por esto dejará el hombre a su padre y madre, y se unirá a su mujer. y serán dos en una carne. Así pues, ya no son dos, sino una carne. Lo que Dios ha juntado no lo separe el hombre.

Evangelio de S. Mateo, cap. XIX, vv. 4, 5 y 6.

Señores:

Vais a presenciar una ceremonia augusta, cuya importancia religiosa y social no puede negarse, sino desconociendo que Dios la ins-

tituyó y que la sociedad humana cifra en ella sus más valiosas esperanzas.

El matrimonio es para el verdadero cristiano, esto es, para el hijo obediente de la Iglesia Católica, o, en otros términos, para el hombre completo en lo moral, es el matrimonio, repito, una institución sublime, cuyo orígen próximo ve en Dios, cuyo término es la familia cristiana, base de la sociedad civil y política, así como de la sociedad sobrenatural que se denomina Iglesia. Permitidme, pues, que hoy no me limite a trazar a los esposos un breve cuadro de sus deberes, ya que la necesidad de los tiempos clama por una doctrina más amplia, que ilustre no solo a los que van a enlazar dentro de un momento sus voluntades, ssu destinos, sus dolores y sus esperanzas, sino que ilustra también al escogido auditorio, a los respetables testigos, a quienes han congregado en este recinto el parentezco, la amistad, la simpatía,—dulcísimos lazos echados sobre las almas por Dios, que es todo amor, todo sabiduría, todo poder.

Y que no os ofenda la pretensión que he mostrado de esparcir luz sobre un asunto, al parecer tan trivial, y en el que tendréis, no lo dudo, la instrucción que os brinda nuestro siglo. No murmuréis, si os digo que oiréis algo nuevo, algo desconocido, algo que no esperábais ciertamente. Juzgad después de oír; oid ahora con benevolencia; vuestro premio será la doctrina que alcancéis, y el mío, vuestro provecho.

Escuchadme!

Dios no ha querido que el hombre sea solo (1); esto es, no ha creído que convenía criar a cada hombre separadamente, ni hacerlo brotar aislado, como una planta, en un pedazo de tierra, arraigándole allí, y circunscribiendo, de esta suerte, su destino en el Universo. Pudo hacerlo, pero no quiso. A los brutos mismos les ha dado vida con dependencia unos de otros; y aunque no los ha constituido en sociedad, porque carecen de razón, el grupo que forman es un remedo imperfecto de la familia humana: nacen unos de otros, se prestan auxilios, admiramos sus cuidados maternales; en una palabra, hay entre ellos vínculos que, no por ser fatales, dejan de ser preciosos para el que estudia atentamente la acción del Criador en la naturaleza. Era de esperarse que Dios hiciera algo más por el hom-

---

(1)—Génesis, cap. II, v. 18

bre; y lo hizo en efecto: sabéis la historia de su creación, y para no Misterioso símbolo! Símbolo profético! Quiso decirnos Dios, para que nunca lo olvidásemos, que el varón se completa en la mujer, y esta en el varón: que ambos, unidos, son el hombre íntegro, el hombre completo, todo el hombre. La mujer fué formada del pecho del varón, porque había de ser uno de sus amores más nobles, a la vez que el objeto de su natural amor; nunca de su desprecio; jamás de su dominación tiránica. Del varon fué formada para que reconociera en él su principio, su razón de existencia, según el plan divino; para que entendiera que su destino terrenal es auxiliar al varón: *faciamus ei adjutorium* (2); sobre todo, en la obra magna de la formación de la familia, en la cual es nobilísima la porción, es altísimo el encargo de la madre; que no otra cosa quiere decir matrimonio, *matris munus*, oficio de la madre. Y fué hecha semejante a él, para que se viera en ella como en un espejo, y de ellas se elevase a Dios cuya semejanza lleva impresa en su alma: *simile sibi* (3). La mujer semejante al hombre; el hombre semejante a Dios; Dios la perfección por excelencia, la vida en su plenitud. ¡Qué enlace! Qué escala ascendente Señores! Los que se unen para atraer la vida a sus entrañas, para producirla en el mundo exterior, son semejantes el uno al otro, y este se asemeja a Dios, que es la vida misma, que es el principio de toda paternidad en el cielo y en la tierra, como ha cantado un Apóstol, con lengua de fuego. (4).

Sí; la mujer auxilia al varón, en su obra más excelente, en la obra que le constituye, no artista, sino padre, es decir, algo maravilloso, venerable, santo, cuasi-divino. Y le auxilia en todas las circunstancias de la vida, dividiendo con él los ciudados domésticos, completando su ser moral con aquella exquisita sensibilidad, propia de ella, su patrimonio divino, su tesoro celestial, que es para la mujer lo que el aroma para la flor, lo que el trino para las aves, lo que el verdor para los campos. *Adjutorium!* Ella sabe templar sus dolores, descoger su ceño, apaciguar su ánimo irritado, alentar su abatido corazón, darle brío para el trabajo, secar sus lágrimas, enjugar el noble sudor de su frente, velar a su cabecera... ¿Qué no sabe ella, Señores?

(2)—Génesis, cap. II, v. 18.
(3)—Génesis, cap. II, v. 18.
(4)—Epis. a los Efeso, cap. III, v. 15.

Dios se lo ha enseñado, para que sea el auxilio oportuno del hombre: *adjutorium*. El lo conoce, y cede a su blando imperio; la deja pasear sobre su corazón el cetro de su dominio: es su real vasallo. Ella, en su vez, reconoce en él a su jefe; él la domina por el entendimiento, por una razón robusta, por un juicio sólido, por la profundidad de sus miras, por la vastedad de sus planes, por la variedad de sus recursos, por su constancia para luchar con las dificultades, por su fuerza física y moral ,por el ascendiente que Dios le otorgó, al formar a su dulce compañera, no de la cabeza, sino del pecho del varón. ¡Lazada de amor fuerte, con que ató para siempre los corazones Aquel que todo lo dispone con suavidad y que alcanza a la vez hasta los extremos más distantes con fortaleza siempre igual. Oh! bendito sea Dios! Señores.

Mas, aquel símbolo, aunque encierra cosas tan grandes, aunque expresa tan elevados conceptos y tan sublimes designios, tiene todavía mayor alcance, significación más alta; es la profecía consoladora de un hecho que, por sí solo, llena las páginas de nuestra historia, y, lo que es más, las aspiraciones del humano corazón. ¿Es preciso decirlo, señores? El hombre ha apetecido un destino más elevado, una dignidad más excelente, una corona más preciosa que la corona de la inmortalidad: ha querido ser como Dios, Señores! (5) Hé aquí hasta dónde ha llegado su ambición; hé ahi también lo que sedujo su voluntad en el Edén y le perdió con toda su descendencia...Mas no sin esperanza... Del Edén, mi pensamiento se transporta a la humilde casita de Nazareth, a la colina ensangrentada del Gólgota, a la cumbre del Olivete, y sube, sube hasta la diestra del Padre Eterno, en donde ve resplandecer al Verbo hecho hombre, que asienta su trono sobre los serafines, y escucha el eterno cantar, el himno eucarístico de la milicia celestial. La humanidad ha sido deificada por la unión personal con el Verbo del Padre, que es el resplandor de su eterna luz, y el inmaculado espejo en donde retrátanse sus infinitas perfecciones (6).

Adán lo había visto en el éxtasis que precedió a la formación de la mujer; lo había profetizado, al salir de ese dulce sueño, del que Dios le despertó para presentarle lo que él llamó *carne de su carne, hueso de su hueso, Varona,* en una palabra, *porque había salido de*

---

(5)—Génesis, cap. III, v. 5.

(6)—Libro de la Sabiduría, cap. VII, v. 26.

Varón (7).. El denso velo de los siglos se enrareció ante sus ojos inmortales, y él, que no reconocía progenitores, anunció solemnemente que "por la mujer dejaría el hombre a su padre y madre, y a ella se uniría, con tan íntima unión, que ya no serían dos, sino una sola carne".

Hé aquí, señores, la más noble y la más consoladora de las profecías: el Adán por excelencia es Nuestro Señor Jesucristo, que es el Verbo eterno, hecho hombre en el castísimo seno de María. Por unirse a la naturaleza humana, ha dejado a su Padre, en cuanto le era posible, esto es, se ha constituído representante de nuestras miserias, participante de nuestros dolores, oferente de sus merecimientos, nuestro abogado, nuestro hermano primogénito, y llega, en su arrebatado amor por el hombre, hasta interpelar por nosotros al Padre Celestial (8). Se ha hecho hombre, como dice San Agustín, para hacernos Dios.— He aquí como dejó a su Padre, en cuanto dejarle podía.—Hebreo, hijo de David, era, por consiguiente, hijo de la Iglesia de Moisés según la carne, hijo de la Sinagoga; y El la ha desconocido, la ha abandonado, ha renunciado a ella, para unirse a su Iglesia, a su inmortal Esposa, por la cual derramó generosamente su sangre, para limpiarla de toda mancha, para borrar de ella cualquier defecto (9). Ha dejado, pues, a su Madre. Y se ha unido a su Esposa tan íntimamente que, cuantos somos hijos de la Iglesia, debemos a él, a su gracia, nuestro ser sobrenatural y la eterna herencia de gloria de que El disfruta, y a la que no cesa de invitarnos.

Y esta es la especial grandeza del Sacramento que vá a celebrarse. Grande por su institución, grande por sus fines, lo es mucho más por su significación, por su sentido misterioso, por la imitación de un tipo sublime, del Verbo hecho hombre, cuya fecundidad se comunica a los esposos cristianos, para que procreen hijos herederos del Cielo. Por eso, el Apóstol de las Naciones enseña que este Sacramento es grande en Cristo y en la Iglesia (10). Grande también será entre vosotros, si vuestra unión aseméjase a aquella unión tan pura, tan elevada, tan duradera, tan fecunda, tan amable que, por

---

(7)—Génesis, cap. II, v. 23.

(8)—Epist a los Romanos, cap. VIII, v. 34.

(9)—Epist. a los de Efeso, cap. V, v. 27.

(10)—Epist. a los Efeso, cap. V, v. 32.

dicha nuestra, realizó la Misericordia divina en la plenitud de los tiempos.

Unión indisoluble, que debe simbolizarse por vuestra indisoluble unión. Así lo exige la voluntad divina, y lo que El la ha juntado no lo ha de separar el hombre. Vosotros, cristianos, no podéis enlazar transitoriamente vuestras voluntades: el porvenir de la familia, el de la sociedad, y sobre todo, el querer de Dios, exigen unión más duradera; la diginidad de la mujer, la salvación del hombre lo demandan también. El alto misterio que se se representa en esta unión lo pide así. Si el agua es materia del bautismo, porque tiene virtud de lavar manchas, y por esto la escogió Dios para lavar la mancha de nuestro origen; si el óleo es materia de otro Sacramento, porque tiene la virtud de suavizar, y deslizarse, y extenderse, como la gracia que simboliza; el matrimonio ha de ser indisoluble, la unión ha de ser perpétua entre el varón y la mujer, para que exprese la eterna unión de las dos naturalezas, que adoramos en Cristo, Redentor del hombre, Salvador y Regenerador de la perdida humanidad.

El *sí*, que voy a pediros, es ¡oh esposos! un *sí eterno*. En un punto del tiempo y del espacio, vais a consumar una obra de eterna duración; dos voluntades mudables van a fijar su destino para siempre, y a atarse con tan fuerte lazo, que solo podrá romperlo la espada de la Muerte. ¿Qué vais a hacer? ¿Hay acaso en el corazón un poder tan robusto, que desafíe la instabilidad de las cosas humanas, un amor tan durable, que pueda llegar hasta el dintel de la tumba? ¿Lo hay siempre? ¿lo tienen todos? Demasiado conocemos las flaquezas de la voluntad para que nos atrevamos a afirmarlo. Pero hay en el Sacramento una virtud divina, hay una gracia *unitiva*, que supera la debilidad de la naturaleza, que la socorre cuando desfallece, que la eleva cuando se abate, que la restaura cuando desmaya, que la transforma y cuasi la diviniza, haciéndole posible lo que sus fuerzas no pueden alcanzar.

¡Hijos de la Iglesia! Por eso acudís a ella para que bendiga vuestra unión; para que santifique vuestro amor; para que atraiga sobre él las miradas de complacencia del Padre de los padres, y os prometa en su nombre esa eternidad que habéis soñado en las horas misteriosas, que vieron palpitar unísonos vuestros corazones, y oyeron de vuestros labios promesas de fidelidad eterna, para la juventud como para la edad madura, para la salud como para la enfermedad, para una época de ventura y de paz, como para aquella

otra época (en la que Dios suele probar a los elegidos), y en la que se cuentan las horas por las lágrimas, y se vé el porvenir oscuro, pavoroso, preñado de desventuras.

Hoy se abre para vosotros el pórtico de una nueva vida: por un momento soñaréis con el Edén; después apoyado el uno en el otro, debéis recorrer, como vuestros primeros padres, una senda áspera, escoltados por la Paciencia, guiados por la Fé, sostenidos por la Esperanza, animados por la Caridad. ¡Que la Pureza y la Paz sean vuestros ángeles custodios!

Sí, esposa: Vais a trocar las galas y las alegrías de vuestra juventud por la corona de las madres; si sus espinas os punzan, acordaos del Hombre-Dios, que llevó en su regio tálamo una corona ensangrentada; no obstante, la paz del cielo brillaba en su rostro, y sus resplandores le formaban una diadema de gloria. La cruz sea vuestro sagrario: allí os refugiaréis siempre, para mantener ilesa vuestra virtud y pacífico vuestro corazón. Si Dios se digna desprender un rayo de su corona de Padre, y posarlo sobre vuestra frente, oh! sedle agradecida: es un ministerio augusto el que os encarga: es una prenda, que os dá, de soberana confianza.

Y vos, esposo, sed hombre! *Esto vir* (11). Esto es, sed el apoyo, el consejero de vuestra mujer. La Iglesia os dá una dulce compañera, no una oprimida sierva. Respetad el tesoro que se confía a vuestra virtud. Es vuestra riqueza y la de vuestros hijos. Si venerais a la esposa, la madre os recompensará. Dadle ejemplo de religiosidad, de cristianas virtudes, y vuestra prole será bendita. No correrá solitario el llanto de vuestra ancianidad, ni los abrojos de la indiferencia reemplazarán a las flores del recuerdo en torno de vuestro sepulcro.

Sed benditos, oh hijos míos: al daros esta prenda de ventura, mis entrañas se conmueven. Soy padre de la humanidad entera! Dios ha querido que viniese, como Rafael, a bendecir vuestra unión. Temed al Señor, orad siempre, sed compasivos con el pobre, y vuestras oraciones, sostenidas por vuestras limosnas, llegarán al trono de Dios (12).

Señores: perdonad que haya abusado acaso de vuestra benevolencia. No he podido menos: si, al oirme, habéis hallado algo nuevo, sa-

---

(11)—Palabras de David a Salomón, Lib. 3 de los Reyes, cap. II.
(12)—Libro de Tobías.

bed que la Religión es un tesoro escondido, y que no habéis visto sino la menor de sus preciosas piedras, exhibida por el más tosco de sus lapidarios.

El Matrimonio Cristiano.--Discurso pronunciado en el Templo de Nuestra Señora del Milagro. : :

Señores, Señoras:

La santa y adorable voluntad de Dios, que ordenó la multiplicación del linaje humano, por la sociedad entre el hombre y la mujer, se ha cumplido, cumple y cumplirá sin obstáculo alguno hasta la consumación de los siglos.

No son más obedientes los astros en su curso regular, ni los ríos en su fecundadora marcha, ni los mares en su flujo y reflujo, ni la tierra en recorrer la órbita señalada por el Omnipotente, que lo es el corazón humano a la ley indeclinable, por cuyo influjo estos dos ejemplares de un mismo tipo—el hombre y la mujer—se buscan para completarse y realizar su destino; para contribuír con su caudal, aunque escaso, a engrosar el torrente de las generaciones humanas, que se precipita desde las puertas del paraíso perdido en el insondable abismo de la eternidad; para hacer brotar, una en pos de otra, las ramas siempre renovadas del árbol frondoso de la vida, que sombrea la tierra, hincando en ella sus raíces profundas, y ofrece al cielo el hermoso espectáculo de una vegetación gigantesca, que azotan, pero que no derriban, los huracanes, que roza, pero que no calcina el hálito de fuego de las tempestades.

¡Magnífica creación esta, que se renueva todos los días en el curso de sesenta siglos, y que ciñe con una corona de verdor sempiterno la cabeza encanecida de un mundo siempre antiguo y siempre joven, vasto cementerio de generaciones que pasaron y ameno jardín de flores siempre lozanas, que brotan en las orillas de los sepulcros!....

Así lo ha dispuesto Dios en su Sabiduría providente; y, a virtud de esa disposición, contrastan admirablemente en la tierra la gallardía del adolescente y la decrepitud del anciano; el último quejido del moribundo, que cierra sus cansados ojos a esta luz caduca, y el llanto del recién nacido, que llora las tristezas de su temporal destierro; la cabellera blanca del octogenario y los cabellos de oro de esos ángeles, que alegran el hogar, y sonríen en la cuna viendo a otros ángeles alados, que velan su sueño y presiden sus inocentes juegos.

¡Bendito sea Dios, Señores, que, en medio a la amargura amarguísima de los presentes tiempos, cuyos dejos todo lo hacen insípido al paladar del alma (1), nos consiente estos momentos de dulce expansión, bajo el hospitalario techo de su templo, al pié del sagrado altar, a la benéfica sombra de esta Religión, tres veces augusta, porque nos enseña a honrarle, porque bendice nuestras alegrías, y porque sabe enjugar nuestro llanto!

Ella nos ha reunido para que presenciemos el solemne pacto, que celebran hoy dos almas viajeras al prometerse estrecha unión, vida inseparable, fidelidad acrisolada mientras que habiten el deleznable tabernáculo, en donde las fijó la voluntad creadora del bendito Hacedor de todas las cosas. Bajo de sus miradas santas van a estrecharse las manos y a articular una promesa, que solo a la Muerte le es dado desatar. Van a realizar, en un momento del tiempo, la copia de una creación maestra de Dios y ejecución de un designio eterno,—de la unión personal del divino Verbo con la naturaleza humana, para fundar la Iglesia de Cristo;—y, a semejanza del original, en el que contemplamos a dos naturalezas unidas en una persona divina, van ellas—las dos almas—a permanecer unidas en una sola entidad moral, que las convertirá, desde hoy, en uno solo, por la unión de voluntades, por la comunidad de vida, por el común destino, por las

(1)—Alusión a la guerra contra Chile y sus funestas consecuencias para el Perú.

mútuas alegrías, por el recíproco derecho, por los comunes cuidados y aún por los comunes dolores.

Así imitaréis, oh esposos, la unión incomparable de Cristo con su Iglesia; y a semejanza de lo que pasa en ese *gran Sacramento* (2), el varón será aquí cabeza de la mujer, y ésta, alegría y gloria del varón. El ha de gobernarla y ella obedecerá, como obedece la Iglesia a Cristo; ella ha de rogarle y él cederá a su ruego, como acontece cuando la Iglesia pide y Cristo otorga; y entrambos formaréis una familia, tendréis hijos, si el Señor fuere servido de daros tamaña bendición, como la ha dado a la Iglesia, fecunda en la prole cristiana; que no cesa de poblar el cielo con las generaciones que educa, y de embellecer la tierra con las que está preparando para el cielo.

¡Felices vosotros, si sabéis imitar aquel sublime modelo! Unidos por el vínculo del Sacramento que vais a recibir, atravesaréis el áspero sendero que conduce a nuestra patria inmortal; las virtudes cristianas serán el viático que sufrague al gasto de la vida; y vuestro amor, fortificado por la divina gracia, el lazo que sujete la una a la otra voluntad, para que séais siempre *uno;* esto es, fuertes, soberanamente fuertes en la lucha: que la fuerza arranca de la unidad, y tiene en ella su apoyo más firme. Vuestros hijos serán otro vínculo aún más apretado, que unirá los corazones hasta en la ancianidad, esa época de la vida en que el amor conyugal tórnase amistad dulcísima, íntima confianza, armonía imperturbable de las almas; ellos, como renuevos de olivo, alegrarán vuestra mesa (3), y como guirnalda de honor, ceñirán vuestras sienes después de los recios combates del dolor y del trabajo

Aún haréis más: porque la familia cristiana, que comenzáis a formar en este momento, es el núcleo de la gran familia social, que se extiende en círculos concéntricos desde el hogar hasta la ciudad, de la ciudad a la Nación, de ésta al Continente y del Continente al Mundo. ¡Ignora el adolescente, que juega a la orilla del mar, los círculos que trazará la piedrecita que arroja en las aguas su brazo débil, y que no alcanza a medir su vista, más débil que su brazo!....

Por último, la familia cristiana, que pretendéis formar, será también remedo aunque imperfecto de Dios, Uno y Trino, en cuyo nombre voy a bendeciros. Porque Dios no está solo en el inmenso

---

(2)—Epist. de San Pablo a los Efeso, cap. V, v. 32.

(3)—Psalmo CXXVII, v. 3.

espacio, en la inconmensurable eternidad. Nunca ha estado solo! Que, siendo *uno* por su naturaleza perfectísima es igualmente *trino* en las personas, por exigencia de su misma perfección. Eternamente activo, porque es eternamente perfecto, su actividad se expresa por la trinidad, y su perfección, por la unidad en la trinidad. El Padre Eterno lleva el dulce nombre de *Padre*, porque eternamente engendra, de su propia sustancia, a su *Verbo*, a su *Hijo*, que es la viva imagen de su perfección; y entrambos, contemplándose en una delicia inefable, producen al *Espíritu Santo*, que es la expresión personal del amor infinito. Desde que el Verbo divino, hecho hombre en las puras entrañas de la Virgen María, nos trajo estas sublimes nociones, la familia, que se forma a la sombra de Su cruz redentora, imita a aquella familia, tipo sin rival y sin cotejo, y se le acerca cuanto lo consiente la limitación humana.

En la familia cristiana, el padre representa al Padre eterno, de quien deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra, al decir del Apostol de las naciones (4); el hijo hace recordar al Verbo increado, a la Sabiduría de Dios, pues, si fuere sabio, dice la Sagrada Escritura "que es la alegría de su padre" (5); y la madre, la esposa es vínculo entre el padre y su hijo, como es vínculo el Espíritu Santo entre el eterno Padre y su Verbo.—Ella es el amor de la familia, porque en ella se concentran el amor del padre y del hijo, y en su corazón se buscan y se hallan esos dos corazones!

Vivid, pues, cristianamente, para realizar cosas tan grandes; y que la educación que déis a vuestros hijos, y el amor que os profeséis, y las virtudes que practiquéis, os tornen copia valiosísima de aquellos sublimes modelos.

Ahora, no levantaré mi diestra para bendeciros, sin pedir a Dios que confirme en el cielo, lo que voy a hacer en Su nombre acá en la tierra.

Y vosotros, respetables circunstantes, asociaos a mí para obtener cuanto desean vuestros generosos corazones:

Bendiciones de pureza; bendiciones de paciencia; bendiciones de amor incontrastable, de virtudes cristianas, domésticas y sociales; y la última y más preciosa de todas, la bendición de los predestinados: para que estos esposos, después de su carrera mortal, vayan a bendecir a Dios y a gozarle por toda la eternidad.

---

(4)—Epist. ad Efesios, cap. III, v. 15.

(5)—Proverbios, cap. X, v. I.

El Matrimonio Cristiano.- Discurso pronunciado en el templo de Nuestra Señora de Belén. :: :: ::

Señores, Señoras:

Ciertamente que esta no es la primera vez en que concurrís a presenciar el acto solemne, por el cual dos voluntades libres, dos personas independientes se ligan para siempre, delante de Dios y de la Iglesia, expresando, ante el delegado de esta y algunos testigos, que quieren pertenecerse recíprocamente, y que cada cual cede a su cónyuge una parte del señorío que sobre sí mismo tiene, ora en órden al espíritu, ora en órden a la materia deleznable.—Muchas veces habéis presenciado un hecho semejante y escuchado de los labios del sacerdote, que autoriza y bendice, una palabra de edificación. Hoy os la debo también; y de grado he de pagarla, consultando lo que sea más provechoso a vuestra salud, sobre todo, en los presentes tiempos en que, o por la relajación de las costumbres entre los cristianos, o por el consiguiente extravío del Poder público, se mira esta institución como un contrato de tan poca importancia cual si versára sobre bienes muebles más o menos preciosos; se admite la rescisión de él; y se echa en olvido que hay algo más que un contrato en el matrimonio, que es uno de los sacramentos de la ley de gracia, fundado por Cristo Nuestro Señor, Restaurador y Salvador del hombre caído.

Pues si, en el principio de los tiempos, el matrimonio fué solo oficio de la naturaleza y no estuvo sujeto a profanación, porque el hombre y la mujer fueron criados en justicia y santidad; no obstante, esa institución divina hubo de modificarse, y no muy tarde, porque, desgraciadamente, nuestros progenitores cayeron del pedestal de la Justicia y vieron eclipsarse la aureola de Santidad, que daba resplandor a sus nobles frentes.—El hombre pudo abusar entonces de ese bien natural; pero como era aún más necesario al caído que al erguido, pues había menester de un brazo en que apoyarse, de un alma que le compadeciera, de un corazón que hiciera eco a sus lamentos, y de una mano que, piadosa, enjugara su llanto abrasador...... el Señor concedió al hombre culpable el matrimonio como un remedio.—Lo que era oficio sublime en el estado de inocencia, por que reflejaba la fecundidad de Dios imitando su paternidad, tornóse remedio en el estado de decadencia, para que el hombre no corrompiera sus caminos, teniendo, como dice el Apóstol de las Naciones, el varón su mujer y la mujer su varón (1). Y, a virtud de aquel socorro tan oportuno, que Dios otorgó al hombre miserable, vemos florecer la santidad conyugal en el pueblo escogido, y sentimos la fragancia que exhala el modesto hogar de los Patriarcas; y vemos a la mujer considerada como la natural compañera del hombre, y acatada por éste, y circundada por numerosa prole, que le tributa vneeración y amor, y deposita sus yertos despojos en un sepulcro consagrado por lágrimas, y en donde irán a reposar más tarde los cansados huesos del Jefe de la familia (2). Así aconteció con la hermosa Raquel, la suspirada esposa de Jacob, cuya mano obtuvo después de catorce años de rudo servicio bajo el señorío de Laban (3). ¡Tánto fué amada, respetada y bendecida la mujer, so el influjo del matrimonio, aún después de la caída de nuestros primeros padres! Mas....solo en el pueblo de Dios; solo en la Iglesia de Moisés; solo en aquella congregación que fué sombra y figura de la Iglesia Cristiana. Porque, en otros pueblos, y bajo de otras leyes, y a la voz única de los depravados instintos del hombre corrompido y corruptor.... ay! Señores. ¡Qué lástima de criatura tan hermosa, tan delicada, tan sen-

(1)—1a. Epist. a la de Corinto, cap. VII, w. 2.

(2)—Génesis, cap. XXXV, vv. 19 y 20.

(3)—Génesis, cap. XXIX, v. 27.

sible, criada para ser el ángel del hogar, y trocada en vil esclava, embrutecida y vilipendiada por el ser más fuerte, que le debía protección y respeto!....

Aparto con horror mis ojos de ese cuadro sombrío, en el que apenas se divisan los lineamentos del seráfico rostro de la mujer, porque hállanse cubiertos con el tupido velo que los celos echaron sobre él; encórvase su cuello al pesado yugo de la esclavitud; doblégase su talle para rendir humillante obsequio a su tirano; palpita lentamente su corazón oprimido por el dolor; anúblase su frente al reflejar su condición infame; y toda ella consume sus fuerzas, ora en las recias fatigas del trabajo varonil, ora en el ocio enervante y envilecedor del harem.

¡Bendito sea una y mil veces el Redentor adorable de nuestras almas, que descargó la conciencia humana del peso abrumador de aquella prolongada injusticia! Que puso una marca de fuego sobre el rostro del hombre que se atreviese a degradar a la mujer; y que levantó esta a la altura del varón, recordando la ya olvidada institución del paraíso, y estableciendo la indisolubilidad del lazo matrimonial, que hizo fuerte, sagrado, indestructible por su palabra, y suave, apretado y santo por la gracia anexa al Sacramento! Que idealizó el matrimonio, por la unión indisoluble, santa e íntima, que contrajo con la naturaleza humana, reparada en la persona de Cristo, ennoblecida por tan alto parentezco, y enriquecida con los valiosísimos rubíes de su sangre, ofrecida por nuestro rescate! Y que idealizó a la mujer en María, la incomparable Madre de Dios y Madre nuestra; de María, que brota como un lirio fragante de pureza del frío tálamo de dos ancianos Patriarcas; que abre al cielo su nítida corola, atrae al Espíritu de Dios, y se convierte en gracioso nido de la misma Paloma que abrió sus alas sobre la regia frente de Jesús, Salvador de los hombres! Que la idealizó aún más, en la misma María, al pie de la Cruz, en donde ella se oyó llamar *Mujer,* con acento de misterio, y se tornó Madre nuestra a virtud de altísimo encargo, y fué confiada a los filiales cuidados de un discípulo virgen, que aprendió a amar castamente cuando reclinó su cabeza en el pecho de su Maestro! Y que puso remate espléndido a esta obra de reparación, cuando, al rasgar los cielos ante los ojos de ese discípulo asombrado, se la dejó ver oprimiendo con el pie la luna, toda vestida del sol, y coro-

nada por el amor de las estrellas! (4) ¡Bendito, mil veces sea Dios, Señores; que así sabe sacar bienes inmensos de males deplorables, y conducir suavemente al hombre, por caminos de pureza, de santidad y de respeto, a ejecutar sus altísimos designios!

Tres hilos de oro forman, señores, el lazo inquebrantable que va a unir dentro de pocos instantes esas dos almas, a quienes mi alma va a bendecir en nombre de Dios.—Esos hilos misteriosos, que se entretejen para formar fuerte vínculo, son los tres bienes propios del matrimonio: el bien de la *prole*, el bien de la *fé*, el bien del *sacramento*.

El bien de la prole.—Ordénase a esta el matrimonio según el sábio plan del Criador. El ha querido que el hombre le imite en su fecundidad; que, como El, se llame *padre* de un ser semejante; que no solamente le engendre, sino que eduque su alma, obra exclusiva de Dios, e imprima en ella nobles pensamientos, y despierte en ella afectos santos; que cuide de la conservación y desarrollo de su cuerpo, y que cuide aún más de la inocencia y del enriquecimiento de su alma—Enaltecedora misión, que confiere al hombre y a la mujer grandes derechos y les impone grandes obligaciones.—Derecho de asociarse para multiplicarse: obligación de no contrariar los santos fines que Dios se propuso al instituir el matrimonio. Derecho de gobernar a sus hijos: obligación de educarlos física y moralmente. Derecho al respeto, a la obediencia y al amor de su prole; obligación de darles buenos ejemplos, de mandarles siempre lo justo, de amarles con abnegación. Derecho de paternidad, respetable y respetado en toda humana asociación: obligación de permanecer unidos hasta el fin de la vida, para cumplir el grave encargo de la educación, que seria de todo punto desatendido, y descuidado, y frustrado, si el matrimonio fuese unión pasajera, lazo de capricho, frangible según el albedrío de los cónyuges, o las disposiciones de una ley humana, mudable e imperfecta.

Bien de la Fé.—Esto es, de la fidelidad, que es justicia en los casados, quienes han de amarse, sin dividir el afecto con nadie mien-

(4)—Apocalipsis de S. Juan, cap. XII, v. I.

no ha de ser velcidoso, ni mudable. Ni han de hacerse traición, por más que alguno de los dos flaquease en la fidelidad, que eso no autorizaría al inocente a pervertir su fé, pues, como dice San Agustín, "no se la debe al extraviado, sino a Jesucristo". Para que el coratras que vivan ambós; pues, no siendo pasajera la unión, su amor zón mudable no haga traición al deber, ahí está la gracia invisible, vinculada al Sacramento, y que, por él, se comunica a los que le contraen con puras conciencias. Reciben la gracia *santificante,* que es un ser sobrenatural y divino, que los hace capaces de sentir como Jesucristo, y la gracia *unitiva,* que afianza, consolida y perpetúa el vínculo formado por el natural afecto. Este bien soberano, que hace armonizar las almas, de tal suerte que se completan y no pueden vivir la una sin la otra, que, por solemne que fuese, solo sería un estímulo a la fidelidad, y nunca fuerza vencedora que la flaqueza humana, dos veces débil, porque ni ha sido confirmada en el bien, ni está exenta de enfermedad y tentación frecuente.

Pero el Sacramento suple lo que al contrato falta, porque propio es de la gracia suplir las deficiencias de la naturaleza.

Bien del Sacramento.—Grande Sacramento, dice San Pablo, en Cristo y en la Iglesia! Esto es, tesoro escondido de gracia y de hermosura, esa unión prodigiosa de la persona adorable del Verbo con la naturaleza humana, que ha unido a sí santamente, perpétuamente.

Santamente; para la gloria de Dios, que es el fin primario de todas las obras de Dios, desde la más grande que es la Encarnación del Verbo divino hasta la que podemos reputar más pequeña—la creación de un grano de menuda arena.—El Verbo encarnado glorifica a su Padre por el abatimiento sublime de una persona divina, que se une íntimamente a la naturaleza humana: el Infinito se une a lo finito, el Increado a lo creado, la Gloria al polvo; y esto, para satisfacer a la Justicia eterna, ofendida por la soberbia del hombre. El encargado por el entendimiento del Padre celestial, la Verdad eterna, y, por tanto, la Humildad—que humildad es verdad, ha dicho Santa Teresa de Jesús—repara las quiebras del hombre soberbio, del que quiso "ser como Dios"; "la obediencia hasta la muerte, y muerte de cruz" satisface por la desobediencia al pié de un árbol malhadado en el jardín de las delicias.—Hé ahí, pues, una unión santa y santificadora; santa, porque se ordena a la mayor gloria de Dios; santificadora, porque eleva la naturaleza humana a las alturas divinas.—Tal debe ser vuestra unión, ¡oh esposos! El marido debe imitar al Hijo de

Dios, y levantar a la mujer por la buena dirección, por su fuerza moral, por el socorro que preste a su debilidad, como Cristo levanta a la Iglesia, a quien dirige, comunica gracia, y sostiene en sus frecuentes luchas. La mujer debe imitar a la Iglesia, por la obediencia, por el blando ruego, por la confianza en el amor de su marido. Y entrambos han de amarse con un amor puro, entrañable, abnegado, y, como dice la Esposa de los cantares "fuerte como la muerte". (5).

Perpétuamente dura la unión inefable de las dos naturalezas, divina y humana, que confesamos y adoramos en la persona de Cristo nuestro Bien: pues ni aún la muerte separará la divinidad de la humanidad; que solo fué parte a separar el alma del cuerpo, como acontece siempre que un hombre muere —"Lo que una vez tomó el Verbo, enseña la Sagrada Teología, jamás lo abandonó".—Así es que llevó al patíbulo infame de la cruz su cuerpo, su alma, su divinidad, unidos por la más estrecha lazada; y llevó al cielo ese cuerpo glorificado, esa alma radiante de felicidad, esa persona divina triunfadora del pecado, de la muerte y del infierno, y escoltada por la naturaleza humana, en ella enaltecida y triunfante: ***captivam duxit captivatem*** (6).

Así debe ser vuestra unión, oh esposos! Pues no ha de turbarse por las vicisitudes a que están sujetos los casados. Y en el dolor como en la alegría, en la enfermedad como en la salud, en la pobreza como en lar iqueza, en el abatimiento como en la exaltación, habéis de permanecer unidos como en este solemne momento de vuestra vida. Así, y solamente así, imitaréis la unión de Cristo con la Iglesia; así será grande este Sacramento entre vosotros. Y, si la muerte ha de separaros, como no separó a vuestro divino modelo, es porque las nupcias no son del cielo, sino de este valle de lágrimas: "que en el cielo, ha dicho nuestro Señor, ni se casan, ni se casarán, sino que todos serán como ángeles de Dios". (7) Mas, acá en la tierra nada os ha de separar, en reverencia al Sacramento que recibís, único lazo que puede aceptar la mujer cristiana, quien no ha de trocarlo jamás por el débil lazo legal de un contrato, que sería en ambos esposos una apostasía, y en la mujer, la sujeción a los caprichos del hombre, como acontece en las

---

(5)—Cantar de los Cantares, cap. VIII, v. 6.

(6)—Epist. a los Efeso, cap. IV, v. 8.

(7)—Evang. de S. Mateo, cap. XXII, v. 30.

Naciones que han caído en el error de reemplazar el Sacramento por el contrato.

¡Esposos cristianos! No quiero aplazar la realización de vuestros deseos. Debo ya bendeciros en nombre de Dios y de la Iglesia, y voy a hacerlo en la efusión de mi corazón. Pídole para vosotros todos los bienes del tiempo y de la eternidad: le pido una prole bendita, una fidelidad inquebrantable, una santidad ejemplar.

Así llenaréis los fines de esta institución respetable y santa; así seguiréis la corriente de la naturaleza, socorridos por el magisterio de la gracia, para evitar los escollos en que sucumben la humana miseria. Así ha de surcar vuestra barquilla frágil el proceloso mar de la vida; y cargada con el tesoro de las virtudes, y dejando tras de sí una luminosa estela de buenos ejemplos y de cristiana prole, arribará algún día a las serenas playas de la eternidad feliz, patria suspirada de las almas, único lugar de reposo, y de seguridad, y de dicha cumplida, que hace olvidar para siempre los dolores, las angustias, las zozobras, los peligros, las mudanzas, enjuga el llanto, dá luz inmortal a las pupilas del alma, y la arrebata y saca de sí por la contemplación de la divina Hermosura, que sacia, embriaga y torna semejantes a Ella, a los que crió redimió, santificó y salvó de los peligros de este mundo, y destina perpetuamente a amarle, gozarle y bendecirle por los siglos de los siglos.

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: Sermones patrióticos :-: :-: :-: :-: :-: :-:

Conmemoran la independencia nacional los dos primeros; y los dos últimos obedecen a diversas actuaciones patrióticas :: ::

Sermón predicado en la Iglesia Catedral de Lima, el 28 de julio de 1863.-42° aniversario de la independencia del Perú

Ubi.. ..Spiritus Domini, ibi libertas.
Adonde está el espíritu del Señor, allí mora la libertad.

2a. Epístola de San Pablo, a los Corintios, cap. III v. 17.

Señores Excelentísimo * e Ilustrísimo **

Señores:

Hemos venido a tributar a Dios un homenaje de acción de gracias, porque hace 42 años que el Perú se llama Nación, y, por tanto, libre e independiente.

Para conquistarle este nombre, nuestros padres lucharon con el denuedo de los héroes, con la constancia de mártires: su sangre, ofrecida en holocausto, allá en los campos de batalla, mereció tal vez una mirada propicia del Dios de los ejércitos; y la República se levantó jóven y generosa, sobre un montón de cadáveres; y la saludó

* El Excmo. Sr. General D. Pedro Diez Canseco, 2o. Vice-Presidente de la República, encargado del Poder Ejecutivo

** El Illmo. Sr. Arzobispo de Lima.

con amor el moribundo, al sacrificarla su vida, y el vencedor, al ofrecerla sus laureles. Y el primer canto de triunfo fué también un cántico de acción de gracias al Rey inmortal de los siglos, cuya soberanía no renunciamos al desmembrarnos de una antigua Metrópoli.

En cuarenta y dos años, señores: ¡qué de escenas han pasado! dolorosas las unas, risueñas y consoladoras las otras! ¡Cuántas lecciones recibidas, cuántos desengaños saboreados en toda su amargura, cuántas esperanzas frustradas, cuántos elementos de bienestar descubiertos, y cuántos ¡ay! también desperdiciados, por la falta de tino y la inexperiencia, compañeras inseparables de un pueblo joven!

Cuarenta y dos años han pasado; y, al esconderse en el sepulcro, en cuya losa se escribe la historia, nos han dejado una lección, grabada, con caracteres de luz o de ignominia, en los anales de todos los pueblos; lección importante que, hoy sobre todo, nos conviene meditar en el recogimiento del santuario, para hacerla consustancial a nuestro espíritu, y encarnarla al mismo tiempo en el cuerpo social; porque ella es un principio de vida moral y política, que cambia los abrojos de la tierra por las flores del paraíso, y abre después las puertas del cielo: a saber: "que la verdadera libertad mora, allí en donde está el espíritu del Señor".

Y esta lección, que Dios ha dictado por los labios del apóstol de las Naciones, se enlaza admirablemente con el objeto que nos ha congregado. Por eso he venido a deciros: ¿queréis la República? ¿Amáis su independencia? Pues afianazd el trono de la libertad; y, para lograrlo, inspiraos de la doctrina católica, obra acabada de la sabiduría de Dios, espléndida manifestación de su espíritu entre los hombres.

No tengais prevenciones al escucharme: mi lenguaje es sincero, como la Religión que me inspira;—es la expresión de mis convicciones y de los sentimientos de mi alma. Sacerdote, debo deciros la verdad; peruano, debo decirla con todo el interés que me anima por esta patria, a la que no prefiero sino el cielo.

Purísima Virgen: tabernáculo del espíritu de Dios; arca santa, habitada por el Libertador del mundo. Yo te saludo.

AVE GRATIA PLENA.

INTRODUCCION

Es un axioma constitucional, señores, que la más perfecta forma de Gobierno es también la expresión más perfecta de la libertad política.

Es otro axioma que la libertad política no existe sin la libertad moral.

Por último, es un principio, revelado por Dios y demostrado por la razón, que la plenitud de la libertad moral solo existe en los espiritus, que viven con la vida de la gracia, que se inspiran de la *fé,* que se alimentan de la *esperanza,* que se dilatan por la *caridad.* En una palabra, que la plenitud de la libertad moral es la feliz consecuencia de la unión de las almas con el espíritu divino

Si pues el ideal, a que legítimamente aspiramos, no existe en donde la libertad política es ilusoria; si la libertad política es el fruto de la libertad moral, y esta se desarrolla y perfecciona en el hombre por la acción del espíritu divino, necesario es que procuremos afianzar y perfeccionar nuestra libertad, estrechando los vínculos que nos unen á la Iglesia, en cuyo seno mora el espíritu de Dios.

Voy, pues, a precisar mi pensamiento:

"La Iglesia Católica crea, desarrolla y conserva la libertad de las Naciones".

Para prboarlo, haré uso alternativamente de la razón y de la historia.

Oh! Si al descender de esta cátedra pudiera felicitarme de haberos persuadido, haciendo desaparecer esas preocupaciones, origen del odio que se profesa a la Iglesia mi madre, odio que va a reflejarse sobre mi patria, madre mía también!... Pero continuemos.

I

Si toda asociación política tiene por fin realizar la justicia, garantizando el derecho, es necesario que tenga por norma una re-

gla invariable de justicia, y que cuente con la prestación de todas las voluntades, no solo para no encontrar escollos en su camino, sino también para llegar como una venturosa nave, impelida por la fuerza del amor, al puerto de la dicha. Se necesita, pues, una brújula, cuya aguja señale siempre el norte; se necesita que vientos contrarios no desvíen la barca, ni la estrellen contra esas moles de piedra, fijas en el movimiento de las olas, y en cuya vértice se lee, en fúnebres caracteres, ***peligro, destrucción y muerte.***

En una palabra, se necesita asegurar el pleno y perfecto ejercicio de la libertad. Pero la libertad es un fenómeno complejo: sus causas se llaman *voluntad* e *inteligencia*. A medida que la primera se inclina más al bien y la segunda se inspira más de la verdad, el acto se ordena mejor al fin de la libertad;—es, por consiguiente, más libre. Y como no hay bien positivo para la voluntad, si no hay verdad en el entendimiento, necesario es asegurarle este magnífico tesoro, que Dios depositó en un vaso de barro. Creando al hombre, tuvo que dotarlo, para que fuese una obra perfecta en su género, dotarlo, repito, con aquella suma de verdad indispensable para la asecución de su fin. Mas el hombre pudo malgastar su dote y su prole verse reducida a mendigar, como el pordiosero, una limosna de verdad. Dios, sin que nada le obligase a ello, ha podido también devolver al hombre la verdad que perdió, y darle junto con ella un principio de fuerza para la voluntad, que fuera la garantía de esa facultad nobilísima, cuyo ejercicio resume toda nuestra acción moral. El Verbo hecho carne ha dicho, por fin: "Si permaneciéreis en mi palabra, conoceréis la verdad, y, por ella, sereis libres". *Si manseritis in sermone meo . . .cognoscetis veritatem, et veritas liberabit vos.* Así sucedió, señores.

II

Callaron para siempre el oráculo de Delfos y la Sibila inspirada de Cumes. Ya no tenéis, depositarios del poder público, que consultar las entrañas palpitantes de las víctimas y el vuelo incierto de las aves. Brilló la verdad en el Oriente, y no brilló dos veces, sin que se alzara, bañado por sus resplandores, un edificio de duración inmortal Dentro de sus muros, y bajo de su techumbre, todo peregrino encontró grato asilo; y es tan vasto su recinto, que pueden caber en él desahogadamente todas las generaciones de la tierra Allí se divisa una célica aparición: la justicia y la paz, que han enlazado sus brazos, coronándose

con una misma aureola. Por el órgano de una autoridad visible, recibimos la enseñanza del Dios invisible, que irradia purísimas centellas sobre las inteligencias, para que estas reflejen una plácida luz sobre el corazón. El que escucha esa enseñanza no vacila; y como dice relación a todos los actos de la vida humana, no hay uno sólo que se encuentre sin el sello de justicia o injusticia, de bondad o de crimen, que lo caracteriza como provechoso o nocivo a los intereses del individuo, de la familia, de la humanidad. Y esta enseñanza no sólo es invariable y universal, sino tan lógica, que jamás se contradice, librando al entendimiento que la acepta tanto del infierno del error como del purgatorio de la duda. Bien pueden los razonadores de todos los tiempos exhibir sus doctrinas con el ridículo aparato de la vanidad, e imponerlas por la intriga o por la fuerza. Jamas harán gustar al espíritu la sabrosa paz, que le ofrece la verdad; y el corazón, víctima de indecibles tempestades, ora buscará inútilmente un refugio, ora se helará de espanto, o se lanzará desatinado a un abismo. Desde Simón Mago hasta Lutero, y desde él hasta nuestros modernos pseudo-filósofos, no hay uno solo que haya podido decir, con títulos suficientes para ser creído: "aquí está la verdad; aquí la norma de la justicia; aquí el secreto de la felicidad de los pueblos".

III

La piedra filosofal se ha buscado mucho, señores: en un tiempo se llamaba *elixir de la vida*, porque los hombres cifraban la dicha en prolongar sus cansados días sobre la tierra; en otro tiempo se llamó *secreto de fabricar oro*, y es preciso confesar que entónces el termómetro del corazón estaba algunos grados bajo de cero: el hombre dejaba de adorarse, para tributar culto a un ídolo de piedra. Pero ¿qué son estos extravíos, comparados con los grandes errores, que han recibido el incienso de los sabios? El materialismo y el fatalismo habrían bastado para dar el golpe de gracia a las sociedades, si la Iglesia no hubiera levantado siempre su voz, para anunciarlas el peligro y retraerlas de su perdición. ¡Pobre humanidad, si, en la superficie de los abismos, no apareciera siempre flotando la nueva arca de la alianza, mas con las puertas abiertas, para brindar la salvación a los que se ahogaban en el diluvio del error! De tiempo en tiempo la tierra se ha encontrado inundada, porque han desbordado sus mares y sus fuentes, y las cataratas del cielo también se han abierto sobre ella,

por un decreto de la justicia de Dios! Inútilmente hubiérais buscado entonces el derecho: no sabe responder el que se ahoga: en vano habríais buscado la libertad: no la discierne el que agoniza. Me equivocaba, señores: en el arca habríais encontrado el derecho al lado del deber, la libertad al lado de la ley.

IV

Si los pueblos no pueden realizar su destino, sin poseer la verdad, que es la norma de lo justo, y si ella solo puede encontrarse siempre en la Iglesia, concluyamos que la primera condición de vida para un pueblo es que se inspire de la doctrina católica.—La verdad es un Sol: y para que se mantenga siempre en nuestro horizonte, dispensándonos los beneficios de su luz y su calor, es necesario que haya un ser colosal, cuyos brazos robustos aprisionen esta móvil esfera, que habitamos; y para que una densa niebla no nos prive de contemplar su hermosura, preciso es que haya una mano bienhechora que la disipe; que conjure las tempestades; que solo deje al rayo la fuerza de escribir, con caracteres de fuego, una lección de obediencia, y al mar, con el movimiento inflexible de las olas, una historia de sumisión.

El corazón es el origen de muchas nieblas; es también fragua de tempestades, y abismo estruendoso, que amenaza desbordar, para bañarlo todo con sus salobres aguas Asiento de nieblas por la malicia y el interés privado; fragua de tempestades por la ambición; y abismo amenazador, porque sus pasiones hierven y tienden a romper todo dique, si no reconoce una autoridad que lo haga temblar, con la perspectiva de un porvenir horrible, y que lo estimule al sacrificio con la promesa de eternas recompensas, y lo auxilie con medios sobrenaturales, trastornará, empleando las fuerzas con que cuenta, todo orden social; y, ora se llame pueblo, ora mandatario, causará, en su locura, daños irreparables; amontonará ruinas, siquiera sea para sepultarse bajo de ellas.

V

Para que el ejercicio del derecho de *personalidad* no degenere en *dominación;* para que el ejercicio del derecho de *libertad* no degenere en *licencia;* y para que el ejercicio del derecho de *propiedad* no de-

genere en *usurpación,* es necesario, no solo conocer la regla de lo justo, sino también tener la buena, y a veces heróica voluntad, de someterse a ella, rechazando con energía la seductora tentación, ciñendo con amor la punzante corona del sacrificio, y fortificando el corazón con el bálsamo de la vida. Y los estímulos para el bien se llaman *enseñanza del cielo y ejemplos de los santos;* y la energía para luchar es *gracia;* y el bálsamo de fortaleza es *sacramento.* Mas, la enseñanza del cielo, los ejemplos de los santos, la gracia que santifica y el sacramento que fortalece son tesoros de la Iglesia: solo en su seno se encuentran. La enseñanza, no cesan de dispensarla sus labios inmortales; las historias edificantes enriquecen sus valiosos archivos; la gracia se desliza por sus manos benditas; y el sacramento es el *secreto de amor* que nos confía, al imprimir un ósculo de paz en la frente de cada uno de sus hijos.

VI

Preguntadlo si no a todo hombre verdaderamente cristiano cuáles son los sentimientos que despierta en él la imágen de esta cara patria. Os responderá, en el lenguaje inspirado de O'Connell: "Mi cuerpo a Irlanda, mi corazón a Roma, y mi alma al cielo". Como si dijera: "todos mis bienes, mi vida misma a mi patria; la fé de mi corazón pronta a seguir las enseñanzas del Vicario de Cristo; y mi alma, rompiendo todo vínculo, anhela perderse para ser hallada en el seno infinito de Dios".

He aquí el lenguaje que el catolicismo enseña: es la expresión de tres amores, que no se excluyen: el amor a Dios, padre de todos los hombres; el amor a la Iglesia, patria de todas las naciones; el amor a la patria, que comprende a la familia, a los amigos, al individuo mismo. Cualquier otro amor que no se dirija al cielo será necesariamente egoísta; carecerá de ese atributo de infinidad, que nosotros, seres limitados, poseemos por participación de la naturaleza divina, a la que nos asocian nuestro bautismo y nuestra profesión cristiana. Cualquier otro amor, que no se eleve por la Iglesia hasta Dios, será estéril para la patria; no podrá alcanzarla un día de felicidad; no sabrá realizar un solo sacrificio, porque no estará iniciado en los misterios del heroísmo; y sin sacrificio no hay sociedad posible, como no hay libertad perfecta. Si nuestros padres no hubieran fijado la mirada en el cielo, para buscar allí el premio de su abnegación, su

sangre no habría corrido generosamente para darnos independencia; porque, preciso es decirlo: a esos héroes no pudo ocultarse que no recibirían el premio de sus esfuerzos en la tierra, y que cerca del árbol, que otros llamarían de la libertad, nacerían las espinas y los abrojos de la ingratitud.

VII

Señores: consultemos la experiencia registrando las páginas de la historia.

Hay una escuela filosófica, que pretende conocer al hombre *a priori;* que quiere constituir las sociedades sin tomarse el trabajo de estudiar, en los anales de la humanidad, el carácter de los pueblos, y la conveniencia de las instituciones, a cuya sombra se han desarrollado. Y aunque no presenta credenciales de su misión, prospera en la difusión de su doctrina, por que halaga las pasiones de la multitud. Es la escuela que comienza proclamando los *derechos del hombre*, y acaba por embotar el hierro de la guillotina, porque necesita ríos de sangre para escribir sus admirables códigos.—La escuela revolucionaria de 1793, que olvidó la historia de Francia, porque adoraba a Bruto, personificación del homicidio y a la razón personificación del orgullo y a la prostitución, representante de los innobles apetitos de la carne.—La escuela de Robespierre, que se dignó declarar por una ley la existencia de Dios, fundamento de todas las leyes!. . . Sí, señores: la existencia de Dios, revelada por los cielos, que cuentan sus maravillas; por las fuentes, que murmuran su nombre santo; por los mares, que cantan su omnipotencia; por los árboles, que tejen arcos triunfales a su gloria; por los volcanes que como ha dicho un poeta contemporáneo, son el incensario que humea en el altar de las cordilleras; por el hombre, en fin, señor de la creación, cuya inteligencia y voluntad gravitan hácia el infinito mejor que la tierra hacia el sol. Ah! Es la escuela creadora de Dios, que lo quiere fabricar con su razón mezquina, para negar la obediencia a sus leyes reveladas. —La escuela que, a nombre de la misma razón, niega el orígen divino de la Iglesia, considerándola como una creación social, extemporánea hoy, y que debe ceder el puesto a las febricitantes creaciones de su delirio. Pobre razón! Exigua chispa desprendida de esa atmósfera de luz indeficiente, que, cual un pabellón magnífico, cubre el trono del Eterno! Señores: nosotros no pretendemos saberlo todo. Por eso

humildes investigadores, estudiamos la historia, no *la hacemos.* Vamos, pues, a buscar en ella la prueba, que os ofrecía, de la influencia de la Iglesia, en la civilización y en la estabilidad de las naciones.

VIII

"Yo, dice la Iglesia Católica, he salvado a las sociedades de la muerte, regenerando a los hombres corrompidos, haciéndolos libres con la libertad de los hijos de Dios, enseñándoles a no traicionar nunca su conciencia, y a sacrificar su vida misma, antes que ceder a la tiranía. Yo eché, pues, los cimientos de la libertad política, porque robustecí la libertad moral, haciendo tres veces inviolable el santuario del alma. Los huesos de los héroes cristianos formaron, en el Africa y en la Grecia, y en Roma, y en España, y en las Galias, un vasto pedestal, más sólido que el de granito: sobre él se ha levantado un templo y un altar. Bajo de las bóvedas de ese templo se guarecen todos los hombres libres; en su altar se ofrece un sacrificio, incruento y perenne, al Dios libre y magnífico, que rescató a los hombres de la muerte y del pecado, oblándose a sí propio, y enseñándoles, con esta oblación, misterios de grandeza y de inefable amor. Soy la esposa fidelísima del Dios inmolado: salí de su corazón abierto, bañada con los raudales de su sangre, enriquecida con los tesoros de su caridad. La misión, que he traído al mundo, es de paz y de consuelo. No existo para mí; existo para vosotros; y desapareceré de la tierra con el último de los creyentes. Dios crió a Eva, para que fuese madre de todos los que viven, en el órden de la naturaleza; yo soy la madre de todos los que viven por la gracia. ¿Podéis recelar de mis sentimientos? Oid!

"El Espíritu divino sopló sobre mi rostro, y encendió en mi pecho un fuego sagrado: salí del Cenáculo y aparecí entre los hombres como una aurora boreal, dibujada en el tul del firmamento por el fuego eléctrico de la caridad. No me releguéis a las regiones polares: yo puedo lucir en todos los hemisferios, en todas las zonas, bajo de todos los meridianos, porque, doquiera que me encuentre, allí fijo los polos del gran meridiano magnético, todas las brújulas se conmueven cerca de mí, todos los horizontes se matizan a mi presencia".

"Yo he creado la República cristiana, antes que los hombres soñasen el *falansterio;* he llamado heroica la expropiación voluntaria de los bienes de la tierra, y he fundado así un noble comunismo,

que algunos ilusos han querido parodiar cayendo en el abismo *proudhoniano*. He suavizado la esclavitud, enseñando por la boca de Pablo, Apóstol de las naciones, que no hay diferencia esencial entre un hombre libre y otro esclavo. He hecho más: los he sentado a una misma mesa; y, al darles igualmente el pan de los ángeles, he herido de muerte esa doctrina egoista, que nivelaba al esclavo con el bruto. Gloríense cuanto quieran los filántropos de haber proclamado la igualdad! Antes que ellos nacieran, yo se la había enseñado a los siglos, la había escrito en mis códigos, y hecho venerar por los déspotas! Pablo, mi Apóstol, rompió los vínculos del esclavo Onésimo, recomendándolo, como su amigo, al buen Filemon, en una epístola tierna como el amor de las madres. Yo, por las leyes que he dictado en mis concilios, he ido limando aquellas cadenas ignominiosas; los que sancionaban esas leyes eran mis Pontífices, a quienes una escuela ingrata e ignorante ha regalado el epíteto de *representantes del despotismo*. No importa! He llevado mi amor hasta el extremo de ungir las manos encallecidas del esclavo con el óleo del sacerdocio, revistiendo sus espaldas, despedazadas por el látigo de la tiranía, con la vestidura de honor y de gloria, que ha ocultado para siempre sus cicatrices infamantes. Y esto lo hice, sin derramar una sola gota de sangre: solo vertí lágrimas de amor. Y, para lograrlo, no encendía la tea de la discordia,ni armé Estados contra Estados en lucha fratricida".

"He suavizado también la condición del prisionero de guerra,— de ese otro esclavo por la suerte de las armas: inventé la "Tregua de Dios", creación magnífica de la fé y la caridad, que hice respetar al caballero orgulloso de la edad media, invitándole a vencer su odio, en memoria de los sagrados misterios de la Redención, y amenazándole, en caso de rebeldía, con las armas espirituales, que saben herir el alma Que se jacte ahora el derecho público de haber modificado las duras leyes de la guerra; pero sabed que esas modificaciones han sido reclamadas por las costumbres, y que yo he creado las costumbres, porque he ablandado los corazones. Yo he escrito, pues, en el Derecho público moderno, *dulzura, humanidad, perdón, libertad*".

"Yo he dado a la Gran Bretaña las libertades políticas, que enaltecen a sus hijos, y que admiran los pueblos más civilizados de la tierra. Sí; no ha sido el protestantismo, por cierto. Leed, en el Museo Británico, la *Magna Charta*, otorgada al pueblo inglés por el Rey Juan Sin Tierra, y vereis en ella una de las obras de mi espíritu: escrita en el

idioma que yo hablo; inspirada por Cardenales y Obispos, instituídos por mí; y promulgada el año 1215, es decir, tres siglos antes que la reforma de Lutero. Si la Inglaterra es libre, no lo debe, pues, a un apóstata, ni a un adúltero. La libertad descendió hasta ella de regiones más puras; y, aunque se niegue a reconocerlo, yo, Madre suya por el Evangelio, la he engendrado también para la libertad! Digan lo que quieran mis enemigos: recorred los anales del mundo, y vereis que los pueblos, en su infancia, han consagrado el absolutismo; no solo por la ignorancia de sus derechos, sino también por la tendencia del más fuerte a la dominación absoluta. Vereis, al mismo tiempo, que la aparición de mis enviados, para anunciar el Evangelio, ha determinado una época en la vida de esos pueblos. A la predicación, ha seguido la reforma de las costumbres, y el ennoblecimiento de los espíritus: las inteligencias han comenzado entonces a conocer el derecho y las voluntades a reclamar su ejercicio. Y el primer grito de libertad, entre los bárbaros, ha sido lanzado por el misionero que la reivindicaba, para anunciar la buena nueva. Oh! muy bellos son los pies de los que evangelizan la paz! Siempre dejan una profunda huella de civilización, que no podrán cegar todas las arenas de desierto!...

"De mis labios han oído, por la vez primera, todos los soberanos: "El mayor entre vosotros sea como el menor, y el que manda sea como el que sirve". Yo dí, pues, la norma a los que abogan por la libertad, aunque se han desviado, y mucho, de la verdadera doctrina. Astros errantes, han reflejado por un momento mi luz; pero se pierden en el espacio, y no brillan en el firmamento, por la fuerza escéntrica que precipita su marcha: un día chocarán entre sí, y sus calcinados fragmentos servirán para formar el vasto sepulcro del error".

"Yo" . . .pero basta, señores: demasiado conoceis el carácter civilizador de esa magnífica institución, que se llama la Iglesia Católica, para que me empeñe en aducir mayor número de pruebas. Sin embargo, permitidme una digresión.

IX

Hubo un rey, que parecía destinado por Dios para consolar a su Iglesia. Cuando en el fondo de la Germania resonó la voz de un monge apóstata, el soberano cambió el cetro por la pluma del sabio, y escribió un libro inmortal que, ofrecido al sucesor de Pedro, le mere-

ció el título de "Defensor de la Fé". Mas no se había marchitado aún el laurel que ceñía su frente, cuando la impureza abrazaba sus entrañas; y, echando lejos de sí la corona, con que la Iglesia acababa de ilustrarle, se arrojó a un lodazal, adonde le convidaba el espíritu de las tinieblas. Allí no se contentó con una víctima: sacrificó seis a sus perversos deseos, e hizo expiar a algunas en el cadalso el triste honor de haberse manchado con sus infamias. Roma no podía callar: habló con la conciencia de su misión; sostuvo la subsistencia del santo vínculo, que intentaba destrozar el monarca; y luego, como Jeremías, viendo asolada una noble y hermosa nación desgarró sus vestiduras, y lloró sobre esas ruinas. El protestantismo convirtió la Isla de los Santos en un grande osario, en donde se mezclaron confusamente los restos de centenares de mártires y de centenares de herejes. Y la cuchilla, que los inmolaba sin distinción, era movida por el brazo, que acababa de exhibir ante el mundo el libro del confesor de la fé. Y, desde entonces, ese pueblo, digno de mejor suerte, lucha por salir del abismo, a que lo han precipitado las pasiones de uno de sus soberanos.

Hubo otro monarca, que apareció sobre un suelo, en donde se había escrito con sangre los delirios de la razón . . . General valiente y afortunado, génio de la guerra, y luego primer cónsul, supo tejerse una corona, entrelazando el laurel de la victoria y el olivo de la paz. . . . Habia concebido un proyecto digno de él—regenerar la sociedad, restaurando los altares, que derribó la barbarie. Y lo hizo . . . El Vicario de Cristo le bendijo en la efusión de su alma; pero cuando este coloso intentó aprisionar al sucesor de Pedro con las cadenas, que un ángel había roto en Jerusalem; cuando dió libelo de repudió a su esposa, para contraer un enlace según los intereses de su ambición; cuando pretendió elevar el crimen a la dignidad de ley, anulando de un modo semejante el matrimonio de su hermano; cuando quiso esto y mucho más, el brazo del anciano inerme se alzó amenazador, para reprenderle, y protestar de sus escándalos.

Señores: el primer monarca sentaba su trono sobre leopardos; el segundo tenía el suyo suspendido en el espacio, porque una águila vgiorosa lo sostenía con sus garras, desplegando sus alas, para improvisarle un dosel. El anciano dictaba sus leyes, sentado en la popa de una frágil barca, que, ora se estacionaba en el Adriático, o iba peregrinando por las costas de las Galias. Aquellos rubricaban sus decretos con la punta de una espada; este los sellaba con el anillo del pescador.

Mas . . . sus tronos se hundieron: el leopardo huyó atemorizado por la presencia de un invasor, y el águila fué a enclavarse en un árido peñasco, que combaten las olas del Océano. Entre tanto, la barca sigue cruzando los mares sin zozobra; sus pilotos, cansados, por la fatiga de la travesía, duermen el sueño de la paz, mientras que se suceden nuevos elegidos de la Providencia, en el gobierno de la misteriosa embarcación, que los hombres han llamado "nave de Pedro".

X

Y ahora, soberanos, aprended; instruíos los que juzgáis la tierra. Y ahora, pueblos libres, que disponeis de vuestros destinos, estudiad una lección importante: las pasiones de los que mandan son terribles: son el engendro monstruoso de la miseria del hombre y de la grandeza del poder. Temblad, pues, si no veis elevarse sobre el solio del que manda un trono más alto, de donde partan lecciones de fé pura, de moral indefectible. Esas lecciones son las únicas, que pueden enfrenar la tendencia al abuso en el mandatario; si no las escucha, si vosotros no las escucháis, tendréis que recibirlas del poder extraviado, y se abrirá en vuestro camino un abismo, que en vano tratarán de colmar con sus restos otros pueblos desgraciados.

No se diga, pues: "es inútil la profesión política de la Religión verdadera". No se agregue: "los hombres se asocian para alcanzar un fin temporal: su religión política es la Carta; los Estados no deben tener Religión". ¡Ah, señores! Esto es violento y contradictorio Violento, porque el hombre no puede prescindir nunca del carácter de viajero, q' se encamina al cielo, su patria: despojarlo, pues, de este carácter dominante, cuando se trata de reglar su conducta política, es abusar de la abstracción;—es fabricar un hombre aparte en cuya inteligencia no habrá otra luz, que la escasa y pálida luz reflejada por esa hoja de papel, que se llama Constitución; en cuyo corazón no habrá otro fuego. que el fuego artificial, encendido con la combustible de los intereses materiales. ¡Y eso es un hombre! ¡Y eso debe ser un pueblo ante la sabiduría del legislador! Por amor a mi dignidad, por amor a la dignidad humana, reniego de ese hombre y de ese pueblo. ¡Qué! ¿seríamos menos cuerdos que Numa, emperador pagano, dictando sus leyes, como otras tantas revelaciones de un genio protector? Pero se pretende también devorar una contradicción: porque, o se afirma la posibilidad de conseguir un fin racional, sin una ley moral, base necesaria de toda ley

política; o se pretende una moral sin religión, que solo ha existido en la fantasía del baron de Holbach; o se quiere basar la moral, fundamento de la ley, en una Religión, que se reputa verdadera, y esto es declararla implícitamente Religión del Estado: consignar el principio en la Carta no es otra cosa que seguir los preceptos de la sana lógica.

XI

Tengo que preveniros contra un escándalo, que se llama "la prosperidad de los pueblos protestantes". La fé de los débiles vacila, al escuchar un argumento, formidable en la apariencia, y formulado con la dañada intención de negar la acción civilizadora de la Iglesia. Se ha dicho, y se repite todos los días: "los pueblos protestantes progresan más que los católicos: luego en el protestantismo se encuentra el secreto de la ventura pública". Señores: un día Satanás tuvo el atrevimiento de llevar al Hijo de Dios a la cumbre de una montaña, desde donde le mostró las riquezas del mundo. "Todo esto será tuyo, le dijo, si postrándote me adorares". El hecho no necesita de comentarios. En cuanto al valor filosófico del argumento, os diré dos palabras: la lógica lo reputa vicioso, porque se atribuye un efecto a una causa inadecuada, sin más fundamento que el de la coincidencia del efecto y la causa. No se deduce del progreso de las naciones protestantes que el protestantismo sea la religión más conveniente para los pueblos. El error jamás aprovecha; el veneno es inadecuado para alimentar; el hielo no es a propósito para calentar; el puñal no puede dar la vida.

Por lo demás, esta cuestión de progreso es sobrado compleja, para que yo la trate aquí, sin temor de fastidiaros. Básteme indicar que la buena filosofía enseña a tener en cuenta la influencia del lugar, del tiempo, de la índole del pueblo, de las lecciones que han recibido, de los sacudimientos que ha experimentado. Debo prevenir también que, aunque no es condenable el progreso material, no obstante, es preciso no fascinarse con su brillo, sin dejarle absorver toda la actividad de un pueblo. Constrúyase en buena hora máquinas; que, si no sirven para dar más hidalguía al corazón, y un vuelo osado a la inteligencia por los dominios de lo absoluto, el progreso no será del hombre;— será el progreso de la materia; porque escrito está: "el hombre no vive solo de pan".

XII

Señores: un recuerdo doloroso angustia mi corazón en este momento. Voy a traducirlo, para consolarme con vosotros. Hoy, no lejos de nuestras costas, pasan escenas de horror. Sí; hay un pueblo que, con el lenguaje del sufrimiento, proclama, ante la América y el mundo, esta enseñanza consignada en todas las páginas de la historia: "o Catolicismo o barbarie". Allí no se respeta ni los derechos naturales del hombre. El Salvador ha dicho: por sus frutos los conoceréis".
Los que han entronizado a Atila han renegado del Catolicismo. Para que aquel bárbaro no destruyera a Roma, salió a su encuentro León Magno. Era la Religión representada por un Pontífice ilustre. Cuando un pueblo no cuenta con este mediador, Atila, el azote de Dios, no retrocede: entra sin obstáculo; todo lo arrasa, haciendo perecer en un día la civilización, para escribir con cifras de ruinas estas palabras, terribles como la sentencia del juicio final: "O Catolicismo o barbarie".

XIII

Y, a pesar de esas lecciones, oigo todavía el gorjeo de ruiseñores políticos, que predicen un porvenir feliz a mi patria, con tal que se ilustre a las masas, y se las dirija en el ejercicio de sus derechos, para que no malgasten su fuerza, por falta de unidad ¡Ah, señores! Ilustrad en buena hora a las masas; pero no quedeis allí: el hombre no es solo inteligencia, es también corazón: admirable por su entendimiento, es formidable por su voluntad. Decid más bien a los que se exhiben como Redentores del pueblo: "formad su corazón, para que no nos haga adorar sus pasiones; o, lo que es todavía peor, rinda culto a las de sus caudillos". Ahora bien: demasiado lo sabéis: solo la Religión Católica puede formar el corazón; y, para conseguirlo, sus ministros deben ser libres, debe serlo la Iglesia,. Oprimiéndola, encadenándola, no será maestra, ni esclava:— para lo primero, le faltará libertad; para lo segundo, vocación.

¡Bien lo comprendísteis, sombras ilustres de los que fueron nuestros padres, por que nos dieron patria, rubricando con su sangre el código de las libertades del Perú, y legándolo a sus pósteros como el testamento del amor! Sombras de los héroes cristianos! ¿No es cierto que ofrecisteis con placer las palmas de la victoria, al pie de los

altares de Jesús Crucificado? Ah! No os avergoncéis de reconocernos por hijos. Para vosotros la Iglesia y la libertad no eran rivales; y, al espirar, cubiertos de honrosas cicatrices, olvidados quizá por nosotros, la Iglesia recibió los secretos de vuestro corazón, presentó a Dios vuestras almas, y dió piadosa sepultura a vuestros cuerpos. ¡Ojalá que vuestros pósteros tengan la misma gloria!

XIV

Para concluír, diré dos palabras: Si algún peligro serio amenaza nuestra libertad política, es la desunión, la discordia, que la ambición procura entronizar, para abrirse un ancho camino, subir algunas gradas, y coronarse después con laureles salpicados de sangre. Si un poder extraño está sujeto a la tentación de avasallarnos, solo puede confiar, para lograrlo, en nuestras divisiones y rencillas domésticas, que debilitan la fuerza para resistir el empuje de una invasión.— ¿Queréis, señores, ser libres? Pues comenzad por sujetar vuestras pasiones a la razón, y la razón a la ley. Obtendréis este triunfo, si entrais en el maternal regazo de la Iglesia: allí sentiréis una vida nueva, una fuerza y un valor desconocidos, para sacrificaros por esta amada patria, en la que Dios ha querido hacer de nosotros una sola familia, digna, por más de un título, de la admiración del mundo. Sí; está bien que rodeemos el árbol simpático de la libertad; pero pidamos que matice sus hojas el Sol, que Dios encendió en el firmamento de la Iglesia; que ese astro benéfico no cese de dispensarle el calor de que necesita para desarrollarse cada vez más; de modo que, arraigándose profundamente en nuestro suelo, no haya huracán, que pueda arrancarlo del lugar en que fué regado por la sangre de nuestros padres. Séamos libres por el Catolicismo, que ha roto las cadenas de la humanidad que ha salvado las ciencias, que ha inspirado las artes, que ha levantado monumentos de gloria imperecedera!

XV

Atenas y Roma, entre los pueblos antiguos, y Francia, entre los modernos, enseñan, con invencible elocuencia, que el secreto del engrandecimiento de las naciones está en la viveza de sus creencias religiosas.

Atenas fué grande, mientras que adoró al Dios desconocido: cuan-

do sus costumbres se corrompieron, y no supo descifrar la inscripción de su templo, Atenas cayó . . . Ayer, señores, mendigaba un rey entre los príncipes de Europa.

Roma supo elevarse por las letras y por las conquistas: el mundo era suyo; pensaba con su pensamiento; obedecía sus leyes; pero llegó un día en que el pueblo olvidó el camino del templo; y cuando le trocó por el anfiteatro; y cuando dejó enmohecer la espada, que no podía blandir su brazo enervado por los placeres, Roma se hundió... Hoy no existiría, si, al desmoronarse sus monumentos soberbios, no se hubiera colocado sobre ellos la cruz, ese divino para-rayos, que no deja reducir a cenizas las cumbres que le sirven de pedestal.

Francia atravesó dos crisis: el siglo pasado la vió delirar: nunca estuvo allí la libertad más encadenada que cuando se demolieron los altares; porque los altares son el baluarte de la conciencia;—habría sucumbido, si el Aguila, que eclipsó por un momento el Sol de San Luis, no la trajera en el pico los fragmentos de la cruz, que hizo trizas en su locura. Habría sucumbido en la segunda prueba, si la cruz no hubiera permanecido de pié, a pesar de los estremecimientos de la revolución.

Roma y Atenas eran pueblos paganos, y ciertamente no tenían en la Religión el baluarte de la libertad, porque la libertad es verdad, y ellos adoraban el error;—su culto era supersticioso y absurdo;—pero adoraban, y en la adoración hay siempre un principio de verdad: el reconocimiento de un Ser superior: se teme su justicia; se confía en su misericordia. Atenas y Roma no tenían lo suficiente para ser felices; pero la verdad, que alcanzaban, los hacia menos desgraciados. Vosotros tenéis la verdad, porque sois hijos de la Iglesia Católica, cuyo divino orígen confesais: perseverad, pues, en la palabra de Jesús, que asegura entre vosotros el reinado de la verdad, y entonces, como ha dicho el Maestro celestial, la verdad os hará libres.

XVI

Padres de familia: en vuestros hogares se mece la cuna de una nueva generación:—es la esperanza de la patria; pero será su desconsuelo, si vosotros no la ponéis bajo del amparo divino. Sin educación cristiana, vuestros hijos serán el tormento, no el báculo de vuestra vejez; los autores de la ruina, no de la dicha de su patria; porque escri-

to está: *Nisi Dominus oedificaverrit domum in vanum laboraverunt qui oedificant eam.*

XVII

Respetables magistrados: grandes intereses se han confiado a vuestra integridad y a vuestro celo; pero no bastan vuestras facultades, para realizar la obra que se les encomendara. Las tentaciones os circundan; la malicia pone asechanzas a vuestra rectitud; las fuerzas os faltan, para dar cima a vuestros patrióticos proyectos. Nada podéis, si no sois ilustrados por Aquel, de quien viene todo don perfecto. por Aquel, en cuyas manos está la suerte de las Naciones: *Nisi Dominus custodierit civitantem, frustra vigilat qui custodit eam.*

XVIII

Juventud, que te levantas en alas del entusiasmo, y quieres salvar en un día todos los tramos de la escala del progreso: calma tu noble ardor: no sueñes con el Eden sobre la tierra Ay! un ángel le custodia, armado con una espada de fuego. No gustarás, no, del árbol de la vida;—comes el fruto de tus sudores. Marcha pues, sosegada a conquistar para nuestra patria el lauro inmarcesible, que se coge en el campo de la ciencia, en la montaña escarpada, pero amena, de la virutd. Vé siempre ascendiendo, mas sin fatigarte. Mucho te resta que andar: *Vanum est vobis ante lucem surgere; surgite postquem sederitis, qui manducatis panem doloris.* Los tiempos no se anticipan, pero se previenen. Toma fuerzas, esperanza de la patria, para que no desmayes en la senda del sacrificio.

... ...

XIX

¡Oh Dios, Padre de las naciones! Al darnos la libertad, nos honraste, confiándonos un magnífico tesoro. No permitas que le disipemos. Cuando otorgas un don, te reservas el derecho de exigir severa cuenta de su aprovechamiento. Un día juzgarás al Perú, y todos compareceremos delante de tí, para escuchar, temblando, una sentencia de tus labios. Que esa sentencia sea, Padre clemente: "Este pueblo es digno

de la libertad del cielo, porque supo usar de la libertad en la tierra; este pueblo tuvo una misión nobilísima; ha probado la verdad de mi palabra: sus hechos han demostrado que adonde reina mi espíritu, allí mora la libertad".

ASI SEA.

NOTA.

(1)—Epístola de S. Pablo a Timoteo, Cap. I, v. 17.

(2)—La libertad es un poder, otorgado al hombre para obrar el bien. No consiste, como creen algunos, en "la facultad de hacer lo que se quiere", sino en "la facultad de hacer lo que se debe". Es cierto que, en el estado de prueba, el hombre puede extraviarse, y, desgraciadamente, se extravía de una manera libre, siendo, por tanto, responsable de sus malas acciones; pero esto no es afirmar que la esencia de la libertad consiste en elegir el bien o el mal lo que conduciría a más de un absurdo. Siendo, pues, la libertad la facultad de hacer el bien, su plenitud no puede darse, sino por la unión del ser libre con el bien sumo. Y esta unión, que comienza en la tierra, se consuma en el cielo, por la **posesión** de Dios.

(3)—El Espíritu de Dios mora en el seno de la Iglesia; así lo ha prometido su divino Fundador, por estas palabras: "Ecce ego vobiscum sum omnibus diebus, usque ad consunmationem saeculi". (Evangelio de S. Mateo, Cap. XXVIII, v. 20); y por estas otras: "Et ego rogabo Patrem, et alium Paracclitum, dabit vobis, ut maneat vobiscum in aeternum, spiritum veriatum veritatis, quem mundus non potes accipere, quia non videt eum, nec seit eum. Vos antem cognoscetis eum: quia apud vos manebit, et in vobis erit". (Evangelio de S. Juan, Cap. XIV, vv. 16 y 17).

(4)—Evangelio de S. Juan, Cap. VIII, v. 31 y 32.

(5)—Divinae consortes facti nature. (2a. Epístola de S. Pedro, Cap. 1. v. 4).

(6)—Después de un enérgico discurso de Robespierre, la Convención francesa decretó: "Art. 1o. El pueblo francés reconoce la existencia del Ser Supremo y la inmortalidad del alma. Art. 4o. Se instituirá fiestas, para recordar al hombre el pensamiento de la Divinidad y el de la dignidad de su

ser". (Véase Rohrbacher, Histoire de l'Eglise Catholique, Tom. 27, pág. 560).

(7)—El S. D. Juan Francisco de Larriva, poeta peruano.

(8)—El concepto de República envuelve este otro: goce cabal de los derechos políticos, o negación de restricciones en el ejercicio legítimo de esos derechos políticos. Estas restricciones son la represión necesaria, que ejerce la autoridad, de un modo externo, para asegurar la existencia del orden, pero, a medida que las costumbres del pueblo son más puras; es decir, a medida que se observa mejor la ley divina, es también menor la necesidad de buscar garantías de orden interior, por medio de leyes represivas. (Véase sobre el particular el discurso del Marqués de Valdegamas, en el tomo 3o. de sus obras pág. 266).

Ahora bien: los primeros cristianos fueron, a no dudarlo, los mejores, ciudadanos, porque su voluntad se encaminaba al bien, y tenían por represor a su conciencia. No tenían, como nos dice la Escritura, sino "un corazón y una alma". (Hechos de los Apóstoles, Cap. IV, v. 32).

En este sentido puede decirse, con toda verdad, que la Iglesia ha fundado la República cristiana. No porque ella consagre mejor una forma de Gobierno, que otra;—la Iglesia bendice las Monarquías, las Aristocracias y las Repúblicas;—sino porque las virtudes que predica son las únicas, cuya práctica garantiza la existencia de la República.

(9)—En la Epístola de S. Pablo a los Colosenses, se lee esta palabra, a propósito de la regeneración operada en el hombre por el Cristianismo: "Jam non ut servum sed pro Servo Charissimum Fratrem, maxime mihi scytha. Servus et liber: sed Omnia, et in omnibus Christus. (Cap. III. v. 11)

(10)—Onésimo era siervo de Filemón: tal es el sentido de estas palabras: "Juan non ut servum sed pro Servo Charissimum Fratrem, maxime mihi: quanto autem maghis tibi, et in carne, et in Domino? (Cap. único, v. 16).

El Apóstol, después de implorar su perdón, recomendándole como a su propia persona, expresa a Filemón la esperanza que le asiste de que secundará sus votos, y aun hará más en favor de Onésimo (v. 21). La condición de ese esclavo fugitivo varió pues, de tal modo, por la mediación del Apóstol, que, aunque su amo no perdió el derecho a sus servicios, estos se trocaron en dulces y fraternales...

La historia nos ilustra acerca de los resultados de esta Epístola modelo: Filemon dió libertad a Onésimo, y le envió a Roma, para que ayudara al Apóstol S. Pablo; este lo hizo ministro de la Iglesia, y, últimamente, Obispo de Berea en Macedonia. Así, la emancipación del esclavo fué su completa rehabilitación.—Véase la advertencia del P. Scio sobre dicha carta.

CONCILIOS, QUE HAN ALIVIADO LA CONDICION DE LOS ESCLAVOS

Siglos **Concilios.**

IV.—Eliberitano.
V.—Arausicano I.
VI.—Espaonense, Aurelianense, III, IV y V, Matisconense I y II, Toledano III, Agathense, Lugdunense II y Romano.
VII.—Emeritense, Parisiense V, Toledano IV, IX, X, y XI. Rhemense, Lugdunense III, Cabilonense.
IX.—Wormatiense, Vernense II Celichytense.
X.—Confluentino.
XII.—Londinense, Ardamachiense.

PADRES DE LA IGLESIA, QUE HAN TRABAJADO POR EL ALIVIO DE LOS ESCLAVOS

San Ambrosio, en su libro de Oficios, Cap. XV.
San Gregorio, en sus epístolas.

SUMOS PONTIFICES QUE HAN ABOGADO POR LA MISMA CAUSA

Gregorio III, epist. 1 a Bonifacio Arzobispo.
Gelasio, en sus epístolas.
Pío II, en sus letras de 20 de Octubre de 1842.
Paulo III, en sus letras apostólicas de 20 de mayo de 1537.
Urbano VIII. en sus letras de 22 de abril de 1639.
Benedicto XIV, en sus letras de 20 de diciembre de 1741.
Pío VII, que interpuso su mediación con los poderosos, contra el tráfico de negros.
Gregorio XVI, en sus letras de 3 de noviembre de 1839.

Este precioso trabajo de erudición se debe al ilustre Balmes. Véase su obra "El Protestantismo". Tom. I, pág. 463 y siguientes.

(12)—En la nota 10, habrá visto el lector que Onésimo, esclavo de Filemón, y emancipado a ruegos del Apóstol S. Pablo, fué consagrado Obispo de Berea. En algunos de los Concilios, citados en la nota 11, no solo se dictó leyes para mejorar la condición de los esclavos, sino que se permitió consa-

grarlos a la vida monástica, y aun ordenarlos de sacerdotes. Tales son el Concilio Romano, presidido por S. Gregorio I el año de 597, el Toledano IV, celebrado el año 633 el Toledano IX, celebrado el año 655, el Emaritense, celebrado el año 666.—¿En donde estaban los filántropos, que abogan ahora por la libertad y la igualdad, en donde estaban cuando la Iglesia ennoblecía a los esclavos?

(13)—El motivo ostensible de la guerra, que devasta los EE. UU. de la América Septentrional, es un decreto aboliendo la esclavitud, contra el cual protestaron algunos Estados del Sud. Los horrores de esa lucha parece que no tendrán breve término, y las funestas consecuencias morales, que ella engendra, son todavía más sensibles que el atraso material de los Estados beligerantes.

(14)—La "Tregua de Dios" había sido preparada por la "Paz de Dios"; y es innegable que la Iglesia tuvo en ambas la parte más gloriosa. Véase los detalles en Rohrbacher, Histoire Universelle de L'Eglise Catholique, Tom 13, pág. 470 y siguientes. Sismondi, autor poco favorable a la Iglesia Católica, en su Historia de los franceses, tributa al clero el honor, que justamente se le debe, por haber llevado a cabo una institución tan humanitaria.

(15)—"Aceptamos y admiramos la belleza y estabilidad de la Constitución inglesa, y esto, con tanto más gusto, cuanto que es un titulo honorífico para el Catolicismo, que le ha dado ser. Al clero católico principalmente es a quien se debe la **Magna Charta** de Juan sin Tierra. En ella, "el rey prometía no violar los derechos de nadie, restablecer el gobierno y la justicia según las costumbres anglo-sajonas y normandas, no expropiar, encarcelar, desterrar, ni hacer otro daño a persona alguna, sin el juicio de sus pares; no rehusar, diferir, ni vender la justicia: el tribunal no seguirá al rey, sino que se instalará en Westminster, a la vista del pueblo, y los jueces serán hombres versados en la ley. Se reconocerá a las ciudades sus privilegios y libres costumbres, y se las exonerará de muchas cargas. Cada cual podrá entrar y salir libremente, sin temor por su persona o por sus bienes. El rey no exigirá subsidios a sus vasallos, sino cuando haya caído prisionero, o deba armar de caballero a su hijo mayor, o casar a su hija mayor; por lo demás, el alojamiento y los forrajes, que se le debía cuando viajaba, quedan abolidos, no impondrá contribución ni servicio militar sin el consentimiento de los grandes y de los barones. El clero tendrá la libertad de elección, su jurisdicción propia, y la facultad de salir del reino y de apelar al Papa". He aquí la Constitución inglesa tan admirada, tal y como nació, tal y como, en cuanto a lo sustancial, rige hoy todavía. Pero ¿por qué concedió el rey Juan todas estas libertades, en el año 1215? Leed, en el preámbulo

de la **Magna Charta,,** que está escrita en el idioma de Roma católica, para qué fin la otorgó el rey:

Ad honorem Dei et exaltationem sanctae Eclesiae; para honor de Dios y exaltación de la santa Iglesia. Y por consejo de quién? **Per consilium venerabilium Patrum nostrorum Stephani Cantuariensis Archiepiscopi, totius Angliae Primatis et Sanctoe Romanae Ecclesiae Cardinalis, Henrici Dubliniensis Archiepiscopi, Petri Wintoniensis ,Jocelini Bathomiensis et Gladston, Hugonis, Lincolnens, Walteri Wigornens, Willielmi Conventrens, Benedicti Roffens, Episcoporum; et magistri Pandulphi, Domini Papae Subdiaconi et familiaris,** etc. La primera libertad ha sido, pues, Católica: Católica en su orígen, Católica en su fin, Católica en su autor, Católica en sus consejeros, Católica en sus disposiciones, Católica en su lengua. Id a Londres, al **British Musoeum,** para leer allí la **Magna Charta,** y en esa Charta encontraréis a la Iglesia Romana, al **Papa,** a los **Cardenales,** a los **Arzobispos y Obispos.** Compelido por estos últimos, fué que el Rey Juan sin Tierra escribió de Londres: **ut civitas London plene habet antiquas libertates et liberas consuetudines suas tam per aguas, quam per terras.** Notad bien esas **antiquas libertates!** En el siglo décimotercio, Londres era ya Católica, y gozaba hacía mucho tiempo de la libertad! Yo sé bien que los ingleses dicen que la Grande Carta ha sido arrancada al Rey Juan, **extorted from King John;** pero deben confesar que el clero católico es el que ha desempeñado el papel principal en este negocio, y reconocer así que el clero, lejos de amar el despotismo, es partidario de la verdadera libertad". Véase la obra titulada "Rome et Londres" par l'abbe Margotti, pág. 39 y siguientes.

(16)—Quam speciosi pedes evangelizantium pacen, evangelizantium bona. (Epist de S. Pablo a los Romanos, Cap. X. v. 15).

(17)—Qui major est in vobis, fiat sicut minor; et qui precessor est, sicut ministrator. (Evangelio de S. Lucas, Cap. XX II, v. 26).

(18)—Et nunc, reges, intelligite: erudimini, qui judicatis terram. (Psalmo XII, v. 10).

(19)—Véase el Précis de la Histoire Romaine, par l'abbé Drioux, pág. 18.

(20)—Assumpsit eum diabolus in montem excelsum valde: et ostendit ei omnia regna mundi, et gloriam eorum, et dixit ei: Haec omnia tibi dabo, si cadens adoraveris me. (Evangelio de S. Mateo, Cap. IV, vv. 8 y 9).

(21) Non in solo pane vivit homo. (Evangelio de S. Mateo, Cap. IV, v. 4).

(22)—Ex fructibus eorum cognoscetis eos. Evangelio de S. Mateo, Cap. VII, v. 20).

(23)—La mala doctrina siembra la división en los ánimos. "Todo reino

dividido será desolado" ha dicho el Salvador. (Evangelio de S. Mateo, Cap. XII, v. 25). Los que, abandonando la doctrina católica, tratan de propagar la doctrina corruptora del pseudo-liberalismo, trabajan por la destrucción del Perú, y preparan el trono a un invasor.

(24)—Evangelio de S. Juan, Cap. VIII, v. 32.

(25)—Psalmo CXXVI, v. I.

(26)—Epístola del Apóstol Santiago, Cap. I, v. 17.

(28)—Idem, v. 2.

Sermón predicado en la Iglesia Catedral de Lima, el 28 de julio de 1871.-50º aniversario de la independencia del Perú

Justitia elevat gentem: miseros autem facit populos peccatum.

La justicia levanta a la Nación: más el pecado hace miserables a los pueblos—Libro de los proverbios de Salomón.—Cap. XIV. v. 31.

Señores Excmos. e Iltmos.

Señores:

¡Cuán grande aparece Dios, asentado en su trono excelso, inmóvil en su actividad, feliz en su eternidad, fecundo en su omnipotencia, viendo realizarse sus sabios designios por la acción libre del hombre, combinada con la acción de su Providencia adorable que rige y gobierna el Universo!

¡Qué huellas de luz deja, al pasar, en la historia de los acontecimientos humanos; en la historia, cuya tela urde la mano del hombre, y borda El con su infinito poder!

¡Y cuán esplendorosa es su justicia, no solo cuando con mano liberal distribuye los dones de su bondad, sino cuando esa misma ma-

no vibra sobre las frentes manchadas por el crimen o ciñe con inmortal diadema las sienes que ilustra la virtud!

Tipo acabado, sublime atributo aquel, objeto de la eterna adoración del serafín: estático le contempla; y por más que fija en él sus ojos inmortales, ni halla sombra de imperfección, ni descubre límites, ni orillas a ese piélago insondable, que hace desmayar su arrojo sin vencer su constancia.....

He aquí, señores, el ejemplar eterno dado a las naciones para que, levantándose cuanto es dable por su imitación, adquieran la única grandeza sólida, la única envidiable grandeza, que contrasta singularmente con la honda e inefable miseria en que caen los pueblos pecadores: los pueblos que desdicen de sus altos designios, y falsean la noción de lo justo, y olvidan la ley del Señor, y levantan altares a la materia, y... devóralos después su propia corrupción!

Libre Dios a mi Patria de tamaño mal! A mi patria, que El ha hecho tan grande; y que, ahora medio siglo, poseída del sentimiento de su encumbrado destino, rompió varonilmente las ataduras que la ligaban a otro pueblo, para responder por sí sola, ante Dios y los hombres, de su vida, de sus actos, de sus tesoros, de todos los elementos con que la solícita Providencia quiso dotarla en las manifestaciones de su inmenso amor.

Yo quiero recordarla hoy cuánto debe, porque creo firmemente que su gratitud no irá en zaga al beneficio; yo intento mostrarla el camino del engrandecimiento, porque espero que lo recorra sin vacilar, y llegue así a la cumbre en donde mi amor filial quiere verla. Yo deseo, señores, que no salgamos de este lugar santo, sin haber hecho serias reflexiones, sin haber tomado resoluciones eficaces, sin haber propuesto firmes empeños para lo porvenir: la Iglesia lo exije; la patria lo demanda; yo os lo suplico en nombre de la una y de la otra.

Oh Dios de mis padres, único Dios nuestro! Dios del Perú, siempre adorado en sus altares y siempre dispuesto a colmarnos de bienes. Te ruego humildemente que me dispenses una de esas miradas creadoras que haga brotar en el desierto de mi pensamiento, un huerto fecundo, en donde cada alma halle su alimento propio; que mi discurso lo ponga a su alcance; y que, nutridas saludablemente, salgan de aquí dándote gloria, la gloria que a Tí únicamente se debe, oh Rey de los

siglos, inmortal, invisible que todo lo ves, todo lo escrutas, todo lo dispones con infinita sabiduría!

Válgame, para obtener tanto favor, la mediación de la Reyna de las virtudes, a quien invoco, en unión de la Iglesia, espejo de la justicia.

AVE GRATIA PLENA

La justicia que consiste en dar a cada uno lo que le pertenece, es, sin duda, un atributo esencial a la Constitución política de todos los estados.—Sin ella, ni es posible mantener relaciones fáciles y dudaderas entre el poder y los súbditos; ni es posible vivir en paz y honradamente en medio de la gran familia de las naciones, que ha hecho cultas el Evangelio.—No vengo, pues, a recordaros la necesidad de conservar entre nosotros este elemento de vida, que llamaré primordial; porque, sobre ser esto innecesario, puedo decirlo a la faz del Mundo, el Perú, gracias a Dios! ni aspira a poseer el bien ajeno, ni niega a nadie su derecho, ni vacila ante la grandeza de un sacrificio, cuando el sacrificio es necesario para mantener los derechos que le corresponden, para conservar su dignidad, que estima como su propia vida.

No, señores: otro es mi propósito. Cuando el Espíritu Santo ha dicho que "la justicia levanta a la Nación, y el pecado hace miserables a los pueblos", ha contrapuesto los términos justicia y pecado, dándonos así a entender, que habla de la justicia en su acepción más amplia y elevada, de la justicia, sinónimo de virtud o perfección del espíritu.

Esto es decir "que una Nación será grande, cuando los que la forman practican las virtudes y que, por el contrario, será miserable, cuando la virtud ande escasa, y abunde el pecado entre sus miembros".

He aqui el pensamiento que me propongo desenvolver, contando con vuestra benévola atención. Habéis venido a buscar las inspiraciones de la Religión, señores; y ella responde francamente a vuestro noble deseo. Dignaos escucharme.

Tres son las condiciones necesarias para la existencia y el engrandecimiento de una Nación. La primera es la unidad, sin la cual no hay perfección posible, porque no hay existencia permanente: si las partes no se mantienen unidas, es imposible la existencia del todo;

si la verdad, no reposa sobre la unidad, no hay belleza, y sin belleza no hay perfección. La segunda es el orden, que consiste en la sujeción de lo inferior a lo superior, de lo relativo a lo absoluto, de lo particular a lo general: sin esta sujeción, la existencia es precaria, la disolución es inminente. La tercera es el sacrificio, que es la generosa privación de ciertos bienes para alcanzar otros de mayor valía: sin el sacrificio es imposible la grandeza, que, en la condición actual de la humanidad, tiene que ser una conquista, resultado de un esfuerzo que la eleve sobre sí propia y la acerque a su remoto y necesario fin.

Unidad, esto es, fuerza, vida; orden, esto es, dirección de la fuerza, elevación de la vida; hé aquí, señores, lo que vamos a contemplar para descubrir el secreto de la ventura que anhelamos.

La unidad de pensamiento y de querer es, sin duda, una condición esencial para la vida de toda asociación. Aunque su existencia haya de limitarse por breve espacio de tiempo; por más que sea obvia la consecución de su fin; por abundantes que sean los elementos con que cuenta para alcanzarlos, sin unidad, señores, no hay fuerza; porque todas las fuerzas vivas se destruyen cuando no llevan la misma dirección; se malogran en lucha estéril, cuando no desastrosa. Por falta de unidad, desaparecen las familias más conspícuas, se pierden las mejores empresas, abísmanse las naciones más florecientes.

El Salvador del Mnndo ha dicho: "Todo reino dividido contra sí mismo será desolado"...

¿Por qué reconocen todos la necesidad del genio para dar cima a las grandes empresas? Lo sabéis, señores: el genio es sintético: reune en su vasta mirada los rayos de luz que el análisis hace brotar; forma de ellos un haz, los lleva en su diestra, cual luciente antorcha que ilumina la oscura sombra del porvenir. El genio, vigoroso como es, subyuga las voluntades, las ata con áureos lazos, para hacerlas servir a su altísimo destino. El genio tiende a la unidad.

Pero la unidad supone elementos homogéneos; en donde no los hay, habrá unión, nunca unidad. La unidad moral supone, pues, la homogeneidad de voluntades, que la Escritura Santa expresa con una palabra sencilla y elocuente. *"Cor unum et anima una"*: un solo corazón y una sola alma.

Y, ¿en dónde hallaremos esta unidad fuera de la virtud? Cuando ella no triunfa, reinan las pasiones, esos tiranos del corazón, que se

disputan su imperio, hasta que prevalece la más fuerte.

Suponed ahora las voluntades de todos los que forman una unidad política divididas por la ambición, la avaricia, la sensualidad, la pereza, la soberbia ... y, decidme cuál es el vínculo que puede unir a los que separan intereses tan encontrados; decidme cuál es la palabra creadora que, como otro *fiat lux*, iluminará el caos, establecerá el órden, y hará brotar por doquiera la vida, la abundancia, la felicidad. . . .

Ah, señores! Esa palabra yo la conozco, y vosotros la conocéis también: virtud, la virtud, la justicia completa, que consiste en vencerse a sí propio, empleando una fuerza venida de lo alto, para dar a Dios lo que le pertenece, obedeciendo sus preceptos, y a los hombres lo que les toca, amándolos como nosotros mismos, amando a la patria que es la humanidad más próxima, procurando su bienestar que es el nuestro, su felicidad y su engrandecimiento, que son nuestros engrandecimiento y felicidad.—Contamos felizmente para ello con la unidad de creencias religiosas que, haciendo uno el pensamiento, hacen que uno sea el querer, una la acción.

¿Que os dire ahora del órden, de ese otro elemento indispensable para la vida de las naciones? El órden no existe, señores, en donde no se obedece la ley, en donde se conculcan los fueros de la autoridad o poder público. No basta conocer la santidad de la ley, es necesario que la voluntad se someta a su imperio, que las acciones humanas no se desvíen de su sendero recto y estrecho.

¿Que es la ley para un pueblo sin virtudes? Constante ludibrio de sus pasiones. piedra de tropiezo en su camino, débil muro, combatido constantemente por el oleaje de voluntades aviesas, que, al fin, la vencen, la derriban, y todo lo inundan para destruírlo todo. Las leyes, señores, son la expresión de las buenas costumbres, de las nobles tradiciones de los pueblos; su fuerza estriba en el sentimiento de justicia, gravado en el corazón del hombre por la mano invisible del Criador o, si no, letra muerta, útil solo para encabezar el proceso histórico de una nación; tal vez acusación fiscal en el juicio tremendo, que la humanidad tiene que seguir a los pueblos pervertidos y prevaricadores. Aún las leyes penales, robustecidas por una sanción aterradora, pueden eludirse por la malicia del hombre; y sirven de muy poco, cuando el rugir de las pasiones ensordece la conciencia, cuando su soplo tempestuoso, apaga la débil luz que la razón proyecta sobre la

voluntad. La elevación progresiva de las cifras de la estadística criminal, apesar de la existencia de fuertes leyes penales, nos convence de la ineficacia de esas leyes, cuando la sociedad es presa de la corrupción Pueblo hay señores en donde se intentó abolir la palabra *crimen;* no ciertamente porque careciese de objeto, sino porque hal ábase extraviado el sentido moral que debía valorizarla.

Un ilustre publicista completaría este cuadro, diciéndonos que no hay sino dos represiones posibles para el individuo como para las sociedades: estas son, la represión interna o moral, y la represión externa o física; y se hallan en tal relación, que cuando una sube desciende la otra, de modo que la represión externa llega a ser innecesaria cuando la virtud impera sobre la voluntad y tiene, por el contrario, que subir hasta la tiranía, cuando aquella pierde su suave influjo. Oh virtud oh ley, señores; a mayor virtud, leyes más suaves, casi directivas tan solo de las fuerzas sociales. De otro modo, leyes duras, penas muy severas, estrecho por demás el campo de la libertad. Esto es inevitable, pero aún así no se salvan los pueblos: por qué ¿cuánto significará el poder publico, cuando las voluntades estén pervertidas; cuando la virtud deja caer su precioso cetro en el lodo, y el pecado pasee el suyo ignominioso sobre las frentes que ha hecho inclinar? Cuando la autoridad de Dios no sea acatada por la observancia de sus preceptos, no hay otra autoridad que la del verdugo, cuyos dominios son los dominios de la muerte. No hace un siglo todavía que la humanidad pudo convencerse de ello.—En una página de luto, escribió la historia con letras de sangre, la fecha nefanda de la decadencia del reino de San Luis.—Y así debía ser, señores; porque ¿cuál será el culto que se dé a la autoridad humana, reflejo solo de la divina autoridad, cuando se comienza por negar a ésta, y ofrecer a la criatura el tributo de adoración que a solo Dios corresponde? Podrá nunca un débil rayo de luz y de calor vivificar el mundo sino alcanza a darle vida el astro radioso que hace rodar su carro de fuego en el firmamento? Resumamos, señores: sin virtudes en el pueblo, no es dable el respeto a la ley, la obediencia a la autoridad; no hay por tanto órden social, no hay vida, no hay grandeza ni elevación posible para las naciones.

Réstame hablaros del sacrificio. Nobilísima palabra, comprendida expresión de la humana dignidad! Pero palabra incomprensible para el egoista, que no mira nada más elevado que su personalidad mezqui-

na. ¿Cómo ha de levantarse a esas regiones inmortales de lo grande, de lo bello, de lo sublime, para formar la heróica resolución de negarse enteramente así propio, cediendo el don de que se prive en beneficio de muchos, que le deberán la paz, el honor la grandeza, la vida No, jamás comprendió su estrecha mente los dilatados horizontes del sacrificio; jamás sintió su frío corazón esa ardiente llamarada, cuyo calor vital, dilatando sus fibras, hiciéranle capaz de encerrar en sí, no solo una familia, no solo un pueblo, sino la humanidad entera. Más que de virtud común, de excelsa virtud se ha menester para anonadar el yo, y vivir solo para otros, y morir, si necesario fuere, para que otras vivan. Para que otros vivan, he dicho, pues tal es el carácter distintivo del sacrificio que no consiste en el hecho de la inmolación sino en la generosidad del que se inmola, y no mira el yo; de otro modo, el sacrificio sería estéril, porque se circunscribiría al bien propio.

Pedid, señores, al ciudadano sin virtudes que limite el ejercicio de sus derechos naturales para afianzar el órden social; rogadle alguna vez que ceda de su derecho para conciliar la paz pública; pretended siquiera que aplace la reivindicación de sus derechos vulnerados, para que no se infame ante los estraños el inmaculado nombre de la patria. Pedis lo imposible! Ante las exigencias del yo, todo tiene que sucumbir; y si no es una personalidad sola aquella cuyo generoso concurso demanda el bien común; sí, como es natural, la necesidad se refiere a la mayor parte o a la totalidad de los asociados, yo digo que si carecen de virtudes, no les habléis de sacrificio. Quien no sabe sacrificar en aras de su propia eterna dicha, ¿cómo lo haría en aras de la ajena temporal prosperidad? No, señores; entonces buscad más bien un extenso sudario para cubrir el venerando cadáver de la patria; y escribid con lágrimas sobre su loza fúnebre: "faltó la virtud, faltó el sacrificio". . .

No se dirá de tí eso, oh patria mía! Porque, si después de la media centuria que va corrida desde tu emancipación política, alguno pudiera olvidar los nobles sacrificios de los próceres que se inmolaron para darte vida, si el árbol q' ellos regaran con su sangre pereciera marchito por la inclemencia de los tiempos, hace un lustro apenas que se engalana con nuevos retoños ese árbol ya medio secular. Míralo a la radiosa luz del sol de Mayo! . . .¡Ah qué hermosa rama de laurel para tu frente; sobre ella descanza, formándole una guirnalda imperecedera. . . .Mas . . . .contempla y llora. ¿Qué veo Dios mío! Apenas disi-

pado el humo del combate .... cuerpos mutilados, calcinados cadáveres, centenares de heridos cuyos lamentos rasgan el aire y destrozan el corazón . . . Tanta gloria cuesta un inmenso sacrificio. La fé y el amor se dieran cita para ofrecerlo, y el Perú alzó su estatura alternando una vez más con los pueblos esforzados de la tierra.

Tu viste entonces, oh Lima, tus templos abiertos, abiertos los tabernáculos del Dios de las virtudes; y acudiste presurosa a arrodillarte delante de esos asilos de esperanza y de amor; guiada por tus sacerdotes, elevaste una oración ardiente, que subió con el inciencio a llenar las copas de oro que los ángeles presentaron al Dios de los ejércitos. Sobre el pecho de nuestros bravos descanzaba un símbolo de la Religión; muchos de ellos se cubrieron con la hoja frágil, de nuestro digno Pastor; doblaron la rodilla para recibir, quizá por la última vez, el perdón de sus culpas que los sacerdotes les dieran en el campo mismo del valor; y después, como leones, se lanzaron a combatir por esta patria, que la Religión les enseñó a amar más que a su vida Tanta fé era digna de premio; y Dios nos le otorgó, dejando caer sobre las nuestras la palma del triunfo.

Que no pierda su verdor, señores: plantada en nuestro corazón, como en terreno fértil por la savia de la virtud, ella crecerá para dar sombra a las generaciones que nos sucedan; bajo de ella se asentarán, para bendecir a Dios en nuestras solemnidades y para conservar estas tradiciones de gloria.

Abramos ahora, señores, el libro de los destinos humanos.

En su primera página hay un paraíso, más rico por las virtudes que por los dones de la naturaleza; más grande por el dominio que allí ejerce la noble voluntad del hombre, que por la abundancia y variedad de sus demás tesoros. Hay uno, sin embargo, al que todos sirven de pedestal —Es la original justicia de aquellos dos seres, que encierran en sus entrañas el porvenir del mundo. Admíranle los ángeles, y Dios hace de él objeto de su camplacencia. Pero ay! señores: el aliento emponzoñado de la serpiente ha manchado la frente de Eva, refléjase la ignominia sobre la frente de Adan; rásgase la vestidura inconsútil de la inocencia, huye la justicia, tiembla la tierra y las plantas de nuestros progenitores van a posar sobre un manojo de espinas, que les anuncian su empobrecimiento, que es el nuestro, su miseria que es nuestra miseria.—En ellas se compendia la historia del género humano: si la justicia los había levantado tan alto, el pecado hízolos perpétuamente miserables.

Corrieron los tiempos, y poblaron la tierra los descendientes de aquella desgraciada estirpe. Se multiplicaron, es verdad, prometiendo ser tan numerosos que en breve poblaron el Universo; y adelantaron tanto en las artes, que fácilmente acudían a todas las necesidades de la vida. Grandes se estimaban por su número, por sus riquezas y por sus fuerzas; más, olvidáronse de Dios, que es el único grande, y dieron culto a las pasiones, y toda carne corrompió sus caminos, y las cataratas del cielo se abrieron, y los mares, y los ríos, y las fuentes desbordaron para lavar tanta iniquidad, para cubrir con sus aguas, a los ojos del Altísimo, el nefando espectáculo que le hiciera prorrumpir en esta queja tan misteriosa como aterradora. *Perritet me fecisse hominem.*

Entonces no los salvó el número, por que escrito está "has multiplicado las gentes, pero no has engrandecido la alegría", no les salvaron las riquezas pues se ha dicho: "solo es bienaventurado el pueblo que tiene al Señor por su Dios"; no les salvó la fuerza, por que "solo Dios es fuerte;" y las débiles fuerzas de los náufragos, tuvieron que sucumbir, luchando con altísimas montañas de agua, que excedieron en quince codos los montes más altos. Y sobre el vasto osario, los ministros de la justicia divina escribieron, con letras de fuego: "el pecado hace miserables a los pueblos".

Mas no fué la única sentencia fulminada por el cielo sobre los pueblos prevaricadores.

Hermosa Pentápolis desaparecida súbitamente bajo una lluvia de fuego y de azufre, enviada por la indignación de Dios; pueblo de Israel, que, peregrinando cuarenta años por el dseierto, no alcanzaste a poseer la tierra de la promesa; Pompeya y Herculano, sorprendidas en medio de vuestra orgía por el ejemplar castigo, que ha hecho célebres vuestros nombres; poderosos imperios de Oriente y Occidente, que aprisionabais el sol en vuestros dominios, y cuya irreparable ruina alumbra hoy el mismo astro que vió pasar vuestra grandeza; venid, atestiguad a mi auditorio, con la invencible elocuencia de los hechos, que el pecado decidió vuestros destinos, y que vuestra decadencia comenzó el día en que avergonzáseis a la justicia, el día en que la justicia lloró sobre vosotros esas lágrimas que sellan la desgracia de las naciones.

Pero ¿a qué evocar sombras casi perdidas en el Panteón de la historia? Volvamos mejor, señores, los ojos a nuestros tiempos, que hartas lecciones ofrecen a los que quieran entenderlas.

Yo ví un pueblo, crecido por su número, preponderante por sus artes e industrias, distinguido por su cultura, pujante por su fuerza, rico por sus tesoros, claro por su inteligencia, heroico por su valor, grande por sus tradiciones, por su patriotismo admirable, dominador por su actividad, noble por su sed de gloria, de muchos pueblos rival, y, por doquiera, propagador de sus ideas, que, a pesar de todas las prevenciones, justas o apasionadas, abríanse paso, avanzaban y triunfaban, llevando así el cetro de su dominio moral a los confines más remotos del Orbe. Sus errores como sus aciertos, sus vicios como sus virtudes, imponíanse en todos los climas en donde se hablaba su lengua, en donde flameaba su estandarte. De él podía decirse lo que de Roma antigua: "imponía su pensamiento y la forma de su pensamiento" y atraía con irresistible encanto, a su hechicera Capital, Babilonia de estos tiempos por la grandeza y la corrupción, atraía digo, en señaladas y recientes épocas, no solo a los artistas, a los literatos, a los guerreros y a los políticos, sino a los monarcas mismos, que uncidos al carro de su pacífico triunfo, iban a solemnizarlo admirando los portentos de su genio.

Yo le contemplé en la embriaguez de su gloria! . . .Creíase tan grande, que solo buscaba el segundo entre los grandes de la tierra. De su mano estaba pendiente la suerte de un mundo, que se inclinaba para ejecutar sus consejos. Tenía encadenada la rueda móvil de la fortuna, y había celebrado un pacto eterno con la prosperidad. . . .

Pero . . . ay! señores, aún se oyen las voces que pregonan su triste desventura: ha rodado en el polvo y la sangre la estatua de Nobucodonosor; sus pies de barro no podían sostener la pesada mole que los oprimía; una civilización fundada sobre la materia desplómase así, así sucumbe, señores, porque los cuerpos que el espíritu no anima, cadáveres son que la corrupción reclama como su legítima conquista.

Ese pueblo tan grande. . .Un ejército formidable ha vencido al suyo en cien combates, su caudillo y sus mejores huestes arrastrados a un cautiverio ingnominioso. Ese pueblo arrogante ha suscrito duras condiciones de paz ha visto desvastadas sus más fértiles comarcas, agotados sus cuantiosos tesoros, ha perdido a torrentes su sangre más pura, estéril, sin embargo, para darle un triunfo. Sus antiguas conquistas, ya no son. Yace abatido, con abatimiento profundo, doloroso, lleno de misterio. De misterio, sí, de pavoroso misterio!

¿Buscáis luz para disipar sus sombras? Para distinguir en esa

torva oscuridad el principio de tantas desgracias, el ajente poderoso de la destrucción? El agente, señores, por que el ejército vencedor no es sino un instrumento de exterminio. Pues mirad! Ya no hay invasores, y, al rojizo resplandor de los incendios, se vé la destrucción de la gran Ciudad; ya no hay enemigos, y no cesa el ruido de la fusilería y el estampido del cañón: fuego, sí, fuego purificador se necesita para borrar las huellas inmundas que la prostitución ha dejado en sus calles y hasta . . .en sus templos, fuego, sí, fuego encendido por la indignación divina, para secar esos charcos de sangre inocente, de sangre de sacerdotes y de vírgenes, vertida por los sacrílegos en la hora de su demencia No saben ellos que ciegamente sirven al cielo: él abre sus puertas para recibir a los mártires, y acepta grato el aroma del holocausto, que ha hecho necesario la ley indeclinable de expiación! Nosotros la desciframos allí, escrita con indelebles caracteres sobre las humeantes ruinas. Leemos en el muro sombrío de la sala del festín, la terrible sentencia que una mano invisible escribió, y que Daniel, Profeta del Señor, ha declarado: *Mane*: Dios ha numerado tu reino, y le ha puesto término: *Thecel*: has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falto; *Phares*: dividido ha sido tu reino, y se ha dado a los Medos y a los Persas.

Terrible, oh Dios mío! ha sido tu justicia. Baltazar ya no es: una noche ha decidido de su gloria. Pero ¿te acordarás, Señor de Israel? "Tu justicia altísima como los montes de Dios, tus juicios inescruta-"bles como un abismo profundo. Señor en el cielo tu misericordia y "tu verdad hasta las nubes. Mas, los hijos de los hombres a la som-"bra de tus alas esperarán".

Aprende, oh patria mía. Aprende y conserva en la memoria de tu corazón estos consejos del Señor. Si Él te ha hecho surcar, con próspera fortuna, el proceloso mar de la vida pública, es porque la brújula de tu barquilla está imantada por le fe; porque llevas el ancla de la esperanza; por que navegas a favor de la suave brisa de la caridad; por que ondea en tus mástiles el pabellón sagrado de la Religión; los rayos del cielo se descomponen cuando se le acercan; y, tras de una lluvia de beneficios, dibújase en tus horizontes el arco iris de la paz.

Sé grata a quien te dispensa tanto bien. Has adoptado para vivir la más peligrosa de las formas políticas. Consérvala, sostenla por el brazo robusto de la Religión. Si hasta hoy la disolución no te aflije, ni amenaza; si tu organización frágil ha resistido la influencia pesti-

lencial de las malas doctrinas; si has podido mantener unidas razas tan diversas y sumisas, inteligencias tan incultas; si has podido tener a raya pasiones tan vigorosas, lo debes a la Religión que meció su cuna, y de la cual no intentaste emanciparte al sacudir al yugo de extraña dominación. Solo esa Religión es vínculo fuerte y universal, que ata las voluntades, y conserva, por la unidad de creencias, la unidad de pensamiento y de acción en la sociedad y en la familia; sólo ella es almácigo de virtudes, y su más bello fruto el órden que hace reinar en las asociaciones y en los individuos; solo ella es fuerte coraza contra la corrupción de las costumbres, solo ella sabe levantar las almas hasta el sacrificio heroico, ofreciéndolas un premio imperecedero en las regiones de la verdadera inmortalidad. Con ella, "la justicia levanta a la Nación; sin ella, el pecado hace miserables a los pueblos".

Así lo habéis comprendido, ilustre ciudadano, que presidís hoy los destinos del Perú. Que Dios os bendiga y corone vuestros trabajos, para que al retiraros de la vida pública, no solo disfrutéis de "la gloria que dá el testimonio de una buena conciencia", sino también de la inefable satisfacción de haber sentado, durante vuestro Gobierno, un precedente de vital importancia para esta Nación jóven: esto es, "que la Religión y la ventura pública no se excluyen; que el progreso verdadero se anima con el Cristianismo".

¡Oh Dios grande siempre admirable en tus obras, digno de bendición por tu grandeza! Al colocarnos sobre un punto de la tierra para que labremos nuestra futura dicha, has creado delicados y fuertes vínculos entre nosotros y esta que llamamos patria. Dispusiste también que viviésemos en una atmósfera divina, en la Iglesia Católica, noble patria de las almas desterradas. Tu nos has dado estas dos patrias y es admirable esta obra de tus manos. Otórganos, pues, que amando a la patria que nos sostiene, seamos fieles hijos de la patria que nos vivifica, para que saliendo algún día de los límites de la una y de la otra, merezcamos reinar contigo en la patria de la eterna luz.

Asi sea.

Discurso pronunciado en la Sociedad Peruana de la Cruz Roja : - : - : - : - :

Respetables damas,

Distinguidos caballeros:

Llamado yo, hace poco tiempo, a suceder en el honroso cargo de Presidente de la Sociedad peruana de la "Cruz Roja" al Magistrado, que da realce a la toga con los lauros del catedrático, del jurisconsulto y del estadista; no me atreviera ciertamente a ocupar el asiento, que él dejaba despues de haberlo ennoblecido por tantos buenos servicios dispensados desde ahí al herido, al enfermo, al desheredado de hogar y de lecho; no atreviérame, repito, a dirigir las importantes labores de esta benéfica institución, si no hubiera de traducirse como desvío imperdonable el rehusar un puesto, que debí solamente a la benevolencia de mis dignos colegas, a quienes no podía tributar más elocuente hacimiento de gracias, que el someterme a su decisión, probándoles con mi esfuerzo que, si me faltan las dotes, que su generosa confianza mereciera hallar en mí, no me falta, gracias a Dios! el convencimiento de mi insuficiencia, el anhelo de sobreponerme a todo obstáculo vencible y la resolución de consagrarme al triunfo del caritativo propósito, alma y vida de esta noble asociación;—al par que me asiste la esperanza de hallar en los sabios consejos, en la acción eficaz, en la experién-

cia, en la unidad de miras, en el levantado espíritu e indeficiente entusiasmo de mis estimabilísimos consocios cuanto hemos menester, bajo la protección de Dios, para dar cima a la alta empresa, cuyo porvenir me prometo delinearos, así, a grandes rasgos: por que ni he de abusar de vuestra condescendencia para escucharme, ni he de silenciar tampoco lo que puede ser estímulo a vuestras simpatías y a vuestro patrocinio;—lo que ha de crear, en torno vuestro, una atmósfera de salud, un aire vital, que favorezca vuestro desarrollo, y nos haga adquirir robustez, vigor, fuerza irresistible para escalar la inconmensurable altura en dónde quiero, en dónde quereis, en donde queremos todos ver asentada la "Cruz Roja".

Los sentimientos de humanidad, el sentimiento de la caridad cristiana, que enaltece aquellos, depurándolos y dilatándolos; y el amor pátrio que ciñe unos y otros, cual graciosísimo lazo rojo y blanco ataría perfumadas rosas de la tierra y del cielo, todo, todo, señores, nos demanda un esfuerzo magnánimo dentro de breves días, hoy, un propósito elevado, y, en estos momentos una atención séria y reflexiva.

Me doy licencia de pedírosla, y me lisonjea la convicción de que no os arrepentiréis de habérmela otorgado.

I

La "Cruz Roja", señores, bien lo sabeis nació en la cima del Calvario ahora 19 siglos. Antes, patíbulo infame en donde expiaba el crimen su osadía, llegó la vez de que sirviera de altar a una víctima inocente, que la esmaltó con su sangre voluntariamente ofrecida por la expiación de todos los culpables; y, como era un Hombre-Dios el que así vertía el jugo de sus venas y hasta los últimos jugos de su corazón, la Cruz quedó desde entonces transfigurada, e irradiado eternamente los célicos resplandores que iluminaron solo un instante la cumbre altísima del Thabor.—Sobre la inscripción que mandó poner en su frente un Gobernador de la Judea, grabó otra, más consoladora y fecunda, la palabra del que murió en ella.—Profetizó que, cuando fuera entronizado en ese trono de ignominia y de dolores, "todo lo atraería hácia El".—Y esa dulcísima promesa es la que veis realizada en la institución cristiana, a quien aun los habitantes del Japón, idólatras hoy mismo, llaman con respeto la "Cruz Roja", al par que deco-

ran con este sagrado símbolo el estandarte y el sello de tan humanitaria sociedad, arraigada en una de sus más importantes ciudades.

Bien ha tardado, no obstante, la divina Cruz en abrirse paso a través de los siglos.—Densas nubes, cargadas de humo y de vapor de sangre, no pocas veces mezclados con lágrimas, le oponían una brutal resistencia; sí, *brutal,* señores, con perdón de vuestros cultos oidos: "ha llegado el tiempo de hablar", como dice el sagrado libro, y razon nos asiste de sobra para maravillarnos de que la Cruz, vencedora de la Muerte y del Infierno, y que extendía sus brazos sobre el mundo redimido, y era el compendioso simbolo de las sociedades cristianas, y brillaba con honor en las coronas de los Reyes y de los Emperadores, despues que, a imitación del Redentor, subieron a ella tantos mártires para tender desde ahí sus brazos al cielo; para asombrarnos, repito, de que sólo a la segunda mitad del siglo XIX haya sido dado el contemplarla sirviendo de baluarte al pecho del herido y del enfermo, e interponiéndose, majestuosa, entre el combatiente vencedor, ciego de rabia, y el caído inerme, próximo a ser víctima de la ferocidad de aquel.

Como el diminuto grano de arena, que pone límite en las playas a las hinchadas olas de la mar, y le dice calladamente, en nombre del Criador de todas las cosas: "hasta aquí vendrás, y de aquí no pasarás, y quebrarás tu ímpetu", así la "Cruz Roja", sin ejércitos, sin armas sin ese formidable aparato que despliegan las Naciones en los campos de batalla, detiene, no obstante, la arrebatada marcha de las huestes vencedoras, para la carrera amenazante de los ginetes, desvía el rodar de los cañones aún candentes, por que no atropellen al herido que protege su blanca tienda, cual paloma celestial que abate su vuelo para cobijar bajo de sus alas cándidas un nido, al que da calor su caridad indeficiente.—Una cruz roja, que flamea en modesto estandarte ha transformado extenso rádio, poco antes campo de horror, y destrucción, y muerte, en santuario venerado, cuyos improvisados muros de frágil tela son más impenetrables al proyectil devastador que el granito de las fortalezas.

¡Gloria a Dios, señores, que ha mandado los corazones, y les ha hecho sentir el dulce afecto de la compasión, que no anda no, reñida con la bizarría, con el valor heroico del guerrero! ¡Honor a la Suiza, cuya iniciativa dió forma al sentimiento generoso, ya manifestado en otras Naciones, y que llegó a obtener de los pueblos y de los gobiernos que hicieran práctico este canon del derecho interna-

cional: "que la violencia de las armas solo ha de emplearse contra el enemigo en pié y apercibido a provocarla, o resistirla; mas nunca contra el hombre inofensivo e incapacitado para defenderse".

Los pueblos cultos reconocían de grado este principio: empero, en la práctica, desmentían la enseñanza de sus academias y de sus jurisconsultos.— Sólo en el año 1864 comenzaron a aceptar *oficialmente*, como suele decirse, aquella doctrina enaltecedora, que resplandecerá en la historia de nuestro siglo como una página de honor sobre muchas otras, ilustradas por descubrimientos científicos e industriales, cuya importancia estamos lejos de negar. Mas ¿qué significaban todos nuestros adelantos morales y físicos, si podía decirse siempre con justicia, hablando de la fuerza *homo homini lupus?* ¿El hombre es lobo devorador para el hombre?

Verguenza, rubor que anonada y abofetea el rostro, causa señores, el recordar lo que era la guerra hasta la primera mitad del presente siglo.—Y no se diga que me dejo arrebatar por un sentimentalismo exagerado, que extravia la razón y es impropio del respetable auditorio que me favorece con su atención benévola.

No, señores, a fé! Descorramos por un momento el velo que cubre lo pasado, y presenciaremos el deguello de centenares de heridos, que yacen, por ejemplo, en los campos d la Turquía Asiática. o en otro lugar remoto a las máximas de la Religión cristiana. ¿No es cierto que se apodera de vuestro ánimo una indignación sin nombre, que decis a media voz imposible? y aun comenzais a sentir que fermenta en vuestros pechos inusitado rencor, impropio de vuestro dulce carácter, sí rencor, no contra el soldado que asesina al herido, sino contra el indiscreto que viene a poner delante de vuestros ojos semejante cuadro de horror. Pues bien! tengo el sentimiento de afirmar que ese cuadro se reproducirá en todo combate, en donde por desdicha de los vencidos no se alce el estandarte protector de la "Cruz Roja"; y aun debo añadir que las víctimas que no hiciera la ebriedad del vencedor, sediento de sangre en esos momentos en que se apagan las luces de la razón y callan las voces del sentimiento humano, las haría la falta de socorro oportuno a los heridos, que perecen en gran número por desangre, por inanición, o por la intemperie.

Me bastará deciros que en estudio concienzudo de las desgracias consiguientes a la batalla de Solferino (*Un souvenir de Solferino,*) por Mr. Henri Dunant, citado en la pág. 3a. del Memorial de la Cruz

Roja), ha sido el bendito orígen del movimiento saludable, que ha humanizado la guerra, y hace maldecir hoy, en nombre de la cultura cristiana, lo que sucedía no ha mucho, y se reputaba como mal necesario, contra el cual no había derecho, ni posibilidad de protestar.

Felicitémonos, señores, de esta conquista de los sentimientos humanos, que van empujando la barbárie hácia los últimos rincones del mundo, como lo hace la cultura política con los pueblos nómades, que recalcitran contra el órden civil; como acontece con las fieras, que invadian el terreno de las que hoy son ciudades populosas en el viejo y nuevo mundo; de las fieras, a quienes ha confinado a los bosques el rey de la Creación, así destinado, así desterrado del paraíso, pero que guarda aun el recuerdo de su noble orígen y de su alto destino.

Hoy las Naciones creerían faltar a su dignidad, si descuidasen el fomento de la institución de la "Cruz Roja", cuya acción benéfica han podido estudiar en los campos de batalla, en los hospitales de sangre, en los inválidos por consecuencia de la guerra, en los honores a los restos venerados de sus muertos en campaña, en el socorro a las viudas y a los huérfanos de las víctimas del amor pátrio, en las calamidades públicas; en una palabra, doquiera que se le presenta una ocasión favorable para desplegar su acción, para llenar los deberes que le impone la misión de Caridad, que ha aceptado con gozo, y que cumple en nombre de la grandeza humana, de la alteza de la religión cristiana y de la dignidad de la patria que la sustenta.

Aunque el Perú no fué de los primeros en suscribir el pacto internacional de Ginebra, que firmaron otras Naciones en el año de 1864, no obstante, podemos felicitarnos de que no haya sido de los últimos, y que goce ya de una antigüedad relativa entre otros pueblos, que se han adherido después que él a ese pacto humanitario. En 1879, amenazado por una guerra, cuyas consecuencias no preveía, se apresuró a hacer las gestiones que reputó indispensables para que los heridos y enfermos de su ejército y marina asi como sus cuerpos de ambulancia, tanto civiles como militares, gozasen del fuero que ese pacto confiere, y como los otros beligerantes, aliados o rivales del Perú en esa época, suscribieron el mismo pacto, tuvimos el inefable consuelo de reducir cuanto lo permitieron nuestros improvisados recursos, la cifra harto lamentable de los enfermos y heridos condenados a sucumbir por falta de asistencia. Grandes esfuerzos hicimos entonces por que nuestros cuerpos de ambulancia satisfacieran todas las necesidades; mas estuvimos lejos de conseguir totalmente

el fin anhelado, por falta de medios suficientes: —todo ello debido a las imperfecciones que la improvisación trae consigo, entre otras la falta de número suficiente de hombres y de elementos materiales.—Mucho pudo la buena voluntad, mas no pudo cuanto era necesario; y a riesgo de herir vuestros corazones compasivos tengo que referiros lo que me ha trasmitido el abnegado Comandante de las Ambulancias Civiles, que asistieron a la batalla de Miraflores—El señor D. José Ignacio Alván, que fué uno de los fundadores de esta hermosa institución entre nosotros, y prestó tan constantes y abnegados servicios desde que se abrió la campaña de 1879, ha encontrado señores en el campo de los muertos un cadáver a cuyo lado estaba un papel escrito con la sangre del herido—En el dejaba su testamento: "Muero, decía, por que no tengo quien me socorra."

Ante la elocuencia desgarradora de ese hecho, que, por desgracia, no podemos presumir que fuese único, yo callo, señores........ y solo me atrevo a preguntaros si, previendo su posible repetición, no os hallais dispuestos a evitarla, por mucho que ello nos costara.

Conozco la respuesta, aun ántes de que la formuleis; y, apoyándome en ella, os repito lo que ya tengo dicho en uno de los Boletines de la "Cruz Roja".

No improvisemos ambulancias en el momento de la guerra. Preparémos desde ahora *cuadros* que puedan servir el día del conflicto para organizar cuerpos tan numerosos como fuere necesario—Unos pocos individuos, bien disciplinados ahora, darán entónces rápida instrucción a los que vengan a inscribirse en el momento supremo—Preparémos desde ahora un material de trasporte, que sirva hoy de campamento y de hospital para ejercitar a nuestros *cuadros*, y sirva entónces de modelo para multiplicar los ejemplares. Acopiémos paulativamente el material de curación que podamos necesitar en los primeros momentos, y que se irá reemplazando segun lo pidan las necesidades sucesivas. Ejercitemos a nuestros sanitarios en la práctica quirúrgica, haciéndoles adquirir los conocimientos y la destreza necesarias en las salas de cirugia de nuestros hospitales—Instauremos cursos de vendajes, dictados por facultativos, como se ha hecho ya en Francia, en donde considerable número de señoras han recibido lecciones útiles; ellas pueden ser excelentes enfermeras de hospital, y ya nos han dado pruebas de su caridad, de su habilidad y de su constancia.

He aqui, Damas y Caballeros, todo un programa, que es urgente

hacer efectivo. Para lo cual ya os indicaré los medios con qué podemos contar. Solo os pido que me concedáis vuestra indulgente atención por unos instantes más, y que reflexioneis al otorgarme este favor: 1o. que debemos estar siempre apercibidos, no solo para subvenir en esta parte a las necesidades de una guerra que Dios aleje de nosotros, sino también para socorrer a las víctimas de cualquiera otra calamidad, como epidemia, incendio, terremoto, o todo otro mal causador de numerosas necesidades; y 2o. que este es un deber de caridad, precisado en las sociedades de la Cruz Roja, mas que no deja exentos del de cooperación a todos los que pueden, de alguna manera, contribuir a sus humanitarios y santos fines.

Alocución a los bomberos de la Compañía Italiana de Chorrillos [*]............

Señores Bomberos de la Compañía Italiana de Chorrillos,

Ilustres damas: Rcspetables Caballeros:

Contemplo inoficioso deciros que, bajo el manto maternal de la Iglesia Católica, como bajo la estrellada bóveda del cielo, caben toda abnegación y toda grandeza.

Ella no teme el resplandor del mérito, como no teme el cielo el brillo del astro esplendoroso que prende de día, ni la argentada luna el fulgor de los luceros y el de las estrellas de toda magnitud.

Sabe aquilatar la abnegación en el presente, caduco siglo, como la hizo valorizar en los tres siglos de martirio, en los que fué redimida la conciencia cristiana de los grillos con que pretendiera aprisionarla el paganismo feroz—treinta y uno Sumos Pontífices martires de la idea cristiana desde el año 1o. de esa Era hasta el 300 de la misma, son ejemplo elocuente de la fecundidad del Cristianismo para engendrar y criar héroes, que se sacrifiquen fogosamente por un principio inmortal—la caridad.

(*)—Fué pronunciada con motivo de la bendición del estandarte de esa institución benemérita, de la que algunos de sus miembros sufrieron, heroicamente, el martirio que les impuso, por su abnegación, nuestro enemigo del sur.

Nobles Bomberos:

Habeis querido que la religión, representada por el último de sus ministros, bendiga el estandarte, enseña de vuestra caridad abnegada, y héme aquí para implorar junto con vosotros las bendiciones del Cielo sobre vuestra obra, simbolizada por un pabellón que, en donde aparezca, será como el arco iris en medio a la temida tempestad. A su presencia comenzarán a abatirse las voraces trepadoras llamas del incendio, y renacerá la esperanza en los abatidos corazones. El generoso latido de los vuestros lo hará ondear como un signo de protección y de salud; y el fuego destructor retrocederá espantado de vuestro arrojo, y reconocerá que hay otro fuego superior a él—el fuego de la caridad, que protegió a Juan de Dios cuando salvaba en sus brazos a los enfermos de un hospital y las llamas no osaban tocar a sus vestidos, ni a su preciosa carga.

Y habeis procedido cuerdamente al invocar el auxilio de lo alto, por las oraciones de nuestra Santa Madre la Iglesia, que bendice toda obra buena, porque reconoce en ella la inspiración divina, y pide al autor de todo perfecto don que perfeccione lo que El mismo ha comenzado.

Empero, hay otras razones que os mueven, y que creo oportuno declarar, para la gloria de Dios y satisfacción de vuestros pechos.

El incendio, como bien lo sabeis no sucede al acaso, porque nada sucede al acaso en este mundo, nada en que no intervenga la Providencia divina, de una u otra manera. Pueden citarse causas ocasionales en un siniestro: el crimen, el descuido, la imprudencia; mas, para los hombres que piensan, ellas no pasarán nunca de la esfera de causas ocasionales, y no serán jamás la causa *eficiente*.

La inmensa catástrofe, en que se vió envuelto de súbito el santo Job, fué, lo declara el Libro Sagrado, una prueba heroica a la que el Omnipotente sometió la virtud de su siervo, para acrisolar su virtud y premiarla magníficamente.

El fuego que llovió sobre las ciudades de Pentápoles, encendido fué por la Justicia divina, vengadora de nefandos delitos.

Sea, pues, que el señor quiera poner a prueba la virtud de una familia, o castigar delitos, quizá, ocultos a nosotros, pero que ofenden sus miradas y exigen la destrucción del teatro en que se cometieron para que la tierra sea purificada, como lo será por el fuego en

el último día de los tiempos: en uno u otro extremo, siempre puede la oración, sostenida por las virtudes y secundada por la acción inteligente del hombre, obtener o la remisión total, o la atenuación de la pena; Diez justos habían salvado a Sodoma! en donde la resplandeciente justicia de Dios ha escrito con letras de fuego su terrible fallo.

Reunidos, pues, en torno de este símbolo de vuestra caridad, puesto el corazón en Dios, esforzando el brazo bajo la dirección de un mando inteligente, y presentando al cielo vuestra abnegación, que lleva consigo el sacrificio del reposo, de la salud, el peligro de vuestras vidas, no dudo que alcanzareis hermosos triunfos, y la satisfacción de la conciencia, que se alcanza por el cumplimiento del sagrado deber, generosamente aquirido, noblemente desempeñado sin recompensa, muchas veces, pues vais a servir a desconocidos, quizá ausentes de sus moradas, quizás extraños a las pulsaciones de la gratitud. Cifrais vuestro premio en la conciencia, pues, como dijo el apóstol de las Naciones: esa es nuestra gloria, el testimonio que ella nos dá.

Y en estas consideraciones, no solo bendice la Iglesia vuestra enseña y vuestro propósito, sino que bendice a los que tienen esa enseña, a los que se sacrifican por levantarla sobre el alto pedestal de las buenas obras.

Soy de ello testigo: os he visto con los ojos de mi alma, en los días de prueba y de aflicción. Hace hoy más de tres lustros que siete mártires de vuestra Compañía regaron con su sangre este suelo desgraciado, porque el plomo del invasor no respetó su caridad heroica, como no respetaron los tiranos del paganismo la dignidad de la conciencia cristiana en los 3 primeros siglos de la Iglesia. Cayeron esos héroes de la caridad como caían a millares los mártires de sus antecesores, y su sangre es la semilla, que, como decía Tertuliano, hace brotar nuevos mártires, hijos de esa Italia, cuna del Cristianismo en el occidente, patria de la ciencia y del arte, en cuyo cielo brillan como astros de primera magnitud Tomás, Miguel Angel el Petrarca, el Tasso, el Dánte, genios incomparables que, al decir del último, aunque arrastrándose por este suelo como humildes gusanos, nacieron para trocarse en angélicas mariposas: *Noi siam vermi, nati a formar l'angélica farfalla.*

¿Que os diré al terminar, despues de pediros perdón porque me he dejado arrebatar en alas del entusiasmo, que vuestra obra magnífica enciende en mi alma?

¿Qué os falta? Apenas, un elemento material, que pronto tendreis, para acudir con eficacia al puesto del peligro y del tiempo? ya no se hará esperar, como no tardará en ceñir vuestras nobles sienes la corona arrancada en el combate.

Solo una cosa falta a esta obra de bendición, y me atreveré a decirla, con la franqueza del sacerdote y el anhelo de hijo de Italia, que yo también soy casi vuestro compatriota por que por mis venas corre la misma sangre que por las vuestras.

Anhelo ver coronado ese estandarte con el adorable símbolo de la Redención, que os estimulará al sacrificio, será vuestra brújula el envuelto mar de fuego en que entrareis denodados, excitará con su presencia vuestros corazones a orar, os sostendrá en el peligro, y os alcanzará la victoria, como a Constantino, 1er. Emperador Cristiano de Occidente: Como a él fué dicho, diré a vosotros: In hoc signo vinces. Por ella vencereis!

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: Su homenaje a los muertos :-: :-: :-: :-: :-:

Nuestros muertos ilustres, nuestros héroes muertos, tuvieron el panegírico elocuente de aquel ilustre prelado. :: :: ::

Oración fúnebre pronunciada en la Iglesia Catedral de Lima (*)

> **Sit nox illa solitaria .... obtenebrentur stellae caligine ejus: expectet lucen et non videat.... Humiliamini.... sub potenti manu Dei.**
>
> Sea solitaria aquella noche..... apáguense las estrellas en su oscuridad: espere la luz y no la vea... Vosotros humillaos bajo la mano poderosa de Dios.
>
> Job, Cap. III, vv. 7 y 8.
>
> Ep. de San Pedro, Cap. V v. 6.

Ilustrísimo Señor:

Señores:

Vengo a leer con vosotros una página, que Dios Omnipotente ha escrito con caractéres de fuego.

Vengo a llorar con vosotros una grande, una horrible desgracia que oprime el corazón, turba el entendimiento, acongoja el espíritu.

(*)—El día 4 de enero de 1864, en las exequias celebradas por el eterno descanso de las víctimas del incendio del templo de la Compañía de Santiago de Chile.

Voy a contemplar la casa de Dios reducida a pavesas, dos mil personas devoradas por un incendio, un vasto sepulcro, cavado por la mano terrible de la muerte, dentro de los abatidos muros del santuario—allí en donde había una escala para subir al cielo; allí en donde se servía el banquete más delicioso a tres mil escogidos; allí en donde la piedad regara con sus lágrimas las exquisitas flores, ofrecidas a la Reina de los ángeles; allí en donde el anciano y el niño, la matrona y la tímida virgen confundían sus aspiraciones en una sola, y ensayaban los cánticos de la patria futura.

¡Oh, qué bello espectáculo, señores! El templo es un jardin: hay lirios de pureza, rosas de caridad, humildes violetas, fragantes jazmines de inocencia.... Venid, venid conmigo a contemplar este Eden...

Retiraos, señores! Huid despavoridos! Es un cementerio, es una urna cineraria, cubierta por el fúnebre manto de la noche: encierra los restos de dos mil cristianos; reflejó los suspiros de dos mil víctimas; sus nombres.... vedlos escritos, con encendidos caracteres, en la gasa enlutada del firmamento.....

Ah! noche vacía de todo consuelo y llena de amargura: noche única entre todas las que han descendido sobre la tierra, para brindar alivio a los pechos afligidos, para convidar al descanso a la caravana fatigada de los hijos de Adan. Noche excepcional; aparta! quédate allí sola, porque estás impregnada de tristeza: tu imágen bastaría para eclipsar el día más brillante, para turbar la noche más serena: *Sit nox illa solitaria.* Que las estrellas, que Dios hizo para bordar el manto de la noche—ellos astros de bendición, que combinan en el firmamento un cántico de esperanza y un himno de amor—no brillen en esa noche funesta, porque nuestros llorosos ojos no podrian leer una sola de sus diamantinas estrofas. Oscurézcanse, pues, con su oscuridad. Ay! los grandes dolores no pueden soportar la luz: como que quisieran huir de si mismos: *obtenebrentur stellæ caligine ejus.* Si; que no venga el dia a iluminar este cuadro de horror; ¿qué veríamos? calcinados esqueletos de personas queridas, fragmentos de edificios humanos, encinas y robles, que el fuego ha devorado, simpáticas flores convertidas en ceniza.... Ay! quédense para siempre en el misterio de la noche: *expectet lucem et non videat.*

Señores: el hombre ha llorado con vosotros; escuchad una pala-

bra de los labios del sacerdote: *Humiliamini sub potenti manu Dei*: humillaos bajo la mano poderosa de Dios: Meditemos, señores.

Dos grandes figuras descuellan entre los escogidos de Dios. La una representa el dolor, con toda la magestad de que reviste a los que sufren; la otra es una imágen del arrepentimiento más sincero. Job, señores, el hombre feliz, oprimido por el infortunio, y Pedro, el pescador de Galilea, que niega a su Maestro, y llora después lágrimas de contrición; el uno, el viejo poeta, que ha estremecido la tierra con el hondo gemido de su pecho: el otro, el inerme anciano, que ha enseñado a la humanidad desde la cátedra evangélica; el primero, representante de las flaquezas humanas: el segundo, ilustre jefe de la humanidad regenerada; el uno, fiel expresión del Testamento antiguo: el otro, dulce expresión del Testamnto nuevo. Hemos gemido con el primero: humillémonos con el segundo.

Vamos a reconocer la mano poderosa de la Providencia, estudiando, en la catástrofe inaudita que deploramos, los designios de Dios, hasta donde nos sea permitido descubrirlos; después, nos humillaremos con razón, y la santa conformidad será un lenitivo a nuestro dolor profundo. Y cuando no alcancemos a entender todo lo que Dios nos ha enseñado, recogeremos nuestro espíritu, y elevaremos una ferviente plegaria por las almas de nuestros angustiados hermanos.

El amor abrasará los velos del misterio, y la esperanza descenderá, como el rocío, para refrigerar el corazón.—Atendedme, señores.

I

Las lecciones de Dios son elocuentes: habla siempre en estilo sublime, y una palabra suya contiene profundas enseñanzas. Así ha sucedido ahora. Yo veo, en el triste acontecimiento que deploramos, la revelación de muchos consejos de Dios: y, entre ellos, la de un consejo de Misericordia, un consejo de Justicia y un consejo de Sabiduría. Todos los atributos divinos se identifican con la Esencia, pero no todos se revelan del mismo modo. Estudiemos, en primer lugar, el ejercicio de la Misericordia.

Nuestra piedad no duda, señores, de la salvación de muchos, arrebatados casi instantáneamente por la muerte, en esa horrenda catástrofe. Almas fieles, almas abrasadas por una caridad ardiente, el fuego, que devoró sus cuerpos, era menos activo que la celeste llama en que se abrasaban. Y, para que tuviera mayor pábulo, habían comunicado ese día con el amable Jesús: le recibieron bajo los velos del sacramento; tocaron ese volcán nevado, que atesora llamas vivísimas y eficaces para purificar los corazones. Ellas no lo sabían; le recibieron como el manjar de boda: estaban alimentándose con el Viático de fortaleza. ¡Quién sabe! Ese amante fiel tal vez les dijo: "¿qué hacéis aquí, almas desterradas? los cánticos que entonáis no se parecen al cántico de alegría, que se oye en Jerusalem. Oh! Venid conmigo, y os llevaré al manantial, en donde podáis escanciar una agua, que sacie para siempre vuestra sed. Pobres almas! Mis entrañas de compasión se conmueven, al oir vuestro amante gemido: como la tórtola, lloráis la ausencia de vuestro esposo; y, aunque vengo, de tiempo en tiempo, a consolaros; como estoy en traje de peregrino, como vengo solo por un momento, fugitivo del cielo, vuestros deseos no son satisfechos. Vámonos, porque quiero coronaros; vámonos porque el Empíreo os está reclamando.. Os enseñaré el camino, para que no os extraviéis: seguid el mismo, que dejé marcado con mis huellas ensangrentadas: el Calvario es el atrio del cielo. Sufrid, pues, un breve tormento. Adiós! Dentro de pocos instantes nos reuniremos en el seno de mi Padre".

Sí, señores: Dios ha querido salvar algunas almas, purificándolas de sus leves manchas con el tormento del fuego; ha querido también concederles el honor de aceptar su sacrificio por los pecados de muchos.—Por eso escogió almas inocentes y almas arrepentidas.—La expiación se consumó, y los pecadores pueden respirar, porque el Juez se ha aplacado con esta ofrenda.—Así como, en un día más solemne, su propio Hijo, la más pura de las víctimas, le reconcilió con los más atroces criminales. He aquí, pues, un consejo de Misericordia, tanto para aquellos, que se han librado de una prueba más larga y de mayores angustias, cuanto para los que alcanzarán misericordia por sus ruegos.

Esta es, señores, la creencia católica: los hombres son solidarios; *los justos pagan por los pecadores;* el que tiene dá al que no

tiene. Solo así se comprende una Religión universal, ligando todos los intereses, sin confundir las personas. Repito: por este consejo de misericordia se ha sellado, en el tiempo, la predestinación de algunos, quizá la de muchos; y nosotros, sus hermanos, debemos tener una bendición para Dios y una palabra de congratulación para ellos. Y debemos también humillarnos, no solamente por que la tierra ha sido privada de estos justos, sino porque Dios ha revelado un consejo de Justicia. De justicia, señores: entiéndalo bien el fátuo de orgullo, que ignora las primeras verdades de su Religión; entiéndalo el atrevido, que quiere desfigurar la belleza divina, eclipsando los destellos de la Justicia para exaltar la Misericordia. He dicho ya que, en Dios, los atributos se indentifican con la Esencia. Y nosotros tratemos de entenderlo, humillándonos bajo la mano poderosa de Dios: ***humiliamini sub potenti manu Dei.***

III

El horrible incendio, que ha devorado el templo de la Compañía, en la ciudad de Santiago de Chile, es la revelación de un consejo de la Justicia divina. Si hay algún romántico que lo niegue, está muy distante de conocer a Dios. Fijémonos en el hecho mismo: ¿qué es un incendio? Es un verdadero mal físico, y muchas veces puede ser un mal moral. Ahora bien: ¿cuál es la causa de estos males? El pecado, señores, que dá ocasión a la vindicta de Dios—la justicia divina no es solo distributiva y remunerativa; es también vindicativa.—Por que el hombre es pecador, el fuego se rebela contra su voluntad, destruye sus propiedades, devora sus templos, consume, en breve tiempo, el frágil estambre de su vida. El incedio es, por tanto, considerado en sí mismo, un castigo del cielo. Dios no solo actúa por sí, y por las causas libres, sino también por las causas necesarias: al establecerlas, no se despojó del gobierno del mundo, y continúa obrando por ellas, sin que podamos atribuír nunca una desgracia a la casualidad, a ese *dios* de los aturdidos.

Por otra parte: considerando el número de las personas, que han perecido en ese incendio espantoso ¿cómo afirmar sin temeridad que todas se han salvado? ¿Se ignora acaso que "muchos son los llamados, y pocos los escogidos" que el mundo es un vasto incendio, en que el fuego de las pasiones devora millares de víctimas, mientras que son

muy pocas las víctimas del amor divino? Y ¿por qué debían salvarse todos los que allí perecieron, aunque todos se hubieran acercado a la sagrada mesa? Por ventura ¿todos los que se preparan a la muerte gozarán de Dios algún día? Ay! ¡Cuántas muertes edificantes, y cuán pocas muertes santas! Dios sabe también endurecer el corazón del pecador, que se ha burlado de El; sabe volverle el rostro, y condenarle a eterno suplicio. Y ¡a cuántos habrá condenado en ese día! Oh! humillémonos, señores, bajo la mano poderosa de Dios; reconozcamos que la reprobación de algunos, tal vez la de muchos, puede haberse sellado el 8 de Diciembre. Y Dios, tranquilo, inmutable, feliz, nada habrá defraudado a su Misericordia al ejercer su Justicia. Que calle toda lengua ruda; que el orgullo humano se postre, y bese la mano que castiga a la vez que beneficia El sentimiento no debe dominar la inteligencia: el romanticismo no debe falsear la Religión. Sabéis por qué lo digo.

IV

Ahora, señores, veamos cómo resplandece la Sabiduría de Dios en este acontecimiento. Tiene dos manifestaciones, que se ordenan a su gloria y a la salvación de los hombres. En primer lugar, el Señor se propuso dar ocasión a muchos, para que ejrcitasen virtudes cristianas; algunos en grado heróico. ¡Cuántas víctimas del incendio han muerto, coronando una santa vida con el ejercicio de la resignación! Habían puesto su voluntad en manos de Dios, y, en los momentos del conflicto, se las vió permanecer tranquilas, en la humilde actitud del ruego. Oid su oración: "Padre nuestro, que estás en los cielos, y estás cerca de nosotros: en tus manos está nuestra suerte, y como eres padre, nada debemos temer. Fieles hijos tuyos, solo anhelamos el cumplimiento de tu voluntad: que se haga, pues, así en la tierra como en el cielo. Entre tanto, nos sometemos a tus decretos, para que tu reino celestial venga a nosotros, y nosotros vayamos al reino de tu gloria". Así se resignan; así aumentan los quilates de su virtud; así glorifican a Dios, santificándose.

Y otras, que ven romperse los tiernos lazos de familia; que se ven arrancadas bruscamente de sus deudos ora porque la muerte las arrebata, ora porque la muerte las desdeña. Ah! nombres dulcísimos de padre, esposo, madre, hijo y hermano! los labios que, hace poco, pronunciaban esos nombres son devorados por el fuego; el dolor

más cruel ha sellado otros! No, señores: el padre cambia su título por el de hijo de bendición; así le llama Dios: el hijo se acuerda del Padre de los huérfanos, y le invoca: el hermano busca al hijo de su Padre entre los bienaventurados. ¡Religión augusta! Te bendecimos.

Y los espectadores de esta escena! oh! como sienten despedazarse el corazón! Mueren con cada uno de los que agonizan; y sufren mil muertes, antes de poder morir una vez sola. ¡Cuántos corazones purificados por el dolor! ¡qué gloria para Dios! ¡qué gloria para las almas!

Y los héroes de la caridad, que se lanzan en las llamas para disputarles una víctima! Personas de todas condiciones, que han señalado su nombre por el ejercicio de la abnegación! Bendito sea Dios, señores!

Por otra parte, esos restos confundidos en un osario común, producirán un saludable desengaño: disiparán la última ilusión de la vanidad: enseñarán, con harta elocuencia, la comunidad de orígen y destino de los hijos del polvo, que vuelven al polvo. Un solo epitafio libertará esos restos de la oscuridad del olvido; el llanto del grande y del pequeño se confundirán en un mismo lugar; y las flores del recuerdo nacerán, en derredor de ese monumento colosal, más frescas, más lozanas, más aromáticas.

Por último, las Naciones americanas se identificarán en un solo sentimiento.—Dios ha enseñado el amor de los individuos y el amor de las Naciones.—En el Calvario, las reunió a todas en un solo pensamiento y en un solo amor; por todas derramó su preciosa sangre; en todos los ángulos del mundo renueva su adorable sacrificio. De hoy más, Chile será el centro a donde vayan a convergir los afectos de la América: sus actuales dolores nos arrebatan el corazón; esos dolores no son pasajeros; nos lo arrebatarán siempre. Por nuestra parte, hemos llorado tantas lágrimas, desde que supimos la triste nueva! Y encargamos al ángel custodio del Perú que, recogiéndolas en un vaso preciosísimo, llevara ese mensaje de consuelo al enlutado ángel guardián de Chile. Los ángeles acostumbran encargarse de estos mensajes de paz, y los cumplen fielmente, hablando a las almas en el silencio de la meditación. Así habrá sucedido ahora.

He aquí el triunfo de la Sabiduría divina, que ha hecho brotar la vida de la muerte, que ha levantado un monumento de gloria en medio de las ruinas .Sus altísimos consejos humillan nuestra razón, y la

ejecución de sus designios abate nuestra soberbia: *Humiliamini sub potenti manu Dei.*

V

Y antes de separarnos de este lugar santo, pensemos, por un momento, en nosotros mismos. La compasión nos había hecho olvidarnos; pero Dios exige que aprovechemos de la lección que nos ha dado. ¡Tremenda lección, señores! Nunca la olvidaremos; para estar apercibidos, para que la muerte no nos sorprenda, para que nuestra eternidad sea feliz. Suceso imprevisto, que nadie habría podido medir en sus consecuencias, que llena de pavor los espíritus, diciéndoles una vez más esa palabra del Salvador. "En la hora que no pensaréis vendrá el Hijo del hombre".

No dormitemos, señores, porque estamos en el dintel de la eternidad; no permanezcamos indiferentes, porque la muerte nos circunda: aquí estais oprimiendo con vuestras plantas el lujoso techo que cubre cien y cien cadáveres. Tal vez el día de mayor gozo para vosotros, cuando vengais a dar gracias a Dios por el beneficio de nuestra libertad, se estremecerán los muros y el pavimento de este templo, y su bóveda cubrirá vuestro sepulcro; alternaréis entonces con los esqueletos que están a vuestros pies. Alerta! señores: el hombre está de tránsito sobre la tierra: esta no puede ser nuestra mansión permanente: buscamos otra más o menos futura. Mañana puede abandonar la tierra uno de los que ahora me escuchan. Partirá como el relámpago, cruzando las esferas, que raudos atravesaron nuestros hermanos de Chile.

Dios de mi corazón! Tú los habrás recibido con piedad: un incendio voraz los sofocaba, y fueron a refugiarse a tu seno, buscando el refrigerio. . . Profundos son tus arcanos. . . .Terribles son tus consejos . . . . .Grande es tu Misericordia. .

REQUIESCANT IN PACE.

En las exequias del coronel José Gálvez Egúsquiza (*). . . . .

Et fleverunt eum omnis Populus Israel planctu magno, et lugebant dies multos.

Et dixerunt: Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israel!

Y le lloró todo el pueblo de Israel con grande duelo, y lo endecharon muchos días.

Y dijeron: ¡Como cayó el campeón que defendía al pueblo de Israel!

Libro 1o. de los Macabeos, cap. IX, vv. 20 y 21.

Señores Ilustrísimos (1):

Señores:

Hemos venido a mezclar nuestras lágrimas con el llanto del Perú. . . . .

(*)—Oración fúnebre pronunciada en las exequias del Coronel Don José Gálvez, Secretario de Guerra y Marina, muerto gloriosamente, el 2 de mayo de 1866.

(1)—El Iltmo. Sr. Obispo de Tiberiópolis, que celebraba de pontifical, y los Iltmos. señores Obispos de Huánuco y Ayacucho, que asistían a la ceremonia.

Un dolor profundo ha oprimido los corazones que dilató la victoria.

Cuando contemplábamos la aurora del triunfo, una sangrienta nube se ha cernido en nuestro cielo; y, al apartar de ella los ojos hemos visto una escena sorprendente y dolorosa.

No la hemos visto, señores: el llanto nos había cegado....

¿Por qué ha caído, en lo más recio del combate, por qué ha caído para no levantarse más el ilustre ciudadano Dr. D. JOSE GALVEZ?

El, que, con una actividad infatigable, preparaba nuestra defensa contra la invasión enemiga,; él, que, con un valor heroico, desafiaba a la muerte por salvar a la patria; él que animaba, con su presencia y con sus hechos, al pueblo peruano, en el momento supremo en que todas las almas, confundiendo sus aspiraciones ante el peligro común, y ofreciendo un noble sacrificio, daban un día de gloria al Perú?—*Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israel?*

He aquí un abismo, que la razón no se atreve a sondear...

Pero, entretanto, la Nación lanza un gemido, que repercuten nuestras montañas, y que, estremeciendo el tul del firmamento, hace palidecer el astro de la victoria. Ha pasado un Sol y otro Sol, y aún tiene el corazón lágrimas que derramar: *Et fleverunt eum omnis Populus Israel planctu magno, et lugebant dies multos.*

Y, cuando nos hallamos colocados entre estos abismos; cuando nos angustian la brevedad del tiempo y el estampido del cañón, que no cesa de amenazar la vida de nuestros hermanos; cuando muchos de vosotros acaban de soltar las armas, para venir a postrarse en la presencia del Dios consolador, y a contemplar en ese cadáver el amargo desengaño, que ofrece la humana miseria: ¿qué podré deciros yo, indigno sacerdote del Altísimo y hermano vuestro; yo, que me anonado delante de sus misteriosos designios, y que deploro con vosotros la pérdida que ha sufrido la patria?

Una palabra de sinceridad, en honor de la víctima, cuyo despojo mortal está allí; y una lágrima de dolor y de resignación, vertida sobre— las baldosas del santuario:—he aquí todo lo que podéis pedirme; he aquí todo lo que debo daros.

Delante de ese cadáver, el corazón admira el valor de un sacrificio.

Delante de ese altar, el corazón se humilla, y busca en Dios un lenitivo a su dolor.

El 2 de Mayo será para el Perú un día de glorioso y de triste recuerdo.

La Historia escribirá una página ensangrentada, cuya brillante margen será la irradiación del honor, del amor patrio, de la abnegación, del heroísmo.

Porque el 2 de Mayo de 1866, el Perú, levantando los ojos al cielo, presentó su noble pecho a los proyectiles enemigos, y alargó su brazo esforzado, para defender lo más caro que tiene un pueblo después de Dios:—su honor, su dignidad.

Y el Excelso, desde su trono imperecedero, miró benignamente a ese pueblo; y le cubrió con su protección; y le dió aliento para rechazar a sus enemigos.

Y las naves enemigas desertaron del lugar del combate, llevando consigo la muerte y la humillación.

Gracias sean dadas a Dios, que ha querido salvarnos, sin duda porque, en sus amorosos designios, reserva al Perú grandes destinos, que no podría llenar sino conservando sus títulos de gloria.

Pero ay! En aquellas horas de entusiasmo, y lanzado por su patriótico ardimiento, el ilustre Secretario de la Guerra se precipita para animar nuestros valientes, dirigiendo, él mismo, los fuegos de una batería en donde la muerte pasea su pendón. Y, en un momento que solo Dios conoce, ese ilustre ciudadano cayó con otros más, dejándonos un despojo mortal y una memoria imperecedera.

Su alma atravesó los espacios, más veloz que el relámpago, y entró en el abismo insondable de la eternidad.

—¿Quién podría seguirla, por entre las sombras impalpables de ese abismo? ¿No bastará, Señores, la estela luminosa que ha dejado en los horizontes del tiempo? ¡Ay, no!

Confundamos nuestras frentes con el polvo, y adoremos los arcanos de Dios....

Y, cumplido este deber sagrado, paguemos un tributo a su memoria, y demos rienda suelta a nuestro dolor.

La Religión ensalza todos los hechos grandes; la Religión enjuga el llanto de los corazones justamente heridos.

I

Todos vosotros conocéis los sucesos, que se han desarrollado desde el 14 de abril de 1864.

Y no ignoráis que, a consecuencia de ellos, el Perú se ha levantado, como un solo hombre, para rechazar las naves de la escuadra española, y poner a salvo su dignidad y su honra.

A la cabeza de ese movimiento está el ciudadano que rige los destinos de la patria; y el brazo fuerte, que le ayudaba en esta grande empresa, cayó pulverizado, en el momento en que cogía una rama de laurel, para renovar los que rodean nuestro escudo desde el 9 de diciembre de 1824.

II

Había pasado una generación de valientes: pocos sepulcros esperaban, abiertos aún, los restos de algunos ilustres veteranos, providencial instrumento de la independencia del Perú,—Parecía que ya no teníamos otra misión que la de cumplir el deber de gratitud, que juramos a Dios 42 años ha, levantar nuestro edificio político sobre la base inmóvil de la justicia, y regar con mano piadosa el sauce babilónico plantado cerca de las tumbas de nuestros padres.—Eso creíamos en nuestra ignorancia; mas otra cosa había escrito la Providencia divina, en el gran libro de los destinos de los pueblos.—Sólo ella puede enseñarnos, por medio de los acontecimientos, descifrar aquellos caracteres, que, tal vez, el ángel no comprende.

III

Hemos comenzado a leer, Señores, una página de ese libro misterioso: habéis escuchado lo que se contiene en su primera línea:—un día de gloria, y un día de sacrificio también para el Perú.

Una víctima ilustre ha caido, inmolándose por la patria. Al lanzarse en el peligro, no escuchó el llanto de la esposa, el gemido infantil de los hijos; ni su bravura se debilitó, contemplando los azares del combate. La voz de la patria, grave, magestuosa, solemne. había hecho vibrar su corazón, y esa voz imponente acalló todos los

sentimientos de ternura. Así se apaga el blando murmullo de los ríos en las orillas del mar.

IV

La patria, Señores, es una madre, porque la inteligencia y el corazón se desarrollan al calor de su seno: sus tradiciones son el alimento de la infancia; sus instituciones y sus glorias, el de la juventud; y la edad senil se solaza con sus recuerdos. La patria es una esposa inmortal, porque, con su concurso ,el hombre perpetúa su nombre y su memoria. En la patria está el hermano, por que, en ella todos viven bajo el techo protector de unas mismas leyes, y oyen la voz paternal de la autoridad. Se ama a la patria como a la madre, por que sus destinos se relizan por la acción de todos los buenos ciudadanos, que secundan la acción principal de la Providencia. La patria es el amigo, por que, en ella, hay comunidad de intereses y de sentimientos, hay ese *alter ego,* que el amigo representa.

V

Y, adelante de esa patria, próxima a sufrir un baldón; delante de ella, que clamaba con la angustiada voz del que pide socorro, el Ilustre Secretario de la guerra consumó un valioso sacrificio, dándole así la prueba más elocuente de su amor; por que la sabiduría increada ha dicho: "*ninguno tiene mayor amor que este, que es poner su vida por sus amigos*,,. (2)

VI

Este sacrificio, es por sí solo, bastante para compendiar una vida. Atrae y cautiva la mirada del que la contempla, de tal modo, que es casi imposible traspasar el luminoso círculo que le rodea.

De manera que, sin buscar en el ilustre muerto las virtudes del macabeo, en cuyo elogio lanzó Israel un elocuente gemido; y, dejando los hechos de su vida al juicio infalible de Dios, debo concretarme a elogiar ante vosotros un hecho glorioso, cuya apreciación será

(2)—San Juan, Cap. XV. v. 12.

aceptada unánimemente, y bastará para llenar en este momento el doloroso encargo que se me ha confiado.

Olvidemos completamente al hombre; admiremos la generosa acción que nos reune al pie de su féretro.

VII

Por eso, yo no he querido contemplar a la ilustre víctima, sino en el momento de su sacrificio.—Por él, se levanta su estatua, alternando con las de otros varones esclarecidos, que sellaron con su sangre su carta de ciudadanía.

Mas, en la hora suprema en que la patria necesita de todos los valientes, de todos los abnegados, ¿cómo cayó el campeón que, con tanta abnegación, actividad, inteligencia y valor se hallaba empeñado en su defensa? ¿por qué fué él una de las primeras víctimas, sacrificadas en ese 2 de Mayo de triste y de glorioso recuerdo?—*Quomodo cecidit potens, qui salvum faciebat populum Israel?*

VIII

SEÑOR si permites al insecto que toque la franja de tu vestidura, para recoger allí la luz que le falta, yo diré a tu pueblo una palabra.

Oyela, pues, oh patria mia! y adora los arcanos de Dios....

IX

"El destino del Coronel Gálvez estaba cumplido. Había recorrido la órbita, que plugo a la Providencia trazarle, dentro de la órbita de los destinos del Perú. Dios no puede equivocarse en la realización de sus planes; y es una blasfemia atrevida el pedir cuenta al Señor de los medios que emplea para alcanzar sus fines. No hay inteligencia creada, por elevado que sea su vuelo, que tenga derecho a penetrar en el alcázar, en donde el Altísimo celebra sus consejos. (3). Nosotros los oímos, y doblamos reverentes la rodilla; el ángel

(3)—Quis adjuvit spiritum Domini? aut quis consiliarus ejes fuit, et ostendit illi?—Isaías, Cap. XI, v. 13.

los escucha, pliega sus alas en señal de anonadamiento, y cabalga sobre el rayo para darles ejecución".

"Celoso es el Señor de su gloria; y, por cuanto ha querido que refieras a El todo el éxito del combate, arrebató, en la primera hora, a uno de los campeones más esforzados, y permitió que uno de sus mejores baluartes, en donde atronaban los aires formidables cañones, quedase mudo en presencia de esta inesperada catástrofe, como un monumento que anuncia a esta y otra generación que Dios es el Dios de los ejércitos, y que, sin descuidar los medios de defensa, en El solo debes confiar, por que escrito está: *"Si el Señor no guardare la ciudad, inútilmente vela el que la guarda"*. (4).

"También quiso el Señor templar tu gozo, para que no te embriagase la victoria. Y, cuando preludiabas el himno de Moisés a la salida del Mar Rojo, sus notas se confundieron en tu garganta con los tristes acentos del DE-PROFUNDIS".

Y, al dispensarte su protección, cubriéndote en ese día de honor y de gloria, quiso darte igualmente una prenda de ventura.

Se necesita gravar en tu memoria que "en la unión está la fuerza" porque la unión es caridad, y la muerte misma es impotente para helar su fuego vivificador.

Pero como una lección de tanta importancia necesita de un gran símbolo para expresarse, el Señor escogió uno de los hombres más prominentes; y, designándolo como víctima del amor a su patria, mezcló su sangre con la de muchos, representantes de diversas fracciones políticas; unió, en un momento dado, su heroísmo con otro heroísmo, a fin de que, al leer en tu corazón su nombre, escrito con un buril de fuego, te acordases de los que cayeron con él, y enlazaron perpetuamente su cifra en una de las más brillantes páginas de tu historia.

"Todos estos nombres se grabarán en una sola piedra; y las generaciones que se sucedan leerán en ella una lección elocuente de la Providencia que vela por el Perú". (5)

"Ha tenido a bien enseñarte que El tiene escondido el secreto de su gobierno providencial, y que levanta a los hombres o los abate

---

(4)—Psalmo CXXVI, v. 1.

(5)—El decreto supremo, expedido con motivo de este memorable acontecimiento, dispone que, en el monumento que ha de levantarse para perpetuar su recuerdo se graven los nombres de todos los que perecieron gloriosamente el 2 de Mayo. Ese monumento será coronado por el busto del Dr. Gálvez.

según conviene a sus designios. Sí; *el Señor es el que quita y da la vida, el que hunde en el sepulcro, y que saca de allí.* (6) —Cuando le plugo, alzó en nuestro escenario la imponente figura del doctor Gálvez; y, cuando lo creyó conveniente, sin cuidarse de nuestros mezquinos juicios lo encerró en la lobreguez del sepulcro. Por que El se complace en atraer nuestros corazones; y permite que seamos afligidos para dignarse enjugar nuestras lágrimas; y dispone que nuestras ilusiones se desvanezcan como el humo, para que elevemos a El nuestros ojos, y purifiquemos nuestra esperanza".

X

Mas, al escuchar sumisos esta lección, no olvidemos el ejemplo de amor patrio, que acabamos de recoger en el dintel de un sepulcro Que cada uno de los peruanos, cual otro Jonatás (7), esté dispuesto a llenar, en cuanto sea posible, el vacío que deja en las filas de los defensores de la Nación, el que ayer levantaba su brazo para cubrirla, y hoy se esconde en el osario de sus mayores.

Fuertes estímulos solicitan el corazón para que no rehuce el sacrificio.

Así, en adelante, el 2 de Mayo dejará ver en su cielo una constelación hermosa, formada por esa legión de víctimas, que ofrecieron generosamente su vida en las aras de la patria; y, al quebrar sus rayos sobre el árbol de nuestra libertad, iluminará cien coronas de ciprés y de siempreviva silenciosa colgadas de sus ramas.

XI

Y, en cuanto al Ilustre Coronel Gálvez, que la gratitud que le debemos por sus interesantes servicios y por su costosa ofrenda, se refleje sobre su esposa é hijos, esos pedazos de su corazón que nos ha legado (8). Que esa gratitud, reservando a Dios el juicio de la conciencia, cubra, cual un sudario de honor, su nombre y su sepulcro!

---

(6)—Libro 1o. de los Reyes. Cap. II, v. 6.
(7)—Libro 1o. de los Macabeos, Cap. IX, v. 31.
(8)—El Supremo Gobierno ha decretado oportunamente un copioso auxilio, en favor de la huérfana familia del Dr. Gálvez.

La doctrina católica y los sentimientos naturales, que ella robustece, nos imponen este deber.

Hoy comenzamos a cumplirlo, trayendo al templo el dolor en el corazón, y una ferviente súplica en los labios, para obtener de Dios el eterno descanso de su alma.

XII

Y, antes de alejarnos de este lugar sagrado, hagamos el recuento de nuestros dolores.

Ay! el corazón vierte sangre, cuando se apercibe de las pérdidas que hemos tenido.

En torno de la víctima cuyo cadáver está allí, nuestra memoria evoca a ilustres jefes, oficiales, soldados y buenos ciudadanos, que perecieron en el combate del 2 de mayo: todos se han sacrificado pagando un tributo de amor a la patria; y nosotros tenemos que llorar y gemir mucho delante de Dios porque ignoramos su destino, porque nos acongoja el pensamiento de la eternidad.

Sí, señores; la suerte definitiva de esas almas inmortales sólo Dios la conoce; y nosotros caemos de hinojos para suplicarle que tenga piedad de nuestros hermanos. Todos los momentos están unidos delante de Dios; y El ha podido tomar en cuenta nuestra oración de hoy para apiadarse ayer de aquellos por quienes rogamos.—Adán fué perdonado, en virtud de los méritos previstos de nuestro Señor Jesús cuatro mil años antes de que esta víctima divina se inmolase en la cumbre del Gólgota.

Pero como no penetramos en el denso velo que cubre el *Sancta Sanctorum* de Jerusalén celestial, lloramos llenos de incertidumbre la muerte de los que perdimos. Y en medio de la congoja que nos oprime, preguntamos animados por un tierno y doloroso interés: ¿en dónde estás sus almas?—¿se habrían preparado para presentarse delante de Dios?—¿alcanzaron su perdón?—¿están en la cárcel espiatoria, en esa penumbra entre el tiempo y la eternidad?......

XIII

¡Oh qué lección tan elocuente recogeríamos de los labios del ilustre difunto! ¡Cuán bien nos enseñaría a mirar con indiferencia

las pompas y vanidades de este mundo, que pasa, porque marcha apresurado a comparecer ante el gran juicio ¡de Dios!

Entonces quizá nuestros corazones circuncidados por el temor divino, y encendidos con el fuego celestial de la caridad, serían fieles a las innumerables gracias con que Dios no cesa de solicitarnos; y, al sacrificarse por la patria, obtendrían la única recompensa digna de su abnegación.

Pero le está vedado hablar: el ángel de la destrucción ha sellado sus labios, y nos dice, cuando pedimos que le deje el uso de la palabra:—"Dios ha ilustrado vuestras almas por sus Profetas, por su Verbo y por su Iglesia. Si aún esto no basta, si no escucháis a los vivos ¿cómo escucharéis a los muertos?" (9).

XIV

Señores: en presencia de este altar y de ese cadáver, aprendamos a sacrificarnos por la patria, fiando á Dios el éxito de nuestra defensa. Aprendamos a prepararnos para el gran momento en que se ha de sellar nuestro destino.

Que esa víctima nos enseñe, junto con el valor y la abnegación, esta gran verdad, que leo en todos los ángulos de su féretro: "Velad, pues porque no sabréis la hora en que vendrá vuestro Señor". (10.) Que nos presentemos en el lugar del peligro con la paz y serenidad que dá una conciencia purificada siempre. Que cece para siempre la discordia civil.

El 2 de Mayo se ha mezclado en una sola oblación, la sangre de los defensores de la patria; y han desaparecido los estandartes de todos los partidos para que se desplegase en toda su magnificencia el pabellón nacional. Que nunca flamee otro en el Perú, señores; y que la unidad, cimentada en ese día se haga cada vez más robusta por los recuerdos y los sacrificios.

Que nuestra sociedad practique las austeras virtudes enseñadas por el cristianismo;—esas virtudes son la savia bendita que conserva la vida de un pueblo.

Y que el Dios misericordioso, que adoraron nuestros padres, y en

(9)—San Lucas, Cap. XVI, vv. 28 a 31.
(10)—San Mateo, Cap. XXIV, v. 42.

cuya presencia nos anonadamos, continúe protegiendo nuestra patria, cuente toda nuestras lágrimas y nuestros dolores, recibiéndolos en espiación de nuestras ofensas.

Que las almas de todos los que han muerto en esta lucha, acogidas por la misericordia divina, ignoren para siempre los terribles secretos de la justicia de Dios!

REQUIESCANT IN PACE.

Ante los despojos mortales del Excmo. Señor Coronel don José Balta (*)

Propter montem Sion quia disperiit, vulpes ambulaverent in eo. Tu autem Domine in aeternum permanebis, solium tuum in generationem et generationem.

A causa del monte Sion que fué destruído, raposas anduvieron en él.
Mas tú, Señor, eternamente permanecerás, tu solio por generación y generación.

(Cap. V. de los Threnos de Jeremías, vv. 18 y 19).

Señores Excmo. e Ilustrísimos:

Señores:

Sobre esos respetables despojos vaga una sombra augusta, que vela una terrible majestad.

Es la sombra de Dios, que oculta su faz resplandeciente, y nos deja entrever una lección conmovedora.

Apenas la pueden descifrar nuestros ojos, nublados por el llanto. Apenas la puede repetir mi garganta, opresa por el dolor.

(*)—Oración fúnebre del Excmo. señor Coronel don José Balta, Presidente de la República, pronunciada en la Iglesia metropolitana. El Coronel Balta fué asesinado, vilmente, a raíz del levantamiento de los hermanos Gutiérrez contra el Gobierno constituído.

Ay! Acaba de completar su carrera el astro del día, y de escribir con sus lucientes rayos una fecha memorable para el Perú, y hoy nos hallamos al pie de un féretro, que alumbran pálidos blandones, contemplando azorados los arcanos de la sabiduría providentes de Dios . . ..

Y yo, que desde esta cátedra hablaba al Presidente del Perú de los consejos divinos, al recordar la época gloriosa de nuestra emancipación politica, (*) debo hablaros hoy de su triste fin, en presencia de... su cadáver, do se ostentan aún los estragos del plomo homicida, que arrebató su alma, que hizo pedazos nuestro pacto fundamental, y sembró la muerte, el espanto, la consternación, el furor... que ensangrentó nuestras calles y plazas, cubrió de luto a nuestro pueblo, y puso nuestra vida política a orillas de un abismo.....

¡Dios mío! Tú elevaste en medio del pueblo, para protegerlo, una montaña, visible como la del Sión. Tú alzaste la autoridad, protectora de todos los derechos, síntesis de todos los deberes, apoyo de la libertad y cimiento del órden. Este fué tu designio, Señor, al dar un caudillo a tu pueblo. Pero esta montaña cayó... las raposas no la respetaron....... se atrevieron a hollarla a nuestra vista. Cuánta desolación e ignominia, Señor!......

Mas, Tú, que permanecerás eternamente; Tú, que no estás sujeto ni a sombra de vicisitud; Tú, cuyo solio eterno no sufre mudanza, y que presides a las generaciones; Tú no has caído, Señor! Tú has sido nuestro firme sostén; Tú has disipado la tempestad, y hoy venimos a tu templo santo a llorar en presencia tuya y delante de esa grande ruina; a llorar, y a instruirnos en tus providenciales designios . . . .

Sean estos, Señores, los sentimientos que nos animen, al honrar la memoria del *Excmo. Señor Coronel D. José Balta, Presidente Constitucional del Perú.*

I

Después de cuatro años de paz y de ventura públicas, ligeramente turbadas por algunos incidentes, que no es dable evitar a la condición humana, el Perú, fuerte y glorioso, caminando con paso

(*)—Alude Monseñor Roca al sermón patriótico que pronunciara el 28 de julio de 1871 y que está publicado en la pág. 111.

firme en el sendero del progreso, preparábase para entrar en una nueva era política, confiando su destino al elegido de los pueblos. El Excelentísimo Señor Coronel Balta debía bajar las gradas del solio presidencial rodeado de una hermosa aureola. La divina Providencia le había favorecido singularmente durante su administración regular, y monumentos mil, alzados en todos los ángulos de la República, le aseguraban un recuerdo imperecedero. Eran los frutos de su gobierno, anheloso por el bienestar del pueblo. Al espantoso terremoto que cubrió de ruinas una hermosa porción del Perú, sucedieron una actividad infatigable, una mirada solícita, una solicitud paterna, una munificencia expléndida, una piedad tierna, un celo indeficiente. El Excelentísimo Presidente, que se inclinó ante la divina Justicia, mientras Ella nos castigaba con una horrenda catástrofe, se levantó de improviso para luchar impávido contra la adversidad. Humillado delante de Dios durante la expiación, su patriotismo lo impelió un momento después a remediar los males que causaron nuestros pecados. Y, fiando en la Providencia Divina, que ha velado siempre con amor sobre nosotros, lanzó un reto atrevido al Titán que, meciéndonos en sus brazos, redujo a escombros una parte del floreciente Perú.

Por do quiera templos levantados al Dios de las virtudes;—asilos de oración, en donde el corazón humano se eleva a su Autor, haciéndose mejor y más puro; dó quiera hospitales, templos de caridad, asilos de las humanas miserias; en el vasto territorio de la República, extensos caminos de hierro, inmensas arterias destinadas a hacer circular la vida en todos los extremos del Perú; aquí y allá sólidos muelles, que, poniendo un dique a los ímpetus del mar, aseguran al hombre laborioso el pacífico dominio de ese móvil elemento y lo sujetan a su indisputable servidumbre; dó quiera escuelas que abren sus puertas a los ignorantes, abriéndoles las puertas del saber; puentes, caminos, ciudades embellecidas; y, por fin, el suntuoso Palacio ofrecido a la industria para sus nobles y provechosas lides.... He ahí, señores, bosquejada a grandes rasgos la vida administrativa del inolvidable Presidente del Perú.

Si en este luminoso cuadro, algún ojo austero descubre imperfección, verá también gloria: tal es, señores, nuestra condición presente: la rosa tiene espinas, la luz tiene sombras, el sol tiene manchas. En la tierra no hay otra gloria pura, que aquella que, no cabiendo en este mísero valle, vive siempre peregrina, siempre llorando, hasta que

le sea dado tocar con sus plantas la frente de los astros y ceñir sus sienes con una aureola de inmarcesible luz.

Mas, en lo terreno, hallaréis por todas partes defecto, descubriréis la pasión que exalta, el error que ofusca, la miseria que abruma.

Y hoy, que apenas respiramos, después de la inmensa catástrofe que ha cubierto de luto al Perú; hoy, señores, el buril de la Historia inmóvil está, mientras que la Patria afligida y temblorosa dá expansión a su justo dolor.

Todos vosotros, señores, habéis sido testigos de los extraños y abominables procederes que nos han conducido a esta dolorosa situación. No tengo para qué recordar fechas ni nombres: las primeras están en la memoria de todos, los segundos. . . . . .leguémosle al olvido, si, al eterno olvido! El recuerdo de los grandes hombres moraliza los pueblos; el de los atentadores contra sus derechos, sirve solo para enconar heridas, vertiendo hiel sobre el corazón. Es bueno hacer memoria de los primeros, por que su grandeza despierta en nuestra alma el recuerdo de Dios; bueno es olvidar a los últimos, por que nos hacen acordar.... de Luzbel.

Preso el Excmo. señor Coronel Balta en el Palacio de Gobierno, desplegada en los aires una bandera de rebelión, ocupada la ciudad por la fuerza, acaudillada esta por hombres que, al hacerlo, faltaron a todos los deberes del ciudadano, del soldado y hasta al deber de la gratitud, un sentimiento general de sorpresa y de horror se apoderó de todos los ánimos; cesaron todas las garantías, los legisladores fueron arrojados del inviolable recinto de sus deliberaciones, huyó la confianza, y la sociedad entera comenzó a sufrir indescriptibles angustias. Todos los espíritus presintieron la desventura que nos amenazaba.

Es cierto que nadie creyó que pudiera sostenerse por mucho tiempo un poder, que se alzaba sobre el deleznable cimiento de la arbitrariedad y de la usurpación, y que ostentaba, como única fuerza, la fuerza material que no puede, no, dominar las sociedades, desde que la suave luz del Evangelio ha hecho conocer al hombre su dignidad, y ha establecido el gobierno de los principios como el único posible entre seres racionales, a quienes solo puede ligar la santidad de la ley.

Mas, si nadie creyó en la estabilidad de un poder tan violento como efímero, todos temieron por aquella preciosa vida, bruscamente cor-

tada poco después por una mano aleve, en la oscuridad de un calabozo en medio del atroz tormento que han podido revelar esos inertes despojos!

Ved ahí, señores, la víctima inmolada por las más innobles pasiones. Ved esa frente, cuya serenidad no turbó el peligro en ocho batallas, seis acciones de guerra y en el glorioso combate que renovó los laureles de nuestra independencia. Ved ahí al que prefirió las pacíficas y modestas labores del campo a los azares de la política en una época anormal. Ese esforzado pecho, que tantas veces, henchido de entusismo, dió vigor al brazo para sostener la espada en defensa de nuestras instituciones, lo ha atravesado el plomo veloz; y aquellas condecoraciones militares cubren en este momento las heridas que abrieron la traición y la ingratitud: es el triunfo de la gloria sobre el crimen!

No puedo más, señores. Me siento hondamente conmovido. Podría dominar mi propia pena: me abruma el sentimiento de la Nación. De la Nación que llora a su primer magistrado, a un campeón valiente, a un bienhechor infatigable, a un hijo, esposo y padre ejemplar. El duelo es general, señores: y, ante la majestad de él, la voz humana es impotente, la elocuencia está en los corazones desgarrados, en las frentes mustias, en las cabezas que se inclinan, en los ojos que lloran, en los labios que enmudecen. . . . . .

II

Y, ahora, enjuguémonos nuestros mojados párpados, y procuremos aprovechar la lección que la Providencia nos ha dado con estos acontecimientos. ¡Terrible, espantosa lección, señores; pero de sumo provecho, si hay corazones dóciles y mentes despreocupadas para entenderla y guardarla!

Ante todo, hemos visto un signo consolador: es la actitud de la sociedad después que se consumó el atentado contra leyes y contra la autoridad pública. Los que lo llevaron a cabo se hallaron abismados en una soledad espantosa, que, indudablemente, los desconcertó en sumo grado y fué el principio de su derrota. La fuerza material con que contaban no era, en su concepto, suficiente para sostenerlos. No tenían en su apoyo la justicia, y tenían contra sí el mudo, pero elocuente, anatema social. Hombres dignos, a quienes llamaron para

que los acompañasen en su política, huyeron de ellos, haciéndoles sentir, cada vez más el vacío que el crimen había creado entre sus consumadores y la sociedad entera. Y este, señores, es un síntoma de salud. Mientras que el sentimiento del deber, el respeto a la ley y a la autoridad, la estimación de la dignidad propia animen a un pueblo, tiene en ellos, más que en la fuerza, segura garantía de que no caerá del puesto que le ha asignado la Providencia, para ir a doblar su rodilla delante de un tirano. Pero, entendámoslo bien, señores: así como estos elementos han reaccionado moralmente contra los desgraciados autores del atentado que deploramos, así también es cierto que, si la sociedad no hubiera contado con fuerzas tan nobles, posible y muy posible era lo que, gracias a Dios, no ha sucedido: que aquellos hombres hubieran durado en el poder para vergüenza y oprobio del Perú. Los tiranos son el castigo de los pueblos; son la pena de sus faltas contra la moral, faltas que enervan el carácter y hacen soportable aquel ominoso yugo. Hemos visto, no ha mucho, en America más de una tiranía, que se ha sostenido en pueblos tan viriles como el nuestro. Y esto, por qué señores? Porque basta un hombre de un temple no común, y a quien el espíritu del mal seduzca, para llevar a cabo un plan inícuo, y perpetuarse, si halla cómplices que le ayuden en la realización de sus designios. No le detendrá el temor de la ira popular, porque ese temor es remoto, y la tentación es próxima, y queda siempre al tirano la esperanza de salvar la vida, y de ir a disfrutar de sus exacciones en apartada región. Puede equivocarse, porque Dios puede entregarlo al castigo antes de lo que imagina; pero es cierto también que basta una ilusión que le halague, para que se lance a consumar su atentado. Lo que no podrá vencer nunca para asaltar el arca de las libertades públicas es la barrera más que de bronce, que le opongan hombres honrados, firmes, dignos, inmutables en su propósito de no cooperar a la iniquidad. Entonces se hallará solo como Cain; huirá, porque todos verán en su frente una mancha indeleble, un signo que los alejará de su trato y consorcio.

Y esto es lo que ha sucedido; para bien nuestro, desde los primeros momentos en que se consumó el crimen de lesa patria. Estaba herido de muerte al nacer; lo había herido la reprobación social: sufrió el vértigo, y cayó en el abismo.

Mas, para que un pueblo sea fuerte y digno, necesario es de todo punto que se inspire en la enseñanza del Cristianismo, que retempló el

humano corazón en tres siglos de martirio. Fuera de la Religión cristiana, señores, el hombre degenera de día en día, las pasiones tiranizan su corazón, su mente no se eleva a conceptos sublimes, no tiene brújula para navegar por el agitado océano de la vida, vientos impetuosos le precipitan, y va a estrellar su frágil barca contra el primero de los innumerables escollos que cruzan su camino. La historia nos lo enseña. El Paganismo redujo a un gran pueblo a la condición abyecta, sin que le valiese para evitarlo el triste ejemplo de otro que le precedió en la ruina. Roma pagana vió disolverse a Grecia, pagana también; y poco después ese grande y esforzado pueblo no pedía sino pan y espectáculos. El César podía dormir tranquilo, si sus graneros se hallaban repletos, si sus bestiarios guardaban bastantes fieras, y la arena del circo se enrojecía frecuentemente con la sangre de los gladiadores, quienes, antes de morir satisfaciendo los imperiales caprichos, le saludaban por la última vez. A tiempo llegó el Cristianismo para levantar a Roma pagana, romper los vínculos que la ligaban a los afeminados emperadores de Bizancio, y hacer retroceder el caballo de Atila, que secaba la yerba donde ponía su casco. Las sociedades, señores, no tienen otra alternativa: o cristianismo, o barbarie. Y si hasta hoy el Perú ha podido salvar de los peligros de la tiranía y de los peligros de la demagogía, es porque su Religión le ha enseñado que no debe doblar la cerviz delante de un tirano, ni desconocer los derechos de la autoridad, que son la garantía de los derechos de todos. Rodeemos, pues, de respeto a la autoridad, y ella nos respetará también; por que, teniendo que estimarse, tendrá en mucho la estimación social. Verá que, al ofendernos, se ofendería a sí misma, y que el anatema de un pueblo honrado la heriría más profundamente que el plomo o el acero, porque heriría su alma, su conciencia, su dignidad, objetos a que no alcanzan sino las armas del espíritu.

Contemplemos ahora los designios de la amorosa providencia de Dios sobre nosotros.—Es indudable, señores que nuestro llorado Presidente ha pagado con su vida el rescate de la patria. Todos saben que la noticia de su muerte fué el rayo que anonadó al usurpador, el relámpago precursor de esta tempestad que purificó nuestro cielo, el trueno que difundió por todas partes la alarma de salud. Si esta víctima, que ya lo era bastante con su prisión ignominiosa, hubiera sido respetada por sus carceleros, la situación horrible por la que atra-

vesábamos habría podido prolongarse: ¡Dios sabe hasta cuándo!, o por lo menos, desenlazarse después de las agonías del Poder que, en sus extertores, habría puesto en peligro los más caros intereses del Perú. Ese Poder no ha muerto por consunción, más o menos rápida, cual morir debía; ha caído súbitamente, anonadado por un rayo, el rayo de la indignación general que produjo su horrible atentado. Y, antes de caer visiblemente, había sucumbido ya por la conciencia, por el peso abrumador de su estupendo crimen.

Esta víctima, pues, ha sido inmolada en el altar de la patria: su sangre ha economizado la sangre de muchos; y, a medida que se acortaba su aliento vital, el Perú iba repirando más libre, por la indignación que esta muerte hacía estallar en su noble pecho. Proféticas, señores, inspiradas fueron las palabras que el ilustre Presidente dijo, al trasponer el dintel de su palacio: "*Pueblo, muero por la patria*". Tal vez el ángel custodio las insinuó en su espíritu, para que sus labios nos dejaran ese breve testamento de amor, de abnegación, de heroismo, que no olvidaremos jamás, para honrar su memoria, para inspirarnos en su generosidad, para asociarlo a nuestra grandeza, cimentada en ese día con la efusión de su sangre y el sacrificio de su vida.

Piadosamente creemos que Dios le haya recibido en el seno de su Misericordia. Un sacerdote llegó providencialmente a asistirle en el tremendo trance; alcanzó a exhortarle al perdón y al arrepentimiento, palabras sublimes, que son la más bella síntesis del cristianismo; pronunció sobre él la sagrada absolución; y, un momento después, del Presidente del Perú no quedaba sino un cadáver—Dios quiso corresponder visiblemente con aquel oportuno auxilio al que se portó siempre como hijo primogénito de la Iglesia peruana, dando de ello claras muestras con las cien obras que nos ha legado su celo. El templo que nos cubre hablará de él a nuestros pósteros; cubre también sus restos mortales. . . . .

He ahí, señores, lo que nos ha quedado de tanta autoridad, de tanta grandeza, de gloria tanta. . . . Pálidos despojos, que no se animarán sino el día de la resurrección de la carne; pero despojos elocuentes que, reuniéndonos al rededor de ese féretro, nos dan una lección más sobre la vanidad de las cosas humanas, sobre los peligros que corre nuestra vida política, sobre la necesidad de respetar la ley y a la autoridad que es su ministro, sobre la intervención de la Providencia para salvar a los pueblos, que aún no se han hecho indignos

de la compasión de Dios; y, por último, sobre el juicio tremendo por el que debemos pasar todos, ante un tribunal incorruptible, ante un Juez que todo lo escruta, que juzga a las mismas justicias, y cuyo sólio, asentado sobre los querubines, y velado por las rendidas alas del serafin, no pasará, permanecerá eternamente, dominará siempre de generación en generación. . . .

Dios del Perú! adoramos tus secretos, admiramos tus designios, agradecemos tus beneficios; y al traves de nuestras lágrimas, osamos mirarte suplicantes, para implorar que el alma de nuestro llorado Presidente descanse en paz.

Honras fúnebres por el descanso eterno del Contralmirante Miguel Grau y sus gloriosos compañeros (*) : - : - : - : -

Considera... pro his, qui mortui sunt super excelsa tua vulnerati.

Contempla, oh Patria, a los que heridos murieron sobre tus altos.
2o. Libro de los Reyes, Cap. I, v. 18.

Excmos. Señores:

Señores Iltmos. y Rvmos:

Señores:

El Infortunio y la Gloria se dieron una cita misteriosa en las soledades del mar, sobre el puente de la histórica nave, que ostentaba,

---

(*)—Más que una oración fúnebre, ésta de Monseñor Roca es la elocuente consagración de nuestro héroe epónimo que forjara en el mar, y con Bolognesi en el morro legendario las dos hazañas de gloria más hermosa que ostenta nuestra querida patria. Querida patria a la que amó entreñablemente Monseñor Roca, sin dejar perder ocasión de expresar, en las más bellas frases, ese amor que fluía a raudales de su corazón de patriota.

orgullosa, nuestro inmaculado pabellón, tantas veces resplandeciente en los combates.

El Infortunio batió sus negras alas, y, bajo de ellas, irguióse la Muerte, para segar en flor preciosas vidas, esperanza risueña de la Patria. Empero, cuando aquella consumaba su obra de ruina, apareció la Gloria, bañando con su purísima luz el teatro de ese drama sangriento; a su lado, se alzó la Inmortalidad para ceñir, presurosa, con inmarcesibles coronas, las altas frentes que no se doblegaron ante el peligro, y mantuvieron siempre frescos los laureles, con que las ornara la Victoria.

A tí, Patria mía, los ofrecieron en esa hora suprema. A tí los enviaron las piadosas manos de aquellos héroes, antes que las tornara inmóviles el hielo de su improvisada tumba. A tí los devolvieron, como una herencia de honor, que hará fecunda tu gran corazón, hoy reciamente probado por la pérdida de tan buenos hijos, y hoy doblemente esforzado por su grandioso ejemplo.

Enjuga, pues, tu materno llanto, . y mira extática a los que murieron por tí.

Asómbrate, al contemplar el arrojo de esa pléyade de bizarros defensores de nuestra honra, de nuestra integridad territorial, del equilibrio americano, de la Justicia, amenazados por un enemigo que solo fía en la fuerza material para ultrajarlos; y que, desplegando esa fuerza, incomparablemente mayor que la de nuestra nave sacrificada, no se adueña de ella, sino pasando por entre cadáveres, y disputando al abismo un casco roto y ensangrentado, pobre trofeo de tan efímero triunfo.

Asómbrate, al recordar esa lucha, en la que nuestros enemigos son gigantes por el poder de su flota, y nuestros marinos, gigantes por la grandeza del corazón.—Doce cañones formidables, que montan dos naves poderosas, sin que contemos otras bocas de fuego de las que les acompañan, y que también amenazan con el estrago y la muerte, disparan sin cesar sobre un Pequeño barco, que solo tiene dos buenos cañones para responderles.

Y, no obstante, nuestra nave es fortísima, es superior, es invencible.... por el esfuerzo y bizarría de los que la tripulan. MIGUEL GRAU, que es su alma, ha comunicado a sus dignos compañeros el sagrado fuego que le devora, y se lanza con ellos, como un

león acosado, contra los que le dan caza, acometiéndoles con sus terribles dentelladas. . . . .

Mas, ay! el León cayó, derribado por los proyectiles del enemigo; y cayeron en redor de él todos los que vivían de su vida. El alma del "Huáscar" voló al cielo, a la patria de los inmortales, y llevó en pos de sí tantas almas que se identificaban con ella por el valor indomable, por la audacia temeraria, por la incontrastable serenidad, por el amor patrio llevado hasta el delirio; por el heroísmo, que les convirtiera en brillante guirnalda de soles para ceñir la frente del Perú, irradiar sus destellos sobre el mundo, romper la niebla de los tiempos, y decir a la Historia: "Escribe y llora". "Escribe una acción heroica; .... y llora el valor desgraciado"!!.. . ...

A nosotros toca, señores, honrar la memoria de esos mártires del honor nacional, y grabar sus nombres en nuestras almas, aún antes que en el mármol y el bronce, que los darán a conocer a las generaciones futuras. A nosotros toca ofrecer por ellos, no una, sino muchas veces, el adorable sacrificio de esa Víctima inmaculada, que acaba de inmolarse sobre el altar, y cuyos infinitos merecimientos les alcanzarán la Visión divina, único premio digno de su amor heroico.

Ese amor le inspiró el hecho generoso, que se impone a nuestra admiración profunda y a nuestra gratitud eterna.

Y ese hecho traza al Perú una senda de gloria, que debe recorrer hasta su término.

Admiración y gratitud; imitación del heroísmo: he ahí, señores, las grandes lecciones que se desprenden del combate en que sucumbieron noblemente el ilustre CONTRALMIRANTE DON MIGUEL GRAU y sus compañros de infortunio y de gloria.

I

En la mísera, tristísima condición a que se vé reducida la naturaleza humana desde que se manchó con la primera culpa, nada grande, nada glorioso puede hacer, sino por la inmolación más o menos costosa de sí misma. Es una ruina, señores; y no puede ostentar un hermoso monumento, sino quedando sepultada debajo de él.

Nuestro adorable Redentor, que vino a reparar esta ruina, dijo de sí propio: "En verdad, en verdad, os digo, que si el grano de

trigo, que cae en la tierra, no muriese; él solo queda: más si muriese, mucho fruto lleva. Y si yo fuese alzado de la tierra, (en la cruz) todo lo atraeré a mí mismo".

Si aquella naturaleza, en lo humano perfectísima, y que hallábase además unida hispostáticamente a la divina naturaleza en la persona del Verbo increado, hubo menester de inmolación, de sacrificio cruento para hacer fecunda la misión del Redentor y atraer los hombres a su doctrina: ¿cuánto no será necesario a los pueblos el hallar hombres que se sacrifiquen por ellos, si esos pueblos han de elevarse a la altura de sus providenciales destinos? ¿Si no han de ser borrados del catálogo de las Naciones dignas, libres, independientes?

Hay redenciones temporales, que Dios encomienda a hombres escogidos por su Sabiduría, dotados por su Bondad, fortalecidos por su Poder. En el órden político como en el moral, esos redentores siguen, aunque de lejos, las luminosas, a la par que sangrientas, adorables huellas del divino Redentor del mundo. A su ejemplo, se inmolan por la salvación del pueblo: y, aunque su misión no sea sobrenatural, ni se extienda hasta los confines del Orbe, ni resuciten gloriosos sus cuerpos al tercero día después de su muerte, hay en ellos, sin embargo caracteres que les asemejan al sublime tipo de toda virtud, a Jesucristo nuestro Señor.

Mártires de diverso orden que los que han vestido y continúan vistiendo con su propia púrpura a la Esposa del Rey inmortal de los siglos, pertenecen, no obstante, a la misma escuela, por que obedecen a la misma inspiración: se *sacrifican* por la salud de su pueblo, como se inmolan aquellos por continuar la obra del Redentor del linaje humano; gustan del amargo cáliz, que el Salvador presentaba a sus discípulos; y ofrecen al Padre eterno sus vidas, declarando así que la Caridad, que el Hijo de Dios trajo a la tierra, ha transfigurado sus almas, enalteciéndolas con sus celestiales influjos. "Nadie ama más, que aquel que dá su vida por sus amigos" ha dicho el Soberano Maestro.

Por eso, la veneración, la gratitud, el amor de un pueblo, rodean su memoria, sirviéndole de sudario precioso; y ese pueblo les ofrece en su inmenso corazón un sepulcro, que se abre pocos días después a impulsos de una vida nueva. Piérdense entonces las líneas materiales, de su fisonomía, y aparecen los mártires flotando entre nubes de glo-

cia imperecedera. Salvan, raudos, los espacios, y se imponen al respeto y a la admiración del mundo.

Al Perú, nación cristiana y generosa, no le han faltado nunca esos hombres extraordinarios, destinados a la expiación para el engrandecimiento de su Patria. En la época de nuestra emancipación del coloniaje los hubo en gran número, y la independencia del Perú es ya un hecho que cuenta más de medio siglo; hoy se abre una nueva era, y en su primera página resplandecen los nombres del Contra-Almirante Grau y sus abnegados compañeros.

De Grau, señores, que se identifica con ellos en la gloria y en el infortunio, por que los escogió, con ojo certero, para la grande empresa que su alma, aún más grande, asumiera junto con el mando de la histórica nave, esperanza halagüeña de la Patria, objeto de la expectación y de la simpatía universal, fantasma aterrador de nuestros enemigos. No separaré, pues, a los que veo estrechamente unidos en el momento supremo de tribulación y de honor para el Perú: La Justicia no me lo perdonaría; y la sombra del generoso Contralmirante se alzaría severa delante de mí, para pedirme cuenta de ese arbitrario divorcio.

¡Su sangre se ha mezclado con la de los suyos en ese horroroso combate; y sus almas han vestido el luminoso ropaje de una misma gloria!

El era un águila, que enseñaba a sus polluelos a volar a las cumbres de la humana grandeza; era un león, que adiestraba a sus cachorros en la lucha: y que solo debía sucumbir cuando el cansancio rindiese sus potentes alas, o cayese en una celada, cual suele acontecer al Rey del desierto. Y puesto que David deploraba la muerte de dos grandes capitanes de Israel. improvisándoles este sentido epitafio: "Más veloces que las águilas, más fuertes que los leones", justo es que el Perú arrebate hoy a su sagrado plectro ese robusto gemido, y diga por mis labios que los ilustres marinos, cuyo sacrificio le arranca sollozos de dolor y de indignación, se lanzaron al combate raudos como las águilas, y cayeron no pocas veces sobre el enemigo, para hacerle pagar bien caro su temerario reto: le sorprendieron, le destrozaron, o apresaron sus naves, sembrando por doquiera la consternación y el espanto; y luego, con la audacia del león, se expusieron a sus tiros mortíferos, desafiando su cólera y provocando su venganza.

¡Combate de Iquique, sorpresas a los puertos de Chile, valiosas capturas de naves mercantes y de guerra! Todo esto ejecutado en mares que surcaban constantemente las poderosas naves de los contrarios; y ejecutado con una seguridad, con un arrojo, con una pericia incomparables, tenía ya conquistado a los tripulantes del "Huáscar" merecido renombre, y hacía que les contempláramos como águilas de la guerra, y aún más veloces que las mismas águilas *aquilis velociores*

Mas, el haber desafiado el formidable poder de las fortalezas, paseando una frágil nave a tiro de pistola de las baterías de Antofagasta y de Caldera, en su primera y segunda expedición; el haber roto audazmente el bloqueo del puerto de Iquique y sostenido recia lucha con una parte de la escuadra enemiga; el haber aceptado el combate a que le provocara un poderoso blindado, que seguía sus aguas y que retrocedió ante su bravura; y, por último, el combate con los fuertes y naves de guerra, surtas en Antofagasta, el 28 de agosto, combate en que se aunaron felizmente el arrojo y la pericia: todo esto, señores, ¿no es verdad que pregonaba a esos ilustres guerreros, honra de nuestra Patria, más fuertes que los leones, que no cuentan ni el número, ni la fuerza de sus contrarios, *leonibis fortiores?*

Y ahora apartemos estos gratísimos recuerdos, y entremos resueltamente a contemplar nuestro infortunio y nuestra gloria.

Ninguno de vosotros ignora la última expedición del histórico Monitor a la costa enemiga. Si esa expedición fué aconsejada por la prudencia o la temeridad; si era mayor el riesgo que el provecho, que de ella pudiéramos prometernos; si el gorioso bajel había perdido poco o mucho en sus condiciones náuticas; si el esforzado contralmirante preveía inminente el peligro, o se halagaba con un resultado feliz; si hubo tristes o risueños presentimientos: no lo sé; ni he sido parte a averiguarlo; ni creo posible descubrirlo en estos momentos de indignación y de dolor; ni me parece patriótico escudriñar hoy estas cosas; ni echar miradas retrospectivas en la hora de la catástrofe, que demanda al Perú unión, concordia, serenidad, abnegación y constancia para reponerse de su momentáneo quebranto, y lidiar sin tregua por el triunfo de la Justicia, que es el norte de las aspiraciones de dos grandes pueblos aliados.

Dejemos, pues, aquellos antecedentes, ocasionados a sospechas

y recriminaciones quizás injustas; dejémoslos, mientras que se esparce sobre ellos la luz necesaria para fallar con rectitud, y no pecar por lijereza o prevención de ánimo en asunto tan grave; y trasladémonos al teatro de una de las catástrofes más sentidas que registran los anales de la guerra.

Después de una marcha de varios días hacia los puestos del enemigo, y de haber visitado algunos de ellos, sin que ocurriese nada digno de mencionarse, a excepción del apresamiento de un bajel de comercio, que fué enviado a nuestro puerto principal; y cuando nuestros bizarros marinos regresaban al de su partida apareció en el horizonte el humo que despedían varias naves de guerra; y, desde ese momento, comenzó el horrible drama, cuyo recuerdo entorpece mi lengua, anubla mi mente y desgarra mi corazón.

Perseguido nuestro monitor por una división de la escuadra de Chile, a cuya cabeza se halla uno de sus más fuertes blindados, hace indecibles esfuerzos por esquivar un encuentro que tiene que serle funesto.

El verdadero valor es prudente, y no se expone a un sacrificio estéril: solo cuando es inevitable la lucha desproporcionada o la deshonra, opta por la lucha, fiando a Dios providente el triunfo de la causa que defiende con fuerzas materiales exiguas.—Tal fué, señores, la conducta de los primeros mártires, durante los tres primeros siglos de persecución que afrontó la Iglesia. No se expusieron a una muerte segura (salvo muy raros casos de divina inspiración); y se separaron en los bosques y en los desiertos, firmes en su fé y constantes en la resolución de sacrificarse por ella siempre que el Señor les manifestase su divino decreto por el curso de los acontecimientos. Mas, cuando no podían evitar el martirio sino por la apostasía; cuando su fé era puesta en ineludible prueba, entonces, valerosos, serenos, impávidos, desafiaban los tormentos y la muerte, en cumplimiento de un deber sublime, y con la esperanza, que sonreía a Tertuliano, de que su sangre, generosamente derramada, fuera fecunda semilla de nuevos cristianos.

Nuestros nobilísimos adalides obedecieron a la misma inspiración. Retemplado su espíritu por la Religión y el Patriotismo, vieron, con ojos claros y corazón sereno, acercarse el momento solemne de su inmolación gloriosa. Cuando sus hábiles maniobras estaban a punto de salvarles, apareció, cerrándoles el paso, la segunda división

enemiga, encabezada por otro poderoso blindado. La salvación era ya imposible: había que escoger entre la muerte o la deshonra. Estaban solos! Y solos debian resolver ese dilema de vida o de muerte para el honor nacional.

¡Perdon, Dios mío! El dolor hacía que te olvidase por un instante. No, no estaban solos: por que tu presencia se había sensible en medio de ellos; por que Tú les ungias con tu aliento vivificador, y hacías latir sus corazones a impulsos del amor a la Patria, cuya chispa arrojó en ellos tu divina diestra; sopló tu Espíritu, y esa centella los abrazó. Al fuego activo, al fuego volcánico de ese incendio sublime, se consumieron los más dulces afectos: la esposa, los padres, los hijos, los hermanos y amigos desaparecieron del escenario del alma; y, sobre las cenizas de esos tiernos y fuertes vínculos, se levantó radiosa la augusta imágen de la Patria, bañando sus almas con suavísimos resplandores. Una voz secreta les decia, entre tanto: "dadme vuestras vidas, que yo os prometo la inmortalidad".

...."lo que es de la honra, de la gloria, y de la virtud de Dios, y lo que es de su espíritu, reposa sobre vosotros".

Al escuchar esas voces, ninguno vacila. El esforzado Contralmirante ve llegada la hora que el Cielo ha señalado al heroísmo, y, levantando su noble corazón a Dios, ofrece su vida en holocausto por el Perú.

Vuelve a él los ojos y exclama:

"Contempla a los que mueren por tí".

Dice; y con rápida maniobra encamina su gloriosa nave al lugar único en que puede combatir. La orden de hacer fuego sobre el enemigo sale de la torre de mando, y el estampido del primer disparo es saludado por los nuestros con entusiastas vivas al Perú......

¡Dios de bondad! Justicia infinita! Providencia adorable! ¿Salvarás nuestra gloriosa nave? O ¿permitirás que venzan nuestros enemigos, que le han preparado esa celada sin nombre?

Mira, Señor, el derecho que ampara al Perú; su noble proceder antes de la lucha; sus ardientes votos por la paz; su mediación generosa y fraternal; su varonil aceptación de un reto, que no debía esperar, y para el que no estaba preparado. Mira la abnegación, los sacrificios de sus buenos hijos, que dispuestos se hallan a inmolarse por el triunfo de la Justicia y de la dignidad nacional......

Ve que se han puesto bajo de tu protección, y que han llevado

con amor a su pecho el símbolo sagrado que la Religión les brindara para defenderlos. Ellos no confían en la fuerza, sino en Tí, fortaleza invencible, e interponen en su favor la mediación de la dulce hermana, de la fragante Rosa, con que te plugo engalanar el suelo del Perú.......

Atiende, Señor, las súplicas de tantas almas piadosas, que no cesan de rogarte, de día y de noche, hasta llegar a ser santamente importunas.

Premia, ahora, Dios mío, la caridad del valiente marino y sus esforzados compañeros, que salvaron, vistieron y alimentaron a los náufragos de la "Esmeralda", tornándose mansísimos corderos después de haber peleado como leones, en las mismas aguas en que nuestros náufragos eran asesinados por los disparos de un bajel enemigo; en las mismas que contemplaron sucesivamnete el bombardeo e incendio de la inerme Pisagua, el fuego mortífero hecho sobre convoyes de mujeres y de niños, y el bombardeo nocturno de Iquique, en el que perecieron niños y mujeres que dormían: todo esto, Dios mío, precedido y seguido de la hospitalidad caballerezca, cristiana dispensada a los marinos náufragos de Chile, que se rindieron al "Huáscar" con el grito de "¡ Viva el Perú generoso!"

Mira que el Perú y Bolivia se han unido, solo por defender su dignidad e integridad territorial, ultrajada la una, violada en parte la otra, en provecho de intereses materiales, mezquinos, egoístas, que ya han hecho vestir de luto a las familias de uno y otro bando.....

¿Darás, acaso, el triunfo al injusto agresor?......

¿Quién puede penetrar, Señor, tus *juicios que son abismos de abismos,* ni recorrer tus caminos escondidos a nuestra débil mirada, *tus caminos, que no son los caminos de la humana prudencia?* Sabemos tan solo que abates para ensalzar, que castigas para corregir o regenerar; y que, si el impío llega a exaltarse como el cedro del Líbano, un momento después, en un volver de ojos, desaparece como la débil arista que arrebata el huracán. Sabemos que Tú mortificas y vivificas, que hundes en el sepulcro, y sacas luego de él a los que ya contemplábamos como su abandonada presa.

Estamos, pues, en tus manos adorables; y, por recia que sea la prueba, la soportaremos con valor y con resignación cristiana: *Nos humillaremos bajo de Tu mano poderosa.... y esperaremos a la sombra de tus alas .. ..*

Después de cerca de dos horas de lucha desesperada, y, me atrevo a decir, por sus condiciones, única en los fastos de la marina universal: lucha en la que nuestro débil monitor hizo prodigios de arrojo y de pericia; después que cayeron, uno tras de otro, los Jefes y aún los oficiales que se sucedieron en el mando de esa gloriosa nave; cuando ya esta no era sino una ruina flotante cubierta de cadáveres y de heridos, dominó la fuerza, ponderó el número, y el bajel destrozado, que consagró la sangre de los ilustres mártires de la Patria, fué presa del vencedor.

¡No le llevará, no, a desafiar solo el poder de temibles fortalezas para tomarlas mudas con su denuedo y sus disparos! Como el noble alazán del guerrero valeroso, que cayó en el campo de batalla, soltando la brida al generoso bruto, y que cae después en triste servidumbre, y extraña la mano que tiraba de su freno cubierto de impaciente espuma, y el acicate, que hería sus hijares para lanzarle sobre el opuesto bando, romper sus compactas filas y sembrar en ellas la muerte y el terror; y que, desde que perdió a su dueño, fué entregado a manos inexpertas y temblorosas; así el "Huáscar", señores, cuya fuerza eran Grau y sus bizarros compañeros, es hoy un cuerpo sin alma, un corcel de batalla que no tiene quien le guíe al peligro, y que consumirá sus ardorosos bríos solo por que se satisfaga la vanidad de su nuevo señor.

Mañana... pero lo porvenir es el secreto de Dios! Y los bizarros marinos, que sobreviven sin esperarlo y sin quererlo, que no faltaron al martirio, por que fué el martirio el que les faltó, hallarán, como los que murieron, dignos imitadores de su heroísmo.

Y ahora, que estoy a punto de abandonar al recuerdo, a la gratitud, a la admiración del Perú y a los encomios de la Historia los nombres queridos y venerables del bizarro Capitán y de sus compañeros de martirio y de gloria, séame lícito presentaros el bosquejo de su fisonomía, que aparece circundada por las muy nobles de sus Tenientes Aguirre, Ferré, Rodríguez, Palacios y demás víctimas sacrificadas por la honra de la Patria al pie de nuestro amado pabellón.

Miguel Grau era, señores, un guerrero cristiano. Hombre de fé, toda su confianza la cifraba en Dios. A Él atribuia el buen éxito de sus arriesgadas empresas. Le alababa como el Profeta-Rey; y, si tuviera en sus manos el harpa sagrada, le oyérais repetir: "Bendito sea el Señor mi Dios, en cuya escuela he aprendido el arte de pelear, y

vencer a mis enemigos". En lo más recóndito de su alma resonaba una voz profética, que le decía como a Gedeón, esforzado campeón de Israel: "El Señor es contigo, oh el más fuerte de los hombres..... Vé con esa fortaleza... Yo seré contigo".

De ahí nacía aquella su imperturbable serenidad en medio de los mayores peligros, que imponía la confianza en los que le obedecían, y le dejaba en aptitud de aprovechar todas las ventajas de su pericia, aún en aquellos momentos en que lo recio y arriesgado del combate suele desconcertar los espíritus de mejor temple.

La tranquilidad de su conciencia, dulcísimo fruto de una vida honesta, del ejercicio constante de las virtudes morales y cívicas, del cumplimiento austero del deber, de su inquebrantable resolución de sacrificarse por la Patria;—resolución que demostró, recibiendo con ejemplar fervor los Santos Sacramentos, y haciendo sus disposiciones últimas, antes de salir a campaña;—la tranquilidad de su conciencia, repito, mantuvo su espiritu sereno, aún en el momento en que vió inevitable la destrucción de su gloriosa nave, forzada a combatir contra elementos tan superiores a los suyos; esa tranquilidad le acompañó en la primera escena del sangriento drama (la única que contempló), y en la que su valor heroico, secundado por los oficiales y tripulantes más bizarros, hizo prodigios, arremetiendo con el ariete para destrozarla a una de las naves poderosas, que le hacía mortíferos disparos; y cuando estaba a punto de asestarle el golpe de gracia, que ya había sido esquivado por el rápido girar del enemigo; cuando se preparaba a exclamar con Isaías: "Miré al rededor, y no había auxiliador: busqué, y no hubo quien ayudase: y me salvó mi brazo, y mi enojo él mismo me auxilió", una bomba fatal rasga los aires, estalla, y destroza el busto del ínclito guerrero, arrebatándole de su puesto entre nubes de humo y entre arreboles de gloria! Así, murió el fuerte, el valeroso, el invencible Grau.

"No déis la nueva en Geth, ni lo publiquéis en las plazas de Ascalon: por que no se alegren las hijas de los Filisteos, ni hagan fiesta las hijas de los incircuncisos" . . . .

Sobre esos restos horrorosamente esparcidos, atrévome a colocar, con temblorosa mano, este epitafio de un ilustre Macabeo:

"Acrecentó la gloria de su pueblo, y se vistió de coraza como un gigante, y se guarneció de sus armas de guerra para combatir, y cubría los reales con su espada".

"Fué como un león en sus obras, y como cachorro de león que ruge en la caza".

"Y rechazó a sus enemigos por el temor que le tenían, y todos los artífices de maldad fueron conturbados: y la salud fué conducida en su mano". . . . . . .

Sí, señores: por largo tiempo él fué baluarte del Perú; por eso juraron abatirle nuestros enemigos, y le pusieron una celada, a semejanza de la que preparan los árabes del desierto al temido León; cayó en ella, y alzó, como el Rey de las selvas, su rostro impávido para mirar la muerte y desafiar a sus matadores.

Y ese león de crispada melena, de mirada centelleante, de rugido aterrador, de indomable fiereza en el peligro y en la muerte, era, en la victoria, dulcísimo cordero, paloma sin hiel. Salvador del náufrago, hospitalario y blando con el prisionero, tierno con el herido, con el vencido generoso, consolador de la viuda, remediador del cautivo.

Respondan, si no, los náufragos y prisioneros de Iquique, y los del "Rimac", y los heridos de uno y otro bando, y su nobilísima carta a la desconsolada viuda de un marino de Chile, y las eficaces recomendaciones suyas en favor de los prisioneros confinados en Tarma, a fin de que se les auxiliase con lo que hubieran menester para su comodidad y regalo, obligándose él a satisfacer el dispendio con su propio y escaso peculio.

Así cumplía ese guerrero cristiano las obras de misericordia, aunque no le fuera dado desamparar su puesto de honor en la campaña. Y ya Dios habrá dicho a su alma bendecida: *estaba en la cárcel y me viniste a ver.*

De su modestia solo diré que había inventado un delicadísimo artificio para sustraerse a la alabanza, a que le condenaban sus hazañas. Todo el merecimiento lo atribuía al "Huáscar", es decir, a sus valerosos compañeros. ¡Noble irradiación de gloria, que partiendo de una ilustre cabeza, vestía con sus resplandores a los miembros de un cuerpo, tan unido por los lazos del valor y de la fraternidad cristiana!

Y la modestia y la fraternidad le hicieron aplazar el uso de las insignias del alta clase con que la Representación Nacional del Perú quiso premiar, en parte, sus altos méritos. No le parecía haberse hecho acreedor a tanto, y aguardaba mejor ocasión para justificar lo que reputaba premio anticipado; ni quería tampoco abandonar el

mundo de la nave, a cuyos generosos tripulantes le unían tantos recuerdos y tan íntimo afecto.

Nada faltaba, pues, Señores, a ese hombre extraordinario: dulzura y energía, prudencia y audacia, pericia y valor, hombría de bien y civismo, entusiasmo y constancia; todo lo tenía. Aún la Gloria circundaba ya su cabeza con aquella aureola luminosa con que rodea á los héroes, y la Fama veloz pregonaba por do quiera sus hazañas. Una sola cosa, solo una hacia falta a su genial grandeza; y la halló antes de morir para que su grandeza fuese cabal. No le faltaba, señores, sino el último perfeccionamiento con que el infortunio pone de realce la virtud. ¡Y la catástrofe de Mejillones ha dado los últimos toques al esplendoroso cuadro de su vida! ¡Y ha envuelto en una onda de luz imperecedera, en una misma gloria, al bizarro Contralmirante y a sus dignos compañeros!

Miralos, Patria mía! míralos en lo alto, heridos y muertos por hacerte grande. Admira la grandeza de sus almas, y agradece eternamente el sacrificio de sus vidas. *Considera pro his, qui, mortui sunt super excelsa tua vulnerati!*

¡Víctimas generosas, sacrificadas en el "Huáscar". Vuestra inmolación heroica es una lección elocuente, que el Perú no olvidará jamás. Vuestros nombres pasarán de una en otra generación; y, cuando los pronuncien los que nos sucedan, se estremecerán sus entrañas por la gratitud, por la admiración, por la indignación santa que despierta vuestro martirio. Habéis caído para levantar al Perú a inconmensurable altura; sobre vuestros restos inanimados se asientan los cimientos del nuevo edificio de su grandeza: los brazos de los que sobreviven levantarán sus muros, y el Cielo le pondrá digno remate. Habéis caido, abandonando la profunda sima que separa a las naciones aliadas de la que ayer era su hermana, y hoy es su rival, su irreconciliable enemiga. Vuestra sangre, como la de Abel, acusa a los que la han vertido en la contienda más escandalosa que haya presenciado la América. Será semilla de mártires. Esa sangre hará resbalar al enemigo para que caiga, después que ha caído moralmente por la injusticia de su causa. Os ha inmolado la codicia; os ha sacrificado la envidia; os ha muerto el odio gratuito. Las sombras de Bolívar, Sucre, La Mar, San Martín, Necochea y demás próceres de nuestra independencia se levantan airadas para pedir á Dios la vindicta de esa noble sangre. Las Naciones Sud-Americanas se conmueven hondamen-

te al contemplar el drama sublime de vuestro inesperado martirio, y elevan á Dios sus votos por que restablezca el imperio de la Justicia, y enseñe a vuestros victimarios que una sola gota de vuestra noble sangre vale más que los tesoros que ambicionan, y que las lindes del Derecho tienen un baluarte invisible, que no se traspasa impunemente por ningun pueblo de la tierra. Mientras que nosotros rogamos a Dios por vuestro descanso eterno, y damos reverente culto a vuestra memoria, rogadle vosotros por esta Patria que tanto habeis amado, para que dé a nuestras huestes la victoria, y al Perú, que siga vuestras huellas, y conserve, glorioso, la tradición de vuestro heroismo.

REQUIESCANT IN PACE.

Honores póstumos a los mártires de la patria en la guerra del Setenta y nueve [*]

> **Quod est honoris gloriae, et virtutis Dei, et qui est ejus Spiritus, super vos requiescit.....**
>
> La honra, la gloria y la virtud de Dios, y su espíritu mismo, reposa sobre vosotros.
>
> **(1a. Epístola del Apóstol San Pedro, cap. IV, v. 14).**

¡Sombras ilustres de nuestros compatriotas, muertos en Iquique, Angamos, San Francisco, Tarapacá, Tacna, Arica y Huamachuco.. . . . !

A vosotros debo mi primera palabra en este día en que la Patria agradecida recoge, bañada la faz en llanto, vuestros despojos mortales y dá cita a las generaciones presentes y venideras por que hagan guardia de admiración y de respeto en torno de vuestro sepulcro —De esa tumba venerada, que atesora "el honor, la gloria, la virtud de Dios, y su Espíritu mismo, que reposa sobre vosotros.

Sí, sombras queridas, a quienes no me es lícito llamar por vues-

(*)—Oración fúnebre pronunciada por el Dr. Don José A. Roca en la Iglesia de La Merced el día 16 de julio de 1890, en las exequias celebradas en memoria de los mártires de la Patria.

tros nombres, por que no debo separar lo que Dios juntó en el sacrificio y en el heroísmo; os saludo con las mismas palabras, que dirigía un orador contemporáneo a otros mártires, adalides de una causa santa, como la que inflamó vuestros pechos, devoró vuestras vidas. . . . y sólo nos dejó ¡ay! esos inanimados restos, que vinieron ayer de remotos lugares a engrandecer nuestra Capital y a reflejar en su cielo la luz que irradiará vuestra tumba! A ejemplo de Simón el Macabeo, hemos decidido edificar sobre ella un monumento que diga a los viajeros: *"Aquí reposan los que murieron por su Patria y por sus leyes"*.

No soñé siquiera el ser llamado a tanta honra.—¡Otros mejor que yo, pudieran hablar dignamente de vosotros! Y además condenado, a largo silencio por una dolencia obstinada, hanse perdido ya los ecos de mi voz en nuestros templos, y hoy sólo resuena ella en esta cátedra enlutada, porque vuestro generoso sacrificio me inspira un aliento nuevo, y no podía yo rehusar mi débil concurso a estos honores, pues no rehusareis vosotros morir por mi patria querida.—¡Vuestro ejemplo me arrebata!, y aunque sólo sea precariamente, me siento fuerte al divisar desde aquí esos huesos, que se estremecieron á impulsos del más generoso de los amores.

Excmo. señor Presidente:
Ilmo. y Rvmo. señor Arzobispo:
Ilmos. y Rvmos. señores Obispos:
Honorables señores:

¡Perdonadme! ¡os había olvidado por saludar a los héroes!. . . He interpretado los sentimientos de respeto, de veneración, y de ternura, que agita en este momento vuestros corazones; y creo que, fácilmente, me concedereis que les debía el primer lugar.

Imitadores de los primeros cristianos, habéis recogido los venerandos restos de los mártires de la Patria, como ellos recogían los despojos sagrados de los mártires de Cristo. Y, pues los imitaron, sellando con su sangre la profesión del primero de los amores después del amor a Dios, imitais también vosotros a sus piadosos cultores, tributando honras a ese polvo de héroes que, sepultado en nuestra Necrópo-

lis, germinará fragantes flores de inmortalidad, con cuyo aroma han de fortalecerse los pechos de las generaciones que nos sucedan.

Y no obstante que los sentimientos de gratitud de todos los peruanos, traducidos por el Legislador y llevados a la práctica por el Ejecutivo de la Nación, son la causa a la que, naturalmente, debemos atribuir esta solemnidad; aún tiene en ella no pequeña parte y claro designio la Providencia divina, que rige y gobierna las Naciones por sobre las voluntades de los hombres: "Ella lo dispone todo suavemente, y alcanza sus fines con fortaleza inquebrantable (a)." Y quiere, á mi ver, ponernos por delante de los ojos los estragos de la guerra, en una de sus más conmovedoras formas, por que no volvamos a lanzarnos impremeditadamente en ese abismo de males y de venturas, parece que nos dijera, haciendo lenguas de aquellos inanimados, preciosos restos: "Ved lo que cuesta la guerra! ¡Evitadla, pues, en lo porvenir, con una política sabia, previsora y de conciliación, hasta donde fuere posible; hasta, y sólo hasta el punto en que el honor lo consienta; no lo declaréis, ni la aceptéis, sino en el último extremo;y ese extremo ¡ah! evitadlo, como el nauta ve desde lejos, y evita el escollo! Y cuando no la podais evitar, cuando se hagan vanos todos los honrosos procederes entonces . . . . . de ellos aprended a morir. . . "

En una palabra, señores:

Ante esa vastísima tumba, meditemos en los horrores de la guerra, el mayor de los males que puede afligir a un Estado, aunque haya de sonreirle la Victoria.

Y no nos apartemos de este cenotafio, sin pedir a las recordadas víctimas que nos comuniquen el sagrado fuego del amor patrio, por que el ejemplo de tantos leales sea a nosotros poderoso estímulo para seguir sus huellas en la senda del sacrificio.

Honremos, así, señores, a todos los valientes, cuyos restos sepultamos ayer.

I

Pasaron ya, señores, pasaron quizás para no volver nunca, los tiempos de las luchas caballerescas, de los combates singulares, en los que dos nobles adalides de opuestos bandos se citaban al campo del

(a)—Libro de la Sabiduría, Cap. VIII.

honor, partían lealmente el terreno y la luz, y lidiaban como buenos, cuerpo a cuerpo, hasta caer alguno de ellos y aun los dos, acribillados de heridas y envueltos en su sangre.

Nobilísimos combates aquellos, en los que el cuerpo eran tan sólo instrumento del alma; y las armas, iguales por ambas partes, no daban el triunfo, sino al brazo más esforzado, al pecho más generoso, al corazón más grande.

Si esos tiempos fueran los nuestros, y con héroes de la talla de *Grau* en el mar y de *Bolognesi* en la tierra. . . . ¡Ah! señores no tendríais lágrimas que enjugar. . . .

Aquellos caballerescos y honrados tiempos ya no son; y el resultado de los combates hállase sujeto hoy a las frías leyes del cálculo. La Mecánica ha suplantado al valor antiguo; la fuerza de una máquina de guerra, al esfuerzo del guerrero; y el éxito de la pelea depende del calibre de los cañones, del espesor de las corazas, de la velocidad de las naves;—esto es, de la *masa, de la resistencia, de la cantidad de movimiento.* ¡Contra esos elementos tiene que estrellarse el ingenio, la pericia, el valor indomable! En los tiempos que fueron, el triunfo material como el moral pertenecía a los valerosos; y, en apretados conflictos, a los héroes, que son la personificación del valor sublime.

Hoy, señores, la materia domina de ordinario al espíritu. Hoy. . . . .se hace guerra entre los que ayer eran hermanos, porque a ella instigan los intereses encontrados en el desarrollo material de los pueblos. Hoy. . . . el derecho se desvanece ante la fuerza; la Religión la Filosofía, las Letras, son arrojadas afrentosamente del Templo de la Sabiduría: sus elevados puestos vense asaltados por ciencias, cuyo objeto es la materia en todas sus manifestaciones; y, aunque ese estudio sea de suyo bueno, no obstante, se ha hecho peligroso e invasor, porque los que piden sus secretos al Universo, pretenden *exclusivamente* para las ciencias de observación el cetro venerable de la Ciencia; y aun anhelan, no pocos, pasearlo con ignominia sobre las frentes que destellan las luces del espíritu y la luz del Cielo.—"Os hemos vencido, exclaman con orgullo. Todo lo sabemos, o lo sabremos en breve; podemos mucho, y lo podremos todo, por que estudiamos el átomo y la composición de los cuerpos; de lo que se ve, de lo que se palpa, de lo que se pondera". . . .

Entre tanto, la Providencia sapientísima de Dios, que saca siempre el bien del mal; y que sólo permite momentáneamente la prepon-

derancia de éste para preparar maravillosamente el triunfo definitivo de aquél; y los vanos alardes del error, para que la Verdad resplandezca más hermosa y amable. consiente, tolera, señores, esta situación dolorosa y precaria, este curso anormal de los sucesos, por que quiere acrisolar la Verdad y el Bien y que triunfen una vez más en el mundo, antes que su Diestra le entregue, desdeñosa, al fuego de la purificación.

Las catástrofes, que hacen correr nuestro llanto, se enlazan lógicamente con la que acabo de bosquejar en el orden moral.—Porque ellas no son otra cosa que la expresión antipática de esa preponderancia momentánea, que la materia ha llegado a adquirir sobre el espíritu. ¡Quiera Dios que el sacrificio de nuestros valientes haya conmovido las almas dormidas en ambos mundos, mostrándoles que aun puede el espíritu enseñorearse de la materia, y triunfar gloriosamente por el más generoso de los sacrificios, cuando aquella vence por una combinación prepotente, irresistible de sus fuerzas!

Mas, cobremos aliento, y contemplemos, en conjunto siquiera, los tristes sucesos que presenció el Perú en el curso de los años de 1879 hasta el de 1883.

Hubimos guerra señores; y esta calamidad, que suele ser tentación de algunos pueblos, tórnase dolorosa necesidad de otros. Quizás con mayor previsión y cordura la evitáramos en sus causas ocasionales, y aun estuviéramos apercibidos para soportarla con desventaja; con menos irreflexivo entusiasmo, hubiéramos dejado más libre la acción de nuestros gobernantes para conjurarla, siquiera por el tiempo necesario; y ellos habrían podido allegar los recursos indispensables para hacerla con menos quebranto; y aún no asistiéramos hoy a esta fúnebre ceremonia, sin gustar el dulcísimo consuelo de ver ceñidas de laurel todas esas despojadas frentes, que contemplamos, en su mayor parte, cercadas de espinas.

Hubimos, pues, guerra cruda prolongada y desastrosa. Parece un sueño, una pesadilla horrible de la que quisiéramos despertar, porque se disipase, que en el último tercio del luminoso siglo en que vivimos, y en el que la ciencia del Derecho ha efectuado conquistas preciosas en el campo de la discusión pacífica y razonada—no siendo la menor de ellas "la declaración de la *neutralidad* de los heridos y enfermos en los campos mismos de batalla";—parece increíble, repito, que tres pueblos, ayer no más amigos y hasta hermanos, se dejasen poseer de un vértigo fatal, cabe la honda sima que, improvisamente, abrióse

ante sus plantas, y se precipitasen en ella, sin haber agotado los remedios que sugerían una política sana y una amistad antigua, que debían fortificar tantos comunes vínculos.

¡Horrible sueño! ¡Atroz pesadilla! de la que hemos despertado muy tarde, atormentados por una visión aterradora, que cruzaba veloz el vasto espacio en donde acampaban tres Naciones—Coronada la cabeza de venenosas sierpes; el gesto, huraño y provocador; la diestra, armada de incendiaria tea—Oímos, a poco, gritos de combate, choque horrísono de armas, estampidos de truenos flamígeros, que desgarran improvisadas, negras nubes en la tierra y el mar, voces de provocación, ayes de dolor, cantos y músicas de victoria; y vimos correr la sangre a torrentes, y caer los hombres a centenares, como caen las espigas bajo la hoz del segador; y vimos ciudades, pueblos y campiñas incendiados y humeantes ruinas; y oímos el llanto desgarrador de las madres, de las esposas de los huérfanos hijuelos; y vimos que aún corría sangre después del combate; sangre que no hicieron verter el plomo veloz, ni el pujante acero, ni el granizo de encendido hierro.

Respiremos, señores.! . . . . .

Y después de cerca de tres años, en los que se desarrolló, completó y coronó este sangriento drama, aun faltaba el doloroso espílogo.

Sujeto el Perú a la dura ley del vencimiento, oyóse repetir el elocuente, al par que amargo *voe victis*! de las antiguos tiempos; y nuestra Capital y otras ciudades, subyugadas un año y otro año por las armas vencedoras; y las contribuciones de guerra, que disminuían nuestro pan, ya bien escaso; y conspicuos ciudadanos, cautivos en tierra extranjera ; y. . . callo, señores, por que no es mi intento acusar, sino poner de relieve los inmensos males que la guerra trae como obligado cortejo. . . . Una de las porciones más ricas de nuestro territorio, arrancada definitivamente del Perú, como resarcimiento de las crecidas expensas que la guerra impuso al vencedor; y dos provincias heróicas—las que soportaron el mayor peso de la campaña y vieron caer bizarramente a tantos valientes, cuyos restos, piadosamente conservados, nos devuelven hoy, humedecidos con sus lágrimas; —Arica y Tacna, huérfanas de sus mejores hijos, y condenadas, quizás por su esfuerzo sublime, a largo, doloroso, sentido cautiverio . . . .

¡Ah señores: no acierto á separarme de ellas sin enviarles un sollozo, que sus desgracias me arrancan de lo íntimo del alma.

¡Oh amados hermanos nuestros! ¿Podía yo acaso olvidaros en

este día de solemne duelo? Olvidárame antes de mi mismo.. . .. .

Habéis colgado vuestras arpas de los sauces lloradores y decís, asentados tristemente bajo de vuestros techos, en donde os fingís la Patria anhelada, a quien, por dicha, aún no habéis dejado de pertenecer:

"Cómo alegrarnos en medio del dolor inconsolable de ser extraños en nuestra antigua, amada Patria? ¿Ni cómo olvidarla, un solo día, después de nuestra cruel separación? Contamos las horas por nuestros suspiros, los soles por nuestras congojas, los meses por nuestras angutias, y los años por nuestros quebrantos"......

Os escuchamos hermanos queridos, las brisas nos traen vuestros lamentos y además, esas venerandas reliquias de héroes, que habéis guardado con solícito amor, y que nos cedéis con tanto desprendimiento como el último bien que poseíais; ellas nos han contado vuestras penas, y cómo íbais a verter amargo llanto sobre la tumba en que vuestra piedad las albergó por dos lustros.

Orillas del Rímac, nos sentamos a conversar con vosotros, y a él mandamos que lleve a la onda salada del Océano nuestros votos y nuestros recuerdos, porque el gran mar los repita con su potente voz en vuestras costas y los trasmita a vuestros ríos.

Nuevos Israelitas, que lloráis la ausencia de la Patria, y como Tobías dais piadosa sepultura a vuestros muertos; esperad el consuelo del Señor....

Voy a terminar, señores, el bosquejo de este lúgubre cuadro.

Imposible me será describir la situación de los ánimos, después de los repetidos contrastes de aquella funesta guerra, en la que tan pocas veces nos halagara la Victoria.—El llanto natural, causado por las pérdidas de los deudos y de los amigos, se enjugaba de improviso ante la contemplación de las desgracias de la patria.—Parecía que una maldición inexorable pesaba sobre el Perú; y todas las perspectivas risueñas que dibujaba, graciosa, la Esperanza, disipábanse bruscamente al extender su descarnada, mágica diestra el cruel Desengaño.—Si vuestras naves hicieron un ensayo feliz el 21 de Mayo, ese mismo día nos trajo la fúnebre noticia del hundimiento de la mejor de nuestra reducida flota; y si la Victoria nos sonrió por algunos momentos, sus arreboles no duraron en nuestro cielo; y Tacna y Arica, y San Juan, y Miraflores, y Huamachuco, hiciéronnos expiar bien duramente el efímero gozo de triunfos, que sólo sirvieron

para acreditar el esfuerzo de nuestros valientes, y retemplar el ánimo de los que se destinaban al sacrificio.

Nada diré, señores, del abatimiento del comercio y de la industria, que, aún después de siete años, se deja hoy sentir tan penosamente. Hay consecuencias más deplorables, que solicitan nuestra atención.

Reflexionemos, señores:

La guerra, no es únicamente abominable por los daños materiales que la escoltan siempre, sino también, y aún mucho más, por las hondas heridas que abre el corazón de los pueblos; por los odios, casi irreconciliables que engendra; y aún por los males que apareja al vencedor mismo, mudando su condición, tan violentamente, que le deja ocasionado a graves trastornos en el orden social; en el orden social repito, que es la piedra angular del edificio político por cuya elevación y grandeza se afanan los pueblos.—Esa rápida mudanza de fortuna, esa honda conmoción de los espíritus durante los azares de la guerra, asemejanse a las dramáticas peripecias del *juego*, que ha hecho felices a muy pocos, y a muchos verdadera e irremediablemente desdichados.—No sabré deciros cuál de las dos grandes Naciones, que lucharon hace cuatro lustros en el Viejo mundo, ha sido la más afortunada: si la que se vió crecer rápidamente hasta tocar la cima de un engrandecimiento portentoso; o la que soportó, resignada, los maltratos de la Adversidad, y sorprende hoy al Universo con el acrecimiento de su riqueza y la supremacia indisputable de su industria...

Los pueblos sensatos de uno y otro continente no ignoran estas consecuencias, y se esfuerzan por evitarlas, procurando la conciliación amistosa de sus derechos, en los conflictos que, desgraciadamente, suelen surgir en medio de sus frecuentes y complicadas relaciones. Ejemplos no escasos tenemos de esa cordura, que, anhelo yo, presida a nuestras resoluciones en casos idénticos.

La transacción pacífica, por medio del arbitraje de un país amigo, conjuró la guerra colosal, próxima a estallar, entre la Gran República del Norte de América y el Reino Unido de la Gran Bretaña, después de la guerra interior cisionista, que afligió a la primera.

La mediación del Sumo Pontífice reinante acaba de disipar los nubarrones que cubrian el cielo de España y de Alemania. Ambas naciones guerreras soltaron espontáneamente la espada, que ya iba a brillar con resplandor siniestro, y escribieron letras suplicatorias al

representante en la tierra del Dios de paz y de caridad: quien, aunque moralmente cautivo, pudo hacerles oír sus consejos y alcanzar que acatasen su justiciero fallo. Así conjuró El la tempestad, a imitación de su divino Maestro, en el lago de Tiberiades! Y advertid, señores, que el Imperio de Alemania, no es católico en su mayor parte.

Calamidad no pequeña, que aflige a las Naciones en los presentes tiempos, es la necesidad de los ejércitos permanentes, elevados a cifra altísima, porque así lo preceptúan la emulación de los pueblos y el equilibrio *inestable* de los intereses de un día, quien ha sustituído con harta desventaja el equilibrio *permanente,* que se mantenía por el acatamiento a la Justicia, aún sobre las malas inspiraciones de la Ambición y las tentaciones de la Fuerza. Centenares de miles de hombres arrancados a la Agricultura y a toda industria, al hogar y a la familia, con grave daño de la población; la disminución consiguiente de los impuestos y las crecidas expensas de la soldada y del armamento militar, que desnivelan el Presupuesto de la Nación más rica; y sobre todas estas razones de alta Economía, el triste y contínuo espectáculo que dan los pueblos cultos a todo hombre reflexivo, de juicio recto y de levantado corazón, al exhibirse armados extraordinariamente, en actitud provocadora, gloriándose de abundar en elementos de destrucción y de ruina, para ensayarlos contra sus semejantes, quizás contra sus aliados, o sus amigos de ayer......

¡No harían más, señores, las tribus salvajes, los *pieles rojas* de la América Septentrional o los hijos indómitos del Thibet, o de la Siberia Asiática.

¡Blasonamos de cultura, y damos razón a *Hobbes,* cuando afirma que el estado natural de los hombres es el de la guerra!

Y luego, señores, el escándalo que trae a los corazones vacilantes—que son el mayor número—el ver decidirse por la suerte veleidosa de las armas, y con tan horroroso, profundo e irreparable estrago, cuestiones que debieran someterse a la razón, al derecho, a la buena fé, a las conveniencias de los pueblos!

Todo esto detiene hoy la mano de los Jefes de grandes Naciones y de florecientes Imperios, y no les consiente firmar el cartel de duelo, que tan fácilmente suscriben otros pueblos, inexpertos, porque comienzan a vivir y a representar en el gran Senado de las Naciones.

Y así, escribía, hace poco un político en Europa que: "los Estados debían adoptar, como canon del Derecho Público, la solución de sus cuestiones litigiosas por el arbitraje; y que nadie le parecía más idóneo para ejercer este benéfico y alto ministerio, que el Supremo Jerarca de la Iglesia Católica; cuya personalidad moral es tan elevada, que se halla exenta de toda sospecha, y cuya debilidad física es tan notoria, que ninguno que se someta a su fallo adverso puede creerse humillado por su poder".

Causa, señores, verdadera extrañeza el que los particulares de toda condición ahorren muchas veces los sinsabores, expensas y perjuicios de un largo litigio ante los Tribunales ordinarios de Justicia, por la sumisión al fallo de un tribunal de árbitros, creado por compromiso voluntario, aun sancionado con fuertes multas. ¡Y las Naciones, que debieran temer mayores males de la guerra, tendrán menos cordura que sus propios hijos!

Finalmente la Gran República del Norte de América, al establecer las bases de su futuro comercio con los Delegados de todas las Naciones que habitan el Mediodía y el Septentrión de nuestro Continente, ha querido fijar como principio del Derecho Público en el Nuevo Mundio "la solución por arbitraje de todos los conflictos internacionales" que resolviéranse antes, como el nuestro, por una lucha encarnizada, sangrienta, deplorable.

¡Lástima, que ese pacto no se halle aún revestido de la solemnidad que le daría el consentimiento unánime!

¡Lástima grande, que se inicie diez años después de la catástrofe, que nos reune para honrar a esos mártires, víctimas quizás de una omisión, no sé hasta qué punto culpable!

Todos debemos amar a la Patria, señores, so pena de merecer que se nos llame "hijos desnaturalizados"; porque la Patria es una Madre que, si nos pide el martirio, puede usar el mismo lenguaje que la madre de los siete Macabeos, y decirnos así, al oído del corazón, con esa voz que sólo ella tiene:—"Hijo mío, ten piedad de mí, que te llevé en mi seno, nueve meses, y te dí el pecho tres años, y te he criado y conducido hasta esta edad. Ruégote, hijo que mires al cielo y a la tierra, y a todas las cosas que allí hay; y entiende que Dios de la nada las hizo a ellas y a todos los hombres. De este modo no temerás al que te ha de matar;— más haciéndote consorte de tus her-

manos, recibe la muerte para que yo te recobre con tus hermanos, en aquella misericordia que esperamos". (a)

¡Sí! Todos debemos amar a la Patria, y hallarnos dispuestos a sacrificarle riquezas, dicha y vida, cuanto tenemos y cuanto somos. Y todos decimos que la amamos con ternura filial:—que fuera vergüenza y humillación el no decirlo, y aparecer, ante los nuestros o los extraños, como esos paganos, a quienes castigaba con lengua de fuego el divino Pablo, apellidándoles "sin corazón", *sine affectione* (b).

Mas, el amor a la patria no ha de estar solamente en los labios, que ha de arraigar en lo profundo del alma.—Nuestro adorable Salvador quejábase con amargura de un pueblo que *"con los labios le honraba, empero su corazón,* el corazón de ese pueblo, *distaba,* hallábase muy lejos de *El.* (c).

No aman a la Patria los que prefieren sus propios medros al bien general; no la aman los que sólo van en pos del personal engrandecimiento, con mengua de la honra de la Nación; no la aman los que saltan elevados puestos, por intriga, o por violencia: que ahí, heridos por la maldición divina, son como la higuera estéril de que nos habla el Evangelio: (d) vístense de un ropaje de honor, todo anuncia en ellos la vida.....¿Y el fruto? El fruto ¡ay! señores, no existe: porque Dios, que es quien da la fecundidad, ha negado su bendición a esos árboles, que su mano sagrada no plantó, que el rocío del cielo no refrescó, y cuya savia desecó el fuego de la pasión......

Perdonad, señores, este lenguaje austero, que sólo autoriza la grave solemnidad, a quien sirvo de intérprete. No permita el Señor que yo olvide un instante la sagrada misión que desempeño: "Los labios del sacerdote han de guardar la ciencia, dice el Espíritu Divino y el pueblo le exigirá de su boca". (e).

Por otra parte, os respeto mucho; y no me ocurre, ni como tentación, el temor de herir a un auditorio, que fuera menos digno, y buscase la paz, que ha de hallar en su conciencia, en el silencio culpable de un sacerdote subyugado por respetos humanos, o en la vil

---

(a)—Libro de Macabeos, Cap. VII.
(b)—2a. Epís. a Timoteo, Cap. III.
(c)—Evang. de San Mateo, Cap. XV.
(d)—Evang de San Mateo, Cap. XXI.
(e)—Profecía de Malaquias, Cap. II.

lisonja, que apagaría la luz, irradiada hoy por esa tumba llena de grandeza y de verdad!

No; mi pueblo no es el que describe Isaías: "ese pueblo provocativo a ira, e hijos mentirosos, que no quieren oír la ley de Dios. Que dicen a los que ven:—No miréis para nosotros las cosas, que son rectas; habladnos cosas que nos gusten, ved para nosotros cosas falsas Apartad de mí el camino, desviad de mí la senda, cese de nuestra presencia el Santo de Israel". (a).

Ni permita el Señor que un día tenga yo que exclamar: "¡Ay de mí! por qué callé quo yo soy hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo, que tiene los labios contaminados, y he visto con mis ojos al rey, Señor de los ejércitos". (b).

¡Ese sería la última desgracia de mi amada Patria, harto infeliz ya bajo el peso de tantas desventuras, y por la irreparable pérdida de tantas preciosas vidas que la guerra segó en flor, o en una madurez, que aún prometía días de consuelo y de gloria a la noble Nación peruana! No os ofendáis, señores: hay muchas flores en botón; frutos en flor; árboles añosos, dignos de respeto, que nos brindan grata y protectora sombra: "más el honor, la gloria, la virtud de Dios, y su espíritu mismo" se ciernen sobre el sepulcro de nuestros héroes, como sobre reliquias de mártires, dignos de nuestra admiración, de nuestro respeto y de nuestro cariño. Yo leo ahí este epitafio, escrito con su sangre: "*¡Así es como se ama!*" ¿Los emularemos, señores? ¿Seguiremos sus luminosas huellas?

¡Oh! mirad: no bien la Patria necesitó de su esfuerzo, cuando se apresuraron a alistarse bajo de su sagrada enseña.

Todos se lanzaron, con la violencia de los hijos, que ven ultrajada a su santa madre; todos se lanzaron a cubrir los puestos que les designó el Jefe de la Nación, sin reparar en el número, ni en el apercibimiento del enemigo.—Un gran corazón no cuenta ni pondera, siente, se enardece, se inflama, estalla, pierde la noción del cálculo; y solo mide el peligro para aquilatar su sacrificio, para retar a la Muerte, y emular a los héroes; y a la materia, que se estremece, le responde airado: "¡irás adonde yo te lleve!"

¡Ay! señores; he de haceros una confesión dolorosa, que re-

(a)—Profecía de Isaías, Cap. XXX.
(b)—Profecía de Isaías, Cap. VI.

pugna a mi soberbia. ¡No importa! La haré por mucho que me cueste.

¡Cómo! ¿Cobarde ante el ejemplo de los héroes?.... Yo, señores, estuve, entonces, iluso. Ignorante en el arte militar; sin poder compulsar nuestros recursos bélicos; y movido sólo por el amor a mi Patria, que llegó a exaltarse hasta el delirio, recorría los cuarteles y los puentes de nuestras naves, soñando triunfos, excitando el entusiasmo de los guerreros, esforzándome por disipar los justos temores que me exponía su pericia, y demandándoles hasta milagros, si ellos fueran necesarios, para que la Victoria abriese sus fúlgidas alas y dejase caer coronas sobre esas nobles frentes, que sólo debían ceñir ¡ay! la corona del martirio.... Y ellos se dignaban escucharme, benévolos, disculpando mi audaz ignorancia por la sana intención. Ya se veian abrumados por los contrarios; mas, su serenidad, su denuedo, no se desmintieron, ni un instante, puesto que no tenían ni podían temer, sino la muerte, y ésta no les ponía miedo, que era subido el temple de sus corazones; y además.... ¡el sacrificio estaba hecho!

¡Como yo, hubo muchos ilusos! No lo sabíamos... y estábamos coronando de flores a esas preciosas víctimas! ¡Ellas nos habrán perdonado! ¡Que su caridad era muy grande; y su generosidad, tan grande como su caridad!

Y no solamente los soldados de mar y tierra, avezados al peligro, sino también ricos y pacíficos industriales, distinguidos alumnos de la Universidad, todos corrieron presurosos al puesto del honor y del sacrificio, no bien escucharon la voz angustiada de la Patria; y se lanzaron denodados, aunque contemplaban en lontananza la inutilidad de su heroico esfuerzo, el desamparo de sus familias, a quienes habían de afligir el hambre, la desnudez, la falta de hogar; y oyendo los gritos de victoria de la contraria hueste; y viéndose, ellos morir desconsolados, solitarios, sin palmas y sin laureles, que dulcificasen su amarga agonía! Sólo el Señor, a quien sus almas cristianas invocaron en la angustia, ha podido fortalecerles....

¡Ah! señores: si esto no fuera heroico, el Heroismo no existiría sobre la tierra; si esto no fuera glorioso, la Gloria habría emigrado ya de este mundo; si no fuera honorífico, confieso que desespero desconocer el Honor. Mas, nò, por dicha, sino que estas grandezas obra son de la Diestra del Muy Alto: su espíritu infundió aliento a esas

almas sublimes, y quiso que ellas fueran ejemplo a esta y a las futuras generaciones, porque el Perú se levante sobre sus estaturas gigantescas; y crezca, y sea grande: tan grande, señores!....

Y, porque la justicia sea completa, dando a cada uno lo que le pertenece, debo declarar que no pocos, si no todos los combatientes, fueron al campo de honor, resueltos a morir, sin esperanza del triunfo. Si, por dicha, han sobrevivido después de la catástrofe, su sacrificio no es menos meritorio. Algunos han merecido los gloriosos estigmas que recuerdan su bizarría. Dios no quiso aceptar el sacrificio *efectivo* de todas las vidas, que se oblaron entonces, como no otorgó la gracia del "martirio por la fé" a muchas almas escogidas, que anhelaron, entre ellas, las seráficas de Francisco de Asís, y de Teresa de Jesús. Si me fuera dado penetrar en el abismo de sus juicios, osaría deciros que los ha reservado, porque comuniquen su espiritu a la generación naciente, que crece como una esperanza de la Patria. No diré una palabra más en su elogio, porque sigo el precepto común de la prudencia: *Lauda post mortem!*

Empero, señores, aquella sangre, generosamente vertida, sería estéril, si nosotros, dejando de inspirarnos en los grandes sentimientos que la ofrendaron; dominados por mezquinos, egoístas propósitos; albergando en nuestros corazones la víbora del odio, que muerde, envenena y mata, y limitando nuestra mirada por estrechos horizontes, no procurásemos cooperar a esta obra redentora, por el sacrificio de nuestras pasiones, el olvido de nuestras discordias, y la firme resolución de inmolar todo sentimiento avieso, en holocausto propiciatorio por la restauración del Perú; a quien los fundadores de nuestra emancipación política hicieron grande, dándole por cimiento el sacrificio, el honor y la gloria; y a quien estos bizarros, abnegados hijos lavaron toda mancha, y hermosearon sobre manera, por la efusión de su sangre y el resplandor de su heroísmo.

Seamos, señores, libres y felices por la UNION. Sin ella no puede haber *unidad* nacional, como no hay *existencia* sin *ser* ni *blancura* sin el *albo color*. Ni la Redención divina, que es de suyo eficaz, alcanza a los que no cooperan a la divina gracia. ¿Acaso esta humana redención tendría mayor virtud? ¡Imposible, señores! ¡Ojalá que la división de ánimos no haya cooperado eficazmente a la ruina del Perú, que todos deploramos, y a consumar el sacrificio de esas ilustres

víctimas, a quienes rendimos homenaje de veneración y de gratitud acendradas!

¡Ah! no están aquí sus despojos mortales, para inclinarme delante de ellos como debemos inclinarnos ante todo lo que es grande, hermo, so, digno de admiración y de respeto; no están aquí....porque era necesario apresurarse a juntarlos con los restos de otros mártires que, sacudidos por una corriente misteriosa, los aguardaban impacientes, en la ciudad de los muertos, anhelosos de levantar sus despojadas frentes para verlos desfilar, y decir a los otros, que también duermen:

"Despertad, y asomaos; de rodillas que pasan los héroes!"

¡Ah! señores: ¡cierto que pasan los héroes! El heroísmo se va de la tierra! Del cielo viene la semilla, como viene de ahí todo perfecto dón; (a) más, esa buena semilla es ahogada por la zizaña, como aconteció en el campo del padre de familia. (b) Empero, no hay que arrancarla antes de tiempo; que ya enviará el Señor sus ángeles, armados del bieldo, que ha de separar el trigo. (c). Y, en el gran juicio universal, en el que no obstante que todos los muertos se levanten, no todos han de transfigurarse, como lo enseña el inspirado Pablo; (d) porque los impíos, dice el Profeta Rey "no resucitarán en el juicio", (e) esto es, recobrarán sus cuerpos, mas no para vivir la eterna vida; en ese día pavoroso, en el que todos hemos de comparecer ante un Tribunal indefectible para oír la inexorable sentencia; en aquel día que reunirá a los grandes, y a los pequeños del orbe de la tierra, al pie de un trono resplandeciente; los cuerpos que, ayer no más, guardamos en la oscuridad de una tumba: "esos despojos de la corrupción, resucitarán en incorrupción; sembrados hoy en vileza resucitarán en gloria; y sembrados en flaqueza resucitarán en vigor. Y lo que es sembrado cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual". (f).

En ese gran día de las reparaciones, vedlos, señores, ceñidos de estrellas sus altas frentes, hermosa la faz, majestuoso el porte, serena la mirada, llevando luminosas palmas en sus diestras, y rodeando el hermoso pabellón bicolor, que alzará en medio de ellos el ángel del

---

(a)—Epist. a los Corintios, Cap. XV.
(b)—Psalmo I.
(c)—Apocalipsis, Cap. XX. v. 14.
(d)1a. Epist. de San Pablo a los Corintios, Cap. XV.
(e)—Apoc. Cap. VII.
(f)—Epist. de San Pablo a los Hebreos. Cap. XI.

Perú; y Toribio de Mogrovejo, y Francisco Solano, y Rosa de Santa María, y Juan Masía, y Martín de Porras, y tantos otros Santos, hoy ignorados, a quienes el mundo no conoce y de los cuales no era digno; brillante constelación peruana en el cielo, serán los que alumbren su camino hasta el solio del Supremo Juez; y sus Angeles Custodios dirán en coro, al presentarlos en ese augusto Tribunal. "Estos son los que vinieron de grande tribulación, y lavaron sus ropas, y las emblanquecieron en la sangre del Cordero". "El honor, la gloria, la virtud de Dios, y su espíritu mismo reposa sobre ellos".— ¿Después? ¡Señores! no me es dado ver más...

¿Y nosotros?

¡Nosotros! Creamos, esperemos y amemos....

Y, como prenda de aquellas virtudes, alcemos ahora a Dios súplica humilde y fervientе por el eterno descanso de sus nobles almas.

REQUIESCANT IN PACE.

Oración fúnebre de los hijos de Francia, muertos en el Perú (*)

Sancta, ergo, et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.

C'est donc une sainte et salutaire pensée de prier pour les morts, afin qu'ils soient delivrés de leurs péchés

Livre 2. des Machebées. Chap. XII, verset 46.

Excellence Révérendissime, Monsieur le Ministre,

Messieurs:

Je viens ici tout édifié de la sainte pensée qui vous a rassemblé dans ce lieu sacré, le deuil en vos âmes et l'espérance au coeur, le souvenir de vos compatriotes et bienfaiteurs trépassés dans la mémoire, la priére dans vos lévres: vos esprits, enfin, tout occupés de leurs peines, de leurs douleurs, de leurs angoisses.

Vous avez entendu le cri de détresse, echappé de la prison oú, a fin de les purifier de leurs fautes, la Justice divine rétient ces âmes chéries; il a percé vos coeurs sensibles du glaive de la compassion. Et, certes, meilleurs consolateurs que les amis de Job, lui adressant des discours importuns quand la main de Dieu toucha ses chairs, vous vous,

(*)—Fué pronunciada en la Iglesia de Guadalupe de Lima, en donde la Colonia Francesa realiza, servicios fúnebres por el descanso eterno de sus compatriotas muertos en el suelo de nuestra patria.

étes émus profondément aux échos de cette voix plaintive, de ce cri déchirant: *Miseremini mei, miseremini mei. Saltem vos amici mei, quia manus Domini tetigit me*: Ayez pitié de moi, vous au moins qui étes mes amis; ayez pitié de moi, car la main du Seigneur m'a touché.

Vos coeurs de francais et de chrétien n'ont pu ne pas entendre cette plainte navrante: un sentiment unique de pieté s'en est emparé. Dés ce moment, les voix de la terre ont perdu leur charme; le bruit des affaires a cessé; les harmonies du temps se sont éteintes; le courant de la vie semble s'étre arretée; et vous n'avez rien eu de plus cher que la sainte pensée de soulager par vos priéres, et surtout, par l'oblatión d'une Victime divine, non seulement les ámes sui vous furent amies dans cette étape de votre pélérinage, mais encore, ce qui est plus généreux, les ámes de tous ceux que Dieu fit naitre sur le sol de la patrie commune, et qu'il daigna appeller a Soi dés cette patrie adoptive.

Chrétiens et Francais en méme temps, vous répondez ainsi au double lien de la Patrie et de la Réligion; et quoique éloignés helás de vos contrées aimables, vous vous, trouvez, gráce a Dieu! reunis par la Réligion et la Patrie sous les voútes d'un temple francais, á des milliers de lieues de la Gaule chrétienne; non loin d'ici s'étale les votre belle ouevre de charité, oú des compatriotes malades recoivent les sécours de la gráce et de la nature, voyant á leur chévet les créatures angéliques qui ont traversé les mers pour venir les assister dans leurs bésoins; un digne prétre de votre Nation vient d'offrir le Saint Sacrifice pour vos morts; le Réprésentant de la plus haute Mejesté qu'il soit sur la terre, son Excellence Révérendissime le Délégué Apostolique vient de méler ses priéres á vos priéres; et, s'il faut que je parle de moi, pour réclamer votre indulgence, á cause d'avoir osé vous ténir ce discours en une langue qui n'est pas la mienne, oui! je me suis associé de grand coeur a votre belle penssée, et acepté avec empressement l'honneur que vous me faisiez en m'appelant á prendre part dans vos douleurs; a fin qu'il ne fút rien dan cette éloquente cérémonie, qui ne portát l'empreinte de la Fille ainée de l'Eglise; á fin de vous montrer encore, au nom de mon pays, dont vous étes les dignes hótes, que la charité chrétienne fait de tous les serviteurs du Christ un seul coeur et une seule áme.

Daignez donc préter une oreille bienveillante et attentive au dévéloppement de l'importante verité, qui fera l'objet de ce discours. La voici, Messieurs:

"La pensée de prier pour les morts est une sainte et salutaire pensée, á fin qu'il soient delivrés de leurs péchés: *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.*"

Ce n'est pas ici, ni le lieu, ni le moment d'établir, selon la science sacrée, les fondements sur les quels est assis le dogme du Purgatoire. Je parle á des chrétiens, qui ont le bonheur d'étre sormis, l'inteligence et de coeur aux sages enseignements de l'Eglise Catholique, dont le magistére est infaillible, et qui nous enseigne, d'aprés, la Sainte Ecriture et la Tradition divine cette haute verité, par la bouche de ses Conciles, et principalement celui de Trente, á la Sessión VI, Canon 30 eme. Mais, quan méme, il se trouverait par exception dans mon auditoire quel qu'un qui ne fút pas assez affermi dans cette créance, il me suffirait de lui dire, en passant, que la raison eclairée par la foi trouve necessaire qu'il y ait un moyen terme entre les extrémes Ciel et Enfer; puisque nous ne pouvons point assurer que tous les predestinés aient satisfait dans se monde la peine á eux infligé par la justice divine, ni affirmer non plus que l'Enfer soit l'héritaje de ceux qui, se trouvant débiteurs envers la méme Justice, au momente de leur mort, ne peuvent entrer dans le Ciel si tót qu'ils abandonnment cette enveloppe terrestre.—La Justice parfaite de Dieu ne peut condamner au supplice eternel une áme qui l'aime, quoique imparfaitement, et qui, en conséquence est informée par la divine gráce, qui est un principe de gloire; et cette méme Justice ne peut consentir qu'une áme débitrice de quelque peine temporelle, á cause d'une expiation imparfaite dans la vie du temps, entre jouir du bonheur des parfaits, qui exclut méme l'ombre de la peine.—Donc, il doit y avoir un lieu d'expiation, oú s'embrasseront la Justice et la Miséricorde de Dieu: la Justice qui punit, et la Miséricorde qui sauve, la Justice qui appesantit sa main sur le coupable, pour lui faire réparer l'ordre violé, et la Miséricorde qui soutient l'expiateur, qui le soulage, et lui fait entrevoir, á travers les flammes et les ténébres du chátiment, une aurore de félicité interminable et d'inéfables jouissances. Non; il n'y a rien de plus conforme á la raison chrétienne; et quant Luther nia l'existence du Purgatoire, non seulement il rénia son ancienne foi et foula de ses pieds son bonnet de docteur, mais il ferma encore les yeux aux lumiéres de la saine philosophie.

Or, l'existence du Purgatoire reconnue, et le sentiment de pieté envers les morts survivant a leur trépas, la pensée de les soulager

par nos priéres a un enchaînément logique avec cette croyance et avec ce sentiments. En effet: MM: si la charité nous dicte tous les jours des priéres pour les vivants, comment cette vertu active, qui surpasse par ses élans génereux les bornes du temps, qui aime au delá de la tombe, comment pourrait-elle ne pas nous inpirer des priéres pour les defunts? Si nons aimons á aider les vivants, qui peuvent s'aider eux mémes, en contractant des mérites par leurs bonnes ouvres, comment n'aiderions nous pas les morts, dont l'eternelle destinée est arretée, et qui, par conséquent, sont incapables de mériter comme ils sont encore incapables de pécher? Ah! certes, ils ont bien bésoin de nos sécours: assis sur les rivages de l'éternité, oú les a jété, en se brisant, la fréle barque de la vie, ils souffrent, entre autres p[illegible] presque le sol sacré: enchaínés par leur coulpes, ils ne peuvent point franchir l'espace qui les en séprare; attristés par leur condition, ils ne cherchent point les vains amusémonts, les joies passagéres, les faibles consolations qu'on goúte en ce monde. Non! depouillés des sens de ce corps grossier, [illegible] qui [illegible] nos peines, ici bas, leur sont étrangéres.—L'unique consolation de ces nobles ámes, leur seule aspiration, le désir qui les dévore c'est de voir Dieu de l'aimer sans retour, de le posséder sans crainte d' en étre aimées et recues á l'intimité de sa lumiére, de beauté, de son jour eternel. Mais, ce gran jour; elles en sont bien eloignées!

Et, se sentant impuissantes á rompre les liens qui les rétiennent; impuissantes á contracter le mérite, qui briserait leurs fers; impuissantes á se révetir soudain des vétiments lumineux de la justice, une sombre tristesse est leur partage; et la honte de se voir souillées de tant de miséres leur fait goúter la plus terrible amertume.

Et, sans que je parle des peines sensibles, dont la divine Justice peut les affliger á la mesure de leurs fautes; sans qu'il soit ici question de ces tourments, qu'on doit imaginer pour établir un parfait accord entre la coulpe et la peine:—tourments sensibles, pour expier les jouissances sensibles contre la Loi de Dieu, pendant leur vie mortelle:—il suffira de nous rappeler le cri déchirant de l'apótre St. Paul, alors qu'il frémissait en présence des jugements de Dieu: *Horrendum est incidere in manu Dei viventis.* Si; c'est une chose effroyable que de tomber entre les mains du Dieu vivant! Et toute l'horreur et la pitié, que nous inspire Job, dont les chairs tombaient en lam-

beaux, ne sont rien en comparaison de l' horreur et de la pitié que doivent nous inspirer ces pauvres âmes débitrices de la Justice divine, et qui ne sortiront de lieu de tourments que lorsqu'elles auront payé, comme nous l'apprend l'Evangile, jusqu'au dernier sou: *usque ad ultimum quadratem.*

Et penser que ce sont des âmes chéries! Des âmes qui nous ont aimé, et qui nous aiment encore. Des âmes de compatriotes, de fréres, de parents, que nous avons aimé, que nous aimons aprés leur trépas, dont nous honnorons la mémoire, en renouvellant, sur leurs tombes les coronnes d'inmortelles des âmes qui nous aiment dans leur captivité, et qui nous aimeront avec une charité plus ardente encore le jour oú elles seront delivrées por nos priéres.

Il est triste de lire dans les pages de l'Evangile la douloureuse attente de ces pauvres malades, qui gisaient tout prés de la Piscine probatique espérant qu'il se trouverait une âme assez charitable pour les y introduire, sitôt que l'ange du Seigneur descendrait et en agiteraint les eaux. Eh bien! Quand notre aimable Sauveur visita ce lieu, il y trouva un paralytique qui attendait sa guérison, il était déjà 38 ans, la vie d'un homme! Interrogé par le Maitre adorable sur sa longue attente, il lui repondit ce mot navrant: *Homínem non habeo.* Je ne trouve point un homme, qui veuille me porter, car je ne puis entrer par moi méme dans les eaux bienfaisantes. Voilá, Messieurs, la condition de nos fréres qui attendent leur liberation du Purgatoire. Et combien d'entre eux ne pourraient répondre, á l'instar du Paralytique, je n'ai pas d'homme qui veuille avoir pitié de moi!

Qui d'entre nous ne se sent point appellier par ces bouches décharnées et béantes, óu il n'est resté des lévres pour la priére, dont la langue a été déssechée, mais dont le principe de vie et de sentiment est démeuré plus vif et plus sensible encore aprés le triomphe passager de la Mort?

Ah! qu'elles nous disent, du fond de leur cachot: Ayez pitié de moi, vous au moins qui étes mes amis, ayez pitié de moi, car la main du Seigneur m'a touché.

Vous pouvez nous soulager; vous pouvez nous aider par vos priéres, par vos pénitences, par vos bonne soeuvres, par vos aumónes, et surtout par l'blation du Sacrifice de la Messe, oú la victime est un Homme-Dieu, qui mérite infiniement dévant la Justice du Pére

Eternel; ce sacrifice est propitiatoire, comme l'enseigne la Sainte Eglise, non seulement pour les vivants, mais encore pour les morts.

C'est donc possible de soulager ces âmes. Oui, certainement! Si elles sont affligées par la Justice, elles souffrent sous les régards de la Miséricorde. Or bien: la Justice exige une satisfaction; et la Miséricorde s'exerce en ce qu'Elle fait agréer á la Justice une satisfaction offerte par une personne qui n'est pas le coupable. Voila un des beaux aspects du dogme de la Communion des saints. C'est aussi le dogme fondamental du Christianisme.

Le Fils de Dieu incarné souffre entant qu' homme, et mérite infiniment, parce qu'il mérite en tant que Personne divine, rattachant en soi les deux natures. Il offre ses mérites pour l'homme coupable, et l'homme est racheté. Donc , le Juste paie la peine du pécheur, l'innocent satisfait pour le coupable. Suivant ses traces divines, nous offrons nos pauvres actions, rehaussées par ses mérites, en faveur de nos fréres débiteurs á la Justice divine; et nous les offrons avec confiance, parce que nous agissons en vertu d'un sentiment surnaturel, venant de Dieu et que Dieu exaucera sans doute. Ce sentiment est nourri par la Foi, l'Espérance et la Charité, trois liens mysterieux qui nous rattachent á Dieu et á son Eglise; et ce sérait ici que nous pourrions dire, d'aprés la Sainte Escriture, qu'un lien triple est difficile á rompre: *Funiculus triplex difficile rumpitur.* Non; Dieu ne le brisera point, en réjetant nos priéres:—se sérait opposé á sa parole inmuable: "demandez, et il vous sera donné". Non; les rélations entre l'Eglise couronnée au Ciel, et l'Eglise qui exije au Purgatoire, et l'Eglise qui combat sur la terre ne seront interrompues. que le jour oú le Souveraint Juge descendra pour attirer á soi les élus revétus de leurs corps glorieux, le jour oú la terre ne sera plus le théatre de nos luttes, le jour oú le Purgatoire, qui est la Foi; Sainte pour que les derniéres âmes débitrices prennent leur essor vers le Paradis, objets de leurs soupirs.

C'est donc, Messieurs, une sainte et salutaire pensée que celle de prier pour les morts. Sainte par sa racine, qui est la Foi; sainte par sa tige, qui est l'Esperance; sainte encore par sa fleur embaumée, qui est la Charité. Elle est salutaire, en méme temps que sainte, par ce qu'elle nous fait agir pour le salut de nos fréres, qui ont bésoint d'étre sécours par nos priéres, et qui seront soulagés par elles, dans la mesure qu'il plaira á la Justice Misèricordieuse de Dieu de les

exaucer, *Sancta ergo et salubris est cogitatio pro defunctis exorare, ut a peccatis solvantur.*

Mais, non seulement cette pensée est salutaire aux defunts, qui sont partis de ce monde dans l'embrassement du Seigneur; elle nous est encore salutaire, á nous qui vivons cette vie mortelle, environnés que nous nous trouvonts des embúches de nos ennemis.

Salutaire, en premier lieu, parce qu' elle nous inspire une oeuvre de charité, qui aura sa recompense de la main libérale de Dieu: si un verre d'eau donné pour son amour á celui qui a soif ne restera point sans rétribution, songez, Messieurs, quel sera le prix attaché á l'oeuvre de celui qui aura desaltére par ses priéres, non le corps, mais l'áme de son prochain; de celui qui lui aura procuré non l'eau d'une source terraine, mais l'eau vivante de cette fontaine qui jaillit dans l'eternité et ou le Seigneur fait boire aux predestinés du torrent de ses délices.....|

Salutaire, en second lieu, car la priére pour les décedés nous fait penser á la Mort, et la pensée de la mort nous préservera du péché; Comme l'atteste l'Esprit de Dieu: *Memorare novissima tua, et in aeternum non peccabis.* La plupart de nos fautes viennent d'inconsidération: éblouis par la beauté qui passe, sollicités par des bien perissables, oublieux des biens eternéls et de l'incomparable beauté de Dieu, nous tombont donc fréquement, dans les piéges tendus par les adversaires de notre salut. Mais, cette grave pensé de la Mort s'emparant de nos coeurs, les désirs celestes naitront á son ombre. Nous réfléchirons que la mort est le prix du péché comme enseigne l'apotré: *Stipendium peccati, Mors.* Nous verrons a la faveur des clartés qu'environnent les tombeaux chrétiennes, que les bien de la terre sont périssables, et qu'il est dangereux d' y attacher son coeur: alors, ces désirs eternels, dont nous portons déjá le germe divin, et qui, d'ordinaire, se trouvent comme ensevelis par les desirs terrestres, se feront jour dans les profondeurs de notre áme; ils lui fourniront des ailes puissantes, et nous planerons sur les miséres de ce monde. A l'instar des colombes, nous gémirons toujours dans notre exil; nous n' y prendrons que le répos necessaire pour reprendre notre vol dans les régions oú l'áme respire en Dieu; et les tentations auxquelles nous succombons si facilement, seront désormais de vaines embúches, que nous déjouerons sans effort: car, comme dit un grand Roi: *Frustra autem jacitur rete ante oculos pennatorum*: "C'est en

vain qu'on jette le filet devant les yeux des oiseaux aux ailes rapides".

Pensée salutaire, en troisiéme lieu, parce que la charité, qui la fait naître en faveur des trépassés, unit de plus en plus les coeurs des vivantes, qui se rassemblent dans une priére commune: l'amitié, le patriotisme, la pitié; tous ces nobles sentiments, qui font battre les coeurs, se retrempent au feu sacré de cette vertu sublime, et deviennent non seulements plus forts, mais plus purs, et méme plus durables.

Que le Dieu Misericordieux vous bénisse, donc, Messieurs et fréres; qu'il donne l'acroissement á votre belle institution; qu'il reserre les liens qui unisent vos coeurs; quil vous fasse pratiquer sur la terre du pélerinage cette auguste Religion qui seule conduit á une heureuse eternité; qu il vous decerne la couronne de Justice aprés une sainte mort; que vos âmes soient delivrés promptément des peines du Purgatoire, par les priéres de ceux qui imitéront votre pieté; et que les chéres âmes de vos compatriotes et bienfaiteurs décédés au Pérou réposent dans la paix du Seigneur.

AINSI SOIT-IL.

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: Sermones Panegíricos :-: :-: :-: :-: :-: :-:

En todos los templos de Lima se oyó la palabra inspirada de Monseñor Roca en honor del Rey de los cielos, de su Madre Santísima y de los gloriosas moradores de la Patria Celestial. :-: :-: : :

En honor del Sagrado Corazón de Jesús (*) : - : - : - : -

Todos los que tenéis sed: venid a las aguas.
Isaías. Cap. LV, v. 10.

Católicos:

Desde que la humanidad gustó en el paraíso terrenal de "ese fruto hermoso y agradable a los ojos", una sed desesperante la acompaña en todos los momentos de esa vida sin vida, que es triste patrimonio de los culpables. La tendencia a la felicidad se pronunció con espantosa energía, como se pronuncia la sed en el caminante que atraviesa un largo desierto. Asi como nuestros primeros padres, arrojados del jardín de las delicias, no pudieron ya escanciar el agua del rio que brotaba en el lugar del deleite, tampoco pudieron, ni ellos ni sus descendientes apaciguar su sed de felicidad en el Océano del amor divino. Los cielos quedaron en entredicho con la tierra—la felicidad era pues extraña al corazón humano.

Pero llegó el tiempo en que descendió el rocío de lo alto; en que las nubes llovieron no el castigo del Dios de las justicias, sino al Dios Justo; la tierra fecundada germinó entonces al Salvador del mundo: apareció la gracia de Dios nuestro Salvador, y con ella nació la dicho-

(*)—Sermón panegírico en honor del Sagrado Corazón de Jesús predicado en el templo de las Religiosas Bernardas de la Santísima Trinidad, el 24 de junio de 1860.

sa esperanza, y con la esperanza se mitigó la sed de la felicidad; se mitigó y no se sació, por que sólo se saciará cuando aparezca la gloria de Dios.

El profeta Isaías, cuya vista alcanzó a descubrir el vasto horizonte de los tiempos futuros, como si estuvieran encerrados en el estrecho círculo de sus días, ese Profeta anuncia a las generaciones que su sed iba a apagarse, volviendo a unirse con Dios por medio de la fé en Nuestro Señor Jesucristo, confirmando así el feliz pronóstico que había hecho antes a los pueblos de Israel y de Judá, cuando les ofreció que "sacarían aguas con gozo de las fuentes del Salvador".

Para nosotros, que hemos nacido después de la Redención, esta profecía ya no es profecía, sino la fiel historia del feliz acontetecimiento, que ha mejorado nuestra condición: después de que hemos visto desfilar magestuosamente los siglos cristianos en su viaje a la eternidad; después que hemos escuchado el convite de Nuestro Señor Jesucristo—"si alguno tiene sed venga a mí"—; después que hemos gustado el agua de esas fuentes que saltan hasta la vida eterna"; no puede quedarnos duda alguna acerca del porvenir que delineaba a grandes razgos el Profeta Isaías. "Peregrinos, no tenemos aquí ciudad permanente: buscamos una ciudad futura"; pero más afortunados que los Israelitas, nuestra sed se satisface, no con agua que salta de la piedra del desierto, sino con la que vierte el corazón amante de Jesús Crucificado. Moisés mediador entre Dios y el pueblo hiere con su báculo una piedra y apaga temporalmente la sed de los Israelitas; un soldado romano representante de la humanidad sedienta, abre con su lanza el corazón de Jesús divino y brota de allí un poco de agua, enrojecida con la sangre divina; y, desde que ella brota, todos los sedientos que la gustan, según la promesa hecha a la Samaritana, no vuelven a sentir sed; todos ellos penetran en el místico sentido de las palabras de Isaías, porque experimentan el gozo prometido a los que se llegan a las fuentes del Salvador y obtienen sin precio, "sin conmutación alguna", el agua que nos ha comprado Nuestro Señor Jesucristo con sus padecimientos inapreciables.

Ahora bien: yo que no he sido ungido Profeta, sino Sacerdote del Dios de Isaías vengo a repetiros las mismas palabras, "convidandoos a satisfacer vuestra sed de felicidad en la fuente de aguas

vivas con que os brinda el Corazón de Jesús"; y este es mi pensamiento y toda la materia de vuestra atención.

¡Oh corazón adorable! Acosados por la sed, y de la misma manera que el siervo que ansía por las fuentes, venimos a tí para experimentar el dulce refrigerio que nos has prometido. Dos impulsos nos conduce a tu templo: El Profeta David nos aconseja que gustemos de tu suavidad; nuestro amor necesita alimentarse con el sagrado pábulo de tu amor heroico; sólo así se calmará esta sed que nos devora; sólo así iremos progresando de virtud en virtud para "ver en Sion al Dios verdadero". Recíbenos con benignidad, ¡oh Corazón dulcísimo! por los méritos de la que invocamos llena de gracia. *Ave gratia plena.*

Nuestros primeros padres comieron del fruto prohibido, porque quicieron sitisfacer tres inclinaciones, extraviándose en el medio que eligieron, y he ahí el motivo de su ruina y de la nuestra. Querían elevarse, hacerse como Dioses; y, desobedeciendo a Dios, descendieron tantos escalones cuantos lo separaban de los animales; la Escritura dice que el hombre ha sido comparado al jumento incipiente". Querían gozar del deleite, y, habiéndose adelantado a los tiempos prefijados por Dios, sólo saborearon amargura. Querían poseerlo todo sin exceptuar lo que Dios se había reservado; y, al ejercer el primer acto de dominio ilícito, quedaron desheredados hasta de lo que lícitamente poseían. Y he ahí, Católicos, tres nobles inclinaciones extraviadas y por consiguiente degradadas. Desde aquel momento fatal, la inclinación a elevarse se llamó orgullo, la inclinación a gozar se llamó concupiscencia, la inclinación a poseer se llamó avaricia. Y a la exigencia mortificante y angustiosa de estas inclinaciones extraviadas se llamó sed de felicidad; pero no sed natural, como sería la que experimentásemos por la tendencia que nos lleva a Dios; sino sed de hidrópico, que conspira a nuestra ruina física y moral, que nos hace buscar la saciedad en la tierra y olvidarnos del cielo. De modo que la sentida queja que Dios expresó por Jeremías es la historia de sesenta siglos, y en cada siglo la profesía de los tiempos venideros: "Dos males ha hecho mi pueblo: me abandonó a mí, que soy la fuente de aguas vivas y se ha cavado algibes rotos que no pueden contener las aguas".

Y ¿que es lo que ha hecho Dios para levantar al hombre caído, para enderezar sus torcidas inclinaciones, para estinguir esa sed insaciable de felicidad? ¡A! ¿que ha hecho, Católicos? Le ha dado el

Corazón de Jesús, y he aquí la grande maravilla, el portento inefable de la Omnipotencia y de la misericordia de Dios. En ese corazón se realiza un misterio: siendo el corazón de un dios hecho hombre funciona en él dos voluntades, una voluntad divina, y por lo mismo infinita; una voluntad humana y por lo mismo limitada; y al paso que en la una se encuentran los más puros afectos de hombre, en la otra se encierra la magnificencia de Dios. De modo que este corazón ha decifrado el enigma, que Adán no pudo resolver sin degradarse; y, a la vez que lo ha decifrado, ha llevado a cabo la reparación de Adán y su linage infelices. El primer hombre quizo elevarse hasta Dios, por su propio esfuerzo, y sus alas se deshicieron dejándolo caer, como al jóven de la fábula; Dios ha querido bajar hasta el hombre, en uso de su misericordia, y ha elevado al hombre por su omnipotencia. Al tomar un corazón humano, ha aproximado las distancias, casi ha puesto en igual latitud la tierra y los cielos, por que ha tenido en cuenta que el hombre de pecado es más débil para emprender el camino, desde que el hombre inocente perdió con la inocencia la fuerza y el valor.

Por otra parte, en su corazón nos ha dejado un modelo de virtudes, y de virtudes contrarias a los vicios que corroen el corazón humano: al orgullo ha opuesto la humildad; a la concupiscencia la pureza; a la avaricia la pobreza, y para animarnos a cultivar estas virtudes, ha querido agregar el encanto que les presta su divino corazón, el encanto del triunfo que cada uno de ellos obtuvo en la lucha con el demonio. Sí, Católicos: en el desierto después del ayuno de cuarenta días, el Corazón de Nuestro Señor Jesucristo fué el que venció al vencedor del 1er. Adán, y revistió a todos los hombres del carácter de vencedores, exigiendo tan sólo para que este carácter sea propiamente nuestro, el que correspondamos a su liberalidad con nuestra fidelidad.

Y para que veais que el modelo ha sido imitado, que el ejemplo no ha sido infecundo, que hemos sido rehabilitados por este corazón amante, tended la vista por ambos mundos, evocad los siglos pasados con el recuerdo, ved el presente, y doquiera encontrareis cristianos héroes y héroes cristianos.

Vereis hombres y mujeres que obedecen en la humildad para combatir el orgullo hasta vencerle; vereis hombres y mujeres que guardan la castidad absoluta y que "completan en sus cuerpos lo que faltó

a los padecimientos del Salvador; es decir que por la mortificación se apropian los merecimientos del Dios inmolado; vereis hombres y mujeres que renuncian todos los bienes de la tierra, que colocan sus tesoros en los Cielos," y "caminan o vuelan con anchura de corazón" por la senda ensangrentada que recorrió el Dios hecho hombre para santificar al hombre.

¿Qué milagros son estos, Católicos?

Cual es la causa eficiente, cual la que trastorna así el corazón humano, la que arrebata al mundo sus conquistas, al Demonio sus víctimas, a la carne sus despojos? la voz del Dios, brotó la luz de las tinieblas, a su voz se levantaron los muertos como en el campo de Isaías, y a su voz se levantó también la humanidad, sintiendo escurrir por sus venas un fuego sagrado. "Los cielos han sido afianzados por el verbo del Señor", como asegura David, y los justos que deben brillar en ellos como otros tantos planetas han recibido su primer impulso del Verbo humanado, así como los astros materiales recibieron su velocidad inicial del Creador del mundo.

Pero hay más: del pecho de Adán salió la mujer que le precipitó en un abismo de miserias; del pecho de Jesús, de su corazón amante nació la Iglesia Católica, que comienza por elevar al hombre en el Bautismo, y termina entronizándole en el Cielo, hermosa hospedería adonde reciben pan y misericordia todos los heridos del alma, que recoje un caminante compasivo; allí apagan su sed en las perennes fuentes, que bajo un signo sensible ofrecen la satisfacción invisible al que se acerca dignamente. Y ¿quién es el caminante compasivo que recoje los heridos, que paga su curación, que excede en caridad a todos los que le han precedido? Ah! no temo ser desmentido Católico—es el Corazón amante de Jesús—su caridad es activa y le hace viajar de polo a polo para remediar todos los desastres, para aliviar todas las miserias, para socorrer a todos los miserables; dá a su Iglesia el precio de sus padecimientos para que le ofrezca al Dios justo ofendido y le torne en Dios misericordioso desagraviado; cura las heridas con el bálsamo de su amor y con el vino de la compunsión; y restituye la vida a los que han muerto por el pecado. Hace más: aunque es el Dios que "camina sobre las plumas de los vientos" se abate sobre la haz de la tierra y le comunica el fuego de su amor, ese fuego sacro que vino a traerle, y que se quiere que arda contínuamente. Vais a verlo.

Para hacernos amables las virtudes; para alimentar en nuestros corazones la llama sagrada de su amor; para purificarlos y extinguir esa sed devoradora que nos acosa; para hacernos soportar las fatigas del destierro; ¿qué pensais que ha hecho el Corazón de Jesús? Ah responda mejor que yo el inspirado Evangelista San Juan; su lengua sagrada hablará con más energía: "habiendo amado (Jesús) a los suyos, los amó hasta el fin". Y en prueba de ese amor instituyó el sacramento de su amor. En efecto: ¿qué es la Eucaristía? es Dios ocultando su gloria bajo los velos sacramentales y colmando al hombre de gracias en la comunión sacramental; ¿qué es la Eucaristía? Es Dios transeunte y permanente peregrino y compañero, médico y amigo, rey y esposo, alimento y bebida del hombre peregrino, del hombre enfermo, del hombre desolado, del fuerte y del que desfallece, del rico y del pobre, del sabio y del ignorante, del sacerdote y del fiel, de la virgen y de la esposa, del jóven y del anciano.

¿Qué es la Eucaristía? Es el corazón de Jesús prisionero con prisiones de amor, habitando en la cárcel del tabernáculo, para morar después en la cárcel del corazón humano. Oh la Eucaristía es todo esto y más que todo esto: por que es Dios razgando su pecho para alimentarnos, abriendo sus venas para apagar nuestra sed, dándonos su corazón para poseer el nuestro, comunicando con nuestra inteligencia para ilustrarla, con nuestra voluntad para fortificarla, con nuestro cuerpo para depurarlo, con todo nuestro ser para endiosarlo. Ay! no sé si habré acertado, dulcísimo Jesús, al retratar los sentimientos de tu corazón divino en el pálido bosquejo del Sacramento augusto de tu amor. Más perdona si mi lengua es impotente para hablar de tí: de lante de tanta grandeza, apenas puedo deletrear los caracteres de tu nombre: enséñame Dios Santo para que pueda cumplir tu precepto de "enseñar a las naciones".

Cotólicos: Ya lo habeis oido: El Sacramento de la Eucaristía es la dádiva por excelencia del corazón de Jesús. Cuando por la comunión le recibimos, las pasiones callan, los pensamientos santos se despiertan, los deseos nobles se avigoran, las virtudes se realzan, las enfermedades se curan, las lágrimas de dolor se truecan en lágrimas de gozo, Dios reina en nosotros, y reina empuñando un cetro de amor. Entonces a un misterio sucede otro misterio, a un prodigio otro prodigio, a un milagro otro milagro. Entonces sentimos hambre, pero que hambre! entonces sentimos sed, pero que sed! Al hambre de las honras de los bienes de la tierra, sucede el hambre de las humillacio-

nes y de la pobreza. A la sed de los placeres, y de los deleites sucede la sed de los padecimientos y de las aflicciones. Entonces se verifica el pronóstico de la sabiduría: "que los que le comen todavía tendrán hambre, los que le beben todavía tendrán sed". Y entonces es cuando precisamente somos saciados, porque el hambre y sed de las cosas espirituales, lejos de atormentarnos, nos hace felices, desde que Dios está pronto a darse a todos los que le buscan deveras: el Salvador ha abierto fuentes en donde podamos ir a apagar nuestra sed; de ellas sacamos el agua con gozo como lo ha pronosticado el profeta Isaias. Al beber de las sagradas fuentes del Salvador nos sentimos regenerados, y la aurora de nuestra felicidad eterna comienza aun en el tiempo, mientras llega el momento feliz en que pasen los angustiosos momentos de la vida y en que no sintamos más hambre y sed, por que estaremos en posesión de Dios que es el único que puede saciarnos. *Neque esurient neque sintient amplius quonian priora transierunt Satiabocum apparuerit gloria tua.*

Panegírico de la Virgen Santísima[*]

In me gratia omnis vice et veritatis, in me omnis spes vitae et virtutis.

En mí toda la gracia del camino y de la verdad, en mí toda esperanza de vida y de virtud.

Eclesiástico, Cap. XXIV v. 25

Ilmo. Señor:

Católicos:

La Inmaculada Concepción de la Virgen María fué un decreto en el consistorio eterno, un hecho consumado en la plenitud de los tiempos, una verdad católica durante diez y ocho siglos, y, de seis años a esta parte, un dogma que profesan todos los hijos de la Iglesia.

Al decretar la Trinidad Beatísima la preservación de María de la mancha original, obró con Sabiduría, llenó las exigencias de su Bondad, y puso en ejercicio su Omnipotencia—tesis que tuve la satisfacción de demostrar en el año pasado, desde esta misma cátedar—Al nacer María, adornada de la gracia santificante, y vivir entre las hijas de Adam, como el lirio entre las espinas, comenzaron a realizarse las esperanzas de los que fiaban en las promesas divinas.

(*)—Sermón panegírico de la Santísima Madre de Dios, predicado el 10 de diciembre de 1860 en la Iglesia Catedral de Lima.

Al profesarse por todas las generaciones cristianas, que nos han precedido, la verdad tan consoladora de la preservación de María, esta excelsa Virgen ha recibido en la tierra el homenaje de la piedad que se dirije al cielo. Finalmente: al ser declarada verdad dogmática la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, ha recibido la Sanción infalible de la Iglesia; se ha inclinado delante de este misterio la augusta cabeza del Vice-gerente de Cristo en la tierra; y, de todos los ángulos del mundo católico, ha partido una aclamación que, sino pudo traducirse por la expresión del gozo más cumplido, fué por que expresaba el extasis, el arrobo de las almas, unidas todas por los vínculos de una misma fé y de un mismo amor.

Después de este espléndido testimonio mejor diré: después de este doble testimonio—de filial cariño a la Virgen sin mancilla, y de católica obediencia a la cátedra de Roma— parece inútil, señores, que yo discurra en medio de vosotros, para probar lo que es a un tiempo un dogma de fé y una convicción de vuestro corazón. Y he aquí la explicación de mi conducta.

Penetrado de vuestro catolicísmo, he creído que podía satisfacer las exigencias de vuestra piedad , desarrollando esta sentencia del Eclesiástico, que en su sentido místico, aplica la Iglesia a la Virgen Santísima: "En mi toda la gracia del camino y de la verdad, toda esperanza de vida y de virtud."

La preservación de María, señores, fué motivada por la Encarnación prevista del Verbo de Dios en su purísimo seno; por esta Encarnación, Ella fué hecha Madre de Aquel, que "es el camino la verdad y la vida"; luego, de la Inmaculada Concepción de María, fluye mediatamente esta prerrogativa: Que en ella reside toda la gracia del camino y de la verdad, toda esperanza de vida y de virtud.

Os ruego que me ayudeis ahora a implorar los auxilios del Cielo, para llenar cumplidamente el noble objeto, que me he propuesto.

Virgen Santísima: tu vas a probar la prerrogativa que ocupa la atención de mi auditorio—con una prueba tan brillante como tierna: si en tí reside toda la gracia del camino y de la verdad, alcánzame ahora lo que necesito para guiar las almas a Dios; alcánzame palabras de verdad para el desempeño de mi santo ministerio; y, en los corazones de mis oyentes, inocula la vida sobrenatural, derramando los

preciosos gérmenes de las virtudes. No espero en vano de tí estas gracias, por que tu eres, por aclamación del Cielo, *llena de gracia*.

I

En María, Católicos, reside toda la gracia del camino y de la verdad, toda esperanza de vida y de virtud. Grandes son las consideraciones que me sugieren estas palabras; y como no podemos dar una mirada sintética sobre asunto tan elevado, séame permitido estudiarlo con alguna detención, cconsiderando cada uno de estos privilegios.

II

EN MARIA RESIDE TODA LA GRACIA.

La primera salutación del ángel fué concebida en estos términos: "llena de gracia, el Señor es contigo"; lo que puede entenderse así: eres llena de gracia, porque el Señor es contigo, de donde se desprende inmediatamente esta consecuencia: que María es el trono de la gracia de Dios. Y, antes de continuar, os pregunto, Católicos: ¿qué cosa es la gracia? Os lo pregunto, no por que ignore lo que la Iglesia tiene definido, acerca de este don divino;—yo no interrogo vuestras inteligencias, sino vuestros corazones. Vuelvo, pues, a preguntaros: ¿habeis sentido la gracia? No lo dudo, mis muy amados hermanos, desde que tenéis la dicha de ser Católicos, y de vivir en el regazo de la Iglesia, participando de los Sacramentos, que, bajo de una materia y una forma sensible, comunican invisiblemente la gracia a vuestro corazón; desde que vivís en relación filial con Dios, que es vuestro Padre dirigiéndole súplicas y recibiendo auxilios; desde que, más de una vez, al soplo de vida que nos fué infundido en la creación se ha agregado ese otro soplo vivificante, que restituye o aumenta la vida del alma, perdida o deteriorada por nuestras infidelidades. Sí; me podeis dar noticia de la gracia, me podeis decir también que habeis recibido una gracia, ciento, mil gracias, más gracias que estrellas pueblan el firmamento, pero ninguno de vosotros podrá decirme que está lleno de gracia. Pocas criaturas tienen derecho a profe-

rir esta aserción tremenda, que conmueve hasta las bóvedas de la eternidad.

"Esteban estaba lleno de gracia y de fortaleza"; el Precursor fué santificado en el vientre de Isabel; almas justas se han encontrado y se encuentran llenas de la gracia santificante; otras se han hallado y se hallan llenas del Espíritu Santo, como los Apóstoles en la instalación solemne de la Iglesia, como todos aquellos en quienes ha resplandecido el poder divino por los milagros,las profecías y el don de lenguas. Pero entre todas esas almas privilegiadas y el alma de la Virgen Santísima hay una distancia inmensa. Aquellas han sido santificadas después de contraer la mancha original; María ha sido preservada de ella por la santificación en el primer instante de su vida; aquellas han sido recobradas por Dios del imperio de Satanás; María ha sido poseída por el Señor desde el principio de sus caminos, antes que realizase las portentosas obras de su Omnipotencia, de su Bondad y de su Sabidura de toda la eternidad: *Dominus possedit me in initio viarum, antequam quidquam faceret a principio; ab oeterno ordinata sum;* aquellas han sido curadas después de haberse contagiado con la culpa original; María ha salido de las manos de Dios preservada contra toda enfermedad, la salud y fortaleza de aquellas han sido efecto de un remedio; la plenitud de gracia de María es coetánea a su existencia. Por esto no hay comparación entre la común santidad y la especial de la Virgen—ella "es la Reina de todos los Santos"; por esto dice San Buenaventura que "María es llamada mar por la afluencia y copia de las gracias; y, así se dice en el Eclesiástico: "que todos los ríos entran en el mar, en cuanto que todo los carismas de los Santos se reunen en María". Así, puede Ella decir muy bien las palabras del libro citado: *In me omnis gratia.*

Hay dos clases de gracia, señores, que los Teólogos distinguen acertadamente con los predicados de *gracia de sanidad* y *gracia medicinal.* La primera fué concedida sólo a los Angeles y a los progenitores del linage humano, en el estado de inocencia: fué la aprobación que Dios dispensó a su obra; fué la sonrisa de Padre, que asomó a sus labios augustos, y que inundó de felicidad a los ángeles, y a aquellos que "fueron hechos un poco menores que los ángeles". La segunda gracia fué el precio de la sangre del Dios—Redentor. Aceptado desde la eternidad en sacrificio, por el Criador de todas las co-

sas, antes de que se realizase en el tiempo, María fué libertada de la mancha de origen, en virtud de aquellos merecimientos.

¡Cándido lirio regado con la primicia de la sangre de la Redención, irguió gentilmente su tallo sobre esta tierra maldita, para producir "la flor más hermosa que han visto los siglos, en cuyo cáliz reposa el espíritu del Señor". No estraño, pues, que el ángel la llame llena de gracia. Si tomamos su salutación en un sentido natural, es sobremanera exacta: Dios está con María, porque Ella no ha perdido la inocencia; María está con Dios, no sólo por que como criatura puede apartarse de su dominio, sino también por un acto libre de su voluntad—por la gravitación de toda alma pura hacia su Autor, que es su principio extrínseco por la creación, y su Padre por adopción. Dios está con María, en un sentido profético, porque el Espíritu Santo, que es Dios, vá a sobrevenir en ella; la Virtud del Altísimo le vá a hacer sombra; y el Verbo del Padre vá a encarnar en su seno para redimir al género humano. Así, Dios posee a María para la predestinación "desde el principio de sus caminos"; la posee por la satisfacción desde su concepción Inmaculada; y, por el ministerio de Madre, desde que Ella conciente en ser el trono de la Sabiduría divina; *Sedes sapientiae.*Ahora bien, esto si que es plenitud de gracia; esto si que es tener toda gracia: gracia de creación, gracia de vocación, gracia de elección, gracia de Hija, de Madre y de Esposa de Dios. No puedo prescindir aquí de recordaros aquella sentencia de oro del B. Alberto Magno: "*Congregationen aquarum vocavit Deus María; locus autem omnium gratiarum vocabur María*". A la reunión de las aguas llamó Dios mares; pero el lugar de todas las gracias se llama María."

A esa plenitud de gracia peculiar a la Virgen Santísima, se agrega la preeminencia de residir en Ella toda la gracia del camino—preeminencia que vá a servirme de punto de partida para acabar de delinearos el cuadro de su santidad. Entre todas las almas puras, entre todas las almas inocentes, entre todas las almas privilegiadas, señaladme una que pueda decir de sí propia esta expresión, tan significativa para el cristiano, tan consoladora para los peregrinos del Cielo, que encierra tantas promesas cuantas son las necesidades de los que la escuchan. Gracia del camino!. . . . . como si dijera luz, vigor, refrigerio, alimento, guía, solaz, asilo para los caminantes, que, entre las angustias del tiempo, se dirigen a las riberas de la eter-

nidad. Gracia del camino: y ¿por qué, Señores? Yo entiendo, y conmigo entiende todo católico que sólo Nuestro Señor Jesucristo es el camino, y que nadie puede dirigirse al Eterno Padre sino por El: *Ego sum via...et nem venit ad Patrem nisi per me.* Cierto, señores; pero separad si podéis al Hijo de la Madre, y no de una Madre cualquiera, sino de la que El mismo se ha elegido con profunda sabiduría, de la que ha legado a los hombres por madre al pié de la cruz, en un testamento que no puede abrogarse, porque está rubricado con su sangre, solemnizado con su agonía, sellado con su muerte,, afianzado con su Resurrección y ratificado en el cielo. Romped si podéis los vínculos de gracia y de naturaleza, que unen al más hermoso entre los hijos de los hombres con la más pura de las vírgenes de Sion; arrancad si os atrevéis de esos brazos misericordiosos al Dios de la misericordia; y entonces me confesaré impotente para vindicar esta prerrogativa de María; pero mientras que Ella reuna el título grandioso de Madre de Dios el título de consuelo de Madre de los hombres, instituda por Dios mismo; y mientras que, siendo Jesús el camino para dirigirnos al Eterno Padre, sea élla el camino para dirigirnos a Jesús, pedidle, católicos, confiadamente todas las gracias de que necesitáis en vuestra orfandad y miseria; más tardaréis vosotros en pedirlas, que Ella en obtenerlas.

III

GRACIA DE LA VERDAD.

En el cuarto día de la creación, dispuso Dios sabiamente que el Sol presidiese al día y la Luna a la noche. Lo que es la luz para el ojo, es la verdad para la inteligencia: la luz nos hace distinguir los objetos visibles sin confundirlos, nos suministra la imagen verdadera de las cosas sensibles; la verdad, que es la realidad de las cosas hace que la inteligencia se forme de ellas una idea cabal, dándoles las justas proporciones que tienen, sin confundirlas con sus semejantes u opuestas. Por esto los términos luz e inteligencia son sinónimos en el lenguaje del espíritu. Apliquemos ahora estos principios con la pérdida de la inocencia del primer hombre, las tinieblas invadieron su entendimiento, de manera que la ignorancia y el error, que son la noche tenebrosísima del alma, son también inseparables de nuestra condición. El Sol de la verdad, que, en el órden sobrenatural, baña con sus fulgores el mundo de los espíritus, está oculto para todos

aquellos que no han querido aprovecharse de sus luces: antigua es como el cristianismo esta tremenda sentencia: "la luz brilló en las tinieblas y las tinieblas no la comprendieron". Decidme ahora, señores, ¿cuál es el astro benéfico que en el orden sobrenatural, debe *presidir* a la noche de nuestras ignorancias y errores, derramando su luz apacible en las almas, rielando sobre el mar borrascoso de las pasiones, y retratando su bellísima imagen sobre las aguas de la tribulación? Decidme si podéis sin conmoveros, ¿cuál es la luna en el cielo de la gracia? Ah! en el orden de la naturaleza, nuestras madres han sido la fuente de verdad para nuestra infantil inteligencia—ellas nos enseñaron a nombrar a Dios, y nos lo hicieron conocer con el dulce título de Padre.—En el orden sobrenatural ¿quién sino María nos ha alcanzado los destellos de verdad, que han venido a aclarar nuestras dudas, a fijar nuestra incertidumbre, y a hacernos reposar tranquilos en la posesión del Bien supremo del alma, de aquel bien, que es su alimento en el tiempo y que será su recompensa en la eternidad? Acatemos los designios de Dios, señores: El ha dispuesto que su sabiduría se manifestase a los hombres, tomando carne en el seno de una Virgen, para que la Verdad se otorgase a nuestras almas por su piadoso ministerio; por medio de María ha dado Dios al mundo la verdad eterna; por su intercesión alcanzan todos los hombres el conocimiento de la verdad; y, a tal punto llega su preeminencia, que la Iglesia santa afirma que María ha destruido todas las herejías en la extensión del orbe. Y cuando yo oigo que algún hereje, acerca de cuya conversión abrigaba una débil esperanza, se atreve a negar el dogma de la Inmaculada Concepción, que constituye a María dispensadora de "toda la gracia del camino y de la verdad", tiemblo por la suerte de aquel desgraciado, sea quien fuere, y digo con profunda y triste convicción: errante no encontrará el camino, errado no encontrará la verdad.

IV

ESPERANZA DE VIDA.

Los que poseen a Dios tienen sus deseos satisfechos, y gozan tranquilamente de su hermosura, sin sentir los desfallecimientos que experimenta nuestro corazón, ni sufrir las recias tormentas, que ame-

nazan dar en tierra con una vida moral. Como quiera, están unidos por la caridad a Aquel, que tiene la plenitud de la vida, de cuyo seno ha salido el Verbo, que se apropió en el tiempo la naturaleza humana. Se propuso el unigénito del Padre "traernos la vida, y una vida más abundante" y dar a todos los que le recibiesen "el poder de hacerse hijos de Dios". Pero, para realizar este designio de misericordia, unió hipostáticamente a su vida divina la vida humana, en el seno de María, demostrándonos con la realización de este misterio que por María recibiríamos la vida, y que, por tanto, en ella debíamos fincar nuestras esperanzas de vida eterna: *in me omnis spes vitae* ¿Queréis palpar, Católicos, los efectos de la maternidad de la Santísima Virgen? pues vedla lactando con sus "pechos bienaventurados" al Salvador del mundo. Vedla alimentando a Aquel, "cuyo alimento es hacer la voluntad de su Padre, que está en los cielos". ¿Creéis que ese hermoso niño necesita de tal nutrición? No lo penséis, señores: El ha querido sujetarse a esta condición, no por necesidad propia, sino por nuestra necesidad . Ah! cuando yo veo a Jesús en los brazos de María, veo a la humanidad, alimentada por esta ínclita Reina con el néctar de su misericordia; lo veo en sus brazos maternales, y nada temo por su vida; y, cuando reflexiono que la humanidad a quien María dispensa sus cuidados es la de Nuestro Salvador adorable, mi esperanza se hace más firme; porque, reconociendo en Jesús al *principio* de la vida humana *reparada*, como reconozco en el Padre Eterno al principio de la vida divina, creo que mis esperanzas de vida eterna no saldrán fallidas, si María, en quien reside toda esperanza de vida, es la garantía de su realización.

La esperanza!.... Oh, qué nombre tan dulce, mis hermnaos! Nombre que el paganismo no conocía, y que el cristianismo trajo a los hombres con su primera aurora y con su primer sol. Y, cuando esta esperanza no es una esperanza frívola, por su objeto y por su fundamento; cuando esta esperanza es al mismo tiempo *nuestra vida y nuestra dulzura,* no hay lágrimas suficientes para empaparla, como no hay desgracia que puedan arrancarla del corazón.

V

Esperanza de vida y también de *virtud,* es decir, esperanza de fuerza para luchar impertérritos contra los enemigos que nos cer-

can, arrollarlos y ponerlos en fuga, entonando en el valle de los desterrados el himno hermoso de la victoria. Jesús es nuestra esperanza—sus merecimientos nos franquean las puertas de la gloria;—y María es la *Madre de la santa esperanza*, porque lo es *del casto amor, del temor y del conocimiento.* Dios se ha propuesto salvarnos a toda costa: pecamos en Adam y nos dió un Redentor; y, previendo nuestras ingratitudes para con él, nos dió a María, cuyo patrocinio debía alcanzarnos de ese Redentor la virtud, la fuerza necesaria para reconciliarnos con El. Y quiso que Ella fuese la Reina de las virtudes, que "la virtud del Altísimo le diera sombra", que sus ejemplos nos santificasen, que su mediación nos fuese provechosa; y que toda ella fuese para nosotros como el arco iris de la gracia, guiándonos con las luces del cielo, y haciendo desarrollar la esperanza en nuestras almas: por eso le ha colocado entre nosotros y el sol de Justicia como la nube que retrata sus divinas influencias, y cuyos variados matices se recomponen en una sola luz, así como todos sus privilegios se resumen en esta palabra magnífica, que es la historia de su predestinación, y el motivo de nuestro gozo filial: *"En mí reside toda la gracia".*

Sí, Virgen Purísima: tu concepción inmaculada ha puesto sobre tus sienes la corona de Reina—Dios mismo quiso coronarte; y, cuando su mano, que ha dado impulso a los orbes, es la que te ha colocado en el solio excelso que ocupas, ¿cómo podría hacerte descender de allí el aliento de la impiedad, tempestuoso, es cierto, para el pecho de donde parte, pero que no alcanza a conmover ni la franja de tus vestiduras? ¡Qué importan los bostezos del infierno para la que como tu reinas en donde Dios reina, triunfas en donde Dios triunfa, eres Madre en donde Dios es Padre, consuelo en donde Dios es misericordia, Luna en donde Dios es Sol, tabla de salvación en donde Dios es puerto, esperanza en donde Dios es promesa, vida en donde Dios es Redención, dicha en donde Dios es gloria!...

Recibe Madre tierna, la humilde plegaria de tus hijos: oye la súplica que cada uno de ellos te hace: bendícelos a todos con una bendición, que sea una promesa de la bendición sempiterna del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, que a todos deseo.

LAUS DEO ET DEIPARAE VIRGINI.

Panegírico de San Francisco Solano. (*)

Ait Denis servo: Exi in vias et sepes; et compelle intrare ut impleatur domus mea.

Dijo el Señor a su siervo: sal a los caminos y a los vallados; y obliga entrar a los que encuentres, para que se llene mi casa.

San Lucas, Cap. XIV, v. 23.

Señores:

Dios había preparado al pueblo Judío un gran banquete espiritual; y, después de convidarle por sus Patriarcas y Profetas a participar en él de una víctima cuyo sabor es divino, se vió rechazado en su amorosa solicitud porque las pasiones le disputaron el corazón de sus favorecidos, de modo que su invitación no fué correspondida por aquellos a quienes se dirigió de preferencia. Irritado el Señor por la obstinación de ese pueblo, y escuchando más a su misericordia que a su enojo, dió la siguiente misión a un siervo suyo: "Ve a los caminos y vallados, y obliga a entrar a los que encuentres, para que se llene mi casa.

Esta misión, SS. es la misión apostólica; estos nuevos convidados son los infieles, ese siervo es Pedro, es Pablo, al principio del cristianismo, y, más tarde es Francisco Javier y Francisco Solano.

(*)—Sermón pronunciado por Monseñor Roca el día de la fiesta de San Francisco Solano, en la Iglesia de los Descalzos de Lima, el 24 de julio de 1861.

Del último voy a ocuparme hoy, en que la Iglesia hace memoria de su nacimiento al cielo; y para presentarlo bien caracterizado, me ocuparé brevemente de su vida que es la vida de un Apóstol. He allí mi pensamiento y el objeto de vuestra atención.

Dulcísimo Jesús, que creaste el apostolado para satisfacer una divina exigencia de tu corazón de Pastor. Apacienta nuestras almas, para que se aprovechen de tu doctrina y bendigan tus misericordias. Gracia que esperamos alcanzar por la mediación de María.

AVE GRATIA PLENA

PENSAMIENTO UNICO.

Aunque Dios puede "hacer de las piedras hijos de Abraham", y de un perseguidor de la iglesia "un vaso de elección para evangelizar a las naciones", no obstante, no ha vinculado la gracia de la predicación al milagro de la conversión de aquél, a quien designa para este ministerio. En ciertas ocasiones, se complace en unir un prodigio a otro prodigio por que es Omnipotente; pero en muchas, se vale de los medios ordinarios que el mismo ha dispuesto, porque obra con sabia libertad; y es siempre "maravilloso en sus santos, y santo en todas sus obras". Para iniciar, pues, a Francisco Solano en el Apostolado, no necesita derribarle como a Saulo en el camino de la iniquidad: le entresaca del común de los hombres, y le dice secretamente estas palabras, que hacen Apóstoles: "Yo te he elegido y te he colocado en el mundo, para que vayas y hagas frutos de santidad y para que esos frutos sean duraderos". Estas palabras, Señores, nadie las oyó, ni aún el mismo a quien fueron dirigidas; estas palabras las dijo Dios al alma de Francisco, al crearla con su soplo vivificante: gravadas en ella, de un modo indeleble debían iluminarse algún día al reflejo de la caridad, y entonces debía comenzar también la misión del Apóstol.

Para que el designio divino se realizase, las cosas estaban providencialmente dispuestas: el criador había dado a su Ministro una inteligencia de Santo y un corazón de mártir: le había hecho nacer de padres cristianos que depositaron en su inteligencia gérmenes de

verdad, que la fé había de desarrollar y en su corazón gérmenes de virtud, que la caridad había de acrecentar; y la fé, la esperanza y la caridad, descendiendo de lo alto como tres inmortales hermanas, convirtieron el alma de Solano en un santuario radioso, en donde no debía haber otra sombra, que la del misterio.

Con esta predestinación, y con la inocencia por compañera inseparable debía Francisco realizar más tarde su misión apostólica, debía presentarse como el cordero en medio de los lobos, según la frase tan significativa del Salvador. Apenas conoce la ley, cuando su voluntad se inclina a cumplirla y a hacerla cumplir a los demás: No solo puede decir con el Profeta: "Yo he escondido tus palabras en mi corazón, para no pecar, me he deleitado en el camino de tus mandamientos"; sino que puede agregar con el mismo: "un desconsuelo grande se ha apoderado de mí al ver que innumerables pecadores conculcan tu santa ley". Por esto, no puede presenciar el crimen sin conmoverse; y, tierno aún, con una palabra sencilla pero elocuente, invita a sus compañeros a que practiquen la virtud, y, con esa misma palabra de candor paraliza la acción de dos desgraciados, que pretenden quitarse la vida, y hace envainar el acero, impidiendo que abra una herida en el cuerpo y cerrando otra herida que el odio había abierto en el alma. ¡Espectáculo sorprendente por cierto, el que ofrecen dos hombres convertidos en fieras, y un niño que se torna en ángel de paz, para volverlos hombres! Aún no se le ha iniciado en el Ministerio a que Dios le destina y ya comienza a destruír y edificar como Jeremías; a derribar el ídolo de las pasiones para entronizar las virtudes.

Pero sigamos contemplando atentamente al elegido de Dios: veámosle trabajando en el cultivo de un jardín, como un rudo campesino, mientras que los acentos de su voz que entona el Cántico de los Cánticos, nos revelan los sentimientos puros y apasionados de su alma: el que viera a Francisco Solano arrancando las malezas de la heredad de su padre no recelaría sin duda que debía más tarde arrancar las malezas del corazón humano en el campo de la Iglesia; así como el testigo de la pesca, se entregaba el príncipe de los Apóstoles no habría descubierto en él al pescador de hombres por excelencia, que, a la voz de N. S. J. C., debía tender la red de la predicación en el ancho mar del mundo, para llenarla maravillosamente, y presentarla después al padre de familia a orillas de la eternidad.

Han trascurrido 20 años desde la aparición de Francisco de Solano en Andalucía, que todavía el cielo no declara sus arcanos. Los hijos de Francisco de Asís le cubren con un tosco sayal y le admiten en su noviciado. Los claustros se estremecen al eco de sus penitencias, los aires repiten el acento de su oración, la estrecha celda que ocupa no puede ocultar un tesoro, y la santidad de Solano es un hecho que empieza a conocerse: ella le abre camino hasta el altar, después que la tierra ha escuchado sus votos, aceptándolos el cielo. Ya las aulas le habían contado entre los aspirantes a la ciencia; le vieron pasar con aplauso, pero siempre humilde; viéronle ceñir el laurel del sabio, pero sin perder la diadema del santo.

Señores: si penetrais en los ángulos de un colegio, y quereis distinguir al hombre que solo busca la ciencia que hincha, de aquel que solicita la ciencia de los santos, fácilmente podréis discernir estos dos linajes de aspirantes al saber; veréis a los unos ávidos de conocimientos, pero llenos de hastio para la virtud; los veréis constantemente en las aulas, y casi nunca a los pies de Jesús crucificado; observaréis en ellos que la vanidad aumenta a medida que aumentan los conocimientos, y que se alejan de la verdadera sabiduría precisamente cuando creen haber llegado al último escalón de su trono. No estrañéis que no se conozcan a si mismo y que no conozcan a Dios: esos ilusos han invertido el orden de las cosas y se hallan bajo de una sanción inexorable. No han querido persuadirse de que entre la ciencia y la virtud hay intimas relaciones, entre la inteligencia y el corazón hay vínculos delicados, entre la verdad y el bien estrecho parentezco.

El carácter de la verdadera sabiduría está en conocer y amar a Dios y su principio en tenerle, como su fin en poseerlo. Los que la aman no pretenden saber sino lo que conviene y se alimentan sobriamente de ciencia al paso que se embriagan de amor divino, comunicando con Dios en la oración y recibiendo de él esas luces celestiales que completan el talento y perservan al corazón de una corrupción tanto más lamentable cuanto que es más íntima y espiritual. De este número es Francisco de Asís: todas las lecciones que recibe las convierte en asuntos de meditación, y en ese ejercicio sublime, sus facultades adquieren un temple superior: el horizonte de sus ideas se ensancha, en las sombras de su inteligencia penetran los rayos de la sabiduría del Padre y reflejándose sobre su corazón, hacen de él un vol-

cán, que muy pronto hará sentir al mundo estremecimiento saludable.

Pero antes de contemplar su vida de Apóstol, veamos como Dios acaba de prepararle.

Vedle, por un momento, dirigiendo a la perfección a los alumnos que se le confían: el discípulo es ya maestro; vedle también rigiendo los destinos de un monasterio: el súbdito es ya superior; vedle abdicando estos cargos para entregarse a la predicación: el enviado de Dios comienza a revelarse; vedle asistiendo a los apestados con peligro de su vida, hasta caer postrado como los demás víctima del contagio que no le intimidara: el mártir se descubre; vedle pidiendo limosna por amor de Dios: el religioso mendicante se empeña por ocultar al mestro, al superior, al apóstol y al mártir. ¿Lo conseguirá señores?

El espíritu santo le conduce: sopla sobre él, y a ese soplo divino se sigue una revelación misteriosa: allá en las profundidades de su alma ha leído Francisco: "Yo te he elegido y te he colocado para que vayas y hagas fruto y tu fruto sea duradero". El no sabe como Pablo las cosas que le han de suceder, pero llevado por el mismo espíritu nada teme, ni hace aprecio de su vida, porque lo único que le interesa es consumar su carrera y el Ministerio de la palabra, que recibió de N. S. J. C. para dar testimonio a los pueblos infieles del Evangelio de la gracia de Dios": en sus oídos no cesan de resonar estas palabras: "sal a los caminos y a los vallados, y obliga a entrar a los que halles, para que se llene mi casa".

El Africa le convida con el martirio, pero la obediencia señala la América meridional por teatro de sus conquistas. El martirio es muy dulce, SS. para el que espera firmemente una corona de justicia; la sangre que en él se derrama corre mezclada con la sangre de Dios mártir y, hablando un lenguaje más elocuente que la de Abel, hace descender en la tierra que ha segado la bendición del cielo, que convierte esa tierra estéril en un oasis de verdura; pero la obediencia es mejor que las víctimas; es el martirio del alma, que sacrifica su propia voluntad, y que se inspira de los sentimientos del Redentor; la obediencia se ha inmortalizado en esa cabeza coronada de espinas, e inclinado sobre un pecho en donde se ocultaba un corazón obediente hasta la muerte. El religioso ha estudiado en ese libro admirable y ha oído esta palabra encantadora, que resonó en las alturas: "en el principio del libro se ha escrito de mí, que hiciera tu voluntad". No vacila,

pues, y poniendo su planta segura en una frágil embarcación, se lanza a cruzar los mares, sirviéndole de brújula la fé, de áncora la esperanza, de impulso la caridad, de norte la gloria de Dios y la santificación de las almas. El se entrega a la misericordia de Aquel cuyas entrañas de caridad va a revelar a pueblos ignorantes, que la esperan para dejar caer la venda que cubre sus ojos. Aún no ha llegado el término de su misión, y nuevos prodigios señalan su camino.

El naufragio amenaza a los viajeros; pero si hay un naufragio sin esperanza es aquel en que se pierde la fé, en que el alma pierde a Dios para no recobrarle, en que la vida sobrenatural sucumbe y con ella lo más precioso que el hombre puede perder. Y he allí lo que preocupa a Francisco Solano, mientras que la nave es el juguete de las olas, mientras que el desaliento se apodera de todos, y la muerte aparece en lontananza, pintando su pálido espectro en las brumas y el terror en todos los semblantes. El los anima y les hace entrever el cielo, después de bañar a los unos con las aguas saludables del bautismo y a los otros con las místicas ondas de la penitencia: la gracia desciende a los corazones de todos; la muerte pierde sus horrores, y el Apóstol de Jesús salva de los abismos del mar con los que le acompañan en un fragmento de la nave, porque Dios le ha reservado para abrir sobre los infieles los abismos de su misericordia.

Apenas se alborozaba Lima con la presencia de Solano, cuando la obediencia que marcaba su ruta, le hace internarse 700 leguas, para que comience a llenar de un modo más espléndido la misión a que Dios le destina. Las tribus errantes en las selvas y desiertos de Tucumán ven renovarse en Francisco los prodigios que acompañaron la instalación de la Iglesia; y, al mismo tiempo que sienten el influjo de su ardiente caridad, admiran el poder de su palabra, que se hace inteligible a todos, apesar de la diversidad de sus lenguas. El Espíritu santo hace sentir su poder maravilloso: Solano es la manifestación sensible de la gracia invisible, que va convirtiendo los corazones e ilustrando las inteligencias. En poco tiempo, un inmenso pueblo se agrupa en torno de la cruz: el apóstol ha plantado ese árbol santo en un terreno estéril; y no obstante ese terreno se ha hecho feráz y el leño de la redención es circundado por los arbustos de santidad, que comienzan a nacer luego que se ha esparcido la semilla evangélica. Francisco se multiplica a medida que las necesidades acrecen; apenas se detienen las corrientes de los ríos para darle paso, cuando los

arboles del bosque se inclinan a su presencia, los ecos del valle repiten su nombre, el polvo del desierto conserva la huella de su pié y el pobre salvaje siente la acción de su ministerio de paz y de caridad.

Pero nuevas maravillas me sorprenden: "una horda, que aún no había disfrutado del beneficio de su predicación, llega lanzando gritos de guerra a poner el espanto en los corazones de aquellos, que saboreaban las dulzuras de la paz. El Apóstol sale a su encuentro y hablando un idioma encantador, y renovando el prodigio de la multiplicación de lenguas, los reduce a la concordia, y regenera a más de nueve mil de esos bárbaros con el agua que hace hombres, porque hace cristianos. Y apenas asombra a sus neófitos con el poder sobrenatural que despliega, cuando pone el colmo a su estupefacción, ofreciendo a un pueblo sediento el refrigerio apetecido en el lugar en que menos lo esperaba la prudencia humana; el báculo, que le servía para apoyarse en sus largas travesías, le sirvió también para designar una fuente oculta en el desierto; llevándolo en sus marchas, lo había empleado hasta entonces para señalar el cielo, fuente inagotable de gracias que satisfacen la sed del corazón.

Hasta aquí la acción de Solano se ha desplegado lejos de nosotros; pero en el año de 1603, Trujillo la siente: escucha de su boca una profecía y 3 lustros después la vé cumplirse. El pueblo de Lima también oye su predicación y se conmueve; anuncia la ruina de las almas, y estas se convierten. Si la generación de entonces, pudiera levantarse del sepulcro y decirnos, con el lenguaje de la eternidad, los fenómenos de gracia que se operaron por el Ministerio de Solano. . . Oh! Señores! ciertamente le bendeciríamos, y al levantar nuestros ojos húmedos por la admiración para contemplar su busto, podríamos leer escrita en su frente esta sentencia: "yo te he constituído sobre las naciones, para que derribes y destruyas, para que edifiques y plantes".

¡Cuán sensible es para el orador cristiano poder presentar, en una sóla perspectiva, todo lo que los santos han hecho con un sólo amor, todo lo que Dios ve con una sola mirada! Si el tiempo me lo permitiera, yo os haría contemplar a Francisco salvando los muros de su celda para ir a buscar a los pecadores, "para evangelizar a los pobres", para curar las heridas de los contritos del corazón, para anunciar la libertad a los cautivos del demonio y restituír la vista del alma, a innumerables ciegos que por su ministerio, han podido con=

templar embelesados al Sol de justicia, que vivifica al mundo sobrenatural. Si me fuera dable, os haría asistir a sus raptos apostólicos, de los que el ha podido decir como Pablo: "yo no sé si estaba en mi cuerpo o fuera de él"; y, como pudierais leer en ese corazón, hoy convertido en polvo, y que mañana brillará con las inmortales claridades de su transfiguración! ¡cómo pudiérais leer allí los sentimientos que le animaban, las angustias que experimentaba al darse cuenta de la perdición de sus hermanos, a quienes "amaba en las entrañas de N. S. J. C"; "por cuya gloria agonizaba todos los días", cuyas miserias sentía como propias, pudiendo decir, con toda exactitud: "¿quién de vosotros enferma, y yo no me enfermo? ¿quién se escandaliza y yo no me abraso?"

Pero ya que no me es dado satisfacer mis más vehementes deseos, a lo menos, me sirve de consuelo poderos anunciar que en ese corazón verdaderamente apostólico no hubo deseo de otra gloria que de aquella gloria pura y divina, fundada en la cruz de N. S. J. C.; que ese corazón estaba crucifijado para el mundo y que Francisco estaba clavado en una misma cruz con el Salvador, porque habiendo sacrificado todos sus afectos en aras del amor divino se encontraba íntimamente unido con la víctima santa del Calvario. Por eso llevaba en su carne los estigmas de N. S. J. C. no por el favor especial otorgado a su padre Francisco de Asís, sino por la mortificación, que gravó esos estigmas en el cuerpo de Pablo.

Pero el Apóstol Señores, no es inmortal, aunque el apostolado no perece; cada elegido de Dios tiene una misión limitada; debe preparar sobre la tierra algunas piedras vivas, que han de ajustarse en la Jerusalem de los cielos; debe "salir a los caminos y a los vallados, para convidar a los peregrinos al banquete del Señor": y aunque este banquete se renueva siempre, o más bien nunca se interrumpe, no obstante, el hombre desaparece y sobreviene el apóstol; porque ora se llame Pedro, ora Pablo, o Javier o Francisco Solano el apostolado es el mismo, sus frutos son siempre benditos, su misión es siempre sublime, su ruta está siempre marcada, sus méritos como sus auxilios son siempre sobrenaturales, sus conquistas son siempre para el cielo.

Allá se encamina Francisco Solano, mientras que a nosotros nos separan 251 años del momento de su partida y nos unen con ese momento el respeto, la admiración, el amor, el culto del corazón. El no nos ha abandonado: al morir nos legó el canto inmortal que

precedió a su agonía la bendición al Misterio inefable de la Trinidad Beatísima; nos dejó una huella luminosa, que la fé descubre, y monumentos imperecederos, que nuestra ciudad conserva; nos legó esta familia de hermanos, que se esfuerza para imitarle, y se gloria de llevar escrito su nombre en el corazón; nos dejó una memoria bendita, cuyo olor es suave como el del bálsamo y el sinamomo, y un puñado de polvo en donde se encerraba el alma grande que hoy mora en las alturas; nos legó estas pompas, estas alegrías del espíritu y este templo en que todavía ejerce de un modo secreto su misión apostólica. El ha desaparecido, Señores, pero nos ha dejado al Dios que hace su delicia y es también la nuestra al Dios que nos espera para coronarnos con la triple corona de la inmortalidad, del conocimiento y del amor. Que a todos deseo.

Panegírico de San Luis Gonzaga (*) : - :

Mortui estis, sed vita vostra abscondita est cum Christo in Deo.

Estáis muertos, pero vuestra vida se halla oculta con Cristo en el seno de Dios.
Colos 3 v. 3.

Señores:

Morir para vivir, morir al pecado para vivir con la vida sobrenatural de la gracia, morir así mismo para vivir con Cristo; morir al mundo para vivir en el seno de Dios, he allí el gran problema que el Catolicismo hace 19 siglos ha planteado, problema que ha resuelto desde que lo enunció, y que ha continuado resolviendo hasta nuestros dias para la gloria de Dios y la felicidad del hombre.

Los apóstoles, los mártires, los confesores y las Vírgenes, he allí los que nos enseñan con el heroísmo de su vida la solución de esta especie de enigma, propuesto por el apóstol de las gentes a los fieles de Coloso, y propuesto mucho antes por el salvador cuando decía: "si el grano de trigo que cae a la tierra, no muriere, permanecerá solo: pero si muriere dará mucho fruto".

Esta sentencia supo comprenderla Luis de Gonzaga, señores: él como todos los otros santos que han embellecido la historia de la Iglesia con su propia historia, había oido lo que Dios exije del hom-

(*)—Sermón predicado en la Iglesia parroquial de San Lázaro el año 1861.

bre, después que lo eleva a la condición de hijo por el bautismo; pero a diferencia de muchos cristianos, que oyen la palabra divina y no se santifican por ella, Luis la oyó y la guardó en su corazón: sonrió para sí mismo, y su vida se ocultó con la Cristo en el seno de Dios.

... ...

... ...

Por eso, hoy lo contemplamos asombrados, y nuestras miradas no se sacian de contemplarle; por eso le veneramos, y nuestra veneración no es de un día, sino que comienza en el tiempo y no acabará fuera del tiempo.

Cristianos que me escucháis; váis avergonzaros al contemplar la abnegación de Luis en contraste con nuestro egoísmo, váis a experimentar un noble estímulo al comparar su grandeza con nuestra miseria.

Oh Dios tres veces santo! que haces fecunda a tu Iglesia, porque la haces madre de innumerables hijos que, muriendo al pecado por el bautismo, abren sus ojos en ella a la luz de la gracia, para seguir sobre la tierra la estrecha sènda que conduce al cielo!

Haznos morir a las pasiones y vivir para las virtudes; haz que nos ocultemos a las miradas del hombre, para ser dignos de que nos miren los ángeles. Y para que logremos este bien, haz, Señor, que nos aprovechemos de tu palabra escuchándola con respeto y guardándola con amor. Gracia que esperamos por la intersición de María. *Ave gratia plena.*

Si el paganismo representado por sus sabios escuchase lo que acabo de decir, se escandalizaría: porque el paganismo es el hombre animal elevando a principio sus concupiscencias, e incapaz de comprender el lenguaje del espíritu, que abate las concupiscencias para que prevalezcan sus afectos. Así, cuando el Apóstol San Pablo hablaba al Areópago de la resurrección de los muertos, el Areópago aplazó la conferencia, y no se sintió bastante ilustrado para entenderle. Entonces se trataba de la resurrección de los cuerpos después de la muerte, esperanza no poco halagüeña al sentimiento de inmortalidad más o menos latente en todo hombre; ahora trato yo de la muerte mística de los cuerpos y de los espíritus, condición necesaria para que sea gloriosa y feliz la resurrección de que hablaba San Pablo. El hablaba de la vida en la muerte; yo debo hablaros de la

muerte en la vida: y no temo que me digáis: "otro día te escucharemos"; porque más afortunado en este caso que el apóstol, yo no hablo con atenienses, sino con cristianos: me dirijo, no a los oradores de Júpiter Tonante, sino a los hijos del Dios del trueno; que eclipsa el fulgor del relámpago con el brillo de su gracia, que apaga el fuego del rayo en el océano de su misericordia; y que debilita, opaca el estrépito de ese mismo trueno con la dulzura de su voz.

Y esa voz la han escuchado en todos los tiempos las almas felices, predestinadas no sólo a la gracia, sino también a la gloria—aquellas almas que se cuentan en el pequeño número de los escogidos; que entienden esta sentencia del Apóstol San Pablo: "nuestra conversación está en los cielos"; en una palabra, que muriendo a sí mismo, al sentir el carácter impreso por el bautismo, se revisten de N. S. J. C. como decía el mismo Apóstol. Y entre esas almas, que forman desde la tierra la corte del Rey inmortal de los siglos, se encontró el alma bienaventurada de Luis de Gonzaga, que supo morir a sí mismo, porque supo renunciarse; y que vivió escondido con Cristo en el seno de Dios, porque amando a Cristo, supo imitarle. Vais a verlo, señores.

I

MURIO PARA SI MISMO PORQUE SUPO RENUNCIARSE

Si yo dijera al joven henchido de orgullo, que ambiciona honores y es aguijoneado por la concupiscencia: joven estás muerto, aunque crees vivir: *nomen habes quod vivas, sed mortus est*: si yo agregara: tu vida es una vida diabólica y una muerte según Dios, mientras que la vida de los jóvenes virtuosos, que te inspiran una compasión desdeñosa, es una vida según Dios y una muerte para el infierno; ese joven, sorprendido por tan extraño lenguaje, no lo creería sincero y fundado; y, sonriendo irónicamente, me diría: mi conciencia me da testimonio de que vivo, y todo lo que se me diga en contrario no podrá arrebatarme la dicha de creerlo. No obstante, para esa alma perdida la Religión tiene un remedio heroico: ella lo dice por mi órgano: Luis de Gonzaga, joven como tú, dotado liberalmente por la mano de Dios, no sólo con las dotes del espíritu y del cuerpo, sino también con un rico patrimonio, con precedentes honrosos, y convidado por un risueño porvenir, creyó que allí no se fincaba la felicidad: com-

prendió que ésta era una planta del cielo, exótica por tanto de la tierra que habitamos: y que, si en alguna parte podía brotar, era dentro del pecho, regada con el llanto del corazón, alumbrada y fecundada por un rayo de sol de la eternidad. Comprendió también que en el corazón brotan con lastimosa espontaneidad mil pasiones que, al desarrollarse, consumen nuestro jugo vital. Comprendió, finalmente, que era preciso darles muerte, porque así lo exigen el interés de nuestra vida moral, nuestra felicidad verdadera y Dios que comprende todos estos intereses.

Por eso a los 9 años derrota cumplidamente a la carne, el más perverso de los enemigos del espíritu: y, tomando a Dios por testigo de su victoria, pone a los pies de la Madre de Dios el laurel de esa victoria. Por eso toda su vida es un combate en que va recogiendo con gozo lo que había sembrado en las lágrimas: ora triunfa de la soberbia del espíritu, ora deja avergonzada a la concupiscencia de los ojos. Nada teme: ha puesto su confianza en Dios, y los que así lo hacen son, dice David, como la montaña de Sion que nunca se conmoverá. Así la guerra que el mundo le declara no le desalienta: ha resuelto rodear su cuerpo de la mortificación de Cristo, para que la vida de Cristo se manifieste en él. Poco le importa, pues, morir: he dicho mal, señores, quiere "morir al hombre viejo con todos sus actos, para revestirse del hombre nuevo, del segundo Adam, más perfecto que el primero."

Oid, señores, una teoría, sorprendente quizás, por que es la única verdadera, tratándose del camino más corto y expedito para llegar al cielo.

Es verdad que el Salvador ha impuesto el precepto de la perfección a todos los hombres, como quiera que siendo Dios el fin del hombre, y Cristo el único camino para ir a Dios: *ego sum via,* el mismo Cristo Nuestro Señor ha declarado que no podemos seguirle sin renunciarnos a nosotros mismos. Pero esta renuncia, que es posible en todos los estados, en ninguno es tan fácil como en el estado religioso; por que allí se aceptan como preceptos los consejos evangélicos, que son el ideal de la perfección cristiana; por que allí el hombre se entrega a Dios sin reserva, y Dios se le franquea sin reserva alguna, por que allí la voluntad se robustece alimentándose de sacrificio, y ahorra muchos combates, asilándose en el santuario del Dios de los ejércitos; por que allí esa misma voluntad se estimula por el ejemplo

y no sufre los repetidos contrastes del escándalo: por que allí el hombre se encuentra con N. S. J. C. que le dice: "deja a los muertos que entierren a sus muertos". . . . "una sola cosa es necesaria: tu has escogido la mejor parte, la cual no te será quitada.... yo seré tu recompensa grande sobremanera".

Esta es la verdad, señores, el mundo no la comprende, poco me importa con tal que vosotros la comprendais; el mundo, ha dicho el Salvador ya está juzgado, y no sólo está juzgado, sinó que también está vencido: *ego vinci mundum*. Entre sus vencedores se cuenta Luis de Gonzaga: ha trocado el marquesado de Castellón por el noviciado de la Compañía de Jesús; mientras que el se preparaba para merecer esta dicha: mientras que se preparaba con el ayuno, con la oración, con el silicio, con la limosna, con las humillaciones (porque el estado monástico necesita preparación, como que es un estado de perfección), mientras que él lloraba y el mundo reía, el pobre mundo ignoraba que sólo poseía el cuerpo de Luis, que su alma estaba en el claustro; y cuando el voto religioso puso un sepulcro entre el mundo y Luis Gonzaga: y cuando la tristeza de Luis se convertía en gozo, el cielo sonreía al triunfo de la gracia, y el claustro sólo tenía el cuerpo de Luis, mientras que su alma, expresión la más completa de la vida, estaba oculta con el alma bienaventurada de Cristo en el seno de Dios.

Murió, pues, Luis Gonzaga, por que murió para la carne, para la sangre, para las pasiones todas; porque, viviendo sobre la tierra, las flores habían perdido para él su aroma, las pasiones su ilusión, los placeres su encanto, porque miraba al mundo con el ojo desengañado, del que toca el dintel de la eternidad, porque, fiel a la gracia de su bautismo, el mundo, el demonio y la carne eran para él enemigos, pero enemigos vencidos. Y a tal punto llegó la renuncia que hizo de si mismo, que no tomaba alimento sino para mortificarse, no se acordaba de su cuerpo sino pora inmolarlo en el altar de la penitencia, no tuvo bienes de fortuna sino para despojarse de ellos, ni voluntad propia sino para someterla al santo yugo de la obediencia.

Con razón, pues, podemos aplicarle la hermosa frase del apóstol San Pablo: *Mortui estis*. Con razón podemos decir: Luis de Gonzaga murió para sí mismo, porque supo renunciarse.

II

VIVIO CON CRISTO PORQUE SUPO IMITARLO

No basta, señores, para poseer a Dios ofrecerle un sacrificio negativo; es decir renunciarse a sí mismo; es necesario, además, caminar hacia El por el sendero de la virtud. Cuando el Salvador prometía a los apóstoles el reino de los cielos, les decía: "vosotros, que todo lo habeis renunciado y me habeis seguido, os sentareis sobre doce tronos y juzgareis a las doce tribus de Israel. Lo habeis oido, señores? Es necesario seguir a N. S. J. C. y no seguirle a la distancia, como Pedro antes de su pasión, sino seguirle de cerca, como Juan llegando con El hasta el pié de la cruz, para inspirarse de su sentimiento, para morir allí con él por el amor, y resucitar después gloriosos y ascender con El a los cielos.

Hay cristianos que creen haber alcanzado la perfección porque se sienten muertos para las groseras concupiscencias que dominan a la mayoría de los hombres. Creen haber tocado el cielo, y no se levantan una línea sobre el polvo que huellan sus piés. Son una especie de ilusos, que edifican sin computar los gastos, mereciendo, como dice N. S. J. C. que los hombres digan de ellos: "este comenzó a edificar y no pudo terminar", porque creen estar seguros por la práctica de ciertas virtudes comunes, que no pueden considerarse sino como el atrio de la santidad. La verdadera santidad consiste en la unión de la voluntad del hombre con la voluntad de Dios: la voluntad divina es infinitamente santa, y cuando la humana llega a conformarse con ella, de modo que no quiere sino lo que Dios quiere, entonces esa voluntad se santifica por la conformidad de voliciones, y el hombre todo, porque la voluntad libre es la expresión más acabada de su personalidad; llegando así a realizarse de un modo feliz la teoría de la santidad propuesta por San Pablo; porque de este modo la vida del cristiano se halla oculta con la de N. S. J. C. en el seno de Dios.

La vida de N. S. J. C. es una vida divina que, desprendiéndose del seno del Padre, sin menguar en nada la plenitud de su vida, constituye una persona, la del verbo, la cual, a su vez, uniéndose a la humana naturaleza, le otorga para siempre la misma abundancia de vida que le es propia; pero no queda aquí el prodigio, por cuanto esta vida circula por las venas del mundo, y abunda en todos aquellos que perdiendo la vida agonizante del viejo Adam, se hacen capaces

de ser inundados por ese torrente que, partiendo de los cielos y llegando hasta la tierra, es el abrevadero universal, en donde beben los sedientos el agua ofrecida a la Samaritana, esa agua que salta hasta la vida eterna.

Como véis, señores, la vida interior, la unión con N. S. J. C. es indispensable para alcanzar la verdadera santidad. Y Luis de Gonzaga no deja nada que desear a este respecto: "Luis, dice Sta. María Magdalena de Pazzi, es un gran santo.... Hásele dado tanta gloria, porque se aplicó mucho a obrar actos interiores, ¿quién podrá decir ni ponderar el valor y mérito de los actos interiores? No hay comparación entre los actos interiores y los exteriores. Luis, estando en la tierra tuvo la boca abierta a las ojeadas del verbo. Es decir, que su alma estaba atenta a las inspiraciones que recibía para ponerlas en práctica. Continúa la misma santa: Luis fué mártir incógnito; porque el que deveras te ama, Dios mio, echa de ver que eres tan grande y tan infinitamente amable, que le es gran martirio el ver que no te ama cuanto quisiera amarte, y que no seas amado sino antes ofendido de las criaturas".

He allí un rasgo de la vida interior de Luis, revelado por Dios a su sierva Magdalena. ¿Qué prueba esto, señores, sino una alta perfección,un celo decidido por la gloria de Dios, celo que se enardece al sentir sus propios desfallecimientos y las miserias de los pecadores? un celo devorador como el que sentía un Profeta, y, para decirlo de una vez, como el que animaba a N. S. J. C. Cuando el Divino Salvador rogaba a su Eterno Padre por los pecadores, le pedía con instancia que ninguno de ellos se perdiese, y que todos fueran una sola cosa por el amor, asi como El y su Padre Santo son una sola cosa por la naturaleza. Esta es la última expresión de la caridad, su anhelo por asimilarse al objeto amado; y cuando esta chispa divina prende en un alma, el alma herida de amor se consume en deseos, no de que Dios se le asimile, porque el Océano no puede contenerse en la gota, sino de asimilarse a él, y por eso llora sus imperfecciones, que le alejan del centro de sus amores; por eso se angustia por los pecados de sus hermanos, que defraudan a Dios una gloria, aunque accidental, pero que le es debida.

Pero no queda en esto la perfección del que le ha alcanzado la dicha de vivir oculto con Cristo en el seno de Dios. Continuemos oyendo a Sta. Magdalena de Pazzi: "Hízose también Luis mártir de

sí mismo, ¡Oh! cuánto amó en la tierra. Ahora aquellas saetas reposan en su corazón, por las comunicaciones que merecía con los actos de amor y unión que hacía, ahora las entiende y las goza. He aquí otra faz de la vida interior, el secreto comercio entre el alma y Dios.

Para el hombre animal todo lo que se refiere al espíritu es ininteligible; y por esto es que yo no me propongo iniciarle en los secretos que Dios reserva para sus escogidos. Pero para el cristiano estos secretos, sin perder su carácter, no son tan reservados, que no pueda tener idea de ellos; y por esto es que, de intento, quiero inculcar sobre las dulzuras del trato íntimo con Dios, a fin de que mi auditorio se sienta estimulado, no sólo a morir a sí mismo, sino también a estrecharse con Dios, por medio de ese vínculo Dios-Hombre, que se llama Cristo.

Es tan grande la ternura que sienten sus entrañas de misericordia hacia el hombre, su criatura predilecta, que no tiene inconveniente en franquearle los tesoros de su caridad, siempre que renunciándose el hombre a sí mismo, quita el único obstáculo que se opondría a los designios divinos. Por eso no tenemos que extrañar las confianzas, las caricias con que Dios ha honrado a sus santos; por eso Luis de Gonzaga que había renunciado a su propia vida, habitaba de un modo oculto desde la tierra en el seno de Dios; por eso él ha podido decir lo que decía San Eleázaro a su virgen esposa Delfina, de la que estaba separado para alcanzar mayor perfección: si quieres verme, búscame en la llaga del costado de Cristo. Por que allí habito y allí puedes encontrarme, siendo inútil que me busques en otra parte".

La vida de Luis era oculta, porque el mundo no la entendía, y antes bien la reputaba como una locura porque este es el juicio que los ilusos se forman acerca de la santidad: *vitam illorum oestimabamus insaniam et finem cilorum sine honore;* era oculta, porque la humildad con su modesto velo cubría la hermosaura de sus virtudes; porque la gracia y las virtudes, que eran la expresión de su santa vida, habitaban el retiro de su alma, y no se revelaban sino para glorificar a Dios, así como las obras maravillosas del Mesías se encaminaban todas a la glorificación de su padre celestial; finalmente, porque los santos se asemejan en la tierra a los árboles marchitos exteriormente por la acción del invierno, aunque conservan interior-

mente su savia vivificante: cuando el sol aparece esa vida que guardan oculta se revela en toda su lozanía, admirando al universo; así, dice también San Pablo, "cuando apareciere Cristo, que es vuestra vida, apareceréis con El en la gloria".

Y así apareció Luis de Gonzaga: para él la muerte era una ganancia, porque era el principio de la vida, murió sacrificándose por los enfermos para imitar a su divino maestro que murió por los pecadores. La fé y la esperanza habían delineado el cuadro de su vida: la caridad, que no había sido extraña a ese cuadro magnífico, se encargó de terminarlo, dándole los últimos golpes de luz que lo harán siempre resplandeciente, ante los ángeles y los hombres. Ese cuadro se describe en dos palabras: Luis estaba muerto para la tierra, y desde ella habitaba ocultamente con Cristo en el seno de Dios.

Panegírico del dulce nombre de María [*]

Nomen Virginis María.
El nombre de la Virgen era María.
S. Lucas, Cap. 1o. v. 27.

Católicos:

El nombre es la expresión del ser que lo lleva. Dios, que es infinito, es, por lo mismo, inefable—carece de nombre;— y, aún cuando invocamos uno para dirigirnos a El, estamos persuadidos solamente de que es el menos impropio, para expresar sus perfecciones. Así lo siente Dios mismo: y, al enviar a Moisés, para que librase a sus hermanos de la servidumbre del Egipto, le dirigió estas palabras: "*Así dirás a los hijos de Israel* EL QUE ES *me ha enviado a vosotros*"

Pero si Dios es inefable, las criaturas no lo son; y el mismo Verbo del Padre humanado, que "le es inferior en cuanto hombre", ha sido preconizado por el cielo con el nombre de JESUS, esto es, SALVADOR. Para salvar al hombre, el Hijo de Dios, tomó carne en el seno de una virgen; y, cuando el ángel vino a anunciar el misterio, que iba a operarse en Ella, la confirmó en el nombre que le había sido impuesto desde su nacimiento diciéndole: *no temas María, porque has encontrado gracia cerca de Dios.*

Observando la conducta de la Providencia en la preparación de los misterios, que escoge para realizar sus designios, encuentro una lección de suma importancia.—Dios elige a ABRAM para que sea el

(*)—Sermón panegírico predicado en la Iglesia de San Pedro Nolazco, el 8 de setiembre de 1862.

padre de su pueblo, y le cambia el nombre en ABRAHAM, es decir, padre de muchas gentes. Un ángel conversa con JACOB en la soledad del desierto (de Phannel), y muda su nombre en ISRAEL, expresión de fortaleza. El Redentor del mundo hace alianza con SIMON hijo de Jonás, y le nombra PEDRO, esto es, piedra inmóvil, sobre la que ha de levantarse el edificio perpétuo de su Iglesia.

Y, cuando se trata de la doncellita de Nazareth, Dios, que agota en ella los tesoros de su gracia, *gratia plena*, no tiene un nombre mejor que darle, y la confirma en el que llevaba, singularizándola entre todos los ministros de sus misericordias, e imprimiendo en su frente candorosa un sello de eternidad.

Ahora bien: ¿al obrar Dios de esta manera, no habrá presentado al hombre un grande asunto de meditación, que le incline a bendecir la sabiduria, y a adorar las magnificencias de su autor? Si, señores: Y la Iglesia, que, con mano acertada y cariñosa, nos coloca siempre en un sendero de perfección, se ha propuesto, sin duda, al establecer la fiesta del dulce nombre de Maria, que gustemos el sabor celestial de que se halla impregnado, escuchando con recogimiento la enseñanza evangélica.

Yo secundaré sus miras, haciéndoos palpar que el nombre de Maria es la más completa expresión de *la humildad*, de *la pureza*, y de *la caridad de su alma*. De la humildad, que hace reposar sobre Ella las miradas de complacencia de Dios Padre; de la pureza, que atrae a su seno al Verbo increado; de la caridad, que la hace fecunda, por la acción inmediata del Espíritu Santo. He allí mi pensamiento: he allí la esfera de vuestra contemplación.

Trinidad augusta! ¡Esencia infinita! Proyecta un rayo de luz sobre mi entendimiento, que, reflejándose, por mis labios, sobre este cristiano auditorio, unifique nuestros corazones, ya purificados, y haga de ellos una aureola de fuego, para circundar la brillante cifra del nombre de MARIA.

¡Virgen Santsima! Una mirada tuya, una de esas miradas, humildes, puras y amantes, abrirá los tesoros de Dios; y, si la conviertes a nosotros, la gracia descenderá a nuestras almas, como el rocío matinal desciende sobre la tierra, cuando la aurora le presta sus tintas de oro y de nácar. ¡Dulce Madre! Somos tus hijos.

AVE GRATIA PLENA

INTRODUCCION

Si María es una criatura preparada por Dios, para asociarse a El en la grande obra de la Redención del hombre, su alma debe ser tan *humilde* cuanto se necesita para quedar sumisa a Dios, apesar de la grande misión que El le confiere; tan *pura*, que al descender del Verbo del Padre al seno de María, no encuentre en Ella nada, que pueda ofender su santidad; y tan *amante*, que sea capaz de dilatarse por la caridad, y entrar de lleno en las profundidades, en los secretos del amor infinito. Es preciso que, en esa alma, la *humildad* ceda dulcemente al poder del Padre, corteje amorosamente el abatimiento voluntario del Hijo, y abra el corazón a las benignas influencias del Espíritu Santo; que la *pureza* sea tan grande, que ofrezca un claro espejo a las miradas del Padre Eterno, cuyos ojos son más brillantes que el Sol; que exhale el "suave perfume de los lirios, que es la atmósfera de la Sabiduría Increada"; y que sea tan nítida, que la paloma divina, al posar sus alas en Ella, las confunda, si es posible, con su blancura, cual suele perderse la tórtola amante, que se anida entre las flores del jazmín, que su *caridad* sea tan ardiente, que, levantándola sobre todo lo criado, le haga salvar el abismo, que media entre el Criador y la criatura, identifique en una sola aspiración el alma de Jesús y el alma de María, haciendo palpitar el corazón de la madre con una palpitación armónica al corazón del Hijo; y enseñándole el idioma que habla el Espiritu Santo, para que este Espíritu de amor se encuentre correspondido por el corazón que ha de ser su santuario. Es preciso, señores. . . . . Ah! Yo no sé lo que es preciso. ¡Miserable de mí! Ignoro lo que se necesitó para hacer una morada digna del hombre. ¿Y me atrevería a delinear la morada de un Dios?

Señor tres veces Santo: apenas puedo balbucir tu nombre, y aún me queda el tormento de no haber expresado tu Esencia! Llamo a la creación entera, que me brinda en sus maravillas otras tantas cifras, para escribir tu gran cifra incomunicable; y, cuando quiero formarla, mis manos trémulas no pueden sostener tanta gloria; se

juntan para suplicarte; mis rodillas se doblan; mi cabeza se inclina; mis labios se entorpecen; mis ojos se deslumbran; mis entrañas se conmueven, y solo puedo repetir con tu Iglesia Santa: "Gracias te damos por tu grande gloria".

Señores: ensayemos hablar algo de María—la obra más acabada de Dios.—Y si su plenitud de gracia nos confunde, por lo menos, vamos considerando esa gracia en su *humildad*, en su *pureza* y en su *caridad*. Cuando la veamos magníficamente expresada en estas tres heroicas virtudes, y encontremos que se llaman MARIA, concluiremos que este nombre es tan *dulce* como ellas, por que Dios, que quiso imponerles un nombre, no les ha dado otro.

I

La memorable Tradición de los Padres de la Iglesia, nos enseña, con una sola voz que la tentación, a la que sucumbieron los ángeles malos, fué una tentación de soberbia. Hallábanse todos los espíritus en los atrios del cielo, cuando fueron sujetos a la prueba, en que se cifraba su Beatitud eterna. En ese instante, estas criaturas tan perfectas se dividen en dos bandos: el uno entona el cántico del amor; venera en el anonadamiento los decretos divinos; rodea el trono del Altísimo, para rendirle vasallaje y para beber a torrentes la ciencia y el amor, que son el premio de su fidelidad. El tiempo acaba para ellos, y comienza el dia sin noche de la eternidad. Después, un vinculo sagrado estrecha el ángel y el hombre; Dios se sonrie, y el cielo se embellece con nueva hermosura.

El coro de los Serafines ensaya el cántico de Bethleem; los Tronos y los Querubes sostienen las gradas del solio, que dispuso la misericordia de Dios, y reconoció la obediencia del ángel; Gabriel, príncipe de los arcángeles, se acerca reverente, para escuchar el mensaje con que el Señor le enviará a la tierra; y las Dominaciones, Virtudes, Principados, Protestades, y Angeles, esparciéndose por la morada de Jehová penetran hasta el *Sancta Sanctorum*, en donde, entre resplandores de luz y olas de fuego Un nombre y otro nombre aparecen escritos—el nombre de Jesús y el nombre de María.—

Fuera del cielo pasa una escena de horror: ni los lamentos de Jeremias; ni el hondisimo quejido de Job; ni las lágrimas del Rey-Profeta, son suficientes para llorarla. Solo un Dios, en el huerto de

los Olivos, ha podido cantar esta triste alegría; solo el Profeta inspirado de Patmos, aplicando el oído al cielo, ha podido encontrar allí la nota de horror, que conviene a esta escena. Parece que hubiera reunido, en un solo acento, el estrépito de todas las tempestades, y el estruendo de todos los volcanes, y los bramidos de todos los mares furiosos, y los quejidos del mundo agonizante, para darnos una idea de la caída del ángel. La soberbia asomó su horrible faz en el circuito del cielo, y, a una mirada de Dios, cayó en el profundo abismo, envolviendo en los pliegues de su manto de mentira un ángel y otro ángel, y millares de millares de ángeles. Así se consumó la primera ruina. Así cayeron los cedros del Líbano; y el estrépito de su caída fué a conmover la tranquila mansión de la inocencia: Adam y Eva sintieron que la tierra se estremecía bajo de sus pies; y, al buscar en el Paraíso el lugar encantado, en donde escucharon tantas veces el acento paternal de Dios, solo encontraron una ruta fragosa, espinas por flores, en cada abrojo una sierpe, en cada fuente las aguas de la tribulación, en la voz del Eterno una maldición tremenda, y, en la puerta de su morada, un ministro de la justicia divina, que ejecutaba la sentencia de desheredamiento y proscripción.

Satanás triunfaba, pero no para siempre. Eva, nuestra madre llevaba en su corazón un gérmen de esperanza: era una gota del cáliz de la misericordia divina, que se había deslizado hasta allí, por entre los rayos de la justicia. Esa gota debía crecer y extenderse en la plenitud de los tiempos para llamarse MARIA, esto es, *mar de gracia*. El mismo nombre de la desterrada Eva debía combinarse por el cielo, trastornando sus caracteres, para designar a Aquella, en quien iba a repararse la mujer. No sin misterio, la primera palabra del ángel a María fué: AVE, es decir, EVA de otra creación.

Con efecto: María va a edificar el cielo por la *humildad,* y a glorificar a Dios delante de los ángeles buenos, confundiendo la soberbia de los malos, y realizando así el pronóstico divino de "aplastar la cabeza de la serpiente", que se irguió altiva para desafiar a Dios. *Ipsa conteret caput tuum.* Gabriel llega del cielo con una espléndida embajada que expone reverente a la Virgen sin mancilla. Salúdala con respeto; asegúrale que Dios se complace en Ella: *Invenisti gratiam,* y le predice que "la virtud del Altísimo le hará sombra", que "el Espíritu Santo descansará sobre Ella", y que "el fruto de sus entrañas será llamado Hijo de Dios". Como si la dije-

ra: "El Señor a quien los cielos no pueden contener; El que habita en una luz inaccesible; El que tiene por ministros a millares de espíritus, que se abrasan en un fuego todo celestial; el Dios *inmenso, puro y amante* se ha prendado de tí, que eres *humilde, amante y pura;* y me envía a anunciarte que, no cabiendo en los cielos, obra de su Omnipotencia, va a encerrarse en tu seno, obra de su gracia, *cielo animado,* que "cantas la gloria de Dios, con acentos inteligibles a todos los pueblos", para que te alaben todas las generaciones, una tentación de orgullo originó la ruina de mis desgraciados hermanos; y el Señor me envía, a mí, Arcángel, para que, venerando tu *humildad,* vaya a contar a los ángeles buenos cómo recibe la tierra las embajadas del cielo. Cuando los malos cayeron estaban en los atrios de la gloria. Tú no caerás porque eres el santuario de esa gloria; porque eres un cielo de gracia, *gratia plena;* tus astros son las virtudes; tus constelaciones son los carismas del Santo Espíritu; tu Sol es el Verbo, que partiendo de tu seno como un gigante, recorrerá su camino, iluminando uno y otro polo del mundo de los espíritus. Si; cielo profundo por la humildad, suspendido sobre el profundo abismo, que cavó la soberbia del ángel: la luz de tu Sol vá a cegar de rabia a esos espíritus ingratos. Di una palabra, pronuncia un *fiat,* y esa luz brotará a torrentes para bañar la creación. Lo que hizo el *poder* del Padre, hará en tí la *humildad.* No te turbes, encanto del Altísimo. Mira que El espera una palabra tuya, para llamarte Hija, Esposa, y Madre. Díla, purísima doncella, y tu siervo se volverá al Empíreo, feliz con tu respuesta".

Y esa palabra se dijo; más fué la palabra de la *humildad. He aquí la Esclava del Señor.* Gabriel la oye, se estremece y no acierta a entenderla. Al salvar la inmensa distancia, que le separa del trono de su Señor, el arcángel va repitiendo atónito: *Esclava...Reina... Reina...Esclava;* y solicita una mirada de Dios, que, iluminando estos dos abismos—el abismo de la *grandeza* y el de la *humildad,* le haga descubrir el lazo de misterio, que une estas dos revelaciones: "El Señor consideró la *humildad* de su esclava". "Grandes maravillas ha obrado conmigo el Omnipotente, cuyo nombre es infinitamente Santo".

Gabriel no ignora que David, padre de MARIA, ha cantado, a la influencia de santa inspiración: "Tu has hecho al hombre un poco menos que el ángel"; y se admira, al ver a la naturaleza humana

elevándose por la humildad sobre la naturaleza angélica. Dios rompe el velo del misterio y descubre a Gabriel que su Sabiduría se complace en levantar, por la gracia, lo que es inferior, por la naturaleza; descúbrele que solo El es grande por esencia; y que toda grandeza ha de medirse por el lugar que ocupa cerca de la grandeza divina; le hace entrever el plan eterno de sublimar al hombre, por la unión hipostática con el Verbo, que "es el resplandor del Padre"; enséñale que los atrios del cielo fueron el Paraíso celestial del Angel, y que el Paraíso terrenal fué el atrio del cielo para el hombre; hácele comprender que el hombres es un ángel desterrado, porque le perdió la soberbia de otro ángel, y que vuelve a su patria, porque le salva la humildad de un Dios, "que se anonadó por él". Gabriel conoce entonces que la doncella de Nazareth es "el trono de la Sabiduría increada, que ha de colocarse en el Cielo sobre toda criatura, sirviéndola de pedestal el querubín, y quemando ante ella los Serafines el incienso purísimo, que ofrecen al Dios que le formó.

En ese momento, la paloma divina, que, partiendo del seno de su principio, no había encontrado en el globo un lugar de descanso, porque lo halló inundado con las aguas de la iniquidad, reposa sobre María, tierra de bendición; y tomando de su corazón puro un vástago, tan tierno como la esperanza, tan fragante como la caridad, se vuelve al cielo con él, sellando una alianza entre Dios y el hombre; al mismo tiempo, una vara misteriosa se levanta en Israel, coronada por una flor que perfuma el aliento de Dios.

He aquí, señores, la fecundidad de María, fruto de su humildad, y si esta fecundidad nos enagena: ¿qué diremos de la humildad que la produce? Con razón el profeta Zacarías, hablándonos de la profunda misericordia de Dios, dice: "que El nos ha visitado saliendo de las Alturas". ¡Ah! Yo conozco esas alturas: y Dios nos visitó, saliendo del seno de María; El había visitado a su pueblo en la cumbre del Sinaí; su siervo Moisés le oyó hablar en la cumbre del monte Horeb; pero el sagrado texto no llama a estas cumbres Alturas; no obstante, al tratarse de María, el lenguaje cambia; este trono del Dios humanado se llama altura por la humildad; y Dios desciende de esa altura hasta el profundo abismo de nuestra Soberbia, para regar este pobre corazón, mientras que se conmueven sus entrañas de caridad. Sí; ese Dios que, según el lenguaje de María ha hecho caer de su trono a los poderosos, y ha exaltado a los humildes, ese

Dios me autoriza para llamar Altísima la humildad de su Santa Madre. Oíd, señores: las cosas mudan de nombre, cuando se trata de María: la Reyna se llama Esclava, la Esclava se llama Reyna; la humildad se levanta y la soberbia se abate y esto no es por que Dios haya mudado sus pensamientos, sino porque, cuando prescribía límites a los abismos, María estaba al lado de la Sabidura del Padre, evocada allí por la presencia divina, para disponerlo todo, en orden a la restauración del linaje humano: *Quando gyro vallabat abyssos, cum eo eram cuncta componens.* El mundo sobrenatural recibió leyes de la Sabiduría increada; y todas esas leyes eran como los radios de un inmenso círculo, en cuyo centro estaba el humilde corazón de María, sirviendo de relicario al manso y humilde Corazón de Jesús.

¡Oh María, Reina de la humildad! Tú eres un mar de gracia: en tí no ha habido borrascas, tus linderos no se hallan en el tiempo; tus aguas son dulces, como es dulce tu nombre; y, cuando quiero entrar a tus profundidades, para sondear el abismo de tus riquezas, me quedo absorto delante de las maravillas, que ocultas al ojo profano, y que te complaces en descubrir a los que se llaman tus hijos. Tanta *humildad*, Madre mía, es la expresión de una pureza singular. Dame fuerzas para contemplarla, y no permitas que mi aliento empañe el brillo de esa pureza que es el encanto de Dios.

La *pureza* más perfecta es la pureza virginal. Y cuando a la integridad física se agrega, para mayor realce, la integridad del alma, cuyo aroma de inocencia no ha disipado el huracán de la soberbia, esta pureza no tiene nombre en la tierra, y los ángeles se inclinan, para pronunciar el que Dios le dá. Pero aun hay otra pureza superior y es la virginidad fecunda. Su tipo está en Dios; su imágen en María. Dios Padre, sin sufrir detrimento en su ser incomunicable, produce, contemplando sus propias perfecciones, un Hijo Eterno como El, como El Infinito. Este Hijo no es un Dios aparte: es una Persona, tan fecunda como su principio, y que, asociándose a El, produce simultáneamente con El, por una sola expiración al Espíritu Santo. Y el Divino Espíritu, vínculo eterno que estrecha al Padre con su Verbo, no circunscribe la infinita fecundidad de su principio; porque, siendo eternamente expirado, no cesa nunca de recibir lo que constituye su personalidad, así como el Verbo no cesa nunca de ser engendrado, y de cooperar con el Padre a la producción del Espíritu Santo.

San Gregorio de Nazianzo, extasiado en la contemplación de este misterio, y descubriendo entre los resplandores del Ser infinito la integridad de la naturaleza, exclama en medio de la Grecia sorprendida: "la primera Virgen es la Trinidad Beatísima". Y ese grito sublime encuentra un eco en el amante corazón del dulce San Ambrosio de Milan, que responde: "la segunda Vírgen es María". *Prima Virgo Trias est. Secunda Virgo Maria est.* ¿Qué podré yo decir, pobre rio tributario del caudaloso rio de la ciencia de estos dos Santos, cuyas aguas de doctrina han salvado el abismo de los siglos y los confines de un mundo?

Ante un elogio tan acabado, yo debiera enmudecer; pero tengo que haceros notar la propiedad con que San Ambrosio llama *Segunda Virgen* a la Santísima María. Lo que el Padre celestial produce contemplándose en la eternidad es producido por María, mientras que contempla en el tiempo. Ella es propiamente Madre de Dios Hijo No soy yo quien lo dice: es un enviado del cielo es el Evangelio de hoy, es la Iglesia Católica: *Quod nascetur ex te Sanctum, vocabitur Filius Dei.* Por eso la maternidad de María es divina, Ella ha dado cuerpo en el tiempo al que Es desde la eternidad. Y así como el Padre no ha amenguado su Ser, al engendrar a su Verbo, la Vírgen María conserva la intengridad del Suyo, que había ofrecido a Dios en buena hora, y sólo acepta el honor de la maternidad, cuando el Angel le asegura que su pureza se conservará espléndida, por la acción de la Trinidad inefable, cuyo tabernáculo en la tierra es la castísima María *¿Cómo puede suceder esto?* había dicho la Emperatriz del Cielo. Esa turbación era justa y debida a su fidelidad. Por eso Dios la hizo fecunda. Encendidas sus mejillas por el pudor virginal, su semblante se transfiguró en una rosa más bella que las de Jericó; era una *Rosa mística.* Su corazón humilde, sobresaltado por la idea de tanto honor, palpitaba con violencia, más era para derramar un aroma, tan "suave como el cinamomo y el bálsamo". Y el Sol de Justicia, complaciéndose en iluminar tanta belleza, bajó de su morada, sin abandonarla, para extasiarse en esta tierra benditísima, e iluminar de cerca a los que "yacian en las tinieblas y en las sombras de la muerte". Las nubes se rasgaron, según el profético deseo, para dar paso al Justo, y la tierra produjo al Salvador".

Oh! hermanos míos, os diré como San Agustin: "quién hay

que pueda mirar ese Sol divino, que conserva, en la nube del seno virginal de su Madre, los mismos resplandores de su majestad que tiene eternamente en el seno de su Padre, quién puede hacerlo, sin sentir que sus ojos se abaten? ¿Cuál es la mente, que puede comprender como aquel que es concebido eternamente por la inteligencia del Padre es concebido temporalmente en el seno de la Madre, y que en una y otra concepción lo sea Virginalmente? ¿qué lengua es capaz de expresarlo? ¿que elocuencia es bastante para explicarlo?—Oh! Madre admirable del Santo de los Santos, ¿cómo ha podido encontrarse el precioso fruto de vuestro seno entre los lirios de vuestra pureza virginal? Decidme: ¿cómo ha podido suceder que El que ha hecho todas las cosas, y os ha hecho a vos misma, sea hecho en vos y de vos, y que vuestro Padre sea vuestro Hijo? Decidme: ¿cómo sois, a un tiempo, su Padre y Madre, conservando siempre tan perfecta virginidad con tan admirable fecundidad? ¿Quién os ha obtenido este gran privilegio? ¿Qué habeis dado a Dios por esto? ¿Qué intercesión habeis empleado? ¿Con que disposiciones lo habeis recibido? Decidme enfin: ¿cómo habeis llegado a tan gran fortuna? Ah! ya oigo que me respondeis. ¿Me preguntas que es lo que he dado a Dios, para poseer a su Hijo único, y llegar a ser Madre suyo? Le he prometido con un voto permanecer siempre Virgen: *Obiatio mea est virginitatis promissio.* Para ser elevada a la sublime dignidad de Madre de Dios, me he anonadado delante de El, y me he reputado su indigna esclava: *Oblatio mea est humilitas mea.* Oh bella disposición! Oh admirable conducta del Espíritu divino! Para ser Madre, se conserva siempre Virgen; y para ser honrada con la dignidad de Madre de Dios, concibe un grandísimo desprecio de sí misma.

Sí, Virgen Purísima: eres Reina mía, la *Virgen de las Vírgenes*, y "ellas corren, acaudilladas por Tí, los caminos de luz, por donde transita el Rey de la gloria". "Han atesorado riquezas, es cierto; pero tu las has aventajado a todas". Lo único que sabrá decirte mi lengua ruda es que tu pureza solo puede comprenderla el Dios que te creó; y que la prueba más concluyente de esa pureza singular es el encendido fuego de amor en que te abrasas, comunicándolo sin perder nada a los hijos de tu predilección: así como la luz purísima del Sol no reconoce rival en la intensidad de su calor, y derrite las entrañas de bronce de los montes altísimos en que se refleja.

II

Si Dios es caridad, María es la caridad. Dios es caridad, porque es vida y la vida es amor. Así, toda caridad como toda vida, desciende de Dios, que es su fuente. Por eso la distinción es muy fácil entre la caridad de Dios y la de sus santos; y, por esto, también la distinción es muy difícil entre la caridad de Dios y la de María. ¿Quién podría separar al Sol de su esfera? Solo Dios, que le trazó la órbita por donde discurre. Y ¿quién podrá separar a Nuestro señor Jesucristo de la esfera, que su Padre le designó, para que desde allí irradiase sobre el mundo el fuego de su amor? Por esto, Jesús y María se identifican; por esto, la caridad de esta madre de ternura es quasi—divina. La prueba óptima del amor, que Dios nos tiene, es, según el evangelista San Juan, la dádiva, que nos ha hecho de su hijo: *Sic Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret.* Y ¿no podemos decir de la ínclita María que ella ha amado al mundo, hasta darnos a su Hijo unigénito, que es el presente hecho por Dios a la tierra? ¡Oh! si el amor de Dios a los hombres se mide por esta dádiva de valor infinito: ¿qué decir de la *caridad* de María, que se asocia al Eterno Padre, para darnos, como El, el tesoro de su virginal fecundidad? ¡Ah! cuando yo veo a la Virgen Santísima, presentando al Niño Jesús en el templo, y entregándolo al anciano Simeón, que la predice las amarguras de su maternidad, no puedo menos que admirar, en el seno de esta hermosa señora, el altar sagrado, en que se consuma un sacrificio incruento, como el de la última cena; porque María entrega a los hombres el cuerpo de su Santísimo Hijo, que El entregó en esa noche, antes de su Pasión. Y, si la noche del Jueves es la noche del AMOR, que hace el gasto del banquete eucarístico, el día de la presentación es también el día del AMOR, iluminado por el Sol de la Caridad, que aparece en el Templo entre los brazos de la Aurora, rasgando al salir sus diáfanas cortinas, con aquella espada, que atravesó el alma purísima de María: *Tuam ipsino animam pertransibit gladius.*

Señores: es inútil que me empeñe en probaros el amor de María a los hombres. Os llamáis sus hijos; y, al darla el dulce título de Madre, vuestro corazón no vacila, porque sabe que es prevenido y correspondido por su amor. Si "Dios es el primero que nos ha amado", María es la segunda. Notad solo que ese amor es el fruto del

que la une con Dios. Ella, como dice un venerable Obispo, "ha amado en Dios a su Hijo, y ha adorado en su Hijo a Dios". El amor es un acto de anonadamiento, al que se sigue la adoración; y la adoración es un acto de amor, que supone el anonadamiento. María es el amor que adora y la adoración que ama. Ama a Dios Padre como su Hija, ama a Dios Hijo como su madre, ama a Dios Espíritu Santo como su Esposa; y estos tres amores son el vínculo que une el corazón de María con el corazón de Dios. *Funiculus triplex difficile rumpitur.* Ama a Dios hasta morir de amor por El: *Fortis ut mors dilectio.* La caridad ha hecho un abismo de su corazón. La humildad había hecho de El un abismo. Dios contempló esa humildad, y abrió sobre el corazón de María las cataratas del cielo, para inundarlo; eran cataratas de gracia, que abrieron en su corazón el abismo de la pureza virginal, el abismo de la virginidad fecunda, en donde la inteligencia se pierde, el abismo de la caridad, en donde el corazón desfallece. Sí! Un abismo llama a otro abismo: *abyssus abyssum invocat in voce cataractarum tuarum.*

Oid el lenguaje de María; es un cántico de amor: "sostenedme con flores, rodeadme con manzanos, porque desfallezco de amor". Oid ahora la respuesta de Dios: "Tú has vulnerado mi corazón, hermana mía, esposa mía;.... una de tus miradas me ha extasiado;... ¡Qué bella eres, amiga mía, qué bella! Tus ojos son como los de la paloma, dulce es tu palabra... Tus labios son un panal, que destila leche y miel ...y el olor de tus vestidos es como el olor del incienso". Basta Jesús mío: la tierra no entiende este lenguaje: solo María puede corresponderte.

Pobres pecadores, que, tendidos en el valle de vuestra miseria, cubiertos de la lepra del crimen, no habéis gustado nunca la suavidad del nombre de María. Os oigo exclamar como Job: "Mis días se han consumido sin ninguna esperanza... Mi vida es un viento... Yo haré alianza con la amargura de mi alma". Pobres pecadores! Oid al dulce Bernardo que, arrobado por la grandeza de María, la llama delante de un mundo asombrado: *Vida, Dulzura y Esperanza nuestra.* Si para Job la vida es un viento, que pasa arrasando el corazón, para el cristiano la vida es María, que ha resucitado al mundo, brindándole el fruto de inmortalidad, Cristo Jesús. Si para Job los días se consumían sin esperanza alguna, para el cristiano todos son días de esperanza, porque María, aurora de la creación, los embellece todos,

regalándonos el fruto dulcísimo de la esperanza, que es el hijo de sus entrañas, prenda de nuestra salvación. Si para Job la amargura era el pan de todos los días, nosotros tenemos un alimento sustancial de un sabor divino: comemos un pan preparado en el corazón caritativo de María, y la dulzura de este alimento hace más que llevaderas las penalidades de nuestra condición.

Sí, Dulcísima Virgen: tu dulzura es el fruto de tu *humildad,* de tu *pureza* y de tu *caridad.* Tu nombre es tan dulce como tu corazón, y él solo basta para neutralizar la amargura de este destierro. De ti salió aquella vara milagrosa que endulzó, para los hijos de Israel, las aguas amargas de la peregrinación. Una prueba de la dulzura de tu nombre es la solemnidad de hoy, y el templo en que se celebra. En este lugar, que fuera un montón de ruinas, se ha levantado la techumbre, que hoy nos cobija, solo por que tu lo miraste, con una de esas miradas benignas, que alzan los escombros para tornarlos en altares. Así levantas las ruinas del corazón humano, para hacer de él un templo dedicado a la gloria de Dios. Tú has querido, tierna madre, hacer de una ruina un CARMELO, por la penitencia, la oración y el amor. Por la penitencia, que desprende de la tierra; por la oración, que levanta al cielo; y por el amor que, bajando del cielo, eleva la tierra hasta el cielo mismo.

Virgen benignísima: perdona la escasez de mi ofrenda Nada es para lo que tu mereces. Recibe el obsequio de estos corazones. Y, cuando palpiten lánguidos, reanímalos; y, cuando desfallezcan, confórtalos; y, cuando vacilen, confírmalos; y, cuando se manchen, purifícalos; y, cuando agonicen, séllalos con la cifra de tu nombre, para que, consagrados por tí, merezcan rodear tu trono algún día, y abrasarse en el amor de Dios por toda la eternidad.

AMEN.

Panegirico de la Inmaculada Concepción de la Vírgen María (*) : - : - : - :

Venite et videte opera Comini, quae de posuit prodigia super terram. .. Mulier amicta sole.

Venid y ved las obras del Señor: las maravillas que puso sobre la tierra...Una mujer revestida del Sol.

Psalmo XLV, v. 9 Apoc. XII. v. 1.

Iltmo. Señor:

Señores:

Solo Dios hace maravillas; y María inmaculada es la obra de Dios. Pero el Criador de todas las cosas las ha hecho con número, peso y medida: y por eso advertimos una jerarquía perfecta en sus prodigios: María inmaculada es el más grande entre todos.

Reunidos hoy para contemplarle, ordenemos los latidos del corazón, y enjuguemos una lágrima, que podría empañar la claridad de nuestras miradas. Armados con el prisma de la fé, vamos a des-

(*)—Sermón panegírico predicado en la Iglesia Catedral de Lima, el 8 de diciembre de 1863.

cubrir, entre los resplandores de la gloria, a una mujer que deslumbra, por que se atavía con los resplandores del sol.

Juan Evangelista, ilustrado por el Espíritu Santo delineó en esa mujer a la Iglesia, Esposa del cordero; y la Iglesia, asistida por el mismo Espíritu, ha visto más allá, descubriendo, entre los pliegues de aquel vestido de luz, el purísimo semblante de María.

¡Mujer singular!: a quien Dios sonríe desde el primer instante de su animación: permite que te saludemos, leyendo en tu corazón lo que el ángel reveló al comunicarte su mensaje: *Ave gratia plena.*

———

Introduccion

El prodigio es el idioma, de que Dios se vale para hablar al hombre. Ha impuesto a su razón leyes indeclinables, que le compelan a decifrar el nombre de su autor, escrito, con caracteres de maravilla, en la creación entera. Así es como se declara la imágen del Ser perfectísimo en la criatura inteligente y libre—Dios vé su poder en si mismo y en sus obras: el hombre puede hacerse capaz de admirar el poder divino, en su propia naturaleza y en el universo criado—No obstante, por cuanto la criatura humana puede extraviarse y perder la clave del gran alfabeto, compuesto de estrellas y de flores, Dios se ha reservado el derecho de sorprenderla con otro género de prodigios, que le haga alzar la frente y el corazón al cielo. Esto es decir que, en las maravillas de la creación se revela, de ordinario, el Autor de la naturaleza; y, de un modo extraordinario, en los milagros, que son maravillas estupendas, realizadas para restablecer el órden moral, interrumpido en el tiempo por causas libres. Esto es decir que Dios emplea un idioma común, cuyos elementos son el grano de arena, que contiene el ímpetu del mar y el volcán, encendido en la cumbre de los montes, que amenaza quemar el tul de los cielos; y otro idioma raro y solemne, cuya primera letra es quizá la resolución de los muertos, y cuyo signo más valioso es la cifra que se combinan de nombres de misterio: los nombres de Jesús y de María.

Voy a estudiar este último, leyendo en él dos pensamientos: María Vírgen y Madre de Dios es un verdadero prodigio, porque ha sido otorgada como un signo, entre el Cielo y el abismo. *Videte*

María hija de Adam e inmaculada, descuella, entre las maravillas de la gracia, como el Sol entre los astros, porque está vestida del Sol: *Mulier amicta Sole.*

I

Todo milagro es la realización, en el tiempo, de un consejo de la eternidad; porque no es otra cosa, que un hecho, superior a las leyes de la naturaleza, conocidas en el tiempo, pero cuya causa está en una ley oculta, que Dios revela para desconcertar la prudencia de la carne y convidar a los mortales a que se inspiren de la sabiduría celestial. Es algo más el milagro—Es el triunfo de la eternidad sobre el tiempo: Un ciego cuando termina la prueba, los ciegos verán: un sordo oye; después del fin de los tiempos, se abrirán los oídos de los imperfectos: un muerto se levanta del sepulcro, tres días después de enterrado; entonces todos los muertos se levantarán a juicio: el barro desmoronado, que yazga en el fondo de los sepulcros, se convertirá en huesos y piel, y los cadáveres dejarán de ser lo que eran, para ser lo que no eran. Así triunfará la eternidad del tiempo, al ocultar el último de los siglos en un pliegue de su manto inmortal!

II

Al presentaros, pues, a María, Vírgen y Madre de Dios, contemplareis un milagro, porque vereis realizado en el tiempo un consejo de la eternidad: vereis el triunfo mismo de la eternidad sobre el tiempo.

III

Un día, volvió Dios a hablar con Achaz, y le dijo: "Pide para tí una señal del señor tu Dios, en lo profundo del infierno, o arriba en lo alto. Y Achaz respondió: No la pediré, y n otentaré al Señor" Entonces Dios le reprendió, e hizo esta promesa: "el mismo Señor os dará una señal. He aquí que una Vírgen concebirá, y parirá un hijo, y será llamado Emmanuel". Señores: Dios ha hablado; meditemos sus palabras.

IV

Ha ofrecido a Achaz un signo a su arbitrio: *"pete tibi signum;* como si le dijera: "puedes pedir el prodigio más difícil de realizarse a juicio tuyo; puedes pedirlo en el lugar que quieras, porque mi omnipotencia no está limitada por el lugar: *in profundum inferni, sive in excelsa supra.* Pide sin temor, que yo me complazco en ostentar la fuerza de mi brazo, para enderezar los caminos torcidos del hombre. Escoge: puedo teñir de grana, esmeralda y oro los encajes, que festonan las cortinas del Cielo; y puedo abrir las entrañas de la tierra, para que descubras, entre los rojizos resplandores de su fuego central, los calcinados huesos de Coré, Cathan y Abiron, cuyos cuerpos confundió con el polvo de su orígen una mirada del que es Omnipotente!

Pero Achaz desconfía; teme tentar al Señor: y Dios le reprende por su infidelidad, recordándole el desprecio de sus pofesías, y encareciéndole la gravedad de su obstinación: *Numguid parun vobis est molestos esse hominibus, quia molesti estis et des mes?* Ahora bien: Yo os daré una señal, que exceda todas vuestras aspiraciones; una señal, prometida misteriosamente al primer hombre y a la primera mujer prevaricadores; una señal, que David, formado según mi corazón, divisó en lotananza, y anunció, pulsando la cuerda más dulce, de su salterio; una señal; que Ezechiel leyó en el porvenir, a favor de los raudales de luz, con que yo bañé su inteligencia; una señal, que eclipsará todos los signos, con que yo he reanimado las abatidas esperanzas del Hombre; una señal; que Juan Evangelista leerá asombrado en el Cielo de Patmos que es Cielo de los prodigios.

V

Y ¿cuál es el signo Dios mío? "Una Virgen concebirá, y parirá un hijo, y ese hijo se llamará Emmanuel, esto es, Dios con los hombres". ¡Qué grande es Dios!, diré con el Rey-Profeta. Cuan digno de alabanza, y que infinita su grandeza—Achaz ha temido poner en conflicto a la Omnipotencia, ha injuriado la Sabiduría y ha desconocido la Bondad. Y la Omnipotencia se despliega; y la Sabiduría se manifies-

ta, y la Bondad anima el cuadro, dando al prodigio un aspecto delicioso, que arranca lágrimas de consuelo al corazón, y abre horizontes de pasmo al entendimiento.

VI

Parece que Dios dijera a ese hombre vacilante "Tu no has querido un signo en el Cielo, ni en el infierno: yo te lo daré en la tierra misma. No te has atrevido a imaginarlo: yo te sorprenderé con lo raro de su invención. No has creído por los signos otorgados hasta aquí: Yo te daré uno, al que no puedas resistir: Una Virgen concebirá y parirá un hijo; le impondré nombre y ese nombre será una revelación. Huyes de Dios, cuando quiere entablar coloquio contigo; pues Dios mismo aparecerá en la tierra, introducido a la morada de los hombres por la graciosa mano de una Virgen, que le presentará como el fruto de la vida, para mejorar la condición de aquellos, a quienes arruinó la primera mujer, cuando presentó a Adam y, en él, a todos los hombres el fruto verdadero de la ciencia. María es, pues, un prodigio. Nada le falta para serlo: su virginidad fecunda la asemeja a Dios; y su virginal fecundidad la asociará con Dios.

VII

Allí tenéis, señores, el gran milagro, ofrecido a la admiración del mundo y realizado hace diez y nueve siglos. Os convido, en nombre de la gracia y de la naturaleza, para que lo estudiéis con algún detenimiento: *Videte quae de posuit prodigia super terram* María fué anunciada por Dios a nuestros desgraciados padres como una mujer de su raza, que habia de quebrantar la cabeza de la serpiente, debiendo por lo mismo ser libre del poder infernal, y dar a luz al Redentor que no podia ser sino Dios, sin detrimento de su virginad. María fué preconizada por David cuando la llamó "Arca de santificación del Señor", "puerta de Sion, preferida a todas las tiendas de Jacob". "Ciudad fundada por el Altísimo y establecida sobre montañas de santidad, y fecundada por que nacerían en ella muchos hombres"; Cuando dijo que "Dios había fabricado la aurora y el Sol", proponiéndonos la maravilla que se realiza, cuando el astro del día tiñe de arrebol y de oro el púdico ropaje de la aurora, sin rasgar su diáfano

velo. He allí delineado el prodigio de la maternidad virginal divina. Y Ezechiel ha narrado el portento, cuando anuncia que el Señor le mostró una puerta cerrada: El le dijo: "esta puerta está cerrada: no se abrirá, y el hombre no pasará por ella, porque el señor Dios de Israel ha entrado por ella, quedará cerrada". Los padres de la Iglesia han visto figurada en esta profesía a la Virgen Madre de Jesús— Ella ha sido, pues, anunciada, como un signo de reconciliación en el paraíso y profetizada Virgen y Madre para que la virginidad fuera la garantía de su maternidad divina.

VIII

Y ha sido declarada como un prodigio, por el Arcángel, cuando le prometió que sería Madre del Hijo de Dios, sin concurso de varón, sólo por la acción del Espíritu Santo. Ella es la novedad, criada por Dios sobre la tierra y anunciada pomposamente por Jeremías: es una mujer que ha rodeado, encerrado en su seno al varón por exelencia, al Adam perfecto, inocente e impecable. "*femina circundabit virum.* Y, en este bellísimo cuadro de maternidad, María está sola: el único varón que aparece es hijo suyo: no tiene padre en la tierra, como no tiene madre en el Cielo: es engendrado en la eternidad por el entendimiento del padre y, concebido en el tiempo por la voluntad de la madre: es la palabra de Dios, porque es su verbo, es la palabra de María, por que encarna en ella, cuando sus labios pronuncian *fiat.* Esta generación asombrosa sólo puede realizarse, en la eternidad, por la Virginal fecundidad del que Es; y, en el tiempo, por un triunfo de la eternidad, que encadena los siglos presentes y futuros, postrándolos a los pies de María, les dice: partid, el prodigio está hecho. Dios ha fecundado un seno puro, convirtiéndolo en seno de Madre, para que eso lo admiréis siempre como el seno de una Virgen.. . . . . .

IX

Pero esta misma virginidad es un signo de otra prerogativa, que hincha de gozo nuestros pechos, y nos dá el sentido místico de esas palabras que San Juan consignó en el libro de sus revelacio-

nes: *Mulier amicta soie.* Porque la virginidad corporal de la inclita María, conciliándose con el carácter de Madre, anuncia la integridad virginal de su alma, compadeciéndose con el carácter de hija de un padre prevaricador. María es madre y virgen: *ecce virgo concipiet et pariet filium;* y es Virgen siendo Madre, porque es madre de un Dios. Esta conducta es digna de la Sabiduría del Altísimo; y así aplicamos, en un sentido espiritual, a la doncella de Nazareth, lo que el Espíritu Santo dijo, por boca de Salomón de la sabiduría increada, porque María es la creacion más perfecta de la sabiduría: *ego ex ore Altissimi prodivi*" soy la pura emanación del aliento de Dios.

María es hija de Adam e inmaculada—libre de la condición común a que están sujetas las madres de los hijos de Adam, porque es Madre y virgen, queda también libre de la condición, a que están sujetas las hijas de Eva, porque es Madre de su Autor, según la naturaleza, y madre de todos los hombres por la gracia.

X

¡Oh, señores—Como sabe Dios eslabonar un prodigio con otro prodigio! ¡Un signo del orden material — la integridad del cuerpo de María—está unido a otro signo del órden espiritual,—la integridad de su alma;—y estos dos órdenes se encadenan por una fuerza del órden sobrenatural—la gracia—¡Ah . . . . Dios se excedió en su obra: hizo pedazos el pacto antiguo, había ofrecido inundar la tierra con otro diluvio, y he aquí un diluvio;—porque "porque las nubes han llovido al Justo", porque el alma de María ha sido preservada de la abominación del pecado, por cuanto Dios la previno con un diluvio de gracia. Ella fué preservada porque se le aplicaron, los méritos que el cordero de paz debia contraer en el tiempo y que Dios había previsto desde la eternidad. Así el tiempo desaparece delante de Dios; Así, la eternidad de sus consejos se revela en la plenitud de los tiempos; así la eternidad avanza sobre cerca de medio siglo antes que se consuma el sacrificio de salud, y María es bañada por las hondas Santificadoras de la Redención; las cataratas del Cielo se han cargado sobre ella; esto es otro diluvio. . . . .

XI

¡Perdón, Señor! yo blasfemaba. . . . Tu prometistes a los hombres que no habría más diluvio destructor; y este es un diluvio de reparación: tu le distes por señal un arco vistoso en las nubes del Cielo. Se ha eclipsado, Dios mío ¡Porque ha aparecido una mujer que oprime la luna se viste de Sol, y se corona de estrellas. No has roto, pues, tu alianza; has mejorado las condiciones del pacto: lo has sellado, no con sangre de animales, sino con la sangre de tu unigénito: el arca de la alianza se ha perdido, y, con ella, las tablas de la ley y el maná que encerraba; y nos diste en María el arca más bella de la alianza fabricada con cedro incorruptible del Libano, guardando en su seno al Autor de la ley, al que anunciaron los profetas, al maná delicioso, recogido en la tierra del peregrinaje, aunque llovido por el Cielo en un día de misericordia!

¡Señores; ved los prodigios que Dios puso sobre la tierra; y luego contemplad el prodigio que ilumina la tierra—Una mujer revestida del Sol: *Mulier amicta sole.*

XII

Un día Gedeon habló así con Dios:

Si has de salvar a Israel por mi mano, como lo has dicho, pondré este vellocino de lana en la era: si el rocío cayere en solo el vellocino, y toda la tierra quedare seca, sabré que salvarás a Israel por mi mano . . . .Y así sucedió. Y levantándose antes de amanecer, esprimió el vellocino, y llenó una taza de rocío. Y dijo de nuevo a Dios: No se encienda tu furor contra mí, si aún probara otra vez, pidiendo una señal en el vellocino. Ruégote que sólo el vellocino quede seco y toda la tierra mojada del rocío. Y el Señor lo hizo aquella noche como se lo había pedido. Y sólo en el vellocino hubo sequedad, y rocío en toda la tierra.

XIII

Grande milagro, señores, realizado por Dios, para inspirar con-

fianza en su libertad futura al oprimido pueblo de Israel, pero milagro que simboliza otro más espléndido hecho en María, para alentar las esperanzas abatidas del hombre—Ella es el verdadero vellocino; porque así como aquel, perteneciendo al cuerpo, no participa de sus impresiones, María, ligada con la familia humana, ilustre miembro del gran cuerpo, cuya cabeza es Adam, no ha sentido ninguno de los males que le aquejan.

María, límpido vellocino, ha recojido todo el rocío de la gracia, en medio de las tinieblas, que envolvían el campo de la humanidad; y, antes de amanecer, antes que brillara el Sol de la Justicia, ha sido encontrada llena de gracia, por el Arcángel, que vino a traer a la tierra el mensaje de su libertad. Sofronio, comentando la salutación de Gabriel, dice: "Salve llena de gracia; porque a los demás se les dió parcialmente: más toda la plenitud de la gracia se comunicó a María."

Milagro de doble significación: porque si en su primer aspecto nos declara la riqueza de esta inclita doncella; en el segundo traduce la exención de toda mancha de que gozó su alma purísima. La tierra fué inundada y el vellocino permaneció enjuto: todos los mortales se ahogaron en las aguas de ese diluvio de indignación, que atrajo el pecado de Adam; y María sola fué libre de esta pena: Sola ella fué siempre graciosa a los ojos de Dios: sola ella fué el Arca Santa, que salvó la inundación, se detuvo en la cumbre del Monte de la justicia: y, cuando una paloma de misterio trajo en el pico la verde rama de la esperanza, salió de su seno un Consolador más noble que Noé, y ofreció en el Calvario, delante de las ruinas del mundo, un sacrificio de reconciliación entre el Cielo y la tierra.

Si; María es el vellocino de elección: y el Verbo de Dios ha descendido a su seno, como David lo había profetizado por estas palabras: *descendit cicut pluvia in vellus* Pero dad todavía tregua a vuestra admiración.

XIV

Isaías comienza a describir así el triunfo de Dios sobre los enemigos de su pueblo: "He aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera, y entrará al Egipto, y serán conmovidos los ídolos con su presencia, y el Corazón de Egipto se consumirá en medio de él"

Prodigio estupendo, señores: porque Dios triunfa de grandes y antiguos poderes, empleando medios débiles que no son parte a dividir la inmensa gloria que se procura. Pero prodigio que es la revelación de otro mayor. El Verbo increado se hace hombre, y aparece como nuestro Señor, aunque velada su majestad por la nube de la naturaleza humana; y entra en el mundo verdadero Egipto por la idolatría de las pasiones; y las pasiones son postradas; y el vicio es vencido; y la iniquidad se avergüenza, y huye . . . . Y María es la nube que ha velado la gloria del Increado: ella, como dice San Bernardo, le viste con la sustancia de la carne, y es vestida por El con la gloria de su Majestad. Viste al Sol con un ropaje diáfano, y es vestida con los rayos del mismo Sol. Es la mujer que San Juan divisó revestida del Sol: *Mulier amicta sole* que dijo!Es un Sol; porque es una nube transfigurada—David nos enseña que el Verbo ha puesto su tienda de campaña en el Sol: *In sole posuit tabernaculum suum.* Y de allí ha salido con el Esposo de su thalamo, después de ratificar el matrimonio, que había celebrado con la humanidad desgraciada, por las reiterados promesas hechas a los patriarcas y por los profetas. Pero, señores; el Sol Rey de los Astros, el Padre de la luz, la gran maravilla del firmamento tiene manchas, que ha descubierto el ojo del astrónomo. El polvo se ha vengado de la Gloria. . . . . Y María Sol y Nube, María que se viste del Sol, es un Astro de pureza; no tiene mancha alguna; descuella entre los santos; excede en pureza a los serafines, es toda hermosa,*tota pulchra;* es amiga de Aquel que no sufre el más ligero defecto: *Amica mea.* ¿Quién ha podido, repetiré con Job, realizar este portento? ¡Ah! Solo Dios, que es independiente, soberano, único, en una palabra: *¿quis potest facere mundum de inmundo conceptum semine? ¿Nonne tu, qui solus est?*

XV

Pero escuchemos la exposición, que hacen algunos Padres de esta figura. San Gerónimo traduce la palabra nubes para esta otra: "La Santísima María" mucha propiedad añade se ha escrito "Nube del día"; porque aquella nube no estuvo en las tinieblas del pecado, sino que se mantuvo siempre en la luz de la gracia divina, y San Buenaventura que agrega: "María es para nosotros una columna de nube,

porque a la manera de aquella, libra del ardor de la indignación divina y de la tentación diabólica, es también columna de fuego, que ilumina el mundo en la noche de este siglo" Y San Epifanio, que apostrofa así a la Virgen Santísima: "Oh bienaventurada Virgen tu eres una brillante, nube, que, para iluminar el mundo, has atraído a Cristo rayo esplendente del Cielo". (1)

---

(1) NOTA—Aquí concluyen los originales que contienen este hermoso Panegírico. Parece inconcluso, pues, no termina con aquellas deprecaciones que caracterizan los finales de los Sermones de Monseñor Roca. Cabe aquí recordar lo que se dijo en la Nota al Discurso Académico, DIOS, que se lee en la página 45.

Panegírico de Santo Toribio Alfonso de Mogrovejo [*] : - : -

Quasi ignis effulgens et thus ardens in igne.

Como llama luciente e incienso que arde en el fuego.
Eclesiástico. Cap. I. v. 9.

Iltmo. Señor:
Venerable Capítulo:
Señores:

Toribio Alfonso de Mogrovejo ha brillado en la Iglesia de Dios, por su encendida caridad, exhalando en ella el perfume de sus ruegos y el perfume de sus virtudes.

Como una llama luciente, ha irradiado su claridad y su calor sobre esta porción del rebaño de Cristo.

Como el incienso que arde en el fuego ha esparcido el buen olor de sus obras no sólo entre los que le rodeaban, sino en todos los ángulos del templo de Dios.

Llama luciente, sirvió de faro a todos los que navegaban en las costas protejidas por él; calentó corazones, que invadía el hielo de la muerte; ablandó corazones endurecidos por el hábito del crimen; e iluminó la casa del Señor, con una lámpara magestuosa, que arde delante del tabernáculo.

Aromático incienso, quemado en el puro fuego del amor, hizo oblación de todos sus afectos en el santuario de su alma, y la fragan-

(*)—Sermón panegírico del segundo Arzobispo de Lima, y venerado en los altares, predicado en su Iglesia Catedral, el 27 de abril de 1863.

cia de su holocausto le valió la clemencia del cielo y la admiración de la tierra.

Era, señores, nuestro ilustre Arzobispo, un mensajero del Altísimo, que vino a darnos lecciones de caridad y oración, desde el sólio en que le colocó la mano bienhechora de la Providencia. Pastor, debía enseñar a sus ovejas ese idioma mejor que el de los ángeles, porque es el idioma de Dios: debía ser una fragua de caridad.

Sacerdote, y Gran Sacerdote, debía levantar a los fieles hasta la región de la inmortalidad; y por esto debía orar sin descanso, para remontar su vuelo, llevando sobre sí al pecador y al justo. Y lo hizo, señores: y hoy ciñe una corona de gloria; y la Iglesia le ha declarado intercesor; y los cristianos le toman por modelo; y su grey se pone bajo de su protección; y el Seminario le llama su Ilustre Padre.

Hoy, pues, en que refrescamos la memoria de su nacimiento al cielo, descorremos el velo respetuoso que cubre su retrato, y leeremos: en su corazón, amor, en sus ojos, contemplación, en todo su semblante un conjunto de virtudes, cortejo de la caridad, fruto de la oración. Y en sus manos veremos una palma, símbolo de los combates y de las victorias; y en sus pies veremos la hermosura de los pies de aquellos que evangelizan la paz; y en sus espaldas contemplaremos los triunfos de la penitencia; y en sus labios leeremos la expresión de la mansedumbre; y en su frente los destellos de la ciencia divina; y en su cabeza la expresión de la humildad; y en todo él esta sentencia, que es su más acabado panegírico: "Como llama luciente y como incienso que arde en el fuego"

¡Madre del amor! ¡Doncella contemplativa de Nazareth! Yo te saludo.

AVE GRATIA PLENA

Así como Dios, que es caridad, es el Dios de las virtudes, todos los santos, por que han descollado en el amor, han ofrecido también un raro conjunto de esas joyas del espíritu que el cristianismo ha bautizado con el nombre de virtudes.

Y a la manera que, siendo Dios amor, es la contemplación infinita, y engendra a su Verbo mientras que se contempla, y entreambos producen al Paráclito; el hombre perfecto, en cuya alma se refle-

ja, la fisonomía divina, no es fecunda sino porque era; siendo su contemplación el orígen de la súplica, y ésta la causa que, unida al auxilio sobrenatural, produce todos los afectos, todas las acciones dignas de premio eterno.

Por eso, decía David que el fuego del amor se había enardecido en su meditación; por eso, la Madre del Amor hermoso que concibió mientras que contemplaba; por eso, el amor peregrino celebró el introito de su valioso sacrificio en el huerto Jethsemaní; por eso el Espíritu de Luz y de Consuelo descendió visiblemente sobre los Apóstoles, mientras que oraban en el Cenáculo; por eso Toribio de Mogrovejo contempla en casi toda la noche, para presentarse en el día como un sol de caridad, que tenía un oriente sensible, pero que no hubo ocaso.

Señores: para Toribio existir era amar, y para amar contemplaba. Esto es decir que en él armonizaron magníficamente las dos faces de la vida sobrenatural; que, traduciendo el bello pensamiento de San Agustín, vivió en la quietud estática de Juan, sin dejar de seguir las huellas del infatigable Pedro, que supo ser virgen y puro como el uno, penitente y valeroso como el otro; que, discurriendo como un astro de bendición por el firmamento de la Iglesia, iluminó como sol, y plateó las sombras nocturnas como la luna en la plenitud de sus días; *quasi sol refulgens, et quasi luna in diebus suis.* Vais a verlo, señores:

I

Para explicar la vida de Toribio, se necesita fijar su carácter grandioso; se necesita estudiar no sólo su acción de pastor, sino su corazón de santo. Tenemos que admirar en él un varón apostólico, y un solitario contemplativo. Es un Elías en el desierto; es también Elías arrebatado en un carro de fuego, cubierto por el torbellino, y llevado hasta la altura del cielo. Como el primero, la eficacia de su oración pone al cielo de su parte; como el segundo, su término glorioso, hace fijar la mirada de los hombres en el cielo.

II

Pasemos en silencio los primeros años de su vida, época de encanto, perfumada como un vergel, que refrezcan las tibias brisas

de la mañana. Dejemos sin mención especial los primeros teatros de sus glorias, los primeros santuarios, en donde su corazón se abrió a las influencias de la gracia, como se abre una tierra virgen, para recibir la semilla, y el rocío y el calor, que la tornarán en planta. Dejemos que brille en la historia el Colegio de Valladolid, en donde hizo sus primeros estudios, y el de San Salvador de Oviedo, en donde ciñó la diadema de la ciencia, Toribio les ha dado un lustre, que no serán parte a empañar, ni el tiempo con su mano polvorosa, ni el olvido con su manto de sombras, ni la ignorancia con su mirada indiferente.

Dejo que los ángeles registren en el libro de los predestinados su penitencia asombrosa, el estricto cumplimiento de sus deberes, su oración casi continua, su vida de celo y abnegación, omito igualmente el relato de su prudencia y tino, en el difícil puesto que ocupó en clase de atalaya ilustre de la fé. No hablaré de sus combates y de sus triunfos, en que obtuvo en premio de sus valerosos esfuerzos el lirio siempre aromático de la pureza, ni de la grande estima en que le tuvieron cuantos pudieron admirarle, llevando escrita en su frente la revelación de un grandioso porvenir.

Mi empeño es otro, señores: he venido a exhibir ante vosotros la importante figura de un Pastor Santo, y de un Santo Pastor.

Por eso vereis ornadas sus sienes con la brillante corona de los pontifices, y con la girnalda entretejida de las flores más fragantes del espíritu. Le contemplaréis como una llama luciente: *quasi ignis effulgens;* a la vez que os recreará el perfume de su amante corazón: ***quasi thus ardens in igne.***

III

Uno de los actos más importantes de la vida de nuestro héroe es, sin duda, su resolución de hacerse pastor de almas. Con efecto: solicitado para que aceptáse el Arzobispado de Lima, Toribio no podía ignorar cuan grave era la carga con que se intentaba oprimir sus débiles hombros. Era preciso renunciar a su libertad, hasta entonces santamente empleada, para dar la libertad de los hijos de Dios a los que gemían encadenados por la ignorancia o por el crimen. Era necesario inmolarse, a imitación de la víctima divina, para procurar la salvación de millares de almas, que el infierno solicitaba con toda la energía de su odio, con toda la seducción de su malicia. Indispensable era de-

cir un adiós eterno a los queridos ángulos del Colegio, a los amables muros de la casa paterna, abandonando el tesoro que cobijaban una madre, cuya ausencia es la más cruel de las privaciones. Y además había que perder de vista las bellas costas de la patria esos buenos y leales amigos de la juventud, esas bóvedas queridas de los templos de Dios, que tantas veces habían reflejado los amantes suspiros de su pecho. Preciso era ruborizar a la humildad y a la modestia, haciéndolas sufrir el tormento, que ocasiona la conciencia de la propia bajeza y la convicción del sublime carácter episcopal; era necesario angustiar el espíritu en presencia de estas dos ideas: tremenda responsabilidad del Episcopado, y nulidad de las fuerzas humanas para llenar cumplidamente sus deberes; forzoso era condenarse a perpétua confusión e inquietud, saliendo de la condición de individuo, para asumir el pavoroso carácter de representante de un pueblo delante de Dios. ¡Ay! señores: me estremezco al contemplar esta lucha. . . . .

IV

Jacob tuvo la honra de medir sus fuerzas con un ángel en el desierto, de Phamiel. El combate no se decidió y fué interrumpido, por que aparecieron los primeros albores del día. Entonces el Angel dió al Patriarca el nombre de Israel, en signo de fortaleza.

Toribio el padre espiritual de esta gran familia, lucha en el desamparo de su espíritu con estos temores, sugeridos por Dios para probarle. Si allá un ser espiritual reviste formas humanas para luchar con el escogido del Señor, aquí las incertidumbres, las congojas como que forman una entidad terrible, cuyas acometidas tiene que resistir el generoso campeón de Cristo. Y el combate no cesa hasta que la caridad no lo interrumpe. Apenas se hace saber a Toribio que su sacrificio valdrá la salvación de millares de almas, cuando una luz divina inunda su entendimiento, y las sombras se disipan; un calor de vida dilata su corazón y los temores huyen, dejándolo tranquilo, y resuelto a secundar las intenciones de Dios. Paréceme que escucho, en lo más íntimo de su ser, una voz misteriosa que le dice: "Tu te llamarás en adelante hombre de fortaleza, y serás padre de un pueblo numerosísimo. Cuenta, Catecúmeno del Episcopado, cuenta las tribus errantes, que tu mano bendita va a encaminar por el sendero de la vida; cuenta los templos que vas a consagrar al Dios de las virtudes, y los asilos que vas a ofre-

cer a las virtudes de Dios; divisa allá en lotananza la gran familia de pobres, cuyas lágrimas enjugarás tú; cuenta las frentes que vas a signar con el óleo, que dá vigor a las almas, y las manos que vas a ungir con el óleo que hace mártires de los hombres; mira allá, entre los pliegues del tiempo, esa familia de Leví, cuya cuna vas a mecer en tus brazos de gigante, cuyo corazón estremecerás con el recuerdo de tus virtudes. Mira. . . . .

V.

¡Perdón, Señor! ¡Dios inmenso y eterno! Me he atrevido a penetrar en tus arcanos yo, creatura de un día; he tenido la osadía de plantear y resolver el problema de tu misericordia, rasgando el velo del porvenir ¡Señor, otra vez perdon! Tras ese oscuro velo, yo divisaba la luz de tu semblante; veía tus caminos de gloria; me acerqué, sentí tu voz, y, conmovido, tuve el atrevimiento de penetrar en tu santuario. Creí que me llamabas, y, ¿quién puede resistir, Dios mío el dulce acento de tu palabra?

Pero, no, Señor, he padecido una ilusión: nunca hubiera podido decifrar tus enigmas. Me creí profeta temerario, y por eso reclamé tu indulgencia; mientras que no soy sino cantor de las maravillas de tu poder, que la historia registra, y por eso canto tu misericordia!

Señores: los arcanos de la Providencia se han revelado. La vida de Toribio está allí como un monumento glorioso para anunciar al mundo atónito la Sabiduría, la omnipotencia y la misericordia de Dios. Monumento más sagrado que el montón de piedras, que levantó Jacob, para perpetuar la memoria de su visión celestial. Más esta vida, que acabo de sombrearos, se inicia por el ejercicio de las dos grandes virtudes, que vamos a contemplar: Toribio consulta la voluntad de Dios en la oración; la descubre, por que experimenta un incendio de caridad. ¡Cuan bien se marca su dobe carácter de hombre de acción y de contempiación! ¡Cuanto no deleita el gratísimo perfume de su oración! *Quasi ignis effulgens, et quasi thus ardens in igne.*

VI

Pero, si quereis apreciar en todo su valor estas nobilísimas virtudes, es preciso que sigais a Toribio al bello suelo de los Incas.

Una metrópoli de reciente creación, es, sin duda, un vasto campo, abierto al confesor de Cristo para luchar con todo género de dificutades. Ignorancia del pueblo, infracciones contínuas de la diciplina eclesiástica, desórden en el culto divino, grandes distancias que salvar, por caminos intransitables, y, por último, el abuso de los que, ejerciendo el poder político, quiere también legislar en la Iglesia, llevando en un brazo de barro la pesada vara del gobierno y el formidable incensario de los sacrificios, éstos y otros obstáculos debían poner a dura prueba toda virtud, que no fuese la del ilustre Toribio. El era un pontífice providencial; podía llamarse por la gracia de Dios, Arzobispo de Lima: como si dijéramos: dádiva de amor hecha por Dios a esta porción de su Iglesia.

VII

Señores: tres visitas pastorales por toda la extensión de la Arquidiócesis que abrazaba entonces todo el territorio Peruano, a excepción del Cuzco; visitas hecha soportando todo género de privaciones, desafiando todos los peligros, y señalando más de una vez con el brillo de los milagros la ruta de su peregrinación; visitas que no pudo interrumpir sino la muerte, y en que más de 600 mil almas sintieron acariciadas sus mejillas por la mano venerada del pastor; tres concilios provinciales llevados a buen término, a pesar de las contradicciones que surgieran aún de parte de los prelados sufragáneos, concilios en que las leyes canónicas son puestas en observancia, merced a las prudentes resoluciones de los pastores y a la docilidad de las ovejas, para escuchar su voz; concilios, cuya falta de celebración explica nuestra decadencia actual, y angustia el espíritu de todos los que aman a la Iglesia; trece o catorce Sínodos diocesanos, celebrados con celo singular, en que el Pastor se puso de acuerdo con sus coadjutores para hacer prosperar su amado rebaño; Sínodos que, despertando la solicitud en los párrocos, comunican un impulso vital a los intereses de la religión y la piedad; la fundación del Seminario, que hoy lleva su nombre, en medio de las más violentas contradicciones, por que quizo conservar íntegra la autoridad espiritual confiada a su celo; la erección del Monasterio de Santa Clara y de la Iglesia de Nuestra Señora de Copacabana; la distribución de toda su renta, entre sus acreedores, los pobres de Cristo; la dotación de todos los templos que

carecían de ornamentos y vasos sagrados; la predicación constante y personal del Evangelio; los repetidos viajes que emprendió, aún con riesgo de la vida, para administrar los santos sacramentos a la menor de sus ovejas, que necesitara recibirlos; la elección escrupulosa que hizo de los ministros del Santuario, esto y mucho más habla con una elocuencia, que no serán parte a desvirtuar, ni el trascurso de los siglos, ni la mudanza de los tiempos. Estos hechos escriben el magnífico epitafio de Toribio sobre su loza fúnebre, como escriben las estrellas un himno a la gloria de Dios en el azul de los cielos; estos hechos son el magnífico pedestal sobre el que descansa su gigantesca estatua; son nubes de gloria, de las cuales se destaca su diadema de santidad, así como se destaca en el firmamento un arco de luz, entre nubes doradas por el Sol; estos hechos pasaron el Atlántico, llegaron a orillas de Mediterráneo, penetraron en la ciudad Santa, y movieron la mano del Vicario de Cristo a rubricar esta sentencia: *Toribio de Mogrovejo, Confesor Pontífice.* Estos hechos, en fin, determinan la vasta esfera de su acción, que aparece iluminada con los resplandores de su santidad; y él en el centro de esa esfera radiosa, se presenta como una llama luciente, que difunde en torno suyo la luz y el calor, y, con ellos, la vida: *Quasi ignis effulgens.*

VIII

Pasemos, señores, a contemplar el corazón de Santo Toribio, en el ejercicio de sus heróicas virtudes, que se dibujan en su fisonomía de Santo.

Vamos a estudiar, aunque en breve cuadro, su humildad, su castidad, su penitencia, su pobreza y su mansedumbre, que son el aroma de su espíritu, ofrecido al Señor mientras que ora. Contemplando estas virtudes sentiremos su fragancia, y nos explicaremos el prodigio de su acción pastoral.

IX

Toribio era humilde: no podía tolerar los honores; viajaba pobremente; sufría los vejámenes sin amargura de corazón; se confundía con el último de sus clérigos, en el ejercicio de su ministerio: y, al descender así, se inclinaba con la magestad del Sol en el horizonte,

que, cuando desciende, matiza las nubes, dilata su faz, reverbera sobre los mares, y luego aparece magnífico, rasgando las cortinas de la aurora: *quasi ignis effulgens.*

X

Casto, triunfó en buena hora de las acometidas del infierno; ardía en su pecho el puro fuego de la caridad, que tiene por atributo apagar toda llama impura. Por eso, la compostura de su semblante inspiraba el amor de la pureza; por eso su severidad en el trato de las personas, que podían empañar el brillo de su virtud, era el fiel traslado de la magestuosa severidad del Salvador, cuando, salido del sepulcro, dice a la amante Magdalena: *Noli me tangere.* Había sido sepultado con Cristo, por el Bautismo, como nos enseña el Apóstol de las Gentes, había resucitado con él. por la gracia del mismo sacramento.

XI

Penitente, ocultaba debajo de la vestidura de gloria pontifical el cilicio del Cenobita; tenía constantemente las espaldas lastimadas, a semejanza del más hermoso de los hijos de los hombres; lastimadas, porque para Toribio el pretorio de Pilatos se encontraba en todo lugar solitario, en el secreto de su habitación como en el silencio de los bosques; y el instrumento del martirio no caía nunca de la mano que empuñaba el báculo del gobierno.

XII

Pobre, no poseía, sino para tener la satisfacción de dar. Puede asegurarse, sin temor, que no conservó nunca, sino lo indispensable para su sostenimiento y modesto decoro. Conocía nuestro ilustre Arzobispo lo deleznable que es la riqueza humana. Había escuchado y puesto en práctica esta enseñanza evangélica: "Haceos bolsillos que no envejezcan, y colocad en el cielo vuestro tesoro indeficiente: en el cielo adonde ni el orín, ni la polilla pueden roerlo; adonde los ladrones no pueden apropiárselo". Señores: no puede medirse la extensión de las limosnas de Toribio, que son la prueba de su desprendimiento y de su caridad, sino por la elevación de sus afectos, por la generosidad

de sus miras, por la grandeza de sus obras. Básteme deciros que no hay tradición de que haya dejado sin socorro a un pobre, aún cuando tuviera que sacrificar para el alivio de su miseria el objeto de más valor para su servicio. Era fiel imitador del Verbo de Dios, que se privó de su gloria, que se anonadó hasta tomar la forma de siervo, para llenarnos de gloria, engrandeciéndonos y libertándonos. Así Toribio, en quien el fuego del amor había creado el abismo, de que nos habla San Pablo; abismo que sólo puede medir Dios, por que es inmenso, y los santos que contemplan su inmensidad.

XIII

Manso, supo reprimir en tiempo las exaltaciones del corazón, para exhibirse como conviene a los ministros de Cristo, dispensadores de los misterios de Dios. Su semblante apacible, su trato dulce y afectuoso revelaban la paz de su espiritu. Puede afirmarse que sus labios, sólo se abrieron para repetir el himno, que entonaron los ángeles en la gruta de Belén; porque sus palabras pueden resumirse en estas: "Gloria a Dios en las alturas; paz en la tierra a los hombres de buena voluntad". Por eso nunca reprendió con amargura; antes bien, hubo ocasión, en que echando sobre sí toda la indignación que debiera descargar sobre el culpable, le hizo admirar las frescas rosas de su penitencia, y le embriagó con el perfume del amor.

En más de un conflicto, en que su dignidad se viera comprometida, supo salir airoso, sufriendo los desmanes con mansedumbre de corazón, y conservando así la magestad de su carácter, que se hubiera amenguado por los impetus de la ira. En una palabra, su mansedumbre le hacía propio pastor de ovejas, pues nunca las ahuyentó con los gritos descompasados de la cólera, antes bien las atrajo con el blando reclamo de su caridad. Imitaba nuestro ilustre Arzobispo al buen Jesús, que fué llevado como oveja al matadero y calló como el cordero delante del que le trasquila.

XIV

¿Que os diré señores, de su altísima contemplación, de su oración ferviente, secreto de todas sus virtudes, fuego, que abrazando su pecho, purificando sus sentimientos, consumiéndole, en una palabra,

le hacía exhalar el buen olor de Cristo? Ah! Era su corazón vaso de esencias, y no necesitaba sino de un levísimo grado de calor para derramar sus perfumes; y este calor era ardiente en su oración. Se veía su rostro radioso como el de un Moises, al bajar de la montaña en donde comunicó con el Señor. Consumía la noche en este sublime ejercicio, y derramaba en el día la luz que había reflejado sobre su espíritu, y que le acompañaba en todos los actos de su sabio gobierno. Oraba como el Salvador, y se nutría con el oculto maná que el cielo le franqueaba; por eso era escasa su comida; por eso era frecuente su ayuno. Podía decir como su divino maestro: mi alimento es hacer la voluntad del que me ha enviado.

XV

¡Oh señores, verdaderamente era santo el ilustre Toribio de Mogrovejo. No sé que experimento al hablaros de sus virtudes. Me parece que aspiro un perfume celestial; es el aroma purísimo que exhaló sobre la tierra, y de que se halla impregnado cuanto le pertenece, hasta las páginas de su historia. Si; él ha perfumado la Iglesia de Dios como el incienso arde en el fuego; *quasi thus ardens in igne*. Y ha muerto ejerciendo las dos sublimes virtudes que caracterizan su vida: caridad y oración. Ha muerto como pastor y santo. Ha muerto en la tercera visita de su Arquidiócesis; y no ha tenido agonía por que su espíritu extasiado en la contemplación de Dios, ha roto los frágiles vínculos, que lo unían a la tierra. Y al llegar a su patria que es nuestra patria ha ido a practicar de un modo inenarrable las virtudes con que se ha señalado entre nosotros. La fé y la esperanza llegaron a su término. Ya no cree, porque está viendo; ya no espera, porque posee; pero ama, señores, ama y contempla; ama a Dios como ama a los santos su espíritu le vé y se incendia más en el amor; ama a su grey y se interesa por ella; vé nuestros males, y pide a Dios su remedio; ora y Dios le escucha; y sus ovejas se salvan. Ama, y brilla por su amor allá en el cielo como una llama luciente; *quasi ignis effulgens;* contempla, y sus afectos se derraman en las gradas del solio divino, así como se derrama el incienso, por todo el ámbito del Templo, en cuyos altares le ofrece nuestra piedad: *quasi thus ardens in igne.*

DEPRECACION

¡Oh Toribio bienaventurado! ¡Tu gloria nos consuela; tu virtud nos edifica; tu amor nos inflama: y todos nuestros afectos se dirigen al cielo que habitas, y se concentran en el Dios a quien adoras. ¿Seremos Santos, venerable pontífice? ¿Seremos dichosos Confesor esclarecido? ¿Corresponderá el Seminario a tu vocación, Fundador Ilustre?. . . . .

Ah! ruega, Amado Pastor, por que la cuna en que la Iglesia arrulla sus más caras esperanzas, se mantenga siempre a la sombra de la protección divina: ruega por que tus hijos imiten tus heróicas virtudes; ruega por que sean sacerdotes abnegados, hombres de sacrificio; ruega por que su corazón sea siempre puro, siempre amante, siempre fiel; ruega por que adelanten en la ciencia a fin de que cosechen frutos de vida; ruega, por último, por que ellos y tu grey se salven, para que en el día solemne de la justicia y de la misericordia, puedan agruparse a tu rededor, ellos y las almas santificadas por su ministerio; y los ángeles digan de tí lo que el Eclesiástico del gran sacerdote Simón, hijo de Onias: Cercado por el coro de los hermanos, es como planta de cedro en el monte Libano; así, al rededor de él como ramos, están todos los hijos de Aaron en su gloria."

Asi Sea.

Panegírico de San Francisco de Asís.[*]

Gloria et divitioe in domo ejus.

En su mansión están reunidas la gloria y las riquezas.
Psalmo 61. v. 3.

Señores:

Vengo a contemplar, con vosotros, a un hombre, que tiene un siglo a sus pies.

El siglo es el décimo tercio; el hombre es Francisco de Asis.

Yo he visto la fisonomia de ese hombre inmortal. La tosca jerga, que cubria su cuerpo, me ha revelado su pobreza; y la elevación de sus virtudes me ha descubierto el cimiento de su profunda humildad.

Voy a trazar, a grandes rasgos, el cuadro admirable de su vida; y, al estudiarlo, cesará el escándalo producido por las palabras de mi texto.—Vengo a hablar del *humilde,* y me ocupo de la *gloria;* debo retratar a un *pobre,* y nombro las *riquezas*: *gloria et divitioe in domo ejus*. Solo Jesus puede iluminar este cuadro con celestial resplandor.

¡Oh niño precioso de Bethlehem! reclinado en un pesebre, y adorado por los ángeles; envuelto en pobres pañales, y obsequiado por los reyes: explícame este misterio; dicen que vives en tus santos: enséñame a narrar esta vida.

(*)—Sermón panegírico del Seráfico fundador de la Orden que lleva su nombre, predicado en la Iglesia de Nuestra Señora de los Angeles, de la recolección de Misioneros Descalzos de esta Capital, el 4 de octubre de 1863.

Doncella pobre de Nazareth y Emperatriz del Cielo: humilde virgen de Judea y Madre del Muy Alto: escucha mi ruego.—*Ave gratia plena.*

INTRODUCCION

El Apóstol de las naciones ha dicho: "El mundo que preciaba de sabio, no ha conocido a Dios por las obras de su sabiduría; y ha placido a Dios salvar, por la *locura* de la predicación, a los que creyesen en él (1). Con efecto: la creación era un inmenso cuadro, en donde Dios habia bosquejado sus perfecciones; el hombre, a favor de la luz divina con que fuera signado su rostro, (2) debia leer allí la Omnipotencia, la Sabiduria y la Bondad de su Autor. Desgraciadamente no fué así: confundió los bellos matices de ese cuadro; y, como no podia volver a combinarlos, Dios, queriendo salvarle a toda costa, resolvió dar un solo color a la creación; por eso la tiñó con la púrpura de su sangre, para que el hombre extraviado leyera por todas partes el nombre de su Señor.

Al principio, habia trazado un círculo de luz, para contener al hombre en los linderos de la justicia; mas, al ver que los trasponía, tomó carne, abrió los brazos, y encerró al prevaricador en el círculo de su misericordia. Desde entonces no hay salvación, sino por la locura;—los insanos son los únicos, que podrán entrar al reino de los cielos, por que el Infalible ha dicho: "que es preciso hacerse como niños", (3) porque ha agregado: "que perderá la sabiduría de los sabios." (4) El mismo ha aceptado la ley, con todas sus consecuencias: su propio Verbo ha entrado en el plan de la regeneración:—le ha dado gloria por el abatimiento. (5) El Inmortal no recibe otro incienso.

Para rescatar a sus hijos, rompe toda medida: el Infinito desciende a lo finito; el Creador se une a la criatura. Entonces Dios a-

---

1)—In Dei sapientia non cognovit mundus per sapientiam Deum: placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes.—1 Corintios 1 19.

(2)—Signatum est super nos lumen vultus tui Domine.—Psalmo IV.

(3)—Nisi.... efficiamini parvuli, non intrabitis in regnum coelorum.—S. Mateo, Cap. XVIII. v. 3.

(4)Perdam sapientiam sapientium.—I. Corintios, 1. 19.

(5)—Semetipsum exinanivit.—Philipenses. II, 7.

parece en su historia, avanzando a pasos precipitados: salva las montañas y las colinas, baja del cielo al pesebre, sube de allí a la cruz, y, desde su altura, desciente al sepulcro, a los infiernos, para subir después a lo más encumbrado de los cielos.

Así los santos; así Francisco de Asis: en las humillaciones de su espíritu encuentra la elevación de la gloria; este es el asunto de mi primer pensamiento: en su despojo voluntario encuentra la abundancia de las riquezas; este el asunto de mi seguido pensamiento. Se humilla en la tierra, y recibe el culto de los mortales; se despoja en el mundo, y cuenta con innumerables tesoros. Se humilla, y Dios le coloca en un trono de gloria, se desprende de lo creado y Dios le enriquece con los bienes de la eternidad; atraviesa rápidamente este mudable escenario, pero su santidad hace el encanto de los siglos: *Gloria et divitioe in domo ejus, et justia ejus manet is soeculum soeculi.* (6).

I

Un joven de 24 años camina por las callles de Asis, en compañía de otros de su edad, llevando en las manos el cetro de Rey de las fiestas. Sale de un alegre banquete; las gracias le coronan; los dolores huyen de él; y es tan grande su amor al placer, que la vista de un desgraciado sería suficiente para sombrear con tintes melancólicos esa fisonomía, en que se refleja la satisfacción de un alma juvenil. De repente, el cetro cae de sus manos; los aturdidos mancebos no encuentran al que animaba sus fiestas; el pueblo busca al que llamaba la flor de la juventud, (7) pero esa flor se ha inclinado sobre su tallo al soplo de la gracia; está perfumando un hospital de leprosos. Francisco se ha despojado de las galas, que ataviaban su cuerpo, para revestir su espíritu con el ropaje de la inmortalidad; ha puesto sus labios en el polvo, que ilustra una cruz, quizá porque allí ha saboreado la dulzura de una gota de sangre divina; tal vez porque pretende hacer de la cruz una escala para asaltar el cielo.—¿Se habrá

(6) Psalmo CI, v. 3.

(7)—Seraphicus Franciscus a primis annis maxime fuit dilectus.... Unde cives Assisiates eum vocabant juvenum Florem.—Wading. Annales Minorum, tom. 1.

equivocado? Así lo juzga el mundo; su nombre, escrito en los anales de la santidad, desconcierta la prudencia del siglo.

II

Francisco recorre desde entonces el camino de la humillación: sufre las burlas de los mundanos, los maltratos y las maldiciones de su padre; enriquecido con los abundantes dones de la gracia, se llama el último de los hombres; padre de una grande y santa familia, no quiere para sí y para los suyos sino el oprobio; parece que se hubiera propuesto arrebatar de manos de los verdugos la esponja, que acercaran a los labios de Jesus. Qué mas? obedece a uno de sus hijos, para no hacer su propia voluntad;—nunca se aparta de alguno a quien cede el imperio de su alma;—los demonios le maltratan, y con razón, porque les dá celos su humildad; un labriego le llena de improperios, y él cae a sus pies pidiéndole perdon. Oh! esto admira; pero escuchad aun. El Sumo Pontífice, y el Colegio de Cardenales le veneran, y se abate profundamente; los pueblos salen a encontrarle, para besar sus vestiduras, y su espíritu sereno lejos está de sufrir desconcierto, en medio del aplauso universal; los suyos le excitan para que demande privilegios en favor de la Orden, que ha fundado, y no quiere otro privilegio que el de las virtudes; habla a los pecadores y los convierte, toca los enfermos y les devuelve la salud; y, si le preguntais en qué consiste la perfecta dicha, os responderá que "en sufrir desprecios y maltratos, con ánimo paciente, por el amor de Jesus, modelo de paciencia, porque es modelo de mansedumbre y humildad." Oh! cuan cierto es que el Señor es honrado por los humildes: *Deus ab humilibus honoratur;* (8) pues, como enseña San Agustín, el más humilde es más capaz de ser engrandecido y colmado de los dones celestiales: *Quanto humilior, tanto capacior, tanto plenior!* (9) Francisco ha justificado esta sentencia, pero su humildad necesita de una explicación superior.

III

"El Hijo de Dios, viva y expresa imágen del Padre, no usurpó

(8)—Eclesiástico III. 21.
(9)—Serm. 21 de Temp.

la igualdad que le atribuimos al compararle con su principio, y de la que disfruta en virtud de su generación perfecta; sino que se anonadó, revistiéndose de la naturaleza humana, y se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz; por lo cual Dios también le ensalzó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre para que al nombre de Jesus se doble la rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y en los infiernos." (10) El Verbo del Padre halló la gloria en el abatimiento; Aquel, a quien se debe todo honor y toda bendición, se confundió con el polvo: *humiliavit semetipsum.* (11) El camino de la gloria no está pues, en las alturas; se mide por las estaciones del *Vía-Crucis;* comienza en un pesebre y termina en un patíbulo. Me equivocaba: cerca del suplicio hay un sepulcro; sobre su pesada losa, se levanta Jesus, triunfador de la muerte y del infierno; y luego el azul del firmamento le sirve de graciosa peana, las puertas del cielo se abren, y el Redentor penetra en él, escoltado por los cautivos, que ha arrancado al abismo, se coloca a la diestra de su Padre, y prepara tronos para los que ha signado con la sangre de la expiación.

IV

El Salvador ha vinculado así un premio a una virtud;—al abatimiento voluntario la exaltación,—premiando de este modo todas las virtudes, porque, para ser sólidas, deben basarse en la humildad. Se necesitaba ciertamente de un poder divino, para unir extremos tan distantes: abismos de este género solo pueden tocarse por Dios, que puso límites a los abismos, no solo cuando disponía el orbe de la tierra, sino cuando, al reparar su obra, unió estrechamente, en una sola y adorable persona, dos naturalezas;—como si dijeramos; el valle y la montaña, la pradera y el firmamento, las tinieblas y la luz, la tierra y el cielo, la criatura y el Criador, el polvo y la gloria.

V

Los santos, cuyas almas han bajado del cielo para unirse al lodo corruptible, han reproducido, a su manera, el admirable contraste

(10)—Epist. a los Philipenses II. 7.
(11)—Ib. II. 8.

y la profunda armonía, cuyo tipo es Dios humanado. Y Francisco, al contemplarle en una cruz, al leer en su corazón rasgado esta palabra—humildad—ha tejido, con los hechos de su vida, una tela maravillosa, en donde se reproduce el retrato de la víctima del Gólgota, siquiera como se pinta la imágen del inmenso y ardiente sol en el cristalino y escaso caudal de una gota de agua. Y así como el Dios de la Magestad escribió su epitafio sobre la cruz, con esta palabra—humildad,—Francisco nos ha dejado, como la síntesis de su vida, esta misma palabra, que abate nuestra soñada grandeza; el Espíritu divino ha escrito en torno suyo, y con cifras de luz, esta palabra *gloria*, y nosotros hemos quedado absortos contemplando la obra de Dios. Oh! volvamos a mirarle.

VI

Yo le diviso revestido de una tosca jerga, que me anuncia algo mas que el desprendimiento de las riquezas; revela el bajo concepto que había formado de sí mismo. Permitidme que traduzca su pensamiento. "Un miserable como yo no merece ni el harapo que cubre su desnudez; si lo he aceptado, es acordándome de que, en el paraiso terrenal, la Sabiduria de Dios vistió pobremente a nuestros padres prevaricadores; es acordándome de que, cuando esta misma Sabiduría tomó carne, consintió en vestir una túnica irrisoria, y un girón de púrpura, que pusieron sobre sus desgarradas espaldas. Se burlaron del Hijo de Dios, como de un loco; quiero, pues, imitarle en su locura; porque, seguramente, si hay alguna locura sabia, es la locura de un Dios."

VII

Y este hombre abatido, este ser insignificante ha dominado la creación. Las alondras le obedecen, un ruiseñor trina con él, un halcón le anuncia el momento de la oración y del descanso; multitud de avecillas le acarician a su manera, los corderos saltan de gozo a su presencia, un lobo hace tratados de paz con el pueblo que desvastaba, sirviendo de mediador este hombre singular. ¿Me preguntais el por qué de estas maravillas? Oid la instrucción de San Pablo a los cristianos de Roma: "Toda la naturaleza, hecha para glorificar a Dios, está sometida, a pesar suyo, a la vanidad del hombre; esto la hace

gemir, y espera que los hijos de Dios la den libertad. Porque la creación misma será relevada de esta servidumbre de corrupción, por una especie de participación de la gloria de los santos." (12) He allí la profunda doctrina del Apóstol. La creación se estremecía, pues, de gozo, al sentir la presencia del humilde Francisco, uno de sus ilustres libertadores. Pero esta no es sino una manifestación de su gloria.

VIII

Domingo de Guzman ha tenido una visión. En ella se le ha revelado el Supremo Juez, airado contra los mortales, y próximo a lanzar el rayo de su venganza. María presenta a la Magestad Divina dos hombres, y el rayo se apaga| Domingo se ha reconocido;—es uno de los intercesores;—el otro es un pobre, a quien encuentra el día siguiente a la puerta de un templo. Luego que le divisa, tiende hacia él los brazos, le estrecha en su seno, sus corazones se hablan, y después, Domingo, en el lenguaje entrecortado del éxtasis, dice a Francisco: "tú eres mi compañero, caminarás conmigo; permanezcamos unidos, y nadie podrá prevalecer contra nosotros." (13) Y, desde entonces, estos dos hombres nunca se separan; las distancias son impotentes para desunir sus corazones. Son dos árboles, plantados por la mano de Dios en el paraiso de la Iglesia; sus ramas se acercan, se enlazan, y forman un pabellón delicioso, que dá sombra a las generaciones. Yo no puedo contar esas ramas, siempre frescas, cargadas de frutos de ciencia y de virtud: se llaman Buenaventura y Tomás de Aquino, Antonio de Padua y Luis Beltran, Pio V y Bernardino de Sena, las vírgenes Clara, Catalina y Rosa de Santa María y otras mil. He aquí algo de la gloria del humilde Francisco: *gloria in domo ejus.* Contemplemos su riqueza.

IX

Escuchémosle, haciendo el panegírico de la pobreza. Su palabra inspirada conmoverá nuestros corazones.

---

(12)—Epist. a los Romanos, Cap. VIII, vv. 19, 20, 21 y 22.
(13)—Gerard de Frachet, Vie des Fréres Précheurs, liv. 1, chap. 1, dans la vie de St. Dominique du P. Lacordaire.

Inocencio III ocupa el trono de San Pedro; rodéale el augusto concejo de sus cardenales; el humilde Francisco de Asís ha desplegado sus labios: "Santo Padre, le dice, había una doncella hermosísima, pero indigente, que habitaba un desierto. Un rey la vió, y se impresionó tanto de su belleza, que la tomó por compañera. Permaneció algunos años con ella, y tuvo varios hijos de esta unión; todos tenían las facciones del padre y la belleza de la madre. Después, el rey se volvió a su corte. La esposa educó sabiamente a su tierna prole, y la envió a buscar a su noble consorte, para que la dotase. El Rey les ha preguntado su origen, y, después de abrazarlos tiernamente, les ha prometido todo género de bienes".

... ...

"Ese Rey, Santísimo Padre, es Nuestro Señor Jesucristo. Esa hermosa doncella es la pobreza, que, sufriendo rechazos y desdenes en todas partes, se encontraba en este mundo como en un desierto. El Rey de los Reyes, al descender del Cielo para venir a la tierra, la amó tanto, que se desposó con ella en el pesebre. Sus hijos fueron los Apóstoles, los Anacoretas, los Cenobitas y una multitud de otros, que abrazaron voluntariamente la pobreza. Ella los ha enviado al cielo, adonde el Rey su padre, quien les ha franqueado todos sus tesoros, ofreciéndoles dividir con ellos su imperio." (14)

X

El venerable Pontífice ha quedado absorto al oir este discurso; ha reconocido en Francisco la ilustración del Espíritu de Dios. El mundo se ha escandalizado. Siempre se escandaliza, cuando le hablan el idioma del cielo. Mas, para confundirle, se necesita unir a la palabra la acción, a la enseñanza el ejemplo.

Francisco, ese niño mimado, ese joven halagado por la fortuna, había hecho ya el generoso sacrificio de cuanto le pertenecía. Rudo aprendiz en la escuela de la perfección, fué bastante generoso para ofrecer todo el dinero con que contaba, destinándolo al sostenimien-

(14)—Extracto del discurso de San Francisco, registrado en su vida, escrita a Tribus Sociis, Cap. IV, citada por E. Chavin, en su Histoire de St. Francois d'Assise, París 1841.

to del culto divino. La humildad de su espíritu le había hecho creer que Dios le demandaba solamente la reparación de su templo material, esto, del mas pequeño de sus templos; el Vicario de Cristo le habia divisado en sueños, sosteniendo la Basílica de Letran, que amenazaba desplomarse; y Dios le había visto en sus consejos, sosteniendo, por el culto de la pobreza voluntaria, no el pequeño templo de San Damian, tampoco la inmensa Basílica, sino el edificio magnífico de la Iglesia Católica. Así, mientras que Francisco se empeñaba en glorificar la pobreza, y el Pontífice en proteger su Orden naciente, Dios glorificaba a Francisco por la pobreza, y a la pobreza por Francisco.

Los hechos lo demuestran con elocuencia invencible.

Ya los pobres han experimentado los efectos de la noble pasion, que arde en su pecho; y cuando un padre avaro teme que la virtud del hijo le prive de sus tesoros, este, con una grandeza de alma que admira, renuncia delante del Obispo de Asis todos sus derechos y acciones; se despoja hasta del vestido; solo conserva una joya; ¿la nombraré, señores? ¿no temereis que empañe el brillo de su noble conducta? Ah! es... su cilicio! La pobreza ha hecho traición a la humildad, y nos ha descubierto los secretos de la mortificación. El Obispo, los testigos lloran; el santo joven está loco de alegria. Oidle! "Escuchad y comprended, dice: hasta ahora he llamado Pedro Bernardon a mi padre; en adelante, podré decir sin temor: Padre nuestro que estás en los cielos, en quien he colocado mi tesoro y la fé de mi esperanza." (15) El Pastor le cubre con su manto; un criado le da su vestido; y Dios le cubre con su protección, revistiéndole con los atavios de la santidad. El héroe frisaba en los 26 años, pero su espíritu tenía la ancianidad de la virtud.

XI

Cuando un insano goza de su libertad corporal, se entrega a todo género de locuras. Francisco está loco de amor de Dios; ya nadie le detiene; sigámosle, si es posible, en sus extravios sublimes. El contagio será inevitable; Francisco trastornará los espíritus: caballeros

---

(15)—Insuper, ex admirando fervore, spiritu ebrius, totus coram omnibus denudatur, dicens ad Patrem: Usque nunc vo cavi te Patrem in terris, amodo autem secure dicere possum: Pater noster, qui es in coelis, apud quem omne thesaurum reposui, et omnem speì fiduciam collocavi. S. Bonav, Cap. II. citado por Chavin.

y pueblos, sabios e ignorantes, sacerdotes y fieles acudirán de tropel para seguir sus huellas. Y él, dándoles un saco humilde, y ciñéndoles con una tosca cuerda, les dirá: "Id a conquistar el mundo. Id a decir a los que viven en la opulencia: el juicio de Dios se acerca. Id a decir a los que viven entre los placeres: acordaos de que hay una eternidad: danzais alegremente en el festín de la vida, en un punto del tiempo y del espacio; cogeis flores y os punzan sus espinas; bebeis de una copa deliciosa, y el veneno, que encierra, corroe vuestro corazon. Mirad: La eternidad arropa los siglos con una vasta mortaja; un día, el último de los días, la desplegará sobre el mundo. Entonces, a la armonia, al concierto de la creación, sucederá el ruido de los astros dislocados de sus órbitas, y el estertor del universo, que gemirá al sentir el fuego de la purificación. Entonces solo escuchareis dos palabras, que viajarán por el inmenso espacio, hiriendo tristemente el oido del réprobo: *siempre! jamas!* Y su terrible vibración irá repercutiendo en el cóncavo de la bóveda celeste, y en el cóncavo del abismo......

He allí el secreto de nuestra vida austera. Centinelas de la eternidad, cruzamos el laberinto del tiempo, como sombras amigas, que vienen de la región de los muertos, para daros un consejo saludable.

Sepultados con Cristo por la penitencia, nuestra misión es la de invitaros a que os sepulteis con él, para disfrutar de su gloriosa resurrección. Mirad! este pobre vestido, esta tela grosera, que guarda el secreto de prolijos martirios, un día, radiante de luz, trasparentará lo que ocultaba, para que se revelen los estigmas de la mortificación.

XII

El mundo se estremece a los acentos de esta predicación singular. Las academias se sorprenden al escuchar este lenguaje. El poema de doce pescadores, regenerando las naciones, se repite gloriosamente trece siglos después. Los sabios arrojan el laurel con que ornaban sus sienes, cierran los libros en que cifraban sus delicias, abandonan la cátedra en donde dictaban sus lecciones, y van a arrodillarse en un rincón ignorado, para contemplar en Jesús, coronado de espinas los misterios profundos de la sabiduria y del amor de Dios, declarados con caracteres de ignominia en el Libro abierto sobre el Calvario, pero escrito en la eternidad. Oh! ante ese Libro, las obras mas

admirables de la sabiduría humana son necedad; ante ese Libro la creación se inclina, el sol de la inteligencia pierde su luz, el velo del templo de la ciencia se hace pedazos, los sepulcros de los que duermen infatuados el sueño del orgullo se abren y devuelven sus muertos. En ese libro ha leído el Eterno Padre todos sus consejos de misericordia, y la humanidad todas sus lecciones de esperanza. Es el Libro de Francisco: leyendo en él, perdió el sentido traduciendo lo que aprendió, enloqueció a los que lo oyeron.

Por eso fué dueño de los corazones; y, poseyéndolos, fué dueño de la mayor de las riquezas. Dios, que sabe el legítimo valor de todas las cosas, y que nos pide lo mejor, no nos pide sino el corazón. Y Francisco, dueño de las voluntades, hace de ellas preciosos ramilletes, fragantes por el olor de las virtudes, imperecederos, porque se conservan con el rocío de la gracia; y todos los días, este pobrerico va a depositar sus ofrendas al pié de los altares. Ora es una colonia de vírgenes, que esmalta el jardín de un monasterio; ora es una falange de mártires, que enrojecen la tierra de la infidelidad; ora es un ejército de confesores, que cantan con robusta voz las alabanzas del Señor de las Virtudes; ora es una legión de doctores, que defiende los muros de la ciudad santa. Y siempre es una congregación ilustre, que obedece los preceptos de Francisco, que estudia los latidos de su corazón; que lee en el brillo de su mirada; que levanta su estátua, como un signo de la protección del cielo; que se agrupa en torno suyo, para comunicar, por su órgano, con el Dios invisible a quien sirve. ¡Oh riquezas de Francisco, premio de su heróica pobreza! bien valéis todas las riquezas del mundo. En vosotras miro la preciosa perla de la castidad, el diamante encendido de una fé viva, el rubí simpático del martirio, el oro acrisolado de una caridad perfecta, la esmeralda, el záfiro y otras piedras preciosas, símbolo de muy preciosas virtudes.

XIII

¿Qué falta, Señores? He exhibido a Francisco como el retrato de un Dios humilde y pobre, glorioso y magnífico. No obstante, una condición no se ha llenado; para que la semejanza sea perfecta, es preciso que el cuerpo lleve impresa la cifra de Jesus;—las heridas

que la Omnipotencia no quiso cerrar, para que por ellas se manifestara la Misericordia.

Oh! llagas de mi Jesus! asilo de corazones, agujeros misteriosos de la piedra, donde acude a refugiarse la tórtola sorprendida por la tempestad! Fuentes de vida eterna, cárcel de amor adonde las almas quedan cautivas y son libres, adonde se deposita el llanto y se gusta el consuelo, donde! ..... yo no sé: el Serafín tampoco sabe; el alma fiel lo ha aprendido por una dulce experiencia.

El amor, dice San Francisco de Sales, era insuficiente para abrir en la carne las heridas, que había hecho en el alma; y por esto es que el Serafín, viniendo en socorro de Francisco, proyectó rayos de una caridad tan penetrante, que produjo realmente las llagas exteriores del Crucifijo en la carne, después que el amor las había impreso interiormente en el alma. Así necesitó Isaías de que un Serafín purificase sus labios, con un carbon tomado del altar. Así necesita la mirra, para dar todo su jugo, de ser ayudada por una incisión. Así necesitó Francisco de exterior auxilio, para que se manifestase el amor que abrasaba su pecho; y para que se supiera que esas llagas eran llagas del amor del cielo, fueron hechas, no con hierro, sino con rayos de luz. ¡Oh verdadero Dios! Cuantos dolores amorosos, y cuantos amores dolorosos! Porque no solamente entonces, sino en todo el resto de su vida, este pobre santo caminó siempre arrastrándose y languideciendo, como que estaba bien enfermo de amor. (16)

Señores: mi lengua es muy torpe para narrar estos prodigios; por eso me he servido del idioma del Santo Obispo de Ginebra. La santidad tiene su diccionario: ojalá que lleguemos a entender sus términos.

XIV

Desde la impresión de las llagas, el santo hombre de Dios vivió agonizando. No puede vivir de otro modo el que lleva en su carne los preciosos estigmas de Jesus. Así, para Francisco la peregrinación se abrevia: el cuerpo, debilitado por los sublimes arranques del espíritu, no es parte a ligarle por mas tiempo con las cadenas del deste-

(16)—Extracto de San Francisco de Sales, Tratado del amor de Dios, libro VI, Cap. 15.

rrrado. Preparémonos para contemplar su muerte. Llevado de ciudad en ciudad, de pueblo en pueblo, e instalado, por fin, en Santa María de los Angeles, el año de 1226, en la tarde del día 4 de Octubre, es extendido sobre la tierra. Despojáse de su túnica, con la siniestra mano se cubre la llaga del costado, y con la diestra bendice a todos los suyos. Luego, recibe de limosna la mortaja, que le dá la obediencia, escucha la lectura de la pasión de Jesus, y prorrumpe, con voz débil, en los acentos de tristeza del real Profeta. Despues, séllanse sus labios, y no queda sobre la tierra sino el cadáver de Francisco. (17)

¡Corta pero brillante carrera! De los 45 años que Dios le otorgó, ha consagrado 21 a glorificarle, y su misión de paz está consumada. Hilarion ha pasado 70 años en la penitencia, y se estremece en los últimos momentos de su vida, y hace retemblar el desierto con los acentos acongojados de su voz: y Francisco muere tranquilo, aunque triste, con la tristeza del sol, que se desmaya, al trasponer el horizonte que Dios le ha mandado iluminar.

Jerónimo ha ilustrado, con sangre de expiación, una cueva de Bethlehem, y le asusta la idea del tremendo juicio de Dios. Es el leon que ruge antes de morir. Es el mar que brama, antes de tocar el grano de arena que marca su límite. Y Francisco dobla su cuello a la segur de la muerte, con la mansedumbre del cordero su espíritu se desprende del cuerpo, como se evapora la gota de rocío, que ha aresorado la flor en la oscuridad de la noche. El Apóstol de las naciones, que ha sido arrebatado hasta el tercer cielo, teme hacerse réprobo, habiendo predicado a otros; aflije su cuerpo con los tormentos de la penitencia, y no está seguro; su sed de expiación no se sacia sino con la sangre del martirio. Y Francisco ha buscado la muerte entre los bárbaros, pero sin éxito, porque estaba destinado a morir de amor. Solo el amor posee el arma terrible, que hiere la vida del amor: *fortis ut mors dilectio.* (18) Por eso muere todo llagado; por eso muere lánguido, como la esposa de los Cantares. Basta! yo no puedo hacer las exequias de un Serafin. Tampoco me atrevo a bosquejar su oración fúnebre; porque le veo vivir en cada uno de sus hijos, porque siento su espíritu que me conforta en este recinto sagrado; porque mi alma le contempla en sus obras, que llevan el sello de la inmorta=

---

(17)—Véase Rohrbacher, Hist. de l'Eglise Catholique, Tom. 17, pág. 681.
(18)—Cant. de los Cantares VIII. 6.

lidad. ¿Qué hacer, mis hermanos? Los santos están sentenciados a no morir nunca. Han vivido muriendo: es preciso que, cuando mueran, comiencen a vivir. Oh! si nosotros les imitásemos, igual sería nuestra suerte.»

XV

Y tú, mi amado hermano, (19) que subes por la vez primera a la mística montaña, para ofrecer, en honor de Francisco, el incruento sacrificio: acuérdate de que él tembló delante de la grandeza sacerdotal. Ah! ¿por qué hemos sido elevados a este sublime ministerio? Francisco, hermano mío, desempeñó el *sacerdocio de la humildad*; a nosotros toca practicar *la humildad del sacerdocio*... Y también su caridad! Oh! acuérdate de que Dios no comunica tan familiarmente con nosotros, sino para inflamar nuestros corazones en su santo amor;—para dilatarlos, de modo que puedan caber allí todas las miserias de los hombres. Un sacerdote debe ser un hombre de caridad... Hoy que inicias solemnemente tu vida sacerdotal: hoy que sacrificas a la víctima de la caridad, pídele que selle tu corazón con su cifra de luz y de fuego; para que perteneciendo a él solo, por la santidad de tus costumbres, seas el hombre del pueblo, por la caridad de tu alma; y, salvando a tus hermanos, recibas la corona inmarcesible de justicia en el cielo.

Asi sea.

---

(19)—El Presbítero D. Estanislao Cossio, Sacerdote del Seminario, que celebraba su primera misa.

Panegírico de San Francisco Solano. [*]

Omnibus omnia factus sum, ut omnes facerem salvos.
Me he hecho todo para todos, a fin de salvar a todos.
1a. Ep. de San Pablo a los Corintios. Cap. IX. v. 22.

Católicos:

La santidad, mis hermanos, cuenta entre sus atributos uno, que es vivísimo reflejo de la perfección divina.

Hablo de la caridad, siendo Dios mismo, puede, no obstante, informar el espíritu del hombre, uniéndolo estrechamente a su Autor, sin confundirle con El. Hablo de la caridad que, haciendo sobre-abundar la vida en el corazón humano, aseméjale a Dios, por los prodigios de que le hace capaz, y por la fuerza extensiva que le comunica. Hablo de la caridad, que autoriza a Francisco Solano para decir a la faz del cielo y de la tierra. "Me he hecho todo para todos, a fin de salvar a todos.

En este día, en que refrescamos su memoria, para confortarnos con el aroma de su virtud, me ha parecido oportuno compendiar su hermosa vida en el grito sublime, que alentó el pecho del Apóstol de las Naciones.

(*)—No trae este original el dato de cuando y dónde predicara Monseñor Roca. este sermón panegírico. Es de suponerse que lo fuera en la Iglesia de los Descalzos de esta ciudad, el día de la fiesta del santo misionero, el 24 de julio, tal como aparece en la nota del Panegírico del mismo Santo que se lee en la página 223.

Por tanto me propongo manifestar que la caridad le hizo Apóstol de Nuestro Señor Jesucristo.

Ya tenéis precisado mi pensamiento, e indicado el plan de mi discurso; pero en vano me fatigaría, derramando en vuestros corazones la semilla de la palabra divina; de nada serviría el que la regase con el sudor de mi frente, si Dios, que da el incremento, no me prestase su auxilio al mismo tiempo que a vosotros.

Por eso, acudo al trono de su clemencia, e interpongo la mediación de la tesorera de sus gracias.

¡Oh María, Reina de los Apóstoles y de todos los santos! ¡Oh María, Madre del amor hermoso! ¡Oh María, dulce madre nuestra! Yo te saludo, llena de gracia.—*Ave gratia plena.*

La caridad es una virtud, que tiene dos objetos marcados por Dios mismo. El es el primero, sin el cual no podemos alcanzar el segundo que es el hombre. De manera que el amor a nuestros semejantes, si no se deriva del amor a Dios, sobre ser puramente natural, y, por tanto estéril para la vida eterna, es tan limitado, que no alcanza a beneficiar sino a muy pocos, y eso en pequeña escala.

Así los mares, a pesar del caudal de sus aguas no pueden fertilizar ni sus orillas; preciso es que el Sol levante a mayor altura y purifique al mismo tiempo su amargo líquido. Tórnase entonces en nube de bendición, que viaja a impulsos del viento para descargar la lluvia protectora sobre los terrenos que la necesitan y aumentar el caudal de los ríos, que devuelven a porfía el humor que recibieron, no sin fertilizar sus dilatadas márgenes.

He aquí señalada por una ley del mundo físico otra del mundo moral; he aquí explicada la necesidad del amor divino para ejercer el apostolado; he aquí la razón de los prodigios de fecundidad, que acompañan la misión extraordinaria de Francisco Solano.

Echemos, o si no, una mirada sobre su edificante historia.

I

Todo el trabajo de la gracia divina así como todo el de la buena

voluntad de Francisco no tienen otro objeto, en los primeros años de su vida, que el de conservar, desarrollar y perfeccionar el valioso germen de la caridad que, junto con el de las otras virtudes infusas, recibió en el santo bautismo.

II

Dios dispone que nazca de padres cristianos, a fin de que, por la doble acción de las santas máximas y del buen ejemplo, preserven su corazón del mal y le hagan enamorarse del bien. Dios le coloca en la soledad, para hablar secretamente, sin que los ruidos del mundo turben la paz de su alma regenerada. Quiere el Señor que se ejercite en obras serviles, a fin de que practique la humildad, que ha de hacerle capaz de los favores del cielo. Y en edad tan temprana háceles arder en el celo por su gloria, de suerte que, niño aun, alecciona a sus tiernos compañeros, y ensaya sus fuerzas para un grande apostolado. Dale al Muy Alto una tierna compasión hacia los que se extravían, de modo que puede apropiarse las palbaras del Santo Job: *Ab infantia crevit mecum miseratio.* Y es tan dulce el imperio de su caridad, que derriba los ídolos del odio: Asi desarmó una vez a dos hombres ciegos por la venganza, que hubieron de ceder en la contienda, por que Francisco ablandó sus corazones con el fuego del amor. Y es tan exigente la caridad que le abrasa, que, después de aniquilar en su corazón toda llama de terreno orígen, devórale el corazón mismo y pide para alimentarse el sacrificio de los afectos más nobles.

III

Amor al poder, amor de la libertad, amor conyugal y paterno, holocausto son, consumido por el fuego que arde en el pecho de Francisco. Y, en los albores de la juventud, cuando el mundo le sonríe, cuando se abre delante de él un camino esmaltado de flores, Solano le esquiva el rostro. y, convirtiendo sus miradas hacia la víctima divina del Gólgota, arrebátale para si la punzante corona, la púrpura y el cetro ignominiosos, y, ebrio por el amor, aplica sus labios a las llagas del hombre Dios, a fin de beber de ella, la vida abundante que El nos prometió dar con sus padecimientos y su muerte.

IV

Francisco Solano se ha inmolado, por la caridad, profesando la regla del Seráfico Francisco de Asís.

Por el voto de obediencia ha renunciado su libertad; así será el siervo de todos; por el de pobreza ha renunciado la posesión de los bienes temporales, enriqueciéndose al propio tiempo con los eternos para comunicarlos a mendigos espirituales; por el voto de castidad ha renunciado a las delicias de la paternidad natural, a fin de engendrar hijos por el Evangelio; ha renunciado al derecho de formar una familia, a fin de llamar suya a toda la especie humana.

La caridad ha sido su móvil, y el fruto de su sacrificio es su misión apostólica. Desde ahora podemos, pues, aplicarle, no escasos de razón, lo que el apostol de las naciones decía de si mismo: ME HE HECHO TODO PARA TODOS A FIN DE SALVAR A TODOS.

V

Pero hasta aquí no hemos visto, sino la preparación providencial del enviado de paz: sigamos, reverentes, sus huellas y bendeciremos al Autor de su misión.

Contempladle, por un momento, mientras que dirige por la senda de la perfección a los alumnos que su orden le confía: el discípulo es ya Maestro, vedle rigiendo, prudente, los destinos de un Monasterio, en donde, por sus cuidados, reflora el espíritu de la fundación: el súbdito es ya Superior; miradle, abdicando estos empleos para entregarse con ardor a la predicación. El enviado del señor comienza a revelarse; vedle asistiendo a los apestados, con peligro inminente de perder la vida, hasta caer postrado como los demás, hecho víctima de su celo: el mártir se descubre; miradle, por último, recorriendo humilde las calles de una ciudad, e implorando una limosna por el amor de Dios: el religioso mendicante se empeña por ocultar al Maestro, al Superior, al Apóstol y al mártir. ¿Lo conseguirá, señores?

No le vieran los novicios de Montilla apoderarse de los secretos de Dios y derramarlos liberalmente entre ellos, para acercarlos a Dios. No repitieron admirados su nombre los claustros que hermoseó la observancia regular debido a sus edificantes ejemplos; no se estremecie-

ron los templos con la divina elocuencia de su palabra cuyas corrientes llevaron la vida a pechos helados por la culpa; no luchara con la muerte en los hospitales, arrancando a ella y al pecado, la más temible de las muertes, víctimas innumerables, a la tierra pasmo y admiración al Cielo!

Por otra parte, el celo por la gloria divina, que acrece en él, a medida que la caridad aumenta, devora su corazón. Sus tareas apostólicas han podido consolarlo, pero dado no les era apagar la sed ardiente de su alma; Francisco Solano tiene vehementes deseos de secundar la obra de Redención, extendiendo su influjo a naciones que no han tenido la dicha de sentirlo; su alma no gustará el reposo mientras que su cuerpo endeble por la penitencia, no caiga rendido por la fatiga, para adorar el Nombre de Nuesro Señor Jesús esculpido en los corazones de hombres que no le conocen. Entretanto, una extraña congoja se apodera de él: le falta el aire; necesita respirar en la soledad de los desiertos; consagrar la naturaleza vírgen con los gemidos de su amor, reconciliándola con el Dios Uno y Trino, de cuya obediencia fue apartada por la prevaricación del hombre, necesita exponer, una y mil veces, su vida por la gloria de Aquel, que se dignó dar la suya por la Redención del linaje humano, e imitar al Sol de Justicia, que en su carrera, ha iluminado el orbe universo.

Europa es lugar estrecho para sus conquistas; ha menester una esfera mas dilatada; un mundo nuevo que atraer a su centro, Dios; y Dios, que le ha dado tan árdua misión, ha sacado ese mundo de las tinieblas de la ignorancia humana, y le ha puesto a los pies de Francisco.

Condúcele el Espíritu Santo. Sopla sobre él; y, a ese soplo divino, sucede una revelación misteriosa. En las profundidades de su alma, ha leído Francisco: "Yo te he elegido y te he colocado, para que vayas, y hagas fruto, y tu fruto sea duradero". El no sabe como Pablo lo que ha de acontecerle; pero, llevado por el mismo espíritu, nada teme, ni hace aprecio de su vida, por que lo único que le interesa es consumar su carrera y el Ministerio de la palabra, que recibió de N S J S, para dar testimonio a los pueblos infieles del Evangelio de la gracia de Dios.

El Africa le convida con el martirio; pero la obediencia dispone que la América Meridional sea el teatro de sus conquistas. El martirio es muy dulce, para el que espera confiadamente una corona de

justicia: la sangre que en él se derrama, corre mezclada con la sangre del Dios Martir, y, hablando un lenguaje mas elocuente que la de Abel, hace descender sobre la tierra, que ha regado, la bendición del Cielo: por ella esa tierra, antes estéril se convierte en un Oasis de verdura. Pero la obediencia es mejor que las victimas—es el martirio del alma, que sacrifica su propia voluntad, y que se inspira con los sentimientos del Redentor;—la obediencia se ha inmortalizado en esa Cabeza Coronada de espinas, e inclinada sobre un pecho, que ocultaba un corazón obediente hasta la muerte. El Religioso ha estudiado en ese libro admirable, y ha oido esta palabra encantadora, que resonó en las alturas: "en el principio del libro se ha escrito de mi que hiciera tu voluntad". No vacila, pues; y, oprimiendo con planta segura las frágiles tablas de una embarcacion, se lanza a cruzar los mares, sirviéndole de brújula la fé, de áncora, la esperanza, de fuerza, la caridad, de norte, la gloria de Dios y la santificación de las almas. Entrégase a la misericordia de Aquel, cuyas entrañas de caridad va revelar a pueblos ignorantes, que le aguardan para rasgar la venda que cubre sus ojos. Aún no ha llegado al término de su misión, cuando nuevos prodigios señalan su camino.

El naufragio amenaza a los viajeros; pero, si hay un naufragio sin esperanza, es aquel en que se pierde la fé, en que el alma pierde a Dios para no recobrarlo, en que la vida sobre natural sucumbe, y, con ella, lo mas precioso que el hombre puede perder. Y he allí lo que preocupa a Francisco Solano, mientras que la nave es juguete de las olas, mientras que el desaliento se apodera de todos, y la muerte aparece en lontananza, pintando su pálido espectro en las brumas y el terror en todos los semblantes. El los anima, y los hace entrever el Cielo, después de bañar a unos con las aguas saludables del bautismo y a otros con las místicas ondas de la penitencia: la gracia desciende a los corazones de todos: la muerte pierde sus horrores, y el Apóstol de Jesucristo salva de los abismos del mar en un fragmento de la nave, porque Dios le ha reservado para abrir sobre los infieles los abismos de su misericordia; porque lo ha destinado cual otro Noé, para poblar un mundo nuevo con generaciones de creyentes.

Apenas se alboroza Lima de la presencia de Solano, cuando la obediencia, que marcaba su ruta, le hace internarse 700 leguas, para que comience a ejercer de un modo más espléndido la misión a que Dios le ha destinado.—Las tribus errantes en las selvas y en los de-

siertos del Tucumán ven renovarse en Francisco los prodigios que ilustraron la instalación de la Iglesia; y, al mismo tiempo que sienten el influjo de su ardiente caridad, admiran el poder de su palabra, que se hace inteligible a todos, a pesar de la diversidad de sus lenguas. El Espíritu Santo hace sentir su poder maravilloso, y confirma con su acción, el elogio que hoy consagramos a la memoria del Apóstol: multiplicando su palabra, Francisco nos dice con la elocuencia de los acontecimientos: me he hecho todo para todos a fin de salvar a todos.

No pasan muchos soles, sin que un pueblo numeroso se agrupe en torno de la Cruz: El Apóstol ha plantado ese árbol santo en un terreno estéril; y no obstante, ese terreno se ha hecho feraz: Circundan el leño de la Redención innúmeros arbustos de santidad que comienza a nacer tan luego como Francisco esparce la semilla evangélica. El se multiplica a medida que las necesidades acrecen; apenas se detienen las corrientes de los ríos para darle paso, cuando los árboles del bosque se inclinan en su presencia, los ecos del valle repiten su nombre, el polvo de los desiertos conserva la huella de su pié, y el pobre salvaje siente la acción de su bendito ministerió.

Decidme, ahora señores, si estos prodigios pueden explicarse humanamente; si no es necesario que el hombre se transfigure por la caridad, para sacrificar así su reposo, sus mas tiernos afectos, su salud, su vida, si fuere necesaria, en beneficio de los hombres desconocidos, ignorantes, miserables. El amor a la patria explica cierto género de heroísmo; pero la abnegación en favor de la humanidad entera, solo puede explicarse por el amor a la patria celestial: Solo esa llama divina, cuyo nombre es caridad, desciende de bastante altura para sobreponerse a todos los intereses, solo ella es bastante intensa para no debilitarse luchando con los hielos de este mundo; solo ella es bastante fuerte para abrazar a todos los hombres.

Ved, entre otros, uno de sus prodigios. Una horda, que aún no había disfrutado del beneficio de la predicación, llega, lanzando gritos de guerra, a poner el espanto en los corazones de aquellos que ya saboreaban las dulzuras de la paz evangélica. El Apóstol sale a su encuentro; y, hablando un idioma encantador; y, renovando el prodigio de la multiplicación de lenguas, la reduce a la concordia y regenera a más de nueve mil de esos bárbaros con el agua que hace hombres, porque hace cristianos. No ha cesado aún el asombro de

los neófitos al verse subyugados por aquella palabra desconocida, cuando Solano calma su estupefacción haciendo brotar una fuente de aguas saludables para saciar a los sedientos. Señores: ¿Es Jeremías que convierte a penitencia un pueblo entero? O acaso Moisés, que apaga en el desierto la sed del Ysrael Peregrino? No; es Francisco Solano, cuya vida admirable se compendia en esta frase, tan admirable como ella: "Me he hecho todo para todos, a fin de salvar a todos".

Hasta aquí la acción del Apóstol se ha desplegado lejos de nosotros; pero, en el año de 1603, Trujillo la siente: escucha de su boca una profesía amenazadora y tres lustros después la ve cumplirse. El pueblo de Lima también oye su predicación y se conmueve: el anuncia la ruina de las almas, si no se convierten, y la ciudad entera se conmueve y millares de corazones vuelven a ser el Místico Templo de Dios. Si la generación de entonces pudiera levantarse del sepulcro, y decirnos con el lenguaje de la eternidad, los prodigios de gracia que se operaron por el ministerio de Solano..... Oh Señores! Ciertamente le bendeciríamos y, al levantar nuestros ojos, húmedos por la admiración, para contemplar su busto, podríamos leer escrita en el pedestal esta sentencia, que hace por si sola, su más completo panegírico: Yo me he hecho todo para todos, a fin de salvar a todos".

¡Cuan sencible es para mi no poder presentar, en una sola perspectiva, todo lo que Solano ha hecho con un solo amor, todo lo que, Dios ve con una sola mirada.

Si las circunstancias me lo permitieran os haría contemplar a Francisco salvando de los muros de su celda para buscar a los pecadores, para evangelizar a los pobres, para curar las heridas de los contritos de corazón, para anunciar la libertad a los cautivos del demonio y restituir la vista del alma a innumerables ciegos que, por su ministerio han recobrado la facultad de contemplar el mundo sobre natural. Si me fuera dable, os haría asistir a sus raptos apostólicos, de los que ha podido decir como Pablo: "Yo no sé si estaba en mi cuerpo o fuera de él" Oh! cómo pudierais leer en ese corazón, hoy convertido en polvo y mañana brillará con las claridades inmortales de su transfiguración. ¡Cómo pudierais leer allí los sentimientos que lo animaban, las angustias que experimentaba al darse cuenta de la perdición de sus hermanos a quienes amaba en las entrañas de N. S. J. C. por cuya gloria agonizaba todos los días, cuyas miserias sentía como propias, hasta el punto de poder apropiarse este quejido sublime del

Apóstol de la gentileza: ¿Quien de vosotros se enferma y yo no me enfermo? ¿quien se escandaliza, y yo no me abraso?

Pero ya que no me es dado satisfacer este deseo, consuélome por lo menos, anunciadoos que, en ese corazón verdaderamente apostólico, no hubo otra aspiración que la gloria de Dios y la salvación de las almas; que estaba crucificado para el mundo, porque habiendo sacrificado todos sus afectos en las aras del amor divino, se encontraba unido estrechamente a la víctima santa del Calvario. Por eso llevaba en su carne los estigmas de Nuestro Señor Jesús, no por el favor especial otorgado a su padre Francisco de Asís, sino por la mortificación que gravó esos estigmas en el cuerpo de Pablo.

Pero el Apóstol no es inmortal, aunque el apostolado no perece, cada elegido de Dios tiene una misión circunscrita por el tiempo: debe preparar sobre la tierra agunas piedras vivas que han de ajustarse en la Jerusalen de los Cielos; debe de salir a los caminos y a los vallados, para convidar a los peregrinos al banquete del Señor; y aunque este banquete se renueva siempre, o, mas bien, nunca se interrumpe, no obstante el hombre desaparece, y sobrevive el Apóstol, porque ora se llama Pablo, o Javier o Francisco Solano, el Apostolado es siempre el mismo, sus frutos son siempre benditos, su misión es siempre sublime, su ruta está siempre marcada, sus méritos como sus auxilios son siempre sobrenaturales, sus conquistas son siempre para el Cielo.

A él se encamina Francisco Solano, mientras que a nosotros nos separan cerca de tres centurias del momento de su partida y nos unen con ese momento el respeto, la admiración, el amor, el culto del corazón. El no nos ha abandonado: al morir, nos legó el canto inmortal que precedió a su agonía: la bendición al misterio inefable de la Trinidad Beatísima: nos dejó una huella luminosa, que la fé descubre y monumentos imperecedores que nuestra ciudad conserva y en donde todavía sentimos la acción de su espíritu; nos dejó una memoria bendita, cuyo olor es suave como el del bálsamo y el cinamono y un puñado de polvo, en donde se encerraba el alma grande que hoy mora en las alturas; nos legó estas pompas, estas alegrías del espíritu y este templo, en el que todavía ejerce, de un modo secreto, su misión apostólica. El ha desaparecido, señores: pero nos ha dejado al Dios en quien tiene sus complacencias; al Dios que nos aguarda, para coronarnos con la triple corona de la inmortalidad, del conocimiento y del amor.

Panegírico del Sagrado Corazón de Jesús [*] : - : - : - :

Deus charitas est.
Dios es la Caridad.
1a. Epístola de S. Juan. 4.16.

Ilmo. Señor:

Señores:

La vida es amor; y, por eso, Dios, que goza de una vida plena, es también el amor sin límites.

Moisés nos ha dicho que Dios es el ser por excelencia, y el Evangelista Juan que Dios es la misma Caridad. El primero habia escuchado su voz al pié de una montaña: el segundo había contado los latidos de su corazón, bajo de las bóvedas de un Cenáculo.

Por que Dios, señores, que es el amor eterno, ha querido manifestarse en el tiempo, haciendo sentir al hombre la fuerza y el calor de su caridad—Y, para lograrlo, con los mismos dedos, que fabricaron el Cielo, ha formado un pecho, y, dentro de él, un corazón, que el Cristiano llama, temblando, el corazón adorable de Jesús.

Esta maravilla; este encanto de las almas fieles es el objeto de mi discurso y el asunto de vuestra meditación.

(*)—Sermón Panegírico del Sagrado Corazón de Jesús, pronunciado por Monseñor Antonio Roca y Boloña, en el templo de la Santísima Trinidad,

¡Amable corazón de mi dueño! Queremos contemplarte, para saborear en el tiempo las delicias de la eternidad.

Y, tu corazón dulcísimo de María! Precioso relicario del Corazón de Jesús! Permítenos descubrir el tesoro que encierras.

Ave gratia plena

I

Los cielos cuentan la gloria de Dios; porque en ellos ha escrito, con caracteres de diamante, su Sabiduría y su Omnipotencia; y la creación entera, haciendo eco al concierto del firmamento, repite, en la inmensidad del espacio, un canto de admiración a las magnificencias de su Autor.

En el firmamento y en la pradera están, señores, los primeros elementos del más grande de los poemas.

II

Pero hay otro cielo bajo de las bóvedas del primero; Cielo, que excede en magnificencia al firmamento criado; Cielo, que ha unido dos Abismos, enlazando, como vínculo imperecedero,, los dos polos de la existencia; porque ha unido para siempre el infinito y lo finito.

En el corazón de Jesús contemplamos esta maravilla: es el Corazón de un hombre, y es el corazón de un Dios; y, aunque por la comunicación de idiomas podemos decir lo mismo del cuerpo y el alma adorables de Nuestro Señor Jesucristo, no obstante, el Corazón es la oficina del amor, es el centro de los afectos y, por lo mismo, la síntesis más perfecta de la caridad Divina, que es el agente del Augusto Misterio de la Encarnación.

De manera que podemos concluir sin violencia, que el Corazón de Jesús es la manifestación más excelente en el tiempo del Amor de Dios que vive en la eternidad.

III

Dios, señores, ha hecho al hombre dos grandes manifestaciones: En la primera, el poder ha bosquejado un cuadro magnífico, sombreado por el amor; en la segunda el Amor ha trazado un cuadro sublime, que ha sombreado el poder. La primera ha durado 4. 000 años; la segunda comenzó ahora 19 siglos. Se inició la primera con la obra incomparable de la creación, y terminó para dar principio a la obra inefable de la Redención. El historiador de aquella se llama Moisés, el de esta Juan, hijo del Zebedeo. No porque el primero sea el único escritor sagrado de ese poema viviente, como el segundo no es el cantor exclusivo de esa epopeila magnífica. Pero, entre los cronistas de una y otra era descuellan el Librtador di pueblo escogido y el Profeta de Patmos.

Veamos al uno enfrente del otro.

IV

Moisés deja el calzado para trepar por la falda de una montaña, en donde acaba de ver una zarza ardiendo sin consumirse: Juan se aparta de sus hermanos para reclinarse en el pecho de Jesús. El primero oye hablar a Dios, que le revela su plenitud de vida, y le hace participante de su poder: el segundo cuenta los latidos del corazón del Verbo humanado y aprende el secreto de la felicidad: Moisés recibe la misión de libertar al pueblo hebreo: y Juan en la cumbre del Calvario, representa a todos los hombres para consumar su libertad, haciendolos hermanos del Hombre-Dios. En la primera obra, Dios se muestra Omnipotente por los prodigios y amante por el cuidado de su pueblo; en la segunda, se manifiesta enamorado del hombre, y poderoso hasta elevarlo a la más alta condición. Aquel encargo, lo hace Dios mientras que su voz terrible estremece la sumbre del monte Horeb; aquesta adopción se realiza en el momento en que el corazón de Jesús dá las últimas palpitaciones de su agonía. Moisés representa al Dios de los ejércitos. Juan Evangelista es enviado del Dios—Caridad.

V

Ahora bien: yo me creo autorizado para concluir que esta segunda

misión, obra del amor eterno, es peculiar al Corazón compansivo de Jesús, y que, por tanto, este corazón divino es la manifestación más excelente del amor eterno de Dios a sus criaturas.

Veamos o si no algunas de sus obras.

VI

Lázaro el amigo del Salvador, duerme en el sepulcro un sueño letal. Jesús vá a resucitarle y, antes de operar el prodigio, se estremece y llora; ¡Cielos! Un Dios llorando es un espectáculo que hace llorar a los ángeles. Los testigos, de esta escena dicen: Miras cuanto le amaba! Si, esas lágrimas son un signo de amor. Y, ¿Cual es la fuente que las ha vertido? ¡Ah! ¿queréis conocerla? Es el corazón piadoso de Jesús. La Omnipotencia hace oir su voz; el muerto se levanta, pero el amor ha llorado antes que hablara la Omnipotencia; él ha trazado el cuadro; aquesta lo realza con resplandores de gloria.

Continuemos, señores, imponiendo silencio a la admiración, para estudiar otras escenas.

VII

El Salvador, antes de morir, experimenta un ardiente deseo de comer la Pascua con sus discípulos. Después de la cena legal instituyó el adorable Sacramento de su cuerpo y sangre. Para obrar este prodigio se inmola místicamente antes de morir como si no pudiera esperar el momento señalado por la justicia del Eterno Padre. Se abate profundamente, ocultando su gloria, entonces y por los siglos futuros, bajo de las humildes apariencias de pan y vino. Se anonada hasta convertirse, no ya en amigo, en hermano, en confidente del hombre; sino ¿lo diré, Señores?, en alimento, sí, en comida y bebida de este ser tan pequeño, tan frágil y tan precario. Se hace prisionero pespétuo de sus criaturas atándose con cadenas que solo El podía inventar. En tal abatimiento la Omnipotencia brilla, realizando un milagro, que el hombre no había soñado jamás; pero el amor triunfa y se declara de un modo espléndido, por que él es la única explicación de tanta maravilla. Preguntad al Evangelista por qué Jesús ha trastornado así las leyes físicas, por qué se ha reducido a una

vida tan oculta y humilde, por qué se ha dado la muerte antes de morir, y oid lo que os responde: "Habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin".Revelación magnífica, que viene probando la ternura del Corazón de Jesús. El amor no puede atribuirse sino a su Corazón, y el amor que ha puesto en ejercicio la Omnipotencia es, sin duda, un amor divino. Juan ha descifrado el enigma, reclinado en el pecho adorable de su maestro. Ha sentido palpitar su Corazón santo y ha visto consumarse una maravilla. La esperaba el fiel discípulo: por eso nos da cuenta de ella con singular candor, con lenguaje sencillo y elocuente a la vez: Habiendo amado a los suyos los amó hasta el fin. Expresión singular que encierra en breves términos la historia de los sacrificios de un corazón divino; lenguaje encantador, que trae a la memoria la hermosísima sentencia del Cantar de los Cantares: "fuerte como la muerte es el amor".

Sigamos al Redentor al huerto de Gethsemaní.

VIII

La frente de Jesús toca al polvo: el Cielo y sus astros parecen abatidos sobre la humilde yerba de los campos: la gloria se confunde con la nada. El Salvador ora fatigado: por todos sus poros brota la sangre en abundancia; la tierra abre sus entrañas, para abrevar su sed con esta lluvia de bendición. Y él comienza a sentir pavor, tedio, tristeza mortal. ¿Qué significa este abatimiento? ¿Acaso la voluntad soberana que imperaba a los muertos, confundía los demonios y sosegaba los mares?; ¿acaso la voluntad Omnipotente del Verbo humanado ha sentido estos afectos? No, señores: Es el Corazón adorable de Jesús: esta es una parte de su sacrificio: comienza el ofertorio de la grande, de la solemne misa que va a celebrarse en el Calvario. Un Dios así postrado, un Dios humillado así, es un prodigio más admirable que la creación del mundo es un prodigio superior a la curación de todos los enfermos, es un prodigio más grande que la resurrección de todos los muertos. Y, ¿En dónde se opera esta maravilla? En el corazón adorable del Redentor.—Y ¿Cuál es su causa? Es el amor que se entristece, porque vé la perdición de muchos; el amor que se estremece por que ve su castigo; el amor que siente tedio insuperable, porque a pesar de ser un amor infinito ve la inevitable ruina de muchos, que se salvarían, si quisie-

ran aprovechar del fruto de tan grande sacrificio. Sí, el amor, siempre el amor es la explicación de los sufrimientos y de las humillaciones de Jesús; y este amor está sensibilizado por su corazón. Luego la Omnipotencia habla y postra a los verdugos como si quisiera probarnos que no ha abandonado a Jesús un sólo instante y que su desfallecimiento ha sido voluntario. Pero la Omnipotencia deja que el amor se manifieste primero, por que ella solo debe iluminar el cuadro que el amor bosqueja, para que, al contemplarlo, sintamos la atracción del Corazón de Jesús, y, al descubrirla, le adoremos como al Corazón de Dios.

IX

En la cumbre de una montaña, tres veces sagrada, acaba de realizarse un cruento Sacrificio. La colina de Golgot se ha enrojecido con la sangre de la más pura de las víctimas. Todo está consumado, ha dicho el hombre de Dios, y ha muerto para darnos la vida. Pero hay un misterio en ese cadáver todavía pendiente del afrentoso madero; este misterio será en breve, una revelación. No olvidemos, señores, que si Jesús ha muerto, su alma y solo su alma se ha separado de su cuerpo; no olvidemos que la divinidad no le abandona, porque está unida hipostáticamente a la humanidad, es decir, del cuerpo y del alma. Pensemos también que la divinidad vela por ia integridad de ese Cadáver, para no permitir que sea profnado para no dejar que se quebrante uno solo de los huesos del Cordero de la nueva alianza. El se han inmolado voluntariamente, el sacrificio está consumado y todo ultraje que se haga a su cadáver será completamente inútil para la Redención: el pontífice ha muerto: no hay quien ofrezca un nuevo sacrificio: Por eso el augusto cadáver no recibe sino respetuosos homenajes, lágrimas vertidas por los amigos, aromáticos unguentos, un sudario nuevo, un asilo también nuevo en las profundidades de una gruta. Sin embargo, la divinidad que vela por el honor de estos despojos, que derrama sus destellos sobre la frente del justo y lac ubre con su protección, la divinidad permite que ei pecho de Jesús sea abierto para consumar, un misterio realizando una profesía. Este misterio, esta profesía es el nacimiento de la Iglesia, que debe formarse del Costado del nuevo Adam, durante su sueño; la Eva de la ley de gracia, la Madre de todos los vi-

vientes nace para no morir nunca; la vida brota de la muerte y la Omnipotencia brilla una vez más; pero el amor, el deseo de hacernos felices, dándonos los Sacramentos que regeneran, si el amor es el que abre los senos de ese corazón admirable, como si quisiera acreditar hasta después de muerto la verdad de esta sentencia de Juan Evangelista; "*habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin*".

X

Concluyamos señores, que Dios ha tenido un plan, que ha realizado eficazmente—el de participarnos que tenía un Corazón tierno, generoso y constante para amarnos hasta el sacrificio: así lo prueban sus lágrimas; así lo dice la institución del adorado sacramento de nuestros altares; así lo demuestra su oración en el huerto de Gethsemaní; así lo declara por último, la herida de su costado, cuando el cadáver venerado ya no podía sufrir un sólo dolor. Jesús se empeñaba en que viésemos su corazón, para persuadirnos con esta última prueba del excesivo amor que nos profesa. Hombres, nos dijo entonces:Si no bastan los muchos testimonios, que os he dado de mi ardiente caridad, registrad mi costado abierto y cuando mi corazón haya destilado la última gota de bálsamo, que ha de curar vuestras heridas, penetrad, hasta él y leereis allí una sola palabra—Amor—y vereis en él una sola imágen, un solo retrato—vuestro retrato y vuestra imágen—

XI

¡Ah! por eso es que nosotros, Sacerdotes de Cristo, no conocemos un remedio más eficaz para sanar las almas que curamos que el divino, el amante, el llagado Corazón de Jesús. A él las dirigimos en su peregrinación laboriosa, a él las confiamos en sus peligros, a él las encomendamos en sus angustias, en él las refugiamos durante las tempestades, con él las unimos en sus dolores, a él presentamos sus sacrificios; a él enviamos sus sollozos, en él hacemos caer sus lágrimas para que no sean perdidas; él es modelo, en que las hacemos estudiar las virtudes el templo en que las hacemos elevar su oración el altar donde inmolan sus afectos la soledad en donde se

ocultan para no escuchar el ruido mundanal el Asilo en donde hacen su noviciado para el Cielo—Ah Corazón adorable!

¿Qué haríamos los Sacerdotes sin tí? ¿En donde aprenderíamos a sentir las ternuras de padres, la solicitud de médicos, el interés de amigos, el amor de hermanos. Tu nos trasmites estos sentimientos, porque todos los días palpitan cerca de nuestro miserable corazón. Tu lo purificas, tu lo fortaleces, tu lo elevas, tu lo dilatas, tu lo divinizas. Bendito seas pues una y mil veces, Corazón adorable! Volcán de Caridad, vuelto bajo de nevados Accidentes. Las maravillas que has realizado desde que comenzaste a palpitar en humilde cuna y las que realizarás hasta el fin de los siglos las sabremos cuando te contemplemos en el Cielo a través de esa herida que tu misericordia ha dejado abierta para ser nuestro refugio en el tiempo y una de nuestras delicias en la eternidad: *In carne mea videbo Deum Salvatorem meum*—

Panegirico de Santa Rosa de Santa María(*) : - : - : - : - :

Dominus.... elegit eam in habitationem sibi.
El Señor la eligió para morada suya.
Psalmo CXXXI, v. 13.

Señores:

La Iglesia del Perú os convoca el día de hoy, para que admiréis conmigo una de las maravillas de la divina gracia. No ignora que ôs preocupa graves cuidados terrenales; (**) pero os invita a que olvideis, por un momento, esta tienda de campaña, y alceis los ojos a la ciudad futura.

Convida vuestros corazones, opresos por las angustias de la tierra, a dilatarse, tomando parte en los regocijos del Cielo.

Y, mostrandoos una Rosa, de hermosura singular, evoca su inolvidable historia, para que simpaticeis con la grandeza de la virtud.

Tiene razón:

Por que el Perú, la América están de hinojos, rodeando la estátua de una virgen, que imprimió su leve planta en este suelo pri-

(*)—Sermón panegírico en honor de Santa Rosa de Santa María, predicado en la Iglesia Catedral de Lima, el 30 de agosto de 1864,

(**)—Alude al combate del "Huáscar" con las naves de S. M. B. "Shah" y "Amatist" que dió origen a una delicada cuestión internacional, que agitó mucho los espíritus entonces, y terminó honrosamente.

vilegiado, y, desplegando las alas del amor, dejó nuestros jardines, para ser la constelación de nuestro cielo.

Desde entonces brilla en el firmamento de la Iglesia; y, cuando la buscan allí nuestras miradas, descubren un magnífico templo, de cuyos ángulos parten manojos de luz, que bañan una ciudad y un continente.

Porque "Rosa de Santa María es un templo alzado a la gloria del Dios vivo."

Señor! que tienes por templo el universo, y por santuario una alma pura: dígnate revelarnos las **riquezas de tu morada.**

Inmaculada Virgen, escogida entre millares para custodiar en tu seno el tesoro de Dios y de los hombres: te admiramos, murmurando una plegaria.

AVE GRATIA PLENA.

Un día el Verbo de Dios, *cuyo templo es el cielo,* quiso tener una morada en la tierra; y, tomando en el seno de una Virgen un cuerpo y una alma racional, hizo, de la naturaleza humana que asumió, el arca santa en donde se encerraba, no una piedra escrita por su dedo invisible, sino la piedra angular que ha unido los dos Testamentos. Así consagró la Sabiduría el primero de sus templos: María, la castísima doncella de Nazareth, fué el místico edificio, destinado para encerrar el Arca de la mejor alanza. *Templo alzado sobre siete columnas,* su purísimo seno es un santuario y un cielo, y su inocente corazón, el relicario en donde brillan las virtudes, realzadas por los dones del Espíritu de amor. María es una montaña mejor que la de Sión, y David la ha descubierto, en los consejos de Dios, destinada para servirle de templo en el día sin noche de la Redención (1).

Pero, esta ínclita Virgen sólo debía servir de asilo a Jesús en la primera jornada: en el seno de María tomó el Verbo sus armas para postrar a nuestros enemigos en el segundo combate a que los pro-

(1)—Véase la exposición de Le-Blanc, Tomo 3o. pág. 1089, sobre estas palabras de David en el Ps. LXXXVI, **Fundamenta ejus in montibus sanctis, diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula Jacob.**

vocó.—El primero les había privado del cielo; el segundo debía convertirlos en ludibrio de la tierra. . . . . .

La Iglesia militante, a quien prometió el Salvador *su presencia hasta el fin de los siglos,* es el vastísimo templo en donde habita la Sabiduría del Padre, ilustrando al cuerpo *docente* para que llene su altísima misión, y enriqueciendo al *discente* con los dones de su gracia y el esplendor de su gloria. La Iglesia de Cristo es la nueva Sión (1), en la que cada fiel "es un templo vivo en donde habita el Espíritu de Dios"—Tal es el lenguaje de San Pablo, dirigiéndose a los Corintios (2).

Ultimamente, toda alma pura, indentificada con N. S. J. C. por el bautismo, es también una Sión nueva, en donde Dios habita como en aquel templo, objeto de los amores del Profeta-Rey (3).

Con efecto, una alma santa encierra la ley de Dios, en su inteligencia para meditarla, en su voluntad para cumplirla; se alimenta del maná de la gracia; ofrece sacrificios más gratos al Señor que los de Aarón; y es teatro de prodigios inefables y contínuos, siendo ella misma un prodigio, digno de la admiración de los ángeles y de los hombres.

Así, Rosa de Santa María, cuyas virtudes vamos a estudiar; descubriendo, en su *humildad* y en su *paz,* en su *prudencia* y *piedad* y en su admirable contemplación los signos inequívocos de una grandeza propia del templo de Dios (4).

Señores: reclamo vuestra indulgente atención.

I

El Profeta Isaías, prediciendo el abandono que Dios iba a hacer de su templo y de los sacrificios, nos ha revelado el particular atractivo que tiene la humildad, ante Aquel "que hace grandes maravillas,

(1)—Véase la exposición de Le-Blanc, Tomo VI, pág. 711, sobre estas palabras de David: **Quoniam elegit Dominus Sion, elegit eam in habitationem sibi.** Ps. CXXXI, v. 13.

(2)—Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitant in vobis? Cap. 11 v. 16.

(3)—Véase el sentido tropológico del texto, Le-Blanc, Tomo 6o. pá. 713.

(4)—Estas cinco virtudes resplandecen en los templos vivos de Dios. Véase a Le-Blanc, en el lugar citado.

porque es Omnipotente" (1). He aquí, pues, lo que dice el Señor: "¿ En quién pondré mis ojos, sino en el pobrecito y quebrantado de espíritu, y que tiembla de mis palabras?" (2).

La humildad, señores, es uno de los encantos de Dios; es la virtud que le hace fijar su morada en una alma, como lo ha cantado la inspirada garganta de María (3). Para hacerse hombre, el Verbo se anonadó; y, al tomar un corazón, quiso que fuera el templo de la humildad: "aprended de mí nos dice porque soy manso y humilde de corazón" (4).

Escuchemos ahora a Rosa de Santa María.

II

"Yo, dice la Virgen de América, soy una pecadora, que merece un lugar en el infierno, y no sé como Dios no ha abismado el mundo, que tiene la desgracia de sustentarme; vil peso de la tierra, abominable cáncer del género humano , sentina inmunda y hez de los mortales, indigna de la luz del cielo y de respirar el aire, debía sepultarme en una caverna, porque mancho los elementos, y con mis delitos amargo las aguas del Océano" (5).

¿Os sorprende, señores, este lenguaje? Oíd: la humildad de Rosa no está satisfecha; ruega a su sierva que la desprecie, se hecha a sus piés, y le pide, con lágrimas, que la acepte por escabel ¡a ella que merece ocupar un trono! Suplícala que descargue sobre sus espaldas rudos golpes, y la cubra de saliva ¡a ella que es más pura que la cristalina fuente! ¡Y estas escenas no tienen más testigos que Dios y sus ángeles!

Pero, aún no se agotan las humillaciones de esta virgen ingeniosa. En concepto de Rosa, todos los males que le afligen son el justo castigo de sus pecados: así pone silencio a los que murmuran de la

---

(1)—Evangelio por San Lucas. C. I, v. 49.

(2)—Prof. de Isaías, Cap. LXVI, v. 2.

(3)—Evang. por S. Lucas, Cap. I, v. 48.

(4)—Evang. por S. Mateo, Cap. XI, v. 29.

(5)—Vita Sanctae Rosae Peruanae, per Mag. Fr. Leonardum Hamsen, Cap. V. v. 3.

Justicia divina, sin comprender los amorosos designios de la Providencia; así espera convencer a los que la compadecen, arrancándolo una bendición a los labios que balbucían una queja. Rosa es una lira. . . es una arpa eólica: tiene el secreto de producir armonías, al roce del céfiro suave y del tremendo huracán. Tal es el prodigio de su humildad.

III

¡Oh, hermosísima virtud, que haces inclinar el corazón de Rosa delante de la grandeza de Dios, como se inclina el pavimento de un templo ante la magestad del santuario! Si; porque, aunque ese corazón es una maravilla, se anonada ante la santidad de su Autor, complaciéndose de servir de pedestal al Santo de los santos, que se abatió por amor nuestro hasta confundirse con los pecadores. ¡Bendita seas, humilde Rosa de Lima, modelo de tus conciudadanos, que confundes la soberbia del siglo que te admira! A despecho del orgullo, la humildad recibirá, siquiera el día de hoy el culto que merece.

IV

La paz, señores, es el fruto de la justicia, es el concierto de nuestra voluntad con la voluntad divina (1), el premio anticipado de los que aman la ley (2), el reflejo de una conciencia pura (3), el silencio de las pasiones, en una alma que habla con Dios; el sosiego de un espíritu humilde, cuyas facultades no se turban por los intereses de la tierra, y se mantienen unidas por un solo interés, por un solo objeto, bastante grande para satisfacerlas, bastante hermoso para mantenerlas en perpétuo arrobo.—Esa dulce paz, en donde el Señor tiene su asiento (4); esa paz, que nace de la confianza en Dios, y asemeja las

(1)—Tollite jugum meum super vos.... et invenietis requiem animabus vestris. Evang. por S. Mateo, Cap. XI, v. 29.

(2)—Pax multa diligentibus legem tuam. Ps. CXVIII, v. 165.

(3)—Nam gloria nostra haec est, testimonium conscientiae nostrae. 2a. Epist. a los Corintios, C. I, v. 12.

(4)—Factus est in pace locus ejus... Ps. LXXV, v. 2.

almas a la montaña de Sión, inmóviles cuando todo cambia (1), descubriendo los horizontes de la eternidad por entre las pardas nubes del tiempo, serenas como el peñasco, en donde se estrellan las olas de un mar agitado, esa amable paz fué uno de los atributos de Rosa de Santa María.

V

En vano los hombres quieren turbarla; en vano el infierno la provoca a singular combate.

Los ruidos mundanales no llegan hasta la soledad de su corazón; las contradicciones, las injurias y la violencia van a estrellarse contra el muro incontrastable de su humildad; y las asechanzas del espíritu infernal son hábilmente burladas, porque la oración le da luces sobrenaturales, y la unión con Dios, una fortaleza invencible: *frustra autem jácitur rete ante oculos pennetorum* (2).

Si la indiscreta alabanza pone en peligro su modestia, la generosa mortificación le promete la paz, antes de haberla perdido: la dicen que tiene manos tan blancas como azucenas, y ella, empleando un fuego menos activo que el de su amor, las desfigura de tal suerte, que nadie puede admirarlas; era éste, en su concepto, un pequeño sacrificio para conservar el inestimable bien de la paz.

El demonio no satisfecho con afligirla de todas maneras, se atreve a presentar a su imaginación torpes visiones; pero Rosa vive entre las espinas: oprime, por tres veces, su frente con la corona que la circunda, y siente reflejarse en su pensamiento la luz celestial que irradia la frente del Nazareno, y que disipa las sombras de Luzbel.

María de Oliva, madre de este ángel, olvida su condición celeste, y quiere enlazarla, con vínculo terreno aunque sagrado, a un mancebo, a quien trae cautivo su hermosura. No penseis que ella se desconcierte! En breve su simpático rostro pierde todos los atractivos: el secreto está en su mortificación; y, cuando esta misma virtud le ofrece otros peligros—porque la veneración comienza a rodearla al

(1)—Qui confidunt in Domino, sicut mons Sion: non conmovebitur in aeternum, qui habitat in Jerusalem. Ps. CXXIV, v.v. 1 y 2.

(2)—Prov. Cap. I, v. 17.

aparecer su cuerpo macilento y extenuado por los ayunos, vigilias y diciplinas— ruega confiadamente a su divino Esposo que no revele el secreto de sus amores, y que oculte a los ojos profanos los sacrificios, que ella consuma sin más testigo que Él. Realízase el prodigio, porque el Sol de Justicia tiñe con vívido color la rosa de sus encantos, y los mortales ignoran por mucho tiempo que es una Rosa pasionaria, a quien los blandones de la noche sorprenden en el huerto de Getsemaní y en la colina del Calvario.

Así es que, en todos los conflictos, nuestra heroína conserva su paz: y en el trabajo material a que la condenan las estrecheces de los suyos; y en las injurias que la prodigan; y en las asechanzas que la ponen; y en la salud como en la enfermedad se mantiene tranquila, porque no pierde a Dios de vista; por que se apoya en el brazo de su Amado; porque es un templo, en cuyo recinto no se oyen ruidos profanos: cuyas columnas, macisas e inmóviles, sostienen sin duelo el alta bóveda, en donde se reflejan el gemido de la expiación y el cántico de la inocencia.

VI

Yo no terminaría, señores, si pretendiera reducir a estrecho cuadro los prodigios, que ha realizado esta virtud en el corazón de Rosa de Santa María. Basta decir que ella es citada como un modelo de paciencia (1), y que esta virtud es la *ciencia de la paz.*

Para no fatigar vuestra atención, seré breve, cuanto pueda serlo, en el estudio de las demás virtudes.

VII

Difícil parece compadecer la *prudencia de la serpiente* con la *sencillez de la paloma;* y, no obstante, el Salvador exigía este prodigio de sus apóstoles, y, en general, de todos sus discípulos (2); por que Eva inocente perdió, por falta de prudencia, la felicidad del pa-

(1)—La Iglesia, en oración del oficio de Santa Rosa, la exhibe con este carácter.

(2)—Evang. seg. S. Mateo, Cap. X, v. 16.

raiso: y Eva reparadora, la soberana María, la Mujer fuerte de Salomón, recobró la herencia perdida, porque supo burlar la astucia del demonio. A su imitación, la virgen peruana, guiada por la prudencia del cielo, caminó por este bosque espeso sin perder la vista de su patria; dejó a Dios la solución de todas las dificultades, conociendo "que es mejor arrojarse en sus brazos, que esperar el auxilio de los hombres" (1) opuso, a la seducción de los sentidos, el martirio de la mortificación; a los peligros del trato humano, los encantos del silencio y de la soledad; a los riesgos de la lisonja, el desprecio de sí misma; a la violencia de los humanos respetos, el ardor de su santo celo; a los embates del infierno, las armas de la Fé y la Esperanza, templadas en la fragua del divino Amor.

De manera que la Sabiduría increada y encarnada descansó en su corazón, como lo ha revelado el Espíritu Santo: *in corde prudentis requiescit Sapientia* (2). Y ese corazón, que palpitaba de amor por Jesucristo; que le había consagrado sus primeras emanaciones, mereció escuchar, entre las delicias del éxtasis, este delirio divino: "Rosa de mi corazón, sé tu mi Esposa." Por eso era más excelente que un templo: era el tabernáculo mismo, elevado en el centro del santuario, en donde habitaba el Altísimo. Sí, el Altísimo! pero oculto, humillado, como habita en nuestros templos; ese corazón era el florido tálamo, en donde se reclinaba el Esposo, para recibir el casto homenaje de todas las potencias de su sierva.

Ah! señores: dadme licencia para callar, y que honre así el misterio! Es verdad que soy sacerdote, y que puedo abrir las puertas de los tabernáculos: más este brazo de barro cae cuando intenta descorrer los púdicos velos del *sancta sanctorum,* fabricado por Dios en el corazón de Rosa de Santa María; no cometeré yo la *imprudencia* de sorprender esos secretos! Bueno es, como dijo Rafael, esconderlos al ojo profano (3); bueno es, señores, adorarlos en silencio, mientras que llega el día de las revelaciones.

---

(1)—Bonum est confidere in Domino, quam confidere in homine. Ps. CXVIII, v. 8.

(2)—Prov. de Salomón, Cap. XIV, v. 33.

(3)—Libro de Tobías Cap. XII, v. 7.

VIII

Cuando penetramos en el lugar destinado a la oración, en medio de la variedad de objetos que distinguimos, no podemos menos que observar la unidad del fin, que los agrupa en determinado espacio.

Los cirios distribuidos en el templo; las flores que embalsaman su ambiente; el incienso que se levanta en azulada espiral; el altar que se eleva sobre gradas magestuosas; los ornamentos sacerdotales, que sorprenden, por su blancura o por su riqueza; los vasos sagrados que tiñe una sangre divina: todos estos objetos tienen un solo fin: el sacrificio de la más pura Víctima que han visto los siglos; y el sacrificio mismo se ordena a dar culto sublime a Aquel ante quien se anonadan los ángeles.

Más los actos del culto traducen un sentimiento del corazón, que se llama piedad; sentimiento que, cuando desarróllase vigoroso, nos impele a honrar a Dios por todos los medios que están a nuestro alcance.

IX

Rosa posee ese sentimiento en grado supremo; y no satisfecha con ser testigo de la gloria que tributan a su Autor todas las criaturas, se consagra ella misma a su servicio; pero de tal modo, que rivaliza con las más empeñadas, porque ofrece en el místico altar de su corazón un sacrificio contínuo de todos sus afectos, y quema en honor de Dios el fragante incienso de una oración en que ejercita todas las virtudes: su pecho es el sepulcro *nuevo,* que guarda cuidadosamente el cuerpo de Jesús; la caridad comunica a su alma el vivo resplandor de cien antorchas; y la variedad de sus tesoros de naturaleza y de gracia hace olvidar la magnificencia de las sagradas vestiduras.

X

De suerte que no se puede ver a Rosa de Santa María sin venerarla, e inclinarse delante de ella, como nos inclinamos delante



del templo de Dios; ni se la puede contemplar, sin que el corazón se sienta dispuesto a la alabanza, cual suele sentirse si palpita al grato abrigo de los muros sagrados. Y no solamente las criaturas racionales sienten ese noble estímulo, sino que los árboles abaten sus copas hasta el polvo, a medida que se les acerca este serafín peregrino del cielo; y las aves forman armonioso concierto con sus varios trinos, luego que las cautiva su mirada de fuego. Parece que los seres irracionales formaran una grande orquesta en el magnífico templo del universo, y que Rosa, recogiendo en su corazón todas las notas, como en elíptica bóveda, las reflejara de lleno sobre el trono de la Divinidad.

XI

Sobre el firmamento que sirve de techumbre a nuestra morada hay un cielo, señores, que completa el mundo sobrenatural. El universo criado no es únicamente el globo que habitamos: hay astros que Dios lanzó en el espacio para iluminar la tierra y determinar las estaciones. De igual suerte, el mundo de los espíritus no le componen solamente las almas que arrastran las cadenas del prisionero: más allá viven otras que han recobrado la suspirada libertad, y los espíritus angélicos, y la Reina de todas las criaturas, y, entre las pompas de una deslumbradora luz, Dios, Sér infinito, uno en la esencia y trino en las personas. Y así como el astrónomo pasa los días y las noches, armado de un telescopio, registrando la celeste esfera: así las almas que tienen sus delicias en una esfera superior consumen las noches y los días en la contemplación del mundo sobrenatural; la fe les presta auxilio para que descubran sus bellezas y la soledad les brinda con el silencio, porque no se distraigan de su estudio encantador. El mundo prodiga alabanzas al Físico cuando pretende haber descubierto una estrella, y persigue con crueldad a los que, extáticos, contemplan Al que sembró de estrellas el espacio al sacudir los diamantes de su vestidura. Por eso, yo desprecio al mundo, y venero a toda alma contemplativa; por eso, no me cuido de la distancia respectiva de las estrellas, ni de reducir a guarismo aquella luminosa hueste, y pregunto a Rosa mi conciudadana lo que ha aprendido en la escuela de su contemplación.

Oíd, señores! consagrada a orar desde sus tiernos años, no se apartó nunca de este santo ejercicio: Ahí está la capilla de la Santísima Virgen, que la vió tantas veces fuera de sí, embargadas sus potencias y sentidos, inmóvil en la contemplación de la Belleza inefable, hasta merecer la singularísima gracia de un real desposorio con Jesús; ahí el oratorio de Doña María de Uzátegui, hoy templo de Santa Rosa, en donde permanecía hasta por cuarenta horas sin acción para separarse del lugar en que se arrodillaba; ahí el huerto de su casa, en otro tiempo santuario (A), en donde construyó una celda tan estrecha, que sólo podía hospedar a Rosa y a su Amado; ahí el clavo que la sirviera para enlazar sus cabellos, y pendientes del cual permanecía en la oración más vigilante que los apóstoles en Getsemaní (B); ahí. . . . pero, qué digo? su lecho mismo, que ocultaba con arte nudosos troncos, fragmentos de loza y agudos guijarros, era uno de los reclinatorios en donde oraba extendida como el Salvador en la cruz. Así podía ella decir, cual otra Esposa de los Cantares: "Yo duermo, pero mi corazón está en vela" (1). Basta, señores; que yo no podría terminar este relato, sin que la verguenza nos cubriese de confusión:—una tímida y delicada virgen ha hecho más que todos nosotros; por eso brilla en su frente la aureola de los San-

(A)—Dicho Santuario era un templo muy pequeño y maltratado por las injurias del tiempo. En el año de 1870, más o menos, fué derribado, con el propósito de reemplazarlo con un vasto y suntuoso templo, digno de la grandeza de Santa Rosa, y que encerrase dentro de sus muros todos los lugares, venerables por algún hecho de la Santa cuyo recuerdo se ligase a ellos, como el **pozo** en donde arrojó la llave de un candado, que cerraba la cadena de hierro con que se ciñó la cintura, el lugar en donde nació, la **ermita,** que construyó en el **huerto,** el sitio en que estuvieron enterradas sus **secundinas,** y que despidió fragancia al descubrirlo, la **enfermería** en que curaba a los pobres, etc. Hoy están paralizados los trabajos de ese templo, por falta de dinero para continuarlos; y uno de los objetos, que se ha tenido en mira al celebrar este tercer Centenario del nacimiento de Santa Rosa, es avivar la piedad adormecida de los fieles, por que sufraguen lo necesario para dar remate a obra tan necesaria como honrosa a la piedad y cultura de Lima.

(B) Este clavo y otras reliquias de Santa Rosa existen cuidadosamente guardados por el señor Capellán del Santuario, y se exponen a la veneración de los fieles en la fiesta anual de Santa Rosa, mientras que se termina la obra del nuevo templo, y se les coloca debidamente en una capilla, en donde los fieles puedan contemplarlas diariamente.

(1)—Cantar de los cantares, Cap. V, v. 2.

tos, y nosotros,. . . . nos herimos el pecho. . . . porque somos pecadores!

XIII

Más, aprendamos algo de las liberalidades, con que plugo al Señor corresponder las finezas de su sierva Rosa de Santa María.

Profundos teólogos la examinan, acerca de los misterios de la Trinidad santísima, de la Encarnación del Verbo, del augusto Sacramento de nuestros altares, de la predestinación a la gloria y las operaciones de la divina gracia; y ella se explica, con tal sublimidad de conceptos y profundidad de razones, que todos la reconocen adornada de *ciencia infusa,* y bendicen al Padre celestial, que oculta sus arcanos a los prudentes y sabios del siglo, y los revela a los pequeñuelos (1). ¿Qué más? Con mucha frecuencia, al leer el nombre de Jesús, veia su semblante en la misma página; recreábase con esta aparición; y, cuando volvía los ojos al cestillo de labor, allí encontraba al Amado de su alma, que, haciéndola graciosos signos, la protestaba su ternura. Oh señores! los amantes de la tierra no son más ingeniosos que el Amor infinito! ¡Y qué abandono el de nuestro Señor en su conversación con nuestra Rosa! Parece increíble el que Dios llegue a familiarizarse tanto con una de sus criaturas; mas, quien sabe que se ha humillado hasta hacerse hombre y dejarse crucificar por amor nuestro, ya no sentirá sorpresa cuando sepa que ha alternado con su sierva Rosa en inocente juego, sanándola de cruel enfermedad, porque no remitiese a duda tanto favor; ni pondrá en tela de debate el hecho de haberla permitido Nustra Señor que aplicara los labios al costado abierto de una efigie suya para restituirla, otra vez, la salud (C); ni extrañará el que le diga que Jesús paseaba platicando

(1)—Evang. por S. Mateo, Cap. XI, v. 25.

(C)—La efigie, a que me refiero se conserva en el Santuario de Santa Rosa, con el nombre tradicional del **Señor de los Favores**. Al decir de los inteligentes, carece dicha efigie de mérito artístico; mas, siendo tanto el que le da el haber sido monumento de las piedades del Señor con su feliz sierva Rosa, la devoción de una señorita le ha hecho erigir una graciosa capilla, a la entrada derecha del templo, y allí se la expondrá dentro de pocos días a la veneración de los fieles.

También se conserva, y hállase expuesta al culto público en una urna de uno de los altares del predicho templo, una pequeña estátua del niño

con Rosa, y dejando una huella de luz, doquiera que asentaba el pié, y que, celoso de la predilección de aquella por una planta, la dejó árida y arrancada, diciéndola, con soberana queja, que "El era su más bella flor" (D).

XIV

No; yo no proseguiré. No expondré estas maravillas a ser acogidas por desdeñosa, incrédula sonrisa; pues acaso no se las prestará fé; y no obstante el mundo no puede probarme que sean imposibles, mientras que yo puedo demostrarle su realidad, sujetándome a las reglas de la más severa crítica. Mas . . . ¿qué me importa el juicio de un mundo, tan vano como ignorante? Me dirijo, pues, a vosotros, cuyo recogimiento religioso ha alentado mi espíritu, y os invito a contemplar la despedida de Rosa de este valle de lágrimas.

XV

¡Cuán dulce, cuan preciosa es, señores, la muerte de los justos! ¡Se asemeja al sueño de la inocencia en los brazos del amor! Se adormece en los brazos de Jesús, divisando la hermosura de la mansión que les aguarda; gustan de inefable y anticipadas delicias; dejan la tierra sin sentirlo, y nosotros no sentimos que nos han dejado; creemos que todavía nos pertenecen: y ya moran en su patria, y gozan de una dicha interminable, y ven a Dios sin velos, y se abrazan en su fuego, y entonan alegres himnos, y ciñen espléndida corona. En cuanto a nosotros, ay! poseemos su cadáver y su memoria: un puñado de polvo, que besamos con amor, y un recuerdo, que bendecimos siempre.

XVI

Sí, señores: he ahí lo que nos queda de Rosa de Santa María; y, después, el recuerdo de sus virtudes: era *humilde,* y se inclinó de-

---

Jesús, que, asegura la tradición, es la que llevaba consigo la Santa cuando curaba los enfermos. Así, es conocida la graciosa y venerable efigie con el nombre del **Doctorcito,** o del **Mediquito.**

(D)—Estos hechos milagrosos se registran **en la Bula de Canonización de Santa Rosa.**

lante de Dios como el pavimento de su templo; era *pacífica*, y disfrutó de la quietud, de la firmeza y de la estabilidad de las columnas de un santuario; era *prudente*, y *guardó* a Dios en su corazón, como le guarda el tabernáculo; era *piadosa*, y erigió al Señor un místico altar; era *contemplativa*, y se levantó en alas de la oración, descollando entre sus contemporáneos como la cúpula de San Pedro en Roma descuella sobre innumerables y suntuosas basílicas.

XVII

Pero este no es el único legado de nuestra conciudadana. Nos unen a ella vínculos muy tiernos, porque se refleja en nosotros algo de su gloria. Escuchadme, o si no: Lima, el Perú, la América, son deudores a Rosa de su rehabilitación en el gran senado de los pueblos cultos, si acaso Lima, el Perú, la América necesitasen rehabilitarse. Mas, como alguien puede poner en duda la existencia de un astro, bueno es que la Providencia nos haya dado pruebas hasta para los ciegos voluntarios.—El gran principio de *solidaridad*, proclamado por el Cristianismo, consiste en la participación de bienes espirituales entre los miembros de la gran familia de Jesús; y este principio, aplicado al orden político, da por resultado la comunidad de honor, o de ignominia, entre todos los miembros de un Estado y hasta de un continente. No me detendré en probarlo.

Ahora bien: el progreso, la civilización, debidos son al Cristianismo que, creando las costumbres, creó el derecho público moderno. Un país es tanto más culto cuanto más cristiano, y tanto más cristiano, cuanto más fecundo en producir santos. El Perú los tiene en abundancia; y Dios, que nos ama con singular ternura, ha querido exhibir esta tierra bendita engalanada con una Rosa, que perfuma la Iglesia entera. Sobre el vasto pedestal de la América, se levanta la estatua de Rosa de Santa María. El mundo entero cae de rodillas para venerarla; y, cuando pregunta por el artista inspirado que la modeló, la Iglesia señala el cielo; mas, si nos interroga por la privilegiada cantera, de donde se cortó esta piedra viva del templo de Sion, la Historia señala un continente bañado por dos océanos, una región incrustada en el corazón de ese continente, y una ciudad que acaricia el bullicioso Rímac, y adoran cien templos materiales, y cien templos más nobles que los primeros.

Así, el recuerdo de Rosa permanecerá siempre unido al de nuestras glorias; y el pabellón peruano, símbolo de nuestra independencia, al desplegarse en los aires luciendo sus colores, nos traerá a la memoria la pureza de alma de nuestra compatriota y la caridad ardiente que abrasaba su alma pura. Como el estandarte del Perú ostenta el nevado color entre la púrpura, así el símbolo de nuestras glorias en orden al espíritu, Rosa de Santa María, se presenta al pensamiento pura como el agua del claro manantial, entre llamas de amor inextinguible. Oh, señores! Rosa es un brillante engastado entre rubíes; una diáfana nube, que el sol viste de encendida grana; un templo de cristal, iluminado por el fuego sacro de Dios....

XVIII

¡Amable conciudadana! Tú no eres indiferente a nuestras desgracias: a tu celo recomiendo la causa del Perú. Alcánzanos el triunfo de la justicia en el orden político, y el reinado de la justicia en el orden moral. Así, nuestra patria se conservará grande y gloriosa; y nosotros alcanzaremos la grandeza y la gloria en la patria futura!

NOTA.—El año 1917 celebró el Perú y especialmente Lima, el tercer centenario de la muerte de la santa limeña y aún su santuario se encuentra en el mismo estado en que se hallaba cuando Monseñor Roca hacía, desde la Cátedra Sagrada, un fervoroso llamamiento para consagrar a nuestra Santa una basílica que perpetúe su gloria en el cielo y su protección sobre esta tierra que fué su patria.

Panegírico de San Luis de Gonzaga. [*]

Videte oculis vestris, quia modieu laboravi, et inveni, mitri multam requiem.
Ved con vuestros ojos que trabaje poco, y hallé para mí mucho reposo.
Libro del Eclesiástico, Cap. LI, v. 35.

Señores Ilustrísimos:

Señores:

La gloria será el premio del trabajo: hoy es su estímulo, por que es nuestra esperanza. Para *Luis de Gonzaga* es una realidad.

Mas, entre los esfuerzos del hombre y la bienaventuranza eterna, que se le promete, hay un abismo, que sólo puede colmar la gracia de Dios: "no hay proporción, dice el Apóstol de las Naciones, entre los sufrimientos de la vida presente y la gloria futura, que se revelará en nosotros.

El tiempo es breve: la eternidad es infinita; el sacrificio es momentáneo: el goce imperecedero; pequeña es la ofrenda: grande la recompensa. El tiempo, el sacrificio, la ofrenda son el hombre: la eternidad, el goce, la recompensa, Dios.

Luis de Gonzaga es una prueba entre mil.

Ha trabajado por Dios, y Dios le ha hecho olvidar el trabajo.

(*)—Sermón panegírico de San Luis Gonzaga, predicado en el templo de San Pedro, el domingo 20 de agosto del1885.

Ha trabajado por Dios: he allí su vida; Dios le ha hecho olvidar el trabajo: esta es su corona.

Señor! Me estremezco, al contemplar tu grandeza.... Déjame ya entrever en el rostro de tu predestinado. Sus virtudes son tu elogio; y su gloria el elogio, que tu le haces.

Santísima Virgen María: yo saludo en tu persona a la Reina de las Virtudes, y a la Reina de la gloria..

AVE GRATIA PLENA

Los trabajos del joven angélico, cuya memoria [illegible], pueden compendiarse en tres palabras: ha sacrificado su voluntad, las ventajas que el mundo le ofrecía y su vida misma. Su voluntad, porque ha practicado las virtudes; los bienes del mundo, porque se ha hecho religioso; su vida, porque la enfermedad que se la arrebató, fué contraída ejerciendo la caridad.

¡Qué hermoso horizonte descubren nuestras miradas! ¡Cuán bellos matices presenta esa vida, tan corta y tan rica! ¡Cuánta luz irradia la frente de ese ángel! ¡Cuánto fuego atesora su corazón!

Yo me atrevería a decir desde ahora, que las virtudes de Luis "describen un arco brillante entre nieblas de gloria"; que su profesión religiosa levanta su estatua, dándole por pedestal el mundo: y que su muerte es una transfiguración, en la que el cuerpo se abrasa, por los ardores de la caridad, y el espíritu, volando con alas de fuego, "se remonta sobre las plumas de los vientos", para contemplar "al que rige los vientos y los mares". Veámoslo, señores.

I

A la edad de nueve años, consagra a la Virgen Santísima las primicias de su cuerpo y de su alma. Se hace, por la virginidad prometida, hijo predilecto de la Reyna de las vírgenes. Este arranque sublime es obra de la gracia divina; pero es también el sacrificio, que la voluntad consuma delante de Dios, y un signo, que revela de cuanto será capaz el que así comienza a marchar por el estadio de la virtud. Este ejemplo de un niño es ¡oh niños que me escucháis! una lección saludable, que el cielo ha querido daros sobre la

excelencia de la pureza, de esa fragante azucena, que lleváis con vosotros, y que el aliento emponzoñado del siglo pretende marchitar. ¡Ah! conservadla, hijitos míos, cultivándola con esmero. "La frente de un niño, ha dicho un elocuente sacerdote, es el resplandor de la frente de Dios; y es imposible contemplar una alma virgen al través de una fisonomía pura, sin hallarse conmovido por un sentimiento, que participa del amor y del respeto a un mismo tiempo". Por eso, los que hemos renunciado a la paternidad natural, os damos la preferencia en nuestro corazón; y si sabéis conservar en el vuestro la gracia recibida en el santo bautismo, seréis "nuestra gloria y nuestra corona", la alegría de vuestros padres, y la esperanza única de la regeneración social. Luis de Gonzaga os ha trazdo el camino; seguidle, pues, con ardor y con perseverancia.

II

Pero el lirio, que ha germinado en su corazón, es muy delicado; y, como todo lirio, debe crecer entre las espinas. Así lo comprende el adolescente y, por tanto, asocia a la pureza la mortificación. Ayunos, vigilias, diciplinas, cilicios, un lecho duro y un alimento escaso, he allí las armas, que emplea para aterrar a sus enemigos: he allí el vallado, con que proteje la tierna flor, que ha consagrado a Dios El retiro de los hombres, el silencio discreto, la modestia en las miradas, y mil otras industrias, que le sugiere el Espíritu divino, preparan su alma a destinos elevados, y la preservan de grandes peligros, sobre todo en la vida cerca de una corte, en donde la corrupción apenas puede ocultarse bajo las ricas vestiduras de los magnates. Oh! ¡Cuánto se eleva sobre ellas el tierno joven, que no ha escuchado las pérfidas lecciones de la prudencia humana, y que puede servirles de maestro de la prudencia del Cielo! Si su profunda humildad se lo permitiera, él repetiría esta sentencia del Espíritu Santo, por la boca de David: "Yo he entendido más que los ancianos, porque he guardado tus mandamientos: *super senes intellexo quia custodivi mandata tua*".

III

Una inteligencia tan pura, un corazón tan mortificado, no podían

vivir sino de la oración, del trato íntimo y frecuente con Dios, que tiene sus delicias en ellos y es El mismo su delicia. Así, la vida de Luis de Gonzaga es una plegaria constante, que se eleva desde el barro frágil que le sirve de cárcel, hasta el encumbrado cielo, que le cubre. Y no es sólo una plegaria, entonación propia de los prisioneros y desterrados; es, a veces, un himno, lenguaje peculiar del ángel, en otras, es el anonadamiento del serafín; y, en todas, un incensario, en donde se quema el perfume de las virtudes, para honrar a Aquel, que recibe el vasallaje de la creación entera.

Oh! cómo pudiera, niños míos, haceros penetrar en espíritu al retrete, en donde Luis conversa familiarmente con Dios!—de cuánta edificación sería para vosotros el verle arrodillado por largas horas, que no cuenta, porque está platicando con el Eterno! ¿No es cierto, hijitos míos, que, al ver su rostro bañado con dulce lloro y teñidos los muros con su inocente sangre, os precipitaríais para humedecer con esas lágrimas y esa sangre lo más precioso que tuviéseis? Ah!, queridos niños! Así se forman los santos así se adquiere la vida del espíritu, así se camina mucho en poco tiempo, así se hace un alma agradable a Dios. . . . *Consummatus in brevi, explevit tempora multa. . . . plácita enim erat Deo anima illus.*

IV

Pero estas virtudes, aunque son practicables con la gracia, exigen el sacrificio de las perversas tendencias de nuestra voluntad. Nacemos inclinados al mal, con una grande facilidad para realizarlo; y tenemos que luchar desde temprano para que triunfe Dios en nosotros: la juventud responde de la edad viril, y esta de la ancianidad; porque está escrito que el joven seguirá el camino que emprendiere desde sus primeros años, y aun cuando envejeciere no se apartará de él. *Adolescent juxta viam suam, etiam cum vennerit non recedet ab ea.* El héroe, que celebramos, lo comprendió en buena hora y, por eso, ofreció a Dios, con magnánima resolución un sacrificio, que fué el principio de los demás, y como el cimiento del templo que edificó para su gloria.

V

La Compañía de Jesús está de fiesta: acaba de prohijar un santo. El joven Gonzaga vástago de una noble familia, en lo más florido de sus años, cuando le convida un risueño porvenir, cuando sus vasallos naturales se preparan a gozar, en grande escala, de los beneficios de su amor, que ha experimentado repetidas veces; este joven que piensa con la madurez de un anciano y siente con la delicadeza de un corazón virginal, ha oido, por algún tiempo la voz de su Hacedor, solicitándole para que se consagre exclusivamente a su servicio y al de la humanidad entera. Grandes tormentas se han levantado en derredor suyo: la voz de la carne y de la sangre han procurado ensordecerle al llamamiento celestial, resistencias, malos tratamientos, súplicas, lágrimas, enojo y dulzura, mandato y persuación, cuanto puede sugerir un vivo interés se ha puesto en juego para debilitar su resolución generosa; pero en vano, señores, porque Dios ha hablado: ha dicho la última palabra, y esa palabra hace fecundar la nada misma. Dios, que mira la tierra, y la estremece, que toca los montes, y les hace lanzar densas columnas de humo, Dios, a quien nadie puede resistir, ha significado a Luis su voluntad y, ante esa voluntad adorable, caen rendidos todos los afectos del corazón. Familia, ciudad natal, honores y riquezas, todo es sacrificado con júbilo por ese ángel peregrino, que teme enpolvar sus alas, si vuela muy cerca de la tierra. Hay un momento de estupor: el noble hijo de la casa de Gonzaga aparece vestido con el sayal de novicio de la Compañía: en su semblante brilla la virtud; en su corazón mora la paz; en sus palabras se anuncia la sabiduría. Entre el mundo y Luis hay un abismo, que sólo puede salvar la caridad. El príncipe ha muerto, pero, sobre su místico sepulcro se levanta radiosa la figura simpática del santo.

VI

¿Qué pensará de esto el mundo que la contempla? ¿Qué ha de pensar, señores,si Dios, por sus altísimos consejos, ha privado al mundo de la excelencia del pensamiento? El mundo no razona: delira; no reflexiona: se aturde; no discurre, desacierta; no siente: se apasiona. El mundo no comprende, no admira lo grande, lo noble, lo justo, lo

elevado: blasfema, rabia, maldice y se prepara, día por día, en nombre de la libertad, que degrada con sus excesos, a perseguir la libertad, que los buenos ennoblecen con sus sacrificios. No es extraño, ni nos asusta, ni nos desalienta: está predicho: también la contradicción sirve ciegamente al plan de la Providencia divina.

VII

Entretanto, el sacrificio está consumado, y Luis puede repetir estas sentidas palabras del Rey-Profeta:

¡Cuán amables son vuestros tabernáculos, Señor de los ejércitos! El ardiente deseo, que tengo por ver la casa de mi Dios, hace que mi corazón desfallezca.

Mi alma y mi cuerpo, trasportados de júbilo, aspiran solamente a la posesión del Dios vivo.

El pajarillo halla un hueco, en donde guarecerse; la tórtola busca donde fabricar su nido, para poner a cubierto sus pollitos.

¿Yo, Señor de los ejércitos, Rey y Dios mio, me he de ver sin el abrigo y sombra de vuestros altares?

Dichosos una y mil veces los que en vuestra santa casa se emplean de asiento en tributaros perpétuas alabanzas.

Más grato me es pasar un día en vuestros tabernáculos, que millares apartado del lugar en donde sois adorado.

Antes quiero ejercer el empleo más vil en vuestra casa, que vivir honrado en magníficos palacios, rodeado de pecadores.

Estos sentimientos, señores, no son la expresión del egoísmo como el mundo afecta creer: son la expresión del amor a Dios, que es el principio y el fin del amor al prójimo; la prueba os la ofrece el mismo Luis, en el sacrificio de su vida, hecho en las aras de su amor a la humanidad doliente.

VIII

¡Qué cuadro tan horrible, señores, ofrece una ciudad bajo el azote de la peste! Sus calles y plazas, casi desiertas, apenas se animan por la presencia de unos semblantes macilentos, en los que se retrata un dolor sombrío, una tristeza insólita, una melancolía permanente. ¿Y los templos? En las frías baldosas de los presbiterios, se

abaten la frente de los Ministros de Dios, y en la extensión medrosa de las naves, se advierte algunos penitentes, que sollozan, buscando en el Señor el consulo y la esperanza. En el seno de las familias, se reproducen escenas, que desgarran el corazón menos sensible; y, en la mansión del pobre, el dolor es tan profundo, que no tiene ni la fuerza de la queja: allí reina el silencio de la impotencia; y el silencio no se puede describir. Pero si quereis formaros una idea aproximada de situación tan horrible, penetrad en esos vastos asilos de la miseria, en donde centenares de enfermos luchan con la muerte casi a un tiempo mismo: representantes de todas las edades y de todas la vicisitudes humanas, yacen extendidos sobre un pobre jergón y sus tristes y abatidos lamentos combinan la más fúnebre elegía, que saliera jamás de los labios del hombre.

IX

Señores: El valor, que desafía la metralla y el acero en los combates, se rinde delante de este espctáculo, porque la adversidad tiene dardos que penetran la cota de malla y el casco del guerrero. Luis de Gonzaga es un joven, casi un niño: no está acostumbrado a mirar el peligro; temblaría quizás delante de un riesgo común, como la hoja del árbol al soplo del vendabal; pero ha oído el fúnebre clamor del bronce en las torres de Roma; su alma ha sentido la vocación al martirio, y, confirmado por la voz del superior, no vacila: entra en ese campo de la muerte, para hablar del Dios de la resurrección y de la vida; entra, con ánimo resuelto, probando una vez más la verdad de esta sentencia: "fuerte como la muerte es el amor". Sirve a los enfermos, como si fueran sus hermanos, sus padres, sus hijos: aún tienen mejores títulos: son N. S. J. C., sufriendo en los miembros de su cuerpo místico. Agoniza con ellos, para dulcificar sus angustias y muere, en mil ocasiones, por la voluntad hasta que su cuerpo frágil, herido por la espalda que ha hecho tantas víctimas, herido en el combate de la caridad, cae para no levantarse, sino el día de la resurrección. Este es el postrero de sus sacrificios, el último de sus trabajos por la gloria de Aquel, a quien ha consagrado su inocente vida; y al presentarse en las orillas de la eternidad, lleva en sus manos una hermosa ofrenda: son tres flores que tienen un solo vástago, y que obsequia a las tres divinas personas, en quienes reconocemos una sola y adora-

esencia. Vosotros me habeis adivinado: la ofrenda de Luis se llama Fé, Esperanza y Caridad: por la fé, se venció a sí mismo; por la esperanza, triunfó del mundo; por la caridad se sacrificó para vivir eternamente.

Hemos visto su vida; admiremos su corona.

X

Dios, señores, es la gratitud infinita. Aunque merece por sí sólo cuanto podamos ofrecerle, siendo sumamente liberal y misericordioso, no quiere dejar el menor sacrificio sin recompensa: hasta un vaso de agua, dado por amor suyo, tendrá su galardón. Juzgad ahora cuál será el premio de Luis Gonzaga.

XI

Ha inmolado a Dios su corazón, consagrándole las primicias de su afecto; y Dios le ha ilustrado con los dones maravillosos de la gracia, otorgándole una faz celestial, que es la prenda anticipada de su gloria. Necesitaría entretenernos mucho tiempo, si quisiera hablar de cada uno de esos dones, pero debo renunciar a tan dulce tarea.

XII

También sacrificó las riquezas y los honores de este mundo, y el Señor le otorgó el don de la oración, en tal excelso grado, que no le era posible apartar, ni por un instante, su pensamiento de la inmortal belleza, que arrobaba su alma, y se le franqueaba desde esta tierra perecedora, para solazarle de las amarguras de su peregrinaje. Luis, señores, es un ruiseñor en el huerto de la oración, por la dulzura de su plegaria, es un águila en los espacios de la contemplación, porque mira de hito, en hito, al Sol de la Justicia; es un astro que girando atraído por el Verbo, sólo se aparta para probar mejor la fuerza que le retiene y describe una órbita magestuosa en torno de su divino centro.

XIII

Ultimamente, sacrificó su vida temporal y perecedera, para hallar en Dios una vida inmortal. Más, antes de salvar los linderos del tiempo. ¡Cuántas caricias no recibió ocultamente, que le indemnizaron con usura de su más valiosas ofrendas! Ah! yo no puedo revelarlas, porque no poseo el lenguaje de los santos!

XIV

Sólo articularé una palabra: es la que me ha servido de texto, y que, en este momento, me parece que sale de los labios de Luis: mirad, con vuestros ojos, que trabajo poco, y halló para sí mucho reposo. Si, señores: ¿qué son los trabajos de Luis de Gonzaga, si se les compara con la gloria, que se le ha dado? Grandes son sus sacrificios, pero, ¿no es cierto que parecen pequeños, después de tan grande recompensa? ¿Es el hombre comparable a Dios? Y sus virtudes mismas, que le acercan a ese tipo de perfección, acaso, las puede practicar, sino por la gracia de Aquel, que nos dá el querer y el consumar por la buena voluntad. ¿Y qué es la gloria? La visión de Dios, que sacia el entendimiento, que abrasa el corazón y no le consume, que hace olvidar todas las miserias del tiempo, que inmoviliza el espíritu, sin quitarle su actividad. . . . . Oh! señores!. . . .

Y cuando se escuchan estas palabras, que Dios mismo pronuncia: "Ven siervo bueno y fiel: por que has sido fiel en lo poco, yo te daré el cuidado de lo mucho: entra en el gozo de tu Señor". . . . Cuando el alma oye este lenguaje, ya está inundada y como perdida en la gloria. . . . Centellita, que encendió el soplo del Altísimo ¿Cómo no se eclipsa, señores, en esa atmósfera de luz inaccesible? ¿Cómo no se aniquila delante del que todo lo puede? ¿Cómo no desfallece, al escuchar esos cánticos, ensayados hacen tantos siglos, y que los serafines no aciertan a terminar?

¡Oh reposo de la mansión de mi Dios! ¿Cuándo podremos disfrutarte?

Señor! Entonces los Israelitas descolgaremos de los sauces de Babilonia los instrumentos de nuestro regocijo. Tú mismo enjugarás nuestras lágrimas. . . . .

Estaremos en la celeste patria de rodillas; no: con la frente abatida para adorarte; tu no lo permitirás. . . . .

¿Qué haremos, Dios mio? Volaremos a tus brazos, veremos con la luz de tus pupilas, respiraremos tu aliento, viviremos con tu vida. . . . . yo no sé hasta donde nos abrumará tu misericordia. . . . .

Permitidme, señores, que, antes de terminar, evoque un recuerdo, tan tierno como oportuno.

Cuando yo era niño, solia venir al templo en un día semejante, y, reunidos con otros niños como yo, celebrábamos esta solemnidad, con gran regocijo de nuestra alma. Había afinidad entre Luis de Ganzaga y nosotros: era nuestro amigo, casi nuestro hermano. Oh! ¡qué dulce alegría sentíamos en estos momentos!

Terminado el augusto sacrificio, los más robustos se disputaban la gloria de llevar sobre sus hombros la estátua de nuestro protector. Entonces aparecía en nuestras filas un sacerdote dos veces respetable por la virtud y la ciencia. Su frente, siempre sombría por los serios pensamientos que la cruzaban, era, en aquellos instantes, un cielo sin nubes, en donde brillaba el júbilo de su alma: una dulce sonrisa vagaba por sus labios, que, en otras ocasiones anunciaban verdades terribles y profundos misterios; sus manos, llenas estaban de los dones de su cariño; sus ojos, de ordinario marchitos por la mortificación y por el llanto, destellaban la luz de su espíritu; y su palabra cariñosa y llena de unción hería agradabemente el oído de los que le rodeábamos.

No era un patriarca, porque había visto mejor que Abraham, el claro día del Evangelio: No era un profeta, porque todos los días llevaba en sus manos a Aquel a quien Simón sólo vió una vez antes de morir. No era solamente un sacerdote, porque descollaba entre los ungidos del Señor.

Era el genio del bien; era un penitente, que se deleitaba en la inocencia; era un Apóstol de los tiempos modernos, que bautizaba con agua de lágrimas a los millares de pecadores, que ganaba para el

cielo; era el padre de una generación de sacerdotes, que ahora continúan en sus diversas faces, la obra comenzada por él; era una armonía del encumbrado genio y del amor penitente; era una misericordia del Altísimo; era. . . . . el Doctor Aguilar.

Pasaron algunos años, yo dejé de ser niño, porque fuí hombre, porque me consagré al Señor; y, desde esta cátedra, anuncié las maravillas de la gracia de Luis Gonzaga. El estaba aquí, profundamente recogido, y su presencia animaba mi palabra. Cuando descendí de este lugar, me halló entre sus brazos. Yo era su hijo, y esto explica su ternura. . . . . .

¿A dónde está, señores? ¿No lo volveremos a ver más?....

Un día, no muy lejano, muy próximo quizá, le hallaremos en el cielo.

Panegírico de los dolores de María Santísima (*) : - : - : - : -

Stabat autem juxta crucem Jesu, Mater ejus et soror Matres ejus Maria Cleophae, et Maria Magdalena.

Estaban al pie de la cruz de Jesús, su Madre y con su Madre, María de Cleofás y María Magdalena.

Evangelio de la pasión de S. Juan.

Mis hermanos:

El dolor es la herencia de la humanidad desterrada del cielo.

Y, para que aprendiésemos a sobrellevarlo con grandeza de alma, Dios ha querido presentarnos al pié de la cruz a la inocente María.

Imaginad, si podeis, un dolor semejante a su dolor, pero antes sondead el Oceano y medid sus orillas.

Yo he paseado la mirada, considerando todos los dolores humanos, contemplando todas las inocencias afligidas y todas las aflicciones de la inocencia.

Y, al encontrar a María, he quedado atónito, por que no he visto un corazón tan santo como el suyo, ni una alma cual la suya tan atribulada. Mártir inmaculada! Yo no sé cómo llamarte, en este momento de suprema congoja. Hazme sentir la fuerza de tus dolores.

(*)—Sermón Panegírico de los Dolores de María Santísima predicado en el Templo del Patrocinio de Nuestra Señora, en marzo de 1865.

para llorar contigo, y mezclar mis lágrimas con las de este piadoso auditorio.

MATER DOLOROSISSIMA. *Ora pro nobis.*

Dios ha unido, con vínculo estrecho, los dos extremos de la vida. Gozar y sufrir, amar y aborrecer, he allí el término de la actividad humana.

En la tierra, Señores, el ropaje de la alegria suele trocarse por la vestidura de luto; a los fulgores del sol suceden las tinieblas de la noche; a las palpitaciones de un corazón arrebatado por el amor, siguen, con sobrada frecuencia, los sacudimientos del dolor más violento. Y es tanto más brusco este cambio, cuanto más enérgica ha sido la pasión, que teñía de oro y arrebol los horizontes de la vida.

El corazón humano es como el universo, en el cual, los días más hermosos suelen anublarse súbitamente, cediendo el paso a la tempestad con su cortejo de horror. El contraste es inevitable, por la instabilidad de la dicha; y agregaré que es necesario, por que Dios quiere que suspiremos por el cielo.

Hay una doble relación que estudiar, tratándose de los afectos del corazón humano: la energía del dolor depende de la profundidad del amor, y esta de la inocencia del que ama. Amar, Señores, es dejar de pertenecerse por un acto libre de la voluntad; por eso Dios, que nos amaba tanto, no pudiendo dejar de poseerse, nos dió a su verbo, que es la imagen expresa de su perfección. Nadie se posee mejor que el santo cuyas facultades no se han debilitado por pasiones bastardas, por eso la dádiva de amor que Dios nos hizo, es infinita, y por tanto incomparable.

Esto es decir que, después de Dios, fuente de la caridad, nadie ha amado como María; esto es afirmar que, después de Jesús, Rey de los mártires, nadie ha padecido como María, a quien los mártires llaman Reina.

Subamos tres escalas para contemplar su corazón doliente.

Veamos a la vírgen sin mancilla;

Admiremos a la mejor de las Madres; Contemplemos a la Co-Redentora de la humanidad.

I

María es una casta paloma, que ha embelesado a Dios con su dulce arrullo, es un lirio, que la tierra brotó en sus mejores días, para perfumar el cielo; es un arroyo cristalino, que se desliza en un valle ignorado, retratando en sus aguas transparentes al sol que se pasea en las alturas. Es una virgen de Judea, cuyo seno es un cestillo de azucenas; su cabeza descuella con la magestad de la palma, su planta no se imprime siquiera en el polvo que toca. Yo creo que los espíritus bienaventurados siembran de flores su camino y hacen guirnaldas de estrellas para orlar sus sienes. ¿Y su alma? ¡Oh! yo no me atreveré a revelarla ¡Oid! un ángel se ausenta de la morada de Dios, para decirla un mensaje, y viene a la tierra sin pena, por que no hace sino cambiar de cielo. Dice a María: "has encontrado gracia ante el Altísimo; eres llena de gracia".

II

Concebid ahora la ternura de ese corazón santo, que ama a Dios con todas las fuerzas de la naturaleza y de la gracia; y, después de extasiarse contemplando sus generosos raptos, sus santos deliquios, su embriaguez más que seráfica, detened, sosegad el pensamiento, por que tanta dicha no dura sino un instante. ¡Es tan breve la felicidad sobre la tierra! María está en ella con la inocente Eva. Aquesta perdió súbitamente la paz y la dicha del paraíso, porque detuvo su límpida mirada en un leño de maldición; aquélla siente en su corazón tormentos indecibles, porque sus ojos no aciertan a mirar sino a Jesús, fruto de vida eterna suspendido en un leño infame: a la inocencia escoltada por el crimen; al amor atormentado por el odio; a Dios asesinado por los hombres!....

III

¡Oh cruel espectáculo! Hasta la materia inanimada se estremece, al presenciar este desorden: la tierra se agita con violentas convulsiones; los peñascos se rompen, el sol se oculta ¿Y María? ¡Oh! ella está muda por el dolor..... un bandido no puede resistir este espectáculo, y se convierte, las turbas sedientas de sangre, inclinan

la cabeza, y descienden del Calvario, con la faz atribulada y el corazón lleno de angustia. "Verdaderamente, dicen, este era el Hijo de Dios".

IV

Y María, que todo lo sabe, que todo lo siente, que no ha dudado nunca de la inocencia de la víctima; que la adora en ese trono improvisado por la justicia divina; que lee en su frente augusta los tormentos de su alma; María que dice a Jesús con el lenguaje de los ojos: ¡Te compadezco! y que ve la respuesta en los nublados ojos de Jesús: ¡Yo sufro! y siente que su sangre destila con inmenso amor para confortarla...... Ella, que es el único sér en la tierra capaz de comprender lo prolijo de ese martirio; ella que está allí como la estatua animada de la piedad, inerte, muda, descolorida, muriendo mil veces, sin poder morir una sola vez sola... María es incomprensible al pié de la Cruz. Valorizó los sufrimientos de Magdalena arrepentida; son los dolores de la gracia; comprende los de María Cleofas, son los de la naturaleza; concibe los de Juan, son los de la inocencia que ama; pero los dolores de María son incomprensibles e inexplicables. Ella es más inocente que Juan, es madre más que María Cleofas, y es más agraciada que Magdalena.

V

Solo Dios ha podido concebir el altísimo pensamiento de asociar tanta grandeza a miseria tanta, una inocencia tan acrisolada a un martirio tan prolijo, una perfección sobrehumana a un dolor, que los hombres no pueden medir ¿Os admira? Mas reflexionad que la escena que contemplamos es única.... Mirad ¡La eternidad queda aprisionada por el tiempo, mientras que el cielo se reconcilia con la tierra. Una inocencia divina expía la malicia de todas las edades; y mientras que padece en el altar de los sacrificios, el Corazón de María es el incensario cuyo fragante aroma sube al cielo, con la sangre de la expiación.

VI

Es un axioma moral que no hay amor comparable al amor de

madre. El Evangelio mismo pone fuera de duda esta verdad, porque Nuestro Señor Jesús se ha dignado poner en paralelo su ternura con el amor materno. Pero esta noble pasión debe ceder ante el amor a Dios que es nuestro fin último, pues, de otro modo, el amor natural, saliendo de sus límites, se hace idólatra y, por tanto, abominable. Por eso las madres cristianas no pueden amar a sus hijos con todo el afecto de su corazón; y las que no sienten cristianamente les dan más de lo justo, de manera que su amor no es admirable, porque es ilegítimo. He aquí el límite y el escollo del amor materno: debe limitarse, para no faltar a la justicia; y si no se dirige a Dios, degenera tristemente convirtiéndose en egoismo.

VII

Pero este límite y aquel escollo no se conciben en el amor materno de María. Siendo su hijo el mismo Dios, puede profesarle un amor sin límites: siendo Dios su hijo el corazón paga, en un sólo tributo, el de la gracia y el de la naturaleza. Estos dos amores no son dos corrientes, que pueden o no encontrarse en su término: son más bien un rio caudaloso que brota de la fuente del corazón de María. Su amor es un culto perfectísimo, que nunca degenera, y que no encuentra límites, ni de parte del objeto amado, ni en si mismo, pues aunque como criatura no es infinita en sus afectos, adquiere, en sentir de Santo Tomás, una especie de infinidad, por la sujeción a la voluntad divina.

Además, el amor sabe arrebatar el corazón que inflama, para restituirlo con usura. Todo el que tiene la dicha de ser correspondido en su amor, posee dos corazones: el ajeno en el propio, y este en el ajeno; deja de pertenecerse, pero es adquiriendo un derecho sobre el objeto amado, tanto más precioso cuanto más digno es aquel.

VIII

Ahora bien: los corazones de Jesús y de María no están separados: un solo afecto los une; sus alegrías y sus penas, sus desconsuelos y sus esperanzas son vínculos que los estrechan, no son límites que los apartan. Así los dolores de Jesús son los dolores de María: *Dolor filii erat dolor meus, quia cor filii erat cor meum;* y la

misma espada, que atraviesa el alma del Rednetor, hiere el alma de su santa madre.

IX

Madres, que me escuchais: si alguna vez visteis morir al hijo de vuestras entrañas; si habeis, confundido en un solo suspiro el último de los suyos y el postrero de vuestro dolor, y habeis sentido que la vida os abandonaba, seguidme al Calvario, para contemplar a María, no huyendo como Agar del espectáculo de Ismael moribundo, ni mereciendo como Abraham que Dios lo libre de consumar el sacrificio del verdadero Isaac. ¡Miradla! De pie, con la faz bañada en llanto, con los ojos fijos en los de Jesús, y el corazón suspenso con el suyo en el mismo suplicio; miradla sin poder aliviar sus dolores, ni acercar a sus labios una gota de agua para apagar su sed; miradla, contando sus heridas y sintiéndolas en su alma; miradla, viendo agonizar a su hijo único, a su apoyo y consuelo sobre la tierra, a su amor hermoso, inmolado por los ingratos, a quienes perdonaba y ofrecía la vida desde el afrentoso madero; sí, miradla extática, muda, transfigurada por la pena, y oyendo, en lugar del nombre dulcísimo de madre, el nombre misterioso de mujer, que es el último dardo, vibrado sobre su corazón sensible, por el no menos tierno corazón de Jesús.

X

¡Oh mis hermanos! Para María no hubo consuelos. Ella fué predestinada a sufrir.

En el templo, oye, de boca de Simeón, una profecía terrible; en su peregrinación al Egipto, sufre las angustias de la persecución de Herodes; más tarde, pierde a su amado hijo; y, cuando le busca doliente por tres días, la recompensa de su solicitud maternal es una respuesta severa de Jesús, recordándole que pertenece a su Padre; después, cuando solicita una gracia, el Salvador la responde: "¿qué a mí ni a ti mujer? Aun no ha llegado mi hora". En otra vez anuncian al Salvador que su madre y hermanos desean hablarle. Oíd lo que responde: "¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos?" y estendiendo la mano sobre sus discípulos, dice: "He aquí mi madre y mis hermanos". Esta es su predestinación: ella no participa de la

gloria de Jesús: no asiste a sus predicaciones y milagros, no escucha los acentos de gratitud de las turbas, no sube al Tabor, no entra llena de gloria a Jerusalén; y, cuando trepa la colina del Gólgota, es para sufrir el más grande de los dolores: para oirse llamar mujer y ser constituida madre de un hombre. Ella, que tiene la conciencia de ser Madre de Dios.

XI

He aquí un dolor incomparable: un dolor grande como el mar; y así como en aquel elemento Dios se hace admirar, sosegando las altísimas olas, que pretenden escalar el cielo, de la misma manera, en el corazón de María, hecho un mar de dolores, Dios se revela grande, magnífico, confortando a la Reina de los Mártires, en presencia de un espectáculo, que conmueve la creación entera. Así probó el Señor que la virtud de María era más sólida que la tierra y más elevada que el cielo. Ella en este huerto en que Dios está juzgando el pecado no huye de la ira, ni se deja abatir por la pena. Eva se escondió en el paraíso, y desfalleció al saber la muerte del inocente Abel.

Esta madre al pié de la Cruz ha formado a las Felícitas, a la Sinforosas y a todas las heróicas madres de los mártires. No muere como ellas, pero no sobrevive sino para lactar a la Iglesia naciente, haciendo discurrir por sus venas la savia del heroismo.

XII

¡Bendita seas, amable María! Tu inocencia dolorida me conmueve, pero tu corazón de Madre, herido en el Calvario, abre en los nuestros una herida de amor incurable. Sólo estando a tus piés en el cielo no sentiremos estos dolores.

XIII

Es una verdad católica que la Santísima Virgen María ha cooperado libremente a los misterios de gracia, que comprende la obra de la Redención. El fundamento de esta verdad es que Dios ha manifestado claramente que había dispuesto salvar al hombre de la misma manera que se perdió. La ruina del género humano fué obra de la libertad de un ángel malo y de Adan y Eva prevaricadores, en un

huerto de triste recuerdo. Y la reparación de esta ruina debía ser obra de un buen ángel, de un Adan y de una Eva de mejor creación. He allí el por qué de la embajada de Gabriel, de la libre aceptación de María y de la muerte voluntaria de Jesús en un árbol, que desde entonces, sólo ha dado frutos de vida eterna. He allí el porqué de la estación de María al pié de la Cruz. He allí también la razón de su título de Co-Redentora, comprado con un género nuevo de martirio, a que fué predestinada, y que vamos a contemplar. Los padres de la Iglesia, y especialmente San Agustín, son muy explícitos a este respecto.

XIV

Ahora bien: San Lorenzo Justiniano llama a la Vírgen María "espejo clarísimo de la pasión de Cristo": *clarissimun speculum passionis Christi.* ¡Cuánta enseñanza en esta breve sentencia! Un espejo claro retrata fielmente el objeto que se coloca delante de él: no hay un solo lineamiento que no tenga su correspondiente representación en la imagen que el espejo ofrece. No hay, pues, un solo dolor de Cristo, que no se copie en el corazón de María. El viejo profeta lo ha predicho: son dos almas; pero una sola espada las penetra.

XV

Y ¿cuáles son los dolores mas acerbos de Jesús? ¡Ah! ciertamente son los que le causa la deuda del pecado. Los dolores de sus heridas son físicos; los que siente por los desprecios y la ingratitud de los hombres son morales; pero el odio al pecado, que repugna a su inocencia como hombre y a su santidad como Dios, le causa dolores sobrenaturales y dolores divinos. Su corazón inocente rechaza con indignación la malicia del pecado; su voluntad divina le odia con una energía infinita. Y, no obstante, se ve abominable a los ojos de su Padre, porque el solo paga la deuda ignominiosa de generaciones sin cuento. Se vé hecho pecado por el hombre—"*Eum qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit, ut nos officeremur justitia Dei in ipso*" Esta es la herida más profunda, que ha recibido Jesús en su pasión: he aquí lo que le hace desmayar en el huerto de Gehsemaní y rechazar, si es posible, el cáliz, que la justicia divina le ofrece con airada mano. Esto es lo que

le hace quejarse del abandono de Dios. Terrible misterio, mis hermanos. Momento formidable aquel en que la justicia y la paz se dan ese ósculo, profetizado por David, el cantor de los martirios de Dios humanado.

XVI

Mas, el Hombre-Dios, no ha sufrido solo este tormento; María le ha acompañado en él, de un modo libre, y ha soportado con heroismo, dolores semejantes en su corazón. Ha visto a Jesús horrible, con todo el horror que acompaña al crimen: le ama como a Dios y como a Hijo, y abomina al mismo tiempo, ese pecado, que ve en El, y que se retrata en su virginal corazón, con toda la deformidad que le es propia

Mis hermanos: renuncio a describir estos dolores: mi lengua es impotente para narrarlos, mi pobre corazón muy miserable para sentirlos. Yo nada sé: he oído al extático Apóstol de las Gentes, que asegura haber sentido algo de ellos, a mérito de su caridad y de su celo: ¿quién se enferma, dice, que yo no me enfermo? ¿quién se escandaliza, que yo no me abraso? Digno lenguaje, propio de aquel que apetecia ser maldito de Dios por la salvación de sus hermanos. Pero el Apóstol no habria sentido de esta manera, sino aprendiese en la escuela sublime del Redentor.

Dios Señores, sabe colmar un abismo con otro abismo: entre su santidad y el pecado del hombre, hay un abismo que colma su misericordia: y, entre ese abismo de misericordia y el de nuestra ingratitud, está el abismo de los dolores de María.

XVII

Pero hay más: el Hombre-Dios quiere sentir el desamparo de su Padre para hacerse hermano nuestro, y obtenernos la filiación divina, en virtud de sus merecimientos. A su ejemplo, María acepta el desamparo de su Hijo para hacerse nuestra Madre y obtenernos la confraternidad con su Hijo. Por eso acepta a San Juan, en cambio del Unigénito de Dios; y, al concebirnos en sus entrañas por el afecto con que nos prohija, siente los dolores de parto, que no le habia costado Jesús el santo, el hijo de milagro y de bendición. "En la cruz, dice San Bernardo, paga con usura el dolor que no tuvo en

el parto, mil veces más agudo es el que sufre mientras que su hijo muere: *Nunca solvis virgo con usura dolorem, quem in partu no habuisti, hunc millies replicatum, filio morienten, passa fuisti".*

XVIII

¡Amable madre mía! ¿Es cierto que el hijo más ingrato te ha costado tormentos indecibles? Ah! Y yo que no sabía, y estaba pecando con tanta soltura, como si cada ruin satisfacción que buscaba no te hubiera heho sufrir amarguísimas penas, tormentos casi infinitos.

Díme, paloma de la reconciliación: ¿por qué tus alas están salpicadas de sangre? Díme, lirio de los valles de Judea: ¿por que se ha doblado tu tallo gentil? Díme, enamorada esposa de los cantares ¿por qué buscas, llena de congoja por las calles de Jerusalem al amado de tu alma? Díme, benéfica palma del desierto: ¿qué rayo ha secado tu savia y ha marchitado tu verdor? Por hacerme sombra con tus alas, por reanimarme con tus aromas, por albergarme en tu palacio, por darme protección en la tempestad, tú, madre mía, has sufrido cruelmente, y yo afectaba ignorarlo. Las fibras de tu corazón destrozado han preludiado un cántico de reconciliación. Y, al escuchar esa armonía celestial, como las fieras domadas por la música, yo he caído a tus piés, modelo de las madres, para llorar amargamente mis extravíos, y pedirte una gracia—la única que me atrevo a solicitar— Es la de quedar rendido siempre a tus piés, como trofeo de tus victorias para cantarlas algún día en el cielo por los siglos de los siglos.

Asi sea.

Panegírico del Apóstol del Perú, San Francisco Solano [*]

Mihi autem absit gloriari, nisi in cruce Domini Nostri Jesu Christi: per quem michi mundus crucifixus est, et ego mundo.

Más nunca Dios permita que yo me glorie, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo: por el cual el mundo me es crucificado a mí, y yo al mundo.

Epístola de San Pablo a los Gálatas, Cap. VI, v. 14.

Mis hermanos:

La cruz, alzada ahora 19 siglos en la colina del Calvario, es un monumento imperecedero, sobre cuya frente pueden leer todas las generaciones una doble revelación: enormidad del pecado: inmensidad del amor divino. Enormidad del pecado, que clava en ese patíbulo infame al Dios hecho hombre por amor al hombre: inmensidad del amor divino, que deja allí clavada la escritura de oprobio, por la cual éramos constituídos esclavos de Satanás. Enormidad del pecado, que ha podido reducir a la muerte al mismo Autor de la vida:

(*)—Sermón Panegírico de San Francisco Solano Apóstol del Perú, predicado el 24 de julio de 1868 en la Capilla de la Venerada Orden Tercera de N. P. San Francisco.

inmensidad del divino amor, que ha hecho brotar allí la vida del seno mismo de la muerte. Enormidad del pecado que, endureciendo el corazón del hombre, le ha hecho insensible a los dolores de su bienhechor: inmensidad del amor divino, que entrega al hombre descorazonado, en el momento en que Jesús expira, su noble, inocente, tierno y divino corazón, hecho pedazos, para enseñarle a precio tan subido el misterio sublime del amor.

Desde entonces, la cruz fué la *divisa, el estandarte y el arma del Apóstol*: su divisa, para anunciar al mundo atónito el Dios a quien predicaba; su estandarte, para llevarla gloriosa de ciudad en ciudad, de reino en reino, de zona a zona, de un mar a otro mar, colocarla sobre las ruinas del paganismo, y atraer entorno suyo a innúmeras almas, iluminadas por su célico resplandor; su arma para vencer, por la mortificación que ella simboliza a tres formidables enemigos: el mundo, el demonio y la carne.

Por eso, todos los Apóstoles, a imitación de San Pablo, y todos los obreros evangélicos, a imitación de los Apóstoles y todos los verdaderos Cristianos, siguiendo el ejemplo de unos y otros, han amado la cruz, han cifrado en ella sus mas dulces esperanzas y se han inspirado en ella los mas nobles sentimientos.

Por eso, Francisco Solano, entre los cristianos modelos, entre los obreros evangélicos eminentes y entre los sucesores del apostolado admirable, puede compendiar su vida en esta expresión, enérgica y sublime del Apóstol de las Naciones: *Mihí autem absit gloriari etc.*

Amable redentor mío, crucificado otro tiempo en Jerusalem y ofrecido hoy en nuestros altares. Dulcísimo Salvador, vivo y muerto en ese Sacramento Augusto, en el cual nos otorgas la vida, y das muerte a nuestras pasiones: Sabiduría Increada, que iluminas con tus destellos el mundo de los espíritus, y radia hoy sobre este puñado de polvo y el reflejará tu luz, siquiera por un momento, para honra y gloria tuya, para alabanza de tu fiel siervo Solano, Apóstol del Perú, y para edificación de este piadoso auditorio.

A fin de obtener tan oportuno auxilio interpongo la mediación de tu incomparable madre María, saludándola reverente llena de gracia.

AVE GRATIA PLENA

Vivir crucificado para el mundo es ser reputado por el mundo como un cadáver, que inspira horror: tener al mundo por crucificado es mirar con aversión sus pompas y delicias. Así lo siente el ángel de las escuelas. "Todo lo que el mundo estima como cruz téngolo por deleitoso, y lo que aquel reputa delicia yo la tengo por cruz", dice el melifluo San Bernardo. de donde se sigue que la renuncia formal de cuanto halagar *puede los sentidos y el amor propio* es una verdadera y mística crucifixión que, asemeja al cristiano que lo practica a nuestro modelo. Jesús crucificado, le hace participante de su ignominia y de su gloria, de su abatimiento y de su poder, a tal punto, que puede llamarse "muerto y vivo con Cristo en Dios". Escribiendo el Apóstol San Pablo a los fieles de Colosos, le dirige estas palabras de misterioso sentido y consoladora significación: "Vosotros estais muertos, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios. Cuando Cristo, que es vuestra vida, apareciere, entonces vosotros aparecereis con El glorificado".

He aquí, hermanos míos, la historia y el elogio de San Francisco Solano, Apóstol del Perú.

Muerto para el mundo desde la infancia, se ha exhibido en la Cruz, por la profesión religiosa y *por la abnegación del Apostolado.*

Teniendo al mundo por muerto, sólo se ha acercado a él para resucitarle, como el Salvador a Lázaro, por el maravilloso poder de su palabra y de su ejemplo.

En otros términos:

Francisco Solano vivió sólo para Dios: este es el objeto de la primera parte de mi discurso.

Francisco Solano inoculó en el mundo una vida divina: objeto de la 2a. parte.

I

Infancia y juventud pasadas en la inocencia, guardando en el vaso frágil del corazón el tesoro de la gracia divina, he ahí el pórtico grandioso que Solano ha levantado a nuestra vista, para decorar la entrada del santuario que edificó a la gloria de Dios. En el frontispicio escribió: "Dios sea glorificado". Y este voto, fiel expresión de su alma, este voto, aspiración constante de su ser; este voto, que es el

compendio de su vida, formulado por él mismo, es también el secreto de sus virtudes, el estímulo de sus apostólicos trabajos, la explicación de sus triunfos y el título de su dominio sobre la naturaleza.

Glorificado sea Dios, balbuce en la infancia, y suspira tiernamente, inquiere con eficacia y halla con deleite los medios de dar gloria al Unico digno de recibirla de la creación entera. Pureza de corazón, frecuentación de los santos sacramentos, inflamados discursos a sus tiernos compañeros, ejercicio de oración mental y un respeto y obediencia profundos a los que para El reflejaban la imágen de Dios en la tierra, he allí, señores, en breve cuadro, la historia de Solano en los primeros soles de su vida. He allí la historia de un serafín, peregrino del cielo, que busca doquiera el arpa de su jerarquía para arrancarle dulcísima nota de amor, y alternar con sus hermanos los hermosos canticos de Sión. Los que le ven, registran el sagrado libro y hallan dibujada su fisonomía en estas palabras: "Tocóle en suerte una buena alma"; y volviéndose a Dios, con los ojos humedecidos por la admiración y la gratitud, le apostrofan de esta manera: "Tu le has prevenido con bendiciones de dulzura". Quizá leen el porvenir en su frente embellecida por la inocencia, en sus ojos que chispean el fuego santo del alma, y agregan, cayendo de hinojos: "Le has coronado de gloriay honor, le has constituido sobre las obras de tus manos". No se equivocan señores, El párvulo de Montilla es el ejemplar novicio de la recolección de San Lorenzo y será.... pero no adelantemos los sucesos, veinte años coronan su frente, en la que comienza a brillar los resplandores de la ciencia, los sueves destellos de la paz y los clarísimos rayos de una virtud no común.

II

Pobreza, obediencia, castidad! Santos votos que transforman al hombre, que le despojan del viejo Adan y le revisten del nuevo creado en justicia y santidad. Pobreza, castidad y obediencia, que sellan el pacto de un eterno desposorio entre la criatura de un día y el Anciano de los Días, y crucifican místicamente en el patíbulo del Dios-Redentor al que tiene la dicha de pronunciar sinceramente esas sacramentales palabras de sangrienta y gloriosa significación. Obediencia, pobreza y castidad, vosotras abristeis a Solano caminos desconocidos, atasteis con inquebrantable cadena las tres concuspicencias, que

heredó de nuestro común padre; le hicisteis Señor de ellas, y le disteis alas para elevarse sobre las plumas de los vientos, salvar las esferas que ruedan en el inmenso espacio y llegar al trono mismo de Dios, haciéndole disfrutar así de una bienaventuranza incoada en este valle de miserias, de aflicción y de duelo. Vosotras, celestiales hermanas, mensajeras de la eternidad, nacidas en la colina ensangrentada del Gólgota, creados con un soplo del divino Verbo, vosotras. . . .

Señores: el fervoroso novicio da con resolución el primer paso en el estudio de los perfectos: Ejercitado desde la infancia en la práctica de las virtudes, que va a jurar ante los altares de Dios se ha preparado a pronunciar sus votos con rigurosos ayunos, con una abstinencia severísima; también ha macerado su carne inocente con áspero cilicio, con sangrienta disciplina, con prolongada vigilia, y le ha dado por descanso solo un lecho que yo llamaría cruz si no fuera por respeto al nombre que él le impuso; era de gruesos troncos, atados fuertemente, para que el cuerpo no pudiera esquivar el tormento.

Increpadle, si os atrevéis, para que modere sus penitencias, para que tenga compasión de sí mismo; y él os responderá, sonriendo dulcemente "glorificado sea Dios". Como si dijera: yo nací para cantar un himno a su gloria: las potencias de mi alma, acordes por su gracia, modulan un harmonioso cántico, que mi cuerpo debe acompañar; mas, sintiéndolo pesado y lánguido, yo lo reduzco a la servidumbre del espíritu, y hago que mi corazón y mi carne salten de gozo a la presencia del Dios vivo, en cuyos atrios mi alma se enciende en deseos y desfallece de amor". *Concupiscit et deficit anima mea in atria Domini: cor meum et caro mea exulta verunt in Deum vivum.* Dios sea glorificado.....

III

El religioso os admira, y con razón, mis hermanos; no obstante, os he defraudado muy a pesar mío tantas edificantes acciones de su vida, que solicitan a un tiempo mi atención y me abruman con el peso de la gloria....

¡Ah! que no me sea lícito decir sino una palabra de esa vida austera, de esas cuaresmas santificadas en su mayor parte con ayunos a pan y agua; de esos viernes en que el cenobita no se alimentaba sino con yerbas crudas, para conmemorar la pasión de su Salvador.

como si el fuego que ardía en su pecho no le permitiese tomar nada que otro fuego menos activo hubiera sazonado; que no pueda yo describiros la cabaña de juncos que construyó para sí en un rincón del Monasterio de Santa María de Loreto, rehusando el abrigo que le brindaran las bien humildes celdas de sus hermanos; que no me sea dado narrar esos años de estudio de las ciencias sagradas, en los que acopió elementos para la santificación de sus prójimos, y aprendió la sabiduría más en las llagas de Jesús que en los humanos libres; que me vea obligado a callar esos encendidos coloquios con sus connovicios, y esa modestia, y ese religioso silencio y aquella mortificación prolija de los sentidos, y esos contínuos ejercicios de humildad, como la mendicación de puerta en puerta y la confesión lacrimosa de su inutilidad hecha frecuentemente en el Convento de San Francisco del Monte, en cuyo refectorio caía de rodillas, puesto un madero en la boca, y declarando que merecía ser pisado por todos. Y este hombre que así se anonadaba, a la aureola del sacerdocio y a la diadema de la santidad unía el cetro de la autoridad. Era Solano, Superior del Monasterio, ex-maestros de novicios y Maestro de virtudes. Era Solano que conversaba con los ángeles, y a imitación de su glorioso padre salía a hurtadillas de los claustros para dejarse caer en un lecho de espinas y embellecerlas con las rosas de su sangre; era Solano que se complacía en servir a los religiosos enfermos y en lavar con sus santas manos los vasos más inmundos de los mismos, acordándose tal vez del Verbo hecho hombre, que no se desdeñó de tocar la lepra, y lo que es más humillante de asumir nuestra miserable naturaleza. Oh, señores: os confieso ingénuamente que encuentro muy estrecha la tela para dibujar la fisonomía de este héroe. El es grande, porque avasallando cuanto tiene de pequeño por su condición, se eleva sobre sí mismo, dejándonos a una distancia inmensa y confundiendo con su esfuerzo nuestra debilidad, con su abatimiento voluntario nuestro orgullo, con su mortificación nuestro regalo, y con su abnegación heroica el apego que tenemos a todas las cosas de la tierra. Pero aún es grande bajo otro concepto.

IV

Esa vida tan santa y tan fecunda; esa vida consagrada entera-

mente a glorificar a Dios, no es más que el exordio de la vida de abnegación del obrero evangélico, del apóstol de América.

Díganlo si no los fastos de Andalucía en el año 1583. Allí está consignado el generoso sacrificio que Solano hizo de su vida, consagrándose al servicio de los apostolados. Auxilios corporales y espirituales ministrados con un amor de madre a innumerables enfermos, que debieron a su caridad la salvación eterna cuando no la temporal; días y noches pasados sin descanso a la cabecera del enfermo y del moribundo; caridad indeficiente y multiforme, que ora se explica componiendo los lechos, ora purificando las almas, luego preparando los medicamentos y después dando el pan de la vida a los que caen en brazos de la muerte, caridad impertérrita, que no se desconcierta con el peligro, ni aún caundo vé morir al compañero de sus fatigas, ni por que se siente él mismo herido con el dardo de la epidemia; caridad, que me atrevo a decirlo, vence a la muerte, para hacerle capaz de morir mil veces por la consumación de repetidos sacrificios, he allí, señores, un imperfecto bosquejo de lo que este héroe realizó entonces por la gloria de Dios.

Y no satisfecho con esto el ardiente celo que le devora ¿sabéis, señores, a qué aspira? ¿Oís lo que solicita? Que se le envíe por misionero al Africa, a ver si tiene la dicha de verter allí su sangre para regar en aquellas abrasadas arenas el árbol bendito de la cruz que desea plantar entre los barbaros. No lo consigue, pero no desmaya su esperanza. Obtiene permiso para consagrar su vida a la misión de América, y solo con este sacrificio se consuela de no haber arrebatado al desierto la palma del martirio.

Oh señores! Siete lustros tan sólo contaba este siervo de Dios, y ya el siglo XVI se rendía con el peso de sus hazañas. Apenas las he descrito, y os sentís abrumados por la grandeza de su virtud Preparémonos a contemplarle bajo de una nueva faz, no menos resplandeciente, pero rindamos antes un justo homenaje a esa vida tan edificante y tan pura, a esa vida tan mortificada y tan fecunda, a esa vida tan humilde y tan gloriosa, y digamos con la profunda convicción que nos impone y con la entusiasta admiración que nos arranca: Francisco solo vivió para Dios; Solano vivió crucificado para el mundo.

Yo me preparo a demostraros, sin abandonar mi primer propósito, que también inoculó en el mundo una vida divina.

V

Feliz había sido la travesía del Océano; atrás quedaban patria, familia, hermanos de religión, amigos, caras prendas que el Apóstol abandonaba con gozo para dar vida a los que asentados estaban en las tinieblas y en las sombras de la muerte. Las aguas del Atlántico que suelen entumecerse y levantarse al cielo azotadas por el viento, se humillaban ora ante el enviado del Señor y abrían paso a la nave cargada con tan rico tesoro. El ángel de la América extendía sobre ella sus diáfanas alas, y los espíritus de la tempestad huían despavoridos a las opuestas playas.

No podían mirar con indiferencia una misión, que iba a romper las cadenas de sus esclavos, ni mostrarse hospitalarios a quien venía predicando el reino de la cruz, desde una improvisada cátedra y regenerando con el santo sacramento de la Penitencia a la chusma que con él navegaba.

En el Océano como en la tierra firme, el evangélico misionero predicaba, como su maestro, con la palabra y el ejemplo: era un modelo de recojimiento, de mortificación y de celo apostólico.

En aqueste mar la tempestad se desata, la nave peligra. Solano, invitado a salvar su vida en un esquife, prefiere exponerse a perderla para salvar las almas de los pobres negros, a quienes catequiza, regenera con el bautismo y promete auxilio en breve término. Después, oye las confesiones de sus compañeros de naufragio, y se mantiene imperturbable en un fragmento de la embarcación, que no se hunde, como el otro, porque Dios lo sostiene como a una segunda arca, para que este Noé de la ley de gracia vaya a poblar el Tucumán de verdaderos adoradores.

Setecientas leguas hechas a pie por terrenos quebrados y montañosos, por desiertos, por ríos y torrentes, pueblos enteros traídos a la suave luz del evangelio, 9,000 salvajes de diversas tribus convertidos en un día, hablándoles el siervo de Dios en una sola lengua. 9,000 bárbaros que, al sentirse bañados con las aguas del bautismo, deponen las armas ante sus enemigos, fraternizan con ellos, y, antes que la tierra complete su giro diurno, la humedecen con sangre de penitencia en memoria de la pasión y muerte de Jesús. Por aquí una fuente de aguas saludables, que el misionero indica en

lugar adonde no la busca la prudencia humana; allá un río que se humilla para dar paso a él y a su comitiva; una y otra fiera que se inclinan delante de él, y huyen sin dañarle, los insectos que, por su respeto, dejan de molestar a los que él proteje; las langostas que huyen a su vez y van a refugiarse en un campo de infieles.... todo esto señores, y mucho que debo omitir urgido por la estrechez del tiempo, todo esto os dice que Solano ha inoculado en el mundo una vida sobrenatural divina. La creación material se le rinde, las almas ceden a su dulce imperio, y él, de pie con los ojos alzados al cielo, con las manos que arrancan dulces harmonías a un instrumento músico, canta: Dios sea glorificado! Ha infundido la vida de la gracia en los negros del Africa náufragos en Gorgona, en los salvajes del Tucumán, en millares de Cristianos que oyeron su predicación en Andalucía, y se prepara a comunicar esa vida divina a los habitantes del Perú. Ah, señores! El puede apropiarse por semejanza esta frase que revela el objeto de la misión de divino verbo a la tierra, le es lícito decir con Nuestro Señor Jesucristo: Yo he venido, para que tengan vida, y una vida más abundante.

Para dicha nuestra, la obediencia que servía de faro a Solano, lo llamó a regir en la ciudad de los Reyes, la casa de recolección de Nuestra Señora de los Angeles. Y el humilde misionero que, más de una vez, sólo por obediencia había soportado la carga del superior, y que, por amor a la obediencia, la había rendido una vez y otra a los pies de quienes se la impusieran, tratando de conciliar ahora su deber y su virtud, escogita la santa industria de hacerse enviar a Trujillo, en donde hallará un escondite para ocultar mejor sus relevantes dotes. Pero Dios, que se ha propuesto glorificarle convierte esa ciudad en teatro de maravillas que ilustra las huellas de su siervo. Allí las almas se estremecen con los acentos de su inspirada voz, allí se rasgan a su vista los velos del porvenir y profetiza cual otro Jeremías la ruina de la ciudad, que efectivamente se convierte años después en un montón de escombros.

Entre tanto, urge a Francisco la misión qe tiene de lo alto, y los superiores le restituyen a Lima, que empieza a experimentar el celestial influjo de su presencia y de su celo.

Y sin detenerme a reseñar todos los prodigios que realizan su voz y su diestra, sin hablaros de las muchas veces que penetró con su radiosa mirada los pliegues más recónditos del corazón humano,

haciéndose encontradizo a los pecadores como Jesús a la mujer de Samaria y revelándoles los secretos de sus conciencias; sin describiros su fervorosa predicación en el proscenio del teatro de Lima, predicación que ponía silencio a los histriones y arrancaba lágrimas de contrición a los espectadores; sin hablaros de sus frecuentes éxtasis, de sus raptos admirables que arrebataban tras él los corazones de cuantos los presenciaban, sacrificando el placer de haceros el bosquejo de cuadros tan bellos, voy a daros una muestra tan solo de lo que Dios se dignó hacer por el Ministerio de Francisco. . . . .

NOTA.—Por tercera vez, se debe consignar que parte de los originales de esta obra, que han recorrido una verdadera odisea, lleguen truncos. Pero como se ha querido perpetuar en aquella, todo lo que Monseñor Roca dejó escrito—que es una pequeña parte de su producción fecunda— y, ateniéndose a las bellezas de este panegírico, no se ha vacilado en reproducirlo, aunque el lector tenga, también, que lamentar, dejar de conocer su seguramente edificante y hermoso desarrollo posterior.

Panegírico de Santa Rosa de Santa María (*) : - : - : - : - : -

Vidi alium Angelum fortem descendentem de coelo amictum nube, et Iris in capite ejus, et facies ejus erat ut sol, et pedes ejus tanquam columnae ignis.

Ví otro Angel fuerte descender del cielo, cubierto de una nube, y el Iris sobre su cabeza, y su cara era como el sol, y sus piés como columnas de fuego.

Libro del Apocalipsis. C. X, v. 1.

Señores:

Los ángeles de Dios no sólo bajan a la tierra para cumplir mandatos de justicia, sino que descienden igualmente a ejecutar designios de misericordia. Si un ángel exterminador dió muerte, en una sola noche, a todos los primogénitos de los Egipcios (1), otro ángel del Señor se apareció antes en el desierto a la desconsolada Agar, y le mostró el agua que salvó de la muerte a Ismael (2); ángeles de Dios fueron los que sacaron a Lot y a su familia de una ciudad maldita

(*)—Sermón Panegírico en honor de Santa Rosa de Santa María, predicado el 30 de agosto de 1878, en su Santuario.
(1)—Exodo C. XII. v. 29.
(2)—Génesis, C. XXI, vv. 14 a 19.

(3); y ángeles del Señor los que vió Jacob, subiendo y bajando por una escala misteriosa, cuyo remate tocaba en el cielo (4). Y, para no hablar de otras misiones de misericordia, encomendadas por el Señor a sus ángeles, bastará que recordemos el augusto misterio de la Encarnación del Verbo y consiguiente Redención del linaje humano, anunciados a la más pura entre las Vírgenes, por el Arcángel San Gabriel, cuyo nombre se interpreta *virtud de Dios* (5).

Así, pues, mientras que el Evangelista San Juan, en el capítulo que me sirve de tema, nos habla de un ministro de la Justicia divina, anunciador de castigos: yo, que veo en nuestra amable conciudadana Rosa de Santa María un enviado de la divina Misericordia, la contemplo ataviada como el ángel de la visión de Patmos, declarándonos su excelencia sobrenatural y la grandeza de su misterio.—Como que éste y aquella no fueron inferiores a los del ángel de la tremenda visión.

¡Sabe Dios el trono abandonado por un espíritu soberbio, que su Justicia ha señalado en el cielo, a la que imitó con tanta perfección en la tierra la humildad y mansedumbre del corazón del Verbo humanado! (6)

Algún día lo sabremos, señores; y sabremos también la misteriosa cifra a que llegan las almas salvadas por las oraciones, las penitencias y los ejemplos de Rosa de Santa María... Casi me atreviera a asegurar que sobrepasan la de aquellas, cuya ruina espiritual anunciaban las misteriosas líneas del libro que el enviado de Dios tenía en su diestra, mientras que ponía una de sus plantas en la tierra y otra en el océano! (7).

Su rostro resplandecía como el sol; el iris era su diadema; sus piés, columnas de fuego.... Yo advierto, señores, en nuestra Rosa virtudes, que aquellos atributos simbolizan.

El sol me recuerda su radiante *pureza;* el Iris, las luces de su elevada *contemplación;* el fuego, el abrasado *amor,* a cuyos ímpetus volaba más que corría en el servicio de Dios.

Rosa es un Angel, por la pureza; un Querubín, por la contemplación; un Serafín, por el amor.

(3)—Génesis, C. XIX, vv. 12 a 23.
(4)—Génesis, C. XXIX, vv. 11 y 12.
(5)—S. Lucas, C. I, vv. 26 a 38.
(6)—S. Mateo, C. XI, v. 29.
(7)—Apocalipsis, C. X.

Verdadera visión celestial, nos lleva de una en otra jerarquía de la milicia angélica, hasta acercarnos al trono resplandeciente de Dios.

¡Señor: que tienes por enviados a espíritus puros, libres de carnales ataduras, y que los abrasas, sin que se consuman, en el activo fuego de tu amor (8): no me dejes sentir en este momento el peso vil de la materia, que oprime el alma; y préstala el arrebatado vuelo de Pablo, para que sea osada a penetrar en el tercer cielo y admirar las riquezas de tu gloria! (9) Ensancha mi limitada capacidad, para que pueda retener, y haz diserta mi lengua, para que pueda narrar la hermosura del alma virginal de Rosa, las galas con que la vistieron tus luces y el fuego que la dió alas para volar a Ti, desde la arena del combate, a fin de recibir de tus manos la corona de la victoria. Que yo me propongo glorificarte mientras que engrandezco a Tu elegida, y aficionar, al propio tiempo, a mis oyentes a la práctica de la virtud.

Y vos, oh Reina de los ángeles, contemplación de los querubines, incentivo de los serafines: proteged al último de vuestros siervos, que os saluda, con el lenguaje del cielo:

AVE GRATIA PLENA..

I

¡Cuán hermosa es, señores, la generación casta con claridad, pues su memoria es conocida delante de Dios y delante de los hombres! Coronada para siempre triunfa, llevando el premio de los combates castos. (10). He ahí el elogio, que hace de las vírgenes el Espíritu del Señor; he ahí el retrato luminoso de Rosa de Santa María.

Prevenida con bendiciones de dulzura, (11) conoce, a la tierna edad de cinco años, el sublime precio de la virginidad, y la ofrece a Dios, en las aras de la Virgen por excelencia, Nuestra Inmaculada

(8)—Salmo CIII, v. 4.
(9)—2a. Epist., a los Corintios, C. XII, v. 2.
(10)—Libro de la Sabiduría, C. IV, vv. 1 y 2.
(11)—Salmo XX, v. 4.

Madre María; después, se despoja de su cabellera, ora para apercibirse a la lucha, como el gladiador de que nos habla San Gregorio Magno (12), ora para atestiguar a los hombres que renuncia a las pompas del mundo, y se viste de la Modestia cristiana, graciosa compañera de las almas puras; o quizás porque vé, a favor de una luz que otros no advierten, el rostro amable del más bello entre los hijos de los hombres (13) todo herido y afrentado, y su hermosa cabellera enredada entre punzadoras espinas y empapada en sangre: una mirada de aquel *hombre de dolores* (14) le hiere el alma, y la cautiva, y la hace desdeñar lo que tantos mortales admiran, incautos! exponiéndose a quedar vencidos y encadenados. Rosa se despoja de sus cabellos, no para debilitarse y cegar como Samsón, hecho prisionero (15), sino para hacerse fuerte, y ver con claros ojos, y gozar de la libertad de los hijos de Dios. ¿Quién le ha enseñado tanto en esa edad? me diréis; y os respondo con San Basilio: *Praeceptorem habuit Spiritum Sanctum* (16). El Espíritu divino fué su Maestro y la enseñó a herir, con venablo de amor, el corazón fortísimo de Jesús: a ella le dice el Verbo humanado: *"Vulnerasti cor meun, soror mea, sponsa, vulnerasti cor meum in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui"*. (17) Llagaste mi corazón, hermana mía por la pureza, mi esposa por la fidelidad; llagaste mi corazón, con la inocencia de tus miradas, le cautivaste por el sacrificio de tus cabellos". ¡Grande recompensa por tan pequeña ofrenda! ¿No es verdad, señores? Mas, poned reparo en que el acto fué extraordinario, en que excedió a la edad y a la natural inclinación: *Fuit devotio supra aetatem, virtus supra naturum,* al decir de San Ambrosio (18).

Desde los primeros pasos de Rosa, bien se advierte que camina como los ángeles: apenas se apoya en la tierra; marcha de prisa, como los veloces mensajeros de Dios.—"La gracia que la anima no conoce, como advierte San Ambrosio, las tardanzas y achacosas dilaciones de nuestra abatida naturaleza". *Nescit tarda molimina Sancti Spiritus gratia* (19).— No se detiene, pues, nuestra heroína, ni por

(12)—Homilia 32 in Evang.
(13)—Salmo XLIV, v. 3.
(14)—Isaías, C. LIII, v. 3.
(15)—Libro de las Jueces, C. XVI, vv. 19 y 21.
(16)—Sermón de quodam Martyre.
(17)—Cantar de los Cantares, C. IV, v. 9.
(18)—De Sancta Agnete.
(19)—Libro IV in Lucae, C. I. post initium.

un momento, en la carrera gigantesca, que comienza a los cinco años de su preciosa vida.

Ayunos frecuentes y asperísimos, que nuestro regalo no comprende; amargo condimento mezclado a los manjares, que le es forzoso tomar; cilicios que desgarran su cuerpo delicado; cadena de hierro, que Dios desata milagrosamente cuando amenaza su vida o su secreto; cruentas disciplinas, que dan a la tierra su púrpura, al cielo, su aroma, a los hombres, ejemplo y sufragio, a los demonios, confusión y quebranto; manos abrasadas con cal viva, para que no le traigan elogios; piés maltratados con el enorme peso de una gran piedra, o puestos a la acción del fuego, por que no se la obligue a concurrir a mundanales pasatiempos; y, con el mismo intento, ojos atormentados con un jugo cáustico, que los vuelve hinchados, dolientes y lacrimosos; paladar amargado con bebidas insoportables; cuerpo burlado en su necesario reposo, con el ingenioso artificio de un lecho, que es un potro de martirio; sueño reparador de sus exhaustas fuerzas vencido en la cruz, en que se suspende para orar, o en un clavo al que ata los pocos cabellos con que cubre una corona de púas, que ciñe sus inmaculadas sienes!....

Renuncio, señores, al propósito de reseñar sus penitencias, porque me siento avergonzado y confuso; porque me abruma el número, me desconcierta el artificio, me vence la constancia. Debiéramos meditarlas en silencio, empapar su recuerdo con lágrimas, expresarlas con voces de dolor; porque ella, señores, era una Santa, y creía hacer poco: nosotros, somos pecadores, y .... nos contentamos con admirarla! Os pregunto solamente: quien así ha crucificado el cuerpo ¿es criatura humana, que compadece su carne y se deja vencer por el dolor, o ángel fuerte a quien el cuerpo sirve de nube, para vestirle y hacer visible a los ojos humanos, *angelum fortem, descendentem de coelo, amictum nube?* (20). Angel, sí, por la pureza de su pensamiento, que no alcanzan a enturbiar las torpes visiones del tentador; ángel, porque, como acontecerá en el cielo, no conoce otras nupcias que las místicas, celebradas con el Cordero divino: *erunt sicut angeli Dei in coelo;* (21) ángel, y aún superior a los ángeles, porque, en concepto de San Juan Crisóstomo, hay mayor mérito en la virginidad mantenida en una carne corruptible, que en la pureza de los ángeles,

(20)—Apocalipsis, C. X, v. 1.
(21)—S. Mateo, C. XXI, v. 30.

libres de sus vicisitudes: (22) *facies ejus erat ut sol*: (23) brillaba, *como un sol*. Angel de un rango excepcional, porque la virginidad angélica es estéril, mientras que de Rosa puedo decir: *virgo castitate, mater est prole*; (24) virgen por la castidad, es madre por su prole: ved, si no, sus retoños en las innumerables doncellas que han poblado, pueblan y poblarán dos monasterios de esta ciudad, alzado el uno al soplo de su aliento profético, trasformada en el otro la casa en que murió, y que lleva su simpático nombre. Ahí tenéis su numerosa familia: hija espiritual de otra virgen admirable, la inspirada Catalina de Sena, es madre, por el espíritu, de las religiosas que simbolizaron las rosas, escogidas por su amor y regaladas a Jesús, en una de esas escenas que la tierra no es digna de contemplar; (25) es madre espiritual, porque su fecundidad no se agota, de las que hoy llevan su su nombre, en la casa en donde oró y murió, dejando el invisible germen de un plantío secular de vírgenes.

Nada tiene que envidiar, pues, a las madres según la naturaleza, porque las aventaja en nobleza y en fecundidad; su espiritual e imperecedera familia conserva el lustre de su nombre, delante de Dios y delante de los hombrs: *Coronada para siempre triunfa, llevando el premio de los combates castos*".

II

San Dionisio Areopagita, favorecido por Dios con luces singulares, al declarar los atributos de la jerarquía celeste, describe a los querubines, que pertenecen al primer orden, "dotados de grande virtud para conocer y mirar a Dios; de grande capacidad para recibir luz exuberante, y para contemplar, a favor de ella, con fuerza original, la divina hermosura, así como la industria de su sapientísima traducción en lo criado; ellos, agrega el Santo, comunican y trasmiten sin envidia a los que les son inferiores la sabiduría que les ha sido dada". (26).

Hermosísimo retrato, señores, de aquellos espíritus que no re-

---

(22)—Libro 1o. de Virginitate.
(23)—Apocalipsis, C. X, v. 1.
(24)—S. Ambrosio.
(25)—Vida de Santa Rosa, por Bermúdez, edición de 1869, pág. 148 y 149.
(26)—De Coelesti hierarchia, C. VII.

conocen sino un coro superior, y que representan, en el órden jerárquico, el grado más alto de intelección de las divinas perfecciones. Son los contemplativos por excelencia en el cielo; y es justo que asignemos a nuestra Rosa el puesto que entre ellos le corresponde. Oíd.!

Consagrada a orar desde sus tiernos años, no se distrajo nunca de este piadoso ejercicio. Aún existe la capilla de la Virgen Santísima del Rosario, que la vió tantas veces fuera de sí, embargados sus potencias y sentidos en la contemplación de la Belleza inefable, hasta merecer la singularísima gracia de un real desposorio con nuestro Señor Jesucristo; ahí está el oratorio de doña María de Uzátegui, hoy capilla del claustro de Santa Rosa, en donde permanecía hasta dos soles arrodillada, sin acción para apartarse del lugar en que el Cielo le franqueaba sus secretos; se ve aún, en lo que fué huerto de su casa, la estrecha celda que construyó, y que sólo podía hospedar a ella y su Amado; y no se ha perdido la memoria de sus dolorosas industrias, para reducir el cuerpo a la obediencia del espíritu y obligarle a seguir los encumbrados vuelos de su alma.

Vedla, señores, extática unas veces, arrobada en otras, casi siempre fuera de sí, absorta en Dios como los querubes en el cielo. Y aunque sus manos no estén ociosas y *destilen la mirra* (27) de la penitencia; aunque las emplee por diez horas todos los días en primorosas labores para socorrer la indigencia de sus padres, y en curar a innumerables enfermos, no obstante, Rosa no es *Marta que se afana por muchas cosas* (28), sino María que se sienta a los pies del Maestro, y se regala con la suavidad de sus palabras (29): en el estilo de labor ve su rostro como en las páginas del libro de meditación; si una dolencia la aflije, halla eficaz medicina en la sabrosa llaga de Su costado; si recobra sus fuerzas, Jesús la acompaña en el paseo, dándola graciosamente la mano de Esposo, y dejando luminosas huellas de sus pasos. ¡Imaginad los torrentes de luz que derramaría en su alma El que, como *lámpara clarísima*, ilumina la celestial Jerusalem! (30).

(27)—Cantar de los Cantares, C. V. v. 5.
(28)—S. Lunas, C. X, v. 41.
(29)—S. Lucas, C. X, v. 39.
(30)—Apocalipsis, C. XXI, v. 23.

Tan poderosa es, señores, la visión de Rosa, que trae a mi memoria los misteriosos querubes de Ezechiel: "Y se alzó la gloria del Señor de encima de los querubines hacia el umbral de la casa... Y todo el cuerpo de ellos, y los cuellos, y las manos, y las alas, y los cercos estaban llenos de ojos al rededor de las cuatro ruedas. . . Y salió la gloria del Señor del umbral del templo: y se puso sobre los querubines. . . . Y alzando los querubines sus alas, se remontaron de la tierra delante de mí". (31).

Para Rosa no hay distancias: desde su estrecha celda, y a través de los muros de su huerto y de las casas contíguas, ve las misas que se dicen en varios templos, y su espíritu se remonta ora al Calvario, luego al Thabor, llevado por alas potentes, que salvan los espacios, los tiempos, y sólo se detienen ante el invisible límite que les ha puesto el Criador.

La creación entera reconoce su poder, y da inequívocas muestras de sumisión al querube, que la interpreta y levanta hasta el trono de su Soberano: los árboles inclinan delante de ella las altaneras copas y las aves le acompañan con dulcísimos trinos. Alégranse las irracionales criaturas en presencia de Rosa, *porque el gran deseo de ellas es la manifestación de los hijos de Dios*, como enseña el Apóstol de las Naciones (32).

Mas, esta no es la única semejanza entre Rosa y los querubines. Como ellos, ve, se enriquece, y derrama después amorosamente los tesoros de altísimos conocimientos sobre sus inferiores. Escuchad, pues: profundos teólogos la examinan acerca de los misterios de la Trinidad Beatísima, de la Encarnación del Verbo, del augusto Sacramento de la Eucaristía, de la predestinación a la gloria y de las operaciones de la divina gracia; y ella se explica con tal sublimidad de conceptos y profundidad de razones, que todos la reconocen adornada de *ciencia infusa*, y bendicen al Padre celestial, "que oculta sus arcanos a los prudentes y sabios del siglo, y los revela a los pequeñuelos". (33).

¿Qué más, señores? Rosa, a la edad de doce años, llegó al grado más alto de contemplación, a que llegarse puede en la tierra: celebró nupcias con la Sabiduría divina, y alcanzó la soberana visión,

(31)—Profecía de Ezequiel, C. X. vv. 4, 12, 18 y 19.
(32)—Epist. a los Romanos, C. VIII, v. 19.
(33)—S. Mateo, C. XI, v. 25.

que los místicos denominan "bienaventuranza incohada". Fué monumento vivo de la verdad de ese oráculo del Rey-Profeta: *Quoniam non cognovi literaturam, introibo in potentias Domini* (34). ¡Rosa no frecuentó escuelas de Teología: mas entró como los querubes en las potencias del Señor!

Y ¿acaso se detuvo allí? Cierto que los querubines, por naturaleza, no pueden salvar el límite de su jerarquía; más, no acontece lo propio con aquellos que lo son por gracia, pues esta no reconoce otros linderos que los del *Sancta Sanctorum* en que habita la divina Esencia. Rosa, angel por su pureza, querubín por su contemplación, mereció que el Omnipotente la levantase hasta el coro de los Serafines, por los incendios del divino amor.

III

Estas criaturas excelentes, son como lo declara la voz hebrea de la que derivamos su nombre, *incendiarios* o *irradiadores de calor*. "Con razón, dice el citado San Dionisio, la primera de las jerarquías celestes es constituida por naturalezas sublimes, pues pertenece a orden más elevado; porque, asistiendo a Dios de más cerca, recibe antes que las otras, inmediata y principalmente, las primeras apariciones e iniciaciones de Dios" (35). Contemplad, señores, los soberanos incendios en que se abrasan estas nobles naturalezas, al recibir los primeros y más vivos rayos de la Hermosura sin par, en toda su plenitud, para comunicarlos al orden inmediato. El hierro enrojecido por el fuego, el oro derretido, que torna en púrpura deslumbradora su pálido color, el sol ardiente que derrama luz y calor sobre la creación, son débiles imágenes de aquellas abrasadas y abrasadoras criaturas.

Pues, a semejanza de ellas, Rosa en la tierra; que no en vano trecó el Señor el nombre que la impusieron, en este simbólico nombre, al teñir de púrpura su rostro infantil. Si Teresa de Jesús merece el dictado de seráfica por su arrebatado amor, y un serafín la traspasa el corazón con encendido dardo; si Francisco de Asís y Catalina de Sena son serafines en la tierra, y así lo declaran los

(34)—Salmo LXX, v. 16.
(35)—De Celesti hierarchia, C. VII.

cruentos estigmas del uno y los luminosos de la otra, nuestra Rosa alterna con ellos en los dolores y en el amor.

El Rey del cielo, que, en una visión llena de misterio, le pidió su consentimiento para desposarse con ella; en el último año de su preciosa existencia, ratificó solemnemente su promesa, con estas palabras, que el ángel no ha escuchado: "Rosa de mi corazón, sé tú mi Esposa". Sí, señores: a una virgen terrestre, y no a un espíritu angélico, se enderezan; porque el Verbo de Dios, en su infinito amor, quiso desposarse, y se desposó realmente con la naturaleza humana, y no con la angélica.

Si me preguntáis ahora por los signos de esa ardiente caridad, que asemeja a Rosa a sus hermanos los serafines, os diré que los quilates del amor se aprecian en el crisol de los padecimientos. Porque amó mucho, nuestra Soberana Reina y Madre, María, padeció mucho, y tanto, que *su dolor es grande como el mar,* en lenguaje de Jeremías (36). Por habernos amado sin medida, nuestro adorable Redentor expiró en la cruz para bien nuestro (37). Rosa le imitó, dándonos así la mejor prueba de su acendrado amor; porque la caridad, que hace dichosos a los serafines en el cielo, hace mártires a los de la tierra. Un serafín crucificado fué el que imprimió las milagrosas llagas en el cuerpo de Francisco; y el Rey de los serafines hirió desde la Cruz a Rosa de Santa María. "Padecer o morir" era la divisa de Teresa de Jesús; "No morir, sino padecer" fué la de María Magdalena de Pazzis"; "Padecer y ser despreciado por tí" fué el grito de amor del valeroso San Juan de la Cruz.

Oid ahora el arrebatado lenguaje de nuestra conciudadana.

"Dios mío y verdadero esposo de mi alma, alegría de mi corazón: yo os quiero amar, benignísimo Jesús, con aquel perfectísimo amor, eficacísimo amor, inefabilísimo amor, intensísimo amor, incomprensible amor, incontrastable amor, invisible amor, con que todos los corazones del cielo os aman. Y más os quisiera amar, Dios de mi corazón y de mi vida. Quisiéraos amar, regalo mío tanto como la santísima Madre vuestra y Señora mía, Virgen purísima os ama. Y más quisiéraos amar, salud y alegría mía y de mi alma, tanto como vos. Dios mío, os amáis. Abrásame yo, deshágame yo, y consúmame

(36)—Threnos de Jeremías, C. II, v. 13.

(37)—Majorem hac dilectionem nemo habet, ut animam suam ponat quis pro amicis suis, San Juan, C. XV, v. 13.

yo en el fuego de vuestro divino amor, benignísimo Jesús". (38)

Pablo, apóstol de las naciones, el que vió el cielo abierto y oyó palabras arcanas, alentaba este grito sublime: *deseo disolverme y estar con Cristo* (39). Rosa apetece más: quiere amar a Dios, ¡delirio de amor! Como Él mismo se ama. ¿Cómo ha llegado a esas alturas del amor, a esos estremecimientos sublimes, a esas llamaradas, que coronan sus altas virtudes, como el penacho de fuego que sale de las elevadas montañas? David ha cantado: "el Señor mira la tierra y la hace estremecerse; toca los montes y los enciende". (40).

Mi lengua ruda, señores, es impotente para traducir los acentos de Rosa; mas, haré el último esfuerzo, repitiendo los que sorprendió la piedad en uno de sus frecuentes arrebatos.

Rosa se había puesto a meditar delante de una devota imágen de Nuestro Salvador; "y no pudiéndose contener, dice uno de sus biógrafos, extática, sin advertir que no estaba sola, se levantó en pié, y con voz alta y ferviente, desahogó su afecto, enderezándole al Esposo de su alma estas palabras:

"Oh! ¡Señor mio! ¿Cuándo te amarán todos como mereces? ¿Hasta cuándo has de sufrir que te pierdan el respeto y te irriten los pecadores? ¡Quién pudiera hacer que todos conociesen cuán digno eres de ser amado y acabasen de entender que mereces ser querido por quien eres, y no por el temor servil de las penas o por el interés de los premios!" Este, señores, no es el lenguaje humano: calla aquí el *amor imperfecto* y habla el *seráfico*. David, el Rey-Profeta, decía al Señor: "He inclinado mi corazón a ejecutar eternamente tus justificaciones, *por la retribución*" (41) Rosa no ama *por el interés de los premios*. San Pablo exhortaba a los fieles de Filipos "a que obrasen su salud con *temor y con temblor*". (42) Rosa no teme, porque ha llegado a *la caridad perfecta*, y ésta, dice San Juan, "echa fuera el temor, porque el temor tiene *pena*, y así el que teme no es perfecto en la caridad". (43)—Mas, no interrumpamos las voces de su ardiente celo:

"Ea, Señor, haced, haced que os amen como es razón. Sacad la

---

(38)—Vida de Santa Rosa por Bermúdez, edición de 1869. pág. 295.
(39)—Epist. a los Filipenses, C. I. v. 23.
(40)—Salmo CIII, v. 32.
(41)—Salmo CXVIII, v. 112.
(42)—Epist. a los Filipenses, C. II, v. 12.
(43)—Epist. 1a., C. IV, v. 18.

aljaba, vibrad por todas partes saetas encendidas en vuestro purísimo amor, y broten en los corazones llamas e incendios. Que todos, Señor, os sirvan y se os rindan a suaves violencias de la caridad, y destilen en honor vuestro fragantes bálsamos de piadosos afectos. A vos, amabílimo Jesús, se ofrezcan esos olores, a vos que estais tan abrasado, y a quien tiene tan inquieto el amor inmenso de los hombres." (44)

¿Lo habeis oido, señores? Ya ésta apasionada esposa ha pasado por todos los desfallecimientos del amor: ya no dice *amore langueo;* ya no pide que la sostengan con flores de santos deseos: *fulcite me floribus;* que la cerquen de manzanos perfumados de obras buenas: *stipate me malis.* (45) No! su languidez pasó: "La izquierda de su Amado debajo de su cabeza, y su derecha la abrazará." (46)

. . . .

Encendida por tan estrecho abrazo, acompaña a los veinticuatro ancianos, vestidos de ropas blancas, y en sus cabezas coronas de oro, que vió San Juan al rededor del trono del Altísimo; y que adoraban Al que vive en los siglos de los siglos, y echaban sus coronas delante del trono, diciendo: "Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir gloria, y honra, y virtud. . . . " (47)

Y, mezclando sus voces a aquellos serafines de seis alas, que vió el Profeta Isaías, dice con ellos: "Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos, llena está toda la tierra de tu gloria." (48)

Sí, llena está la tierra de la gloria del Señor: "los cielos la cuentan; el firmamento anuncia las obras de sus manos; un día habla palabra a otro día, y una noche muestra sabiduría a otra noche;" (49) "los rios aplauden, sirviéndoles de manos sus hondas rumorosas (50); y el mar tiene elaciones sublimes, en las que Dios aparece admirable, admirable en las alturas." (51) Mas, su grande obra, el compendio de la creación, es el hombre, a quien hizo un poco menor que los án-

(44)—Vida de Santa Rosa por Bermúdez, edición de 1869, pág. 313.
(45)—Cántar de los Cantares, C. II, v. 5.
(46)—Id. id. C. II, v. 6.
(47)—Apocalipsis, C. IV, vv. 4, 10 y 11.
(48)—Profecía de Isaías C. VI, vv. 2 y 3.
(49)—Salmo XVIII, vv. 2 y 3.
(50)—Salmo XCVII, v. 8.
(51)—Salmo XCII, v. 4.

geles: (52) y la maravilla de su diestra, los santos. (53) Y entre aquella luminosa cohorte, Rosa de Santa María, que salva los límites de nuestra naturaleza inferior, y se hace, por la gracia, ángel de pureza, querubín contemplativo, abrasado serafín, que arde en el fuego del Señor. . . . .

Al influjo de ese fuego insoportable a la naturaleza humana, rómpese el vaso de arcilla, y la llama ardiente sube a la región superior; a la única en que puede brillar sin nieblas, sin oscilaciones, serena, pura, inextinguible! Sólo treinta y un años pudo alumbrar esta mansión de tinieblas: hoy no se cuentan los que brillan, inmortal, en la patria de las almas, como luciente antorcha delante del trono de Dios.

Allí la ven los ojos de mi alma atribulada; allí la sigue mi clamor:

¡Oh Rosa del Paraíso! al deshojarte sobre esta tierra bendecida, para devolver al cielo tu inmortal esencia, nos dejaste un puñado de polvo aromático, que guardó en urna primorosa la piedad de nuestros mayores. La nuestra no está satisfecha, y anhela levantar un monumento grandioso para guardar en él ese polvo sagrado. Mas, los deseos no son poder; y apenas hemos puesto los cimientos del edificio, que, cual un pabellón de gloria, debe sombrear los lugares engrandecidos en otro tiempo con tu presencia, y venerables hoy por tu recuerdo. Ayúdanos desde el cielo; que el Omnipotente no conoce obstáculos, y El que te ama no te ha de rehusar lo que le pidas.

Sí; el corazón me dice que alcanzarás lo que te pedimos: En breve los macizos muros, y el alta bóveda, y el magestuoso altar se alzarán a pocos pasos de aquí; y, sobre el dosel que cubre la piedra del sacrificio, en medio a las estátuas de tus compañeros de peregrinación y de gloria, descollará tu estatua radiosa, con los brazos levantados al cielo, en actitud suplicante por la Ciudad, por la República, por las dos Américas. . . . .

Ah! ya veo al Venerable Pontífice, con la mitra preciosa en la cabeza y el simbólico cayado en la diestra, trazando los litúrgicos caracteres sobre el pavimento de ese templo; ya le veo, fijando y consa-

(52)—Salmo VIII, v. 6.
(53)—Mirabilis Deus in Sanctis suis. Salmo LXVII, v. 36.

grando las relucientes cruces, que serán las joyas de sus muros; le advierto, derramando el sagrado crisma sobre la magnífica piedra, en que ha de inmolarse místicamente el Rey inmortal de los siglos. . .

Entonces, Señor, dejarás ir en paz a tu siervo: sus ojos habrán contemplado el lugar en que han de sacrificarse una y otra generación; dulce le será expiar al pié de ese santuario, todo embalsamado con los aromas de Rosa, y pronunciando el dulcísimo nombre de Jesús. . . .

Que así terminemos toda nuestra peregrinación; y que algún día, presididos por Rosa allá en el cielo, podamos entonar el himno del amor por toda la eternidad!. . . . .

—NOTA.—Véase la nota de la página 322. Monseñor Roca, alude, también, en este Panegírico al templo que debe levantarse a nuestra santa y que, hasta ahora, no pasa de ser un hermoso proyecto.

Panegírico de Santa Rosa de Lima [*]

Benedixerunt com ommes una voce dicentes: Tu gloria Jerusalem, tu laetitia Israel, tu honorificentia populi nostri.

La bendijeron todos a una voz, diciendo: Tú eres la gloria de Jerusalem, tú, la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo.

Lib. de Judith, Cap. XV, v. 10

Excmo. Señor,

Señores Iltmos. y Rvdmos.,

Señores:

En circunstancias como la actual, creo que el orador sagrado os debe y se debe el olvidar los preceptos del arte de bien decir: porque, palpitando el corazón con inusitada violencia, no puede el pensamiento contemplar, serena y ordenadamente, el maravilloso cuadro de las virtudes de Rosa de Santa María; que nació, por dicha nuestra, hoy hace 3 siglos, a pocos pasos de aquí; fué regenerada por el santo Bautismo, algunos días después; se consagró al Señor a la edad de cinco años, anticipándose la gracia a la naturaleza; y nos dejó,

(*)—Oración panegírica de Santa Rosa de Santa María, gloriosa virgen limeña, patrona de las dos Américas, pronunciada en la solemne fiesta celebrada en la Catedral de Lima, el 30 de abril de 1886, tercer centenario de su nacimiento.

por morar en el cielo, a los 31 años de una carrera, "cuyas huellas pueden compararse, al decir del Espíritu Santo, a una luz brillante, que va en aumento y crece hasta el día perfecto de la eternidad." (1)

Ah, Señores! No es posible contemplar con ojos enjutos esa aparición celestial, esa creación del Soberano Artista, que váse armando por grados, a los toques del pincel divino, y, luego, velada por una atmósfera luminosa, desaparece de este escenario, dejándonos asombrados, atónitos, mudos.

. . . .

Ante ese espectáculo, que aduna, por la rapidez con que pasa las gracias de la naciente aurora y la magestad del sol en su ocaso, apenas podemos traducir la honda impresión que deja en el alma, valiéndonos de las entrecortadas frases de los ancianos de Betulia, y saludando hoy a nuestra conciudadana Rosa con estas voces, que la admiración, el entusiasmo arrancan a nuestros pechos, dilatados por un gozo incomparable: *Gloria de Jerusalem* la decimos, y aun no estamos satisfechos; *alegría de Israel* la llamamos, y aún pide más el corazón; honra de nuestro pueblo. . . . . y acusamos al lenguaje, pobre, muy pobre, señores, para declarar lo que sentimos de Rosa de Santa María.

Quien diga, señores, que la veneramos, se queda corto; algo dice, el que afirma que la amamos; sólo expresará la verdad, quien diga que enloquecemos al recordarla, perdemos el sentido al nombrarla, y desfallecemos al cantar su gloria.

Si el Santo Rey David no creyó ofender a Dios, ni faltar a su decoro, cuando dió saltos de alegría delante del arca de la alianza (2) ¿qué pensareis de mí, señores, al ver que no acierto a expresarme con aquella gravedad y mesura, que tanto sientan al ministerio de la palabra divina?. . . . Pensad lo que el Señor os consienta: que yo no puedo contener mi mente inquieta, encendida por el desusado fuego en que arde mi corazón. Os lo he dicho al comenzar: no me pidais, Señores, un discurso ordenado, y que se ajuste a ningún acreditado modelo. Si la lengua de Zacarías, atada en castigo de una incredulidad, desatóse por milagro al escribir el nombre del *Precursor* (3) la mía, torpe y ruda, ha de soltarse hoy también, al nombrar a esta pre-

(1)—Libro de los Proverbios, Cap. IV, v. 18.
(2)—I Paralipómenos, cap. 15 vv. 27 a 29.
(3)—Evangelio según S. Lucas, cap. I, vv. 20, 63 y 64.

cursora de Cristo; que preparó sus senderos porque los anduviesen muchos de sus conciudadanos, y que, ¡Dios lo sabe! y mi alma lo presiente, va a continuar hoy, ¡ausente ay! de nosotros, aquella misión sublime de llevar a los piés de Jesucristo vuestras almas, la mía, todas las almas que escuchen la voz de su inolvidable ejemplo.

Por eso; por obedecer un precepto respetable; y por tributar a mi dulce compatriota el homenaje de mi ternura, rompo el silencio, impuesto por avasalladora dolencia, y esfuerzo, para interpretar esta solemnidad, los últimos acentos de una voz que ya se apaga, y que, enmudeciendo en la cátedra sagrada, me recuerda que ha de enmudecer también ante la augusta presencia del Soberano Juez de vivos y muertos.

Señor! que te complaces en desconcertar la humana prudencia, sirviéndote de instrumentos frágiles y toscos para realizar designios admirables: ¡Hoy, como siempre!. . . . se trata de ostentar la hermosura de la "Rosa de tu corazón," y te vales de un insecto, que habiase amparado de una de sus hojas, por que no lo envolviese el polvo arremolinado por el huracán. . . .

Te place. . . obedezco! Tú, y no yo. . . Tú sólo, Señor!

Inmaculada Virgen María! mi Reina y mi Señora: favorece a tu esclavo, que atrévese a llamarse tu hijo:

AVE GRATIA PLENA.

I

Tu gloria Jerusalem.
Eres la gloria de Jerusalem.

De la nueva, de la ciudad santa, simbolizada por la Jerusalem antigua; de la Iglesia de Cristo, en donde quiso el Verbo encarnado, que "tiene sus delicias en habitar con los hijos de los hombres," (1) "morar hasta la consumación de los siglos". (2) En ella tiene un templo mejor que el de Salomón: la humanidad santísima de Cristo, que encierra, aprisiona su divinidad, y se hace ella misma prisionera, con cadenas de amor, en el adorable sacramento de nuestros altares. Y

(1)—Libro de los Proverbios, Cap. VIII, v. 31.
(2)—Evangelio de S. Mateo, Cap. XXVIII, v. 20.

esta Iglesia, a la que ha engrandecido con divinas prerrogativas, y, entre ellas, "con la propia misión que recibiera de su Padre celestial". (1) es, no solamente su augusta delegada en la tierra, sino también la amable Esposa, con quién contrajo perpetuas nupcias, de las que es epitalamio el inspirado Cántico de los cánticos; y por la cual, dice el Apóstol San Pablo, "sintió tal amor de preferencia, que vertió toda su sangre, vistiéndola por ende con regia divina púrpura, porque en ella no hubiese mancha, ni arruga, ni defecto alguno." (2)

La Jerusalem nueva es indudablemente, señores, la Esposa del divino Verbo encarnado. Sus nupcias comenzaron el día solemne "en que se inclinaron los cielos" (3) porque "se anonadaba el Hijo de Dios en el seno de la más pura entre las vírgenes, (4) y no terminará nunca, ni en el eterno día en que ella ha de ser, como reza el himno sagrado, "la visión de la paz, la ciudad celestial formada de piedras vivas, que suben por encima de los astros; y en que, a la manera de la virgen desposada, que va a estrechar la mano de su prometido, ciña su talle magestuoso rica brillante zona formada por millares de ángeles." (5)

Mas, la gloria de la Esposa no llega a su colmo, sí, a su *amor*, a su *fidelidad* y a su *celo* por la gloria del Esposo, no allega el esplendor de la fecundidad;—pues no hay amor *perfecto*, esto es, entre seres *perfectos*, que no sea fecundo.—Y la fecundidad es más honorífica, si la semejanza es fiel, entre los hijos y el Esposo a quien deben el ser, hasta el punto que la fisonomía de su alma engrandece, o abate a uno de sus progenitores: "alegría de su Padre, dice el Espíritu Santo, es el hijo sabio; "tristeza de la Madre, el necio." (6)

Así es que la Iglesia de Jesucristo ha sido, es y será siempre fecunda en santos, que reproduzcan en sus almas las facciones del alma de su divino Esposo. La práctica de los consejos evangélicos—ley voluntaria de los que aspiran a la perfección—es el prodigioso taller en que se modelan aquellas almas que, a imitación del Redentor, cantado

(1)—Evangelio de S. Juan, Cap. XX, v. 21.
(2)—Epístola a los de Efeso, Cap. V, vv. 25 a 27.
(3)—2o. Libro de los Reyes, Cap. 22 v. 10.
(4)—Epist. de S. Pablo a los de Filipos, cap. II, v. 7 y Evangelio de San Lucas, Cap. I, v. 35.
(5)—Himno de la Dedicación de una Iglesia. Breviario Romano.
(6)—Libro de los Proverbios, cap. X, v. 1.

por un Rey-Profeta," se levantan gozosas, como el gigante, para recorrer su camino". (1)

Su casta Madre las mira embelesada, las sigue solícitas hasta el fin; palpitan de alegría sus entrañas; y, al verlas terminar gloriosamente su carrera, bendice su memoria, levanta en los altares sus venerables despojos, entroniza en ellos sus imágenes, por que los recordemos, y nos predice sus heroicos hechos, porque los imitemos.

Y entre esa piéyade escogida, a quienes llama con el Apóstol "su gozo y su corona," (2) mira con particular encanto a los que, imitadores más perfectos de Cristo, retratan mejor en su alma el soberano rostro del Esposo tan amable.—No extrañéis, señores, estas diferencias en las que tienen gran influjo, en misteriosa armonía, la naturaleza y la gracia: que "como las estrellas, obras todas de Dios, difieren unas de otras por su claridad," (3) así los Santos, estrellas de un cielo místico, "cuyos planetas son los Apóstoles, (4) y su Sol, Jesucristo, verdadero Astro—Rey de Justicia, (5) que alumbra a todo hombre que viene a este mundo." (6)

El rostro peregrino del alma santísima de Jesús tiene dos lineamentos característicos, propios de la misión sublime de víctima, que se ofreció a ejercer el Verbo encarnado, cuando, en los divinos consejos, en el silencio de la eternidad, y en la *presciencia* infinita del Padre celestial, se oyó su voz soberanamente elocuente, que así decía: "los holocaustos por el pecado no te agradaron; y entonces dije: he aquí que yó voy a sustituirlos." (7) Cual se dijera: Yo seré la víctima expiatoria, que satisfaga a Tu justicia por la infinita deuda que contrajo el hombre con su pecado, y que él no puede pagar, porque le incapacitan su fea mancha y su limitación de criatura: yo me haré hombre, y satisfaré por el hombre; como hombre padeceré, y mereceré como Hombre-Dios. Viador y Comprehensor a un tiempo mismo, por la unión *hipostática*, me ofrezco voluntariamente para reconciliar el polvo con la gloria, la tierra con el cielo, la criatura con su Criador, lo finito con lo Infinito. E Isaías, después que un ángel purificó

---

(1)—Psalmo XVIII, v. 6.
(2)—Epístola a los de Filipos, Cap. IV, v. 1.
(3)—Ia. Epístola de S. Pablo a los de Corinto, Cap. XV, v. 41.
(4)—San Gregorio Homilía 30 in **Evang. post. med.**
(5)—Lenguaje de la Iglesia, en la Sagrada Liturgia.
(6)—Evangelio de S. Juan, cap. 1, v. 9.
(7)—Psalmo XXXIX, y Epístola a los Hebreos, Cap. X, vv. 6 y 7.

sus labios con ardiente brasa, nos dijo: "Se ofreció por que quiso." (1) Y Juan el Evangelista, arrebatado en Patmos, divisó cerca del trono augusto de Dios "a un cordero, degollado, y en pié, desde el orígen del mundo"; "y a los ancianos que le tributaban alabanzas, porque El, y sólo El, pudo romper los sellos del libro de la vida." (2)

Descendamos, señores, de estas regiones, en las que Pablo perdió la palabra y el sentido; (3) no sea que, por escrutar cosas tan altas, la gloria nos oprima. (4)

. . . .

. . . .

Ese cordero, a quien el Precursor anunciaba como "al cordero de Dios, que quita los pecados del mundo'.' (5) es la víctima por excelencia, ante la cual no son sino meros símbolos cuantas víctimas se inmolaron desde la creación del hombre hasta que se rasgó el misterioso velo del Templo de Jerusalem, y "cayeron para siempre la hostia y los sacrificios" (6) conforme el sagrado vaticinio.

Expiación grandiosa que el hombre no pudo soñar, y que el Señor le prometió al reconciliarlo consigo, después de la primera culpa, cuando, al maldecir a la serpiente, le anunció "que pondría enemistades entre su raza y la raza de la mujer, y que ésta aplastaría su altanera cabeza." (7)

Expiación, en la que un Dios es al propio tiempo juez y víctima. por la *distinción real* de las personas, a virtud de la cual el Padre Eterno, principio *fontal* de la Divinidad, recibe el sacrificio ofrecido a la Deidad ofendida; y el Hijo amado, que asume la naturaleza humana, Jacob por la inocencia, Esau por el ropaje—"sin que luchen como aquellos gemelos de Isaac,,.—(8) por que la unión es perfecta por la *hipóstasis,* el Hijo, he dicho, toma sobre sí el reato de la culpa, "se hace como pecado, porque nosotros nos hagamos justicia de Dios en El," (9) y expia en su cuerpo y alma sin mancha, a costa de infinito padecer, y por el eclipse voluntario de su gloria, todas las malicias, todas las

(1)—Profecía de Isaías, Cap. LII, v. 7.
(2)—Apocalipsis, Cap. V integro.
(3)—2a. Epístola a los de Corinto, Cap. XII v. 4.
(4)—Libro de los Proverbios, Cap. XXV v. 27.
(5)—Evangelio de S. Juan, Cap. I, v. 29.
(6)—Profecía de Daniel, Cap. IX, v. 27.
(7)—Génesis, Cap. III, v. 15.
(8)—Génesis, Cap. XXV, vv. 21 a 25.
(9)—2a. Epístola a los de Corinto, Cap. V, v. 21.

ingratitudes, toda la ruindad de los hombres, sus hermanos según Adán, sus siervos y criaturas, según el alta generación del Verbo "que antecede al brillar del lucero de la mañana." (1)

Al asociarse la humana, inferior naturaleza, creó el Hijo de Dios la oración sublime, que comienza en el instante de su encarnación en el seno de María, y que no terminará nunca, ni aún más allá de lo eterno, si lo eterno, como dice Moisés,tuviera más allá: *in aeternum et ultra*. (2) Por que la oración, Señores, "es la elevación del alma humana a Dios," que puede llegar hasta elevar el cuerpo , espiritualizándolo, y estrechar tanto las distancias entre el espíritu creado y el espíritu divino, que alcance al estrecho abrazo de la unión.

Y es lo que acontece en el adorable misterio que estamos contemplando. En la persona divina de Cristo se unen de tal suerte la divina y la humana naturalezas, con tan estrecha y fuerte lazada que, aunque distintas, *diversas*, no son sino una sola persona. Este es el grado más perfecto de la unión, que puede concebirse; es la mayor elevación, que puede anhelarse; es la oración más perfecta en la tierra y en el cielo. ¡Jesucristo es una oración sublime! Y he ahí el profundo sentido de esta expresión de San Juan: "Cristo es nuestro abogado." (3) No por que tenga que pedir, ni alcanzar nada Dios-hombre, que está en posesión de su gloria; sino porque Cristo es oración grandiosa, oración eterna, por cuanto es eterna elevación de la naturaleza humana, eterna y perfecta unión de esta naturaleza y de la naturaleza divina.

Y Rosa, nuestra feliz conciudadana, fué modelo de oración en la tierra, y llegó por este ejercicio al grado de contemplación, más alto, más luminoso que llámase por los místicos "bienaventuranza incohada". Y estuvo dotada de altísimos conocimientos; y aprendió nombres divinos; y penetró el secreto de los corazones; y leyó lo porvenir como las líneas de un libro abierto a sus ojos ;y vió lo que no es posible declarar con nuestra lengua balbuciente; y, enamorada de Dios, cuyas perfecciones distinguió cuanto lo consiente el velo de la mortalidad, padeció ansias de verle, y sintió los estragos de ese mal, incurable a la humana ciencia, que se llama "nostalgia del cielo".—He ahí su oración; que ha

(1)—Psalmo CIX. v. 13.
(2) Exodo, cap. XV, v. 18.
(3)—1a. Epístola, Cap. II, v. 1.
—Véase la Bula de su beatificación por Clemente IX.—Vida por Hansen edición de Roma, 1860—págs. 303 a 308.

merecido especial elogio de la Iglesia; (1) que la ha asemejado a Jesucristo, oración sublime y eterna; y que la ha tornado, por esta semejanza, gloria de la Iglesia, de la Jerusalem nueva, más hermosa que la antigua, víctima hoy del enojo del Señor!

Mas, estudiemos el otro lineamento del divino rostro del Redentor: *la paciencia!*

Por la que ha sido comparado nuestro Redentor amable al cordero, que no abre su boca para quejarse del que le trasquila; al cordero, que entrega su cuello mansamente a la cuchilla (2) ¡Cordero dulcísimo, aprisionado en los abrojos de nuestras ingratitudes, (3) y que nos reemplaza en el Ara, en donde la Justicia divina exigía que muriésemos en satisfacción de nuestros delitos! (4)

Paciencia, que brilló en la traición de un discípulo, y que le reprendió blandamente, con sentida queja, en el momento en que atreviase el infame a poner sus labios homicidas en el rostro adorable de su ofendido Maestro. (5)

¡Paciencia de mi Jesús! que consintió en ser atado como un criminal, y llevado como miserable reo, desde el Huerto, en que acababa de apurar el cáliz más amargo, hasta los tribunales en que presidía la Iniquidad azuzada por la Envidia y por el Odio gratuito, y escoltada por la Malicia, por los humanos Respetos, por la Soberbia y la Calumnia, que rodeaban su abominable trono. (6) Paciencia infinita, que no se cansa de padecer por el hombre, y que declara que es un Dios—Hombre el que sufre, haciendo el gasto la Longanimidad, que es la Paciencia de Dios, inmutable, tranquilo ante las ofensas de sus criaturas, que se agitan, apasionadas, en el estrecho círculo del Tiempo, y quedan aprisionadas en el inmenso círculo de la Justicia eterna: *Patiens, quia aeternus,* ha dicho San Agustín.

¡Paciencia de la Sabiduría increada y encarnada! que consiente en

(1)—Psalmo XXXIX,, y Epístola a los Hebreos, Cap. X, vv. 6 y 7.
(2)—Profecía de Isaías, Cap. 53 v. 7.
(3)—Génesis, Cap. XXII, v. 13.
(4)—Apocalipsis de San Juan, Cap. I, v. 5.
(5)—Evangelio de S. Lucas, Cap. XXII, v. 48.
(6)—Evangelio de S. Juan, Cap. XVIII. vv. 12 a 14; Evang. de S. Mateo Cap. XXIV, v. 57. Evang de S. Lucas, Cap. XXII, v. 54; San Juan, Cap. XVIII, vv. 19 a 24; San Marcos, Cap. XV, v. 55; S. Mateo, Cap. XXVI, vv. 59 a 60; S. Marcos, Cap. XIV, v. 56; S. Marcos Cap. XIV, vv. 57 a 58; S. Mateo, Cap . XXVI, v. 61; S. Marcos, cap. XIV, vv. 58 a 61; S. Mateo, Cap. XXVI, v. 63; S. Marcos, Cap. XIV, vv. 61 y 62; S. Mateo, Cap. XXVI, vv. 64 y 65; S. Marcos, Cap. XIV, v. 64; S. Mateo, Cap. XXVI, v. 66.

vestir una túnica de irrisión, con que le ultraja la insolente necedad humana; y, luego, se la deja quitar, y exponer su cuerpo santísimo, inmaculado, a la pública afrenta; ¡y El, Pudor infinito! es triste espectáculo a una turba feroz, que pasea sus miradas sobre esas carnes, a quienes estremece la Vergüenza, y que va a cubrir, piadosa, la sangre de sus venas, al rudo golpe del látigo con que se castiga a los esclavos (1) ¡Caed, caed, azotes, que cubrís de púrpura la desnudez de mi Jesús! Caed, y no ceséis de herirle, y de regar con sangre divina esa tierra árida desde que se cometió la primera culpa, y que El va a hacer fecunda, porque. . . . . en donde cayere una gota de esa bendita sangre, brotará un lirio fragante de pureza, una encendida rosa de caridad!

Y le desatan, por fin, de la columna de los martirios, porque ha triunfado su paciencia de la rabia de sus verdugos. Están vencidos, y van a coronarle por Rey de los Judíos. ¡Contemplad, pues, su triunfo!. . . . .

. . . .

Ah! ¿qué veo, Señores? ¿Son estas las vestiduras, son aquellos los símbolos de la realeza? Una tosca piedra es el trono; un manojo de espinas, la corona; un girón de abandonada púrpura, el manto; una caña, en sus manos atadas, el cetro de este Rey de dolores (2)—¡Paciencia de mi Dios! ¿Aun no estás harta de obsequios? ¿Aún ambicionas más, oh insaciable Conquistador de las almas!

Ved, y llorad, Señores: sobre esos ojos, que miran los corazones, han puesto espesa venda; y, libres ya de la majestad de sus miradas, pueden los ruines entregarse confiadamente a todos los delirios de su ciega locura (3)—Mirad como le ultrajan, hiriendo, con caña y con manos atrevidas, esa cabeza "en la que resplandece la divinidad"; (4) ese rostro, que "los ángeles anhelan contemplar; (5) ved como le desfiguran, ya acardenalado, arrojando sobre El inmunda saliva; (6) oíd como incitan a su víctima, por que declare "quién le ha herido."

---

(1)—Evangelio de S. Juan. Cap. XIX, v. 1.
(2)—Evangelio de San Mateo. Cap. XXVII, vv. 28 y 29.
(3)—Evangelo de San Marcos, Cap. XIV, v. 65 y de San Mateo, Cap. XXVI, v. 67.
(4)——Epístola de S. Pablo a los de Coloso, Cap. II, v. 9.
(5)—Epístola de S. Pedro, Cap. I. v. 12.
(6)—Evangelio de S. Marcos, Cap. XIV, v. 65 y Cap. XV, v. 19.

(1) Mas, Jesús calla (2) Su paciencia eclipsa su Majestad—Jesús calla, y . . . . . ¿no sabremos quién le ultraja?

Gemid, humanos:
Todos en El pusísteis vuestras manos!. . . . . (Lista)

Seguidle después, Señores, del Pretorio al balcón de Pilatos, (3) y de ahí, por la ensangrentada y áspera senda de la Amargura, hasta el Calvario. (4) Oíd los gritos de muerte, que provoca su amable presencia, (5) y vedle cargar la cruz de "su principado sobre sus hombros infatigables" (6) "en el cual fabricamos todos los pecadores," como vaticinaba un Profeta. (7)

Ah! mirad como cae, una y otra vez, extenuadas sus fuerzas y rendido al peso de la cruz; y ved como se levanta gozoso, y endereza sus pasos al lugar del suplicio.—Y vedle, por fin, clavar en el madero, (8) después de renovarle las heridas, al arrancar sus vestiduras; y entronizar en esa cátedra única, en la que el Maestro se levanta para enseñar la paciencia a todas las generaciones impacientes, (9) que han anhelado y anhelan ser como Dios, por el *goce* de lo que no está vedado, mientras que el Hombre—Dios nos declara que sólo el *dolor*, pacientemente sufrido, puede levantar esta naturaleza caída a las alturas del cielo.

Mas, lo que no puede soportar mi corazón, ya despedazado, es, ¡oh dulce Jesús mío! al oirte exclamar, desde lo alto de esa cruz, con toda la angustia de una pena insufrible: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?" (10) Ah! Señores; terrible momento aquel, en que, sediento de padecer, consientes en que se aparte de tu voluntad sensible el consuelo a que tiene derechó por su inefable unión con la naturaleza divina, en tu persona adorable, oh Cristo! Redentor y Padre nuestro. . . . . !

---

(1)—Evangelio de S. Lucas, Cap. XXII, v. 64.
(2)—Evangelio de S. Marcos, Cap. XIV, v. 65.
(3)—Evangelio de S. Juan, Cap. XIX, v. 4 5.
(4)—Evangelio de S. Juan, Cap. XIX, v. 17.
(5)—Evangelio de S. Juan, Cap. XIX, v. 15.
(6)—Profecía de Isaías, Cap. IX, v. 6.
(7)—Psalmo CXXVIII, v. 3.
(8)—Evangelio de S. Juan, Cap. XIX, v. 18.
(9)—San Agustín, tratado 119 sobre S. Juan.
(10)—Evangelio de S. Marcos, Cap. XV, v. 34.

Ese dolor, Señor y Dios mío, no es el dolor físico de los martirios, a que te sujetaron tus verdugos; ni el dolor moral que te brindó en amargo cáliz nuestra ingratitud, rara vez desmentida; ni el dolor sobrenatural, que causa el pecado a "tu alma justa, e inocente, sin mancha, ajena a la malicia nuestra, y más elevada que los cielos, por la alteza de sus sentimientos." (1) No; ese dolor no es conocido en la tierra.—Es un dolor *divino*, que sientes, oh Verbo—humanado, por la condición de reo, a que te sujetaste voluntariamente, llevado de tu amor al Padre eterno y de tu amor por el hombre infeliz.—Es un dolor sin consuelo, que, si durase . . . destruiría en tí, como el rayo, toda la fábrica humana, que te dignaste asociar, por la Encarnación, al que es "esplendor del Padre y espejo sin mancha, en que retrátanse sus divinas perfecciones". (2) ¡Ese es el límite de tu Paciencia infinita, porque es imposible padecer más, o "Rey inmortal de los siglos," (3) Sol hermosísimo, que apagas tus fulgores en el Gólgota, mientras que espesas tinieblas cubren la tierra como un inmenso, pesado sudario!

. . . .

Y, a su imitación, Señores, la Rosa de Lima, que no es fresca Rosa de Alejandría, ni galana Rosa de Jericó, sino Rosa pasionaria, nacida al pié de esa montaña, y regada con la sangre y agua, que salió del pecho abierto de nuestro dulce Salvador.

Los recios males, que le afligen desde la niñez, no tienen virtud sino para atormentarla, sin que puedan jamás arrancarle una queja. Los malos tratamientos, que recibe de madre y abuela, por su docilidad en responder a los diversos nombres con que la llaman, y el contínuo durísimo trato, con que inconcientemente contribuye a acrisolar su paciencia, la que, mejor que madre, llamárase verdugo de esta delicada niña, no son parte a desconcertarla, ni hacerle amenguar el respeto y el amor con que corresponde a la que le diera el ser; la pobreza y los trabajos de todo linaje; las innúmeras contradicciones que le ofrece el mundo , cuyas máximas abomina, y a quien sirve de instrumento una madre necia y áspera, porque se labre con más primor este diamante imperial; los tormentos voluntarios de una mortificación que daria espanto a los anacoretas; las persecuciones prolijas y crueles del espíritu infernal; el humo insoportable de la indiscreta alabanza; el

(1)—Epístola de S. Pablo a los Hebreos, Cap. VII, v. 26.
(2)—Libro de la Sabiduría, Cap. VII, v. 26.
(3)—1a. Epíst. de S. Pablo a Timoteo, Cap. I, v. 17.

brillo intolerabe de las magníficas dotes que no puede ocultar la petulancia de los que turban su silencio, y hacen vana su soledad: todo esto, señores, es ejercicio heróico de paciencia, en cuya virtud se aquilata cada día más el alma santa de Rosa, que no ignora "cuán necesa-
nuestra paciencia nos ha sido dado el poseer nuestras almas." (2)
ria es la paciencia par reportar el premio; (1) y que sabe que sólo en

Mas, por que el traslado reproduzca el divino original, y el discípulo imite al Maestro, se ve sujeta Rosa, por el espacio de quince años, a un martirio intolerable. Por una, o dos y más horas en cada día, pierde la vista, y el sentimiento de la presencia del soberano Bien; rodéala espesa oscuridad, que ciega su alma, y la deja pobrecilla! cual nave, sin velas, sin timón y sin brújula, en medio del embravecido océano. Y no divisa, ni siquiera en lontananza, una playa adonde arribar; que, en cuanto al dichoso puerto ay! no le ve, ni recuerda haberle buscado nunca. Y pálida, desmayada, trémula, yerta casi expirante, si le es lícito declarar lo que siente su alma, es sólo para decir como su Dueño: ¡Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Y añadir, después, para consumar su heroico sacrificio: ¡Señor! ¡Hágase tu voluntad, y no la mía (3)

Y .... cuando por fin llega el suspirado momento de salir de su destierro, vedla morir entre los dolores agudísimos, sintiendo sed devoradora, que nadie apaga, y tan recio y prolijo tormento en su cuerpo, que seméjase a un clavo de fuego, que la traspasa de la planta del pie hasta el cerebro, porque se pueda decir de ella, como de su Esposo adorado: "desde la planta del pié hasta la coronilla de la cabeza no hay lugar sano en su lastimado cuerpo." (4)

Ahí tenéis, pues, señores, el retrato de Jesucristo, Sacerdote y Víctima de propiciación por nuestros pecados. Oración sublime, propia del Sacerdote eterno; paciencia invicta, propia de la Víctima de reconciliación y de paz. Ella ha retratado en su alma el alma del Esposo de la Iglesia santa, y ha conquistado así el título con que la he presentado a vuestra admiración—Gloria de la Iglesia, que es la Jerusalem de la tierra: *Tu gloria Jerusalem!*

---

(1)—Epístola de S. Pablo a los Hebreos Cap. X, v. 35.
(2)—Evangelio de S. Lucas, Cap. XVI, v. 19.
(3)—Véase la vida de Santa Rosa por el Dr. D. J. M. Bermúdez—Lima. 1869—Cap. V y VI, que hubiera insertado íntegros,, por su hermosura, si no me lo vedasen los naturales límites de este discurso.
(4)—Profecía de Isaías, Cap. I, v. 6.

He probado mi primera proposición; mas he menester aún de vuestra indulgencia. No me culpéis de exceso! Si aquí hallaréis culpa, esa culpa, señores, es la grandeza incomparable de Rosa de Santa María.

II

Tu laetitia Israel.
Alegría de Israel.

Israel! Nombre impuesto a Jacob, después que luchó con un ángel, en el desierto de Phanuel. (1) Nombre, que declara su industria, y que sienta a los que, combatiendo esforzadamnte en las filas de la milicia cristiana, se hacen acreedores "a la corona que no se dará sino a los denodados combatientes". (2).

La verdadera ciudad de Israel es, señores, el cielo, adonde descansará de sus fatigas la bendita posteridad espiritual de Jacob, a quien Dios predestinó, desde que yacía en el seno de Rebeca: *Jacob dilexi* (3).

Y en el cielo hay alegría por el buen éxito de los que aquí luchan y vencen: por que la ciudad celeste, la Igesia triunfante, no es, ni puede reputarse extraña a la Iglesia militante; y la una y la otra hállanse en comunicación no interrumpida con la Iglesia purgante, a quien ésta sufraga y aquella abre sus puertas, cada vez que "la Justicia y la Misericordia renuevan el ósculo", (4) que se dieron en la ensangrentada colina del Gólgota.

Si hay alegría en el cielo, por el triunfo de los servidores de Cristo: "y si ésta es mayor por la conversión de un pecador, que hace penitencia, que por la perseverancia de noventa y nueve justos, que no han menester de penitencia", (5) como lo declara Jesús, nuestro infalible Maestro: ¿qué alegría habrá, señores, cuando ingresa a la asamblea de los Justos un héroe cristiano, que dejó la trillada senda de la virtud común, y alzó su generoso vuelo a los montes altísimos

---

(1)—Génesis, Cap. XXXIII, vv. 24 a 31.
(2)—2a. Epístola de San Pablo a Timoteo, Cap. II, v. 5.
(3)—Epístola de San Pablo a los Romanos, Cap. IX, v. 13—Véase en todo el capítulo la doctrina sobre la predestinación.
(4)—Psalmo LXXXIV, v. 11.
(5)—Evangelio de San Lucas, Cap. XV, v. 7.

de la perfección? Cuánta alegría, al verle entrar con las manos cargadas de espirituales riquezas, y el alma bañada en los resplandores del alma benditísima de Cristo, y oirle hacer esta oración al Padre celestial: "Mira en mí la imagen de tu Hijo, (1) del Hijo amado, en quien tienes tus soberanas complacencias. A El solo escuché" (2) ¡Qué alegría, al oír esta sentencia, que profiere la Sabiduría encarnada, quien, al divisar a Rosa de Santa María, gallarda, perfumada, y purpúrea, y arraigarla en los deliciosos cármenes del paraíso, la dice: "Muchas doncellas atesoraron riquezas; mas, tú las aventajaste", (3) como la rosa a las flores, entre las que descuella por su hermosura. Y, mostrándole su pecho, herido de amor; y señalando la puerta, que en él abrió el hierro, allá en la cruz, le repite lo que nuestra dulce hermana oyó, asombrada y sin comprenderlo, acá en la tierra—*Rosa de mi corazón, se tú mi Esposa!* Oh, señores! Estos triunfos, estas alegrías no pueden gustarse en el destierro, ni explicarse sino en el idioma de los ángeles—Renuncio, pues, a declararlos y suspiro por contemplarlos y disfrutarlos algún día, con vosotros, desatados de los vínculos de la mortalidad, disipadas las sombras del tiempo y sus vicisitudes, allá....en la región de la luz y de amor, en donde las alegrías son puras, intensas, duraderas; y en donde acabaremos de entender que la primera flor de las Indias, arrebatada prematuramente a nuestros jardines, descuella enhiesta, fresca y lozana, alegrando el paraíso—*Tu laetitia Israel.* Eres la alegría del cielo!

III

Tu honorificentia populi nostri:
Eres la honra de nuestro pueblo!

Vuestra presencia aquí, señores; vuestro concurso a las fiestas, con que la Ciudad celebra la clásica fecha del nacimiento de Rosa; vuestras generosas oblaciones; la buena volutad con que peruanos y extranjeros, presentes y ausentes, se han apresurado a dar esplendor a estas solemnidades, y por lo que, de lo íntimo de mi alma, les doy las más sentidas gracias en nombre de la Iglesia de Lima, cuyos afec-

(1)—Psalmo LXXXIII, v. 10.
(2)—Evangelio de San Mateo, Cap. XVII v. 5.
(3)—Libro de los Proverbios, Cap. XXXI, v. 29.

tos estoy encargado de traducir: todas esas manifestaciones, señores, son elocuente prueba de que Rosa de Santa María es la honra de nuestro pueblo. ¡Solamente se honra así a quien, como ella, nos da honra; y honra, que desafía y vence la impetuosa corriente de tres siglos!

Y, después, sus afinidades con la sociedad que la vió nacer, desarrollarse y florecer para el cielo. ¡Hónrase la tierra en donde brotan semejantes rosas; que no crecen, sin que ella las sustente! Porque, como sabéis muy bien, señores, los santos no crecen aislados; elévanse sus virtudes sobre las virtudes públicas, y su estatua, sobre el pedestal que forman muchos buenos; y su sombra bendita hace progresar a no pocos, a quienes su ejemplo, el ejemplo del conciudadano, es poderoso estímulo para trillar la senda del bien. "La nobleza obliga" es máxima, que ha pasado a proverbio: la santidad de Rosa nos obliga, pues, a seguir sus luminosas huellas!

Rosa de Santa María es honra de Lima: por que, si Judith lo fué de Betulia, a quien libertó del asedio de Holofernes, cortando a este la cabeza, y mostrándola a su pueblo asombrado, como una promesa de victoria y de paz; (1) si el humilde pastorcillo David, vencedor con sólo su honda del formidable gigante, que desafiaba a los más esforzados príncipes del ejército, se oyó aclamar superior a Saul, "que derriba mil enemigos, mientras que él postraba diez mil:" (2) ¿qué diremos de Rosa, débil mujer como Judith, sencilla y desarmada como el hijo de Isaí, que vence, no obstante, al mundo, al demonio, y a la carne, y nos presenta en sus virginales manos, no uno, sino tres trofeos de victoria? Y que escucha este elogio singular, de los labios más autorizados y elocuentes que pudieran encomiar su merecimiento: de los labios del que es Sabiduría del Padre, increada y encarnada, Sol de Justicia, Palabra sustancial, Elocuencia de la eternidad; este elogio, que lo dice todo: *"Rosa de mi corazón!"* (3) Lima es, por tanto señores, la patria de la Rosa del Corazón de Jesús: ¿Puede, acaso, apetecer honra más grande?

---

(1)—Libro de Judith. Cap. XIII, vv. 13 a 22.
(2)—1er. Libro de los Reyes, Cap XVII, íntegro, y Cap. XVIII, v. 7.
(3)—Vida por Bermúdez.

Y ahora, que vais a contemplar el espléndido triunfo de nuestra conciudadana, de la ilustre Rosa de Santa María; ese triunfo, cuyos resplandores bañan de alegre luz a la ciudad perla del Pacífico, afortunada cuna de la que solo pudo trocarla por el Cielo. Ahora, señores, que bajo el pabellón del Perú, tan simbólico como querido, veis desplegar a la Iglesia y al Estado inusitada pompa; y, entre cirios, flores y perfumes, descubrís el angélico rostro de la que es lucero de primera magnitud de nuestro cielo, cuyo fulgor se derrama en todo el mundo de Colón; hoy que veis, henchidos los pechos de religiosa y patriótica alegría, al Gobierno Supremo, a los Príncipes y a los Ministros de la Iglesia, (1) a los Representantes de las Naciones amigas del Perú, a los Magistrados de todo orden, y a ilustres Corporaciones, personificación de la caridad, de las ciencias, de las letras, escoltando la imagen y las reliquias de Rosa de Santa María, a quien honran nuestras armas y cuya grandeza publican los sagrados bronces, las músicas militares y el estampido de las máquinas de guerra; hoy, día de inmenso júbilo, casi diría de éxtasis, por que nos olvidamos del tiempo y de nosotros; hoy, ¿me atreveré a despertaros, señores?.... ¿Acaso vuestra memoria no recuerda?.... Días de luto y desolación, que pasaron, ay! emblanqueciendo nuestros cabellos, dejando un surco revelador en nuestras frentes, y una herida, que aún sangra, en nuestros corazones.... en que la Ciudad, hoy tan alegre, estaba sola, aunque ocupada por numeroso ejército: *Quomodo sedet sola civitas plena populo?* (2) y la antigua Metrópoli de la meridional América semejaba a la triste viuda, cuyo rostro hermoso cubre el tupido velo del dolor: *Facta est quasi vidua Domina gentium.* (3) En que, como dice el Profeta de los infortunios, nos tornamos

(1) Haré aquí especial mención del Iltmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Juan José Valdivia, dignísimo Obispo de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) quien celebró de pontificial en la fiesta de ese día, cediéndole el puesto el Iltmo. y Rvmo. Metropolitano. ¡Y bien lo merecía! No solo por los respetos que se deben a huésped tan ilustre, sino también por la especial circunstancia de haber emprendido, a impulsos de su ferviente devoción a Sta. Rosa, un viaje penosísimo, atravesando caminos ásperos y desabridos, desprovisto en muchas jornadas de techo y de alimentos. Viaje de más de 260 leguas, a lomo de mula que rindió las fuerzas de dos sujetos de su comitiva. El Iltmo. Rmo. Prelado ha visto quebrantarse su salud, a consecuencia de ésta marcha heróica; pero ha tenido la satisfacción de asistir, con su Secretario, a las fiestas de Santa Rosa y de representar a las diócesis de Bolivia en solemnidad tan singular.

(2)—Threnos, de Jeremías, cap. I. v. 1.

(3)—Threnos, cap. I. v. 1.

huérfanos bajo de dura tutela: *pupilli facti sumus absque patre;* (3) y éramos amenazados de muerte, y no se daba descanso a los que rendía la fatiga: *cervicibus nostris minabamur, lassis non dabatur requies;* (2) y comprábamos lo más necesario para la vida con las últimas monedas que poseíamos, escaso alimento a subido precio: *Aquam nostram pecuniá bibimus; ligna nostra pretio comparavimus* (3) Y hasta!. . . . ¡Perdón, Dios mío! ¿Por qué he venido yo a entristecer las almas de mis hermanos con estos recuerdos tan amargos y tan inoportunos? ¿Por qué, Señor?. . . . Si padecimos tamaña desventura, la culpa no fué solamente nuestra: nuestros padres pecaron, y ya no existían, cuando tu excelsa Longanimidad consintió a tu Justicia que vibrase el rayo de su indignación; nosotros llevábamos, además del peso de nuestras culpas, el reato de sus iniquidades;—de la horrible y sangrienta bacanal a que se entregaron, aturdidos, a los primeros albores de la Independencia del Perú.—*Patres nostri peccaverunt, et non sunt; et nos iniquitates eorum portavimus.* (4). . . . Pero ya está, Señor, satisfecha "la vindicta que Tú te has reservado", (5) en "tus juicios, que son abismos profundos", (6) y tanto. . . . . que al mirarlos, siento vértigo. . . . Ya clarea tu Misericordia . . . . .

¡Horrible sueño, Señor! más, pasó para siempre, Dios mío!

Ah! miradl! señores, de esos huesos benditos, mejor que de los del campo de la visión de Exequiel, sale el fuego de la vida. (7) No sólo revivirán algún día vestidos de inmortalidad sino que hoy mismo veo salir de ellos virtud que alegra corazones, que mueve enérgicamente voluntades, poco há adormecidas, y extiende, por angélico, oculto misterio, un pabellón de gloria sobre Lima, sobre el Perú, sobre América, inmensa peana de la colosal estátua de Rosa de Santa María!

Oh Señores! Dejadme llevaros, en alas de la inspiración, a las encantadas regiones de lo porvenir. . . . .

---

(1)—Oración de Jeremías, v. 3.
(2)—Oración de Jeremías, v. 5.
(3)—Oración de Jeremías, v. 4.
(4)—Oración de Jeremías, v. 7.
(5)—Deuteronomio, cap. XXXII, v. 35.
(6)—Psalmo XXXV, v. 7.
(7)—Profecía de Exequiel, cap. XXXVII, v. 3.

¡Oh Perú, mi patria querida! ¡Grande te hizo Dios! Inmenso tu territorio; pacífico el mar que baña tus costas; gigantes inquietos tus ríos para llevar sobre sus móviles hombros los beneficios de la Religión y de la cultura cristiana a pueblos vigorosos que "aun están sentados entre sombras de muerte;" (1) espesos tus bosques, ricas tus selvas, fértiles tus valles y tus praderas; colosos tus montañas, con su frente de nieve, su pecho de oro y de plata, de fuego tus entrañas; benigno tu cielo, suaves tus costumbres, ángeles de caridad tus vírgenes y tus matronas; ricos de ingenio tus varones, y no escasos de heroísmo los "garzones delicados," (2) que en Junín y en Ayacucho supieron vencer y morir, y en los últimos, luctuosos campos, en donde huyó de nuestros reales la Victoria, dejar cautiva la Admiración, por su valor abnegado y su resignación de mártires. (3) No inclines tu cuello, ni te dejes abatir por la Adversidad; que Dios te dotó, sosobre todos los bienes que le debes, con una intercesora, a quien hoy te vuelves como en los mejores días, en que eras la patria de los santos en el nuevo mundo. . . . . ¡

Sí, Señores: dejadme pensar que el alma santa, que ahora tres siglos "hacía estremecer esos huesos sagrados," (4) y que hoy se inclina, reverente, ante el trono de la Majestad de Dios, diciéndola, en el extásis de su felicidad: Señor! *¿Quién es semejante a Tí? Domine, quis smilis Tibi?,* (5) formula esta oración: *"Dios de mis padres!* (6) Dios del Perú *"vuelve a él tu benigno rostro!* (7) *Tú hiciste curables a las Nacones* (8) *abates para levantar; mortificas y vivificas; reduces a la hoquedad dei sepulcro,* y cuando te place, *haces surgir de él* (9) a los que la sabiduría humana llamaba, en su petulancia, cadáveres políticos, merecedores de su compasión, cuando no de su irritante desprecio. Tú, Señor, *derribas al poderoso, que asentaba su grandeza en altísimo trono, y ensalzas a los pequeñuelos, que se humillas bajo de tu potente mano".* (10) *"Colmas de bienes a los*

(1)—Evang. de S. Lucas cap. I, v. 79.
(2)—Canto a Junín por J. J. Olmedo.
(3)—Canto fúnebre a los muertos en San Juan y Miraflores, por J. A. R. B. Enero 1884—3a. estrofa.
(4)—Psalmo XXXIV, v. 10.
(5)—Psalmo XXXIV, v. 10.
(6)—Deuteronomio cap. XXV, v. 7.
(7)—Psalmo LXXIX, v. 15.
(8) Libro de la Sabiduría, cap. I. v. 14.
(9)—1er. Libro de los Reyes, cap. II v. 6.
(10)—1a. Epist. de San Pedro, cap. V. v. 6.

necesitados, y dejas despojados a los ricos. Has decretado enzalzar a Israel tu pueblo, acordándote de tus misericordias." (1)

Y alcanzará lo que pide, señores, nuestra dulce intercesora, si escuchamos sus consejos, y no ponemos obstáculos a su misión. Ella nos dice: "Mi boca está abierta delante de vosotros." (2) como la de Pablo Apóstol a los Corintios. ¿No oís acaso sus acentos? muda como la veis ¿no dice nada a vuestras almas?

Sí, señores: nos dice que la santidad debe ser el fin de nuestras aspiraciones, porque así glorifiquemos a Dios, que "cuanto ha criado, lo ha criado para su gloria: *"Universa propter semetipsum operatus est Deus"*. (3) Nos dice, esa boca hoy descarnada, que habla con la elocuencia de la eternidad, que no hay grandeza comparable a la grandeza de la virtud—la única sólida, pura y duradera, que salva los tiempos y los espacios, e impónese a la veneración de tres siglos, y se hace conocer desde el humilde rincón en que se ocultó, y de donde, sin saber cómo, ha dado tales resplandores, que ha iluminado el mundo. Nos dice que "los que, como ella, siembran entre lágrimas, recogerán ópima cosecha en el eterno gozo". (4)

Nos dice que la doncella cristiana, tipo amable de la mujer regenerada por el Evangelio, es flor delicada, que se cultiva en el huerto cerrado del hogar, y no en el campo sin murallas de un mundo corrompido y corruptor, que estruja con mano impía sus preciosos pétalos, les roba el perfume, y luego, despiadado, los arroja a las bestias! Nos dice que la Religión es el alma de esta patria terrena, y que, por habernos faltado;—porque nos preocuparon los placeres fugaces, y la riqueza deleznable, y el vano brillo de una cultura sin Dios;—el Perú se postró en el momento en que debiera erguirse como ofendido León.... sin que bastara a salvarle el heroísmo de muchos, por que era menester la abnegación de todos. Y la abnegación, señores, no existe sin el temor de Dios, ante cuyos preceptos debemos *negar* (5) cuánto hay de ruín en esta naturaleza enferma, haciendo así generoso ensayo para renunciar a lo que es lícito, y aún a la vida misma, cuando El, o la Patria nos dice, con imperiosa voz: *Muere por mí.........*

---

(1)—Evang. de San Lucas, cap. I, v.v 52 a 54.
(2)—2a. Epist. a los de Corinto cap. VI, vv. 11.
(3)—Libro de los Proverbios, cap. XVI, v. 4
(4)—Psalmo CXXV, v. 5.
(5)—Evang. de San Mateo, cap. XVI, v. 24.

Aprovechemos, señores, de estas lecciones, y hagámoslas prácticas en el breve curso de nuestra vida fugaz.

¡Que Dios y sus santos no sean extraños a nuestro corazón; que a El pidamos bendición para nuestras empresas, y a ellos intercesión para alcanzarla!

Que los ejemplos de excelsa virtud, traídos a la memoria por estas solemnidades, no se eche más en olvido; y que el amor a Rosa de Santa María, a esa codiciada joya de santidad, don liberal de la diestra del Altísimo; que el amor a esa conciudadana, *gloria de la Iglesia, alegría del cielo y honor del Perú,* sea una segunda religión para nosotros: porque así, al par que imitemos sus virtudes le alcemos dos monumentos imperecederos: el vasto templo, hoy inconcluso, que, hace años, aguarda el último esfuerzo de nuestra piedad; y el templo inmaterial, que ya empezaron a levantarle las letras peruanas, asociadas en fraternal concierto a las letras de América y de España; templo que será visible a nuestros hermanos esparcidos en todo el mundo, y que llevará la gloria de Rosa a los cuatro ángulos de la tierra.

Señor! a quién adora Rosa, sirviéndole de alfombra las estrellas, oye mi oración: Salva al Perú! mas, también salva nuestras almas, que has criado, redimido a precio infinito, y enriquecido con tantos dones de naturaleza y de gracia! Sálvanos, Señor, por la intercesión de la Rosa que nos diste, por que, al aspirar su perfume, nos acordásemos del paraíso! Sálvanos, por que te glorifiquemos cuanto es dable en la tierra, y, después, te glorifiquemos eternamente en el cielo!

Panegírico de Santa Ana, gloriosa madre de la Vírgen Santísima [*] : - : - : - : -

De fructus ventri tui ponen super sedem tuam.
Pondré sobre tu trono del fruto de tu vientre.
Psalmo 131, v. 11.

Señores:

Cuán angustioso fueron los tiempos que precedieron a la venida del Salvador! Sombras en las inteligencias, hielo en los corazones, el error campeando libremente en el mundo, y el crimen paseando su ensangrentado cetro sobre las cabezas abatidas de los humanos ¡Pobre raza de Abraham! ¿quien te consolará?

Pero no temamos, señores: en medio de esa confusión de lenguas, que comenzó en Babel para continuar dividiendo a los hombres en la série de los siglos, oigo la voz magestuosa del Rey Salomón, que pronuncia estas palabras: "El Señor ha jurado a David una verdad, que ha de cumplirse": ¿Y qué ha jurado Gran Rey? ¿Acaso el Sacerdocio eterno de Jesús? "Ha jurado que pondrá del fruto de David sobre su trono" ¿Y cómo católicos? Vais a verle en este pensamiento, para cuyo desarrollo reclamo vuestra benévola atención: "Ana, madre de María, es aquella en quien se cumple la promesa hecha por

(*)—Los originales de este hermoso panegírico no trae la nota de cuándo y dónde fuera predicado. Felizmente está completo y el lector podrá gozar de las bellezas que contiene.

Dios a David" He allí su destino, he allí su historia, he allí su diadema de santidad.

Dios grande, Dios magnífico, Dios misericordioso: asísteme con tu sabiduría y fecunda tu palabra en el corazón de mis oyentes. Espero acanzar esta gracia por la mediación de María, a cuyas plantas la imploro.

AVE GRATIA PLENA.

PENSAMIENTO UNICO

Largo tiempo hacía que el pueblo de Israel esperaba a su Libertador. Cada madre, al sentir en su seno los signos de vida del ser, que colocaba en sus sienes la aureola de la maternidad, se estremecía de gozo, lisonjeada por la dulce esperanza de ver ceñir a su hijo, o al hijo de su hijo la corona de David, esmaltada con los brillantes del cielo. I cada mujer desposada, que no sentía desprenderse la vida de su seno, y que no escuchaba esta dulce palabra —madre—pronunciado por labios infantiles, sentía el peso del anatema popular, y cubria su corazón con densos velos de luto. Ana, la mujer del anciano Elcana, rival de la fecunda Phenena, con un corazón lleno de amargura, oró al Señor pidiéndole un Hijo, y ofreciendo consagrarlo a su servicio: el Señor le concedió a Samuel, que debía reinar en el templo, pero no en el trono de David.

Ana, la madre de María, de la tribu de Judá, de familia sacerdotal y de la real casa de David, por su enlace con Joaquín, reune todas las glorias en su persona: a la nobleza del sacerdocio el esplendor del trono, y a este esplendor y a esta nobleza, el brillo de una rara virtud. En ella concurren las circunstancias mas felices para servir de trono al Mesias, a ese fruto bendito, que ha de tener el sabor de la divinidad, unida a la condición humana de un modo inseparable. En los blasones de Joaquín encontrará títulos al trono de David; en la ascendencia de Ana los encontrará también al sacerdocio de Melchisedoc. I sin embargo, católicos, parece que nada de esto sucederá: más de cuarenta años de una esterilidad penosa alejan de la mente de A-

na la idea de su futura elevación. Y he allí precisamente lo que Dios aguardaba.

Madres que me escuchais: ¿habeis pasado alguna vez por la amarga incertidumbre de merecer el título que ahora os llena de alegría?

¿Habeis pasado crueles noches de insomnio, preguntando a la naturaleza sus misterios y al cielo sus secretos, asustadas por el terrible espectro de la duda de vuestra maternidad? Y esto que la esterilidad ahora no infama; y esto que ya todos hemos sido ennoblecidos por Nuestro Señor Jesucristo. Sin embargo, ¿cuantas de vosotras no habrán hecho violencia a Dios, para obtener una prueba de su misericordia, dividiendolo con El la paternidad. ¡Pues bien!: concebid cuan grande ha sido la virtud de Ana, para sufrir resignada la privación de ese goce tan legítimo en el matrimonio, que hace desear larga vida para tener el consuelo de decir una palabra mágica—hijo—I agregad a esta privación la infamia que pesa sobre Ana estéril, el desdén con que se la mira, los caracteres de reprobación que todos creen deletrear en su augusta frente; y uniendoos a ella por la compasión, si, no lo dudo, juntareis a las suyas vuestras plegarias, para alcanzar del cielo una gota de rocío que dé fecundidad a su seno; unida su fé a vuestra fé, su esperanza a vuestra esperanza, yo confío en que alcanzará lavar su afrenta de un modo grandioso.

Pero me equivocaba, católicos: la compasión me hacía romper el hilo de la historia; y en alas de una imaginación exaltada, os hacía retrogadar mas de dieciocho siglos: sin necesidad de nuestras súplicas Dios la ha oido: en el templo ha escuchado una promesa reparadora; pero tan silenciosa que solo hace eco en su corazón y en el de su fiel consorte. No importa: son dos corazones justos, son dos corazones grandes. La palabra de Dios es acogida con reverencia: no vereis en los labios de Ana la sonrisa de incredulidad de Sara; no escuchareis de los labios de Joaquín el lenguaje de duda de Zacarías. Aquella sonrisa podía disculparse en la que solo iba a ser madre del pueblo de Abraham; aquel lenguaje de incertidumbre era disculpable en aquel que solo iba a ser padre del Precursor; pero en Ana y en Joaquín, los padres de la Madre de Dios, ese lenguaje era imposible: estaba muy cerca de ellos la luz para que no viesen; y convenía que, siendo su descendiente el Autor y confirmador de la

fé, esta virtud se encontrase viva en aquellos por los cuales debía ser introducido en el mundo.

De paso observad, Católicos, que os he mostrado en Ana tres virtudes en ejercicio: una santa conformidad en su humillación, una esperanza que me atrevo a llamar cristiana, y una fé que traslada montes de imposibles y levanta su oración hasta el trono mismo de Dios.

Pasaron los tiempos, y la palabra del señor se cumplió: Ana dió a luz a María, que es la Estrella de la mañana. Pero perdonadme el que sea prolijo.

María no es una niña semejante a las otras de la tribu de Judá. Nó, en su frente hermosa no ha habido nunca una sombra, porque en su alma pura no ha habido nunca una mancha. Por la palabra del Señor, secundada por la acción del hombre, se formó en las entrañas de Ana este cielo, y toda su fuerza, toda su virtud le vino del Espíritu del Señor. Sí: con el alma, que Dios infundió al delicado cuerpo de María, descendió tal copia de gracia, que esta inclita niña jamás pudo ser la esclava del tirano de los hombres: la luz y las tinieblas no podían coexistir, la vida y la muerte eran incompatibles, y María vivió desde el primer momento con la cuasi plenitud de vida, que Dios le comunicó para que pudiera llevar en su seno al verbo del Padre, consustancial con toda eternidad.

Ah católicos! Me parece que veo a la venerable Ana rebosando la vida que anima a esa Hija del cielo y que, a diferencia de las otras madres, más es lo que recibe que lo que dá. Isabel, la Madre del Bautista nos habla de unos saltos de alegría, que daba el niño santificado en su vientre. Ana no nos dice nada de esto, pero es porque María nunca ha pasado de las tinieblas a la luz, porque nunca ha tenido grillos por cuya ruptura debiera regocijarse; porque no hay palabras en el idioma de los hombres que puedan expresar lo que Ana sentía al llevar en su seno a la Madre futura de la Luz de las naciones. Por eso calla; pero su silencio nos dice mas que lo que podrían decirnos sus palabras.

Al oir estas maravillas, al asistir en espíritu a estas escenas; ¿no se os ocurre un pensamiento, Católicos? ¿Sabeis cual? ¿Helo aquí: veo alzarse de sus sepulcros a Abraham, Isaac y Jacob con todos los otros patriarcas, para rendir humilde vasallaje a la criatura

extraordinaria que Ana lleva en su seno. Veo a los Reyes de Israel a David, al sublime e inspirado poeta, a quien Dios hizo la promesa de colocar sobre su trono un vástago de su ilustre extirpe, promesa que ha inmortalizado en las dulcísimas notas de su arpa; y veo también a Salomón, al más sabio de los Reyes de la tierra, repitiendo aquellas palabras, que yo he pronunciado al comenzar mi discurso. "El Señor juró a David y su promesa será cumplida: colocará en su trono a un vástago de su descendencia". Veo a los profetas derramando sobre Ella then una mirada de paz, présaga de bienandanza, y volviendo a dormirse con el sueño de los justos. Todo esto veo, y en medio del contento que me trae esta visión celestial, me conturba una idea siniestra, que está cruzando por vuestra frente. Quizá es un aprensión mía: pero la veo crecer con las gigantescas formas de una objeción.

Vosotros me decís que yo os he prometido, al comenzar, presentaros al fruto de Ana ocupando el trono de David y que este fruto, que es María, no reina porque Jesús es el que se entromiza. Fácil me sería haceros ver que la hija de Ana divide el cetro con Nuestro Señor Jesucristo, pero quiero satisfaceros directamente. Escuchadme.

El reino de Jesús no es de este mundo: su reino no es temporal: el trono de David es muy pequeño para que lo ocupe Aquel a quien el Padre Celestial ha dado todas las naciones por herencia; el reino de Jesús es espiritual: las almas son los vasallos de su corona, porque ellas llevan la librea de gracia, fruto de su conquista. Bástale, pues, a David, para que se cumplan las promesas que Dios le ha hecho, que suba a su trono María, la cual es al mismo tiempo el trono de la Sabiduría encarnada. *Sedes Sapientie*. Es verdad que Nuestro Señor Jesucristo en cuanto hombre es descendiente de David, porque es Hijo de María; pero recordemos el misterio de su Encarnación: la formación de su cuerpo adorable no es obra del hombre sino del Espíritu Santo en las entrañas de María; su alma ha bajado del cielo, su Divinidad existía antes que Abraham. Es en una palabra, Hijo de Dios y de María. Como hijo de María no ha roto sus relaciones con David; como Hijo de Dios es aquel de quien David decía: "Dijo el Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus piés". Pues si David le llama Señor ¿como es su Hijo? Concluid, amados católicos, que María, el fruto de Ana, es aquella que ocupa el trono de David su padre, y que Ana ha

sido destinada por Dios, como un instrumento glorioso para el lleno de esta promesa: "*De fructus ventris tui penam super sedem tuam!*

Así; parece que Ana no tiene más vida que la necesaria para el cumplimiento de los designios divinos, María, el lirio que embalsama su ancianidad, no le pertenece tampoco. Antes de concebida en sus entrañas la había ofrecido a Dios en el templo; tres años después de su nacimiento la entrega al Sacerdote y su misión está cumplida. Aunque no le es dado ver al Redentor del mundo, puede exclamar como Simeón: "Ahora, Señor, deja ir en paz a tu siervo, porque mis ojos han visto a Aquella, por cuyo ministerio has de salvar al mundo". "Deja que mi cuerpo vaya a confundirse con el polvo de mis mayores, recibe mi alma en el seno de Abraham, hasta que se franqueen a la puerta del cielo, por los méritos de Aquel a cuya Madre puede llamar hija mía. Ella es la estrella de ese Sol de Justicia; yo Señor, soy el caos de donde la sacó tu diestra omnipotente para bañar el firmamento con su purísima luz. Espiro, Dios mío, mas espiro sin espirar, porque espero el día de tu reino, el día de tu misericordia".

Católicos: bendigamos a Dios que nos ha elevado por la Redención; que nos ha dado por Madre a María, por "hermano primogénito a Nuestro Señor Jesucristo,", que se ha hecho el mismo nuestro Padre, y que tiene bastante gloria para comunicarla, no solo a los hijos de la Redención, sino también, a los que como Ana, están enlazados a su persona divina, por el parentezco de la sangre, que no se desdeñó de tomar en la tierra. Bendigámosle porque ha puesto en las sienes de esa venerable anciana la corona de la maternidad mas ilustre después de la maternidad de María; y porque con el ejemplo de sus raras virtudes nos ha dejado una senda de luz para seguirla al cielo, que es su recompensa. Sea también la nuestra.

LAUS DEE.

Panegírico de la Santísima Vírgen Inmaculada [*] : - : - ; - :

Vidi coelum novum et terram novam. Et dixit qui sedebat in throno: Ecce nova facio onmia.

Y ví un cielo nuevo, y una tierra nueva.
Y dijo el que estaba asentado en el trono: He aquí, yo hago nuevas todas las cosas.
(Apoc. de San Juan. Cap. XXI. vs. 1-5).

Excmos, señores: (1)

Monseñores Iltmos. y Rvdmos. (2),

Venerable Capítulo,

Señores:

El evangelista San Juan vió desde la isla de Patmos, nuevo cielo

---

(*)—Oración Penegírica pronunciada en la santa Iglesia Catedral, el día 8 de diciembre del año del Señor de 1898, con motivo de la solemne fiesta de la Inmaculada Concepción de María y de la imposición del sagrado Palio al Iltmo. y Rvmo. Monseñor doctor don Manuel Tovar, Arzobispo de Lima.

(1)—S. E. el Presidente de la República y S. E. Monseñor Delegado Apostólico.

(2)—Los Iltmos. y Rvdmos. señor Arzobispo de Lima y Obispos de Loja, de Riobamba, de Trujillo, de Lorea y de Ayacucho.

y nueva tierra, porque vió el triunfo final de la Iglesia militante y el soberano esplendor de la triunfante, ricamente ataviada cual esposa que se prepara a celebrar nupcias con el elegido de su corazón.

Comprendió entonces que iban a ser enjugadas todas las lágrimas por la piedad de aquel que engendrando en su seno inmenso un Verbo que le es igual, y complaciéndose en su divina hermosura, siente brotar de su corazón a una con el de su Verbo una corriente de amor personal de entrambos, que declara la belleza de la divina esencia, derrama la caridad en el cielo y en la tierra, y seca como ardiente sol la fuente del llanto, al paso que difunde la alegría, el gozo, el contento, la dicha perdurables.

El que estaba asentado en el trono de esa Jerusalén celestial dijo entonces: "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas." ¡Hermoso espectáculo que regocijará a los bienaventurados, el de esa nueva Creación, a la que alude también el apóstol San Pedro, al anunciarnos que Dios purificará este mundo al fin de los tiempos y creará nuevos cielos y nueva tierra! (1).

Empero no es el único......

Mis ojos, iluminados por la fe, ven otro no menos bello, ni menos consolador. Veo al Padre Eterno, contemplando en su Verbo toda la Creación, obra de su bondad, de su sabiduría y de su omnipotencia; le veo derramando la vida de la gracia en nuestros primeros padres, reprobando y castigando su caída, condoliéndose de su miseria y de la de su prole, heredera de la culpa y de la mancha de los prevaricadores; admiro y agradezco junto con vosotros la obra ingeniosa de la misericordia divina para la redención del linaje humano; me llena de gozo el triunfo de Dios sobre la envidia del Angel Caído, y me arrebata, me hace salir de mi y hasta enloquecer la predestinación de María, nuestra Madre, preservada de la culpa original para el altísimo misterio de Madre de Dios y de los hombres, de Eva de otra creación, a quien divisó el profeta Jeremías (2) como una novedad sobre la tierra; y trasportándome al cielo, en alas del amor, caigo de hinojos ante los consejos de la presciencia divina, y siento mi alma embalsamada con el perfume de un blanco lirio, que surge al pie del trono del Altísimo y cuyos pétalos esmalta la sangre del Redentor, porque respete su delicado

(1)—2. Pet. c. 3. v. 7.
(2)—Cap. 31, v. 22.

tallo el ábrego que desde el Paraíso ha venido tronchando despiadado los cedros del Líbano y las palmeras del desierto. Y descendiendo, todo conmovido, a este pedazo de la Jerusalén de la tierra, veo alzarse al pié del sagrado altar a un nuevo Pontífice destinado por Dios a enjugar el llanto de esta Iglesia, tantas veces viuda, y que hoy rasga y hecha de sí las vestiduras de duelo para adornarse con las galas de su nuevo desposorio. Y veo ahí en ese altar y en ese Pontífice un nuevo cielo de esperanza y una nueva tierra admirablemente cultivada, cuyas flores comenzaron ya a regalarnos con sus aromas y cuyos frutos no tardará en saborear el paladar del alma. Y oigo en lo íntimo de la mía una voz imponente que me dice: "He aquí, yo hago nuevas todas las cosas."

¡Señor! ante cuya grandeza me humillo como vil polvo que soy, y ante cuya bondad me siento crecer, por el alma que me diste, por el sacerdocio con que me honraste, y por una larga experiencia de la Misericordia con que me remediaste: presta benigno apoyo a mi flaqueza, otorga luces para rasgar mi habitual tiniebla y fuego sagrado a mi pecho porque pueda yo cantar hoy un himno en honor tuyo y en honor también de la que es después de ti lo más grande que hay en el cielo, y el amor y la esperanza de los que aún peregrinamos en la tierra. El Pontífice que hoy se desposa con esta Iglesia de Toribio, y que ha consagrado las primicias de su pontificado a la hermosa estrella del mar te lo pide junto conmigo, y te lo pedirá también por mi Aquella a quien saludo reverente.

AVE GRATIA PLENA

El dogma que nuestra Santa Madre la Iglesia nos enseña en esta augusta solemnidad es el de la preservación del alma de María Santísima de la culpa original en vista de los méritos del futuro redentor desde el primer instante de su concepción, cuya redención la comprende así de una manera singular, pues la rescata de la *deuda*, sin dejarla contraer la culpa; a diferencia de los otros redimidos, que han sido primero manchados con la culpa y después rescatados por la aplicación de los méritos del Redentor. Consecuencia feliz de la preservación de la culpa original es la *pureza* de María Santísima, la

virginal castidad de su alma y de su cuerpo, no turbada nunca por mal estímulo, o *fomes* de pecado, inherente a la trasmisión de la culpa; y la inmunidad de las enfermedades y de la muerte, que son penas del pecado original; como no lo heredó, tampoco hubo tinieblas en su entendimiento, ni dualismo en su voluntad: conoció a Dios y lo amó desde el primer instante de su animación. Confirmada en la posesión de la Divina Gracia, fué por ende impecable; radicando su gran merecimiento en la práctica de altísimas virtudes y en la participación voluntaria de los padecimientos del Redentor.

Iluminado mi espíritu por la fe, y arrebatado al tercer cielo en alas de la caridad, veo lo que ahí pasa, en ese eterno día de la vida del que Es, y ante cuyos ojos inmortales están presentes siempre todos los sucesos, que el hombre en su escaso mirar apellida pasado, presente y futuro.

Veo desfilar la creación con todas sus graduales magnificencias desde el serafín más encumbrado hasta el hombre; desde el águila, que hiende las nubes hasta el insecto que susurra en la hierba; desde el astro del día, radiante velo del rostro de Dios, hasta el grano de arena que aquieta los soberbios ímpetus del mar. Y oigo al Señor, revelando a sus ángeles el sacramento, escondido en sus arcanos, de la Encarnación del divino Verbo en el seno de María, y el engrandecimiento de la naturaleza humana, elevada hasta el parentesco divino (1) en la persona de Cristo, del unigénito del Padre, que se hizo hombre, como dice San Agustín, porque el hombre fuera Dios (2). Y oigo gritos de soberbia, clamores de indignación, rugidos de ira en los atrios del cielo. Y veo a Luzbel, antes hermoso lucero, que brillaba entre todos los espíritus creados, le veo caudillo enloquecido de una multitud de ángeles, y le oigo clamar: "yo treparé al cielo, y seré semejante al Altísimo" (3). ¡Insensato! Un arcángel asume el mando de las milicias angélicas, y al grito de "quien como Dios" vibra la ardiente espada, hiere la diamantina frente de Luzbel, y le deja, por huellas de su derrota, hondas y negras cicatrices que imprime el rayo de la indignación divina en esa frente que hiciera tan bella y radiosa la divina Bondad (4).

---

(1)—Pet. c. 1, v. 4.
(2)—Factus est Deus homo, ut homo . . . (San Agustín.—Sermón 13. de Tempore).
(3)—Isaías c. 14 vs, 13 y 14.
(4)—Apocalipsis cap. 12.

La soberbia, señores, no halló entrada en el cielo: para la soberbia de los ángeles rebeldes fué criado el infierno (1), y ahí se precipitó como la tercera parte del cielo envuelta en los tenebrosos pliegues de la cola del dragón; y los tronos destinados a los réprobos desaparecieron de la Jerusalén celestial, porque no quedase memoria de su aleve ingratitud (2)

Y vió el Señor al ángel malo, que, envidioso de la dicha del hombre inocente y de la gloria del Criador, y del futuro engrandecimiento de la naturaleza humana por el misterio de la Encarnación del Verbo, se lanzaba al paraíso de las delicias, se arrastraba encarnado en un reptil para seducir por su malicia a la incauta Eva y derribar al débil Adán. Dijo el Señor: lo permitiré, porque mi gloria resplandezca con más vivo fulgor; lo permitiré, porque aunque haya de trasmitirse a la prole de Adán la culpa y la mancha de su origen, y se hayan de presentar ante mis ojos como águilas cuyas alas rotas no les consientan volar hacia mi, no quedará sin remedio tamaña desventura: que hay en los abismos de mi Bondad, Sabiduría, Poder y Justicia, reparación eficaz de esta ruina, castigo redoblado de la envidia satánica y final triunfo de mis inamovibles designios. Y evocando ante su presencia a María, la predestinó antes que a todas sus criaturas, ya que no podía predestinar a Jesucristo, pues él sólo fué predestinado a ser Hijo de Dios (3)

Y desbordando el torrente de su gracia infinita sobre el alma de la más noble entre todas las criaturas, la hizo inmune de la culpa de origen, que debiera contraer como hija de Adán, y que no podía compadecerse con la dignidad de Madre de Dios y corredentora del linaje humano, título único y sublime, que no puede invocar en su favor criatura alguna, y por ende título de excepción de la ley penal que aflige a todos los hombres. Si los ángeles y nuestros primeros padres, sin poderse gloriar de tan alto destino, fueron creados en justicia y santidad, la futura madre de Dios, la Eva de una creación nueva, la emperatriz de los ángeles, a quien habían de alfombrar el pavimento los serafines, no podía ser menos sino más que ellos. Si Jeremías, lejano profeta del Redentor y Juan Bautista, precursor del mismo, fueron limpiados de la culpa original en el seno materno, y vieron la luz de la gracia antes de ver la luz del día, la benditísima

(1)—S. Mateo c. 2. v. 41.
(2)—Apocalipsis c. 12 v. 8.
(3)—S. Pedro a los Rom. c. 1. v. 4.

María, que debía llevar al Salvador en sus entrañas, la mujer singular, prometida en el paraíso para quebrantar la cabeza de la serpiente, no podía ser envenenada por ella, ni igualarse sino exceder en privilegio a los grandes profetas que acabo de nombrar.

Prenda del milagro de su preservación tenía que ser otro: hija de Adán e Inmaculada, debía de ser madre y virgen a un tiempo mismo; y mientras su purísima frente había de reflejar siempre todos los resplandores del rostro de Dios, debía llevar también como sencillo y único adorno una corona de fragantes lirios de pureza graciosamente entrelazados con las encendidas rosas de la maternidad.

Por esto nos dió el Señor en la persona de Achaz, como lo refiere Isaías, este gran signo; "Una virgen concebirá y parirá un hijo, cuyo nombre será Emmanuel" (1), nombre propio del divino Redentor, porque su interpretación es Dios con nosotros.

Tan singular grandeza arrebató la mente del profeta Rey, haciéndole exclamar: "Levántate, Señor, tú y el arca de tu santificación" (2); y le hizo entrever una creación sublime, sobre todos los esplendores de esta Creación visible, y arrancar de las sonoras cuerdas de su arpa de oro esta hermosísima salutación: "Tú hiciste, Señor, la aurora y el sol" (3); pues así como aparece aquella con sus graciosas tintas antes de que el Soberano venga a alegrar la creación, así apareció María ante la presciencia divina, antes de que apareciese el Sol de justicia, que había de ocultarse en su castísimo seno, cual en abreviado cielo, y al decir de San Bernardo, cual en diáfana nube que le vistiese con las galas humildes de su humanidad, y a quien El vistiera con los resplandores de su divinidad.

Si; al predestinar a María, el Señor la dijo, lo que inspiró más tarde a Salomón: "Toda hermosa eres, amiga mía, y mancha no se halla en tí" (4); y no receló el Señor que lo hiciese gustar la amargura de la ingratitud de la primera Eva, que había de responder al beneficio de su creación con la deslealtad de la soberbia, que la indujo a trasgredir el divino precepto, porque sabía el Señor cuánto podía la inmensa gracia que le había de otorgar y la fiel correspondencia, que no la haría ociosa, pudiendo ella decir antes que el apóstol de las gentes: "Por la gracia de Dios soy lo que soy y esa

(1)—Cap. 7. vs. 11 a 14.
(2—Ps. 131 v. 8.
(3)—Ps. 73 v. 16.
(4)—Cant. c. 4 v. 7.

gracia no estuvo ociosa en mí" (1). Por eso el Señor ha querido "oir su dulce voz", como lo canta Salomón, "pues su voz es dulce y su rostro hermoso" (2) ;y María ha respondido a ese deseo, enseñando la humildad a los ángeles del cielo, en el momento sublime en que Gabriel le pide su consentimineto para que sea Madre de Dios; y mientras que la primera Eva, en su coloquio con el ángel malo quizo ser como Dios, esta Eva de otra creación, en su coloquio con el ángel bueno, se apellidó "la esclava del Señor", sometiéndose, humildemente, a sus inexcrutables designios; y al oirse saludar por la asombrada Isabel, llamándola Madre de su Señor, prorrumpió en un cántico, que la hace reina de todos los profetas, y que comienza con esta palabra abrumadora de la inteligencia humana: "Mi alma engrandece al Señor", palabra que no entendiéramos de una criatura, sino consideráramos con el angélico doctor que, aunque su capacidad es limitada, tórnase cuasi infinita por la obediencia; y si no recordásemos que si San Lorenzo Justiniano ha podido decir, en cierto sentido, "la carne de Cristo es carne de María", nosotros podemos también decir: el alma de María, engrandecida por el alma de Cristo, que ha tomado carne en su seno, y que, es engrandecida por la persona del Verbo estrechamente unida a esa alma y a esa carne, engrandece a Dios, porque es el eco de la grandeza de Dios.

Y así, no debe admirarnos que al ver el Padre Eterno en su Verbo increado los ejemplares de la creación, los viese también reflejados en María, la futura Madre de ese Verbo; y por eso dió al firmamento el suave azul símbolo de la paz de su alma; y a las estrellas un rayo de la luz que derraman sus ojos; y al sol esplendor para que fuese manto de su hermosura; y a la luna su luz de plata, porque fuese escabel de su diáfano pie; y a los luceros hizo brillar, porque osasen formarle diadema; y a las flores dió algo del perfume de su aliento; y a los montes altura, porque simbolizasen la elevación de sus virtudes; y entrañas de fuego, porque nos dijesen el ardor de su caridad; y a los lagos hizo el Señor tranquilo espejo de las magnificencias del firmamento, porque nos recordasen que María es el espejo del que es llamado la Justicia; y a los ríos, que David contempló haciendo manos de sus ondas para aplaudir la grandeza de Dios dió impetuosa corriente, porque nos recordasen el río caudaloso, que alegra la ciudad de Dios; y a los cedros los hizo incorruptibles, en vista de la inco-

(1)—Cor. 6. 15 v. 10.
(2)—Cam. 62· v. 14.

rruptibilidad de la que es comparada a los de Líbano; y a las palmeras dió la gentileza de su talle y el frescor que alegra la aridez del desierto: y a los mares dió extensión y profundidad y aguas salobres, porque midiésemos la grandeza, la profundidad y lo amargo del dolor de María al pie de la Cruz; y a la noche dió espesas tinieblas, porque representasen la tristeza de María en el Calvario; y creó las notas de la música, tomando los acentos e inflexiones de la voz dulcísima de María.

He aquí, señores, como Dios hizo todas las cosas nuevas en ella, en vista de ella y para ella, la reina de la creación, antes de limpiar las manchas de esta creación, en donde el hombre deja la triste huella de sus miserias; de esta creación que será renovada en el día último de los tiempos por el fuego de la purificación, que nos anuncia el apóstol San Pedro, y al que se refieren las palabras que oyó San Juan desde Patmos, y que yo he aplicado a María Santísima, por ser ella la obra más perfecta entre las obras de Dios.

Contemplad, señores, el alma inmaculada de María, reflejando la grandeza de Dios, cantándola como la cantan los cielos, como el firmamento, que es la obra de sus manos; y decidme si María no es un nuevo cielo, más hermoso él solo que todas las hermosuras del que aparecerá después de la purificación del globo: *vide norum celum.*

Admirad conmigo la sanidad y la fecundidad de su carne virginal, tierra de bendición, en la que el Profeta Isaías vió brotar una vara misteriosa, en la vara una flor, y sobre su cáliz el Espírtu del Señor (1). Nueva tierra, tierra única, de la que ha sido formado el cuerpo del nuevo Adán, del excelso Reparador de las ruinas causadas por el Adán antiguo; tierra sagrada, que Dios no ha dejado sobre la tierra que pisamos, y que los ángeles han llevado a la gloria para engrandecer el cielo. *Terram novam.*

Cielo y tierra, que son la creación más sublime, porque son la renovación más completa de todo lo creado. Ydijo el que estaba asentado en el trono: *Ecce nova facio omnia.*

Y volviendo ahora los ojos a ese altar, sobre el que corre diariamente la sangre del cordero sin mancilla, y desde donde él habla a su padre en favor nuestro, siendo más elocuente la voz de su sangre, que pide misericordia, que la del inocente Abel que clamó al cielo contra el fratricida Caín; volviendo los ojos al santuario, en donde los ancia-

(1)—Cap. 11 vs. 1 y 2.

nos del Señor rodean al cordero inmaculado, que ha roto los sellos del libro de la vida, y desciñendo sus coronas, las arrojan en humilde homenaje ante ese cordero degollado y en pie desde el origen del mundo: ¿Qué vemos, señores? Vemos a un venerable Pontífice, ilustre representante del Vicario de Nuestro Señor Jesucristo, que se apresta a inmolar místicamente la Sagrada Víctima, que luego bajará del Cielo al imperio de su palabra cuasi omnipotente. Vemos también a otro Pontífice que va a solemnizar, por la recepción del sagrado Palio, símbolo de la dignidad de Metropolitano, que va a solemnizar, repito, el desposorio que ya contrajo con la Iglesia de la que fué pastor Toribio Alfonso de Mogrovejo el ilustre entre los ilustres, que a una con San Carlos Borromeo, Arzobispo de Milán, restableció la disciplina eclesiástica, propagando y haciendo ejecutar las sabias disposiciones del santo Concilio de Trento.

He nombrado a Toribio, señores, y él alegra y explica nuestra fiesta de hoy. Mucho amó a esta Iglesia, que convirtió en un pedazo de cielo; mucho amó a esta tierra, en la que sus lágrimas y la sangre de sus penitencias y el calor de su oración hicieron brotar regaladas flores, sazonados frutos; flores que, como Rosa de Santa María, fueron trasplantadas en edad temprana para embellecer los cármenes del cielo. Todavía nos ama, y aún con mayor perfección que aquí nos amó; su ruego, que aquí alcanzó tanto, no alcanza menos sino más, allá en el cielo.

¿Quién podrá negarme el derecho de pensar al ver ocupado su trono por la primera vez por un hijo del Seminario que él fundó, y al ver ejerciendo la primera magistratura de la nación a otro hijo del mismo Seminario, que tantos desvelos y amarguras costó a su gran fundador; al ver ocupadas las sillas de este ilustre senado eclesiástico, en su mayor parte por hijos de Toribio, que forman apretado cerco al Pastor, y le prestan complacidos todo el auxilio que pide a su ciencia, a su corazón filial y a sus cabellos emblanquecidos. ¿Quién me negará, señores, el dulcísimo consuelo de creer que Toribio de Mogrovejo ha negociado ante el Trono de la Misericordia Divina, como un noble Plenipotenciario de esta Iglesia, los bienes de que hoy disfrutamos? ¡Templo arruinado y cerrado por años a la celebración de los divinos oficios y a las expansiones de la piedad, restaurado hoy, magníficamente por la piedad de los legisladores de mi patria y el celo de un Nehemías a quien no necesito señalar, por que en todos

sus ángulos se oye el eco de su nombre! ¡Cátedra de Toribio por tantos años ocupada por ancianos a quienes encorvaba el peso de los años, y cuya mano trémula no podía sostener con vigor el cayado pastoral, hoy rejuvenecida por la presencia de un Prelado cuya vida apenas toca los linderos de la madurez, que aún se abraza con la época de la segunda juventud! ¡Pocos meses de gobierno provisorio, y ya el culto divino siente la acción de su diestra solícita, y el Santo de los Santos recibirá en el trono augusto en que se ostenta su Majestad velada, adoración y ruego contínuo, en medio al silencio, al respeto, al anonadamiento; y el Seminario, almácigo preparado por la Iglesia para dar al santuario ministros idóneos, recibe ya el impulso que le dá la observancia de los sagrados cánones, limpios estos del polvo del olvido que les cubriera; y los asilos de las vírgenes del Señor son visitados solícitamente para remediar sus necesidades, porque también son ellas ovejas y escogidas de este rebaño; y una hermosa porción de esta Iglesia, que mañana florecerá por los cuidados de su Pastor, ve despuntar, aplaudida por el Metropolitano, celoso más de la gloria del Señor que de la extensión de su autoridad, ve despuntar, repito, la aurora de su emancipación.

No terminaría, señores, si pretendiera enumerar todos los bienes presagio de otros mayores, que forman ya luciente aureola de merecimientos ante Dios y los hombres, en torno de esa frente, que va a inclinarse ante el Pontífice para afianzar con solemne juramento los vínculos que han de ligarle con el Padre común de los fieles, con nuestra Madre la Iglesia y con esta porción de ella, que han engrandecido, no solamente Toribio y Rosa, sino también Francisco Solano. Martín de Porras, Juan Masías e innumerables siervos del Señor, cuyos huesos se estremecen en sus tumbas, diciendo: ¡Quién como tú, oh Dios nuestro!

Bendito sea Dios, señores, que nos ha dejado antes de morir el consuelo inefable de ver nuestra tierra mejorada y casi limpio de nubes nuestro cielo. En verdad que mi alma escucha, llena de respeto y de gratitud, esta palabra, que pronuncia el que está asentado en el trono Altísimo: He aquí, yo hago todas las cosas nuevas.

"Y ahora, Señor, deja ir en paz a tu siervo, porque mis ojos han visto al que será tu salud. A semejanza de Jesucristo que es el primer Obispo de nuestras almas, tú le has preparado ante la faz de los pueblos, que obedecen las insinuaciones de su cayado pastoral. Haz

que sea luz para revelarte a los que no te conocen y que sea la gloria de tu pueblo, de tu nuevo Israel".

Os dejo, señores. Me llaman del cielo. Veo brillar a María, pura, inmaculada, resplandeciente, amable, graciosa, como la vió la aldeanita en las rocas de Massabielle, y me dice: "Yo soy la Inmaculada Concepción", como dijera Dios a Moisés: "Yo soy el que soy", apropiándose su habla majestuosa, porque Dios lo quiere. Me dice . . . . . Vuélvelo a decir, madre mía, que me das la vida: "Yo soy la Inmaculada Concepción".

Seguidme, señores, al cielo; dejad las miserias de la tierra. . . . . . Olvidad hasta el santuario resplandeciente y abrid los ojos de vuestra alma que voy a descorrer el velo. Al pie del trono de la majestad divina está el trono de María: los Tronos le sostienen, los Querubines le hacen dosel, los Serafines inclinan sus altas frentes ante el brillo de su gloria. Los Patriarcas, y entre ellos Adán y Eva, reconocen que es su reina: y su bienhechora; su reina por la fe, su bienhechora por la redención. Los Profetas se arrodillan y la confiesan su reina por la esperanza: los Mártires le ofrendan sus palmas y coronas y la declaran su Reina por la caridad. Los Apóstoles la reconocen como Madre y Reina de su ilustre colegio, porque ella es el primer testigo de Jesucristo, y su celo, el alma del celo apostólico. Los Doctores le ofrecen los inmarcesibles laureles de la doctrina, porque ella es trono de la sabiduría; los Confesores también la aclaman Reina porque ha sido el modelo y el aliento de sus virtudes. Las Vírgenes le baten palmas alabando su prudencia, y los Anacoretas la adoran en silencio como la adoraban en la soledad voluntaria de los desiertos.

Y Pío IX, el más Pío entre todos los Píos como le apellidó un venerable sacerdote, arrodillado sin sentir cansancio, ante el trono de la que amó y glorificó en su vida, trocada la Tiara por una corona de luz que María ha puesto en sus sienes venerables, agita incesantemente un incensario de oro lleno de perfumes ante ese trono, desde donde ella vierte sobre los bienaventurados la luz y el amor que irradia el corazón del Verbo humanado, y que es el río caudaloso que alegra la Ciudad de Dios.

Angeles de Cesárea, de Lima y de las otras regiones que os reconocen por sus tutelares venid conmigo a gozar de estas dichas; llevad sobre vuestras alas al insigne bienhechor de esta Iglesia; lle-

vadnos a todos,, llevadnos a ese cielo, en donde se enjugan las lágrimas, cesan los temores y se goza de una felicidad perdurable.

Mas ¿qué decía yo? La iglesia y la Patria os necesitan; la gloria de Dios quiere que trabajéis por ella. Jesucristo y María subieron al cielo después de su martirio. A los grandes premios no se puede llegar sino por los grandes trabajos, Glorifiquemos a Dios por nuestras obras, y Ey premiará nuestras obras con su gloria.

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: su labor en la prensa nacional -:-:-:-:-:-:-

La génesis de la guerra con Chile. Patrióticos artículos publicados en el diario "La Sociedad"

La Reivindicación Chilena (*) : - : - : -

Extraña por demás, é incalificable es la conducta de la República Chilena en el conflicto con la de Bolivia.

Suponiendo gratuitamente que Chile tuviera la justicia que cree tener en sus reclamos por violación de pactos sagrados;—cosa de que no hemos de ocuparnos hoy por contemplarla innecesaria;—dado y no concedido que su litigio con Bolivia estuviera decidido por juez instruído e imparcial; en una palabra, colocada la República de Chile en la condición jurídica mas ventajosa, lo que, por cierto, aun no ha sucedido ¿cuáles eran los caminos que legítimamente podía tomar?

Solo dos: el *ultimatum* a Bolivia, para llevar despues la guerra a su territorio, como el último medio de hacer efectivo un derecho, *previamente declarado* por árbitro, y demostrado en un *manifiesto* a las Repúblicas vecinas y amigas: o la ocupación *temporal y transitoria* de una parte del territorio boliviano, como *una medida coactiva* para hacer entrar a su contendiente en el camino de la justicia que le denegaba; ocupación que tambien ha debido explicarse a los vecinos y amigos, para evitar alarmas y sospechas desagradables contra el ocupante.

Una de esas dos sendas habría seguido cualquiera nación civilizada y pundonorosa, a quien tanto importa hacer efectivos sus derechos como dejar bien puestas su honra y circunspección ante los espectadores de sus actos. Y esa mesura, lejos de mortificar y mucho menos de hacer prescribir la acción jurídica que Chile pretende ejercer contra

(*)—"La Sociedad"—Marzo, 13 de 1879.

Bolivia, habría puesto de su parte a todo el mundo, insinuado en los ánimos el favorable concepto de que un Estado, relativamente poderoso por su marina, y que podía *abusar* de su poder, se contenía dentro de los límites de una hostilidad estrictamente necesaria para hacer respetar su derecho conculcado.

¿Ha hecho eso la República de Chile? Por desgracia, ha practicado todo lo contrario: sin previo arbitraje; sin *ultimatum* a Bolivia; sin notificación a los Estados vecinos; sin declaración de que la ocupación era solo *transitoria*: y peor que eso, invocando una *reivindicación*, que podemos llamar *vandálica*, ha ocupado, con sus naves de guerra y con su ejército, una parte del litoral de Bolivia; ha tomado solemne posesión de ese territorio, enarbolando su estandarte, nombrando autoridades políticas, lanzando del país a las autoridades bolivianas, y hasta ejerciendo actos de dominio real en un suelo extraño, uno de cuyos productos, el salitre, se apresura a extraer y enviar fuera del país en naves preparadas al efecto.

Si un individuo hiciera esto con otro, ya sabemos el nombre que se conquistaría. La falta, por no decir algo mas duro, ¿desaparece acaso por que es un Estado el que la comete? ¿Hay una moral para los individuos y otra para las Naciones?

¿Qué deben pensar los vecinos de Chile de su futuro respeto por los linderos ajenos, en vista de la ocupación de Antofagasta, Caracoles y Mejillones?

¿No debe prepararse la República Argentina, para evitar una ocupación de los terrenos que, hace poco, le disputaba Chile?

Y, si llegase a sancionarse el despojo inferido hoy a Bolivia, y entrase Chile en posesión no contradicha de ese litoral invadido ¿podría contar el Perú con la seguridad de sus fronteras? ¿No tendría nada que temer de la hidalguía de los reivindicadores de la costa de Bolivia?

Poco importa que la prensa de Chile insulte al Perú. Los insultos no declaran ni *justicia* ni *fuerza*, que son las únicas cosas atendibles en una contienda como la presente: la justicia, para acatarla y la fuerza, para repelerla. Los denuestos solo demuestran violencia de ánimo y poca cultura: "El poder, cuando es débil, es violento" ha dicho un escritor contemporáneo.

Algun órgano de publicidad de Chile denostó a los peruanos, en 1865 o 1866, porque no habían destruído a los Españoles, reivindica-

dores de las islas de Chincha; aun sugirió la especie de enviar *crinolinas* a los hijos del Perú. Estos callaron. La escuadra Española bombardeó a Valparaiso en Mayo de 1866 y no fué fulminada por aquellos bravos; pretendió bombardear el Callao, y lució entonces para el Perú el 2 de Mayo, de recordación para la América.

Siga, pues, la prensa chilena ofendiendo al Perú con sus dicterios, que no cambiarán la regla de conducta de quien, fuerte en su derecho, camina siempre por sendas de moderación; no usurpa, bajo de pretexto alguno, ni una pulgada de ajeno territorio; ni hace ostentación de sus medios de defensa; ni se envanece con ellos, cual chiquillo que se goza en poseer un juguete peligroso.

En la campaña abierta por Chile, de tan extraño modo, hay jueces caracterizados, que contemplan su proceder, para dar un fallo histórico. Las Repúblicas de Sud-América conocen ya los primeros hechos y darán ese fallo en tiempo no remoto.

El Perú y Chile (*)

Cada día que pasa, despues del 14 de Febrero, fecha de la invasión chilena en el litoral de Bolivia, se acentúa más la repulsión, que sienten los ánimos rectos y levantados, al contemplar las evoluciones de esa política descabellada, que ha llevado a Chile a buscar la compensación de una derrota moral en el río Santa Cruz por el asalto de un territorio indefenso, que estaba, está y ha de estar bajo la garantía del derecho público americano.

Quizás lo haya comprendido así el Gabinete de Santiago, cuya conducta mesurada y circunspecta, al decir de las hojas periódicas de esa República, hace contraste con los arranques de una plebe inculta y apasionada, que lo arrastra mal su grado por un camino de precipicios. Ciertos tribunos de ese país, que desean alcanzar popularidad, o darse a conocer a las turbas frenéticas, y aún ciertos diarios chilenos, a quienes su vocación lleva a formar la plebe de la prensa; los que hablan y los que escriben como quien dispara un arma de fuego serán, a no dudarlo, responsables en gran parte de los desaciertos que puede cometer un Gobierno, condenado a respirar para vivir en una atmósfera saturada de pólvora y de sangre;—esa es la que le han formado los que solo le perdonarán sus debilidades pasadas a precio de una energía de mal tono, que bien pudiera llamarse obstinación inspirada por la codicia.

Es difícil comprender en el Perú hasta dónde puede extraviar el criterio público en Chile un propósito de acrecer su territorio y de au-

(*)—"La Sociedad"—Marzo 17 de 1879.

mentar sus veneros de riqueza. No sintiendo los peruanos aquellos estímulos; careciendo de tradiciones de mercantilismo en su política; habituados a mirar las cuestiones por el lado de la justicia y del honor nacional; los que rechazaron como leones la invasión española el 2 de Mayo de 1866, retrocederían cual mansos corderos ante un derecho incontestable, como es el que tiene Bolivia a los territorios que hoy pretende Chile *reivindicar*, o *recuperar en lenguaje de su Ministro* el señor Godoy. Siendo la masa de nuestro pueblo de una cultura muy superior a la de la masa del pueblo chileno, puede asegurarse que miraría con ceño la política de usurpación que inaugurase el gobierno más popular.—Esa política haría caer entre nosotros al mandatario más simpático, y esa es precisamente la única que puede sostener en su solio vacilante al Presidente de Chile y sus consejeros. ¡Cuánta diferencia hay, pues, de uno a otro pueblo!

Así es natural que mientras que aquel Gobierno se esfuerza por cumplir los deberes de la hospitalidad, de la cortesía, y los preceptos del derecho de gentes con nuestro Enviado especial, el señor Lavalle, la prensa de Chile reproduzca, sin la severa corrección que merece, esta inculta y *rotosa* expresión de un discurso pronunciado ante el pueblo: *que el Enviado peruano debe ser recibido a puntapiés.* No se prestarían los tipos de nuestra prensa a escribir semejante frase, aun tratándose del más insignificante de los agentes diplomáticos de una República microscópica; pero los de la de Chile la han combinado sin duelo, declarando así que ven sin repugnancia cocear a las bestias, y que el ejemplo pudiera ser digno de imitarse.

¿Como será, pues, posible que tenga buen éxito la misión conciliadora, encomendada al distinguido Señor Lavalle?

Ni las altas dotes de ese diplomático; ni sus instrucciones, ceñidas a la mas estricta justicia y conveniencia; ni la buena acogida, que ha merecido del Gobierno de Chile; ni los dictámenes de la justicia y de la prudencia que, debemos suponerlo, han de prevalecer en los consejos de aquel gabinete: nada será parte, en nuestro juicio, a evitar el conflicto que se prevé entre los pueblos de Chile y el Perú. Por que aquel pueblo quiere la guerra, nos tiene un odio profundo, y mal disimulado en tantos años, que van corridos desde que, por nuestro mal, le hicieron intervenir en una de nuestras contiendas domésticas; por que ese odio es atizado por la negra envidia, que domina al pueblo chileno, y que le hace entristecer al contemplar nuestro bienestar

relativo; y porque hay por medio un incentivo a la codicia, que mantiene vivas las brasas de la envidia y las llamaradas del odio.

Sea! puesto que así lo quieren: Ni el gobierno de Chile podrá contrariar el sentimiento nacional, ni el Gobierno y pueblo del Perú han de ser tan menguados, que dejen caído en tierra el rudo guante que nos arroja una plebe sedienta de venganza.

Este será el término de la cuestión, iniciada por el violento despojo inferido a Bolivia; y el verdadero móvil de la guerra, el que hemos indicado; y el fracaso de nuestras negociaciones pacíficas, la impotencia de aquel gobierno para volver a su cauce el desbordado torrente de la pasión popular.

Los alegatos del pueblo y de la prensa de Chile, para rechazar la misión conciliadora del señor Lavalle, confirman nuestro juicio. Se alegan tres cosas, y son tres: nuestro pacto secreto de alianza con Bolivia; los aprestos de nuestra escuadra; y el tono de nuestra prensa.

En cuanto a lo primero, su carácter de secreto nos priva de los datos necesarios para analizarlo. Pero, aun suponiendo que ese pacto exista, no se deduce, que por él, seamos enemigos de Chile. Las naciones se ligan entre sí, para hacerse fuertes contra cualquiera invasión probable o simplemente posible; y ese concierto no se ha traducido nunca como una provocación al vecino, ni como el propósito de invadirle. Mas deberán temer Bolivia y el Perú, si Chile llega a tener un aliado, pues ya se ven sus tendencias invasoras, sus propósitos de reivindicación aún cuando aparezca solo en el campo de las provocaciones. Por otra parte: por estrechos que fueran los compromisos del Perú, a virtud del pacto aludido, jamás pudieran traducirse como la abdicación de su criterio político y de los principios de justicia, que siempre han normado su conducta, y que no le permitirían nunca asociarse a nadie en una guerra injusta y escandalosa. Grave empeño es el juramento pero éste no liga la conciencia de la Nación á cometer delitos, por que "el juramento no es vínculo de iniquidad." Así, el pacto con Bolivia, atentos estos principios y los antecedentes de rectitud que pueda invocar el Perú, no es sino un *pretexto* alegado por el pueblo de Chile, para no entrar en el sendero de la conciliación y de la justicia.

Los aprestos de nuestra Escuadra no significan *guerra*, sino *previsión*. En el caso inevitable, no estaremos desapercibidos; que eso fuera imperdonable falta en un Estado provisto de medios de defensa, hace largo tiempo, sin que haya incomodado por eso a sus vecinos.

Todo lo contrario se vé en Chile; apenas tiene dos blindados poderosos, cuando se apresura a deshonrarlos, invadiendo puertos indefensos, no para conminar, sino para *reivindicar!* ¡Se vé que la semilla de Mazarredo ha germinado en Chile a la par de ¡trigo!

Por último, el tono de nuestra prensa ha subido a compás del tono que ha ido tomando la de Chile, salvas las diferencias del habla castellana, cuyos fueros hemos de respetar, y las que trae consigo la cultura del país, que puede indignarse, hacer reproches, fulminar anatemas contra el delito de *laeso jure americano*, y aún poner en ridículo la quijotezca empresa, mas sin descender hasta el punto que suelen hacerlo nuestros émulos.

Eliminados así los pretextos, queda en pié y de relieve la indisposición de aquel pueblo, hoy belicoso, ayer moralmente derrotado, inerme en el año de 1866 ante el bombardeo del mejor de sus puertos, descuidado en Abtao, en donde despreció los laureles que pudo segar junto con nosotros, pero valeroso en la captura del *Covadonga*, en la que una bandera *inglesa* tuvo que presenciar la hazaña mas extraordinaria en los fastos de su naciente marina de guerra. Tenganlo presente nuestros marinos, por si llega el doloroso extremo de ir a medir nuestras fuerzas navales con las hoy *triunfantes* en Antofagasta, Mejillones y Cobija!

Las tendencias de Chile y las conveniencias de Sud-América (*) : - : - : -

I

El desarrollo de los acontecimientos, que se han sucedido desde el 14 de Febrero, nos lleva naturalmente a echar una ojeada retrospectiva sobre la política de la República de Chile, y otra previsora sobre su porvenir, en relación con los Estados de Sud-América.

Con la tranquilidad del filósofo, que estudia los hechos para investigar las leyes a que obedecen, y descubrir en ellos las intangibles huellas del espíritu humano que les ha dado ser; sin que nos domine otra pasión que el amor a la verdad y a la justicia, iremos en pos de la una y declararemos la otra, en los momentos providenciales y solemnes, que ha creado para la América Meridional el hecho singular, consumado recientemente por la República de Chile en las aguas del litoral de Bolivia, y que ha alarmado justamente a las Naciones vecinas y amigas.

Invoquemos de pronto algunos antecedentes indispensables.

Por el *uti possidetis* del año 1810, la República de Chile, que es la antigua Intendencia de ese nombre quedó constituída de muy diversa manera que lo fué en el año de 1863, en que el General Melgarejo le *cedió* tres grados al Norte de ella y Sur de Bolivia, y le dió partici-

---

(*)—"La Sociedad"—Marzo 24 a Abril 1o. de 1879.

pación en los provechos de la venta de *su* guano, esto es, del guano de Bolivia. Acto generoso aquel, realizado en aras de la concordia entre Naciones hermanas, que exigia a Bolivia un sacrificio de territorio y de dinero para satisfacer la ambición de su inquieta vecina. Acto internacional, que daba a Chile mayor territorio que el asignado por su Constitucion política. Acto profícuo para Chile, que veía con dolor agotarse la riqueza mineral de Copiapó, y que vino a tiempo a consolar sus tristezas con la explotación de terrenos argentiferos como los de *Caracoles*, franqueados sin gravámen por Bolivia a su querida hermana la República de Chile.

Ésta cogió la dádiva, participó de los productos del *guano*, se enriqueció con las explotaciones de minas, y se puso a explotar el *salitre*, que apareció muy oportunamente en terrenos de Bolivia, para compensar a Chile la pérdida que hacía a la sazon, por que el Perú, por un acto de dominio eminente, expropió a los salitreros de Iquique, en su mayor parte chilenos, e indemnizó a los propietarios, a tenor de lo prescrito en el artículo relativo de su Constitución política, y por altas conveniencias del Estado.

El Perú alejó de si entónces, con una política previsora, lo que hoy ha sucedido a Bolivia, mas confiada que él en sus tratos con la República su vecina.

Una disensión entre las Cancillerías chilena y boliviana, acerca del impuesto fiscal sobre la exportación de salitre: disensión en la que Chile alegaba que, por sus tratados con Bolivia, no era dable el impuesto, y amenazaba con la ruptura del tratado; y Bolivia replicaba que ese impuesto no estaba vedado por el pacto internacional, porque nacía de un contrato particular del Estado boliviano con una empresa explotadora de salitre, a la que, en cambio, se le habían concedido extensos terrenos en el territorio boliviano: esto es, un litigio que, por su naturaleza, llevaba a la Compañía salitrera a intentar la *acción de despojo* ante los tribunales de justicia de Bolivia, y reducía la acción diplomática, primero, a interponer sus buenos oficios, y, segundo, en el mas adverso caso, a intentar una reclamación diplomática *por denegación de justicia* a súbditos chilenos, *cuando estuviera ejecutoriada la sentencia de los tribunales de Bolivia, y no antes;* ese litigio, repetimos, se ha sacado por la Cancillería de Santiago de su terreno propio, que era el fuero común *en primer término*, y, festinando trámites; se le ha arrastrado al fuero diplomático *extemporáneamente*. También

se ha seguido la misma política en ese fuero; pues, sin recurrir al arbitraje, pactado para estos casos por los gobiernos de Chile y de Bolivia, se ha encomendado el *laudo arbitral* a las fuerzas de mar y tierra de la República chilena, que han obtenido ya su primera incruenta victoria en las aguas del litoral de Bolivia, en donde se enseñorean, a pesar de los botes fleteros bolivianos, y en el desierto de Atacama, que dominan, después de haberse retirado *cuarenta hombres* de policía de Bolivia!

Ni aun para dar este paso de tan grave trascendencia ha sido Chile observador de las formas establecidas por el derecho de gentes, pues la invasión, *reivindicación*, o *reocupación* se ha consumado, sin prévia declaratoria de guerra, sin una exposición detallada y razonada del Gobierno Chileno a los Gobiernos de los Estados vecinos y amigos; y, *aindamais*, sorprendiéndoles con la palabra *reivindicación*, que declara el propósito inquebrantable de adueñarse perpétuamente del territorio violentamente ocupado, pese a quien pesare, magüer se quejen la justicia ultrajada, al ver a Chile constituirse en juez y parte, y las Naciones de América, al contemplar el acrecimiento del territorio chileno por un golpe de mano, que revela sus propósitos ambiciosos, que rompe el equilibrio sud-americano, y dice a los Estados vecinos y amigos: "sin vosotros, y aún contra vosotros, haré lo que me plazca, y lo que convenga a mis intereses: *quia nominor Leo*, esto es, por que tengo los blindados contra los cuales se estrella vuestro derecho". "Lo veremos! responden las Naciones; habeis procedido como el Cóndor, que llevais en vuestro escolio, y que se lanza sobre su presa indefensa, que ha divisado en el valle, descuidada e inerme; pero también lleváis en esas armas un *guamul*, que no existe en la fauna de Chile, del cual no hay un sólo ejemplar en vuestro museo zoológico;—es decir que esas armas mienten, declaran una fábula, y fábula será en las edades vuestra pretendida actual conquista."

Ponemos remate a este artículo, reservando para el próximo el estudio retrospectivo de la poltica de Chile, y las obligaciones que impone a las Repúblicas de la América meridional.

El asunto es de suyo interesante, y nuestros lectores no llevarán a mal su aplazamiento, a fin de estudiarlo mejor.

II

Tenemos que rectificar, antes de proseguir este artículo, un error

involuntario, en que incurrimos, al fijar el año 1863 como el punto de partida del acrecentamiento del territorio chileno. Este tuvo lugar el año de 1866, en que se firmó el tratado de límites entre Bolivia y Chile, como se vé por el texto, que hemos publicado el Sabado 22 del presente mes.

Pasamos ahora a estudiar los verdaderos límites de la República Chilena, para averiguar si realmente tiene derecho a las zonas comprendidas entre los paralelos 25 y 24 y 24 y 23, es decir, a la faja de 40 leguas de ancho, que *intenta* reivindicar de la República Boliviana.

Ese estudio nos conducirá lógicamente al descubrimiento de las tendencias de Chile; y, demostradas aquellas, no estarémos lejos de conocer las conveniencias de la América del Sud ante las tendencias invasoras de un miembro de esta familia americana.

El tratado de límites, a que nos referimos, fija el *paralelo 24 de latitud meridional* como la línea de demarcación entre Chile y Bolivia; de suerte que, estando a lo que Chile declara, su territorio se extiende todo el grado 25, *pero no más al Norte*, y quedan asignadas a Bolivia las 20 leguas que forman dicho grado 24 y lo separan del 23, así como las 20 que hay entre el 23 y el 22.

No hay, por tanto, al decir de Chile, derecho en éste para llamar suyas las 40 leguas que forman los paralelos 24 y 23; y lógico es agregar que tampoco hay derecho a la *reivindicación*, que Chile ha proclamado, asombrando a la América.

Aun es más explícito Chile: en el artículo tercero del tratado de límites, pactó con Bolivia que ésta habilitara la bahía y puerto de *Mejillones*, estableciendo en ella una aduana, etc., y Chile se reservaba el derecho de intervención para verificar las entradas fiscales, de las que Chile había de participar, segun el tratado.

Si esto no es reconocer el señorío de Bolivia sobre aquella bahía, no sabemos cómo hubiera podido expresarse con más claridad. Compárese ahora esta declaración, aprobada por el Congreso de Chile, es decir, por la Representación nacional de esa República, con la *reivindicación* de la bahía de Mejillones, hecha por un *blindado*, y se comprenderá que Chile ha interpretado el mote antiguo de sus armas *en dos tiempos diversos*. En 1866 pactaba, por razones de conveniencia entre esa República y la de Bolivia, y podía grabar, en el escudo de armas con que refrendó el tratado, esta parte de su lema: *Por la razón*:

y en 1879 *reivindica*, por obra y gracia de un blindado, lo que en 1866 declaraba ajeno; de suerte [illegible], en su [illegible] Bolivia, la parte más interesante de ese mote: *Por la fuerza.*

Analizados ligeramente los artículos pertinentes del tratado de 1866 y los hechos consumados en 1879, pasemos a estudiar [illegible] históricos de Chile, para inmutar como él quiere la geografía de Sud-América.

Mr. Letronne, en su curso completo de Geografía universal, edición de Madrid, 1845, asigna a las Repúblicas de Bolivia y Chile los límites que se desprenden de la siguiente posición astronómica: Bolivia. *Longitud occidental*, entre los grados 60 y 73 *Latitud austral*, entre los 11 y 24. Chile *Longitud oriental*, entre los 72 y 77 incluso el archipiélago de Chiloé. *Latitud austral*, entre los 25 y 44.

De donde resulta que las zonas comprendidas entre los grados 25 y 24 y 24 y 23 de latitud austral *pertenecen* a Bolivia, y no a Chile, pues el renombrado géografo asigna a la primera todo el grado 24 y a Chile el 25.

Mr. Bescherelle, en su Gran Diccionario de Geografía universal, antigua y moderna, impreso en París el año de 1858, asigna a Bolivia la siguiente posición: entre 9o 30' y 25o 40' de latitud Sur, y 60o 20' y 73o 20' de longitud oeste; y a Chile, entre 25o 20' y 44o de latitud Sud y 72o y 77o de longitud oeste.

La incontestable autoridad de este distinguido géografo otorga, pues, a Bolivia aun mas allá del grado 25 hacia el Sud, y solo concede a Chile una parte del grado 26, que no llega al 25.

Por tanto Mr. Bescherelle es contrario, *en nombre de la ciencia*, a la *reivindicación* pregonada por Chile, en nombre de su derecho, que, hasta ahora, es solo el derecho de *la fuerza.*

Prosigamos: la Geografía Histórica del Padre Pedro Murillo Velarde, de la Compañía de Jesús, impresa en Madrid el año de 1752, trae los siguientes autorizados datos, respecto de la cuestión límites: En el tomo 9o., página 286, capítulo XVII, *De las charcas*, o *La plata*, y Amazonas (Bolivia) dice así: "La Provincia de las Charcas, o de la *Plata*, está al Sur confinando con el Perú, por el Río de Nombre de Dios, al Norte de Chile, *con quien confina por el Río Salado*, al poniente del Río Paraguay, y tierras poco conocidas, y al Oriente, sobre el Mar del Sur, o Pacífico. Su mayor extensión de Norte a Sur es desde 14 grados en los confines, con S. Juan del Oro y de Zama, *has-*

ta 25 grados de latitud meridional, en que está el Río Salado".

En el capítulo XVIII, página 301, dice de Chile: "Está al Sur confinando con las Charcas, y el Perú, (Bolivia) *de donde lo separa el Río Salado, que desagua entre Copiapó y Atacama.*

Por tales límites, se vé claramente que el Río Salado es el lindero entre las dos Repúblicas; y como ese río desagua entre Copiapó y Atacama, Chile supo lo que hizo, quedándose en Copiapó hasta el año de 1866, en que se le presentó coyuntura de negociar el desierto de Atacama. Pero no sabe lo que hace, al pretender hacer suyos los grados 25 hasta el 23, porque, segun el citado géografo, Bolivia llega *hasta 25 grados de latitud meridional.*

Otro dato mas: el acreditado, y hoy rarísimo, Diccionario Geográfico=Histórico de las Indias Occidentales por el Coronel don Antonio de Alcedo, e impreso en Madrid el año de 1788, fija los límites entre Bolivia y Chile de la manera siguiente:

PERU (la parte austral es hoy *Bolivia*) "se extiende hasta Tumbes, en 3 gr. 25 min. de latitud austral, *hasta el desierto de Atacama, que es el término boreal del reino de Chile.*

CHILE Se extiende de N. a S. 472 leguas, comprendiendo las tierras magallánicas *hasta el* estrecho, *desde las llanuras* o *desiertos de Copiapó, que es la parte mas septentrional.*

Segun el autor citado, resulta, otra vez, que Chile hizo bien en quedarse en Copiapó hasta el año de 1866, es decir, mas de medio siglo despues de su independencia de la metrópoli Española.

En 1866, sin embargo, *reivindicó*, a buenas, el desierto de Atacama, borrando con su tratado internacional la palabra *hasta,* con que limitan su jurisdicción los geógrafos citados; y hoy pretende *reivindicar,* a malas, los grados 24 y 23, borrando a cañonazos lo que dice el memorado Alcedo, en los artículos relativos a Antofagasta y Atacama, que vamos a transcribir para la inteligencia de nuestros lectores:

Antofagasta. "Pueblo de la Provincia y Corregimiento de Atacama, en el Perú (Bolivia), *perteneciente al Arzobispado de Charcas, anexo al Curato de su capital".*

Atacama. "Provincia y Corregimiento del Perú (Bolivia,) confina por el N. con la de Arica: por el N. E. con la de Lipes: por el E. y SE. con el territorio de Salta, jurisdicción de Tucumam: *por el Sur, en que hay un despoblado hasta Copiapó,* con *el Reino de Chile".*

Estudiados ya los límites entre Chile y Bolivia, preguntamos: ¿qué nombre merecen las tendencias *reivindicadoras* de esa República? y, en segundo lugar, ¿cuál debe ser la conducta de las Repúblicas de S. América, ante esas tendencias, para salvar su reposo y la integridad de sus fronteras?

En el próximo artículo, estudiaremos las trazas diplomáticas de Chile, en algunas circunstancias solemnes para estas Repúblicas.

III

Está visto! Chile se ha arrogado la singular misión de llevarnos de sorpresa en sorpresa, por el camino de sus depredaciones. Así consigue, por lo menos, eclipsar los atentados de ayer con los asaltos de hoy, y nos condena a desempeñar el papel de espectadores asombrados, que no saben qué admirar más: si la sangre fría con que llama *suyos*, y pretende *reivindicar* territorios que geográfica, histórica y aun *constitucionalmente* quedaban excluidos de su dominio, o el arrojo con que se ha lanzado, últimamente, a la conquista de Calama y Cobija, poblaciones que, aun en su más álgida demencia, Chile consideró siempre bolivianas.

Ya no es el propósito de *reivindicar* el que ostenta Chile, al apoderarse de estas últimas presas, pues nunca se atrevió a llamar *chilenos* esos territorios.—No quiso hacerles tanta *honra!* Es indudablemente la segunda parte de su plan agresivo, la que Chile acaba de poner en práctica, al invadir los pueblos mencionados.

¿Será solo una hostilidad contra Bolivia? Pero esa es una hostilidad que a nada conduce, si no es a la división de las fuerzas del invasor. Bolivia no se siente más oprimida, ni más ultrajada por el último atentado, que lo que lo estaba por el primero, perpetrado por Chile el 14 de Febrero. ¡El 14! Por una rara coincidencia ese día fué el escogido por los reivindicadores Mazarredo y Pinzón para apoderarse de nuestras indefensas guaneras, en Abril de 1864; y 15 años mas tarde, en Febrero de 1879, ese mismo día 14 es el día glorioso, en que Chile proclama la *reivindicación* en las aguas de Antofagasta.—*Dios los cría y ellos se juntan!*

Volvemos a preguntar: ¿qué se ha propuesto Chile, al invadir Calama y Cobija? Si no es probable que intente con eso afligir mas a Bolivia; si debe creerse que Chile tendrá el valor de sus actos, e irá a

buscar con su *formidable* ejército a la Nación que ha provocado de tan extraña manera, y que le aguarda formada en batalla en la Paz y en Oruro: ¿acaso Calama y Cobija acercan el invasor a esas ciudades y a esos campos de batalla? ¿No es el puerto de Mollendo (en el Perú) el camino más breve y más fácil para ir a la paz, por Arequipa, Puno y el lago Titicaca? ¿No es acaso Arica (puerto del Perú) el puerto de desembarco para introducir tropas en Oruro? Pues, claro está: si Chile piensa hacer algo de *provecho,* irá como Napoleón primero a imponer las condiciones de paz en ese Berlín y esa Viena, dignos del ardimiento de su ejército y de sus sueños de fantástica grandeza; y el Perú será el camino para esa *rotosa* epopeya!

Ya lo ha dicho el escritor chileno don Zorobabel Rodríguez: Chile no estaría distante de pretender apropiarse el puerto de Arica, si la suerte de las armas le favoreciera.

Y ¿qué significa entonces la fingida sorpresa de Chile, al extrañar nuestros armamentos marítimos y la movilización de nuestro ejército.

¿No sabe Chile que *hay moros en la costa?* Pero ¡qué moros, gran Dios! Los herederos de la fé *púnica.* Los que ayer firmaban pactos que engrandecían extraordinariamente su territorio, y hoy los rasgan por una litis, que sacan de su quicio, para trasformarla en cuestión diplomática; y luego, sin sujetarse a las prescripciones de ese fuero, hacen un *casus belli,* de lo que era asunto de pacífico arbitraje segun sus propios tratados.

Hé ahí a Chile, fotografiado a la ingrata luz que arrojan sus hechos.

Es el mismo que *alquiló* sus tropas para servir los propósitos políticos de unos Jefes peruanos, que decidieron con su valor la campaña de la llamada *Restauración* en 1838; sin que, por eso, deje Chile de atribuírse una gloria, que en ninguna manera le pertenece, y de encarecer unos servicios, que le fueron *pagados* al peso de oro, habiendo sido entregado el ultimo saldo de tan singular cuenta a su Ministro el señor Irrarazabal, que acabó trágicamente en la Villa de Chorrillos.

Es el mismo que ha fomentado siempre las discordias intestinas del Perú, y de cuyas costas han salido el mayor número de expediciones revolucionarias contra los gobiernos establecidos en el Perú y amigos del gobierno de Chile.

Es el mismo que, ante la invasión española del año 1864, permaneció frío, y protestó débilmente, por no romper sus pactos con España.

Es el mismo que, antes de aliarse con [illegible] aliarse con el Ecuador y con España, en daño del Perú, su futuro aliado, como lo demuestran documentos fehacientes, que se publicarán en su oportunidad.

Es el mismo que propuso, en cierta época, a Bolivia que se apoderase de nuestro puerto de Arica, quizás para recibir, en compensación del consejo y de su auxilio [illegible] los territorios que hoy usurpa, con escándalo de la América.

Es el mismo que, habiéndose aliado con nosotros contra España, en 1865, llevó nuestras naves [illegible] go; y, cuando pudo prever el ataque de las naves Españolas, el 7 de Febrero de 1866, salió en su "[illegible]", ([illegible] llamar [illegible], porque la "Covadonga" fué cogida por un ardid infame,) salió, repetimos, a esconderse tras de un peñón, en donde [illegible] truendo del combate, que [illegible] nuestras naves [illegible], por la confianza, que supo inspirarles el comandante chileno, de que allí no serían atacadas.

Es el mismo que quiso, a título de aliado con mando de nuestra escuadra en sus aguas, [illegible] de marina chilena, a los brillantes oficiales peruanos que las servían.

Es el mismo que, después del triunfo de Abtao, combate mandado por el Jefe de la Escuadra Peruana, [illegible] pretendía arruinar nuestra vencedora escuadra en una noche [illegible], dándoles [illegible] que varasen o incendiasen las naves para salvar las vidas de un supuesto ataque de los Españoles. ¡[illegible] regresó de [illegible] almirante Williams Rebolledo!

Es el mismo que ha declarado, en la correspondencia de su Ministro Alfonso, publicada por [illegible] de un chileno, que no tiene mayores afinidades con [illegible] que con las Monarquías, y que su principal intento [illegible] es tener aliados que le den provecho, y ganar tiempo en [illegible] en que no le asiste el derecho.

Es el mismo que quiso [illegible] a su Libertadora, la República Argentina, los territorios que [illegible] el Río Santa Cruz, y que huyó con sus naves, cuando esa República [illegible] envió las suyas al citado río.

¿Qué debe hacer la América ante esas tendencias?

IV

La "exposición de los motivos que justifican la reivindicación por parte de Chile del territorio comprendido entre los paralelos 23 y 24 de latitud Sur" ha venido a poner de manifiesto, de una manera *oficial*, que Chile es una República *peligrosa* para la paz continental de Sud-América; y que, si se la deja preponderar en su loca empresa, ya pueden los Estados Sud-Americanos contar, más o menos tarde, con amenazas de *anexión*, con actos de *reivindicación*, que los victimen por la espalda, como acaba de acontecer a la confiada República de Bolivia.

Porque ¿acaso no podría Chile, en un porvenir no distante, alentado por el buen suceso de su calaverada de hoy, invocar los mismos títulos, ya invocados en daño de Bolivia, para adueñarse de una parte del territorio de cualquiera de estas Repúblicas, que baña el Pacífico? Veámoslo.

Esos títulos son: 1o. el haberse dicho, en un documento oficial de Bolivia, que *Cobija era el único puerto de esa República*. ¡Precioso argumento, en la pluma de un Ministro de Estado, que honraría al mismo Caupolican, y le tornaría de *bárbaro en culto* "por la razón o la fuerza".

El señor Ministro Fierro confunde lastimosamente los términos *único puerto y extremo límite*. Sabido es que todas las Naciones descubren y habilitan *progresivamente* sus puertos, sin que el retardo en abrirlos al comercio amengüe su derecho al territorio en que esos puertos existen. Cuando se trata, pues, de rectificar límites, ha de estarse a los *linderos establecidos*, y no a los puertos habilitados; que puede muy bien una Nación, y especialmente una Nación como Bolivia, cuyas principales poblaciones se hallan muy distantes del mar, ser omisa en el descubrimiento y habilitación de puertos, sin que por ello deba entenderse que renuncia al dominio del territorio en que existan puertos de nueva creación. Argumentando como el señor Ministro Fierro, podía la República Argentina *reivindicar* el puerto *Montt*, que pertenece a Chile, y que, hace poco tiempo, fué abierto al comercio.

Y ahora nos ocurre preguntar: ¿puede inspirar confianza un vecino, que invoca títulos semejantes para rectificar sus límites? ¿No *reivindicará* el pedazo de terreno de su vecino, si a este se le ocurre abrir una puerta o ventana despues de muchos años de poseer su ca-

sa y habitarla? ¿No podrá decir al Juez: mi vecino solo tenía una ventana, y a mi se me debe adjudicar el terreno en que ha abierto la segunda?

El 2o. título es el aserto de algunos escritores, que dan a Chile como límite boreal el paralelo 22. Tan deleznable es este fundamento como el primero. Si *algunos* escritores asignan a Chile ese límite, *muchos* escritores de nota, (y hemos citado cinco, por no citar cincuenta,) le fijan por límite el paralelo 25. Y la conciencia de Chile reflejada en su Constitución política, afirma que su territorio tiene por extremo límite al norte el paralelo 27. El señor Ministro Fierro debía saber que "confesión de parte releva de prueba"; y que vale mas esa declaración oficial de Chile, que todos los alegatos, que pudiera hacer su señoría para agrandar hoy el territorio de su República.

Es el 3er. argumento el que se funda en "las manifestaciones de la voluntad soberana y los actos de jurisdicción, ejercidos por Chile hasta el paralelo 23". Comenzaremos por observar que ese argumento no alcanza a la *reivindicación del paralelo* 22, que hoy acomete Chile con el mismo entusiasmo que acometió la empresa, que trata de justificar su Ministro de Relaciones Exteriores. ¿Se le habrán quedado en el tintero al señor Fierro, o se le habrán *oxidado* los argumentos en favor de la propiedad del grado 22? Pues ya sus naves de guerra han tomado posesión de ese grado..... y no sabemos hasta donde alcanzarán *las manifestaciones de la voluntad soberana y los actos de jurisdicción ejercidos por Chile en esta tercera época de su existencia política.* Las 113 *licencias*, otorgadas por la aduana de Valparaiso para que pudiesen extraer guano diversos buques de Mejillones, Angamos, Santa María y demás caletas del litoral del *desierto* no prueban otra cosa, sino que Bolivia carecía de marina de guerra para impedir esas depredaciones, y que Chile ha sido poco escrupuloso en disponer de lo ajeno. Hoy mismo nos da un ejemplo de ello en la reivindicación de paralelo, que *reconoció* como propiedad de Bolivia en un pacto solemne. Si alega que ese pacto ha sido roto, le responderemos que lo ha roto Chile, por que todo lo que es *roto* es propiedad de Chile, y puede reivindicar el derecho a lo *roto*, que nadie se lo disputará.

Las naves mercantes de Chile acostumbraban probablemente con permiso de la aduana principal, hacer su *agosto* en territorios del Perú, hasta que esta República armó algunos buques para impedir *esas*

manifestaciones de voluntad soberana y esos actos de jurisdicción de Chile en territorio ajeno.

El 4o. fundamento para la *reivindicación* descansa en una exposición de agravios, inferidos a subditos chilenos, y no reparados por el Gobierno de Bolivia. Aun concediendo a Chile perfecto derecho para *quejarse y exigir* reparaciones; de esto a *reivindicar* parece que hay algun trecho, el cual no han de consentir las Naciones que se salve de la manera que lo ha hecho la República de Chile, porque eso equivaldría a convertir el derecho a la *satisfacción de agravios* en el derecho de *conquista*.

Sobre este punto hay algo más que decir: conocidas son las malas tendencias de la plebe de Chile, el *roto* es laborioso, es económico, es infatigable, es emprendedor; pero el *roto* es *reivindicador de lo ajeno* (por no decir otra palabra), es altanero, insolente, camorrista, y apela al puñal para decidir sus contiendas, introduciéndolo, de ordinario, por la espalda. Chile no ignora estas cualidades de su plebe: desde San Francisco de California, en donde dejó muy cimentada su reputación por el año de 1848, hasta la última población de Chile, el renombre del *roto* es indisputable. Dígalo si no el malogrado Portales, que estableció la pena de azotes para moralizar a los *rotos;* dígalo la legislación actual de esa República, que aun conserva esa pena infamante; digalo la discusión habida en las Cámaras representativas de Chile para votar la ley de policía de campo, en cuya discusión dijo un señor diputado a Congreso que el chileno es por naturaleza.... no nos atreveremos a imprimir la palabra, que se pronunció entre chilenos y por un chileno. Dígalo la escena de Ocatara en el Perú, en la que los trabajadores chilenos del Ferrocarril de la Oroya cometieron robos, estupros, asesinatos, en una noche sin rival, dejando asolada una población que los recibió con fraterna hospitalidad. Dígalo la Policía de Santiago, que acostumbra organizar expediciones de *rotos* para las Repúblicas vecinas, a fin de librarse de la zozobra que le causan esos *civilizadores* del desierto! ¿Por qué extrañar, pues, que haya habido en Bolivia algunos abusos, al reprimir las demasías de aquellos hombres, tan feroces como cobardes? Bueno es reclamar del abuso, pero conviene no olvidar en estos casos el renombre de las pocas víctimas, que Chile puede inscribir en su martirologio. Si el Perú hiciera el cuadro de las que ultimaron los chilenos, en una sola noche, en el pueblo de Ocatara, eclipsaría seguramente la dudosa aureola de martirio,

que el señor Ministro Fierro ha colocado en las sienes de unos pocos.

Vista, pues, la insuficiencia de los argumentos alegados por el señor Fierro para la reivindicación o conquista de una parte de Bolivia: ¿qué deben hacer las Naciones Sud-Americanas para prevenir los atentados que Chile puede cometer en sus costas e islas adyacentes, atentados que no descansarían en mejores argumentos que los ya analizados en este artículo? ¿Qué aconseja la prudencia que se haga con el cóndor para que no se lance a hacer presa de cuanto puede provocar sus instintos? Si el cóndor ha de vivir ¿no convendría enjaularlo, cortarle las alas, o siquiera despojarle de sus garras?

V

Resumimos y concluimos.

Chile ha dado, en buena hora, una prueba inequívoca de sus tendencias reprobables y reprobadas, que le hacen, no solo sospechoso a sus vecinos, sino peligroso y antipático a la familia Sud-americana.

Por mezquinos intereses, ha violado estrepitosamente el derecho ajeno, y ha estimado en más un poco de salitre, algunos minerales de plata, algunas leguas de territorio, que la Justicia, la honra, la paz, la sangre de sus hijos y de los extraños, el aprecio de sus vecinos y el progreso, lento pero seguro, a que estaba llamado por su industria y la estabilidad de sus instituciones.

Se ha dejado conducir por el demonio de la ambición y de la codicia a la cima de un monte elevado; el brillo de una improvisada fortuna le ha causado vértigos; y, cayendo de rodillas, ha adorado al tentador. Sí; ha caído de rodillas, como los Israelitas delante del becerro de oro! Por eso están rotas para él las tablas de la ley.

Es un pueblo duro y de corazón incircunciso. Las corrientes magnéticas del metal ejercen poderoso influjo en sus entrañas, porque hay afinidades entre esas entrañas y las entrañas de la tierra, que guarda, avara, los tesoros que seducen a Chile.

Su misma divisa, que explica las tendencias antiguas de esa Nación, lo declara mejor que nosotros: "Por la razón o la fuerza". Y como Chile no se ha mostrado muy aventajado en razones, es claro que *la fuerza* prepondera, como ha preponderado en la escandalosa usurpación iniciada el 14 de Febrero.

Mientras que el *Manifiesto* de su Ministro de Relaciones Exterio-

res es pobre de razones, escaso de títulos legítimos de propiedad, ridículo por ciertos lados a virtud de la inepcia de sus argumentos; mientras la parte de la razón es flaca, que da lástima, la parte de la *fuerza* no deja nada que desear, pues Chile no oculta su propósito, convénzanse o no las potencias a quienes se dirige, de retener para sí lo que ha usurpado con sus blindados poderosos, con sus corbetas más artilladas que las del Perú, con su ejército, que lleva nombres *legendarios* y números de bronce en el kepi, ante los cuales se descubre el *inspirado* señor Vicuña Mackena, para hablar en la jerga que acostumbra y electrizar a aquellos *rotos,* que comienzan por no entender lo que les dice el caballero.

Hay un síntoma muy grave en la monomanía *reivindicadora* de que Chile se halla poseido. Se burla de sus víctimas, los bolivianos, llamándolos *cuicos,* con su habitual desenfado; se burla, y los despoja. Mas, se irrita hasta el paroxismo cuando se ocupa del Perú, que se interpone entre el victimario y la víctima, rogando cortezmente, al paso que no descuida sus aprestos militares, porque sabe con quien se las ha.

Cuando un malhechor asalta en un campo, que reputaba solitario ,a la presa que acechaba su codicia, y logra apoderarse de sus tesoros; si ésta, desarmada y sorprendida, no le ofrece de pronto resistencia, aquel no le infiere maltrato, y, cuando mas, se complace en escarnecerla.—Es lo que hace Chile con Bolivia, sorprendida en el desierto de Atacama—Pero, si un viajero generoso se interpone para impedir el atentado, todas las malas pasiones del agresor vuélvense contra él, y los dicterios, las amenazas, las provocaciones, llueven sobre el noble mediador.—Tal ha sido y es actualmente el proceder de Chile contra el Perú: ahí están su prensa, ahí sus tribunos, ahí su plebe apedreadora de los consulados, ahí su ejército y marina, que, según las últimas noticias traídas por el correo, se entretienen en hacer ejercicio de fuego, tomando por blanco el pabellón bicolor del Perú; ese pabellón, que, al desplegarse triunfante el 2 de Mayo, dió sombra protectora a Chile amenazada por las naves españolas!

¡Lastimosa semejanza la que va buscando Chile! ¡Y peor sería que de la semejanza pasase a la identidad!

Mas, volvamos a emprender el comenzado resumen de tan feos hechos.

Un propósito de ambición y de codicia cegó a Chile; convirtio a esa Nación en gerente de una compañía salitrera; le hizo trocar una demanda de despojo en una cuestión internacional; y, sin ventilar esta, en un *casus belli;* y, sin la declaración acostumbrada, le condujo a la invasión por *sorpresa;* y, de la invasión de mala ley, a la *reivindicación;* y de la reivindicación a la obstinación y a la efusión de sangre de sus hijos y de los extraños: "Un abismo lleva a otro absimo".

Despues, por razones de *estrategia*, se apodera de Cobija y Tocopilla, que no se atreve a reivindicar; "se vé en la *precisa*, pero *indispensable* necesidad" (lenguaje del Almirante Williams Rebolledo) de ocupar militarmente esos puertos.

Debe haberse visto también en la precisa, pero *indispensable* necesidad de insultar al Perú; de consentir, despues del primer asalto en Valparaiso, que se consume el segundo asalto a nuestra casa consular en Antofagasta, que peligre la vida de nuestro Cónsul, que se apedree nuestro escudo, y que todos estos hechos se solemnicen con la presencia de sus tropas en ese lugar, reivindicado en favor de la cultura de que Chile acaba de dar tan brillantes muestras.

Entre tanto, estén seguros los vecinos que sus nacionales, y sus Cónsules, y su Ministro no corren peligro alguno entre nosotros. Aunque nos insulten con sus falsas y calumniosas correspondencias; aunque tengan la petulacia de andar huroneando en nuestras oficinas administrativas, en nuestros puertos y en nuestros arsenales; aunque alguno, poco dado a la templanza, se atreva a decir injurias al Perú y a divisar escuadras vengadoras, que llegan a sus aguas: el pueblo peruano guarda su coraje para los campos de batalla, para los mares en que se balancean sus naves de guerra, para las fortalezas o las playas y morros en que hablan los cañones, que defendieron la tranquilidad de Chile, cuando los cañones de Chile permanecieron mudos. ¡Nadie tocará en el Perú las personas de los chilenos, ni de sus agentes consulares o diplomáticos, porque el Perú tiene siempre abierta escuela de cultura, en la que no parece haber aprendido su antiguo rival! "Lo valiente, dice el proverbio castellano, no quita lo cortés" ¡Recordáranlo mejor nuestros imponentes vecinos!

Chile se enoja y desespera, por que la prensa peruana invoca el juicio de la América sobre sus demasías. Pero Chile es el primero que, algo tarde en verdad, ha reconocido ese tribunal respetable, dando cuenta, primero, al cuerpo diplomático residente en Santiago, de los

motivos de su proceder; y, despues, a las Naciones de América y Europa, por medio de ese infeliz *manifiesto,* que ya dejamos analizado en nuestro artículo anterior.

Si Chile no vuelve sobre sus pasos, como es probable que suceda: ¿qué debe hacer la América?

Responderemos francamente a esta pregunta. América, en guarda del derecho violado, debe: 1o. protestar de la conducta de Chile, tanto por la invasión consumada por Chile como por la reivindicación que Chile ha proclamado; 2o. debe obligar a Chile a que se encierre en sus antiguos límites, para que no vuelva a abusar, como ahora, a la sombra de tratados, que él mismo declara *rotos;* 3o. debe pedir a Chile que reduzca sus fuerzas de mar, para que no amenace a sus vecinos con actos de piratería, como el que consumó el 14 de Febrero; 4o. debe pedir garantías para sus Cónsules y Agentes diplomáticos, que están virtualmente amenazados, desde los últimos vergonzosos asaltos a dos casas consulares del Perú. Sin garantías suficientes, las Naciones no pueden enviar Cónsules ni Ministros a esa tierra, en la que el *roto* y algunos tribunos exaltados sustituyen el derecho de gentes por la amenaza, la injuria, las pedradas y otros capítulos del derecho especial de Chile. Esa honra quédele, pues, a él solo, y permanezca aislado del majestuoso consorcio de las Naciones cultas del nuevo continente.

El por qué de las aventuras de Chile[*]

Sorpréndese el observador tranquilo y reflexivo, al contemplar la política de aventuras que ha desarrollado, en solo dos meses, nuestra sesuda vecina, cuyo tradicional sentido práctico nadie ha podido negar sin clamorosa injusticia.

Con efecto: sea por sus condiciones topográficas, tan favorables a la conservación de la paz interior; sea por su constitución social aristocrática, debido a la concentración de la riqueza en pocas y expertas manos; ora por la índole de sus industrias, en las que figuran, en primer término, la agricultura y la explotación de minas; ya se consideren los hábitos de economía, propios de los vizcainos y aragoneses, primitivos pobladores de la antigua Presidencia de Chile; ya se tenga en cuenta lo reducido de su erario, que no ha dejado gozar nunca a Chile de una abundancia tentadora: ya se consideren todas estas causas, separadas o en conjunto, lo cierto es que la tradición política de la República de Chile puede formularse así: "No dar un paso sin haber re-
" conocido mucho el terreno; sacrificar todo interés al de la conser-
" vación de la paz; y aguardar con heroica paciencia una ocasión fa-
" vorable, pero segura, de engrandecer la República."

Tal ha sido, a no dudarlo, el programa invariablemente seguido por los hombres de Estado de Chile, cualquiera que fuese el bando a que pertenecieran; tal ha sido el poderoso secreto con que ha contado siempre Chile para apagar la antorcha de la discordia civil, y orillar cualquiera dificultad diplomática, que contradecir pudiera su inamovible

(*)—"La Sociedad"—Abril, 3 de 1879.

programa de engrandecimiento progresivo a la sombra de una paz inalterable.

Pero, en 1866, aprovechando de la coyuntura que le ofrecía el gobierno de Bolivia, poco previsor, y menos resistente aun a las pretensiones de Chile; y aprovechando también de la neutralidad del Perú, o, mejor dicho, de su fraternal benevolencia, despertada por la invasión española y robustecida por el tratado de la cuádruple alianza, Chile obtuvo de Bolivia que le reconociese por lindero el paralelo 24, que se le dejase explotar los tesoros de Bolivia en compañía de ésta, hasta el paralelo 23, *cediendo* por toda compensación a su generosa vecina la explotación a medias de los tesoros públicos de la zona comprendida entre los paralelos 25 y 24; pues, aunque el artículo relativo de aquel tratado establece la explotación comun de los supradichos tesoros desde el paralelo 25 hasta el 23, haciendo aparecer así una compensación a Bolivia por parte de Chile, hay que advertir que la zona comprendida entre los paralelos 25 y 24 era boliviana antes del tratado de límites, y solo fué chilena a virtud de dicho tratado.—De donde resulta que Chile ganaba un grado de dominio *eminente* y dos grados de dominio util, salva la parte de 50 por ciento que se reconocía a Bolivia. O, en otros términos, el tratado solo *favorecía* a Chile, y solo *dañaba* a Bolivia.

Esto es lo que Chile llama hoy la muestra de su generosidad, su cesión por puro americanismo, el romanticismo de su política. ¡Vaya un romanticismo, en el que la imaginación y el sentimiento no tienen parte, y el bolsillo y la aritmética son todo!

Tan cierto es lo que decimos, que el primer mapa oficial de Chile, publicado por Mr. Claudio Gay, en 1854, asigna por límite boreal a Chile el paralelo 25. Solo 21 años después, en 1875, esto es, posteriormente al tratado de límites celebrado con Bolivia en 1866 y al segundo tratado completorio de 1874, aparece el segundo mapa oficial de Chile por Mr. A. Pissis, y en este se fija a Chile por límite boreal el paralelo 24. Chile ganó, pues, un grado geográfico por su americanismo en el tratado con Bolivia.

Pero como se había dado al romaticismo, olvidóse de la prudencia tradicional en 1879, y ya nos habla de *reivindicar* hasta el paralelo 23. De suerte, si los hados le protegen, no faltará otro geógrafo que trace una nueva carta oficial de Chile, por la que le haga engullir una zona de 20 leguas como si engullera un huevo fresco.

Y vaya de romanticismo: generalmente los poetas románticos son pobres, ayunan con frecuencia, visten levita raída, desgarrado pantalón, calzan zapatos rotos, y llevan una camisa no muy limpia. Veamos si Chile gasta el uniforme romántico, que así fácilmente creeremos en el romanticismo de su actual aventura.

Chile comía y vestía principalmente con el producto de sus trigos y de sus minerales de plata y de cobre. Los trigos de Chile comienzan a escasear de algunos años a esta parte, como lo acredita su Revista de Agricultura; y a este mal, inevitable segun las datos de la ciencia, que establecen la despresión de la producción de cereales después de una fabulosa abundancia, se agrega otro mal, quizá tan grave como el primero: que los mercados de California y Australia, en donde Chile colocaba con ventaja el exceso de sus productos sobre los consumos, se han convertido en rivales formidables de Chile, porque su producción lleva hoy a hacerle una fuerte competencia en la *oferta* y a retirarse del campo de la *demanda*.

Agréguese a esto que las minas de plata de Copiapó se hallan en decadencia hace muchos años; que el cobre de la provincia de Coquimbo, ora por su calidad inferior, ora por su escasez, casi no llega sino a costear los gastos de su explotación, sin recompensar las fatigas del brazo que lo arranca de sus criaderos. Y añádase, para que no haya ni sombra de duda acerca de la exactitud de estos hechos, el innegable de que Chile, hace años, se vé en la necesidad de consentir una fuerte emigración de brazos útiles a la industria, por que su propio suelo es insuficiente para mantenerlos.

Finalmente: échese una mirada sobre la crisis bancaria de Chile, y se verá que solo dos millones y medio de metálico, depositado en las arcas de sus bancos, responden de cincuenta millones de que son deudoras aquellas empresas, por billetes al portador, cuentas corrientes y depósitos. Verdad que tienen en sus carteras cuarenta y ocho millones de obligaciones, incobrables hoy y que, por tanto, son comparables al valor de algunas resmas de papel estraza. Oigase al Gobierno de Chile, consultando el modo de alimentar a una numerosa población de gente pobre, que habita los alrededores de Santiago, y proyectando confinarlos al Sur de la República, para conjurar el hambre a que se ven condenados; y dígasenos si la empresa de la *reivindicación* del litoral boliviano no es una empresa romántica; esto es, aconsejada por

el hambre, cuyos tormentos han enfermado el cerebro de Chile, han desarrollado su fría imaginación hasta convertirla en la imaginación calenturienta y fantástica de un poeta romántico, que tiene por realidades los fantasmas que forja su delirio.

Indudablemente! Chile es víctima de los consejos de su hambre. El *auri sacra fames* del poeta le ha hecho olvidar los consejos prudentes de su tradicional política. Pero no: sin dejar de seguir los impulsos de la codicia, Chile abriga otro propósito muy reflexivo: vé desencadenarse una *comuna,* formada por su plebe hambrienta e inculta; sus millonarios tiemblan, porque no vén seguras sus vidas ni sus propiedades; y, queriendo desviar la inminente plaga, abren a los *rotos* el camino del desierto, les muestran la tierra de promisión en el término de la jornada; mas no tienen el poder de dar a esa caravana el maná del cielo, ni de apagar su sed con el agua de Moisés, ni de someterlos al poder de sus conductores por medio de milagros esplendorosos. Así, nadie llegará a la tierra prometida; los filisteos derrotarán a estos Israelitas de mala ley, que se volverán contra sus conductores para exigirles estrecha cuenta de la descabellada empresa.

Medite Chile estas cosas, que a él mas que a otros conviene meditarlas.

La Guerra con Chile (*) : - : - ; - : - :

Por fin, el Gobierno de la vecina República ha declarado al Perú, de una manera franca, la guerra que, hace tiempo, le estaba haciendo embozadamente, y de la que ha sido exordio la ocupación del litoral boliviano.

A ningun peruano ha sorprendido la noticia de la esperada declaración. La aguardábamos, y nos preparábamos para contestarla, con la dignidad de un pueblo, que lleva la frente alta, porque la conserva pura.

Sabíamos que la *reivindicación* del litoral boliviano por su *generosa* vecina y amiga había de parar en guerra con nosotros.—Era ese acto, como decía alguno, "una carta, dirigida a Bolivia, pero cuyo contenido se enderezaba al Perú."

Está bien: no hemos provocado el conflicto, y, por tanto, no nos atormenta la responsabilidad de los males que la guerra trae consigo. Por el contrario: hemos tratado de terciar pacíficamente en la contienda, para evitar la efusión de sangre y los innumerables males de que la guerra viene preñada, cual tempestuosa nube, desde la cual se desprenderá el rayo de la divina Justicia sobre los culpables.

No se nos ha querido oir, porque la codicia del bien ajeno y el orgullo fundado en la torpeza obcecaban la mente de nuestros interlocutores. Sobre ellos, pues, las maldiciones que arrancan a los buenos las desgracias de una lucha encarnizada.

No la tememos tampoco, aunque no la deseábamos, ni la buscábamos.

(*)—"La Sociedad"—Abril, 4 de 1879.

Tenemos de nuestra parte al Dios de los ejércitos, que proteje las causas justas, y conoce las provocaciones de nuestros enemigos.

Tenemos en nuestro favor las simpatías de América, que anhela el castigo de los piratas, porque desea el triunfo de la justicia y que sean reducidos a la impotencia de hacer el mal los enemigos de la paz.

Tenemos hechos nuestros preparativos de guerra, porque nuestro Gobierno ha vigilado, prudente, sin descuidar un momento la honra del Perú, en una campaña, entonces sólo posible, después probable, y hoy inevitable.

Tenemos un ejército y una marina, cuya nobleza tradicional y cuyas inmarcesibles glorias no necesitaban de esta prueba para darse a conocer; y que, en esta vez como en todas las que la Patria les demanden un sacrificio, sabrán corresponder a sus esperanzas, y agregar nuevos y brillantes lauros a su escudo

Tenemos, por último, un pueblo culto y lleno de sensatez, que ama su Patria hsta el delirio, que confía en sus conductores, y que se mueve como un solo hombre cuando siente palpitar el corazón del Perú, que se prepara a luchar por los nobles intereses, que siempre ha representado.

Confiemos, pues, en la Divina Providencia; y esperemos el triunfo para darle nuevas acciones de gracia. No será este ni el primero, ni el último de los beneficios que Dios conceda a esta Nación Privilegiada.

Quede, entre tanto, para la historia que el señor Ministro de Chile ha bajado hoy *pacíficamente* su escudo de la puerta de su domicilio, en señal de guerra; y que los nuestros, en Valparaiso y Antofagasta, han sido bajados a piedras, en señal de paz.

¡Lo que va de un pueblo a otro!

El amor a la Patria(*)

Como lo sublime, no se analiza, no se define, no se describe: se siente en los pechos, a la manera de fuego vital; transfigura a los que inflama con sus santos ardores; se traduce en obras, porque es fecundo; improvisa héroes por que es grande; hace mártires, porque es abnegado; no desmaya, porque es fuerte; no dice basta, porque tiene algo de infinito; se sobrepone a las miserias y flaquezas, porque es un sentimiento elevado; hace de todos los corazones uno, porque los abraza de súbito, los ablanda, los confunde, como el activo fuego de un horno encendidísimo derrite los metales, los mezcla, y les dá su propio color.

Pero esa imágen, aunque da alguna idea del fenómeno admirable, que se realiza en lo escondido del pecho, que hace vibrar las íntimas fibras del alma, que crea en ella un cielo estrellado de virtudes, y hace del corazón dilatado y profundo mar, que tiene orillas en el tiempo y en la eternidad, entumecidas olas y tempestades sublimes; esa imágen, repetimos, es imperfecta y pálida al lado de la realidad.

Sentir el patriotismo es dado a los pechos nobles, a los ánimos levantados, a los pueblos de gloriosas tradiciones, educados por la dulcísima Iglesia de Cristo, que enseña a amar a la Patria como a una madre más grande que la que nos llevó en su seno, nos alimentó a sus pechos y veló nuestro sueño infantil.

Sentir el amor a la Patria no es un privilegio, sino la dicha común de los que forman un pueblo libre, de los que descienden de una generación de héroes, de los herederos de testamento de próceres,

(*)—"La Sociedad"—Abril, 5 de 1879.

como los que lucharon hasta morir por la redención de su pueblo, en Junín, Ayacucho y Callao.

Mas, encerrar en estrecho cuadro, pintar con los colores del arte, analizar con la precisión del filósofo ese sublime afecto, que presto se torna pasión ardientísima, y se adueña del hombre y le muda en ser superior, con obras de ángel y corazón seráfico: no, tamaña empresa no es posible: lo sublime no se describe, como describir no se puede la magnífica puesta del sol, la grandeza de la tempestad, la inmensidad del amor de madre.

No; el amor a la patria no se describe, no se define, pero se siente y se traduce en obras: "se conoce por sus frutos", como enseña el Evangelio.

Y hoy el Perú contempla enternecido la abundancia de esos frutos, y bendice a la Providencia divina, que, entre sus más preciadas larguezas, ha querido otorgarle ese don precioso y admirable; don que, como todo lo excelente, viene del cielo, desciende del Padre de las luces, inmutable en su Bondad como en todas sus perfecciones.

Los frutos del patriotismo!

Tenemos que secar, por un momento, las lágrimas que anublan nuestros ojos, para contemplarlos y consignarlos en brevísima reseña:

El entusiasmo de nuestro ejército, que parte a las fronteras del Perú, dando entusiastas vivas a la Patria, como si fuera a celebrar una alegre fiesta: van a sufrir mil privaciones, a soportar las fatigas de una recia campaña, tal vez muchos no volverán a recibir el merecido laurel de la victoria. No importa! son hijos del Perú, y lucharán hasta morir por conservar ilesa su honra, íntegro su territorio, limpio su blasón, glorioso su nombre. Benditos sean tales hijos!

Y el pueblo, que, de un extremo a otro de la República, se levanta como un sólo hombre, "con un solo corazón y una sola alma," para responder al grito de guerra, lanzado por Chile. El pueblo, que sacrifica en un instante sus propósitos políticos, ofrece las banderas de sus partidos en el altar de la patria, y se agrupa en torno del pabellón nacional, para proclamar a la faz de las Naciones que, cuando el Perú ha menester de sus hijos, sus hijos son una sola familia, hermanos que se aman con amor extrañable, súbditos fidelísimos de la autoridad constituída, en cuya previsión, en cuyos antecedentes gloriosos descansan tranquilos, porque tienen la concien-

cia de que en el Perú no hay traidores, ni mercaderes, ni villanos, sino almas generosas, encendidas en el santo amor de la patria; el pueblo, decimos, es admirable en esos momentos de prueba; y más admirable aún, porque, en medio al sublime delirio de su amor a la patria, conserva su sensatez y su cultura, no ultraja a sus huéspedes chilenos, hoy enemigos suyos, y los vence y avasalla moralmente, aun antes de vencerlos en sangrienta lid; los avasalla y los vence con su conducta generosa y grande, que hace singular contraste con la del pueblo de Chile, que ha apedreado nuestras armas en los consulados, y ha respondido con el reto de guerra a nuestros esfuerzos por la paz. Ah! es un pueblo muy grande nuestro pueblo. No ha podido viciarse en tantos años, que lleva de continuo trato con la plebe de Chile, y ha sido siempre refractario de sus tendencias al robo, al asesinato y al ultraje! ¡Bendito sea ese pueblo! Nos sentimos enorgullecidos al llamarlo nuestro.

Y esos *voluntarios*, que se ofrecen por centenares, para engrosar las filas de nuestro bizarro ejército; que invaden, con santo entusiasmo, los entrepuentes de nuestras naves de guerra, y rehusan la gratificación de enganche, porque, aunque *pobres*, son *ricos, riquísimos* en nobles y levantados sentimientos. Esos jovencitos de las escuelas náuticas, que piden por favor su incorporación a la marina de guerra, y dejan el libro y los ejercicios doctrinales por tener ocasión de pagar con su sangre la enseñanza que les ha dispensado la Patria: todas esas oblaciones de servicios y de vidas en el altar de la patria ¿no son acaso los frutos de una tierra bendita por Dios, que da ciento por uno en el momento de la cosecha?

Nuestros jefes y oficiales de marina, que se disputan el honor de ofrecer al Gobierno sus servicios; que aceptan gozosos los puestos de mayor peligro; que trabajan de día y de noche, sacrificando hasta el necesario reposo, por acelerar los preparativos de la guerra; y que, en el día señalado por Dios, pero que ya no tarda, darán a la Patria nuevas muestras de su pericia y valor tantas veces acreditados: oh! ellos también son una de las glorias más queridas de esta Nación gloriosa, que se enorgullece de contarlos entre sus hijos y les confía la noble misión de mantener alto el pabellón peruano, o de hundirse con sus naves en la única digna tumba de los héroes. Triunfarán, aunque los enemigos redoblen su esfuerzo:

triunfarán, porque tienen que educar una generación nueva, que qiere aprender de sus labios la ciencia y el heroismo.

Y los Concejos municipales que, ofrecen al Gobierno sus rentas; y los empleados y particulares que hacen lo mismo, con la sublime sencillez del amor patrio; y la Nación toda, que se prepara a servir en las guardias nacionales, o en donde sean más útiles sus brazos: ¿qué son, sino dulcísimos, sazonados frutos de una tierra vigorosa y fértil, que no se reconoce segunda delante de ninguna comarca, por feraz y aventajada que sea?

Por último, las dinstinguidas colonias de extranjeros, que han hecho del Perú su segunda patria, y que se ofrecen al Gobierno para desempeñar las funciones de policía urbana, dando así lugar a que se utilicen de otro modo, si necesario fuere, las fuerzas de la Guardia Civil; esas colonias también, así grandes, así abnegadas, sin dejar de pertenecer a otro suelo, fruto son del nuestro, en el que se hallan arraigadas, cuya savia circula por sus venas, haciéndoles sentir el fuego patrio que abrasa las nuestras. ¡Dignos huéspedes del Perú! Les agradecemos sus simpatías, pero no nos sorprenden; porque hace tiempo que conocíamos sus sentimientos y los fuertes vínculos formados entre ellos y nosotros.

De industria hemos dejado para remate de este artículo el elogio que nuestra pluma, independiente e imparcial, se complace en tributar hoy al Excmo. señor General Prado, Presidente del Perú y a sus dignos Ministros, entre los cuales se distingue, por las circunstancias que le han dado ocasión para ello, el doctor Irigoyen, Ministro de Relaciones Exteriores.

Todo lo que dijéramos sería poco para hacer justicia al patriotismo, energía, prudencia, celo, actividad y demás dotes de que ha dado el Gobierno indisputables pruebas, en el mes y medio que va corrido desde la iniciación de esta campaña, a que Chile, por su mal, ha querido arrastrar al Perú. El General Prado no ha podido olvidar que él creció extraordinariamente a los resplandores del Sol de Mayo; y los esclarecidos ciudadanos, que dividen con él las tareas de la administración, son dignos de acompañarle en tan alta empresa.

El país está satisfecho del Gobierno. El Gobierno está satisfecho del país. Y uno y otro van a la guerra, tranquilos, fuertes y

con la esperanza de la victoria, que ha de ser la recompensa del amor a la patria y del culto a la justicia.

El amor a la patria es la clave misteriosa que explica esta lisonjera situación; pero él es inexplicable, porque se resiste al análisis, no se define, ni se describe. Se siente, y se traduce en obras hasta fatigar el buril de la Historia!

Advertencias oportunas (*) : - : - : - :

Fiados en la protección de Dios, que favorece las causas justas, y hace pesar sobre las Naciones, en el tiempo, la sanción de sus nobles acciones o de sus delitos, esperamos confiadamente en el triunfo de nuestras armas, que manejan brazos robustos, alentados por corazones que no tiemblan ante el peligro, ni se encogen ante el sacrificio.

Nuestro ejército y marina, fieles a su noble vocación, se preparan a dar días de gloria a la Patria, cumpliendo el alto deber de castigar una felonía, de reducir a sus límites una República invasora, de restituír a la América el necesario equilibrio, y de condenar a la impotencia de hacer el mal a quien, por tener unos cuantos elementos cuya fuerza exagera, pretende tomar en sus manos impuras el bastón de honor, en el majestuoso concierto de las Repúblicas Sudamericanas.

Cada cual cumple abnegada y modestamente su deber, en estos momentos solemnes: Bolivia y el Perú, enlazados en estrecho abrazo, forman a Chile un círculo de acero, con sus bayonetas, sus lanzas y sus naves de guerra. Y los pueblos de ambas naciones hermanas ofrecen a sus mandatarios todos los recursos apetecibles, para que salgan airosos en la noble actual empresa; sí, todos los recursos: desde el óbolo del proletario hasta la rica ofrenda del comerciante acaudalado, del agricultor, del banquero, desde el brazo del jornalero hasta la brillante espada del general mimado por la victoria; desde el puñado de hilas preparadas por las manos de la modesta doncella hasta los servicios nobilísimos del sacerdote, del médico, de la hermana de caridad, del abnegado miembro de ambulancia.

(*)—"La Sociedad"—Abril, 8 de 1879.

Nada queda por ofrecer, y nada queda por pedir.

Dios, desde su resplandeciente solio, contempla el brillo de la justicia que favorece al Perú y a Bolivia, el fulgor de las virtudes que rodean esa justicia, el fuego del patriotismo que arde en los pechos, que sale por los labios en palabras encendidas, que declaran las obras realizadas en pocos días con rapidez eléctrica, y que fatiga las prensas al reseñarlas: porque esas obras son tan numerosas, tan bellas, tan espontáneas, que no caben en el ancho espacio de nuestras hojas diarias.

Dios vé todo esto, y el corazón nos dice que coronará todo esto, enviando con sus ángeles cien y cien coronas a nuestros ejércitos unidos, a nuestra valerosa escuadra.

Tenemos fe en que así sucederá, y en que el desenlace no se hará aguardar mucho tiempo. Mas, entre tanto, juzgamos indispensable el sugerir algunas precauciones, que la situación demanda, y que hace de todo punto necesarias la excesiva bondad peruana.

Nos referimos a la presencia en nuestro suelo de millares de nacionales chilenos de ambos sexos, a quienes conviene separar a toda prisa del teatro de las operaciones preparatorias de la guerra, para que no sean testigos importunos de nuestros actos y espías peligrosos, que comprometan, siquiera parcialmente, el buen éxito de nuestras operaciones. También pudiera suceder que, con sus imprudencias y altanerías, cansarán la paciencia de nuestro pueblo y provocarán escenas, que debemos prevenir para que no se manche la frente del Perú ni con el lodo amasado por sus propios enemigos.

Seremos concisos: nos oponemos, por previsión patriótica, y no por otro sentimiento mezquino, a toda naturalización de ciudadanos chilenos residentes en el Perú.

Hoy sería una imprudencia el aceptarlos como peruanos: mañana, cuando la guerra termine, puede ser un acto de magnanimidad de nuestra parte, más o menos merecido por la conducta que observen durante la guerra los que quieran naturalizarse peruanos cuando se firme la paz.

Aconsejamos al gobierno que facilite y estimule la emigración de los chilenos residentes en el Perú; que les señale un plazo definitivo para realizarla, el menor plazo posible; que, a los que no puedan emigrar, los confine al interior de la República, señalándoles determinados centros, y poniéndolos bajo de la estrecha vigilancia de las auto-

ridades de policía; y que, a toda costa, haga salir del territorio peruano a las mujeres chilenas de *vida airada,* porque son una lepra contagiosa, contra la cual hay que establecer un riguroso *cordón sanitario.*

Las cifras de nuestra estadística criminal son elocuentísimas, y justifican, aparte las actuales circunstancias, cualquiera aspereza que pudiera hallarse en esta medida: sábese que en dicha estadística figuran en alta cifra los *rotos* de Chile; y esa cifra es tanto más *alta* cuanto que la cifra total de la colonia chilena es relativamente insignificante, comparada con la cifra de los peruanos y extranjeros de diversas nacionalidades que habitan nuestro territorio.

Nos tomamos licencia de llamar la atención del Honorable señor Ministro de Gobierno y Policía sobre estas oportunas advertencias; no porque creamos que están fuera de su alcance, sino porque tememos que la excesiva bondad del corazón peruano pueda desorientar al hombre de estado, y hacerle descuidar las precauciones que aconsejan las circunstancias de la guerra y los depravados instintos de los *rotos.*

Firme y feliz por la unión [*] : - : -

Tal es la divisa de esta noble República; y esa divisa, escrita en el corazón de los peruanos con indelebles caracteres, se refleja hoy, con toda la majestad que le es propia, sobre la frente augusta de la Patria.

Al oír el reto de su sempiterna émula y actual enemiga, la República de Chile, se ha puesto de pié la República Peruana, para corresponder dignamente a su vocación providencial, que es la de adalid de la Justicia, la de esforzado campeón del Derecho, la de centinela fiel de la integridad de los Estados Sud-americanos, que el Pacífico baña, y en medio de los cuales se halla situado el Perú, para que vigile, a derecha e izquierda, y mantenga, a la sombra de su glorioso pabellón, incólumes las prerogativas de las soberanías, que alternan con él en el senado de las Naciones de la América Meridional.

Al proceder así, el Perú no cree hacer nada más de lo que debe, pero no puede hacer nada menos de lo que hace. Tiene que ser fiel a sus tradiciones, y sostener los derechos de Bolivia villanamente conculcados *por la fuerza*, que, en resumen, es hasta hoy el único argumento atendible de la República Chilena.

Y, a la manera que aquella, comentando con los hechos su antigua divisa "por la razón o la fuerza", nos hace entender hoy que *la razón* es la razón chilena, poco aventajada por cierto en sus esfuerzos por demostrar que son suyos los terrenos, que ha *reivindicado por la fuerza;* el Perú tiene que probar que *la unión*, no solo de sus hijos, sino también la unión con las demás Repúblicas de Sud-américa, a excepción de Chile, es el poderoso elemento de su felicidad y la garan-

(*)—"La Sociedad"—Abril, 15 de 1879.

tía más firme de su libertad. *Libre y feliz por la unión* interior y exterior, el Perú nada teme de una República invasora; y aunque esta se glorie de andar *sola como el león* y se burle de nuestras alianzas y de las simpatías sud-americanas, que rodean al Perú, hasta cometer un escritor chileno el desacato de llamar *lobos en jauría* a los Estados de la América Meridional, que miran con ceño a la tierra de Arauco, poco influyen los alardes de una vanidad ridícula y los desprecios sugeridos por el despecho en la decisión de una contienda, que Chile ha logrado convertir en continental, por la torpeza de su política y por la salvaje violencia de sus procederes.

Chile se compara con el *león*, ese rey de las selvas, que camina solo y *hace preso* en los otros animales. En cuanto a *hacer presa*, es indudable que Chile no le va en zaga al león; mas, en lo que pertenece a la defensa de la presa, a no soltarla por rudos que sean los ataques, a morir defendiéndola, o a vencer conservándola, eso es cosa diversa: el tiempo se encargará de aclarar si el rugiente león es león efectivo, o asno con piel de león: veremos si el rugido conserva su entonación alta, o tórnase en desapacible canto de humilde y sumiso cuadrúpedo.

Mas sea como fuere; y dejando a Dios el secreto de lo porvenir, es indudable que Chile se alucinó, al proyectar y llevar a cabo su empresa filibustera; y que hoy cosecha el amargo fruto de su imprevisión y de su loca temeridad.

Chile nos creyó divididos, por cuestiones de política interior, *como lo está él mismo actualmente,* y se engañó, juzgándonos por sus mezquinos sentimientos: porque hoy no existen partidos políticos en el Perú, y del Tumbes al Loa no flamea otra enseña que el pabellón nacional.

Chile nos supuso indiferentes a la desmembración del territorio de una República hermana, y volvió a engañarse cruelmente: los ejércitos del Perú y Bolivia, unidos en el campo del honor, y la marina del Perú, que se apercibe al combate, hállanse encargados de dar un triste mentís a los cálculos egoístas de Chile.

Le hemos probado, con nuestra política interior y exterior, que el Perú es fiel a su divisa "Firme y feliz por la Unión". Sí! porque la *Unión* es el hecho, que el Perú y Bolivia ofrecen a las miradas del Altísimo; y la *firmeza y felicidad* serán el premio, que otorgue el Al-

tísimo a esa noble unión, a esa unión que es la práctica de la sublime caridad evangélica en la vida de las Naciones.

Chile pensó que el Presidente del Perú sacrificaría su Patria en aras de una amistad mal entendida: hizo esa injuria gratuita al noble campeón del 2 de Mayo, y este le ha desengañado con hechos elocuentes, que todos conocen, poniendo el sello a su patriótico comportamiento con la devolución a Chile de su diploma de General de división. Entre el Perú y Chile, el General Prado no tenía que elegir, porque son términos incomparables: su corazón es peruano, sus glorias se confunden con las de su Patria, su nombre pertenece a la historia del Perú, y ella vela solícita por aumentar la aureola de ese nombre con resplandores de nuevas glorias. Así, el General Prado no vaciló siquiera: devolvió a Chile lisa y llanamente la letra de cambio, que esa República mercantil giró contra él a largo plazo: era tiempo de pagarla o de protestarla. Lo primero no podía hacerse sino por la infamia; lo segundo se hizo con la hidalguía del soldado y con la cortesía del caballero. Y esta es la tercera decepción que sufre Chile, mal calculador, cuando quiere combinar los sentimientos del corazón, como suelen combinarse los números sobre el bufete del comerciante.

Estamos, pues, unidos, y esperados en Dios que bendecirá nuestras armas. Gozamos de la simpatía de los Estados Sud-Americanos, y no será extraño que las circunstancias, creadas por Chile, conviertan esas valiosas simpatías en vínculos más estrechos aún.

Lo único que, en verdad, nos falta, para que ni una nube empañe el brillo de nuestro cielo, es arrojar de nuestro seno a los espías, que pudieran embarazar nuestra acción con sus delaciones, y aún provocar conflictos, tal vez parecidos al memorable de Ocatara. Suele el orgulloso *león* chileno convertirse en *zorro* para preparar sus triunfos. Y es necesario convencerse de que la *unión*, la *fuerza*, el *coraje*, todos los elementos más nobles y poderosos, pueden ser contrariados por ruines ardides, por trabajos de espionaje y de traición infames.

Decídase, pues, el Supremo Gobierno a expurgar nuestro territorio; que no quede en el Perú un solo chileno; y entonces podremos decir, formando una sola familia con nuestros nobilísimos huéspedes de Europa y de América, *el Perú es firme y feliz por la unión.*

Chile es lógico! : - :

Y ¿cómo no había de serlo? Si no por su lucidez de entendimiento, ni por el arte de razonar, que se aprende en las escuelas, lo es por instinto, como el rudo malhechor, que pone a salvo su cuerpo tras de los matorrales para disparar su arma homicida sobre el viajero desapercibido, que camina confiadamente. Es lógico, a la manera de la bestia feroz, de raza felina, que se agazapa y hace que duerme, mientras su presa pasea descuidadamente por el bosque o la pradera; pero, si su olfato le anuncia la presencia de un grupo de hombres que le pueden dar caza; si sus ojos advierten, aunque sea a larga distancia, algo que pueda ser un peligro para ella, sus contramarcha, y vuelve a esconderse en lugar favorable al acecho y a la insidia.

Ahí están los últimos palpitantes atentados de esa Nación fiilibustera, de escaso entendimiento, pero de seguro instinto para el mal.

Se escondió tras de un parapeto de papel, los tratados de 1866 y de 1874, para acechar a Bolivia, para medir su riqueza, en la zona que hoy disputa su codicia insaciable; y, en el momento en que la vió descuidada, en que sospechó que estaría dividida por luchas interiores, le armó contienda diplomática para darse un pretexto de invadirla:—había allegado, entre tanto, elementos relativamente poderosos para el salto proyectado;—y, en un momento, con la rapidez del tigre, que atisba paciente, y acomete impaciente, ¡oh grande hazaña! se lanzó, por mar y tierra, sobre el indefenso litoral boliviano, comprendido entre los paralelos 24 y 23, ahulló *reivindicación,* y clavó las uñas afiladas en el corazón de una República hermana y aliada, a quien soñó sola y abandonada en esa lucha desleal y escandalosa.

Y Chile fué lógico, en su ánima y en su feo hecho, porque no

advirtió peligro de muerte, ni siquiera de resistencia, por lo menos en el mar, que profanaban sus naves piratas. Que, si lo presumiera, encogiérase más y expusiérase menos. No le faltarían arbitrios para ello, a la Nación que abusó de la bandera inglesa y de la bandera de socorro para capturar a la "Covalonga", y que ha premiado esa hazaña con los entorchados de Contra-Almirante; no le escasearían recursos, a esa República, a quien uno de sus apasionados escritores acaba de comparar con el *león*, y que se tornó humilde *gato* doméstico ante los cañones de la flota española, para que no bombardeasen la *plaza fuerte* de Valparaíso, que convirtió en puerto indefenso por un cobarde desarme, como el gato esconde las uñas, para que se le acerquen sin recelo; ni estaría escasa de expedientes la valerosa aliada, que dejó solo al Perú en las aguas de Abtao, mientras su hazañera "Esmeralda" oía, atemorizada tras de un peñón, los disparos de españoles y peruanos, el memorable 7 de febrero de 1866.

Y esto era lógico, por más triste que fuese: los captores de la "Covalonga" no podían exponer sus pechos en Abtao; entre el malhechor y el valiente media la misma distancia que entre la fiera y el hombre.

Mas, hoy que el Perú se presenta a estorbar la inicua desmembración de Bolivia, y acredita una misión de paz en Chile, para conciliar todos los intereses, y evitar los desastres de una guerra, que tiende a hacerse continental; Chile, que ha escogido ya y comenzado a saborear su presa, se irrita como el bandolero a quien se pretende arrancarla, como el tigre o el leopardo, a quien un hombre esforzado impide que victime un generoso mastín. Sacando de su irritación una fuerza ficticia, que no debe confundirse con el valor sereno, con el noble ardimiento del campeón hidalgo, lanza Chile gritos de rabia, ahullidos de furor; no es el león que ruge, y que sucumbirá sin cejar en la lucha: es el *gato* montés, que ahulla, retrocede dañando, y va a esconder, no su vergüenza! sino su miedo, en la oculta guarida, prudentemente preparada.

Los que el *Dos de Mayo de* 1866 fueron testigos, y nada más que *testigos* del valor peruano; no! algo más: los que reclamaron una parte de las glorias de ese día memorable, a título de aliados, y tuvieron en la cárcel de policía del Callao, teatro del combate, un representante de sus conocidos instintos; esos mismos han declarado al Perú una injusta guerra, tomando por pretexto su alianza con

Bolivia y los aprestos bélicos del Gobierno peruano; sin querer convencerse de que la alianza no fué celebrada contra Chile, era solo defensiva, y no obligaba *ciegamente* al Perú a esgrimir una espada, que el solo desenvaina cuando ha agotado los medios de conciliación; sin darse por notificados de que esos aprestos bélicos solo llenaban una exigencia de la prudencia más vulgar, que se formula en el conocido proverbio: *Si vis pacem, para bellum.*

Era lógico que Chile, resuelto a no soltar su presa, optase por la guerra contra el que le impedía disfrutarla. ¿Qué malhechor no se irrita contra el consejo del hombre de bien? ¿Qué salteador de caminos no tiene ojeriza a la Policía rural? ¿Qué fiera, por cobarde que sea, no padece espasmos de rabia, al verse amenazada de perder la codiciada presa?

Resuelta la guerra por Chile, el Perú ha visto bloqueados dos de sus indefensos puertos comerciales del sur. Iquique y Mollendo han sido el teatro de las hazañas del descomunal gigante marino, Williams Rebolledo, y las lanchas de Mollendo, y las máquinas de destilación de agua de Iquique han sido los cueros de vino tinto, en que se ha cebado la saña de este moderno manchego, a quien solo hacen falta un Sancho y una alcuza del renombrado bálsamo de Fierabrás. Pisagua, Huanillos y Pabellón de Pica, puertos menores o caletas, desarmados, han servido de temible blanco a los formidables cañones de Chile; solo que en Pisagua, habiéndose atrevido los valerosos invasores a dirigirse en embarcaciones armadas a la plaza, para hacer algunos daños, o intentar un desembarque, hubieron de retroceder por dos veces ante los fuegos de fusilería de la guarnición de tierra y volver a sus fuertes naves a cantar himnos al valor chileno!

Por lo que hace al puerto de Arica, plaza fuerte del Perú, los formidables blindados chilenos no la han honrado con su presencia, ni con sus disparos; otro tanto sucede con el Callao.

Esto prueba una vez más, que Chile es lógico: quiere la depredación, mas no el combate regular, huyendo de éste, como lo llevamos expuesto, y como lo hizo, pocos días atrás, la "Magallanes", cañonera chilena, que monta gruesa artillería, y que huyó de la corbeta "Unión" y de la cañonera "Pilcomayo," después de un cambio de balas en retirada, o fuga veloz.

Chile es lógico: quiere adquirir lo que no es suyo, por medios vio-

lentos, más no peligrosos para él, como aconteció en Antofagasta, en Caracoles, en Tocopilla y en Cobija.

Mas tarde, cuando los ejércitos unidos de Bolivia y el Perú se presenten en el territorio usurpado por Chile, éste volverá a probar su lógica de *instinto*, huyendo de un combate regular, batiéndose en emboscada, quemando lo que pueda, a manera de escudo consular peruano en Valparaiso, gritando hasta ensordecer a la América, y cantando hasta desgañitarse himnos de triunfo, en el diapasón del himno de la "Covadonga" y de Antofagasta. Lógica de Chile!

Hambre y sed : - :

Tiene Chile; pero no *hambre* y *sed* de *justicia,* que tal hambre y tal sed le harían bienaventurado, y se elevaría por ellos a grande, inconmensurable altura, según lo enseña el orácula divino: "La justicia eleva a las naciones." No; no son esas el hambre y la sed de Chile: tiene hambre de ajenas riquezas, y sed de nuestra sangre.—La codicia hácele sentir las congojas de la primera; el odio, que de antiguo nos profesa, le aflige con los tormentos de la segunda.

Por hambre, como ya lo hemos probado, al ocuparnos del *por qué de las aventuras de Chile,* se ha lanzado esa infeliz República a una empresa vandálica, escandalosa y por demás antipática a los corazones honrados; y se presenta en las aguas del Pacífico, recorriendo paralelos, a título de *reivindicación* y a título de operaciones de guerra, que conduce contra todos los preceptos del derecho de las naciones cultas: declara bloqueos *de papel,* como el de Mollendo; destruye puertos comerciales, como el de Pisagua; amenaza y lastima intereses de neutrales, como en Iquique, Pisagua y Mollendo; roba mercaderías, que no son contrabando de guerra, como en Mollendo; roba carbón de piedra, que no está reconocido como artículo de guerra, y que el mismo Chile dejó embarcar a la flota española en 1864, contra las urgentes demandas del Perú, que advertía a Chile el daño que le hacía ese carbón, en la guerra con España:—entónces el carbón era artículo inofensivo para Chile; hoy es contrabando de guerra, porque así le conviene, aunque ese carbón esté en nave extranjera y sea propiedad de un inglés. Porque todo lo que puede ser materia de hurto se convierte para Chile en artículo vedado para sus dueños, y Chile lo reivindica como Roso-Arce, famoso Caco, que fusiló nuestra policía rural, reivindicaba el contenido de los bolsillos de nuestros caminantes.

Hasta la elección de Iquique, comarca salitrera, para hacerla cen-

tro de sus operaciones navales, está delatando los propósitos de Chile. Creyó poder efectuar un desembarque, y exportar salitre por su cuenta, lo que habría calmado las impertinentes exigencias de su hambre. ¡Se ha llevado un gran chasco!

Retrocedería en su loca empresa, si, a las exigencias de su hambre reconocida, no se agregasen los voraces tormentos de su sed de sangre peruana: la que ha corrido en Pisagua no puede apagar esa sed; que antes la exita extraordinariamente, como acontece al febricitante, a quien no se da a beber cuanto apetece. Y si se reflexiona que Chile es devorado por una sed antigua, nacida de la envidia de Cain, que agita sus entrañas al ver los progresos del Perú; que esa envidia ha ido atesorando en el corazón de los chilenos un odio feroz, al propio tiempo que se agotaban los tesoros de sus cerros; que ese odio no ha podido saciarse hasta el día, porque Chile se ha visto condenado por la divina Providencia al suplicio de Tántalo, se comprenderá cuanta sed tiene Chile de venganza, y cuánto anhela ver correr a torrentes la sangre generosa de los peruanos.

Pero esta sangre, de la que no son avaros, sino pródigos, los hijos del Perú, la economizará cuanto es dable el Dios de los ejércitos, que ha de proteger la causa de la justicia y de la cristiana cultura, contra los propósitos ciegos de la codicia cínica y del odio feroz de una República, que se halla en vísperas de una disolución social.

La sangre de los peruanos y de los bolivianos clamará como la de Abel, pidiendo al cielo el castigo de los nuevos Caines.

Y ese castigo será la ruina irreparable de Chile, porque escrito está que *el pecado hace miserables a las Naciones.*

El hambre y sed de Chile se asemeja a los tormentos del infierno, que describe el profeta Isaias: "padecerán, dice, hambre como los perros, y darán vueltas en redor de la ciudad."

Tal es la sanción a que Chile se ha hecho acreedor por su hambre a los bienes ajenos, y por su maldita sed, nacida del odio gratuito a un pueblo generoso, que no le ha hecho otra injuria que partir con él sus glorias y aún sus bienes de fortuna, cobijando a Chile dentro de los pliegues del pabellón de Mayo de 1866 y ofreciendo a sus ingratos hijos un campo de negocio, en que han allegado bienes cuantiosos, los que comenzaron a trabajar con pequeño o insignificante capital.

Y algunos de esos son los que han exitado más a su torpe Gobierno a lanzarse contra el Perú! Nos han espiado, han gastado sumas fa-

bulosas en comunicaciones telegráficas, y después se han ido a maldecirnos libremente en apartadas comarcas.

Su castigo lo llevan consigo: padecerán hambre y sed, y no tendrán jamás hartura!

NOTA.—Como hemos visto y veremos más adelante, no sólo a la oratoria sagrada dedicó su atención Monseñor Roca.

Su talento multiforme lo impulsó a otras actividades intelectuales.

Y su apostolado se extiende más alla de los límites de la órbita de un sencillo y escrupuloso Ministro del Señor.

Destácase e impónese esta figura prócer, en el magisterio, en la política, en el periodismo.

En el primer aspecto se le exhibe en la Sección que sigue, con el último, en la que aquí termina.

Monseñor Roca fué colaborador y fundador de varias hojas periódicas. La más importante, de entre ellas, y cuya dirección asumió fué LA SOCIEDAD.

Constituyó este diario su mejor Cátedra: defensor del dogma y de la moral católicos hasta la intransigencia, sus columnas fueron baluarte de la Religión y la mejor propagación de la doctrina de Cristo.

La vida nacional ocupó, también, lugar preferente en su periódico.

Y el más puro e intenso amor al país inspiró siempre los artículos que salieran de su pluma docta y fecunda.

Cuando la hora trágica sonó para la República. Cuando la paz del Continente se vió amenazada—y lo fué efectivamente por la codicia del Caín suramericano—nuestro ilustre Prelado dió la nota altísima y vibrante del más férvido patriotismo.

Con la doble autoridad de su doble carácter: sacerdote y peruano, nos ha legado, en documentos irrefutables, la defensa más completa, más importante, más convincente, más categórica, más enérgica de la conducta de nuestra patria, frente a los mezquinos pretextos que, para provocar la cruenta y desgraciada guerra que nos envolvió, concibiera el invasor.

Nos referimos a los artículos publicados en el diario arriba mencionado, desde el 13 de marzo hasta fines de abril del año de 1879 y que reproducimos, casi íntegramente en esta obra.

Dedicóse, después, Monseñor Roca, a la acción personal. Y en los cuarteles

y acantonamientos, en las formaciones y desfiles, hasta en el mismo campo de batalla, se escuchó sus arengas patrióticas: forma rotunda en que trocara su verbo apostólico.

Llevaba a nuestros soldados que lucharon, entonces, por nuestra integridad territorial, el estímulo de sus entusiasmos optimistas y el consuelo de su absolución sacerdotal.

Más tarde, le oímos llorar—y lloramos con él—en el templo del Señor.

Sus Oraciones Fúnebres a Grau y a los mártires del Setenta y nueve, su último panegírico a Santa Rosa, le sirven de cauce por donde ese corazón atribulado puede hacer correr los desgarradores sufrimientos de la patria mutilada.

Sacerdote obediente a la voluntad de Dios: la acata y la bendice. Peruano, llora con el Perú, las amarguras del desastre.

Pero como la lección que nos ha dejado esa guerra pavorosa, no debemos olvidarla jamás, los artículos de Monseñor Roca conservan y conservarán siempre su más palpitante actualidad.

Hoy más que nunca, que la cuestión del Pacífico pende del conocimiento del Presidente de la Gran República de Wáshington, en solución de arbitraje; al publicarse en este libro, exhibirán, pues, a aquel y hasta al mundo entero: cuán grande, cuán noble, cuán sentida, cuán alta es la justicia de la causa del Perú.

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: Jurista canónico : -

Desempeñó, con brillo inusitado la Cátedra de Derecho Eclesiástico, en la Facultad de Teología de la Universidad Mayor de San Marcos de Lima - : : . : -

Conferencia sobre los Seminarios Conciliares y la inmunidad de sus bienes

DOS PALABRAS AL LECTOR

Esta *conferencia* debió leerse en el Seminario Conciliar de Santo Toribio de Lima, como una de las actuaciones de la Facultad de Teología de la Universidad de San Marcos, pues la dicha Facultad reside y funciona en el precitado Seminario. El día y hora asignados eran el 1o. de julio a la 1 p. m. (1)

Mas, habiendo prohibido el Iltmo. y Rvmo. señor Gobernador Eclesiástico del Arzobispado la lectura de esta y otras conferencias, en acatamiento a su mandato suspendióse el acto; y, por respetar hasta donde fuera posible su prohibición, no quiso el autor hacer la lectura de la predicha conferencia en uno de los salones de la

---

NOTA.—Vigorosa mentalidad la de Monseñor Roca que podía hablar o escribir sobre cualquier materia, sobre cualquier asunto sin que perdiera, ni la claridad de la idea, ni la nitidez del concepto, ni la elegancia de la forma. Monseñor Roca, como maestro de derecho y como conferencista jurídico es tan importante, tan vasto y tan notable, como maestro en el dogma y en la oratoria sagrada, en la discusión académica como en la cátedra universitaria; en la arenga patriótica como en la polémica periodística.

Las dos conferencias que se inserta a continuación, ratificarán brillantemente, lo que va dicho en esta nota.

(1)—No se indica en el original, el año correspondiente.

Universidad, como hubiera podido hacerlo, pues la prohibición se limitó al local del Seminario.

En cuanto a la publicación, dado aquel antecedente, ha parecido al autor que no sería fácil obtener de la autoridad eclesiástica de Lima el permiso necesario; y, usando de su derecho, ha sometido el escrito a la censura del Ordinario de Guayaquil, con cuyo permiso se hace la impresión.

De esta suerte se obvian los tropiezos; se desvanecen las especies calumniosas que la maledicencia ignorante y apasionada ha comenzado a propagar, en desdoro de quien no ha cesado de emplear su pluma y sus escasos talentos en defender los sacrosantos derechos de la Iglesia, y que no puede consentir, por lo mismo, en que ni la más leve sospecha subsista acerca de las dos cosas que más ama, a saber—su ortodoxia y la obediencia debida a sus legítimos Prelados.

He aquí el principal motivo de esta publicación, por que el Espíritu Santo nos manda *tener cuidado de nuestro buen nombre.*

Iltmo. Señor Decano:

Señores:

En obedecimiento a lo preceptuado por el Reglamento Interior de la Facultad de Teología, en su capítulo 12, artículos 59 y 60, se abren hoy las conferencias de dicha Facultad; y me toca honrarme desempeñando la primera, a solicitud mía y por benévola condescendencia de la junta de catedráticos.

Debo justificar este procedimiento, y lo haré en breves términos.

Las vicisitudes por las que ha pasado la Facultad de Teología en el presente año académico; vicisitudes que todos conocen más o menos, y cuya consecuencia inmediata ha sido el gran atraso en la apertura de las Cátedras, han traído la mía a tal situación, que no me ha sido dado completar la instrucción indispensable en mis alumnos para que pudieran desarrollar alguna proposición de las más fecundas del programa. Más tarde, si Dios quiere, remediando con el sacrificio de ellos y el mío el inconveniente que dejo apuntado,

podrán tomar la parte que les quepa en estos ejercicios científicos, cuya importancia y utilidad no necesito encarecer. He querido pues, suplir lo que ellos hicieran, si hubiese el tiempo suficiente. Mas, hay una circunstancia, que no quiero ocultar, y que me ha determinado a pedir este puesto y este honor. Ha llegado a mi noticia que está en tela de debate, si no de juicio, la inmunidad real del Seminario, porque se cree por algunos que hoy pudiera suplir con una parte de sus rentas la deficiencia de las rentas de otras instituciones eclesiásticas, por ejemplo, del venerable Capítulo Catedral, cuya penosa situación rentística es notoria, deplorable y ocasionada a que se apague el modesto esplendor del culto divino en la primera de nuestras Iglesias. Sin que yo sea, ni pueda ser, indiferente a situación tan triste, tengo formada una convicción profunda de que es deber mío, natural y positivo, y, sobre todo eso, particular, el de expresar franca y paladinamente mi opinión científica sobre tan grave materia, porque haya toda la copia de luz que se necesite para tratarla con acierto; que, si la luz esparcida por mí fuese escasa, como ha de serlo, otros allegarán caudal más cuantioso, y, en todo caso, yo habré cumplido un deber ineludible, que paso a demostrar, pidiendo a mi auditorio benévola indulgencia por esta, al parecer, importuna salvedad.

Tengo para mí que todo el que aspire a ser hombre de bien ha de servir siempre la causa de la verdad y de la justicia con todas sus fuerzas: que es justo servir a la verdad luz de la inteligencia; que es verdadero, esto es, sincero, honrado, servir a la justicia, verdad del corazón. No de otro modo pueden mantenerse las sociedades, a pesar de los embates de las pasiones y de los errores, como no se mantendrían los cuerpos, combatidos por los principios de destrucción física, si no estuviesen bajo las benéficas influencias de la luz y del aire puro, que los circundan y vierten en ellos sus principios vivíficos.—Así en la sociedad civil como en la eclesiástica, necesitamos todos pagar tributo, y a veces tornarnos paladines de la verdad y la justicia, esas dos hermanas bajadas del cielo, que buscan hospitalidad en la tierra, y huyen acaso asombradas de no hallarla sino en un pesebre.....

Señalado el primer fundamento del deber a que me creo ligado, paso a expresar brevemente los otros.

En este mismo lugar, hace hoy veinte y dos años, al investir la insignia del magisterio, que el Seminario me dispensó, no por mé-

rito que yo hiciera, sino por que previó que compraba un corazón; aquí mismo, señores, pronuncié el solemne juramento de defender sus derechos, y vengo a cumplir esa obligación sagrada, como la satisfice, años después de la invocada fecha, defendiendo, entonces, la inmunidad personal de la institución; como la satisfice, en fecha menos remota, ante la junta consultiva de instrucción pública, defendiendo su inmunidad real, para que no pasasen sus rentas a ser administradas por la Universidad, de que formamos parte; como lo hice, poco después, renunciando el puesto de Consejero de instrucción, para protestar contra una disposición, peligrosa, por lo vaga, del Reglamento, que creaba mi puesto, y no reconocía explícitamente la inmunidad de los bienes del Seminario. Invoco estos antecedentes, porque se vea que es mi propósito antiguo, y no de reciente fecha, el de cumplir la obligación que aquí contraje, y "agonizar por la justicia", como enseña del Apóstol de las Naciones.

Empero, hay más: cuando recibí el grado de Doctor en la Facultad de Teología, juré solemnemente, entre otras cosas, defender la buena doctrina; y tengo por algo más que buena, por única doctrina verdadera, la que voy a establecer, urgido por las circunstancias.

Por último, siendo canónica, y exclusivamente canónica, la doctrina que conviene recordar, establecer, defender y rodear de luz; y, desempeñando yo actualmente la Cátedra de Derecho Eclesiástico en esta Facultad, me incumbe *particularmente* la obligación de desarrollar la tesis, oportuna hoy, importuna quizás mañana, en que llegasen a crearse intereses contrarios, que turban la mente, agitan el corazón, y roban a los ánimos la serenidad de que han menester para entrar en los dominios pacíficos de la ciencia.

Después de esta digresión, que se endereza a prevenir sospechas y aclara mi situación, ante el deber y delante de vosotros, paso a enunciar la tesis, que he elegido, y cuya importancia ha de indemnizaros de la benévola atención que me prestéis.

Sumario

PRIMERA PARTE

Seminarios Conciliares.—Su fundación.—Su importancia.—Sus estudios.—Educación religiosa en los Seminarios.—Becas para los alumnos del Santuario.—Modo de crear renta a esta institución.—Facultades de los Obispos en esta materia.—Obligaciones correlativas de los Beneficiados.—Hasta dónde se extiende la potestad administrativa de los Obispos, en orden a los estudios, a la educación religiosa y a las rentas de los Seminarios. —Si pueden aplicar estas rentas a otros objetos sagrados.—Si, no pudiendo hacerlo por el derecho escrito, les sea lícito por interpretación doctrinal, restrictiva de la ley, esto es, por EPIKEIA.—*Si pueden invocar el ejemplo del Apóstol San Pablo para usar de la facultad que se les niega.*

SEGUNDA PARTE

Consideraciones morales: respecto a la propiedad, y cuan necesario es acentuarlo en los tiempos que corren.—Servicio importante que presta la inmunidad real a la propiedad como principio conservador de las sociedades, y cuan peligroso es desconocerla. —Si un Seminario, aún suponiéndolo rico, puede tener sobrantes que distraer de los fines de su institución.—Si hay derecho para imponer a un Seminario un gravamen en calidad de préstamo.—Consideraciones filosóficas: por qué la Iglesia ha rodeado de inmunidad a los Seminarios Conciliares.—Conducta laudable de los Gobiernos políticos que se han sucedido en el Perú.—Argumento de sentido común, basado en la naturaleza de los Seminarios, en contraposición con la naturaleza de otras instituciones sagradas.

Llámanse Seminarios Conciliares los Colegios establecidos según la norma del Sagrado Concilio de Trento, y en los que se educa a la juventud para que desempeñe el ministerio sagrado y reciba los sagrados órdenes; porque como dice el citado Concilio, en la Ses. XXIII, de Ref. C. XVIII, se erigen tales Colegios para que sean *perpetuos almácigos de ministros de Dios.*

Son, pues, los Seminarios *escuelas eclesiásticas diocesanas, instituídas por la autoridad competente para la erudición y recta educación de la juventud clerical,* esto es, para que allí aprendan las letras sagradas y adquieran santas costumbres.

Son escuelas *eclesiásticas* y *no laicas,* y se distinguen de éstas en su origen, fines, estudios y régimen.

Son *diocesanas,* porque, según lo dispone el Concilio, debe erigirse un Seminario en cada diócesis, aunque pueden erigirse varios independientes del que se funde en la ciudad de la cátedra episcopal. Y, en el adverso caso en que no pudiera erigirse ni un Seminario en dicha ciudad, deben erigirse, por el Concilio provincial, dos, o uno siquiera, en la provincia eclesiástica, y concurrir proporcionalmente las diversas Iglesias o diócesis a su erección y sostenimiento.

En cuanto a la fundación de los Seminarios, distínguese la fundación *por derecho* de la fundación *de hecho.* La primera, en cuanto a la forma actual, se debe al Sagrado Concilio de Trento, en la Sesión y Capítulo invocados. La segunda tiene lugar cuando hay alumnos, que viven colectivamente en una casa, aunque sea locada y no propia de la institución, y allí se instruyen conforme a las disposiciones del Concilio.

Aunque no fuera de propósito, importuno sería discurrir ahora acerca de la antigüedad de los Seminarios, que casi se confunde con los principios de la Iglesia cristiana: considerado el fin de la institución, que es el de satisfacer una necesidad *urgente* de la Iglesia, y tan *perpétua* como urgente, y tan *grave* como urgente y perpétua, los Seminarios han existido, en cuanto a lo sustancial, desde que existe la Iglesia. Así es que el Señor Benedicto XIV, de clara memoria, en su Syn. Dioec. l. V, c. II, n. 1, dice a este respecto: *"haec scite perpendentes majores nostri, ubi primum turbulentis priorum saeculorum temporibus succesit tranquillitas, episcopalia seminaria institui curarunt, in quibus sub Episcopi oculis instrurenter et perpolirentur juniores clerice, qui ad majores ordi-*

nes crescerent"; esto es que "pesando con sobrado conocimiento estas cosas (habla de la necesidad de preparar a los futuros ministros sagrados) nuestros antecesores, apenas sucedió la tranquilidad a los tiempos turbulentos de los primeros siglos, cuidaron de instituir Seminarios episcopales, en los que, bajo la mirada del Obispo, se instruyeran y pulieran los jóvenes clérigos que habían de ascender a los órdenes mayores".—La erudición y autoridad de Pontfice tan grande me dispensa de invocar otros testimonios.

Y vuelvo a ocuparme de los demás términos de la definición, que estoy exponiendo.

Son los Seminarios no solo escuelas eclesiásticas, sino *diocesanas*, esto es, ordenados a una sola Iglesia particular diocesana, salvo el caso, ya considerado, en que se funden en la Provincia eclesiástica por no poderse erigir en la diócesis; y se distinguen de las Universidades, que se ordenan a toda la Iglesia y a las que puede acudirse, en demanda de estudios, de cualquiera parte de la Iglesia universal.

Institituyense para la erudición y recta educación de la *juventud clerical* de cada diócesis; y en esto convienen con las demás escuelas, que tienen los mismos fines primarios, y disconvienen en que no albergan dentro de sus muros sino a la juventud que se destina al sagrado ministerio, pues son *almácigos de ministros de* Dios, instituídos para los clérigos y no para los legos. Por tanto, el Conc. Trid. exige que los jóvenes, que se eduquen en los Seminarios Conciliares se tonsuren a su ingreso y usen siempre el hábito clerical: *tonsura statim atque habitu clericali semper uti;* de suerte que no se puede complacer a algunos padres de familia, que pretenden laicalizar los Seminarios y dispensar a sus hijos de la observancia de las antedichas prescripciones.

La *erudicción* de los seminaristas ha de ser principalmente en las *letras sagradas*, porque son las que inmediatamente les hacen hábiles para desempeñar el sagrado ministerio; mas esto sin perjuicio de cultivar otros ramos preparatorios y completorios del saber humano, como lo demostraré oportunamente.

Su *educación*, es decir, la formación del corazón, (que tal es el sentido de la palabra *educar, educere,* sacar al hombre de la hondura de su miseria moral), su educación, repito, ha de ser en santas costumbres, *in sanctis moribus.*

Por último los Seminarios han de ser instituídos *por la autoridad competente*, esto es, la episcopal, a quien el derecho atribuye su erección y administración. Si faltase este requisito, serían escuelas eclesiásticas privadas, y carecerían de la inmunidad que les concede la ley canónica. El nuestro debe su fundación al glorioso Arzobispo de Lima, el Señor Santo Toribio Alfonso Mogrovejo, y aunque ha pasado por no pocas ni pequeñas vicisitudes desde que el Santo fundador sopló sobre su rostro el aliento de vida, aun está en pie para cumplir los altos designios de la divina Providencia y llenar los fines que le ha señalado nuestra Santa madre la Iglesia.

En cuanto a la importancia de los Seminarios Conciliares, que brota de su nombre, pues nadie negó nunca la importancia de un *almácigo* cuando la planta que en él se cría sirve para alimentar a muchos, quiero dispensarme de otras pruebas y citar solo un fragmento de la sesión y capítulo recordados del Sagrado Concilio de Trento. Dice así: "Siendo inclinada la adolescencia a seguir los deleites mundanales, si no se la dirige rectamente; y no perseverando jamás en la perfecta observancia de la disciplina eclesiástica, sin un grandísimo y especialísimo auxilio de Dios, a no ser que desde sus más tiernos años, y antes que los hábitos viciosos lleguen a dominar todo el hombre, se les dé crianza conforme a la piedad y religión; establece el Santo Concilio que todas las Catedrales Metropolitanas, e Iglesias mayores que éstas tengan obligacion de mantener y educar religiosamente, e instruir en la disciplina eclesiástica, según las facultades y extensión de la diócesis, cierto número de jóvenes de la misma ciudad, y diócesis, o a no haberlos en estas, de la misma provincia, en un Colegio situado cerca de las mismas Iglesias, o en otro lugar oportuno a elección del Obispo".

La palabra *tengan obligación*, TENEANTUR, declara la suma importancia que el Sagrado Concilio atribuye a los Seminarios clericales, pues impone obligación grave, como se colige del siguiente párrafo, que es la continuación del ya citado: "Y si los Prelados de las Catedrales, y otras Iglesias mayores fueren negligentes en la fundación, y conservación de este Seminario, y rehusaren pagar la parte que les toque: será obligación del Arzobispo corregir con eficacia al Obispo, y del Sínodo provincial al Arzobispo y a los superiores a este, y obligarles al cumplimiento de todo lo mencionado: cuidando celo-

samente de que se promueva con la mayor prontitud esa santa y piadosa obra donde quiera que se pueda ejecutar".

En gracia de la brevedad, omito otros argumentos, y me ciño a decir que la Santa Iglesia Católica, reunida bajo las alas del Espíritu divino para oponer un dique al torrente devastador de la titulada *Reforma* protestante, y dar un mentís a las imputaciones, que ésta le hiciera, de corrupción e ignorancia, alzó la institución monumental de los Seminarios eclesiásticos, rodeándolos de preciosas inmunidades, y oponiendo, a la ignorancia presuntuosa de los pseudoapóstoles de la Reforma, la ciencia profunda y modesta de los alumnos de estas escuelas; al libertinaje desvergonzado de Lutero y sus secuaces, las puras costumbres y las prácticas austeras de una juventud que, en su mayor parte, nunca llevó a sus labios la copa de Babilonia, y, en el peor caso, jamás se embriagó con ella; y, a la acusación contra los eclesiásticos de espíritu mundano y desmedida ambición de dignidades y puestos honoríficos en la Iglesia, que tanto descoloraron el oro del Santuario, jóvenes eclesiásticos innumerables, que llevasen una vida retirada en silenciosos claustros, perfumados por la ciencia y la piedad, mirto e incienso de las almas, y cuya ambición no iba más lejos que a ceñir las frescas sienes con el verde laurel de las academias, inmarcesible aún al hielo de la Muerte.

Y ahora, siguiendo el programa que me he trazado, hablaré de los estudios que deben hacerse en los Seminarios Conciliares.

El Sagrado Concilio que les dió forma, en la Sesión y capítulo citados, traza a grandes rasgos el cuadro de esos estudios, dejando el llenarlo a las necesidades de los tiempos y a la prudencia y celo de los Prelados. Dice así: "aprenderán gramática, canto, cómputo eclesiástico, y otras facultades útiles y honestas; tomarán de memoria la Sagrada Escritura, los libros eclesiásticos, homilias de los Santos, y las fórmulas de administrar los Sacramentos, en especial lo que conduce a oír las confesiones, y los demás ritos y ceremonias".

Cualquiera pensará que este cuadro es muy estrecho, si no repara en que su primera parte habla de *otras facultades útiles y honestas* cuyo término comprende sin violencia los ramos de lenguas vivas y muertas, de Literatura, Filosofía, Historia Sagrada, profana y eclesiástica, Matemáticas puras y mixtas, ciencias físicas y naturales. Todas estas son *facultades útiles y honestas,* y quedan comprendidas en el adjetivo *otras.* En cuanto a la segunda parte del mencionado

cuadro, ¿quién no vé que esta frase *en especial lo que conduce a oír las confesiones* recomienda implícitamente el estudio de la Teología moral y el Derecho Canónico, cuyo conocimiento es indispensable para administrar rectamente el Sacramento de la Penitencia? Y la ascética y la mística ¿no son acaso indispensables para la dirección de las almas, a quienes se administra aquel venerable Sacramento? Y la Teología dogmática, la Apologética y la Oratoria Sagrada ¿no se deben conocer para anunciar decorosamente la palabra divina, que es uno de los ministerios sacerdotales, y obligación de justicia en los párrocos?

Si la práctica universal de los Prelados de la Iglesia con relación a sus Seminarios Conciliares no lo declarase así, en tres siglos corridos desde la fundación de estas por el Santo Concilio hasta nuestros días, lo que constituye, en buenos términos, una interpretación clara de la ley por *la costumbre general de la Iglesia*, ahí están las Encíclicas de Nuestro Santísimo Padre el Señor Pío IX, de santa memoria, de las que voy a transcribir los párrafos pertinentes.

La primera, dirigida a todos los Patriarcas, Primados, Arzobispos y Obispos, y fechada en Roma el 9 de noviembre del año 1846, primero de su Pontificado, dice así: "Como no ignoráis, venerables hermanos que la buena educación de los clérigos es el único medio de procurar buenos ministros a la Iglesia, y que aquella ejerce grande influencia en todo el curso de la vida, continuad esforzándoos porque los jóvenes clérigos se formen desde sus tiernos años en la piedad, en una virtud sólida, *en el conocimiento de las letras, en el estudio de las ciencias elevadas, sobre todo de las ciencias sagradas*. Por esto es que nada debe seros más caro que establecer allí en donde no los hubiere, Seminarios para los clérigos, según los preceptos de los Padres de Trento, aumentar, si hubiere necesidad, los que existen, dándoles excelentes superiores y maestros, y velar incesantemente porque los jóvenes clérigos sean educados en ellos en el temor del Señor, en el amor de la disciplina eclesiástica, y allí formados, *sobre todo en el conocimiento de las ciencias sagradas*, según la doctrina católica y sin peligro alguno de error, *en las tradiciones de la Iglesia, en los escritos de los Santos Padres, en las ceremonias y ritos sagrados*, a fin de que de esta suerte tengáis valerosos y hábiles obreros que, animados del espíritu eclesiástico y *formados por bue-*

nos estudios, puedan cultivar el campo del Padre de familia y sostener con gloria el peso de los combates del Señor".

Y en la Encíclica *Inter multiplices angustias,* dirigida a los Cardenales, Arzobispos y Obispos de Francia, y fechada en Roma el 21 de marzo de 1853, dice: "Y, antes que todo comprended hasta qué punto la buena dirección del clero interesa a la prosperidad de la Iglesia y de la sociedad, a fin de que no ceséis, en perfecta unión de espíritu de dirigir vuestros cuidados y reflexiones sobre un asunto de tan grande importancia. Continuad, como lo hacéis, en no economizar nada porque los jóvenes clérigos se formen desde temprano en vuestros Seminarios en toda virtud, en la piedad, en el espíritu eclesiástico, porque crezcan en la humildad, sin la cual jamás podemos agradar a Dios; *porque sean profundamente instruídos, y con tanta vigilancia, en las letras humanas y en las ciencias más severas, sobre todo en las ciencias sagradas, que puedan adquirir, sin exponerse a ningún peligro de error, no solamente el arte de hablar con elocuencia, de escribir con elegancia, estudiando tanto las obras tan excelentes de los Santos Padres, cuanto las obras de los escritores paganos más célebres, después que hayan sido cuidadosamente expurgadas, sino también y sobre todo adquirir la ciencia perfecta y sólida de las doctrinas teológicas, de la historia eclesiástica y de los sagrados cánones, sacada de los autores aprobados por la Santa Sede".*

Y en la Encíclica de nuestro Bmo. Padre el Señor León XIII, felizmente reinante, dirigida el año de 1881 a los Obispos de Italia, encarece el Pontífice la necesidad de que los jóvenes levitas alleguen "*una doctrina no vulgar, ni mdiocre, sino exquisita y variada; que no solo comprenda las ciencias sagradas, sino también las filosóficas y se enriquezca con los estudios de Física y de Historia: porque,* agrega el ilustre Pontífice, *hay que luchar con adversarios muy armados, pertinaces en la disputa, que se proveen mañosamente de los auxilios de todo linaje de ciencias".*

Por tanto, me creo con derecho para afirmar que el límite de los estudios en los Seminarios Conciliares solo puede fijarse: 1o. por la capacidad de los alumnos para recibir la doctrina; 2o. por el número de profesores disponibles para dispensarla; 3o. por las rentas necesarias para sostener a los unos y remunerar a los otros; 4o. por las exigencias peculiares de los lugares y de los tiempos. De suerte que hoy necesitaría la Iglesia de Lima que se estableciesen en este Semi-

nario las Cátedras de Historia profana y de Literatura, las de Química, Historia natural en sus tres ramos, Geología sagrada, Griego, Hebreo, Quechua, Inglés, Italiano, Alemán y algunas otras menos urgentes.

Por que la Iglesia, Señores, no es enemiga de la ciencia: Dios, dice David, es el Señor de las ciencias, y la Iglesia, que es obra de la Luz increada, la recibe de lleno en su frente inmortal, y se complace en irradiarla, como un astro de primera magnitud, sobre todas las generaciones.

Mas, detengo el vuelo de mi pensamiento para tratar de la educación religiosa en los Seminarios.

El Sagrado Concilio dispone que "cuide el Obispo de que los alumnos asistan todos los días al sacrificio de la Misa, que confiesen sus pecados una vez al mes, a lo menos, que reciban a juicio del confesor el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, y sirvan en la Catedral y otras Iglesias del pueblo en los días festivos; que castigue gravemente a los díscolos, e incorregibles, y a los que diesen mal ejemplo; expeliéndolos también si fuese necesario; y quitando todos los obstáculos que halle, cuidará con esmero de cuanto le parezca conducente para conservar y aumentar tan piadoso y santo establecimiento".

Viniendo ahora a las *Becas* o puestos de gracia para los alumnos, dispone el Santo Concilio que "todas las Catedrales, Metropolitanas, e Iglesias mayores que éstas tengan obligación de *mantener*, y educar religiosamente, e instruír en la disciplina eclesiástica, *según las facultades y extensión de la diócesis*, cierto número de jóvenes de la misma ciudad, y diócesis, o a no haberlos en estas, de la misma provincia... que los que hayan de recibir en el Colegio tengan por lo menos doce años, y sean de legítimo matrimonio; sepan competentemente leer y escribir, y den esperanzas por su buena índole de que siempre continuarán sirviendo en los ministerios eclesiásticos. Quiere también *que se elijan con preferencia los hijos de los pobres*, aunque no excluye los de los ricos, siempre que estos se mantengan a sus propias expensas, y *manifiesten deseo de servir a Dios y a la Iglesia*". Por donde se ve que en todo Seminario Conciliar debe procurarse aumentar el número de los puestos gratuitos o *becas*, para obtener mayor número de operarios evangélicos: pues la experiencia acredita, y aún las Sagradas Letras insinúan que Dios elige de preferencia a los pobres para elevarlos al ministerio de los altares. Y estas becas no

llenarán el objeto de su institución si, junto con el alimento y enseñanza gratuitos, no sufraga la Iglesia a otros gastos personales de los niños pobres, entre ellos, los de libros y vestido. ¡Cuántas vocaciones no se helarán en germen, por la falta de abrigo para las ateridas carnes del niño, y la falta de libros, que den pasto a sus inteligencias hambrientas de verdad!

Por lo que hace el modo de crear rentas para los Seminarios eclesiásticos, he aquí lo que dispone el Santo Concilio: "Y por cuanto serán necesarias rentas determinadas para levantar la fábrica del Colegio, pagar su estipendio a los maestros y criados, alimentar a la juventud, y para otros gastos; además de los fondos que están destinados en algunas iglesias y lugares para instruir o mantener jóvenes; que por el mismo caso se han de tener por aplicados a este Seminario bajo la misma dirección del Obispo; este mismo con consejo de dos canónigos de su cabildo, que uno será elegido por él y otro por el mismo cabildo; y además de esto de dos clérigos de la ciudad, cuya elección se hará igualmente de uno por el Obispo, y de otro por el clero; tomarán alguna parte, o porción, *de la masa entera de la mesa episcopal y capitular, y de cualesquiera dignidades, personados, oficios, prebendas, porciones,* abadías y prioratos de cualquier orden, aunque sea regular, o de cualquiera calidad o condición, así como de los hospitales que se dan en título o administración, según la Constitución del Concilio de Viena, que principia *Quia contingit;* y de cualesquiera beneficios, aún de regulares, aunque sean de derecho de patronato, sea el que fuese, aunque sean esentos, aunque no sean de ninguna diócesis, o sean anexos a otras iglesias, monasterios, hospitales, o a otros cualesquiera lugares piadosos, aunque sean esentos, y también de *las fábricas de las Iglesias,* y de otros lugares, así como de cualesquiera otras rentas, o productos eclesiásticos, aún de otros colegios, con tal que no haya actualmente en ellos Seminarios de discípulos, o maestros *para promover el bien común de la Iglesia;* pues ha sido su voluntad que estos quedasen esentos, a excepción del sobrante de las rentas supérfluas, después de sacado el conveniente sustento de los mismos Seminarios; así mismo se tomarán de los cuerpos, confraternidades, que en algunos lugares se llaman escuelas, y de todos los monasterios, a excepción de los mendicantes; y de los diezmos que por cualquiera título pertenezcan a legos, y de que se suelen pagar subsidios eclesiásticos, o pertenezcan a soldados de

cualquier milicia, u orden, exceptuando únicamente los Caballeros de San Juan de Jerusalem; y aplicarán e incorporarán a este Colegio aquella porción que hayan separado según el modo prescrito, así como algunos otros beneficios simples de cualquiera calidad y dignidad que fueren, o también prestameras, o porciones de prestameras, aún destinadas antes de vacar, sin perjuicio del culto divino, ni de los que las obtienen. Y este establecimiento ha de tener lugar, aunque los beneficios sean reservados o pensionados, sin que puedan suspenderse, o impedirse de modo alguno estas uniones y aplicaciones por la resignación de los mismos beneficios; sin que pueda obstar absolutamente constitución, ni vacante alguna, aunque tenga su efecto en la Curia Romana. El Obispo del lugar por medio de censuras eclesiásticas, y otros remedios de derecho, y aún implorando para esto, si le pareciese, el auxilio del brazo secular; obligue a pagar esta porción a los poseedores de los beneficios, dignidades, personados, y de todos y cada uno de los que quedan arriba mencionados, no solo por lo que a ellos toca, sino por las pensiones que acaso pagaren a otros de los dichos frutos; reteniendo no obstante lo que por prorrata se deba pagar a ellos: sin que obsten respecto de todas, y cada una de las cosas mencionadas, privilegios ningunos, exenciones, aunque requieran especial derogación, ni costumbre por inmemorial que sea, ni apelación o alegación que impida la ejecución. Mas si sucediere, que teniendo su efecto estas uniones, o de otro modo, se halle que *el Seminario está dotado en todo o en parte, perdone en este caso el Obispo en todo o en parte*, según lo pidan las circunstancias, aquella *porción que había separado de cada uno de los beneficios mencionados, e incorporados al Colegio*".

El largo fragmento, que acabo de citar, satisface plenamente el compromiso que he contraído en mi programa.—Claro está el modo de crear rentas para los Seminarios; clarísimas las facultades de los Obispos a este respecto; indudable la obligación correlativa de los beneficiados, que la ley recordada designa para que contribuyan con una parte de su renta al sostenimiento de los Seminarios Conciliares. Y, para que no quedase duda de la estrecha obligación que se les impuso, la Sagrada Congregación de Intérpretes del Concilio Tridentino ha declarado (en 3 de febrero de 1646) que ningún beneficiado se halla exento de contribuír al sostenimiento del Seminario, sino los que se exceptúan por el Santo Concilio, en la disposición que

acaba de leerse, aunque fueren Prelados familiares del Papa, aunque sean Camareros de los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, y que no les sufragan los privilegios de esención, a no ser que en dichos privilegios se hiciere especial e individua derogación del Concilio de Letran, etc. La misma regla siguió la predicha Congregación el 24 de junio de 1874, negándose un Canónigo, en otro tiempo Camarero Secreto de Clemente XIV, a pagar la contribución al Seminario: a la pregunta ¿si ha lugar a la tasa en favor del Seminario en el caso de que se trata? respondió *affirmative et amplius*: esto es, "afirmativamente y no se pregunte más"; y hecha relación a Nuestro Santísimo Padre, Su Santidad aprobó la resolución de la Congregación predicha, y mandó que se observase en lo futuro.

Entre las muchas declaraciones de la mencionada Congregación, que robustecen la obligación de los beneficiados designados por el Santo Concilio para contribuír al sostenimiento de los Seminarios; y por que se vea cuan serio es el propósito de la Iglesia, y cuánto favor concede a esta institución privilegiada; después que omito, por no hacerme pesado, muchas declaraciones que podría alegar, solo escogeré el decreto de 17 de diciembre de 1836, por el que se niega a los Párrocos contribuyentes a los Seminarios el derecho de deducir, de la pensión con que contribuyen, los gastos de viaje que hagan fuera de los términos de su parroquia para inspeccionar los predios y evacuar otros negocios; porque, dice la Sagrada Congregación del Concilio, "el trabajo y la vigilancia del Párroco son inherentes al derecho de percibir los frutos de la prebenda"; y agrega "que no se ha de rebajar el estipendio del ayudante del Párroco en la administración de dichos bienes, sino en caso de necesidad"; y añade "que el daño sufrido por el beneficiado a causa de la insolvencia de los colonos y otros deudores, como fuere accidental o hubiere algo de culpa de aquel, no ha de deducirse de la pensión"; y señala como formalidad para conocer la renta del beneficiado *una cuenta jurada y firmada* de dicha renta.

Ya véis, señores, que la Iglesia ha procurado con eficacia dotar de renta suficiente a los Seminarios Conciliares; y esto, aún estrechando el modesto haber de los Párrocos, que trabajan sin descanso en el santo ministerio; y esto, aún gravando a los monasterios esentos, si tuvieren beneficios a ellos unidos, los que se hallan sujetos a la tasa en favor del Seminario, no obstante que en dichos monasterios

se den lecciones de Gramática y de casos de conciencia. (Decl. del 24 de abril de 1723).

Quedan sentados estos fundamentos, para levantar sobre ellos, dentro de breve espacio, la inmunidad de los bienes y rentas de los Seminarios creados por el Santo Concilio de Trento.

Cúmpleme ahora establecer dónde se extiende la potestad administrativa de los Obispos, primero, en orden a los estudios, segundo, en cuanto a la educación religiosa, tercero, en cuanto a las rentas de los Seminarios.

En orden a los estudios: he recordado ya el cuadro que, a grandes rasgos, traza el Santo Concilio; y he manifestado cuánto es el alcance de cuatro palabras, puestas por el mismo Concilio, al principio, y de siete, al fin, de dicho cuadro: al principio, *otras facultades útiles y honestas*, *"aliarumque bonarum artium disciplinam"*, y afirmo que estas palabras han sido interpretadas por la costumbre general, que es fuente general del Derecho, en el sentido del estudio de letras humanas, ciencias matemáticas, físicas y naturales, filosóficas e históricas; al fin, *en especial lo que conduce a oír las confesiones*, *"maxime quae ad confessiones audiendas videbuntur opportuna"*: estas palabras declaran, como también lo ha interpretado la costumbre, la necesidad de los estudios teológicos en todas sus fases y del derecho canónico. Y, para que no quedase duda a este respecto, ahí está la Encíclica, ya citada, de Nuestro Santísimo Padre Pío IX, de santa memoria, a todos los Obispos del mundo católico, encíclica que tiene la fuerza obligatoria de una Constitución Pontificia, o ley canónica, y en la que se ordena que se forme a los jóvenes clérigos en los Seminarios "en el conocimiento de las letras, de las ciencias elevadas, y sobre todo de las ciencias sagradas". Esto para no hacer aquí mérito de las Encíclicas de Nuestros Santísimos Padres Pío IX y León XIII, dirigidas respectivamente a los Obispos de Francia e Italia; pues, aunque abundan en el sentido del ensanche de los estudios, no obstante, como solo se enderezan a cierto número de Obispos, constituyen científicamente *solo presunción favorable*, y no *regla de derecho*. Pero basta lo anteriormente expuesto para que pueda afirmar que un Obispo está obligado canónicamente a mantener o crear en su Seminario principal todas o casi todas las cátedras de que hice mención al tratar del ramo de los

estudios, y que solo puede estimar limitada esta obligación por las circunstancias que enuncié oportunamente.

En orden a la educación religiosa: la potestad administrativa de los Obispos hállase declarada por el fragmento de la Sesión del Concilio Tridentino, que cité en el lugar correspondiente. Ahí se determinan las prácticas de religión a que deben sujetarse los seminaristas, la vigilancia sobre su conducta, y hasta la última pena que se ha de imponer a los díscolos, incorregibles y corruptores. Ahí se determina igualmente que "el Obispo con el consejo de dos canónigos de los más ancianos y graves, que él mismo elegirá, arreglará, según el Espíritu Santo le sugiere, estas y otras cosas (los estudios y las prácticas de Religión) que sean oportunas y necesarias, cuidando en sus frecuentes visitas de que siempre se observen". Respecto de la antedicha comisión de canónigos, debo advertir que es la primera de las creadas por el Santo Concilio para los Seminarios, y que su mandato se refiere a la *visita, corrección y gobierno;* que el Obispo tiene que requerir el consejo de estos diputados en las cosas que les respectan, so pena, si no lo hiciere, de invalidez del acto; pero que el voto de ellos es solamente consultivo, y no decisivo, y así el Obispo tiene que pedirles el voto, mas no está obligado a seguir su consejo; y que el cargo de estos dos canónigos es perpetuo, y no pueden ser removidos sin causa legítima, cual sería la grave ancianidad, enfermedad, u otra semejante.—Todo esto consta de varias decisiones de la Sagrada Congregación de Intérpretes del Santo Concilio de Trento, citadas y comentadas por Pignatelli, Monacelli, Ventriglia, Barbosa, Cavalchini y otros.

En cuanto a las rentas: ha creado el Concilio Tridentino otras dos comisiones: la una, segunda en el número, de dos miembros del Capítulo Catedral, que han de elegirse uno por el Obispo y otro por el Capítulo; y la otra, tercera en el número, compuesta de dos miembros del clero de la ciudad, elegibles el uno por el Obispo y el otro por el Clero. Todas estas comisiones, aunque pueden nombrarse extra Synodo, deben regularmente nombrarse dentro de él. Los cuatro diputados, de que llevo hecha mención, han de ser consultados, por el Obispo, en orden a las pensiones que se han de imponer a los Beneficios para el sostenimiento de los Seminarios, y en orden a la unión de Beneficios de dichos Seminarios. La contribución de los beneficiados ha de pagarse adelantada por cuatrimestres.

Ya se ha visto, por que hace poco lo dije, cuán extensas son las facultades de los Obispos para dotar a los Seminarios: mas no se ha visto aun cuán estrechas son para expender su renta. Todos los años está obligado el Obispo a exigir a los administradores la cuenta de la inversión de las rentas de los Seminarios, ante los cuatro diputados, esto es, los de segunda y tercera especie. No pueden los Obispos dar en locación los bienes de los Seminarios por más de tres años; ni permutar dichos bienes con otros, aunque fuere para utilidad evidente de la Iglesia; ni dar las tierras estériles e incultas en enfiteusis hasta la tercera generación, sin beneplácito apostólico: pero sí puede el Obispo desoír el consejo de los diputados al proceder a fijar la tasa o pensión de los beneficios. Toda esta doctrina se apoya en decisiones de la Sagrada Congregación de Intérpretes del Santo Concilio Tridentino, que no cito por no abundar.

Entro ahora en la gravísima cuestión, que se enlaza con la anterior, y viene a ser el caso práctico de esta conferencia; caso, cuya solución demandan urgentemente las actuales circunstancias.

¿Pueden los Obispos aplicar las rentas de los Seminarios a otros objetos sagrados? Respondo: los Obispos no son dueños, sino administradores de estas rentas: por tanto, no pueden disponer de ellas, ni para los objetos más santos, sino únicamente administrarlas, por sí o por sus delegados. Ni podrían apelar a la facultad que el Derecho les atribuye de conmutar las últimas volutades, por que esta facultad es racional y exije para su legítimo ejercicio como primera condición el que se haya hecho *imposible* la ejecución de la voluntad que se ha de conmutar, lo que no ha lugar, en ninguna manera, cuando existe un Seminario, aunque parte de sus rentas sean constituidas por donaciones de finados.

Si los Obispos no son dueños, ni pueden conmutar, ¿podrán ceder como administradores? Veámoslo: puede un administrador, si la ley no se lo prohibe explícita o tácitamente, y a virtud del mandato natural de su cargo, que es conservar, acrecentar y aplicar las rentas a los objetos de su institución; puede repito, dentro de los límites de su mandato si la ley no se lo prohibe y los bienes o el capital no peligran, puede, y aun debe, locar los bienes inmuebles para que produzcan renta, colocar a mútuo los dineros o bienes muebles, para que también rediтúen, no sin tomar todas las precauciones que la prudencia, experiencia e interés propio aconsejan: pues de lo contrario, ha-

ríase culpable de omisión, desde que no es solo depositario, sino también administrador.—Tal es la fuerza obligatoria de este mandato. Mas si la ley le veda positivamente ese acto, de suyo honesto, ni estará obligado por el mandato, esto es, por justicia, ni le será lícito, en fuerza del mismo, que queda restringido, hacer traslación alguna del dominio útil, aunque las rentas que administra dejen de crecer en sus manos. Y aquí no hay conflicto entre el derecho natural y el positivo porque la ley positiva restringe el mandato natural para asegurar lo más importante de él: veda un acto, que puede acrecentar la renta administrada, para evitar el detrimento de la misma. No oponiéndose, pues, en tal caso, el derecho escrito al natural, sino declarándolo y haciéndolo efectivo, la ley no es injusta, y, por tanto, obliga en ambos fueros.

Mas ¿cómo les veda la ley positiva a los Obispos, en cuanto son administradores de aquellos bienes, el que los apliquen a otros objetos sagrados? Se los veda, por que, prohibiendo explícitamente lo menos, prohibe implícitamente lo más. Si la ley ciñe tan fuerte, que prohibe la locación de los inmuebles de un Seminario por más de tres años, cuando esa locación solo confiere el uso; cuando esa traslación podría traer la ventaja de asegurar una *renta* probablemente más cuantiosa a la institución ¿cómo no ha de quedar prohibido lo más, que sería una aplicación de parte de la renta a otro objeto, por sagrado que fuese? Si se prohibe a los Obispos la permuta de los inmuebles de un Seminario, aunque resultase notoria utilidad a la Iglesia, siendo así que en la permuta se adquiere inmediatamente un inmueble equivalente, y la renta no se menoscaba ¿cómo no estará prohibido a *fortiori* la donación, o el simple mutuo? En ambos casos se amengua la renta, que la Iglesia quiere aumentar aún a costa de los beneficios más privilegiados, aun a costa de los monasterios que contribuyen a fomentar los colegios de su propio orden.

Puede haber muchos objetos santos a que atender; pero la ley canónica ha dado la preferencia a los Seminarios Conciliares: ella tiene por objeto primario la educación religiosa e instrucción de la juventud, que se prepara a ejercer el sagrado ministerio; y siendo tan crecidos los gastos que demanda tan noble como vasto objeto, la Iglesia reputaría un verdadero mal toda distracción de la renta de los Seminarios para fomentar cualquiera institución, por santa que fuese. Y cómo no es lícito hacer el mal por que de ahí resulte bien,

no es lícito socorrer institución alguna con la renta, así fuese excedente de los Seminarios. El agricultor prudente escoge el mejor trigo, los mejores granos de su cosecha y los guarda para sembrar, aunque haya de cercenar del plato diario con que se sustenta una parte de esos granos: hace un sacrificio, por asegurar la cosecha abundante del año venidero. Y la Iglesia, no menos prudente, acorta la renta, que representa la cómoda sustentación de sus operarios, para fomentar el cultivo de los futuros operarios evangélicos.

Tratándose de ayudar a los gastos de la fábrica de la Iglesia Catedral, o al sostenimiento de los miembros del V. Capítulo, no sería lícito tampoco a los Obispos el destinar a cualquiera de estos objetos una parte de las rentas del Seminario Conciliar. La negación de facultades, que se funda en las reflexiones anteriores, se justifica más cuando se recuerdan las disposiciones del Concilio Tridentino: pues, aparte las que ya he mencionado sobre la contribución que han de pagar a los Seminarios las dignidades, personeros, porcionarios, beneficiados y fábricas de iglesia (sin exceptuar ninguna), la Sagrada Congregación de Intérpretes del mismo Santo Concilio, apoyándose en el texto del capítulo tantas veces recordado, ha declarado ser mente de dicho Concilio que donde no haya ciertas rentas para erigir y mantener los Seminarios, o no bastaren a estos objetos, debe en primer lugar el Obispo contribuír con una porción de su mesa episcopal, y, a su ejemplo, *proporcionalmente* el Capítulo Catedral y los otros beneficiados. De suerte que se aleja de todo punto la posibilidad de que contribuyan las rentas del Seminario a la Catedral, pues, por el contrario, podría llegar el caso en que el Capítulo Catedral tuviera que contribuír con una parte de su renta al sostenimiento del Seminario.—No puede ser más clara la prohibición implícita de la Iglesia: pues supone el caso en que los Seminarios lleguen a ser *acreedores* a los Capítulos Catedrales, cuya condición excluye la de *deudores* a los mismos.

Esto, en cuanto a los Seminarios en general; que, en cuanto al del Señor Santo Toribio, hay un impedimento gravísimo para aplicar hoy una parte de sus rentas a objeto diverso de la institución. Dicho impedimento es de *justicia natural,* respetable aún a la plenitud de la potestad apostólica, única que ejerce alto dominio en la Iglesia, y que puede trasladar el dominio de unos a otros. Es el impedimento que alego el creado por la necesidad de restablecer cierto

número de *becas,* o puestos de gracia, instituídos por particulares con aceptación de la autoridad eclesiástica ordinaria. Una parte de las actuales rentas del Seminario hállase afecta al cumplimiento de esa obligación, que, si no se satisface actualmente, es en mérito de la reducción notable que, como todas las rentas sobre inmuebles, han sufrido las del Seminario: mas debe cumplirse día por día, a medida que haya aumento en dichas rentas.

Queda por averiguar si, no concediendo el Derecho escrito a los Obispos la facultad de aplicar a otros objetos las rentas de los Seminarios, pueden dichos Prelados usar de interpretación *restrictiva,* o de *epikeia,* cuya interpretación tiene por objeto declarar, según las reglas de la equidad, que un caso particular no se halla comprendido en la ley general; así David juzgó que a él y a los que le acompañaban les era lícito comer los panes de *proposición* prohibibidos a los legos; y por *epikeia* resolvieron los Macabeos que les era lícita la defensa en día festivo.

Atengámonos a los reglas: 1o. la ley positiva se restringe o limita cuando existe motivo racional para presumir que el legislador no quiso obligar en tales o cuales circunstancias, por más que no se exceptúe en las palabras de la ley, por que el mismo legislador previene a los jueces que admitan las excepciones razonables, y que procedan según la equidad del derecho. (1)

En orden a esta regla, tengo que decir que, en el caso propuesto, no existe motivo razonable para presumir que el legislador no quiso hacer siempre inmunes las rentas de los Seminarios: 1o. por el grande objeto a que se destinan; 2o. por las restricciones que pone a sus administradores; 3o. por que, lejos de que haya lugar a presumir en favor de los Capítulos Catedrales, la ley funda la presunción contraria, desde que prevee el caso en que dichos Capítulos hayan de contribuír *proporcionalmente* al sostenimiento de los Seminarios.

2a. Regla.—Es lícito usar de la *epikeia:* a) cuando la observancia literal de la ley se opone a una ley superior; v. g.: la espada no puede devolverse sin pecado a su dueño, si es demente o furioso.

Haré notar que la observancia literal de la ley de inmunidad de los bienes y rentas del Seminario no se opone, en el caso propuesto,

(1)—Cap. XIII, Tit. 29, lib. 1o. Decret.

a la conservación del Capítulo Catedral y al sostenimiento del culto divino en dicha Iglesia; pues no hay conflicto *positivo* entre uno y otro objeto. Más claro, la Catedral no deja de tener por cuanto el Seminario tiene; sino que, teniendo el Seminario, ella, desgraciadamente y por obra de las circunstancias, no tiene lo que ha menester. Ni hay conflicto *negativo* tampoco: esto es, la aplicación de una parte de la renta privilegiada del Seminario no es *único* medio de dotar a la Catedral; pues, si hemos llegado a tiempos de estrechez semejantes a los primitivos, ha llegado el caso de acudir a las oblaciones de los fieles, como lo estableció la Iglesia en los primeros tiempos, y se practica hoy en las iglesias de Francia, Inglaterra y otras naciones.

b) Si la ley se opone al bien común; v. g.: los ciudadanos pueden acudir en altas horas de la noche a apagar un incendio, aunque exista una ley general que prohiba andar por las calles de la ciudad después de las primeras horas de la noche.

Tampoco se puede invocar esta regla en el caso propuesto, por que sobre no haber conflicto entre el Seminario y la Catedral, como acabo de demostrarlo, la conservación de las rentas del Seminario redunda en *bien común*, por que se ordenan estas a proveer de ministros idóneos a toda la Diócesis.

c) En el caso en que la ley sea excesivamente morosa, por que se supone racionalmente que el legislador no quiso obligar con grave detrimento.

Observo: la ley que establece la inmunidad real de los Seminarios no es excesivamente onerosa, porque, según el derecho, no es ni excesiva, ni simplemente oneroso lo que se ordena al bien común.

3a. Regla: Las leyes *odiosas* deben interpretarse en sentido estricto, y las *favorables*, en sentido lato, según la regla de Derecho: *odia restringe et favores convenit ampliari*. Esta regla supone que existe duda acerca del sentido, extensión, o aplicación de la ley: porque, si consta con certeza el sentido de la ley, hay obligación de cumplirla, aunque parezca dura y restrictiva de la libertad. Es aplicable por iguales partes a las cosas odiosas y a las favorables; se llaman leyes *odiosas* las que imponen una pena, o carga grave, cohibiendo notablemente la libertad; y se llaman *favorables* las leyes que promueven el bien público, las buenas costumbres, la libertad de la verdadera Religión, sin imponer una carga grave; en cuyo caso se hallan igualmente las que conceden favores, privilegios, distinciones honoríficas, sin oca-

sionar el menor perjuicio a los individuos ni a la sociedad. Por el contrario, las leyes que imponen irregularidades, censuras, nulidad de actos, impedimentos del matrimonio, son de interpretación estricta, porque, si bien favorecen al bien público, es con notable gravámen de los individuos.

No es, pues, *odiosa* la ley de inmunidad real que defiendo, porque promueve el bien público, las buenas costumbres, la libertad de la religión en cuanto favorece la formación de sacerdotes idóneos a la consecución de estos altos y provechosos fines; ni es *grave* la carga que impone, porque no es carga el no poder disponer de bienes asignados a determinado objeto; no es carga sino *restricción* legal. Ni es *grave carga* la de los beneficiados que contribuyen a la renta de los Seminarios, por que esa carga es *proporcional* a su renta y la aminora en una parte, que determina la prudencia del Obispo. Además, los beneficios eclesiásticos no son *patrimonio* del clérigo, y este se halla obligado por el derecho a ceder a los pobres lo que no fuere necesario a su decente sustentación: de suerte que las pensiones impuestas por los Obispos a los beneficiados, en favor de los Seminarios Conciliares, conspiran a que los beneficiados cumplan la obligación general, que el derecho les impone.

Demostrando que no ha lugar a la *epikeia,* paso a tratar de otro argumento de actualidad, cuya solución interesa para el completo esclarecimiento de la materia.

Se ha dicho por alguno que podía invocarse como regla, en el caso propuesto, el ejemplo del Apóstol San Pablo, quien, en su segunda Epístola a los Corintios, Cap. VIII les exhorta a que, imitando a los Macedonios, socorran con sus limosnas a los de Jerusalen, en cuanto les sea posible. Otro tanto debiera hacerse, es la conclusión, por el Seminario en favor de la Iglesia Catedral.

Respondo: 1o. El Apóstol habla de *abundancia* de los Corintios y de indigencia de los de Jerusalen. No hay paridad en el ejemplo, por que los Seminarios no pueden tener abundancia de rentas, como lo demostraré en el lugar correspondiente, no haciéndolo ahora para no repetir argumentos, ni dislocarlos del puesto que les asigna el programa trazado; 2o. El Apóstol no mandaba: *non quasi imperans dico*: "no lo digo como quien manda". *Et consilium in hoc do* "y os doy consejo en esto". De un *consejo* no se puede derivar un *precepto;* 3o Aunque hubiera precepto Apostólico, carecen los Obispos de autoridad

apostólica para hacerlo extensivo a un caso semejante, pues no heredian la potestad *extraordinaria*, sino la *ordinaria* de los Apóstoles; 4o. No todo precepto apostólico rige, en orden a la *disciplina*, pues para que un precepto apostólico *meramente disciplinar* sea perpétuo, se necesita que el Apóstol los haya dado con este carácter, y en nombre de Dios, o de Nuestro Señor Jesucristo: por carecer del primer requisito, ha sido abrogado en la Iglesia el precepto apostólico, impuesto a los fieles en el Concilio de Jerusalen, de abstenerse de la sangre de los animales y de la manducación de las carnes de animales que mueren por asfixia; y, por falta del segundo, se ha variado la dicipina apostólica en orden a las colectas, y a algunos requisitos que San Pablo señala para la institución de los Obispos, 5o. Aunque hubiera precepto Apostólico meramente disciplinar y perpétuo, la Iglesia, ora por un Concilio Ecuménico, ora por la sola autoridad del Sumo Pontífice, ha podido abrogarlo: por que Ella es heredera de la plenitud de la potestad Apostólica, que reside en Pedro, en sus sucesores legítimos y en los Obispos unidos al sucesor de Pedro. Es el caso de recordar el axioma canónico, *Ejus est tollere cujus est condere*: puede abrogar la ley quien puede darla; 6o. Dado que existiera un precepto en la carta citada, lo que niego por las razones ya expuestas, estaría derogado por el Cap. XVIII, Ses. 23 del Concilio Tridentino y por los decretos y declaraciones de la Sag. Cong. de Intérpretes del mismo, aprobados por los Sumos Pontífices, en los que se acentúa más y más la inmunidad de los bienes de los Seminarios eclesiásticos. 7o. Ignoramos lo que hubiera aconsejado San Pablo, si hubiera habido Seminarios en los tiempos de su predicación y estos tuviesen rentas: es probable que el Apóstol no aconsejase el que se distrajeran de su importante objeto para socorrer otras necesidades: por que no es lo mismo disponer en orden a las *colectas* que tenian un objeto *general*, que disponer en orden a rentas de Seminarios, asignadas a un objeto *particular*. Cabe aquí invocar el principio canónico: *non sunt demidendo citeria*, y "distinguir los tiempos para concordar los derechos". *distinque tempora, et concordabis jura.*

Entro ahora en las consideraciones morales, enunciadas en la segunda parte de mi programa, y voy a desarrollarlas brevemente, para no abusar de vuestra atención.

La propiedad, en cuanto a su *objeto*, es un elemento material indispensable a la constitución de las sociedades humanas: por que

los hombres no pueden vivir sin medios materiales para su conservación y desarrollo.

La propiedad, como *principio inviolable,* o, en otros términos, como derecho reconocido y amparado por la ley, es un elemento indispensab'e para la vida mora! de la misma humana sociedad.—Dios quiso afianzarlo en el sétimo precepto del Decálogo; y con esto, a la vez que reveló la importancia vital del principio, no hizo otra cosa que reflejar sobre una tabla de piedra lo que había escrito su Dedo invisible en la naturaleza moral del hombre.—*Initio fecit Deus hominem rectum.*

Por lo dicho se colige que el respeto a la propiedad ha sido siempre una de las condiciones de existencia de las sociedades humanas; y que, en los tiempos que corren, en que la corrupción de costumbres ha hecho olvidar el precepto divino y la pena que lo sanciona; en que la misma corrupción ha cegado para muchos la fuente pura y fecunda del trabajo; en que los vicios, inherentes a esa corrupción deplorable, piden como pábulo natural dinero a cualquiera costa para satisfacer sus exigencias cada vez mayores; en que las sociedades se ven amenazadas, cada día y cada hora, por un cataclismo semejante al de París en 1871; se colige, repito, que es de todo punto necesario acentuar el respeto a la propiedad en todas las ocasiones propicias, siquiera sea para oponer un dique más o menos fuerte a la avalancha, que amenaza destruír de súbito las sociedades humanas.

Ahora bien: yo sostengo que la *inmunidad* real es una piedra importante en el cimiento social del derecho de propiedad; y que desconocer dicha inmunidad es sacar del cimiento aquella piedra, y preparar el desplome, primero, y la ruina, después, del edificio social. Para probarlo, me ingenio de esta suerte: el Derecho reconoce tres inmunidades, la *personal,* la *local* y la *real.* La personal no solamente saca del fuero común a las personas que la gozan, haciéndolas juzgar por sus iguales, y no por sus inferiores, para evitar así que caiga en desprecio el alta jerarquía a que pertenecen, sino que consagra el respeto individual hacia las personas inmunes a quienes la ley no quiere ver en el duro extremo de rechazar a mano armada injustas agresiones. Este privilegio que, a primera vista, parece que solo favoreciera a los que le gozan, redunda en beneficio de la sociedad que lo reconoce, porque la enseña a respetar algo más que la fuerza material, único respeto para el bárbaro, suaviza sus costumbres, y la

lleva a tal grado de cultura, que la represión externa desciende en [illegible] [illegible] Marqués de Valdegamas [illegible] a su máximum. Y [illegible]

[illegible]

respetar la fuerza moral: de respetar al anciano, al niño, a la débil [illegible]

[illegible]

sufrimiento ¿qué se hará con el leño seco?

Otro tanto digo de la inmunidad local, que consagra asilos para los reos o perseguidos por las turbas, los cuales se acogen a ellos, no para comprar tal impunidad, sino para evitar la violencia. En donde el asilo se respeta, puede respetarse la santidad del hogar doméstico [illegible] fortalezas, y en donde se viola [illegible] contra el santuario del pobre y acaban contra el palacio del poderoso.

Por último, la inmunidad real, que privilegia ciertos bienes, afectos a obras de grande importancia y provecho social, enseña a respetar la propiedad individual y común; el respeto irá en escala descendente, pero habrá escala: esto es, la propiedad individual no estará [illegible] de respeto que la inmunidad real ha llegado a engendrar en las naciones cultas que, en la guerra entre Alemania y Francia, guerra que todos vimos comenzar y concluir a pesar de los estragos con que señaló el vencedor su marcha por el territorio del vencido; a pesar de los fusilamientos sin proceso ni causa, de las exacciones horribles cometidas en los campos y en las ciudades, los Seminarios Conciliares de Francia fueron respetados por un enemigo implacable y que tenía por religión dominante en sus ejércitos la llamada religión luterana. Ejemplo elocuente, que dice en silencio más que lo que yo pudiera decir con [illegible]

Y, puesto que debo tratar la cuestión en todas sus fases, diré dos palabras respecto de los Seminarios Conciliares dotados de cuantiosas rentas. Dado que los haya (que yo me inclino a creer lo

contrario, por la crudeza de los tiempos y el excesivo costo de la vida; sostengo que aún esos Seminarios no pueden tener nunca sobrantes que distraer de los fines de su institución: 1o. porque deben aumentar cuanto fuere posible las becas o puestos de gracia, siendo esta la mente del Concilio Tridentino; 2o. porque, a proporción del acrecentamiento de los alumnos, deben aumentar los Superiores y los Catedráticos, a fin de llenar de esta suerte el programa de una instrucción vasta y de una vigilancia cumplida, lo que supone un crecido presupuesto de sueldos para remunerar competentemente a dichos Superiores y maestros, y poderles exigir, en nombre de la justicia, una consagración completa de tiempo y de trabajo; 3o. porque las dependencias necesarias de un vasto establecimiento de ese linaje, como son, Capilla, Biblioteca, Museo, Gabinete de Física, Laboratorio de Química etc., a los que se agregan los gastos de conservación del local, todo esto consume fuertes cantidades de dinero, y así desaparece cualquier sobrante de las rentas.

... derecho ha previsto el caso en que un Seminario pudiera tener rentas sobrantes, y ha salvado, aún en ese caso, el principio de [illegible] El Concilio Tridentino, en la Sesión y Capítulo invocados, dice así: "Mas si sucediese que teniendo su efecto estas uniones (de beneficios al Seminario) o de otro modo, se halle que el Seminario está dotado en todo, "o en parte, perdone el Obispo, en todo o en parte, según lo pidan las "circunstancias, aquella porción que había separado de cada uno de los "beneficios mencionados, e incorporado al Colegio". Es decir que el Concilio faculta al Obispo para detener la corriente de renta que él crea: mas no para distraer de su objeto la que ya ha hecho suya el Seminario. Y esto acentúa más la inmunidad de aquellas rentas, aunque sean copiosas, pues, previsto el caso, solo se faculta al Obispo para que las amengüe en su orígen, y no en las manos del poseedor.

Esto presupuesto, me toca preguntar "si hay derecho para imponer a un Seminario Conciliar un gravámen cualquiera, en calidad "*de préstamo*". Y respondo: el gravámen, aunque sea en calidad de préstamo, es siempre gravámen: 1o. por que disminuye la renta en el acto que se satisface; 2o. por que impide emplearla en los fines exclusivos de la institución; 3o. porque si pudiera paliarse el gravámen con el carácter de préstamo, se haría nugatoria la inmunidad real establecida por la ley; 4o. si se tratase del caso de que hoy prestara el Se-

minario de Lima a la Iglesia Catedral, sobre los inconvenientes apuntados, habría el de que ese préstamo, más que *oneroso*, sería probablemente *ruinoso*, por la improbabilidad del pronto reintegro y la probabilidad de que el futuro Gobierno del Perú no cuente con los recursos suficientes para pagar lo que adeuda a la fábrica de la Iglesia Catedral y facilitar así el resarcimiento del Seminario; y 5o. sería establecer ante el futuro Gobierno del Perú un precedente ocasionado a serios daños, que no me parece conveniente enumerar.

Si, de las consideraciones morales que llevo hechas, pasamos a las filosóficas, la primera que me toca exponer es la razón que ha determinado a la Iglesia a rodear de inmunidad los Seminarios Conciliares.

Me valdré para ello de una imágen sencilla: los Seminarios son la frágil cuna de un niño indefenso, que puede llegar a ser hombre, perpetuar el nombre de los que le dieron ser, y, si no salvar un pueblo, contribuir por lo menos a salvarlo; y la Iglesia es una Madre tierna solícita y previsora, que rodea de amor esa cuna, por que extiende sobre ella sus brazos, acaricia al niño con sus miradas, lo alimenta a los pechos de su doctrina, lo abriga al calor de su seno, sostiene sus pasos vacilantes, y no cesa de protegerlo hasta que llegue a la edad viril y se hace capaz de retribuirle sus cuidados: *vicem reddere parentibus*, al decir de San Pablo. Los Seminarios educan así una y otra generación sacerdotal, pero son siempre *cuna*, y por eso la Iglesia ostenta en ellos los primores de su ternura, de su solicitud y previsión, y los rodea de una triple inmunidad, lo que es cobijarlos bajo de sus alas como las aves cobijan a sus polluelos.

Los Gobiernos políticos, que se han sucedido en el Perú, han abundado en estos sentimientos, ora por que considerasen los Seminarios como focos permanentes de instrucción y educación pública, ora por que los mirasen como fecundos planteles del Clero Nacional, ya para cumplir la obligación, que insinúa el Concilio Tridentino, de prestar auxilio a la potestad espiritual en la creación y recaudación de rentas para dichos Seminarios, pues el Concilio Tridentino es ley del Estado Peruano.

Así es que, sobre que han favorecido siempre a los Seminarios Conciliares, no excluídos en ninguno de los decretos que favorecen la instrucción pública en el Perú; sobre no haber ejercido nunca, ni aún en los peores tiempos, exacción sobre las rentas de dichos estableci-

mientos, que gozan en lo civil del privilegio de bienes de menores; sobre que más de una vez (Gobiernos de Castilla y Balta) han socorrido largamente al Seminario de Lima para llevar a cabo, o restaurar su fábrica, sobre todos estos favores, han ejecutado siempre un antiguo decreto supremo, por el que se adjudican al Seminario todas las Capellanías vacantes, muchas veces sin que la administración del Seminario denunciase dichas vacantes al Gobierno.

Pago este tributo de justicia a los Gobiernos políticos que se han sucedido en mi patria y entro a desarrollar el argumento de sentido común, basado en la naturaleza de los Seminarios en contraposición con la naturaleza de otras instituciones sagradas. Dos palabras me bastan: todo Seminario es un *almácigo* y toda institución sagrada es comparable a un ***huerto***. Admiramos la gallardía de sus árboles, nos embelleza el aroma de sus flores, saborea el paladar del alma el rico gusto de sus frutos. Hay arboledas magníficas que protegen contra los ardores del sol; hay senderos de árboles frutales, que satisfacen el hambre y apagan la sed. Y un Seminario no es nada de esto: ocupan su terreno tiernas plantas, que no han llegado ni a la florescencia; débiles arbustos, que ni sombrean, ni dan todavía fruto: pero que, por su crecido número, por sus variadas especies y por el esmerado cultivo que reciben, prometen crecer, dar flores y frutos, y reemplazar en el huerto los árboles añosos, que incinera el rayo e derriba el hacha de robusto leñador.

Preguntad al *Administrador del Padre de familia* si se recrea en su huerto, y os responderá que sí; preguntadle si aprecia en mucho su almácigo, y os dirá que lo ama como a una esperanza; ponedle en el duro conflicto de preferir en sus cuidados uno u otro plantel, y la elección no es dudosa, porque no es dudoso para ningún hombre sabio sacrificar algo de lo presente por asegurar un risueño porvenir.

Así lo comprediste ¡Ilustre sucesor de Toribio, dignísimo Señor de Luna-Pizarro! restaurador, en 1847, de este Seminario Conciliar, a quien amaste hasta morir, protegiste hasta sufrir y dotaste hasta empobrecer; a quien obsequiaste un hermoso Gabinete de Física que, junto con el gasto de construcción de local adecuado, gravó tu modesta renta en la suma de diez mil pesos; a quien diste, aún en vida para mayor merecimiento, tu valiosa y por tí bien estudiada Biblioteca; a quien legaste en muerte la cuantiosa suma de sesenta mil pesos para ayudar a la nuva fábrica, suma atesorada con avaricia santa,

a costa de la perenne pobreza de tu comer y vestir. Recibe, oh Venerable Prelado, que ya moras fuera de los dominios del tiempo, el homenaje de un corazón justiciero, grato, respetuoso, y franco hasta la rudeza, que no quema otro incienso que aquel cuyo humo no entenebrece la Verdad, ni hace sonreir a la Lisonja.

Pagado este tributo, Señores; y, sin dejar de reconocer cuanto os debo por la atención con que me habeis seguido en este largo y accidentado camino, séame lícito, con todo el respeto que debo a Dios, a vosotros y a mi propio, y para cumplir el precepto del Espíritu divino que me ordena "cuidar del buen nombre", por que no me pertenece sino en cuanto "a las miserias de que estoy circundado", y pertenece por entero a Dios y a la Iglesia, a cuyo santo servicio está consagrado mi indignidad; séame licito, repito, protestar aquí solemnemente contra una aseveración calumniosa, que varios vientos traen a mis oidos: se ha dicho (quizás irreflexivamente, y desde ahora relevo de toda obligación respecto de mí a quien tal dijo) "que yo encabazeba un cisma en la Iglesia de Lima, por que defendía, conociendo ciertos antecedentes, la inmunidad de los bienes de los Seminarios."

No puede ser cismático quien venera, respeta y obedece a su Prelado Ordinario y el Sumo Pontífice; no puede ser cismático quien expone y defiende la dicipiina sobre Seminarios (hoy vigente) del Santo y Ecuménico Concilio de los privilegios canónicos del Seminario en que se educó, para cumplir así el juramento prestado, conforme al Reglamento que diera la autoridad eclesiástica, de defender los privilegios del Seminario que le honró con la insignia de Maestro; no puede ser cismático quien no quiere serlo, y sabe en que consiste el cisma y en que no; no puede ser cismático quien, conociendo por la Historia de la Iglesia que los cismas son el engendro monstruoso de la ignorancia crasa y de la ambición desmedida, procura consumir en el estudio sus ya cansadas fuerzas y huir de los puestos elevados, a los que no siente inclinaciones.

PROTESTA.

Hijo sumiso de la Iglesia, y conformándome a sus santas leyes, declaro solemnemente que someto este escrito y todos los que han salido de mi pluma al juicio inapelable del Sumo Pontífice y de los Delegados que El tuviera a bien nombrar para juzgarlos. Que estoy dispuesto a corregir lo que El hallare digno de corrección y a quitar o poner todo lo que El disponga; pues mi gloria y ambición se cifran en ser hijo sumiso de la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, en cuya fé, creencia y obediencia he vivido siempre, y anhelo vivir y morir.—Lima, a 19 de Julio de 1883.

José Antonio Roca y Boloña.

Conferencia sobre el fuero eclesiástico (*)

Señor Presidente:

Señores:

La tesis, que se me asignó en la apertura de estas Conferencias, es la que sigue:

"Que sea el privilegio del fuero" "quienes le gozan y quienes le pierden".

Y la cuestión, que debo absolver, fué expresada en los siguientes términos:

"Si un sacerdote degradado y arrastrado al tribunal laico goce del privilegio del fuero, e incurra el juez en la excomunión del Cánon".

Me ocuparé en primer lugar de la tesis, y en segundo de la cuestión.

1a. ¿Qué cosa es el privilegio del fuero?

El privilegio del fuero es una prerrogativa de que gozan las personas y las cosas eclesiásticas, en virtud de la cual solo a la iglesia compete juzgar a las unas y acerca de las otras.

Divídese el fuero en personal y real: dejo en silencio todo lo que se refiere al fuero real, o de las cosas para ocuparame solo del que gozan las personas, por que esta es la índole de la tésis y de la cuestión que me han sido encargadas.

Diré dos palabras sobre el fundamento de este privilegio: siendo

(1)—Este original tampoco trae la anotación de dónde y cuándo fuere pronunciada esta conferencia, pero de su lectura se colije que debió serlo en el Seminario de Lima.

la iglesia Católica una sociedad perfecta e independiente, se sigue de esto que debe tener la facultad legislativa, judicial y coactiva.

En virtud de la legislativa le corresponde dar leyes sobre las cosas y las personas que le pertenecen; por la judicial juzgar a esas personas y de esas cosas; y por la coactiva obligar con penas tanto internas como externas al cumplimiento de sus leyes y a la ejecución de sus sentencias.

Como consecuencia lógica de estas premisas, no puede nadie que no sea la misma iglesia, legislar, juzgar o aplicar penas respecto de cosas o personas que a la iglesia pertenecen y he aquí el fundamento de derecho natural sobre que descansan tanto el fuero real como el personal.

Pero como el hombre es a un tiempo mismo miembro de la sociedad eclesiástica y de la civil es indispensable que, la autoridad civil reconozca los principios ya espresadas para que puedan llevarse a la práctica: de otra suerte nacerán siempre conflictos que se resolverán en favor del que disponga de la fuerza material, como acontecía en los primeros siglos de la iglesia Cristiana, por que la autoridad civil no reconocía los atributos ya enumerados de la sociedad eclesiástica.

Desde la conversión de Constantino a la religión Cristiana data el reconocimiento del privilegio del fuero eclesiástico en sus dos manifestaciones.

Y obsérvese aquí de una vez que teniendo esta palabra, fuero, diversas acepciones en el derecho canónico, no me toca hablar de otra que de la acepción que tiene en el derecho público eclesiástico; esto es de la exclusión de los tribunales laicos para el conocimiento de las causas eclesiásticas.

Algunos tratadistas no quieren ver en este linaje de fuero sino una *concesión* de la autoridad civil, cuando debieran contemplar un *reconocimiento* del derecho de la iglesia.

Otros pretenden asignar al fuero un fundamento divino inmediato: el Concilio de Trento en su sesión XXV, de reformación Cap. XX, enseña que "la inmunidad de la iglesia y de las personas eclesiásticas ha sido constituída por la ordenación de Dios y por las sanciones canónicas". Así falla la Iglesia esta importante cuestión, no dando ventaja a unas ni a otras, pues declara que el fuero, tal y como existe en ella tiene dos fundamentos: la ordenación de Dios y las san-

ciones canónicas. O en otros términos: que Dios ha querido que la iglesia sea independiente de la potestad secular y que las sanciones canónicas han trazado el circulo de esta independencia. Ni han sido las leyes eclesiásticas el único fundamento del fuero como quieren otros escritores, por que les condena la tradición; pues como dice Suárez "cuando la tradición es constante y perpétua manifiesta el derecho divino, principalmente cuando no aparece razón para atribuírla a institución apostólica, y tal es la tradición acerca de la esencia de que me ocupo".

Aún en los tiempos a que llevo hecha referencia, cuando los emperadores paganos no obedecían a la iglesia (lo cual es un hecho y no un derecho) la iglesia tuvo siempre conciencia de su esención, y sus prelados la mantuvieron vigente en cuanto lo permitían esos tiempos calamitosos.

Poco después leemos en las actas del Concilio de Aquileyo, que San Ambrosio decía "los sacerdotes deben juzgar a los legos y no los legos a los sacerdotes", y apoyaba "nos avergonzamos de que aparezca condenado por legos el que está revestido del sacerdocio, y por esto también y sobre esto mismo debe condenarse al que espera sentencia de los legos, cuando más bien los sacerdotes deben juzgar a estos". En ese Concilio, dice Devoti, fué condenado Paladio, Obispo, que pedía ser juzgado por los legos. El Concilio Mileditano en el Cap. XIX, priva de sus honores a los clérigos que pidiesen al príncipe que les nombrase jueces seculares en alguna causa; y el Concilio Gotense en su Cap. XXXII, disponía que la causa se llevase al juez eclesiástico aún cuando uno de los contendientes fuera lego si el otro era clérigo.

Podría citar al intento otras disposiciones de las decretales y del Concilio Lateranense V, que confirman la tradición ya invocada; pero las callo en obsequio de la brevedad y termino diciendo, que el fuero eclesiástico emana del derecho natural en cuanto lo persuade e inclina a aceptarlo, del derecho de gentes, en cuanto le confirma, del derecho divino que le instituye en cuanto a la sustancia, del eclesiástico que le determina su última especie y del civil, finalmente, en cuanto le presta reverente obsequio: por que es justo que si los bienes de la iglesia son inmunes de la autoridad laica por que son eclesiásticos, esto es por que se ordenan al culto divino, no menos inmunes sean los clérigos que son superiores a las cosas, como lo declaraba Teodosio emperador, en su código. No es lícito,

decir, que los ministros de Dios estén sujetos al arbitrio de la potestad temporal.

Por último el Concilio de Trento en la sesión y capítulo ya citados amonesta a los príncipes seculares, como a protectores de la Santa fé y de la iglesia para que velen por la inmunidad de las personas eclesiásticas, imitando en esto a los mejores y más religiosos príncipes sus predecesores, "quienes no solo aumentaron con preferencia los bienes de la iglesia con su autoridad y liberalidad, sino que los vindicaron de las injurias de otras".

Paso a la segunda parte de la tésis. ¿Quiénes gozan el privilegio del fuero y quiénes le pierden?

Desde que la iglesia tiene potestad plena recibida de N. S. J. C. para atar y desatar las conciencias por medios de sus leyes, sin que esta potestad tenga otro límite que el asignado por San Pablo por estas palabras "para la edificación y no para la destrucción"; es claro que aunque el fuero eclesiástico sea constituído por ordenación divina, toca y pertenece a la iglesia determinar las personas y las cosas comprendidas en este privilegio.

Y esto es lo que ha hecho según la necesidad de los tiempos, ora por las sanciones que se extienden a toda la familia cristiana, ora por los concordatos, que ha celebrado con diversos soberanos o estados, y en los que se haya basado la disciplina.

Me ocuparé por tanto de la disciplina universal vigente para nosotros, establecida en el Concilio Tridentino y que no ha sido modificada por concordato con el Perú en este punto.

Gozan pues del privilegio del fuero personal (sesión 23 de reformaciones Cap. VI) los iniciados en la prima tonsura o constituídos en las órdenes menores en el 14o. año de su edad, en los tres casos siguientes: 1o. Si tienen beneficio eclesiástico; 2o. Si visten el hábito clerical y llevan la tonsura estando adscritos a alguna iglesia por mandato episcopal; 3o. Si llevando el hábito y la tonsura estudian en un Seminario de Clérigos o en alguna escuela o Universidad, con licencia del Obispo, disponiéndose a recibir las órdenes mayores.

También gozan del mismo privilegio, los clérigos minoristas casados, bajo las dos condiciones señaladas por Bonifacio VIII, esto es si no son bígamos y si se desposaron con virgen, y además se exije

que estén adscritos por el Obispo al servicio o ministerio de alguna iglesia y que vistan el hábito y usen la tonsura clerical.

A mayor abundamiento gozan del privilegio del fuero los Subdiáconos, diáconos, presbíteros, obispos, arzobispos, primados, patriarcas y cardenales; y en general todas las personas eclesiásticas, como son los religiosos de votos solemnes o simples y de ambos sexos, y aún los novicios y los hermanos terceros de las órdenes regulares y otras personas eclesiásticas que viven en Comunidad con licencia del obispo, observando una regla determinada bajo la obediencia de un superior.

Todas estas personas gozan del privilegio de que ningún tribunal ni juez civil pueda conocer en sus causas criminales ni civiles.

Y el fundamento de esta esención estriba en que son personas consagradas públicamente a Dios: en virtud de este carácter los ha exceptuado la iglesia de la jurisdicción laica.

Pierden el privilegio del fuero los tonsurados o minoristas que no llenan las condiciones ya expresadas, y los clérigos de cualquiera orden o dignidad que fueren degradados, con degradación actual; pues los otros clérigos degradados con degradación verbal, esto es, con la pena de deposición o del ejercicio del orden recibido, o del oficio y uso de la jurisdicción eclesiástica o del beneficio, o, finalmente, a un mismo tiempo, del orden, del oficio y del beneficio, no pierden ni el privilegio de fuero ni el privilegio del canon, como enseña el señor Benedicto XIV, en el Libro IX, Cap. VI, párrafo III, del Sínodo Diocesano.

Los clérigos castigados con esta especie de degradación, que Bonifacio VIII llama verbal, y que puede inferírsele por sentencia de su obispo o del Vicario de este, eran mandados recluír, por los sagrados cánones, en un Monasterio rígido, e Inocencio III, condenó a esta pena a un sacerdote culpable.

Que los clérigos simplemente depuestos, o castigados con degradación verbal no perdían el privilegio del fuero lo infieren muchos tratadistas, entre otros Suárez, Eujel Wistner, Schmalzgriever citados por el señor Benedicto XIV, quien hace reflexión de que no es creíble que un sacerdote encarcelado en un Monasterio pueda contemplarse extra fuero eclesiástico y sujeto a la jurisdicción laica, agregando que antes de la degradación real y actual conserva el privilegio del canon, de manera que el que pone manos violentas en el clérigo solo verbal-

mente degradado, y no entregado actualmente a la causa secular incurre en la excomunión del canon. *Si quis suadente.* Cita el referido Pontífice la glosa Barbosa y Wistner.

Paso a tratar de la degradacion.

La disciplina de la iglesia es muy severa en punto a degradación.

En primer lugar no se puede degradar con degradación verbal sino por ciertos crímenes que enunciaré, y son los siguientes expresados en el derecho: 1o. por derecho común, por el crimen de herejía principalmente con reincidencia, y adviértase que entre los herejes son más dignos de degradación actual los que niegan el misterio de la Santísima Trinidad, o el de la encarnación de Cristo Nuestro Señor solo por obra del Espritu Santo, o la virginidad de la Madre de Dios, o la muerte de Cristo. En segundo lugar los reos de grave contumelia o calumnia inferida al propio obispo, o de haberle puesto lazos y conspirado a su muerte. En tercer lugar los falsificadores de letras apostólicas. En cuarto los asesinos.

Por disposiciones que están fuera del cuerpo del derecho común: 1o. los reos de crimen nefando frecuentado, esto es, no cometido una sola vez; 2o. los que celebrasen misa y oyesen en confesión sacramental no siendo sacerdotes; 3o. los clérigos monederos esto es, los que fabrican, disminuyen o adulteran moneda de oro o de plata, o la ponen en curso en los reinos, provincias y ciudades de Italia; 4o. los solicitantes *ad turpia* en la confesión sacramental, si, agravasen esta falta ciertas circunstancias peculiares; nota el cardenal Albicio que esta pena no se ha puesto en uso y el señor Benedicto XIV, que dicha constitución fué dada *ad tessorem;* 5o. los sacrílegos que hurtan la sagrada Eucarista, con el copón o sin él, los que roban la sagrada forma y se atreven a retenerla consigo o a darla a otro; 6o. los que procuran el aborto del feto animado, ora lo hagan por sí mismos o por medio de otro, si se quiere el efecto, según la modificación hecha por Gregorio XIV a la constitución de Sixto V que extendió esta pena hasta la procuración del aborto del feto inanimado.

Creen algunos que debe figurar entre los crímenes dignos de la la degradación el maleficio o sortilegio, si se comprobase que habían causado la muerte de uno o de muchos; mas el Cardenal Albicio observa que en la constitución relativa no se habla de degradación.

Ultimamente la poligamia, cuando alguno, cambiándose nombre y apellido y viva la esposa, contrajere nupcias con otra; mas el señor

Benedicto XIV, observa que en la constitución *Magnum* de Urbano VIII no se hace mención de esta pena.

Observa el mismo sabio pontífice que ningún clérigo por criminal que sea puede ser degradado actualmente por su obispo y entregado a la curia secular, si antes no le aplicase las otras penas prescritas y el reo fuese incorregible: dichas penas son la degradación verbal 1o. y la excomunión mayor después; o si no fuese reo de los delitos penados por el Dro común y Constituciones pontificias con ia pena de Degradación verbal.

El Papa Celestino III en el Cap. *Cum non ab homine, de judicus,* da el fundamento, racional de la pena de Degradación actual aplicada al Clérigo ya castigado con la de Deposición verbal y excomunión, y que no se enmienda, *sed in profundum malorum veniens contemnib;* porque entonces, como dice el texto, *"cum Eclesia non habeat ultra quid faciat, ne posit esse ultra perditio plurinorum, per saecu larem comprimendas est potestatem.*

El procedimiento contrario sería anti canónico; ni bastaría que el obispo pronunciara esta sentencia en medio a su sínodo, puesto que invadiría la suprema jurisdicción del Romano Pontífice.

El único remedio dicen Farinaccio y Panimont sería rogar al Sumo Pontífice, si tal fuese la necesidad de la diócesis, que diera una constitución especial estableciendo la pena de dgradación actual contra los clérigos reos de tales o cuales crímenes; que así citando ya la pena establecida podría el obispo aplicarla llegado el caso.

Y antes de terminar el desenvolvimiento de esta tesis para pasar a sostener la proposición que se ha señalado, séame lícito protestar, en nombre del derecho canónico, de los más vulgares principios de justicia y hasta de humanidad contra la conducta de un prelado, que en una República de América, se prestó a los deseos de la autoridad política, y sin observar los trámites canónicos, degrada actualmente a un pobre sacerdote a quien aguardaba el último suplicio. El Sumo Pontífice castigó severamente este atentado que atribuyo en parte a ignorancia de los sagrados Cánones y en parte a debilidad y cobardía impropias del elevado carácter episcopal.

La degradación verbal se hacía en otro tiempo en los sínodos provinciales de los obispos, a los que se elevaban las causas criminales de los Presbíteros y otros ministros de la Iglesia, para que allí

se discutieran y decidieran, según el Canon 5o. del Concilio niceno. Mas como no fuese fácil congregar estos sínodos cuantas veces era necesario, y a fin de que no permaneciesen impunes los enormes atentados de los Clérigos, se estableció en el Concilio II de Cartago (390) el canon 10o. referido por Graciano, por el que se dispone que las causas de los clérigos puedan seguirse y terminarse fuera del Sínodo; pero con esta limitación, y es que si se tratase de un delito punible con el desafuero, no pudiera darse sentencia contra un obispo sino por doce obispos, contra un Presbítero sino por seis, y por tres para un diácono; cuyo Cánon renovó el Concilio Cartaginense 3o. (año 397), y por tanto el Concilio 2o. de Sevilla (619) referido igualmente por Graciano. Estos son los términos del Cánon 7o.: *Episcopus Sacerdotibus, ac Ministris solus honorem dare potést, auferre solus non potest.*

Bonifacio VIII prescribió en su Cap. *Degradatio* el número de Obispos para la degradación *verbal* de los Clérigos constituídos por los anteriores cánones; y solo permitió que los Clérigos de órdenes menores pudiesen desaforarse por sentencia del Obispo propio.

Mas como muchos maldicientes calumniaban a la Iglesia porque decían, requería para dar la sentencia de degradación tantos obispos cuantos no pudiesen fácilmente reunirse, a fin de conceder impunidad a los Clérigos de órdenes mayores manchados con enorme crimen, (como puede verse en Boehmero, Derecho de las Igl. prot. tom. 5o. tít. 37 De las Penas No. 118) y como se quejasen de lo mismo los príncipes de Alemania, entre cien gravámenes de los que pedían alivio y remedio a Adriano VI, los Padres del Concilio Tridentino, en la ley 13, cap. 4 de reform. para cerrar las bocas de los malignos, establecieron que en lo futuro fuese lícito al obispo, por sí o su Vicario General proceder a la degradación verbal del Clérigo en los casos *en que se requiere la presencia de otros obispos en número definido por los Cánones; agregando a su tribunal otros tantos Abades con privilegio apostólico de mitra y báculo, si se pudiesen hallar en la ciudad o diócesis y asistir cómodamente; y, si nó, otras personas constituídas en dignidad eclesiástica, de edad madura y versadas en el derecho.*

Dichos Abades u otras personas no son meros consejeros, sino Jueces asesores, a quienes compete el sufragio decisivo: así lo enseña

Suárez en el tratado *de Censuris*, disp. 30 sect. I. No. 20 y Barbosa, exponiendo ese Cap. 8, pues aquellas personas reemplazan a los Obispos, de quienes consta que eran verdaderos jueces, ora según lo ya alegado, ora por el Cap. 3 *de sententia et re judicata*, en donde se dice: *Non potest quem quam a sacerdo tuti gradu (nisi justis excausis) submovere*". De este texto infieren Maranta *de ord. Judic* part 4 dist II. No. 71 Barbosa *De offic et protest Episc.* alles 10 No. 28. Relffenstuel *ad cit tit de poemis* No. 44 Schmalzgrueber *ibid* No. 146 y otros citados por ellos, ser necesario que para la degradación de un Presbítero, de un Diácono, o Subdiácono consientan unánimemente todos los predichos que forman tribunal con el Obispo.

Después de la degradación *verbal*, si ha de procederse a la *real o actual*, el Clérigo que haya de degradarse es presentado al Obispo y a los otros Obispos, Abades, o Sacerdotes que le han sentenciado y asiste también el juez secular. Va el clérigo revestido con los ornamentos de su órden cual si fuera a ejercerlo solemnemente y es despojado por el Obispo, según lo dispone el Pontifical romano, siguiendo el orden inverso al de su investidura.

Terminada esta triste ceremonia, el Obispo oficiante entrega el reo al juez secular, para que le castigue según sus leyes; pero al mismo tiempo ruega con eficacia a dicho Juez que modere la sentencia y se abstenga de la pena de sangre, esto es de muerte o mutilación. Así lo dispone el Cap. *Novisimus*, 27 de verb. signif.

Según la citada constitución de Bonifacio VIII y el Pontifical Romano deberían practicarse las mismas ceremonias para la degradación de los Clérigos constituídos en órdenes menores y aún en la 1a. tonsura; pero en muchos lugares, como dice Van Espen *Tir Eccl univers* part. 3, tit. II, cap. 2. n. 61 y siguientes no está en uso tal procedimiento.

Creo que esto debe atribuirse a la facultad de que gozan los Obispos, por derecho moderno, de degradar verbalmente por sí o sus Vicarios a estos Clérigos, sin sujetarse a las prescripciones relativas a los constituídos en órdenes mayores.

Advertiré, de paso, que estando reservadas al Sumo Pontífice todas las causas mayores de los Obispos, de modo que no puedan fallarlas por derecho propio ni los Metropolitanos, ni los Primados, ni aún los Patriarcas, no se podría aplicar la pena de Degradación ver-

bal a un Obispo, sino por comisión de la Sede Apostólica lo propio digo de la excomunión y de la degradación actual.

Ultimamente hoy no se debe entregar a la Curia secular ningún clérigo, aunque esté degradado solemnemente, si no fuese que por la enormidad de su delito mereciese sufrir la pena capital. Así lo enseña el Sr. Benedicto XIV. Por eso Inocencio III sucesor de Celestino III, interogado por el Obispo de Londres, sobre la pena que infligiría a los Clérigos cogidos en latrocinios o en grandes crímenes, le respondió que se les debía deponer o degradar a la Curia secular. Cap. Tride. 6. de poenis *"Ad illud quod a nobi tertio requisiti, qualiter Clerici in latrotinus, vel alus magnis scelebris deprehensi, perniri debeant; respondemus, quod a his Ordinibris degradati detrudi debeant in artis monasterius ad parnitentiam peragendam*.

Y Bonifacio VIII, en el Cap. *Felicis, in* 6o. aunque declara reos del crimen de lesa majestad y como tales, infames, a los percusores de un Cardenal de la S. J. R., establece que, si fuesen Clérigos no se han de degradar con degradación actual.

Esto supuesto ¿qué debe hacer un Juez Secular con un Clérigo, reo de delito grave?

Puede hacerle poner en seguro, para que su fuga no dé lugar a la impunidad; pero debe dar noticia inmediata al tribunal eclesiástico respectivo, y poner el reo a su disposición para que le juzgue y le degrade, a cuyo efecto ha de enviarle las pruebas de la criminalidad del acusado, absteniéndose por su parte de todo procedimiento hasta que el tribunal eclesiástico dé sentencia y ejecute la degradación.—Salvo los convenios con la Santa Sede, que varían según los lugares.

Viniendo ahora a la cuestión propuesta, la enunciaré en los mismos términos en que me fué encomendada.

Si un sacerdote degradado y *arrastrado* al tribunal laico goza del privilegio del fuero, e incurre el juez en la excomunión del Cánon. Digo que, si es degradado *solo verbalmente*, y aún excomulgado, el juez laico, que intenta conocer de su causa, *le arrastra*, esto es, le lleva por la fuerza, y, y por tanto incurre en la excomunión del Cánon. *Si quis suadente diabolo in Clericum vel monachum violentas manus injecerit.*

Digo que, por el contrario, si el sacerdote fuere degradado *ac-*

tualmente, esto es, según el rito del Pontifical Romano, no se le ha de contemplar *arrastrado*, sino entregado por la Iglesia al tribunal laico, y que el Juez que conoce y sentencia su causa, no incurre en la excomunión del Cánon, por que no procede *Suadente diabolo*, sino *suadente Ecclesia*.

Monseñor José Antonio Roca y Boloña: Prosas sagradas : -

Un bello artículo y un no menos bello sermón, forman esta sección especial - : ' : . : -

Jueves santo : - :

I

El Profeta David había cantado con lengua de fuego y rebosando de gratitud el corazón:

"Dejó memoria de sus maravillas, el Señor misericordioso y compasivo: Dió sustento a los que le temen" (Salmo CX, vv. 4 y 5).

El Profeta cantaba el milagro hecho en favor de Israel peregrino; y predecía un milagro más estupendo, que había de realizarse en beneficio del pueblo cristiano.

Como fiel historiador, gravaba con su buril inspirado un hecho, que la gratitud había escrito en el corazón.

Como Vidente del Señor, descubría con su mirada profunda un misterio de amor, cuya institución distaba diez siglos ¡Un misterio que debía irradiar copiosísima luz sobre los misterios de Dios!

El Dios de Israel es el Dios de los cristianos; el maná que le dispensó era figura del pan de los ángeles, que legó el Verbo humanado a todos los que creyeron en El.

Grande milagro el que se realizó, cuando los cielos proveyeron a un pueblo, que caminaba por el desierto, de un alimento exquisito, y que no faltó nunca, para saciar a la inmensa muchedumbre de peregrinos.

Mayor milagro el que Jesús operó cuando dió por alimento su cuerpo, y su sangre por bebida, a los doce, que debían llevarle con su nombre, para nutrir a la humanidad hasta la consumación de los siglos!

El primer milagro puede atribuirse a la Providencia amorosa de

Dios, que vela sobre sus hijos, porque no descuida ni al pobre pajarillo, ni al humilde lirio del campo.

El segundo no es la manifestación de una Providencia amorosa; es la prenda del amor de Dios providente.

Porque en el primero, Dios daba algo de lo que crió, esto era dar por amor.

Y en el segundo, Dios se dió a sí mismo, y esto es amor sin medida.

Y, por cuanto la dádiva era Dios, era Amor y el Amor sumo.

II

Jesús revela cuanto le urge ese amor, porque dice: "Con deseo he deseado celebrar esta Pascua con vosotros antes de padecer" (1) esa locusión inusitada, ese hebraísmo sublime es la expresión de un amor más sublime aún, si cabe comparación en lo sublime.

Los hombres son impotentes para expresar un gran sentimiento: el lenguaje de un amor profundo es un elocuente silencio; porque el hombre se prestó la palabra para que tradujera las emociones de la tierra, y, un amor puro, profundo, abnegado, produce emociones celestiales: por eso, en tales casos, no es lícito al hombre hablar, dice el Apóstol de las Naciones.

Mas el Salvador de los hombres no ha recibido la palabra porque es la palabra el Verbo del Padre. Y lo que su pecho guarda, lo que agita su corazón, sabrán decirlo sus labios, en donde como dice el Profeta Rey "se ha difundido la gracia" (2).

Así, hablaba, víctima de las emociones del amor; hablaba, porque su palabra debía encender una hoguera de caridad en los pechos de sus Apóstoles; habla, y ellos se quedan absortos; y Juan el discípulo predilecto, deja caer su cabeza en lánguido y amoroso desmayo, sobre un pecho divino, que es el único que puede sostenerle en su deliquio: Allí escucha los secretos que después nos reveló su Evangelio. Ese libro fué escrito 60 años después de esta escena, y entre los hielos de la ancianidad; y su primera página refleja un calor divino. . . .

---

(1)—S. Lucas, Cap. 22, v. 15.
(2)—Psalmo 44, v. 3.

III

Sombra y figura de la ley nueva fué el Testamento antiguo. Los prodigios realizados entonces figuraron, por la semejanza, los que el Verbo hecho hombre realizó en su vida sobre la tierra; y fueron sombra, y nada más que sombra, porque su brillo debía eclipsarse ante el resplandor de los prodigios de Jesús. Así se eclipsa en el firmamento la luz de las estrellas, cuando el Sol rueda su carro triunfal por los espacios. Así se eclipsa Moisés delante de nuestro señor Jesucristo!

Aquel brillaba como una estrella en la lobreguez de la noche: Jesús brilla como el Sol en el día del Evangelio!

El maná, que Moisés obtuvo con sus ruegos, no hizo inmortales a los que le comieron: el que come el pan, otorgado por Jesús, vivirá eternamente (3).

IV

En un huerto delicioso, en donde las magnificencias de la naturaleza servían de pedestal a las magnificencias de la gracia, paseaban dos seres inocentes, reflejando en sus rostros la luz de la fisonomía de Dios.

Y al visitar los vastos dominios, confiados por el Altísimo a su pacífico gobierno, advierten dos árboles majestuosos, que alzan su copa al cielo, inclinando su sabroso fruto a la tierra.

Era el uno el árbol de la ciencia; llamábase el otro el árbol de la vida.

Entre uno y otro, Dios había puesto un lindero de fuego.

Los progenitores del linaje humano lo traspasaron, para coger el fruto del árbol vedado; y, mientras que acercaban su trémula mano al codiciado leño, se abrazó la vestidura de su inocencia, discurrió por sus venas un fuego de maldición, y la tierra se hundió bajo de su planta vacilante, para ofrecer un sepulcro a cien y cien generaciones.

Pasaron cuatro mil años de dolor y de esperanza, de Justicia y de Misericordia, de pecado y de expiación.

(3)—S. Juan. Cap. 6. v. 59.

Y, cuando los suspiros de los Patriarcas quebrantaron el bronce que cerraba los cielos; y cuando los vaticinios de los Profetas llegaron a su término; cuando por último, la Justicia y la Paz se dieron aquel ósculo, que debía estremecer de rabia a los infiernos y de alegría a los muertos, la mano de Dios alzó un Paraíso más bello que el primero, cuyas puertas no guarda un querubín armado de ardiente espada, porque una legión de ángeles convida a descansar en él a los peregrinos fatigados en el desierto.

Ese paraíso es la Iglesia en donde Dios ha unido lo que su mano separó en el primer jardín.

Allí se alza un leño bendito, y de él pende el fruto de la ciencia y de la vida.

Dos ramas, cortadas de improviso, y unidas con precipitación, anuncian el misterio.

Ya no son dos árboles: la ciencia y la vida no están separadas.

Se enlazan, se estrechan, y brindan un fruto deleitoso que hace sabios e inmortales a los que gustan de él.

La humanidad, que se perdió confundiendo los caminos de la vida y de la ciencia, no volverá a perderse, porque la vida y la ciencia son también su camino.

Por que Jesús que es el *camino*, es la verdad y la vida (4).

En el árbol, de donde está pendiente ese fruto divino, la humanidad lo tiene todo.

Si le contempla advierte la recta que le conduce al cielo; si alza los ojos, para mirar a Jesús, encontrará en sus ojos divinos la luz misteriosa de la ciencia; si tiene la dicha de mirar sus brazos, hallará en el seno del Dios mártir, una fuente inagotable de vida, una llama de amor inextinguible, que no llega a entibiar siquiera el hielo del sepulcro.

"Dios ha reinado por el madero". (5) El nuevo paraíso ha reemplazado el perdido jardín; y sus moradores asisten a un banquete, improvisado por la caridad, bajo el inmenso dosel de los cielos, y a la luz de innumerables antorchas, que encendió el aliento de Dios!

---

(4)—S. Juan. Cap. 14 v. 6.

(5)—Así se expresa la Iglesia en la Liturgia de la Pasión.

V

Lo que aconteció en el Calvario; lo que no debía suceder sino entonces, porque la justicia del Padre había señalado una hora solemne para la expiación, lo que habían anhelado los siglos, sin poder adelantar un segundo el reloj de la eternidad, eso vió la tierra asombrada en la víspera de la Pasión de Jesús.

VI

El Salvador tenía un ardiente deseo de celebrar la Pascua con sus discípulos. Pero su afán no era comer con ellos el cordero legal, símbolo que consolaba a los Israelitas, mientras aparecía el cordero sin mancilla.

Al comer de aquella vianda, Jesús que tiene la conciencia de su misión, y se vé representado por aquella víctima, siente agitarse su pecho por la vehemencia del amor. No puede sufrir por más tiempo la representación; no puede consentir que subsista la sombra, El, rayo de luz, desprendido del seno del Padre para disipar las tinieblas y sombras de la muerte.

Pero no puede violar los mandatos del que le envió; en los consejos de la Trinidad beatísima se ha fijado irrevocablemente la hora de su muerte y de nuestra vida.

¿Qué hace pues?

En los recursos de su ingenioso amor, ha encontrado la solución del problema planteado por el amor mismo.

Consagra separadamente el pan y el vino, convirtiéndoles en su cuerpo y sangre adorables, y muere así místicamente, muere en representación, muere por el deseo, antes de morir sobre el Gólgota ignominioso.

¡Un cuerpo separado de la sangre es el cuerpo de un muerto!

Y, no obstante en el cuerpo de Jesús se nos dá su sangre, su alma, su Divinidad!

Raro prodigio ¡MISTERIO DE FE! por excelencia.

En aquella consagración, que así separa las especies, se revela el deseo de morir; y en esa dádiva, que nos enriquece con ellas, se en-

cuentra la vida, que suscitan el cuerpo y la sangre de Jesús al nutrir el corazón de los que le reciben.

De las sombras del misterio brota la luz, que disipa las sombras de la Ley antigua; ese misterio ilumina todos los otros misterios de Dios. Porque en él se contiene el misterio de la Trinidad augusta, el de la Encarnación adorable y el de la suspirada Redención.

Dios hace las cosas a su manera. Encierra en una hora, en un minuto los siglos todos, y en un misterio todas sus inefables revelaciones.

Se queda sacramentado entre los hombres hasta la consumación de los siglos; y les dá en un bocado todos los tesoros del cielo.

Delante de esta escena inenarrable, palidece la luz de la humana historia: César, Alejandro, Platón, Sócrates son estatuas de barro que se desmoronan, mientras que se levanta la cruz para dominar el Orbe y arrancar sus cautivos al infierno.

VII

El Jueves era el día consagrado al culto de Júpiter: al dios de los impuros amores; a aquel de cuya cabeza brotó Minerva, la diosa de la sabiduría. Así lo creyó el mundo por muchos siglos.

Pero el Jueves, la sabiduría del Padre, el Amor hermoso, El que habita entre los lirios de pureza, derribó los altares de Júpiter, celebró un sacrificio incruento, y creó un sacerdocio, tan duradero como los hombres, invistiéndoles del tremendo poder de renovar aquel prodigio entre prodigios, y de partir a los hambrientos un pan que sacia, y de escanciarles un vino que embriaga de amor.

La noche que presenció esta maravilla se tornó en claro día. El culto de Júpiter había convertido el día en noche; el culto de Dios sacramentado, que comienza en la noche del jueves, ha puesto en fuga las tinieblas de la idolatría ha iluminado las catacumbas de Roma, las criptas de la Grecia, las cavernas de Egipto, y ha hundido en polvo ignominioso los vanos simulacros de dioses aún más miserables.

La Eucaristía ha levantado altares por toda la tierra: al pié de ellos se postran los sacerdotes del Señor, las vírgenes que se han desposado con El, las matronas que adornan sus sienes con las rosas de la maternidad, los niños a quienes guarda el Angel del pudor, y los ancianos, que buscan en el pan celestial el sagrado amuleto contra los ho-

rrores de la muerte, porque ese pan lleva gérmenes de vida inmortal a los pechos que amorosamente le guardan.

VIII

Después de una dádiva tan excelente, parece que la gratitud del hombre debiera sellar sus archivos y no esperar nuevo beneficio.

Mas cuando se agota la capacidad humana, está lejos de agotarse su miseria; y, por tanto, la misericordia de Dios no puede negarle el socorro.

Cuando Adán comió el fruto vedado, no solamente perdió la vida sobrenatural, sino que también quedó sufriendo el embate de las pasiones. Ahora bien:—todas ellas tienen por raiz la soberbia del corazón; y las tentaciones de soberbia, en los que ejercen un gran poder, llevan la desvastación y la ruina a las familias y a la sociedad.

El Salvador que reemplazó con un fruto de vida el envenenado fruto que comieron nuestros padres, quiso curar radicalmente los achaques del corazón humano. Por eso señalando su divino corazón, nos dió el modelo de la mansedumbre y la humildad.

Para que la lección produjera sus saludables efectos, quiso añadir a la elocuencia de la palabra la elocuencia del ejemplo.

Por eso, después de haber cenado con sus discípulos, se inclinó para lavarles los piés, enseñando a los hombres con esta acción, y con el discurso que la siguió, que todo poder en la tierra es un *ministerio*, y que "el mayor debe hacerse como el menor, y el que gobierna cocomo el que sirve" (6)

Nuestro Señor fundó, pues, el poder público cristiano sobre la base inmóvil de la humildad; enseñó a los soberanos lo que debían hacer con los súbditos, y reveló a estos lo que podían esperar del soberano.—A los Emperadores que sacrificaban el pueblo, y que no se dignaban a mirar al esclavo, opuso su elocuente ejemplo, muriendo por el pueblo, e inclinándose delante de sus discípulos. Sólo esto faltaba a la Redención Ella salvaba al indivíduo de la tiranía de sus pasiones, y le infundía una vida nueva. Era necesario que salvase a las Naciones del abismo a donde puede precipitarlas el "poder soberbio."

Por eso Jesús antes de subir a la Cruz, desde la cual debía domi-

(6)—San Mateo, Cap. 23, v. 11.

nar al mundo, se inclinó para lavar los piés de pobres pecadores. Esos piés que debían andar la tierra, consagrados por el contacto de manos tan adorables, han dejado una huella de luz, que ha disipado la barbarie del derecho público pagano.

Todo fué cumplido en aquella noche. Sólo una cosa faltaba: que la víctima subiera al patíbulo, para desarrollar con el rocío de su sangre generosa y pura los gérmenes benditos, que había sembrado con su palabra y con su ejemplo.

Noche sin rival, que luce con el día más bello! Noche, víspera de un día, que vé huir el sol de su frente, para hacerse duelo en los funerales del Redentor.

. . . .

(Lima, Marzo 28 de 1866.)

El sacerdote cristiano. Su misión sobre la tierra : - : - : - :

Tibi derelictus est pauper: Orphano tu eris adjutor.

A tí se ha confiado el pobre: tu serás el auxilio del huérfano.

Psalmo IX, v. 14.

Señor Iltmo:

Señores:

Vengo a hablaros en momentos solemnes; vengo a exhibir ante vosotros al tutor del pobre, al auxilio del huérfano.

Dios, que es Providencia, es, por lo mismo, el padre de los desvalidos. El sacerdote, que le representa en la tierra, ejerce, en su nombre los mismos oficios.

Por eso tiene el poder de multiplicar un pan sagrado, que satisface la necesidad del hambriento; por eso tiene las llaves del cielo, para enriquecer con sus tesoros al necesitado; por eso puede engrandecer la inteligencia, con la enseñanza divina que dispensan sus labios; puede también rehabilitar el corazón, reconciliando al pecador con Dios, y volviendo al huérfano su Padre.

Así cumple la doble misión, que el Señor le dió, al ceñir sus sienes con la corona de la paternidad. Así se asemeja al Autor de

todo lo bueno, a quien dirigiera el Rey-Profeta estas palabras: *Tibi derelictus est pauper: orphano tu eris adjutor".*

Virgen Santa! Alcánzame la gracia de escalar el cielo, para repetir a mi auditorio lo que cantan los serafines, al felicitar al coro de los Sacerdotes.

AVE GRATIA PLENA.

La humanidad es un solo hombre; y, por desgracia suya, tan pobre como el samaritano, que despojaron los ladrones, dejándolo abandonado en un camino, tan desvalido como el mismo, que necesitó de los auxilios de un extranjero compasivo, para restañar la sangre de sus heridas, y cicatrizarlas con un bálsamo de rara invención

Todos los hijos de Adan se simbolizan en el Samaritano. Despojados de los bienes espirituales por la malicia de los ángeles rebeldes, nunca habrían mejorado en condición, si la caridad de Dios no les hubiera reintegrado en la posesión de esos tesoros. Ese Dios, que se hizo hombre, nos ha hecho dioses: *Nos autem dii estis;* y por tanto, nos ha hecho ricos: *jam divites facti estis*, decía el apóstol de las gentes. Ese Dios se ha hecho nuestro Padre, por que nos ha prohijado por gracia, "dándonos, no el espíritu de temor y de servidumbre, sino el de adopción de hijos, con el cual clamamos: Padre". Y, al enriquecer y adoptar a la humanidad pobre y huérfana, la ha llevado sobre sus hombros hasta la gran hospedería de la *Iglesia*, en donde ha querido que sus ministros continúen la obra comenzada por su poder, dándoles la misión necesaria por estas palabras: "Como el Padre me envió, así os envío a vosotros".

El Padre me envió para enriquecer a los pobres: *"Evangelisare pauperibus misit me"*; por eso, vosotros sacerdotes, tenéis que enriquecerlos. El cautiverio del Demonio había privado a mis criaturas predilectas de su padre y de su patria; y yo he venido a romper sus cadenas. *"ut predicar captivis indulgentiam, et clausis aperitionem"*; he venido a anunciarles que recobran los derechos a su patria y a su Padre. "Vosotros, pues, desatad en la tierra, y el cielo confirmará vuestra sentencia"; y los huérfanos podrán decir: "Pa-

dre nuestro, que estás en los cielos"; y los desterrados: "ya no somos huéspedes y extranjeros, sino ciudadanos de la patria de los santos, y domésticos de Dios".

He aquí, señores, el grande encargo, que ha sido hecho al Sacerdote en el mundo: enriquecer a los hombres, dispensándoles los bienes de la Redención: *tibi derelictus est pauper;* y volverles a su Padre, reconciliándolos con Dios: *Orphano tu eris adjutor.*

I

La primera de las riquezas, señores, es la vida, por que ella es la condición indispensable para poseer todos los bienes. Pero la vida tiene muchas fases; y, entre ellas, se distingue, por su excelencia, la vida sobrenatural. Dios es el principio de toda vida; mas la vida sobrenatural es Dios viviendo en su criatura—es la realización de esta predicación divina: "si alguno me ama, mi Padre también le amará, y vendremos hacia él, y moraremos en él"—es el fenómeno revelado por la lengua inspirada de S. Pablo: "vivo yo; mas no yo; Cristo es el que vive en mí".

El que posee la vida sobrenatural es rico con una riqueza infinita; puede decir como Salomón: "todos los bienes los he recibido junto con ella". El que no vive sobrenaturalmente es pobre: se halla en una extrema miseria; es un mendigo, vestido de harapos, que no tendrá asiento en el banquete de la felicidad.

II

Tal es, señores la condición del hombre, tal es la grandeza de su destino. El árbol solo disfruta de la vida vegetativa, y con ella le basta para ser rico; cúbrese de flores y frutos, y en ellos, y en cada uno de sus verdes hojas, todo ser inteligente puede descifrar la vida. A las aves les basta su pintado plumaje y la voz de su garganta, para anunciar a la naturaleza entera que la vida, ese fenómeno de crecimiento y desarrollo, de fuerza y actividad, se realiza en ellas de un modo incontestable. Así sucede con todos los animales; pero no pasa lo mismo con el Rey de la creación.

Rodeado de todos los bienes de la naturaleza; desarrollándose en el orden físico; abundando en fuerzas materiales, el hombre no

vive, si no está unido a Dios por el conocimiento y el amor; si una cadena misteriosa, cuyo contacto electriza a los ángeles, no une su pobre corazón con el corazón magnífico de su autor. Mientras que esto no sucede, el hombre no vive; y, por que carece de vida, es el más pobre de todos los seres. Veamos quien debe enriquecerlo.

III

Siendo el hombre inteligencia y voluntad, la vida sobrenatural, la vida de la gracia, debe revelarse en su voluntad e inteligencia. La gracia del entendimiento se llama *Fé;* la gracia de la voluntad se llama *Amor*. El sacerdote que debe enriquecer al pobre, ha de poseer, pues, una antorcha, que dé luz al entendimiento, y una brasa que, aplicada al corazón, lo incendie con su calor.

Esa antorcha es la palabra de Dios, que sus labios anuncian; por que los labios del sacerdote guardan la ciencia: esa brasa es el Sacramento, que sus manos administran; porque, bajo del signo sensible de la materia y de la forma, hay una gracia invisible, que se comunica al corazón del suscipiente; hay una fuerza secreta que robusteciendo sus fibras debilitadas, le lanza en la vía del heroísmo, que tiene por término la santidad, y por corona la bienaventuranza eterna.

IV

He aquí la misión sacerdotal: he aquí la misión, que Jesús delineaba, al proponernos la parábola del Rey, que envió a su siervo a los pueblos y a las ciudades, a los caminos y a los vallados, para convidar a su banquete a todos los miserables, compeliéndolos a entrar, para que recobrasen sus pérdidas con los deliciosos manjares, que había preparado.

El mundo, señores, está lleno de este género de pobres; y el mundo no puede darles los bienes que les falta. La tierra les brinda sus frutos y los metales que ocultan sus entrañas; les brinda el agua de sus ríos y de sus fuentes, las flores de sus huertos, la sombra de sus bosques. El mar les ofrece sus riquezas inconmensurables; y el firmamento sus esplendentes antorchas. Y, con todos estos

tesoros, si no tienen el don de la fé; si, como el Eunuco de la reina Caridaces, no pueden penetrar el sentido del libro de la revelación, son pobres confiados a la tutela del sacerdote, del enviado de Dios, que debe partirles el pan de la inteligencia, para dar vigor a su lánguida voluntad.

V

Recordemos, señores, un acontecimiento, que enternece al corazón menos sensible, a la vez que ilustra el entendimiento, acerca del asunto que nos viene ocupando.

Una multitud ha seguido a Jesús al desierto. Ha olvidado el alimento corporal, encantada por la unción divina de su palabra. Jesús se conduele; y, cuando los apóstoles, rudos todavía, le proponen que la despida, el Salvador les dice: "Dadles vosotros de comer". El vence todas las dificultades, que le presentan sus ministros; se vale de ellos, para hacer sentar a las turbas; en sus manos realiza el portento de multiplicar el pan y los peces; por sus manos distribuye el alimento milagroso, y ellos deben recoger el sobrante, para que no se pierda. Esto es porque ha querido acreditaros como benefactores del pobre: *Tibi derelictus est pauper.*

Este milagro, dicen los expositores, es una profecía de dos milagros, que Jesús realiza diaria y perpetuamente por el ministerio de sus enviados: el milagro de la multiplicación de su palabra, con que se sacia el hombre espiritual, "que no vive solo de pan, sino de todo verbo, que sale de la boca de Dios"; y el milagro de multiplicación de su cuerpo, que se realiza en las manos de sus sacerdotes, para satisfacer con este alimento el hambre que se ha despertado en los oyentes de la palabra divina.

VI

Rodean la cátedra evangélica millares de hombres, cuya inteligencia viste un girón de púrpura, que no cubre su desnudez, como cubrían las hojas de higuera la desnudez de nuestros padres prevaricadores. El sacerdote habla, cual otro Cristo, porque le representa en la tierra; y, a su palabra un velo de luz rodea el entendimiento de los que le escuchan. Es un velo, porque su enseñanza es misteriosa;

es de luz, porque su enseñanza es verdadera. Algún día se rasgará ese velo, en las puertas de Sion, y el entendiminto se extasiará, contemplando la hermosura de Dios en la luz de Dios: *in lumine tuo videbimus lumen.*

VII

Un pueblo hambriento ha puesto sus tiendas en la falda de la colina sagrada: espera al pie de la montaña del sacrificio. El sacerdote levanta los ojos al cielo, bendice el pan, profiere palabras que hacen estremecer a las Potestades del Cielo y del abismo; luego, distribuye el cuerpo de N. S. J. C. a la multitud que aguarda, y se oculta a orar como su Maestro divino, para que El solo reine en esas almas.

Parece que les dijera lo que el Apóstol San Pablo: "*Jam saturati estis; jam divites facti estis: sine nobis regnatis, et utinam regnetis, ut nos vobiscum regnemus*". Ya estáis saciados; ya estáis enriquecidos ya reináis sin mí, y ojalá que reineis, para reinar yo con vosotros.

Cuando mi Dios,, que es vuestro Dios, imprimió en mi alma el augusto carácter de sacerdote, me encomendó vuestra suerte por estas palabras: "*Tibi derelictus est pauper*". Ilustra su entendimiento; enriquécelo con el tesoro de la fé, que entra por el oído: por eso debes predicar, para que oyéndote crean; por eso te he dado misión, para que ejerzas este santo ministerio. He aquí el título con que me he presentado ante vosotros: la dicha de vuestras almas, al sentir la gracia santificante, me responde del cumplimiento de mi sagrada misión. Dios me dijo también: alimenta sus corazones con el pan, que les he preparado, por que el que no comiere de este pan morirá, mas el que le comiere vivirá eternamente. Por eso he inmolado sobre el altar al cordero sin mancha: su carne saludable os ha alimentado; su sangre generosa ha corrido por vuestras venas: y, con ella, habéis sentido inocularse en vosotros la vida abundante, que el Verbo del Padre vino a comunicaros desde el Cielo. "Estáis muerto para el pecado; pero vuestra vida se halla oculta con Cristo en el seno de Dios". *Mortis estis; sed vita vostra ascondita est cum Christo in Deo.*

VIII

nos benditas, se derraman los bienes del cielo. Así, él está comprendi-
Sí, señores: el sacerdote es el tesorero del pobre; y, por sus ma-
do en una bienaventuranza especial: a él le será dicho, por excelencia, en el gran día de las retribuciones: "tuve hambre y me diste de comer; tuve sed, y me diste de beber. Yo padecía necesidad en la persona de mis pobres, de aquellos a quienes fuí a evangelizar a la tierra. Yo derramé en el mundo la semilla evangélica, pero tuve que volver al seno de mi Padre, para preparar un trono a mis elegidos y enviarles al Espíritu Consolador". Tú, mi sacerdote, desempeñando mi legación, has partido el pan a los pequeñuelos, y los has embriagado con el licor generoso de mis venas. Has hecho bien: para eso te dejé sobre la tierra. Al ungirte sacerdote, yo te dije: *"Tibi derelictus est pauper"*. ¿Cuál será tu premio? ¿Te coronaré de estrellas? No; ellas salpican la alfombra de los atrios de mi palacio. ¿Te daré por diadema el sol? No; por que lo he destinado para que derrame sus manojos de luz sobre las puertas de la ciudad santa. Tú mereces más: "siervo bueno y fiel: porque has sido fiel en lo poco, te daré el cuidado de lo mucho; entra en el regazo de tu Señor". "Padre celestial: yo quiero que mi ministro sea colocado cerca de mí". *"Dolo, Pater, ut ubi ego sum, illic sit et minister meus"*.

IX

Cuando yo oigo, señores, que el Salvador llama a Dios nuestro Padre, me pregunto el por qué de esta paternidad; y reflexiono que, no habiéndonos Dios engendrado, que no siendo nosotros de su propia sustancia, sino una maifestación *ad extra* de su infinito poder, no podemos ser hijos suyos por naturaleza.

Pero como El insiste en llamarnos hijos, y Dios no puede equivocarse, preciso es que reconozcamos el título de su paternidad en relaciones de un orden superior, preciso es que lo encontremos en una relación de inteligencia y otra de voluntad; por que el Ser perfectísimo es infinitamente inteligente e infinitamente libre.

X

Cuando Dios creó al primer hombre gravó en él su imagen y semejanza; tipo concebido por el entendimiento perfecto de Dios, y amado con infinita ternura por su voluntad soberana. La creación, pues, fué el origen de nuestra filiación divina; porque el hombre fué el retrato de su autor, que se pintó en él como el Sol se retrata en una gota de agua.

Pero el pecado nos arrebató al mejor de los padres, destrozando los vínculos libres, que unían a la criatura inteligente con su Hacedor. Al mirar el Señor a su hechura, no vió en ella los lineamientos trazados por su Sabiduría ni pudo amar con amor de complacencia el espectro que había suscitado Satán en medio del paraíso.

Mas, siendo Dios Padre de las misericordias, su Sabiduría infinita celebra un consejo con su Poder y su Bondad, para reintegrar al hombre en la posesión de sus derechos perdidos. La redención se decreta; la redención se ejecuta; y la redención nos salva. No obstante, para que esta Redención alcance a todos los hombres, Cristo ha establecido sacerdotes que, sumergiendo en las aguas santificadas al culpable, borren, por la virtud del sacramento, la mancha que afea el alma del pecador, de modo que la imagen divina reaparezca espléndida, que el Dios Omnipotente vuelva a tomar en sus brazos al hijo de su amor.

Aún hay más: después de recibir este beneficio, el hombre puede ser ingrato, por que la prueba dura para él; y, cuando ha saboreado las dulzuras de la filiación divina; y, cuando se ha estremecido al sentirse arrullado en el seno infinito de Dios; y, cuando ha llamado a los ángeles hermanos, y compañeros a los santos puede caer de tanta altura, y perder en un momento de vértigo el cielo y todos sus bienes, la gracia de Dios, la paz del corazón y sus puras delicias.

XI

Ah! ¿No habrá aquí una alma, que haya sentido alguna vez esta congoja; que haya levantado los ojos al cielo para encontrarlo enlutado; que los haya bajado a la tierra, para verla atónita delante

de su delito; que los haya dirigido al mar, para verle escribiendo, con el movimiento inflexible de sus olas una historia de obediencia; que los haya convertido a los montes, para acordarse que ha caído de mayor altura? Oh! Esto sucede todos los días, a todas las horas, en todos los instantes. El tiempo va escribiendo sus anales, y le sirve de caracteres las ingratitudes de los hombres; y en todos los instantes, y a todas las horas, y en todos los días, la humanidad registra un largo padrón de huérfanos, que han perdido al mejor de los padres.

¿No habrá un ángel, que abandone el cielo, para venir a consolar a estos desgraciados? ¿Y qué lenitivo podría ofrecer a su dolor? Les hablaría de Dios, cuya hermosura es su perpetua delicia; les hablaría de goces, que no harían más que exacerbar su pena.

Sí; el ángel es impotente para volver al huérfano el padre que ha perdido.

XII

Pero hay en la tierra un hombre, que es un *ángel,* y un ángel, que es un ***hombre***. Angel por su ministerio, ha sido enviado cerca de sus hermanos para hacerles bien, ángel por la pureza, no conoce las delicias de la paternidad natural, para saborear los dulcísimos goces de la paternidad por gracia; ángel por el poder, si no le es dado bajar a Dios de su trono, para obligarlo a que estreche al hombre prevaricador, le es permitido, a lo menos, levantar al hombre hasta Dios, rompiendo con robusta mano los grillos, que le impiden volar hasta el seno de su Padre. Hombre, miserable como todo hijo de Adam, no puede desdeñar al más desgraciado de sus semejantes; hombre, tiene que compadecerse de su lamentable situación; hombre, puede ser visto y escuchado; y decir a todo pecador contrito lo que el Profeta Natham dijo a David penitente: "Dios te perdona tu crimen" y, así como el Profeta dió una garantía al Rey criminal, para que confiase en su palabra, prediciéndole la muerte del hijo de su crimen, el sacerdote predice al pecador a quien perdona la muerte del remordimiento, la muerte de los hábitos viciosos, fruto malhadado de su rebelión contra Dios.

Pero mis hermanos, yo me equivocaba: os dije que el Sacer-

dote no puede arrancar a Dios de su trono, para hacerle sellar una alianza de paz con su rebelde criatura. Si lo arranca, señores: lo obliga a bajar, sin descender del cielo; lo coloca sobre el ara santa, y después lo entrega al pecador purificado; lo alberga en su pecho, lo deposita en su corazón, en el mismo corazón traidor y villano, para que aprenda a ser leal y agradecido. Entonces el criminal enjuga sus lágrimas; respira en una atmósfera divina; ya no solloza; ya no pregunta por su Dios; ya dice, con santo orgullo: ¿quién me separará del amor de Cristo? Ya no busca a su Padre; ya no es huérfano, señores.

Y, entretanto, una voz más dulce que el suspiro de amor de un serafín; más suave que el susurro de la brisa entre las flores; más misteriosa que el coloquio de las estrellas con el mar: una voz, así, tan tierna como la del Omnipotente, dice al oído del Sacerdote: Tú eres y serás el auxilio del huérfano: *Orphano tu eris adjutor.*

XIII

Sí; mi amado hermano: a pesar de nuestra indignidad, somos tutores del pobre y auxilio del huérfano. El mundo entero es nuestro pupilo; ejercemos sobre él una tutela de derecho divino; le dispensamos todo género de socorros. Nosotros tenemos la palanca, que Arquímides pedía para levantar el globo que habitamos en el inmenso espacio; tenemos también el punto de apoyo que Arquímides no encontró: ese punto de apoyo es la piedra del sacrificio. Con tales elementos, podemos elevar, a nuestros hermanos a una altura, que Arquímides no soñaba; podemos elevarlos hasta la altura, a que subió Jesús triunfante, después de su pasión.

¿Qué más? Después de vestir sus almas desnudas con la estola de la inocencia; después de ataviarlas con el brillante ropaje de la fé; después de lavar sus estolas manchadas en la sangre del cordero; después de abrir una senda de luz a la humanidad para que se dirija a su destino; después de recibir el primer suspiro del niño en la cuna, y de recibir el postrero del moribundo, en su lecho de agonía; después de curar las llagas del pecador, y de levantarlo, como el águila levanta a sus polluelos, para que contemple al Sol de justicia; después de todo esto, espera que los hombres trencen para tus sienes una corona de espinas; espera que te llamen insensato y loco;

espera que te presenten un cáliz repleto de hiel y vinagre; espera hasta una muerte afrentosa, si fuere necesaria para dar testimonio de la santidad de tu misión.

Y ¿por qué no? Tú eres el tutor del pobre, es cierto; eres el auxilio del huérfano; pero el discípulo no es de mejor condición que un maestro; el siervo no puede ser mejor tratado que su Señor. Y los hombres dieron muerte a Nuestro Señor y Ministro en un afrentoso patíbulo. Ciegos instrumentos de la Providencia, hirieron una y otra vez el costado de Cristo, para que brotase de él un torrente de gracia, que inundó la tierra, regenerándola. Desde entonces toda sangre derramada por la misma causa cae como una maldición sobre los verdugos, pero es un rocío celestial para los inocentes.

La sangre de los manantiales de Atenas y de Roma calcinó los ídolos y sus adoradores; pero hizo florecer un sinnúmero de santos, en el Africa, y en Bretaña y en las Galias, en el Asia y en la América. Tal vez, la vocación del sacerdocio de esta época es una vocación al martirio. Por lo menos, si no ciñe la corona del mártir, tendrá la palma del confesor de la fé. No lo dudéis, hermanos míos: nada sucede al acaso, en el orden de la Providencia; y todos los acontecimientos son caracteres que, confinados por su mano sabia, escriben sus consejos.

Mira quien ha venido a honrarte: mira al venerable Pontífice, que te ha conducido por la mano a la cima del *monte santo*. Es el ángel de la Iglesia de Panamá, que ha venido a contarnos que sus hermanos, los ángeles de Santa Fé, de Cartagena, de Pasto, que han cubierto de crespón sus mitras, han dejado caer el báculo pastoral, por que sus manos han sido encadenadas por la más bárbara de las tiranías. Ha venido a decirnos que su diócesis no puede disfrutar de sus cariños de Padre, por que unos crueles lo arrancaron de sus brazos, para entregar al lobo rapaz las ovejas que Jesús le confió. Ha venido a revelarnos que, tintos aún sus labios en la sangre del cordero, que acaba de inmolar por la salud de los hombres, los verdugos fueron a prenderle en el templo mismo de Dios, como prendieron al Mesías, en el huerto en donde oraba con sus discípulos. No en vano se encuentra aquí, para ser testigo de tu dicha. Ha venido a recordarte que después del Thabor hay un Calvario; y que el verdadero discípulo no debe negar a su maestro cuando la persecución

arrecia, sino que debe seguirle hasta el pié de la Cruz, como le siguió Juan al discípulo amado. Ha venido a enseñarte que el Thabor adonde subes va a fortificar tu espíritu, para que trepes sin vacilar la colina del sacrificio. Para venir aquí; ha cruzado el mar, cuyas aguas son menos amargas, que el piélago de la tribulación, en que su alma se halla sumergida. Ha venido, lo diré de una vez, a engastar su corazón de Apóstol en nuestros corazones de sacerdotes, para imantarnos con su contacto, y templar nuestras almas con el temple del martirio. Por eso, al verlo llegar, le abrimos los brazos, a fin de que la llama sagrada prendiera pronto en nuestros pechos. Ya su nombre y su memoria serán indelebles en los fastos de la Iglesia de Lima, y su misma persona no podrá ser arrancada de nuestro seno, sino por el brazo de Dios Omnipotente, que le condujo a este lugar, para darnos ejemplos de la grandeza del corazón de un Pastor, y embalsamar nuestro ambiente con el perfume de sus virtudes.

Perdón, señor Iltmo., si mi lengua se ha deslizado. Me he atrevido a tanto, en el templo del Dios vivo, por que sé que se le honra en la persona de sus confesores y de sus mártires.

Dios mío! ¿qué he hecho yo? En medio de las pompas de la alegría, he entonado un himno fúnebre; y, cuando se acaba de cantar un cántico de gozo, he alzado mi voz, para contristar el alma de este nuevo Ministro tuyo. ¿Será, Señor, que ya se divisa en lontananza una nube preñada de desventuras, que viene a entoldar nuestro cielo, antes tan puro, para eclipsar el astro de la Fé, y descargar sobre este hermoso plantío el granizo y el rayo, que arrasarán nuestros campos, y arruinarán nuestros monumentos más bellos? Yo no sé, Señor, lo que tú lees en el porvenir.

Cálmese tu indignación, aplaquese tu justo enojo, siquiera por los méritos de la victima santa, que va a ser inmolada por este vástago de Melquisedech, participante del eterno sacerdocio de tu Hijo.

De rodillas, sí, de rodillas esperamos el perdón; y, para disponernos a merecerlo, nos unimos en un solo espíritu, profesando acordes la fé de nuestro símbolo.

-:- Apéndice -:-

Oración fúnebre del Presbítero Dr. Dn. José Mateo Aguilar

Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animan meam faciet.... et ambulabit coram Christo, meo cunctis diebus.

Libro 1o· de los Reyes, Cap. XI, v. 35.

Señores:

Dios sopló una vez sobre una estátua de barro, y creó el alma de un hombre; volvió a sopiar sobre esa alma, y la dejó regenerada en las hondas saludables del bautismo; después, los ángeles colocaron, por su mandato, sobre la frente de ese cristiano una corona magnífica, y el cristiano fué sacerdote; Dios volvió a soplar sobre su alma, y la dejó regenerada en las aguas amargas de la penitencia. Ese hombre, ese cristiano, ese sacerdote, ese Jerónimo del Perú se llama el doctor don José Mateo Aguilar.

El Señor le ha levantado con su brazo omnipotente y misericordioso; y, en el tiempo en que nadie lo esperaba, le ha convertido a sus caminos— ha hecho lucir en su alma los célicos resplandores del

NOTA.—Habiendo sido de todo punto imposible conseguir cuando entró en prensa la sección respectiva, los originales de las oraciones fúnebres del presbítero doctor don José Mateo Aguilar, de feliz memoria y del ilustre ex-mandatario del Perú, don Manuel Pardo, se publican como Apéndice a fin de que los lectores de esta obra no pierdan la ocasión de admirar estas dos magistrales piezas oratorias de Monseñor Roca.

predestinado: *suscitabo mihi sacerdotem fidelem*. En el momento en que la sabiduría de la tierra le embriagaba; en que la gloria del mundo le oscurecía la gloria verdadera, Dios, que puede todo lo que quiere, y quiere siempre lo que es bueno, disipa el letargo que se ha apoderado de sus facultades, hace penetrar en su inteligencia una centella de eternidad: a su influjo el corazón se abraza; y, desde ese momento feliz, en que, para servirme de sus propias expresiones, "un no se qué de divino, dando saltos de alegría en lo más íntimo del pecho, anuncia el feto de la gracia," (1) desde ese momento, repito, el feto crece con admirable rapidez, y las obras de ese nuevo Pablo dan testimonio del poder divino, que ha cautivado su espíritu entre lazos de amor: *juxta cor meum et animam meam faciet*. Desde entonces, seguidle, señores, y le vereis dando gloria a Dios, y "creciendo en virtud y en sabiduría," (2) a la manera que nos pinta el evangelista a Jesús, divino modelo suyo; así, le trata en su alma, por la doble y simultánea acción de la gracia y de la libertad, y se cumple en él este oráculo divino *ambulabit coram Christo meo cunctis diebus*.

¿No le veis, señores? ¿No veis su calva espaciosa, en que reverbera la luz de la meditación? ¿No veis sus ojos animados con el fuego de la inspiración sagrada? ¿No veis sus labios que vierten un raudal de elocuencia peregrina? ¿No veis un pueblo, que le venera como su Apóstol, que le ama como a su Padre, que le escucha como a su Maestro, que oscila entre la esperanza y el temor, cuando él le dice que espere o que tema? Ah! miradle, señores: ¿no le veis? Ay! me alucinaba ....ha muerto señores........

Un estrecho recinto encierra hoy a aquel, que con su palabra llenaba la magnificencia de los templos católicos; algunas lágrimas, que ha vertido el corazón ulcerado, empaparon sus restos, que hoy cubre la losa del cementerio; la Iglesia del Perú, transida de dolor, quiere reanimar esos restos con el fuego de su corazon, y se empeña en salvar del olvido su preciosa memoria; por eso doquiera repite atribulada su nombre, y une ese nombre a las súplicas más tiernas, para im-

---

(1)—Sermón panegírico de San Ignacio de Loyola, inserto en las Obras Selectas del Ciero Peruano, por R. M. Taurel, Tomo, 1o· pág. 332.

(2)—Evangelio según San Lucas, Cap. II, v. 52.

plorar sobre el que le llevaba todas las misericordias del cielo; (3) y la gloria le busca afanosa entre los mortales, para colocar en sus sienes una corona inmarcesible, trenzada con las flores de sus méritos. ¿Y su alma?.....¡Oh! su alma, piadosamente debemos creerlo: en ella reposan las miradas de complacencia de Dios. ¿Y su vida? Se acabó, señores, entre los resplandores de la virtud, sublime como el sol en su ocaso, tiñendo de oro y púrpura los horizontes de la nuestra.

Viajeros nosotros, sorprendidos en nuestro rudo camino por la extinción de esa antorcha, que encendiera la mano de Dios, vamos, antes que la noche del olvido tienda su fúnebre manto sobre nuestro cielo, vamos, señores, a leer a la luz de los resplandores que él nos ha dejado: reuniéndolos, podremos descifrar allí este glorioso timbre: *suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet..... et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus.*

Si quereis apreciar, señores, uno de los prodigios obrados por la Omnipotencia de Dios, estudiad esa creación espiritual, que se llama el sacerdocio católico; y, para que la estudieis mejor, deteneos un instante a considerarlo en dos de sus más bellas manifestaciones. Imponed silencio a los siglos; abríos paso por entre las tumultuosas generaciones, que vuestro recuerdo ha evocado de la tumba; volved a hundir en ella a todos los personajes que el tiempo ha arropado con sus alas al plegarlas; y contemplad recogidos, en el siglo IV, las dos grandes figuras de Agustín y Jerónimo. Medid, si podeis, el vuelo del águila de Hipona, y la fortaleza del león de Bethleem. Seguid con vuestra vista los horizontes que vá trasmontando Agustín, el Santo perdido de amor de Dios; y escuchad la robusta entonación de Jerónimo, que, desde lo más retirado del desierto, pone miedo en los pechos de los enemigo de Dios y de su Iglesia. Ved al primero regocijando a la cristiandad, en el momento de sumergirse en las aguas santificadoras del bautismo. Ved al segundo, firme sustentáculo de la verdad reve-

(3)—Alusión a las exequias celebradas, en ese día, en la Casa de Ejercicios y en el Seminario; a las que debían celebrarse, el día siguiente, en la Iglesia de nuestra Señora, de la Buenamuerte, y a las que la Santa Iglesia Catedral se preparaba a celebrar, y que habían decretado su Venerable Dean y Cabildo. Después, el reverendísimo padre Prelado de la Merced ha hecho también exequias, en sufragio del alma de este ilustre sacerdote.

lada, arrancando a las oscuridades bíblicas luces celestiales, que dan una claridad desusada a las bóvedas de la Jerusalem de la tierra. Ved a Agustín, movido por el doble espíritu de compunción y de amor, derramando tiernas y edificantes lágrimas, cuyo manantial no se secará en la Iglesia de Cristo, ni con todos los ardores de todos los soles, ni con todo el polvo que arremoline el viento en los arenales de todos los desiertos. Ved a Jerónimo haciendo lanzar un grito de admiración a las fieras, grito que resuena en el fondo de su cueva solitaria, al herir sus descarnados miembros con el azote del martirio que él se impone. Ved al primero encantando al grande auditorio, que le escucha con esa palabra dulce y persuasiva, cuyo timbre es un gemido de amor, cuyo eco es una música del cielo, cuya resonancia es la conversación de un millar de corazones. Ved al segundo dirigiendo desde su gruta la piedad naciente, fortificando la piedad combatida, alentando la piedad robusta. Ved a Agustín huyendo de los honores del Episcopado, aceptándolo sólo por obedecer a Dios, y convirtiéndolo a la mayor gloria de ese Dios y santificación de las almas; y ved a Jerónimo abrumado con el peso del sacerdocio, que no puede sobrellevar, sino postrándose en tierra y confesando su miseria. Ved por último, señores, al siglo IV, asustado por la presencia de estos dos soles, que le iluminan, y asisten a sus funerales para envolverle piadosamente en una mortaja de gloria. (4)

Ved todo esto, señores: y, después de bendecir a Dios, que ha hecho tan grande el sacerdocio; que lo ha engendrado en el misterio de su misericordia y de su omnipotencia; que lo ha ataviado con todas las galas de su magestad; que lo ha colmado de todas las bendiciones de su dulzura; después de pagar este tributo de admiración y de reconocimiento al Dios tres veces santo, venid a llorar lágrimas de fuego al pié de un sepulcro, que acaba de encerrar a la personificación de estos dos grandes genios. Sí, señores, venid a llorar conmigo las grandezas de Agustín y de Jerónimo, que renacieron en el siglo XIX, que brillaron en el horizante de la Iglesia peruana unificada en la venerable persona del doctor don José Mateo Aguilar; y que, ayer no más, huyendo de nuestra admiración, ocultándose a nuestro homenajes, en-

(4)—San Agustín y San Jerónimo brillaban, por sus virtudes y su doctrina, cuando terminó el siglo 4o. San Jerónimo pagó el tributo a la mortalidad el año 420, y San Agustín el año 430.

volviéndose entre nubes de plegarias y entre celajes de inmortalidad, no nos ha dejado sino un cadáver, estrujado por la mano terrible de la muerte, que ayer también nuestra piedad ocultó en el rincón de un cementerio. Delante de su fosa velan continuamente la fe, la esperanza y la caridad, esas tres hijas de Dios, que la Religión ha instalado allí para guardarla; y la gloria, que no ha cesado de correr tras él mientras que vivió en este mundo, intenta penetrar en esa fosa, para arrancarle los despojos que guarda; mas, sintiendo que es inútil su empeño, se vuelve hacia nosotros, para que consagremos en nuestros corazones un monumento a su recuerdo. Lo haremos, señores; porque ese monumento descansará sobre el pedestal de la justicia, porque será un tributo ofrecido a la magnificencia de Dios vivo; porque dirá en su grandeza cuanta es la grandeza de los designios divinos; y al levantarlo, contemplaremos las virtudes, que han hecho del doctor Aguilar un sacerdote fiel, animado de los sentimientos del sacerdote por excelencia, y guiado por El en todos los días de su preciosa vida: *Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui juxta cor meum et animam meam faciet. ..... et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus.*

Aquí teneis, el campo hermoso que debo recorrer, auxiliado por la misericordia divina, y escudado por vuestra benevolencia. Si la grandeza del sujeto pedía otro intérprete de su vida, esa misma grandeza, que hoy sólo debe postrarse delante de la grandeza de Dios, no será perjudicada por la escasez de mis dotes, por que ella se basta a sí misma; y mi función no es otra que rasgar el velo, que su humildad había tejido, para ocultarse a vuestra veneración. Voy, pues, a presentar de relieve la gran figura de un sacerdote: en su corazón veréis reinar todas las virtudes; en su ministerio vereis la acción santificadora de Dios; y en todo él vereis un sacerdote fiel, en quien se ha retratado Cristo Jesús, orígen y tipo del sacerdocio de la nueva ley.

Dios, señores, no reconoce otro imposible que el absurdo: y esto no es porque su Omniptencia tenga límites, sino por que el absurdo es la negación de toda perfección, y aún del mismo ser. Cuando Dios quiere, pues, salvar una alma, conmueve el cielo y la tierra para lograrlo. He aquí lo que sucede en todos los siglos, en el IV como en el XIX; porque los siglos no limitan la omnipotencia de Dios, sino que son abarcados por ella. Así, bien puede Agustín catecúmeno hacer morir todas las esperanzas de la tierra, y afligir el corazón de una madre piadosa, con una obstinación inexplicable: día llegará en que sus lá-

grimas se derramen, no en las angustias de la tribulación sino en el gozo del consuelo: el Señor ha dicho por su Profea: *Qui seminanti in lacrymis, in exultatione metent.* (5) Un jardín de los contornos de Milán será el teatro de la misericordia y de la omnipotencia divina; la edificación de la Iglesia universal, el resultado de la acción de esa misericordia y de esa omnipotencia: Agustín, mal catecúmeno, será ferviente cristiano, santo Obispo, gran Padre de la Iglesia. El doctor Aguilar, iniciado en el sacerdocio, pero arrastrando el peso de la humana miseria; alucinado por ensueños de gloria; imbuido en doctrinas peligrosas, y harto seguidas en su época, hizo llorar también a la piedad, tuvo sueños misteriosos, en que oyó palabras que atravesaron su corazón como el de Agustín; como él, sintió las influencias de la misericordia, inclinada a su favor por los ruegos de una madre; y, neófito en el sacerdocio, fué regenerado por el segundo bautismo de la penitencia, preparándose en el retiro, como Agustín, para recibir los dones del Espíritu Santo. Que vuestra veneración no se sorprenda, señores; que esa piedad filial con que le honrábais no se escandalice: Dios se complace en resucitar a los que duermen el sueño de la indiferencia, y permite que ella se apodere por un momento de algunos de sus elegidos; porque El sabe convertir a su gloria estos efímeros triunfos del genio del mal. Por eso arrebató a Saulo en el camino de Damasco; por eso arrancó a Agustín de las ilusiones de Milán; por eso preparó con mano sabia, en los primeros años del doctor Aguilar, los primeros materiales para el gran edificio de virtudes, que él debía alzar en su corazón. En sus extravíos le preparó una escuela de humildad, haciéndole conocer toda la miseria de que es capaz este pobre corazón humano; allí también le dió grandes lecciones de compasión, para que, cuando se convirtiera a sus caminos, supiera condolerse de los pecadores; dióle además un motivo constante de amargura, que estimulase su penitencia, esa penitencia, que es la mirra del corazón, sin la cual es muy fácil que se corrompa en la atmósfera emponzoñada que respira. Que no se disminuya, pues, el tributo que debéis pagar a esta santa memoria. Mirad, señores: el sol nunca es más bello, que cuando aparece disipando las nieblas, que le han ocultado a nuestras miradas. Era preciso también que el doctor Aguilar aprendiese a conocer como Saulo, Agustín y Jerónimo, en campo ex-

(5)—Psalmo CXXV, v. 5.

traño a la heredad cultivada por el gran Padre de familias, las secretas emboscadas en que el espíritu del error acecha a los hijos de Dios, para que pudiera dirigir atinadamente el combate de los generosos atletas de Jesucristo, a cuyo frente iba a ponerle la mano sabia de la Providencia. Bendigamos, señores, esos consejos, que no podemos comprender; y bendigamos también al elegido del cielo, a aquel que Dios ha resucitado, sacándole con mano poderosa del abismo en que yacía, para hacer de él un sacerdote según su espíritu, que hiciera bendecir su nombre a la generación actual: *susciabo mihi sacerdotem fidelem.*

No extrañéis, señores, que, después de hablaros de su conversión, os hable de su ciencia; supuesto que la ciencia es una de las virtudes del sacerdote, cuyos labios deben guardarla, de cuya boca la solicitará el pueblo, reconociéndole como al ángel del Señor de los ejércitos. (6) Y permitidme que, en este día en que estoy autorizado de un modo particular para decir la verdad en toda su amargura exhale una sentida queja, que, sin duda, encontrará un eco de caridad en vuestros corazones. Hay una ilusión fatal, que nos pierde, porque casi ha llegado a dominar los espíritus. Se cree que basta la piedad para formar al sacerdote, y se padece un funesto engaño. Yo, señores, no doy un lugar secundario a la piedad, ni aún tratándose del simple fiel; porque sé que la piedad es útil para todo, que ella encierra promesas de vida temporal y eterna; (7) pero tampoco asigno un lugar secundario a la ciencia en el alma del sacerdote, que no puede llenar concienzudamente su ministerio, si no la posee en grado suficiente, exponiéndose así a traicionar la confianza de la Iglesia; porque ésta, al contarlo en su cuerpo docente, espera de él frutos de ciencia no menos que de piedad; y se promete colocarlo en los momentos de peligro en los puestos avanzados de la milicia cristiana. Si me permitís una metáfora, os diré: que la ciencia en el sacerdote debe ser como un cuerpo, que haga visible su elevado carácter, y la piedad el alma que dé vida a ese cuerpo y dirija todos sus movimientos. Es cierto que la ciencia sola hincha, (8) pero también

---

(6)—Labia... sacerdotis custodiunt scientiam, et legem requirent ex ore ejus: quia angelus Domini exercituum est. Profecía de Malaquias, Cap. II, v. 7.

(7)—Pietas.... ad omnia utilis est, promissionem habens vitae, quae nunc est. futurae. Epist de San Pablo a Timoteo, Cap. IV, v. 8.

(8)—Scientia inflat. 1a. Epist de San Pablo a los Corintios, Cap. I, v. 8.

lo es que la piedad sola se desvanece en un sacerdote, que no la encierra en su corazón defendida, por la ciencia y el amor al estudio, de los asaltos de sus enemigos interiores y exteriores. (9) Y hé aquí [illegible] de gloria para el doctor Aguilar. Su ciencia no es común; ella se mide por la fuerza de su genio, por la grandeza de su constancia, por la extensión de su aprovechamiento; y excede toda medida humana, si se considera que esa ciencia es adquirida, no solo por las fatigas de un estudio de cuarenta años, sino también por la comunicación que Dios le hace de luces singulares, por el fuego sagrado que desciende de las alturas para iluminar su inteligencia, y encender a un tiempo mismo su corazón, allá en el retiro, en la oración ferviente, en que Dios se complace visitándole, para templar su espíritu en la fragua de la caridad; esa presencia se revela por las irradiaciones del semblante, por el arroyo de lágrimas, que baña sus mejillas, por esa tempestad sublime de amor de Dios, que levanta su pecho, y anuncia que la magestad del Señor visita a su siervo, como visitó al pueblo Israel, entre las nubes y relámpagos del Sinaí, como visitó a ese mismo pueblo, en la dulzura y suavidad de su voz, a orillas del Jordán, en la cumbre del Tabor, en la cima del Calvario.

Sí, señores: estudio y oración, cuyas felices consecuencias son la ciencia y la piedad sacerdotal, he allí dos virtudes, que han brillado en ese venerable sacerdote; hé allí también dos virtudes, que brillaron en Jerónimo y en Agustín, tipos grandiosos, que él ha unificado en su persona. Por eso se inspira de los mismos objetos que ellos; por eso abandona el cultivo de las letras profanas, para gustar de las palabras del Señor en las sagradas Escrituras, en ese libro magnífico, abierto constantemente por la Iglesia su depositaria, para enseñar a todos los pueblos y a todas las edades. Al leerlas, el doctor Aguilar respira en su atmósfera natural: ¡alma grande, creada para sentir a los demás! ¡Cuántas veces sus lágrimas bañarían las pa-

---

(9)—Véase la excelente obra Pratique du Zéle Eclesiastique par l'abbé H. Dubois, Chap. VIII, page 103. Es lástima que esta obra no se haya propagado entre nosotros: el clero aprovecharía mucho leyéndola, y los fieles reportarían las ventajas, que son consiguientes al aumento del celo eclesiástico. El ilustre escritor que acabamos de citar, ha sido bastante fecundo para dar a luz, además de esta obra, las siguientes: "Le Saint Pretre,", "le Guide des Seminaristes et des Jeunes prétres" y "la Pratique du Christianisme". Perdonen mis lectores que entre en estos detalles; pero, deseoso de ver circular tan buenós libros, no he querido perder esta ocasión de recomendarlos.

ginas de ese sagrado libro, que Dios ha escrito para el hombre con la sangre de su Unigénito; y en donde el hombre encuentra a Dios retratado millares de veces, haciéndosele sensible por el ejercicio de todos sus atributos, y la manifestación de todos sus tesoros! (10).

Pero la Escritura, señores, es un tesoro escondido, y, para llegar a poseerlo, se necesita poseer la llave que le franquea—los escritos de los Padres,—a quienes, sin duda, Dios asistió de un modo especial, para que no perdiesen el sentido al descubrir tantas riquezas. Y entre esos Padres nadie negará un lugar distinguido a San Agustín y San Jerónimo, cuyas obras fueron familiares al doctor Aguilar. Si me pedís la prueba, voy a presentarla en un hecho que todos conocéis, y a cuya narración me obliga el enlace natural de las ideas.

Hablo, señores, de la predicación del doctor Aguilar; y, aunque es cierto que mi voz es muy débil para hablar de ella como lo exige su singular grandeza, no lo es menos que los acentos de mi admiración bastarán a avivar en vosotros el recuerdo de las emociones experimentadas al escucharla. ¿Quién no ha oído, señores, esa voz, que penetraba hasta los senos más recónditos del corazón, que hacía vibrar una a una todas sus cuerdas como las de un psalterio, produciendo en el fondo de los espíritus una harmonía toda celestial, y bajo las bóvedas del templo una harmonía de sollozos, de lágrimas y suspiros, y en las alturas del cielo una harmonía de bendiciones y de regocijo por la conversión de innumerables pecadores, que se han sentido atravesados por esa palabra, en la multitud de años que el señor Aguilar la dispensó? ¿Para qué hablar ahora de la belleza de las imágenes, de la delicadeza de los conceptos, de la vigorosa unidad del discurso, de la pureza de la dicción, de la fluidez de los términos, de la novedad de los giros, de la singularidad de la invención, de lo sorprendente de las conclusiones, de la claridad y fuerza de los argumentos? Todo esto era muy grande, todo esto era privilegio suyo. Dios le había dotado con liberalidad, porque se prometía un santo uso de estas dotes; pero aún no os he dicho nada sobre la índole de su predicación; todo lo que he hablado se refiere al cuerpo de su discurso. En cuanto al alma ¡ah! era una alma de fuego; se sentía

(10)—Véase el discurso de Donoso Cortés; Tomo 3o. de sus Obras, pág. 216 a 219.

que esa palabra era el grito arrancado por una convicción profunda, por una visión interior, que no se revelaba toda, porque la humildad estaba allí, solícita al pie de la cátedra, para cercenar quizá la mejor parte de esas flores de ingenio, y de esas flores aún más valiosas de ciencia, que, de otro modo, hubieran formado el ramillete de su discurso. Se veía desfilar ante el pensamiento de ese grande hombre a la Escritura sagrada, con su brillante cortejo de todas las ciencias eclesiásticas y aún profanas, brindándole toda la hermosura de sus verdades, todos los adornos con que ellas enriquecen el entendimiento humano; y se le veía desechar ese tropel de pensamientos, y escoger, con singular celo, aquello que entendía ser más glorioso para Dios y más provechoso para el prójimo. Parecía un gigante luchando por hacerse pequeño, martirizándose por acomodarse a la inteligencia del rudo, y por eclipsarse a la admiración del sabio.—Así quería dar a la humildad lecciones de ciencia, a la ciencia lecciones de humildad.—Y Dios se complacía en hacer fecunda esa palabra, que sólo resonaba por el estímulo de su gloria, que partía de un corazón encendido en celo de santificar otros corazones. ¡Oh jueves señalados en nuestra ciudad por la predicación del doctor Aguilar! Predicación en que toda alma encontraba su alimento propio; en que llegaba uno a convencerse de que el hombre no vive sólo de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios; (11) en que sentía cada uno las industrias de esa caridad, que se hacía todo para todos, para salvarlos a todos; (12) en que un auditorio profundamente recogido era llevado a otras regiones, salvaba los linderos del tiempo, y, encadenado por una palabra siempre vigorosa y siempre seductora, era arrastrado por ella hasta los atrios de la eternidad.

¡Jueves de bendición! Grabados estáis en nuestra memoria; y aún cuando el doctor Aguilar no hubiera hecho otra cosa en su vida sacerdotal, que ilustrar con su ferviente y sublime predicación estos días del amor, que Dios quiso consagrar por la institución del misterio de los misterios, (13) esta sola obra bastaría para inmortalizar su memoria, para arrancarnos lágrimas de cariño, de admiración y de

(11)—Non in solo pane vivit homo, ser in omni verbo, quod procedit de ore Dei. Evangelio según San Mateo, Cap. IV, v. 4.

(12)—Omnibus omnia iactus sum, ut omnes facerem salvos. la. Epist. de San Pablo a los Corintios, Cap. IX, v. 22.

(13)—La Eucaristía, que la Iglesia llama por antonomasia el misterio de fe **Mysterium Fidei**

reconocimiento, y una bendición que fuera a posarse humilde y confiada al pie del trono de la magestad divina. Estos jueves de inmortal recuerdo bastarían para convencernos de que el doctor Aguilar fué un sacerdote fiel, que obró según los sentimientos del corazón de Dios: *suscitabo mihi sacerdótem fidelem, qui juxta cor meum et animan mean faciet.*

Pero no fué esta la única circunstancia en que derramó la semilla evangélica. Puesto por la mano bienhechora de Dios al frente de una casa de ejercicios espirituales, mi lengua es impotente para decir todo el bien que hizo, animándola con su palabra y con sus edificantes ejemplos, durante el largo espacio de 38 años. ¡Almas convertidas por las fatigas apostólicas del doctor Aguilar! Vosotras habréis hecho ya su panegírico en el cielo: vosotras habréis representado a Dios, en el éxtasis de vuestra bienaventuranza, que ese sacerdote fué el instrumento escogido por su gracia para vuestra santificación; y que no sólo se prestó volunario a esta obra, que debió costarle más de un sacrificio, sino que cooperó a ella gustoso, reputando por muy pequeño todo trabajo, que hubiera de coronar un fruto tan dulce para su corazón de Apóstol. Almas felices: si Dios para glorificar a su siervo os ha revelado lo que él ocultaba al mundo habréis leído en el libro de la vida, escritos con caracteres de luz y realzados por los méritos del Cordero sin mancilla, esos ayunos, esas vigilias de penitencia, en que el sueño reparador de las fatigas de este jornalero de la eternidad era ahuyentado de sus párpados, por las tremendas verdades que él evocaba en la meditación; por los agudos cilicios con que ceñía su cuerpo quebrantado, por la cruel disciplina con que castigaba, y reducía a servidumbre, rivalizando en la penitencia con ese atleta de Nazareth, con el gran Jerónimo, cuya vida de mortificación fué ciertamente el modelo a que se ajustó la suya; siendo digno de particular admiración este fenómeno—la imitación de esa vida penitente y la ternura del corazón, que nos recuerda el dulce carácter del Obispo de Hipona;—de manera que este solitario en medio del bullicio, a quien vemos constantemente aterrado por el vivo recuerdo de las más espantosas verdades de la Religión, encierra un corazón, que se enternece hasta anegarse en dulce lloro, al contemplar las verdades más tiernas de esta misma Religión divina. Así se explica, por este misterio de la gracia, el doble efecto de su predicación evangélica: en ella se le ve esgrimir una espada ardiente, que

penetra los pechos y rasga los corazones; y se le ve también derramar en las heridas que acaba de abrir, un bálsamo delicioso, que suscita la vida sobrenatural entre las ruinas de los ídolos derribados por su celo. Parece el profeta del Señor, animando con una palabra fecunda un montón de esqueletos, alzados en el campo de la muerte; (14) parece el Samaritano compasivo del Evangelio, que vierte con caridad singular, en las heridas hechas por las pasiones, el vino de la compunción y el óleo de la misericordia. (15) Parece.... Es, señores, un sacerdote fiel, suscitado por la divina omnipotencia, cuyas obras son enteramente conformes al espíritu del Señor: porque camina retratando en todas sus acciones al ungido de Dios, a Cristo su modelo: *Ambulabit coram Christo meo cunctis diebus.*

Y para los que no hayan oído su predicación, como también para los que pudieran olvidarla; porque ay! esa voz inspirada se apagó para no resonar más en el tiempo, allí ha quedado un monumento de colosales proporciones, de disposición magnífica, de estructura imperecedera. Monumento que convida a descansar, bajo de su techumbre hospitalaria y grata, a todos los que corren fatigados por el árido campo de las letras; monumento único en su género, porque no tiene rival, ni en la vetusta Europa, ni en la joven América; que es una maravilla entre las creaciones de la inteligencia, como las pirámides de Egipto en las arenas del desierto; y que, como aquellas, reunirá en torno suyo, imponiendo admiración, a todas las generaciones que se precien de ilustradas; monumento cuya inscripción parece dictada por el mismo Dios, que, iluminando al genio que lo elevara, le hizo grabar en su frontispicio estos caracteres: "yo lo he creado para mi gloria". (16) Ah! señores: permitidme que pague esta deuda; os lo suplico, os lo exijo en nombre de la justicia: si Ignacio de Loyola fué grande, su panegirista era digno de él; Dios lo creó el uno para el otro. Si el uno vació sus virtudes en el molde del heroísmo, el otro pudo tomar ese molde con robusta mano, y enseñar al mundo atónito el tesoro que encerraba; me atrevo a decir que en la mente divina se enlazaron los destinos de estos dos hombres: que cuando Dios quiso revelar los secretos recursos de su omnipo-

(14)—Profecía de Ezequiel. Cap. XXXVII, vv. 1 a 14.
(15)—Evangelio según San Lucas, Cap. X, v. 34.
(16)—El texto, que desarrolló el señor Aguilar en el panegírico citado es, el siguiente: **In gloriam meam creavi eum.** (Isaías, Cap. XLIII, v. 7)

tencia, creó a Ignacio de Loyola, al soldado cristiano, que, hecho sacerdote, debía enjugar el llanto de su Iglesia, desolada por un monge apóstata; y que, cuando quiso que esa omnipotencia fuera cantada, creó al sacerdote, intérprete del heroísmo de aquel soldado. ¡Digno era, por cierto, de comprenderlo! Puedo decir que su caridad hizo traición a su modestia, y que, al pintarnos el corazón de Ignacio, nos reveló el suyo: por eso consagró el monumento con sus lágrimas, y se condenó a perpetuo silencio, para expiar el pecado de habernos dicho cosas tan grandes; por eso no escribió otro panegírico. No me pidáis que os analice sus bellezas; porque el análisis no se ha hecho para lo sublime. Delante de las pirámides de Egipto, yo no puedo deciros sino: Contempladlas!

Renovad, señores, vuestra atención, porque hay virtudes en este varón eminente, de que no os he hablado todavía.

En este siglo de tentaciones, en que nos ha tocado vivir, no es raro, y lo digo con profundo dolor, encontrar eclesiásticos que, poco amantes de la dignidad de su estado, se arrastran en el polvo de la adulación, para alcanzar honores, que no son sino un estigma de infamia, puesto sobre una frente en donde debían brillar la ciencia y la virtud, como una revelación de la magestad del carácter divino impreso en el alma del sacerdote. Perdonadme, señores, este desahogo; es una exigencia del corazón católico, que no puede menos que sentir hondamente las cadenas con que se ata las manos sagradas de la iglesia, por aquellos, cuya boca debía meditar la sabiduría, cuya lengua debía hablar el juicio, cuyo corazón debía ser el santuario de la ley de Dios, (17) cuya doctrina debía ser la luz del mundo, cuyos ejemplos debían ser la sal de la tierra; (18) por aquellos que debían hallarse en aptitud de hablar de los testimonios del Señor en presencia de los reyes y no confundirse. (19) Sentemos un axioma, señores: cuando el sacerdote llega a sentir los estímulos de la ambición, y no los acalla oportunamente; cuando, escuchando estos estímulos y desoyendo la voz del deber, quema un solo grano de incienso, hace una sola súplica, postrado delante de altares, que no son,

(17)—Os justi meditabitur sapientiam, et lingua, ejus loquetur judicium. Lex Dei ejus in corde ipsius. Psalmo XXXVI, vv. 30 y 31.

(18)—Vos estis sal terrae... Vos estis lux mundi. Evangelio según San Mateo, Cap. V. vv. 13 y 14.

(19)—Loquebar in testimoniis tuis in conspectu regum: et non confundebar. Psalmo CXVIII, v. 46.

por cierto, los del Dios vivo, abre una ancha herida en el corazón de la Iglesia; porque entraba la acción de su autoridad, contrista su magestad, y da su libertad e independencia en rehenes al poder, con quien celebra un contrato tácito de esclavitud y de infamia.

Todo esto lo sabía el doctor Aguilar, y no sólo lo sabía, sino que también lo sentía, ajustando su conducta a tan rectas ideas y sentimientos. Es verdad que no se hallaba en el caso de hacerse estas reflexiones; porque, gracias a Dios, era bastante humilde para estimarse en poco, y bastante sabio para estimar en mucho los altos puestos de la Iglesia. Yo estoy seguro de que si se le hubiera hecho proposiciones de cambiar su modesto empleo, representándole que no estaba bien colocado, después de humillarse confesando su nada, y de agradecer el interés que se tomase por su persona, habría respondido, arrancando un grito sublime de su pecho de héroe: "Y qué! ¿no me basta Dios? Qué! ¿no tengo bastante con la pesada cruz del sacerdocio, para buscar el peso de otras obligaciones? Ay de mí! que aún no sé si saldré bien librado en el tremendo juicio que se me espera!" Y esto habría sido la sincera expresión de sus sentimientos, porque en el diccionario de su alma no se encontraban estos dos términos—ambición e hipocresía.

Vosotros me preguntaréis cómo ese hombre, cuya inteligencia era un astro, y cuyo corazón era un volcán, ha podido practicar la humildad cristiana. Este misterio se aclara, desarrollando en breves términos el génesis de tan preciosa virtud. Supuesto que la soberbia tiene un punto de partida, que es el amor desordenado de sí mismo, y dos términos, que son: el desprecio de nuestros semejantes y la negación de los derechos, que Dios tiene sobre su criatura; la humildad, que debe destronar este monstruo, ha de tener por extremos el amor de Dios y del prójimo, y por centro el amor ordenado de sí mismo; de manera que la realización del *abneget semetipsum* (20) es la aclimatación de esta virtud cristiana en el corazón de los hijos de Adán. El señor Aguilar, pues, cuya grande inteligencia, toda penetrada de Dios, contemplaba a la luz de la eternidad su propia miseria, era movido suavemente, por la acción de la gracia, a vaciar su corazón del amor de sí mismo; y, a medida que triunfaba en esta lucha, el amor de Dios iba creciendo en su alma y desbordándo-

---

(20)—Evangelio según San Mateo, Cap. XVI, v. 24.

se sobre el prójimo, como aquellas aguas que, elevadas al cielo por el calor del sol, y congregadas después en la cumbre de una montaña, se desprenden con la majestad del torrente, para inundar y fertilizar el valle por donde corren.

Y esa humildad, que el doctor Aguilar fué atesorando en su vida, tuvo espléndidas manifestaciones al acercarse su muerte; una de ellas fué su invicta paciencia; otra su ejemplar resignación; tuvo también otras: Yo lo sé señores.

Mas antes de abandonar este capítulo de gloria para él, permitidme que haga mención de algunos hechos, que probarán mi aserto, y aumentarán vuestro culto a su memoria. El grado de doctor en Teologa le fué conferido sin que lo solicitase: hasta allí llevaba su modestia; y el título de Abogado honorario le fué enviado como una sorpresa, que el Ilustre Colegio había preparado a su voluntario abatimiento: tan conocido era su mérito.

El año de 1843, el Gobierno Supremo le llamó a ocupar un puesto en el Consejo de Estado; y, dejando al Gobierno todo el honor de su acierto, desvió humildemente su persona de los reflejos de autoridad, que hubieran podido llamar la atención sobre él; era porque estaba persuadido de que el Sacerdote, si debe servir a su patria, la sirve mejor con el buen ejemplo y las virtudes propias de su carácter, que ahogando su voz en el ruido de las discusiones parlamentarias. (21) Y en el año de 1855, llamado otra vez por el Supremo Gobierno, pero para que ciñese sus sienes con la mitra del Pontífice, después de dar el debido culto a la humildad, resistiéndose a tanto honor, dió también culto a la libertad de la Iglesia, aprovechando la ocasión que el Cielo le presentaba, para hacer llegar hasta los oídos del Jefe de la Nación una queja, enérgica como la de un Profeta,

---

(21)—No desconozco la importancia de los servicios prestados a la Religión y la Patria, por eclesiásticos dignos, cuya acción en la política ha salvado más de un conflicto, y ha cristianizado las instituciones, encarnando en ellas las sanas máximas del Evangelio; pero lo que creo es que a la mayoría de los sacerdotes no ha sido dada esta misión; y que es preciso tener mucha seguridad de la vocación divina, para lanzarse en el borrascoso mar de las opiniones, expuesto a perder la fe, la piedad y la autoridad sacerdotal. La mayoría de los sacerdotes tiene un campo vasto para desarrollar sus talentos y sus virtudes, en el ejercicio del santo ministerio; son "muy amables los tabernáculos del Señor Dios de las virtudes", para interrumpir, sin precepto de Dios, el servicio que se les ha consagrado.

que saliendo de su retiro, sólo llega al trono de los Reyes para enseñarles a doblar la rodilla ante uno más grande que ellos.

Cuando el corazón ha llegado a despreciar los honores y a gustar de la soledad y el abatimiento, no es mucho que mire con indiferencia la posesión de bienes materiales, que ciertamente no pueden alucinarle, porque conoce lo insignificante de su valor. Así, la pobreza voluntaria no es sólo una virtud cristiana: la practicaron soberbios filósofos, hombres cuyas entrañas no conmovió la desgracia ajena, que no habían doblado su cerviz al suave yugo del Evangelio; y que, al privarse de las riquezas de este mundo, no por eso enjugaron las lágrimas del desvalido. (22) Pero el fruto exclusivo y propio del Cristianismo es la pobreza engendrada por la *humildad* y la *caridad*. Cuando ellas poseen un corazón; cuando estas dos viajeras del cielo se dan la cita de paz en el fondo de un alma cristiana; y, saludándose con la sonrisa de los ángeles, fraternizan con un ósculo que resuena en el mundo de los santos; Dios que protege esta unión, la bendice con una bendición de Padre; y, para festejarla, da a esa alma por vestidura nupcial la túnica que vestía su Verbo humanado, cuando vino a redimir al hombre. Esa *túnica* se llama la *pobreza* de Cristo; y es bastante ancha para cubrir la desnudez del mendigo, bastante grata para que se sienta acariciado por ella todo el que se abriga dentro de sus pliegues, y tan santa, que puede trocarse por las blancas vestiduras de Jesús transfigurado. Hoy es un ropaje de gloria que envuelve el espíritu del Dr. Aguilar, hasta que pueda cubrir su cuerpo, como un manto imperial, el día de la resurrección de la carne.

Y ahora que su muerte ha roto el sello, que la prudencia había puesto en nuestros labios, podemos revelar el secreto de su pobre vestido. No tenía otro, señores, por no defraudar a los pobres el socorro a que les daba derecho su caridad. Y las calles de nuestra capital, que le sintieron pasar, protegido por el silencio y oscuridad de la noche, llevando sobre sus hombros un lecho al indigente; y su

(22)—El filósofo Crates, dice San Jerónimo, y otros muchos despreciaron las riquezas: pero esto no basta, según el mismo doctor; es preciso seguir a nuestra Señor Jesucristo (Libro 3o. sobre San Mateo, Cap. IX).

El que deja los bienes de este mundo por amor del Salvador, sigue el caritativo consejo, que El daba a un joven, deseoso de hacerse perfecto: no sólo se despoja de lo que posee, sino que "lo da a los pobres para encontrarlo en los cielos". (San Mateo, Cap. XIX, v. 21).

Casa de Ejercicios, testigo de tantas miserias consoladas; y las casas de los ricos donde alargó su diestra suplicante, para ir a derramar después en la mano descarnada del pobre el fruto recogido en la humillación... ¡Oh! Todos estos serán mudos, pero elocuentes panegiristas de su caridad, cuando Dios la revele por entero al mundo asombrado, en el gran día del Juicio universal. Baste deciros, señores, que él ha fundado dos casas de pobres, en donde ofrecía un piadoso asilo a la miseria, y que, en los últimos días de su vida, ha sido probado siete veces en el crisol de la tribulación, a causa de los beneficios que allí mismo derramaba. (23) Es porque Dios, celoso de su gloria, cuenta siempre con medios para purificar las intenciones de sus siervos, y quiere que la contradicción los desprenda de todo amor terreno, de toda ilusión de vanidad, que pudiera encontrar pábulo en esas obras notoriamente buenas.

Mas advertid también que, al encomiar justamente la caridad del doctor Aguilar, revelada por sus limosnas, yo no ajusto paces con esa caridad meramente exterior, que sirve de pasaporte social a sectas reprobadas por el Evangelio. Entiendo que la limosna debe ser el culto externo de la caridad cristiana; y que, así como todo culto externo es hipócrita, si no es la fiel expresión del interno, toda limosna es hipocresía, si la mano que la dispensa no es movida por un corazón amante del prójimo; pero como este amor es falso, si no estriba en el de Dios; y no hay amor verdadero a Dios sin la observancia de su ley positiva, cuando la inteligencia la conoce; es más que palpable que toda sociedad, que nos venda amor al prójimo mientras que pisotea la ley divina, y quiera convencernos de ese amor, haciendo sonar hasta aturdirnos las monedas que arroja en el seno de la indigencia (24) tiene tanto de caritativa como el ángel de las tinieblas, que

---

(23)—La caridad no permite entrar en detalles sobre el acontecimiento, que mortificó al señor Aguilar en los últimos días de su vida. Lo único que puedo decir es: que tuvo que sufrir las molestias consiguientes a un pleito, que terminó favorablemente poco antes de su muerte. Una persona, que gozaba de su confianza, y de cuya veracidad no dudo, me ha suministrado estos datos.

(24)—El Hijo de Dios ha declarado sin recompensa en el cielo toda limosna publicada por el que la hace; la caridad cristiana no puede quedar sin recompensa en el cielo: luego la limosna que publican ciertas sectas, que se dicen animadas de caridad, no suponen esta virtud como su causa: luego no pueden engalanarse con el manto de la caridad, para exigir derechos en las sociedades; porque ese manto es hurtado, es el cuerpo de su delito. Véase el Evangelio según San Mateo, Cap. IV, v. 2).

adula el corazón para perderlo. No; esta no fué la caridad del doctor Aguilar: él la maldijo como un engendro del infierno, como la manifestación de la malicia más refinada y de la más osada mentira.

Su caridad, señores, fué la hija legítima del Calvario; amó a Dios con todo el ardor de que era capaz su gran corazón, y al prójimo con toda la abnegación propia del sacerdocio; ceñía ocultamente la corona del martirio; Dios sólo podía medir el vuelo de ese corazón inflamado; solo El podía premiarlo. Por eso nos lo arrebató: el Espíritu había dicho: "bueno es que descanse ya de sus trabajos, y que apague la sed que le devora en las aguas, cuyo manantial brota allí donde se inclinan los Serafines." (25) La Iglesia, al perder a este esclarecido defensor de sus derechos, al ver helarse la mano, que ha sostenido tantos combates por su causa, (26) en medio de su duelo, ha dejado escapar estas palabras: "Bienaventurado, por que ha muerto en el Señor, sus buenas obras forman su cortejo de gloria." (27)

Y tú, Seminario: (28) que recibiste por tantos años el calor de su corazón; que te alimentaste con el pan de su inteligencia; que nunca dejaste de vivir en su pensamiento; tú, que fuiste embalsamado con la primera fragancia de sus virtudes; que eras el objeto querido y acariciado en sus ensueños; tú a quien él hubiera deseado dar un cielo sobre la tierra.........

Y vos, Ilustre Convictorio: (29) en cuyo seno dió sus primeros frutos este árbol de bendición, trasplantado por Dios al campo de su

---

(25)—Amodo jam dicit Spiritus ut requiescant a laboribus suis. Apocalipsis de San Juan, cap XIV, v 13.

(26)—El señor Aguilar escribió más de una vez defendiendo la sana doctrina y los derechos de la Iglesia. Aunque su modestia nos haya privado de muchos datos, nos quedan algunos, que bastan para conocer el celo que la animaba:—las censuras que hizo por orden del Ilustrísimo señor Arrieta, y que se registran también en las **Obras selectas del clero peruano**, ya citadas, y el periódico religioso que redactó, por algún tiempo, auxiliado por el Ilustrísimo señor Tordoya:—hé aquí dos monumentos de su valor y de su triunfo sobre el espíritu del mal. Para el señor Aguilar combatir era vencer porque estaba seguro de la justicia de su causa y de la protección de Dios, que nunca falta a los que la defienden.

(27)—Beati mortui, qui in Domino moriuntur... opera enim illorum sequuntur illos. (Apocalipsis de San Juan, Cap. XIV, v. 13).

(28)—El señor Aguilar fué Regente de Estudios en el Seminario Conciliar, por el espacio de más de diez años.

(29) Hizo todos sus estudios en el Colegio de San Carlos, de donde pasó al Seminario, ordenado de Diácono; por esto, el Magisterio de ese Convictorio fué invitado a hacer el duelo, en las exequias que el Seminario celebró.

Iglesia, para que su sombra pudiera ser benéfica a un número mayor de peregrinos; y para que esos frutos adquiriesen el sabor del Cielo, y alimentasen un número mayor de necesitados; vos, que depositásteis en la inteligencia del que lloramos los primeros gérmenes de verdad, que después ha desarrollado llenándonos de admiración; vos, que habeis venido, generoso, a unificar vuestro llanto con el nuestro, al pié de su sepulcro......

Nobles Corporaciones: ¿Qué podreis decir, cuando el dolor ahoga los acentos de vuestra voz? ¡Ah, señores! ¿Qué diremos todos en el general desconsuelo en que su muerte nos ha dejado? La Iglesia llora: las obras de su celo no tiene vida sin él; nuestras esperanzas mueren; ya no contemplamos su virtud; ya no interrogamos su semblante; ya no estrechamos su mano; ya no le vemos esgrimir las armas con que triunfó tantas veces; su cátedra está enlutada.......nunca se arrancarán su crespones; hay un astro de menos en nuestro cielo. ¿Adónde está señores? Nó, no está allí en el Cementerio; esa bóveda se iluminaría si él la habitase; los esqueletos se estremecerían al sentir sus pasos; el siglo IV vendría a saludar al XIX; el Africa y la Palestina vendrían a abrazar a la América; Agustín y Jerónimo serían los llamados a hacer los funerales del genio: No los veo señores. . . . .

¡Ah! El doctor Aguilar no está en la tierra; su alma ha volado al seno de la bienaventuranza; quizá contempla ahora mismo la belleza de Dios. ¡Oh duda cruel! ¿Si alguna nube le ocultará esa belleza soberana? Disípela, señores, el fervor de nuestra oración; Dios la escucha. . . . . . .

REQUIESCAT IN PACE

Oración fúnebre de don Manuel Pardo (*)

Spiritu magno vidit ultima....
Dimittite, et dimittemini.

Con espíritu grande vió los últimos momentos....
Perdonad y seréis perdonados.

Eclesiástico, Cap. XLVIII. v. 27.
San Lucas, Cap. VI v. 37.

Excmo. Señor Presidente de la República: (1)

Excmos. señores: (2)

Señores Iltmos. y Rvdmos.: (3).

Señores:

¿Qué podré yo decir después del terrible acontecimiento que ha venido a sorprender dolorosamente, no sólo a los amigos de la víctima,

---

(*)—Pronunciada después de la misa de requiem oficiada por el Iltmo y Rvdmo. Monseñor Orueta, Arzobispo de Lima, en las honras fúnebres de cuerpo presente, celebradas en la Catedral de Lima, el 21 de noviembre de 1878.

Don Manuel Pardo fué cobardemente asesinado, en hora aciaga para el Perú, el 16 del mismo mes y año, al ingresar al local del Senado, donde ejercía el alto cargo de Presidente de ese cuerpo legislativo.

(1)—El señor General D. Mariano Ignacio Prado.

(2)—Los señores Presidentes de las Honorables Cámaras de Senadores y de Diputados, de la Excma. Corte Suprema de Justicia, y Miembros del Cuerpo Diplomático.

(3)—El Ilmo. y Rvdmo. señor Arzobispo de Lima y los Ilmos. y Rvdmos.

cuyos restos mortales están ahí hablándonos con el elocuente silencio de los que fueron, sino también a las personas más alejadas de su círculo, y aún a las menos afectas a su política?.....

Creo, señores, ser intérprete de los elevados sentimientos del Perú, al deplorar desde la altura de esta cátedra, ajena a las pasiones y a los intereses de un día, al deplorar repito, la sangrienta escena que nos reune hoy aquí, en torno de los inanimados restos de un hombre público que saboreó, junto con las dulzuras del poder, las amarguras que el mismo brinda, en ancha copa, a los que se resignan al sacrificio de ejercerlo.

Sacrificio he dicho y no me arrepiento de la palabra: porque aunque el Poder Público sea un ministerio altísimo, instituído por Dios en el derecho natural de las sociedades, y, como necesaria consecuencia de esto, se halle rodeado de esplendores, revestido de grande autoridad y tenga en sus manos grandes elementos para hacer el bien; y vea en lontananza la imagen sonriente de la Gloria, que le conforta en las contradicciones y le estimula en los desfallecimientos; y más allá divise a la Historia, escribiendo con buril imperecedero las grandes acciones de los que descuellan entre la muchedumbre; no obstante, señores, ya lo véis.... ese féretro justifica mi aserto!

En el estado actual de convulsión, que agita al mundo entero; en la época de transición en que se hallan pueblos y gobiernos; en el oscurecimiento de los principios de la Religión y de la moral cristianas; en las apasionadas luchas que los corazones, poco templados al fuego de aquellas, padecen cada día y en cada instante; en los tristes ejemplos que nos vienen del viejo mundo, en donde puede decirse que los Soberanos viven por una protección extraordinaria de la divina providencia, o por una concesión condicional de los que se sienten heridos por su exaltación; en este tristísimo estado de cosas, el ejercicio del Poder Público es un sacrificio de todos los días, de todas las horas, de todos los instantes.

El ciudadano inteligente, el amoroso padre de familia, el legislador, el patricio cae desplomado, en toda la fuerza de su virilidad, y en el momento en que penetra en el Santuario de las Leyes, impotentes para resguardarle del certero plomo homicida que, al desgarrar sus entrañas, hiere de estupor, de indignación y de profundo desaliento todos los pechos nobles y honrados . . . .

Después de esta catastrofe, que anonadó mi espiritu, y que me hizo contemplar una sima profunda, abierta instantáneamente delante de todos; yo había enmudecido y llorado a solas la grande calamidad pública, al propio tiempo que la triste muerte del amigo de la infancia, del colega, del condiscípulo.

¡No tenía derecho para hacer a nadie partícipe de mi duelo!

Extraño a la política, por principios, por las lecciones de la experiencia y por la elevación del ministerio, que indignamente desempeño, y que me mantiene alejado del campo de las luchas ardientes, para que todos puedan desahogar sus penas en el pecho del sacerdote, a quien Dios hizo padre de los hombres; yo habría enmudecido, repito, si la palabra autorizada del Jefe del Estado no echase sobre mis débiles hombros la grave carga de hablar hoy, para llenar como siempre, sin amores y sin odios, y solo por la gloria de Dios y el bien de los hombres, la misión de paz y de caridad propia del sacerdote católico, que pasa por la tierra con la mirada fija en el cielo, y sólo se inclina sobre ésta para enjugar el llanto de sus hermanos, para reprender amorosamente al extraviado, para alentar el corazón que desmaya, perdonar al que se arrepiente, y estimular al bueno en el ejercicio de la virtud.

No he podido resistirme al llamamiento que se ha hecho a mi sagrado ministerio. Levantado sobre todas las pasiones humanas, tengo que dar lecciones provechosas que, a imitación de las que nos dispensa la divina Providencia, hagan surgir el bien de la inmensidad misma del mal.

Yo veo, señores, dos lecciones en este deplorable acontecimiento; es la primera, que debemos restablecer el imperio de la moral sobre las conciencias, inculcando hoy, aquí, delante de ese cadáver, el profundo respeto que debemos a la vida humana, la inviolabilidad de ese precepto impuesto por Dios a cada individuo de nuestra especie: No matarás.—Y es la segunda, el testimonio recogido de esos labios, yertos hoy, que en el momento de negarse para siempre a la conversación de la tierra, dijeron, con la elocuencia de la eternidad, que el alma oscilante en las orillas del tiempo comenzaba a entrever: Perdono a todos.

Estas dos lecciones se enlazan y forman una sola, según el espíritu del Evangelio: el perdón mata el odio, mata la venganza, mata el deseo de matar; y es, por tanto, la más sólida garantía del cum-

plimiento de ese sublime precepto, que permanecerá grabado por el dedo invisible de Dios en el fondo de nuestras conciencias, aunque se rompieran, por segunda vez, las tablas de piedra que fueron dadas a Moisés, en la cumbre del Sinaí.

Tales serán, señores, los objetos de vuestra benévola atención, en estos momentos, tristes y solemnes, con toda la tristeza que inspiran el crimen y la víctima, con toda la solemnidad que les presta ese cadáver, de donde ha salido un alma sobre la cual Dios, Justo, Omnisciente, Misericordioso, ha pronunciado ya su irrevocable, eterno fallo. Respetemos, señores, esa Majestad terrible que nos ha de juzgar a todos, e inclinémonos ante la profundidad de sus designios, para recoger la luz que destella la tumba entreabierta del Excmo. señor D. Manuel Pardo, Presidente de la Honorable Cámara de Senadores del Perú.

Extrañará, quizás, algún apasionado el que yo no haga aquí el elogio del ilustre difunto cual suele hacerse en este linaje de oraciones; y verán también otros, con disgusto, que prescindo completamente de apreciaciones políticas, favorables o adversas a la que sostenía y desarrollaba, mientras tuvo aliento, la esclarecida víctima del crimen que acaba de enlutar el Perú.

A los primeros respondo que, para elogiar concienzudamente las dotes del señor Pardo, sería necesario entrar en el terreno abrasador de la poltica, en que se ha consumido su vida, hallándose ésta, como se hallaba, íntimamente ligada con aquel elemento en que se agitó por más de doce años, precisamente aquellos en los que, ya maduro el juicio, podría apreciar en toda su extensión las facultades de su espíritu.—Y a los segundos, que altísimas razones de ministerio y de conveniencia actual me vedan guiar el paso en un terreno como ese, erizado de precipicios.—"Hay, dicen los sagrados libros, tiempo de callar y tiempo de hablar" (1).

La cátedra, que ocupo a pesar de mis deméritos, debe reunir a todos los fieles con lazo común de doctrina y de amor: y no dis-

(1)—Eclesiastés, c. III, v. 7.

persarios por la exposición inconsulta de sistemas políticos que tienen su cátedra aparte y otros momentos oportunos.

Y es de altísima moral que el sacerdote, colocado en circunstancias como las presentes, sólo diga a su auditorio lo que todos tienen que escuchar, reconociendo el imperio de la verdad absoluta.

Así, su ministerio se levanta sobre los intereses transitorios, para procurar los eternos. Así, no desvirtúa su magisterio, tan necesario para la salvación de las sociedades; y la moral brota de sus labios, sin que se pueda creer que la adultera la inclinación particular.

Por otra parte, saben las personas ilustradas que me escuchan, que de los hombres públicos no pueden formarse juicios exactos, sino después de cerrarse sus sepulcros, apagarse los odios y disiparse las sombras con la luz que arrojan, poco a poco, los sucesos

Entonces la Historia se sienta al lado de esas tumbas, y en el silencio de las pasiones, y después de contemplar el desarrollo de los acontecimientos, a que esos conductores de los pueblos dieron ser, escribe tranquila sus fallos, que ilustran a la posteridad.—¡Ese momento no ha llegado todavía!

Dejo también a los biógrafos, el que tracen el perfil de esa fisonomía tan conocida, pero que yo no he de bosquejar aquí, horrorizado, como me hallo, en presencia de un crimen, cuya gravedad debo ponderar, y admirado, como estoy, ante esa muerte edificante, cuyas lecciones debo comentar.

I

El precepto natural—divino: *No matarás*, escrito en la conciencia de los hombres, consignado en los libros santos, declarado por el magisterio de la Iglesia, y proclamado por todas las legislaciones del mundo, es un principio salvador de las sociedades, porque es la garantía moral de la vida de todos sus miembros; que, sin ella, veríase expuesta a cada paso a las acechanzas del odio, de la venganza y de todas las pasiones.

Y como la vida humana es la condición indispensable para la existencia de la persona moral y jurídica, en el respeto inviolable que los particulares le han de guardar, se asegura el respeto a los derechos primordiales del ser moral. En la personalidad se reunen la

libertad y la propiedad, y, por tanto, todos sus derivados.—De suerte que, irrespetada la vida, se irrespetan todos los derechos de la persona, y se hace imposible su ejercicio, que es el fin de la sociedad entre los hombres.

De ahí nace el empeño que todos los legisladores ponen en rodear de garantías la vida del hombre, estableciendo penas severas contra los infractores de un precepto de tanta trascendencia para el individuo como para la sociedad, y restringiendo la licitud del acto, que quita la vida de un semejante, a los únicos casos de legítimo mandato de autoridad competente y de legítima defensa. Fuera de ellos, es criminal el atentar contra la vida ajena,, como es criminal siempre el atentar contra nuestra propia vida.

Esta es la enseñanza de la moral, que debe formar la conciencia de los pueblos, para que no perezcan mañana, heridos por la indignación de Dios y por la consiguiente disolución de los lazos sociales.

Por el olvido momentáneo, o por el desconocimiento de esa enseñanza, que hizo un desgraciado, tenéis ahí, señores, una víctima, que ha caído en aciago día, dejando huérfana una estimable familia y cubriendo de duelo al Perú, que contempla hororizado tan imprevisto suceso.

La iglesia, centinela de la moral, lo anatematiza, y, con ella, todas las conciencias rectas que siguen su doctrina.

Ni es posible abrir una puerta al crimen, concediendo a un fin político el detestable medio del asesinato, pues a moral cristiana enseña que, aún supuesta la legitimidad del fin, no se han de emplear medios malos para alcanzarlo.—El bien se ha de obtener por el bien, y no por el mal.

Hace algunos siglos que la Iglesia católica condenaba, en el Concilio de Constanza, sesión XV, el asesinato por fines políticos; y el ilustre publicista Balmes demuestra, con gran copia de razones, que ese decreto conciliar mira por los intereses de las sociedades, cuando solo parece que tutelase la vida del mandatario. He aquí una de sus inspiradas páginas:

"La Iglesia católica—dice—haciendo esta solemne declaración, ha dispensado a la humanidad un inmenso beneficio. La muerte violenta del que ejerce el supremo poder, suele acarrear trastornos y efusión de sangre, provoca medidas de suspicaz precaución, que de-

generan fácilmente en tiránicas; resultando que un crimen, que se funda en el excesivo odio a la tiranía, contribuye a establecerla, más arbitraria y cruda. Los pueblos modernos deben ser agradecidos a la Iglesia católica de haber asentado este principio santo y tutelar: quien no lo aprecie en su justo valor; quien eche de menos las sagrientas escenas del Imperio Romano o de la monarquía bárbara, muestra sentimientos muy bastardos e instintos muy feroces".

Y previniendo ahora, para en adelante, la repetición de tan funesto crimen—que es muy sano, señores, el precaver hasta la tentación de cometerlo—insinuaré que el conocimiento y el respeto de la Religión son su mejor correctivo, su medicina más eficaz Sólo esta Religión divina impera en las conciencias, adonde no alcanza muchas veces el temor de las penas sociales; sólo esta Religión tiene supremos consuelos para los infortunios, dulcifica los sentimientos, acalla los bramidos del odio, disipa las tempestades de la venganza. Trabájese, pues, eficazmente por todos, para que Ella descienda a vivificar el corazón del labriego, del artesano, del soldado, de todas las clases sociales, comenzando, por sujetarse a sus santísimos preceptos las clases ricas y elevadas: que a todos comprenden sus leyes y el ejemplo de los grandes decide a los pequeños. Esta es, a mi ver, la única manera de conjurar los gravísimos males que amenazan muy de cerca a las sociedades modernas, más o menos divorciadas de Dios por el predominio de los intereses materiales.

¡Si no, vamos caminando a pasos acelerados a un estado de barbarie que no me atrevo a describir!

¡Ah! Yo veo al antiguo continente agitado por la fermentación de doctrinas disociadoras, que ya han comenzado a dar sus amargos frutos. Dos tentativas de asesinato contra el Emperador de Alemania, una contra el joven Rey de España... y sabe Dios lo que seguirá! ¡Doctrinas ateas e impías han preparado estos tristísimos sucesos! (1).

Aquí mismo... hace seis años... ¿os acordáis, señores? Y entonces, como hoy, tuve que desempeñar el "deplorable ministerio" de gemir sobre una tumba entreabierta..... (2)

(1)—Aún no había llegado a Lima la noticia de la tentativa de asesinato contra el Rey Umberto I.

(2)—Alude al asesinato del Excmo. Sr. Coronel D. José Balta, Presidente Constitucional del Perú, acaecido el 25 de julio de 1872.

¡Oh, basta, por Dios! ¡Que la Religión y la moral, recobrando su legítimo imperio sobre las almas, nos ahorren estos dolores. Que el pueblo peruano, cuya índole es blanda y humana, mire con profundo horror todo homicidio, sea cual fuere la víctima. Y que estas manchas de sangre no reaparezcan en las páginas de nuestra historia!

II

Y ahora, señores, volvamos nuestros espantados ojos al teatro del horrendo crimen......

El Excmo. señor Pardo se dirige al salón de sesiones del Senado para presidir sus trabajos; dos amigos le acompañan. Penetran en el atrio en donde la guardia, formada para recibirle, le tributa los honores que corresponden a su alto rango. Tranquilo, porque no podía prever que la muerte saliera de esas filas, a quienes la ley encomendaba la custodia de su persona, avanza, lleno de confianza, hacia el recinto interior, después de ordenar que cesen los honores, y en ese momento funesto.... una detonación siniestra rasga el aire, el proyectil homicida atraviesa la espalda de la ilustre víctima, que vacila, oprime el pecho con sus manos, anuncia el atentado al ayudante de la Cámara, y sosteniéndole el amigo que está a su lado y que ha sentido pasar cerca de sí al mensajero de la muerte, da algunos pasos... cae sobre las baldosas del pavimento, que riega con su sangre..... de donde.... no se vuelve a levantar.

Yo no puedo continuar, señores, describiendo ese cuadro de horror, que se ha impreso en todas las almas, que ha ido a reflejarse, para desdicha e ignominia nuestra en tantas ciudades del nuevo y viejo mundo; que, con la velocidad del rayo, ha atravesado los mares, yendo a decir a tantos pueblos: ¡Ved lo que acaba de acontecer en el Perú ¿Lo aguardábais?

¡Ah, Señor! la vergüenza, el dolor, el asombro que se apodera del alma, como acontece cuando nos hallamos al borde de profunda e insondable sima, y el moral desfallecimiento que hace presa del corazón, entorpecen mi lengua, me abaten, y arrebatan de mis ma-

nos trémulas el pincel con que podría bosquejar esta horrorosa y sangrienta escena. Oigo lastimeros ayes de la madre, de la esposa, de los tiernos hijos, de los numerosos amigos de la víctima; veo el espanto de todos; contemplo al Jefe del Estado, que acude presuroso al teatro de la inesperada catástrofe, que se resiste a creer en ella, que ve con ojos azorados a la víctima moribunda, que pierde la última esperanza, y, comprimiendo el estallido de su dolor, se acuerda de sus deberes, toma el peso a la gravísima situación, recobra su energía y dicta medidas rápidas, severas, que salven el orden público y aseguren la acción de la justicia social.....

¡Dios mío! Dadme fuerzas para cumplir hasta el fin mi dolorosa misión. Jamás temí verme en tan duro trance, porque ignoraba tus secretos consejos, tus permisiones misteriosas. A la cabecera del lecho ordinario de la muerte, habría visto, sereno y resignado, expirar al compañero y amigo de infancia y de colegio. Si entonces corriera de mis ojos el llanto, fuera, Señor, el llanto de la compasión por los suyos, mezclado con lágrimas de consuelo, al verle salir de los riesgos de este mundo, auxiliado por tu Religión santa, que tantas esperanzas de vida eterna hace nacer en nuestros pechos, en el momento mismo en que la Muerte ostenta su triunfo, estrujando con descarnada mano los despojos de la vida. ¡Pero verle morir asesinado... tan cruelmente... en donde menos podía temerlo! ¡Ver despedazada esa existencia que se anticipó solo escaso tiempo a la que Tú me diste, ¡Dios de bondad! Y tener que comprimir las palpitaciones de mi corazón, que acallar los quejidos del alma enferma, que revestirme de una serenidad que no tengo, para estudiar y comentar los últimos, tristísimos detalles de esa luctuosa escena! ¡Ah! Señor: un extraño, un indiferente, era el llamado a continuar....

Mas, Tú me hiciste sacerdote, a pesar de contemplarme tan miserable: la naturaleza se resiste, pero la gracia debe vencer. Tengo que hablar a mi audiorio, para gloria tuya y edificación de todos. Y lo haré, Señor, con tu soberano auxilio, aunque me cueste agudos dolores, que te ofrezco en expiación de mis culpas....

Aquí deben enmudecer todas las voces, y estar atentos todos los oídos: el Respeto se alza al lado de la víctima que agoniza, e impone silencio a todos: solo se oyen los acentos y la respiración anhelosa del moribundo, los rápidos preceptos de la Ciencia, que combate a todo trance para detener esa vida fugitiva, y a la voz grave y con-

soladora de la Religión. El moribundo se engrandece en esos instantes con toda la grandeza del cristiano, que divisa el pórtico de la eternidad. Es un viajero, sorprendido en su jornada por inesperado asalto. no sabía que estaba tan cerca de la patria; mas, al morir, la descubren sus apagados ojos, y se levanta sobre un improvisado lecho para contemplarla mejor. Su espíritu fuerte, de invencible temple, muéstrase entonces más vigoroso que nunca: la inmensidad del mal no lo anonada; y reune todos sus esfuerzos para abrirse paso, por entre las miserias y dolores actuales, a esa región serena que la Fé le muestra con sus vivos resplandores. El cristiano se humilla ante la grandeza del Soberano Juez de vivos y muertos, y se estremece al contemplar a Aquel "que juzga a las justicias de la tierra y usa de rigor con los poderosos y grandes". (1) Pero viene la Esperaza a confortar su corazón, que no desgarró el plomo homicida para que pudiese volver a Dios sus afectos en ese momento decisivo, del cual pende nuestra eternidad. Un rayo de suavísima luz, que parte del Calvario, le deja ver el divino rostro del Redentor de los hombres: contempla sus labios entreabiertos, oye la vibración de su acento sublime, escucha la dulce oración de la divina víctima, que pide por sus cricifixores; vuélvese a Ella con el súbito mirar del alma., y siente discurrir por su pecho el soplo vivificante de la Caridad.

"Perdono a todos, hasta a mi asesino" es el sentimiento que se escapa de ese pecho junto con los estertores de la muerte. Y esta expresión tiene la elocuencia sublime de la Verdad y del Bien; los labios solos no la formulan: el corazón movido por la divina gracia la siente, la acepta, la hace suya, y la impone, una y otra vez, a esos labios antes que enmudezcan para siempre. Es su testamento solemne, con la solemnidad suprema de esos momentos terribles. La Religión se apresura a recogerlo; llamada en auxilio del moribundo, que pide un confesor, pronuncia una sentencia de perdón; levanta su mano, absuelve esa alma redimida con la sangre de Jesús, la pone bajo el amparo de la Cruz sagrada, y derrama en ese cuerpo casi yerto el óleo santo, con que se fortifica el luchador cristiano para triunfar en el último combate; y le sugiere santos sentimientos, que le conforten y guíen sus últimos pasos en el estadio del tiempo.

(1)—Psalmo LXXIV, v. 3—Libro de la Sabiduría, cap. VI, v. 6.

Pasan un momento y otro momento de angustia, dolorosa expectación, de escenas desgarradoras.... Después... el silencio sombrío de la Muerte, que bate sus alas sobre un cadáver ensangrentado, las oraciones del sacerdocio que sigue en su vuelo esa alma viajera por el inmenso espacio.... lágrimas.... sollozos.... suspiros.... indignación.... espanto.

Dejemos caer un velo, señores, sobre esta escena, para estudiar mejor una importante lección que se nos da a todos.

¡Perdón! He ahí la gran palabra que debemos meditar, en obsequio al ilustre muerto, y en obsequio también a los vivos. *¡Perdón!* He ahí la síntesis de sus pensamientos a las orillas de la eternidad; he ahí la grandiosa inspiración cristiana, que atrae sobre su alma la Misericordia divina: él lo siente escrito está; Jesús lo dijo: "*Perdonad, y seréis perdonados*".

"El cielo y la tierra pasarán, más la palabra del Señor se cumplirá" (1) El mismo nos enseñó a orar a su Padre: "perdónanos nuesras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores" (2); y arrojó así esta ancora de salvación en el hondo y borrascoso mar de nuestras miserias y pasiones, para que los que se asieran de ella no naufragasen, y pudieran arribar al puerto de su Misericordia.

He ahí, señores, el inefable consuelo que brota en medio al desconsuelo mismo de esa muerte y de sus horrorosas circunstancias. El Excmo. señor Pardo vió llegar sus postreros momentos, con espíritu grande, con espíritu cristiano. La gracia de Dios confortó su corazón y le hizo perdonar, para convertirse así en objeto de Misericordia divina: "perdonad y seréis perdonados".

Spiritu magno vidit ultima. Dimittite, et dimittemini.

Me vuelvo ahora a todos mis hermanos en Nuestro Señor Jesucrsto, a todos mis conciudadanos y compatriotas, a la Nación entera; y les repito ese breve e inspirado testamento del hombre público a las orillas de la tumba: "Perdono a todos, hasta a mi asesino".

Lección elocuente, que nos enseña que el perdón debe ser nuestra última palabra en todas las circunstancias de la vida.

Todos somos culpables en la presencia de Dios; todos hemos

(1)—Evang. de S. Marcos, cap. XIII, v. 31.
(2)—Evang. de S. Mateo, cap. VI, v. 12.
ejercíael alto cargo de Presidente de ese alto cuerpo legislativo.

delinquido, de un modo o de otro; todos tenemos, pues, necesidad de perdonar, para que Dios nos perdone. Mientras más cruda sea la ofensa, mayor será el mérito del que perdona, mayor su derecho a la Misericordia infinita, que abre sus brazos al que sabe imitarla en la tierra. Si no siguiéramos sus inspiraciones, caeríamos, tarde o temprano, bajo la acción de la tremenda Justicia de Dios.

Apáguense, pues, los odios particulares y los odios públicos a orillas de ese sepulcro que, dentro de poco, va a cerrarse hasta el día del juicio universal. ¡Paz a los muertos! es la voz de la Religión y de la cristiana cultura; y esa voz la escuchará el Perú, que ha sido siempre de índole noble y generosa.

¡Paz también entre los vivos! ¡Que cesen para siempre los odios y los rencores, que amenazan dividir la familia peruana; y que ésta, fiel a su tradicional divisa, sea *firme y feliz por la unión!* ¡Que los

Todos los hombres están sujetos a errar, y no pocas veces se hace, por error de entendimiento, lo que la pasión traduce como un síntoma de dañado corazón. Todos necesitamos entendernos para realizar el bien común. La Patria, llorosa, se vuelve hacia vosotros para que hagáis en sus aras el sacrificio nobilísimo y enaltecedor de toda pasión bastarda. La Religión os lo manda, en nombre de Dios, que es caridad por excelencia, y cuyo amor por el hombre le hizo tomar carne mortal y expirar enclavado en la cruz! ¡Que los que, por desgracia, fueren culpables en este horroroso drama, se arrepientan, ayudados por la gracia divina, y reparen así, en su propio corazón, el orden moral profundamente perturbado por el crimen a que los condujo la ceguedad humana!

Y vos, señor Excmo., pedid al Cielo la gran copia de luz que necesitais para guiar con acierto al Perú a la consecución de sus altos destinos, por entre los escollos de la excepcional situación presente; que la Sabiduría divina sale al encuentro de los que la buscan con humildad y recta inención.

Señores: que Dios me escuche, y escuche también la oración de la Iglesia, que pone término a la mía.

REQUIESCAT IN PACE.

NOTAS

En la edición de esta obra se ha procurado guardar, lo más fielmente posible, no sólo la forma literaria empleada por Monseñor Roca, sino, también, la ortografía empleada por él y que era la correcta en la época en que escribiera cada uno de sus discursos y sermones.

Las notas que se refieren a citas de textos sagrados y a fechas especiales, corresponden a los originales de esta obra. Todas las demás al Editor.

-: Indice :-

Indice

SE ACABO DE IMPRIMIR ESTA OBRA

EN LOS TALLERES GRAFICOS D

E "LA OPINION NACIONAL",

EL 2 DE AGOSTO DE M

IL NOVECIENTOS

VEINTICUA

TRO


INFORMATION
CONSERVATION, INC